

TIEMPO DE MEMORIA

Virginia Cowles

COMPLICARSE LA VIDA

Una reportera en zona de conflicto (1937-1941)

PRÓLOGO DE MIQUEL BERGA

TUSQUETS
EDITORES



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Prefacio

Primera parte. La España republicana

1. Viaje a la guerra
2. Explosivos de gran potencia
3. La prensa
4. La vida en Madrid
5. Ejército civil
6. Visado de salida

Segunda parte. La España nacional

1. Intermedio en la frontera
2. La caída de Santander
3. Salamanca
4. La marcha a través del norte

Tercera parte. Sombras de primavera

1. Londres
2. La política de apaciguamiento
3. Ensayo general en Checoslovaquia
4. ¿Quién quiere una guerra?

Cuarta parte. Tiempo de regateo en Europa

1. Las velas empiezan a titilar
2. Tiovivo alemán
3. La guerra que no sucedió
4. Muerte por estrangulamiento
5. Neville Chamberlain

Quinta parte. La Rusia soviética

1. Introducción a Rusia
2. Sombra sobre el Kremlin
3. Agua, agua en todas partes
4. El leopardo cambia sus manchas
5. Notas sobre Ucrania

Sexta parte. La segunda guerra mundial

1. Inglaterra despierta
2. Vacaciones en Roma
3. Últimas horas en Berlín
4. Tragedia polaca... de segunda mano
5. La guerra «aburrida»

Séptima parte. David y Goliat

1. El cielo que se vino abajo
2. Tierra de muertos
3. Los mejores círculos polares árticos
4. El crepúsculo
5. Banderas a media asta

Octava parte. La caída de Francia

1. La primavera es tiempo de Hitler
2. Luces de bengala que arden por ambos extremos
3. Dios es inglés
4. Las últimas veinticuatro horas de París
5. El principio del fin
6. Dolorosa separación en Burdeos

Novena parte. Inglaterra continúa luchando

1. Ninguna hora fue mejor que ésta
2. Per ardua ad astra
3. Ay, el puente de Londres no se ha derrumbado
4. Fin de semana de invasión
5. Sólo unidos venceremos

Notas

Créditos

Sinopsis

En marzo de 1937, Virginia Cowles, una joven y despierta periodista norteamericana, llegaba a Madrid para cubrir la contienda española. Complicarse la vida reúne las crónicas de la penosa cotidianidad de una población sometida a constantes bombardeos, sus entrevistas a combatientes de ambos bandos (pues no dudó en cruzar las líneas del frente) y la alegre camaradería con otros corresponsales como Hemingway o Martha Gellhorn. Además, gracias a su instinto de periodista, se hallaba en Berlín durante la invasión de Polonia, en Finlandia durante la invasión soviética, o en 1940 en París, poco antes de la capitulación.

Todo ello aparece reunido en estas páginas, llenas de adrenalina bélica, inolvidables retratos de jefes de Estado y gente anónima, y también de un insobornable sentido del humor ante la adversidad.

VIRGINIA COWLES
COMPLICARSE LA VIDA

Una reportera en zona de conflicto (1937-1941)

Traducción de Jordi Beltrán Ferrer

Prólogo de Miquel Berga

TUSQUETS
EDITORES

Para mi hermana Mary con todo mi amor

Prólogo

Disponemos, por fin, de una edición completa^[1] del libro más celebrado de Virginia Cowles (Vermont, Estados Unidos, 1910-Francia, 1983). El volumen que el lector tiene en sus manos constituye uno de los testimonios más fascinantes que ha dado el reportaje de guerra en Europa durante el turbulento periodo que va de 1936 a 1941. Durante aquellos años la intrépida norteamericana siempre estuvo donde un periodista de raza debía estar. Optimizó sus innumerables contactos (de Winston Churchill para abajo) y no desaprovechó las ventajas que acarrea su innegable atractivo físico —muy *à la* Lauren Bacall— en un mundo de hombres. Su visión de los conflictos del momento no estuvo marcada por militancias previas. En su caso, el instinto periodístico como corresponsal de guerra no respondía a otra cualificación que no fuera la curiosidad. Sus perspicaces observaciones fueron el resultado de la tenacidad y el gusto irrefrenable por la aventura, pero supo explorar sin apriorismos las situaciones extremas que vivió, en el lugar de los hechos, con inusual claridad moral y supo describirlas con un estilo narrativo vibrante, ingenioso y siempre ameno. Quizá por eso la formidable lección de historia viva que contiene este libro se lee como una apasionante novela.

Nada en la formación y el ambiente social en el que creció Virginia Cowles hacía prever su notable carrera como corresponsal de guerra. Después de pasar por la Waltham Public Schools de Boston, nuestra autora fue una de las debutantes de la temporada 1928-1929 en la tradicional celebración de los círculos burgueses de la ciudad, la última antes del crac de la Bolsa neoyorquina y la Gran Depresión. De estos antecedentes le quedó la afición a la ropa elegante, los tacones altos y la conciencia de que en determinadas ocasiones, para decirlo con sus propias palabras, «resultaba agradable

pertenecer al género femenino». Sin embargo, la tentación de presentar a la joven reportera como una mujer superficial sería caer en lo puramente anecdótico. En realidad, las dos hermanas Cowles se criaron en un ambiente de aparentes privilegios que muy pronto quedó marcado por las privaciones que se derivaron del divorcio de sus padres. El matrimonio de Edward Cowles, un psiquiatra tan brillante como excéntrico, y Florence Wolcott acabó pronto y mal. La madre se quedó con dos hijas de cuatro y tres años y sin ninguna ayuda financiera paterna. A pesar de su presencia habitual en los ecos de sociedad de la ciudad, no es aventurado afirmar que las dificultades económicas que soportaron juntas las tres mujeres ayudaron a forjar aspectos decisivos del carácter luchador de Virginia. La situación se agravó con la muerte temprana de su madre, a los cuarenta y cuatro años. Al cabo de un año, en 1933, Virginia consiguió su primer trabajo como *freelance* para los suplementos dominicales de las publicaciones del grupo Hearst, que esperaban de la autora temas abordados con un toque femenino. Gracias al dinero que recibieron del seguro de vida de su difunta madre, Virginia y su hermana Mary emprendieron en 1934 un viaje por el Lejano Oriente que le proporcionó nuevos materiales para artículos más ambiciosos y la confirmación de su vocación para el reportaje periodístico.

Virginia regresó a Estados Unidos, pero ya sólo con la intención de utilizar su país como base para planificar «el siguiente viaje». En una clara muestra de su precoz osadía, fue capaz de persuadir al director del grupo Hearst para que la enviara a Roma a cubrir las noticias sobre la invasión italiana de Abisinia de 1935. Gracias a su habilidad para los contactos consiguió una entrevista exclusiva con el mismísimo Duce. Inexperta en temas políticos, afrontó la entrevista a Mussolini con comprensible nerviosismo, pero enseguida se dio cuenta de que la proximidad de una joven atractiva actuaba como un resorte compulsivo para activar el afán discursivo del dictador. Como ella misma explica en uno de los episodios más divertidos de *Complicarse la vida*, Mussolini habló todo el rato, ahorrándole los deberes propios de una entrevistadora. A partir de aquí, Virginia Cowles inició una carrera periodística tan intensa en lo profesional como en lo personal. Más allá de lo que se cuenta en este volumen, Virginia obtuvo reconocimientos importantes,

como la concesión, en 1947, del título honorario de Officer of the Most Excellent Order of the British Empire (OBE) por el conjunto de sus reportajes de guerra. Al acabar la segunda guerra mundial se había casado con Aidan Crawley, un piloto que sufrió cuatro años de internamiento en un campo alemán y que, con los años, se convirtió en uno de los pocos diputados ingleses con el discutible honor de haber sido elegido en dos mandatos, uno sirviendo al Partido Laborista y otro al Partido Conservador. El matrimonio tuvo tres hijos, dos niños y una niña. En las décadas siguientes Virginia Cowles publicó exitosos ensayos biográficos sobre sagas familiares con vínculos aristocráticos: los Rothschild, los Romanov, los Astor. Entre sus publicaciones destaca el volumen dedicado a su admirado Churchill: *Winston Churchill: The Era and the Man* (1954). Con su compañera corresponsal en España, Martha Gellhorn, la tercera esposa de Hemingway, escribió *Love Goes to Press*, una comedia en la línea de las batallas de sexos sobre dos mujeres corresponsales de guerra. La obra se estrenó, con gran éxito, en Londres en 1946. A mediados de los setenta Virginia y su marido se instalaron en San Pedro de Alcántara, en la provincia de Málaga. En septiembre de 1983, camino de Burdeos después de unas vacaciones familiares en su casa española, y según el testimonio de su hija Harriet, el marido de Virginia se durmió al volante y ella murió en el accidente. Tenía setenta y tres años. Su marido sobrevivió, pero Harriet escribe que aquel accidente fue una bendición para ella porque «se ahorró una muerte lenta y dolorosa por el enfisema», y añade en un párrafo desolador que «También se libró de una tragedia que ningún padre puede soportar: en mi cuarenta cumpleaños, el 10 de septiembre de 1988, mis dos hermanos se mataron al estrellarse su avión cerca de Turín. Ambos estaban casados, tenían hijos, y sus respectivas esposas estaban embarazadas de siete meses».[2]

Virginia Cowles llegó a España una semana después de la victoria republicana en la batalla de Guadalajara, en marzo de 1937. Tenía veintiséis años. Voló desde el aeródromo de Toulouse a Barcelona para dirigirse a Valencia, y de allí a Madrid. Pasó a engrosar el grupo de corresponsales alojados en el hotel

Florida, en la plaza del Callao. Ahí estaban, entre otros, los británicos Sefton Delmer, Geoffrey Cox y Henry Buckley, y los estadounidenses Sydney Franklin, Herbert Matthews, John Dos Passos, Josephine Herbst y, por supuesto, Ernest Hemingway y la que iba a convertirse en su tercera esposa, Martha Gellhorn. En general, los corresponsales extranjeros no escondían sus simpatías por uno de los bandos. Al contrario, se sentían militantes al servicio de una causa que consideraban justa (fuera la republicana o la franquista). Martha Gellhorn reivindicó esta idea sin rodeos en su famosa expresión: «Toda esa objetividad de mierda». Es revelador en este sentido el título del magnífico estudio de Paul Preston, *Idealistas bajo las balas* (Debate, 2007), que incluye frecuentes referencias a la autora de este libro. Quizá para resolver este problema informativo, el *New York Times*, que publicó más de mil artículos sobre el conflicto, envió a un corresponsal a cada bando (William Carney, un entusiasta de la cruzada franquista, y Herbert Matthews, un sincero defensor de la República) que no escondían sus simpatías divergentes. Se detestaban, a pesar de que nunca se interpelaron directamente, cumpliendo así con las normas editoriales del periódico. En este contexto, lo que hace realmente único y extraordinario el testimonio de Cowles sobre la guerra civil es que se trata de una corresponsal que consiguió trabajar y escribir desde los dos frentes. El reputado historiador y periodista Adam Hochschild, autor de *España en el corazón* (Barcelona, Malpaso, 2017), el más reciente relato extenso sobre norteamericanos involucrados en la guerra civil, ha afirmado que entre los corresponsales en España, «el mejor periodista es alguien que es muy poco conocido, una mujer llamada Virginia Cowles, que tenía veintiséis años cuando llegó al país. Y si uno lee el libro que escribió después, *Complicarse la vida*, su lectura es todavía estupenda, mientras que tantos otros suenan rancios».[3] Efectivamente, a pesar de haber estado en el frente republicano, Virginia fue capaz de meterse en la España facciosa y obtener, entre otras cosas, afirmaciones de oficiales franquistas admitiendo la autoría del bombardeo de Guernica, algo que estaban negando con vehemencia tanto Franco como Hitler.

Aunque la autora visitó brevemente Barcelona en 1938 y constató los efectos de los bombardeos sobre la capital catalana y el ambiente de desánimo

y penurias entre la población civil, su instinto periodístico la llevó a diferentes centros de interés informativo de la Europa de finales de los treinta. A partir de aquí el relato de Cowles se convierte en una trepidante crónica de los acontecimientos que llevan al estallido de la segunda guerra mundial y del primer año del conflicto, durante el cual la ciudadana norteamericana Virginia Cowles vive con angustia y desazón la no implicación de Estados Unidos en la guerra a pesar de la determinación de resistir y el espíritu de victoria contra todo pronóstico asumido por el pueblo británico bajo el nuevo liderazgo de Winston Churchill. Siempre en primera línea, en los años 1938, 1939 y 1940 la periodista —volando desde aeródromos imposibles— consigue estar donde se produce la noticia: escucha las arengas de Hitler a las masas en Núremberg (y también toma el té con él en pequeño comité), en Checoslovaquia cuando la invaden los nazis, en Finlandia durante la invasión soviética, o en París cuando las tropas alemanas están a punto de entrar en la capital.

En junio de 1940, animada por los reportajes de la prensa inglesa que citaban las grandilocuentes declaraciones del Gobierno francés sobre la resistencia que iban a organizar los parisinos contra el inminente intento de los nazis de ocupar la capital, Cowles se las arregló para estar allí, preparada para relatar la defensa de la ciudad, que según las autoridades sería «piedra a piedra» porque sus ciudadanos preferirían «dejar sus calles y edificios arrasados antes que entregarse a los soldados alemanes». Nada de eso ocurrió. Metida en su papel de corresponsal para dar testimonio directo de los hechos, Virginia Cowles se convirtió en una cronista excepcional de la capitulación de París, que los nazis ocuparon sin atisbo de resistencia. Cowles fue testigo —viajando en dirección contraria— del monumental éxodo de los parisinos que abandonaban la capital en trenes y coches. Los capítulos sobre la ocupación nazi de París que cierran este libro son acaso los más memorables y antológicos de la rica trayectoria periodística de Virginia Cowles. Un testimonio imprescindible que demuestra hasta qué punto la crónica de un corresponsal puede ejercer de contrapeso a los relatos mitificadores de la historia que siempre pretenden imponer los vencedores de una guerra.

En los últimos párrafos del libro aparece la voz militante de una periodista (compartida por la mayoría de los norteamericanos que estuvieron en España)

que reclama a la administración Roosevelt una implicación directa en la ayuda de sus aliados, que han quedado reducidos a una isla, Gran Bretaña, amenazada de invasión inminente. Los estadounidenses no movieron ficha hasta el bombardeo nipón de Pearl Harbour, un larguísimo año más tarde. En las cadencias del vibrante alegato final de Virginia resuenan los ecos de la oratoria con la que Churchill insufló ánimo colectivo a una nación que, en su momento de máxima amenaza, no tenía otro activo que no fuera la voluntad de resistir.

Ciertamente, la lectura de este libro deslumbrante proyecta la figura de Virginia Cowles como una de las grandes pioneras (aunque no la primera) del periodismo femenino de guerra. Cowles es de la estirpe de las mujeres periodistas que desde mediados del siglo XIX se plantaron en las zonas de conflicto: Margaret Fuller, Cora Taylor (la esposa de Stephen Crane) o Clare Hollingworth. Y por supuesto comparte protagonismo con coetáneas que también estuvieron en España, como la fotoperiodista Gerda Taro o su amiga Martha Gellhorn. Uno de los corresponsales más respetados de nuestra guerra civil, Herbert Matthews, escribió en sus memorias sobre las limitaciones del trabajo diario del corresponsal a la hora de proporcionar material para la historia, pero afirmó que la historia siempre está en deuda con el periodista que escribe la verdad. En los conflictos bélicos los despachos del corresponsal están condicionados por la censura aplicada por el bando desde donde éste escribe y por las propias redacciones de los medios para los que trabajan. Para salvar estas dificultades muchos acaban por escribir crónicas y memorias años después de los hechos. El libro de Virginia Cowles responde a este impulso y a un profundo sentido de la ética personal. Justamente por eso se inscribe en la tradición de los materiales de corresponsales de guerra que, en palabras de Paul Preston, los historiadores expresen continuamente, conscientes de tener entre manos «el primer borrador de la historia».

Miquel Berga, Universitat Pompeu Fabra, enero de 2018

Prefacio

Aquella noche de noviembre (Noche del Armisticio), los tres hombres que regían los destinos de Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia parecían ser los amos del mundo. Detrás de ellos había inmensas comunidades organizadas hasta el último detalle que celebraban la victoria, inspiradas por la gratitud y la confianza en los jefes que las habían conducido hasta allí. Disponían de ejércitos cuyo poderío era irresistible y flotas sin cuyo permiso ninguna nave cruzaba el mar por la superficie o debajo de ella. No había nada sabio, justo y necesario que no pudieran decretar unidos. Y estos hombres se habían juntado salvando diferencias de nacionalidad, de intereses y recorriendo grandes distancias por tierra y por mar, empujados por la camaradería de quienes luchaban contra un enemigo temible. Juntos habían alcanzado la meta. La victoria absoluta e incomparable estaba en sus manos. ¿Qué harían con ella?

The World Crisis: The Aftermath,
Winston S. Churchill, marzo de 1929

La luna llena brilla sobre Londres y en lo alto se oye el zumbido de los bombarderos alemanes. Las calles están desiertas, pero de vez en cuando el fuerte estampido de los cañones rompe el silencio.

En noches como ésta te preguntas si los futuros historiadores serán capaces de visualizar la majestad de esta imponente capital; de imaginar la extraña belleza de los edificios oscurecidos a la luz de la luna; el susurro del viento y el suspiro de las bombas; los largos y blancos dedos de los reflectores y el

gemido de los proyectiles que viajan hacia las estrellas. ¿Comprenderán cuán violentamente moría la gente; cuán serenamente vivía la gente?

Hace mucho tiempo los británicos emprendieron la conquista del mar porque temían que les encarcelara en su isla. Hoy día el mismo mar les protege de sus enemigos, y, mientras sigan dominando las grandes rutas marítimas, sólo desde el aire será posible atacar su país.

Por ahora, el aire no ha resultado ser un factor decisivo. Contra el terror que inspiran los bombardeos nocturnos lucha el indomable espíritu de la población y la precisión de los bombardeos diurnos se ve anulada por los ataques feroces de la Real Fuerza Aérea.

Las batallas que libran los aviones sobre la costa inglesa han sido más espectaculares que todas las batallas que se habían visto hasta ahora. Las masivas formaciones de aviones alemanes que se acercaban a los acantilados de Dover eran recibidas por una terrible barrera de fuego antiaéreo, y luego por el rápido y furioso aullido de los cazas. Muchas de estas batallas se libraron sobre el mar. A menudo, al observar las evoluciones de los aparatos desde Shakespeare Cliff, a poco más de un kilómetro y medio de la población, he experimentado una sensación de irrealidad. No sé por qué, pero resultaba siempre difícil comprender que los combates eran reales y que de ellos dependía la civilización; que aunque los ejércitos modernos contaban sus efectivos por millones, el mar había inmovilizado su fuerza y el asunto lo decidiría un puñado de hombres allá arriba.

De todos los días que pasé en Dover el que mejor recuerdo es el 15 de agosto. Aquel día la Real Fuerza Aérea estableció una marca al derribar ciento ochenta aviones enemigos. Fui en coche desde Londres con Vincent Sheean y desde el acantilado intentamos reconstruir el drama como si se tratara de un rompecabezas. En casi toda la extensión del cielo había combates. A la derecha vimos un avión que caía como una piedra al mar, dejando una larga columna de humo negro tras él; a la izquierda ardía uno de los grandes globos plateados; y, directamente encima de nosotros, un caza se lanzaba en picado contra uno de los bombarderos. De repente, vimos que se abría un paracaídas diminuto al abandonar uno de los pilotos el aparato mientras se oía el estampido incesante de la artillería antiaérea y pequeñas

nubes de humo blanco estallaban en el cielo.

Durante uno de estos combates observé con unos prismáticos un pequeño pesquero de arrastre que se hallaba anclado abajo en el puerto. Era evidente que la tripulación había aceptado los feroces combates que tenían lugar por encima de ellos como parte de la vida cotidiana, pues nadie les prestaba mucha atención. Uno de los hombres estaba echado en cubierta y dormía profundamente; otro lavaba la ropa y un tercero leía un periódico. Al cabo de unas horas el pequeño pesquero izó su bandera, aumentó la presión y se fue tranquilamente canal de la Mancha abajo. Tenía un aire arrogante, como si dijera: «¡Las manos quietas, que este mar es nuestro!».

Estuvimos contemplando la batalla durante un rato, luego Vincent se volvió hacia mí.

—Es curioso pensar que todo esto empezó allá abajo —dijo, señalando las brumas con un gesto de la cabeza.

—¿Allá abajo?

—En España.

Sin duda los historiadores futuros se devanarán los sesos al pensar en las lecciones de la primera guerra mundial que nunca se aprendieron; moverán la cabeza de lado a lado y se preguntarán por qué las grandes democracias rehusaron unirse para asumir sus responsabilidades como guardianes de la paz mundial. Dirán que el origen de la presente conflagración fue el fracaso de la Sociedad de Naciones y señalarán el caso de Manchuria en 1931 y el de Abisinia en 1935. Pero tendrán que volverse hacia la España de 1936 para escuchar los primeros disparos que rompieron la quietud del continente europeo; y es en España donde empieza mi relato.

Ví arder los pueblos de España y seguí las llamas por todo el mapa de Europa. Se propagaron hacia arriba y quemaron los bosques de Bohemia, asolaron las llanuras de Polonia e incluso abrasaron los bosques helados del Ártico. Luego los malos vientos de conquista las empujaron hasta Noruega. Atravesaron Holanda y Bélgica y carbonizaron los fértiles campos de Francia, de tal modo que ahora no se ven señales de vida en ellos.

Lo que he visto es una pequeña parte de lo que pasará a la historia, pero me ha enseñado que la guerra no es hoy un asunto entre naciones y nada más.

Es una lucha por mantener la justicia y la misericordia en la tierra, y preservar la dignidad misma del hombre.

Londres, mayo de 1941

Primera parte
La España republicana

Viaje a la guerra

Si se echa una ojeada a los periódicos de marzo de 1937, se recordarán varias cosas: que el *Normandie* batió la marca de la travesía más rápida del Atlántico; que el rey Leopoldo de Bélgica visitó Londres; que Neville Chamberlain sucedió a Stanley Baldwin en el cargo de primer ministro de Inglaterra; que se encontró el diario perdido de Samuel Johnson; que la reina María de Rumanía se encontraba enferma de gravedad; y que Noël Coward estaba descansando.

También se leerá que el general Franco lanzó una ofensiva. El 10 de marzo los periódicos informaron de que Franco había penetrado en las defensas de Madrid y al día siguiente el corresponsal del *Daily Telegraph* de Londres escribió:

Los nacionales han avanzado cerca de veintinueve kilómetros en dos días. Se encuentran ahora a poco más de veinticuatro kilómetros de Guadalajara. Los defensores de Madrid saben que la batalla de Guadalajara decidirá la suerte de la capital.

Al cabo de unos días empezaron a llegar noticias y el mundo se enteró no sólo de que Madrid seguía resistiendo, sino también de que los legionarios italianos de Franco habían huido en desbandada y la ofensiva de los nacionales se había convertido en la primera (y luego se vería que la última) gran victoria de la República.

Fue una semana después de la batalla de Guadalajara cuando hice mi primer viaje a España. A las cinco y media de la mañana me encontraba en el aeródromo de Toulouse esperando un avión que me llevaría a Valencia. Estaba oscuro como boca de lobo y hacía un frío glacial. La escarcha del suelo brillaba a través de la oscuridad como un sudario fantasmal y las pequeñas

bombillas rojas que delimitaban el campo de aviación despedían una luz misteriosa. Empezó a encogérseme el corazón ante la perspectiva del viaje.

No tenía ninguna aptitud como corresponsal de guerra excepto la curiosidad. Aunque había viajado mucho por Europa y el Lejano Oriente, y escrito varios artículos, principalmente para la sección «March of Events» [La marcha de los acontecimientos] de los periódicos de la cadena Hearst, mis aventuras eran de naturaleza pacífica. De hecho, después de un viaje de Londres a Tokio y una estancia de doce meses en la capital japonesa en 1934, había escrito un artículo para *Harper's Bazaar* que pronto quedó lamentablemente desfasado. Se titulaba: «The Safe, Safe World» [El mundo sin peligro].

Cuando estalló la guerra en España vi la oportunidad de hacer un periodismo más vigoroso; pensé que sería interesante informar acerca de ambos bandos y escribir una serie de artículos en los que compararía un bando con el otro. Persuadí a T.V. Ranck, de la cadena de periódicos Hearst, de que mi propuesta era buena y emprendí felizmente el viaje a Europa. No conocía a nadie en España y no tenía la menor idea de cómo llevar a cabo semejante tarea, de modo que esperé hasta llegar a París antes de trazar un plan de campaña. Y entonces tuvo lugar la batalla de Guadalajara. Leí las noticias sobre la heroica resistencia del Madrid sitiado y saqué la conclusión de que Madrid era obviamente el lugar adonde debía ir.

Mis amigos de París no me dieron muchos ánimos. Me advirtieron que si no iba mal vestida me «liquidarían» en la calle; alguien sugirió que me vistiera con ropa de hombre; otros, que usara prendas andrajosas. Finalmente me llevé tres vestidos de lana y una chaqueta de pieles.

También me contaron un montón de historias sobre atrocidades y predijeron con pesimismo que si no me derribaban durante el vuelo a Valencia, sin duda me bombardearían durante el viaje por carretera a Madrid. No había prestado ninguna atención a sus premoniciones, pero ahora, en el aeródromo, una procesión de imágenes terribles desfiló por mi mente. Entré en la sala de espera con la intención de tomar una taza de café y me sentí aliviada al observar que a nadie parecía impresionarle la inminente partida de un avión que les conduciría a la peligrosa España «arrasada por la guerra». Había

únicamente media docena de personas en la sala; algunas leían los periódicos vespertinos del día anterior, otras dormían con la cabeza apoyada en la mesa. Hacía tanto frío que los mecánicos franceses andaban de un lado para otro y se detenían de cuando en cuando para calentarse las manos sobre una estufa pequeña. Por fin se abrió la puerta y un hombre anunció que el avión estaba listo para despegar. Pagué la cuenta y, cuando iba a levantarme, un viejo que llevaba una boina negra y hasta entonces había estado sentado en silencio junto al fuego se acercó a mí, me sujetó la mano con firmeza y con voz trémula de emoción dijo:

—*Bonne chance, Mademoiselle, bonne chance.*

Al subir al avión, noté que me embargaba un mal presentimiento.

Tardamos sólo una hora en llegar a Barcelona. Pasamos la mayor parte del tiempo sobrevolando los Pirineos. Las montañas estaban cubiertas de nieve y al principio parecían grises y remotas; luego amaneció y se tiñeron de un intenso color de rosa. Después de aterrizar entré en la sala de espera del aeropuerto y recuerdo la sorpresa que me llevé al ver España por primera vez. La escena era tan pacífica que resultaba casi incongruente. Una mujer se hallaba sentada detrás del mostrador tejiendo un jersey, dos hombres de edad avanzada y traje de pana negra estaban sentados junto a una mesa bebiendo coñac y una niña pequeña se encontraba echada en el suelo con un gato. Saludaron cordialmente a los pilotos franceses, pero cuando éstos hicieron comentarios sobre la guerra y se interesaron por las últimas noticias, uno de los ancianos se encogió de hombros y dijo con desgana:

—La guerra no es cosa de Cataluña. No queremos tener nada que ver con ella; lo único que queremos es que nos dejen en paz.

Tomamos una taza de café, un aduanero inspeccionó con indiferencia nuestro equipaje y al cabo de una hora estábamos en Valencia.

Valencia era un hormiguero de humanidad. Era la sede provisional del Gobierno y su población de cuatrocientos mil habitantes había aumentado hasta rebasar el millón. El gentío abarrotaba las calles, llenaba las plazas, se arracimaba en los portales, invadía las playas e iba y venía incesantemente por los mercados, los comercios y los cafés. Todo era ruido y confusión. Carros tirados por caballos traqueteaban sobre los adoquines y automóviles

con pegatinas oficiales en el parabrisas circulaban a gran velocidad, peligrosamente, por las calles haciendo sonar el claxon como locos. En las paredes había carteles chillones que mostraban los cuerpos destrozados de mujeres y niños y llevaban escrita una sola palabra: «¡Fascismo!». Un poco más abajo un gramófono a todo volumen cantaba alegremente: «No puedo darte nada más que amor, nena».

Me depositaron en las oficinas de Air France, en la calle principal, y contemplé la escena con perplejidad. Pregunté por dónde se iba al mejor hotel y el empleado contestó que quedaba a cosa de un kilómetro y medio «calle abajo». Fue imposible encontrar un mozo de cuerda o un taxi. Llevaba una sola maleta y una máquina de escribir, así que eché a andar. Toda la gente que había en la calle era de clase obrera y todo el mundo iba de negro: las mujeres llevaban vestidos de algodón de color negro y se cubrían la cabeza con un pañolón negro, y los hombres vestían trajes y boinas del mismo color. Algunos se detenían para mirarme fijamente, con expresión sombría, y al principio pensé que era por ser yo la única persona que llevaba sombrero; luego, de pronto, caí en que las dos barras rojas y la barra amarilla que, sin que yo me diese cuenta, habían pintado en la maleta eran los colores de la bandera del general Franco.

Pasó un tranvía y me subí a él, temerosa, pero tuve que apearme en la siguiente parada porque no llevaba encima dinero español y no conseguí hacerle entender al cobrador que haría un buen negocio si aceptaba un billete de diez francos.

Finalmente llegué al hotel Bristol y lo encontré abarrotado. Incluso había gente durmiendo en las butacas del vestíbulo. Dejé el equipaje y entré en el comedor para almorzar. Llenaba el restaurante una extraña colección de personajes: pocos de ellos parecían españoles y más adelante me enteré de que eran la cara menos visible de Valencia: hombres de negocios, agentes provocadores, asistentes sociales, espías y estafadores. Pregunté al camarero si en el hotel se alojaba algún corresponsal norteamericano o inglés y me dijo que el señor Kennedy de la Associated Press ocupaba una mesa en el otro extremo del comedor. Le envié una nota en la que hablaba del aprieto en que me encontraba y le pedía que me ayudase.

Kennedy era un reportero norteamericano joven y duro, de una eficiencia que le agradecí profundamente. En menos de una hora intimidó al gerente del hotel para que encontrase una habitación para mí y me presentó al jefe de la Oficina de Prensa Extranjera y éste hizo gestiones para que un coche me llevase a Madrid dos días después.

Recuerdo que atosigué a Kennedy con preguntas sobre la guerra y, con el fin de tener un sitio donde pudiéramos hablar con tranquilidad, alquilamos un carruaje desvencijado y dimos vueltas alrededor de la ciudad. Las afueras eran agradables; las multitudes eran menos numerosas, el Mediterráneo se extendía apaciblemente ante nosotros y, en los campos que teníamos detrás, largas hileras de naranjos relucían bajo el sol. No acertaba a entender en qué medida la confusión general que reinaba en Valencia se debía a la guerra, en qué medida a la revolución y en qué medida a estar en España.

—Las tres cosas —dijo Kennedy—. Dios, cómo me gustaría volver a Estados Unidos.

Le dije que España me parecía apasionante y me respondió con una sonrisa agria.

—Escucha, hermana, estoy demasiado harto de problemas con la burocracia y la censura y de no tener siquiera un saludable cigarrillo norteamericano que fumar ni una tía presentable a la que invitar a cenar, para seguir pensando que esto es una gran aventura. Ya lo verás.

Seguramente puse cara de desánimo, porque al cabo de un momento añadió:

—Por supuesto, Madrid no es tan malo. Te bombardean todos los días y la comida es un asco, pero al menos hay algo que hacer además de discutir con gente que sólo sabe decir *mañana*.^[4] Allí hay muchos corresponsales y puedes salir de la ciudad e ir al frente cuando quieres ver un poco de acción. No es como aquí, donde la mitad de la gente ni siquiera sabe que está en guerra.

Me había fijado en que las plazas de Valencia estaban llenas de jóvenes en edad militar que parecían no tener nada mejor que hacer que tomar el sol y escarbarse los dientes. Parecía extraño, dada la fase crítica en que se encontraba la guerra, y Kennedy replicó que Valencia aún no había sufrido

ningún ataque (el puerto había sido bombardeado ocasionalmente desde el mar, pero eso era todo). Mucha gente consideraba que la guerra era un asunto local limitado exclusivamente a Madrid. Pasamos junto a la playa y vimos a tres guardias que se abrían paso entre las multitudes; de vez en cuando se detenían, interrogaban a algún grupo de hombres y escribían rápidamente algo en sus cuadernos. Kennedy explicó que era el método que solían emplear para identificar a los prófugos y obligarles a entrar en filas.

Aquella noche cenamos en el hotel con el capitán «Pinky» Griffiss, el agregado aéreo norteamericano, y dos aviadores franceses a los que conocíamos sólo por los nombres de «Jean» y «Henri». Ambos eran las ovejas negras de dos respetables familias francesas.

El Gobierno español pagaba muy bien a los pilotos profesionales y Jean y Henri se habían alistado con el propósito de ganar suficiente dinero para pagar sus deudas de juego. Se pasaron toda la velada contándonos sus hazañas en la batalla de Guadalajara. Más adelante me enteré de que sus actividades se limitaron a patrullar sobre Valencia y que las historias que contaban eran pura fantasía. A pesar de ello, su compañía resultaba grata y al día siguiente fuimos todos a los toros.

La plaza de toros se encontraba en el centro de la ciudad y relucía bajo el sol como la mitad de un enorme pomelo. Había mucho ruido y mucha gente, y el aire olía fuertemente a sudor y tabaco. No se veía ni rastro de la elegancia de otros tiempos y la multitud era como una triste pincelada negra, salpicada con el caqui de los uniformes.

El matador, sin embargo, llevaba el atuendo tradicional: montera, medias de color rosa, zapatos con hebilla y un traje de brocado azul, primoroso pero muy usado. Fue recibido con una sonora ovación y acto seguido empezó el espectáculo.

Nunca había visto una corrida y sentí repugnancia al ver cómo el toro arañaba el suelo mientras la sangre corría por sus costados. Durante la mayor parte del tiempo no me sentí capaz de mirar. El español bajito y moreno que tenía a mi lado se quejaba en voz alta, pero no por la misma razón. Explicó que la corrida no era buena porque los toros grandes se criaban en el sur y el sur pertenecía a Franco.

—Maldita guerra —refunfuñó—, y mire a ese matador. Debería estar lidiando una vaca.

El matador era torpe y la multitud le abucheó; una lluvia de sombreros y mondaduras de naranja cayó sobre la arena. Luego, un miliciano borracho saltó la valla, corrió hasta el matador y le arrebató el capote. El matador le increpó y varios empleados indignados salieron corriendo para obligar al intruso a salir del ruedo. Pero antes de que pudieran alcanzarle, el hombre hizo un hábil movimiento con el trapo y el toro cargó contra los empleados, que corrieron a protegerse detrás de la barrera mientras los espectadores chillaban de gozo.

Durante veinte minutos el miliciano lidió el toro. Cinco veces intentaron los empleados obligarle a abandonar el ruedo y cinco veces el intruso azuzó al toro contra ellos. De repente, el animal arremetió contra él. El cuerno derecho se enganchó en el cinturón y el miliciano se vio lanzado por los aires. La multitud se puso en pie, conteniendo el aliento, pero el hombre resultó ileso. El cinturón se rompió y el miliciano cayó al suelo y quedó tumbado con las extremidades extendidas mientras el toro cruzaba resoplando el ruedo. Los empleados aprovecharon la ocasión para sacar al intruso a rastras. El hombre se sujetó los pantalones con una mano y protestó cómicamente con la otra, pero fue conducido a su localidad en medio de una salva de aplausos. Hasta el español descontento sentado a mi derecha dio por bien empleado el dinero que había pagado por la entrada.

A primera hora de la mañana del lunes salí con destino a Madrid en un pequeño automóvil abarrotado de cajas de comestibles, dulces y cigarrillos. El chófer era un anarquista español y los demás pasajeros eran una mujer norteamericana, Mellie Bennett (que trabajaba en el departamento de propaganda), y un sacerdote católico.

Me quedé asombrada ante la presencia de un sacerdote en una comunidad acérrimamente hostil a la Iglesia y me pregunté por qué estaría libre. Era un hombre viejo, de expresión astuta y dedos amarillos a causa de la nicotina. Al poco de ponernos en marcha inició una conversación de circunstancias en mal

francés.

—Usted es anarquista, ¿o me equivoco?

—No —dije.

—¿Comunista?

—No.

—¿Trotskista?

Mellie Bennett metió baza.

—Dile a ese viejo diablo que cierre el pico.

Temía que la hubiera entendido, pero Mellie dijo que se había cruzado con él anteriormente y que el cura no hablaba ni una palabra de inglés.

—Conozco a este farsante: lo usan con fines propagandísticos. Viaja por Francia dando conferencias en las que dice que en la España republicana tratan bien a los sacerdotes. Se ha forrado.

Mellie Bennett tenía cara de mono y llevaba gafas con gruesa montura de concha. Tenía una personalidad fuerte y provocativa y me cayó bien desde el primer momento. Había llegado de Moscú, donde había pasado varios años trabajando en el *Moscow Daily News*. Sus convicciones eran izquierdistas, pero esa mañana en particular estaba de mal humor y lo criticaba todo.

—Mira esta carretera —dijo—. Debería estar llena de camiones cargados de víveres para Madrid, pero a los políticos les importa un bledo.

La estrecha carretera asfaltada serpenteaba kilómetros y más kilómetros a través de un paisaje yermo y ondulado. Los ferrocarriles que iban de la costa a Madrid habían sido bombardeados y ésta era ahora la única línea de comunicación entre la capital y el mundo exterior. Había pocos coches en la carretera y durante todo el viaje de más de trescientos veinte kilómetros hasta Madrid contamos veinte camiones solamente. En parte era debido a la falta de gasolina, pero, como supe más adelante, también a la falta de organización.

A unos ciento sesenta kilómetros de Valencia nos detuvimos en un pueblecito y entramos en un restaurante para almorzar. El local estaba a oscuras y una mujer desaliñada que llevaba un vestido azul pasó un trapo por la mesa para quitar las moscas muertas y las migas de pan. Nos sirvió una tortilla, pan y vino.

El chófer anarquista se sentó a la misma mesa y el sacerdote católico le

dio unas palmaditas en la espalda y dijo que era un buen chico; había resultado herido combatiendo en el frente de Aragón. Tenía en el muslo un agujero de bala que aún no se había curado, pero tan pronto como se recuperase lo suficiente volvería al frente. Mellie Bennett explicó (en inglés, por lo que nadie excepto yo la entendió) que había luchado en las filas de un regimiento anarquista que había marchado a la guerra sin ningún oficial. La mayor parte del regimiento había sido aniquilada.

Los anarquistas eran contrarios a todo tipo de organización. Creían que las personas, si las dejaban hacer, eran de natural buenas, mientras que una sociedad organizada siempre acababa conduciendo al mal. De ahí que se hubieran ido al campo de batalla sin jefes. Pronto pudimos ver un ejemplo de este credo idealista pero nada práctico, pues unos cuantos kilómetros más allá pasamos junto a un coche que se había quedado sin gasolina. Nuestro chófer se detuvo y, obedeciendo a sus buenos instintos, les dio parte de la nuestra. El resultado fue que al cabo de una hora nuestro vehículo empezó a toser de forma desagradable y nos encontramos en el mismo aprieto. Mellie dijo:

—¿Comprendes ahora la filosofía anarquista? Lo único que podemos hacer es esperar hasta que pase otro anarquista.

Estuvimos cerca de una hora sentados al borde de la carretera bajo un sol de justicia. Finalmente apareció un «camarada» que nos dio un poco de gasolina y de nuevo nos pusimos en marcha.

El sacerdote se moría de ganas de saber cuáles eran mis ideas políticas y volvió a hacer un intento de sonsacarme. Esta vez recurrió a los halagos.

—Quizá tiene usted, digamos, *inclinaciones* trotskistas. Es imposible no ser nada; nadie viene a España sin una idea, *une idée fixe*...

Mellie volvió a interrumpir la conversación y finalmente el cura optó por callar.

A unos sesenta kilómetros de Madrid unos centinelas nos ordenaron parar y nos dijeron que tendríamos que abandonar la carretera principal, tomar una secundaria y rodear el pueblo de Alcalá de Henares. A partir de este punto, la carretera principal que conducía a Madrid se encontraba expuesta al fuego del enemigo. Caía la noche y nos advirtieron que tuviéramos cuidado con las luces del coche. Las carreteras rurales eran malas, pero por suerte había luna nueva

y eso nos ayudó un poco.

A las nueve de la noche avanzábamos por la Gran Vía, la arteria principal de Madrid. La ciudad estaba a oscuras y las calles aparecían desiertas y tranquilas. El silencio resultaba opresivo y reinaba un extraño ambiente cargado de presagios. De súbito el silencio se vio roto por el ruido sordo y lejano de la artillería. Nunca había oído el sonido de la guerra y mi corazón empezó a latir rápidamente.

Los demás no se inmutaron y, al llegar al hotel Florida, Mellie entró en busca de un portero que sacara los comestibles que llevábamos en el coche. Durante su ausencia, el sacerdote se inclinó con presteza, abrió uno de los paquetes con un cortaplumas y robó tres cajetillas de cigarrillos Chesterfield. Me sonrió, puso un dedo manchado de amarillo sobre sus labios y dijo:

—¡Chitón!

Explosivos de gran potencia

Mi habitación del quinto piso del hotel Florida delataba mi condición de aficionada: los enterados vivían lo más cerca del suelo que podían como precaución contra las bombas de la aviación. Sin embargo, el hotel estaba lleno, de modo que lo mejor que pudo hacer el gerente fue darme una habitación exterior y grande en el cuarto piso; pero también esto tenía sus desventajas. Desde la nueva habitación se veía una plaza amplia y un revoltijo de tejados grises que a lo lejos daba paso a un paisaje de verdes cerros ondulados. Y estos cerros pertenecían al enemigo. Aunque esto me colocaba directamente en la línea de fuego de la artillería, el recepcionista se negó a darme otra habitación. Dijo que las habitaciones interiores eran oscuras y mal ventiladas y, además, el hotel no era un objetivo militar, por lo que si un proyectil de artillería atravesaba mi habitación, sería sólo por error.

Madrid, oscuro y lóbrego de noche, se transformaba en un mundo nuevo a la luz del día. Brillaba el sol y en el aire resonaba el ruido de la vida cotidiana. Me asomé a la ventana y vi que la plaza estaba llena de gente. Milicianos vestidos de caqui con pañuelos rojos al cuello entraban en un café situado en la otra acera de la calle, mientras amas de casa con pañolones negros y niños tras ellas se dirigían apresuradamente a hacer la compra de todos los días. Un trío de mujeres de pelo oxigenado y zapatos de tacón alto andaba tambaleándose por la acera llena de baches ante el intenso interés de un grupo de hombres jóvenes que lucían boinas de color azul oscuro y se mondaban los dientes con palillos mientras tomaban el sol. Carros tirados por asnos traqueteaban sobre los adoquines, los vendedores de periódicos anunciaban a gritos su mercancía y de un cine que quedaba a media manzana de distancia salía una alegre melodía de Al Jolson de la película *Casino de*

París (Go Into Your Dance). Para una ciudad sometida a bombardeos diarios, Madrid parecía tan irreal como un inmenso plató cinematográfico abarrotado de extras preparados para interpretar un papel.

Recibí una llamada telefónica de Sefton (Tom) Delmer del *Daily Express* de Londres, que se ofreció a enseñarme los lugares de interés de Madrid. Había oído hablar con frecuencia de Tom, que era conocido por su agudeza y tenía fama de ser uno de los periodistas más perspicaces de Europa. Era un hombre corpulento, de rostro sonriente. Me recibió preguntándome, esperanzado, si había traído comestibles de Francia. No tardé en darme cuenta de que el hecho de no haberlos traído era un descuido imperdonable.

Paseamos por las calles y Tom me dijo que había informado acerca de la guerra desde el bando nacional hasta que cometió el error de escribir un artículo sobre el viaje de Knickerbocker a Burgos. El avión en el que viajaba éste había sido confundido con un aparato enemigo y la artillería antiaérea había disparado contra él. Tom señaló en su artículo que Knickerbocker no se había enterado del episodio hasta que las autoridades del aeródromo le informaron. Los nacionales afirmaron que había sido un intento de poner en evidencia sus defensas antiaéreas y, por consiguiente, expulsaron a Tom. A partir de entonces había informado desde Madrid:

—Todos los españoles están locos —dijo—, pero la gente de aquí es menos peligrosa para Inglaterra.

Anduvimos por las calles principales y pasamos junto a docenas de agujeros que los proyectiles de la artillería habían abierto en las aceras; muchos edificios mostraban heridas irregulares, y en el Paseo de la Castellana un enorme león de piedra miraba con melancolía el vacío como si supiera que la metralla le había desportillado la nariz.

Había mucho tráfico en las calles. Coches del Ministerio de la Guerra, camiones para la evacuación, bicicletas y ambulancias pasaban a toda velocidad por nuestro lado y, en una ocasión, un mensajero montado en una moto pasó con gran estruendo camino del frente. Aparcado en una calle lateral vimos un camión con camuflaje marrón y verde y unas letras blancas que proclamaban con orgullo: «Capturado al enemigo en Guadalajara».

En muchas esquinas habían levantado barricadas que cruzaban las calles y

se habían construido en noviembre, cuando Franco se jactó de que sus generales pronto estarían tomándose unas copas en la Puerta del Sol.

—Si Franco toma Madrid —decía la gente—, tendrá que luchar por él palmo a palmo.

Y, pese a todo, el ambiente de la ciudad no era de guerra. Aunque se había convertido en un pueblo situado detrás del frente, los bombardeos de la aviación y la artillería enemigas no habían podido borrar las actividades de la vida cotidiana. Era esto lo que daba a la ciudad su curioso aire teatral. Tranvías de vivo color amarillo recorrían tranquilamente las avenidas; los escaparates exponían perfume Schiaparelli, pieles de zorro plateado, joyas, guantes y zapatos hechos a mano para señora; los cines anunciaban a Greta Garbo en *Ana Karenina (Anna Karenina)* y a los Hermanos Marx en *Una noche en la ópera (A Night at the Opera)*. Unos almacenes de la Gran Vía montaron una gran exposición de carteles de guerra. Eran carteles ultramodernos, rojos, anaranjados y azules que exhortaban al pueblo español a defender la República contra el fascismo. En el techo se veía el pequeño agujero irregular que había dejado un proyectil de artillería al atravesarlo; junto a él habían clavado con tachuelas una tarjeta que rezaba: «El arte tal como lo practica el general Franco».

Los cráteres abiertos por los proyectiles, los camiones camuflados y las barricadas de piedras parecían tan irreales como un decorado escénico: el sol era demasiado cálido y la gente, demasiado despreocupada para la guerra. Sólo las colas transmitían una sensación de tragedia. En una calle lateral, una procesión de mujeres y niños hacían cola con cestas vacías ante una tienda de comestibles. Algunas se apoyaban cansinamente en el edificio, otras estaban sentadas en el bordillo con la mirada perdida y una extraña impasibilidad oriental. En todo Madrid se formaban colas semejantes. La dieta principal de la ciudad consistía en alubias, pan y arroz, pero los alimentos escaseaban tanto que sólo se podía servir a un número limitado de personas. Tom dijo que con frecuencia la gente hacía cola desde la medianoche hasta el mediodía siguiente.

Cruzamos la Puerta del Sol y Tom se detuvo ante un pequeño comercio para echar un vistazo a unos capotes de caballería que pensaba llevarse a

Inglaterra como regalo. Tuvimos que pasar por encima de una vieja vendedora ambulante que ofrecía pañuelos anarquistas de color rojo y negro y de los adornos de hojalata en forma de tanques y aviones que había desplegado cuidadosamente en el suelo.

El propietario recibió a Tom efusivamente y sacó un surtido de capotes de longitudes y cortes distintos y forros de varios colores. Hablaron de ellos durante un rato y Tom decidió volver otro día. Al despedirse, preguntó al propietario cómo iba el negocio y el hombre suspiró y meneó la cabeza:

—Es muy difícil, *señor*.^[5] Quedan tan pocos caballeros en Madrid.

Ya en la calle, Tom dijo:

—Es obvio a favor *de quién* está.

Mientras volvíamos andando al hotel por la Gran Vía, le pregunté a Tom con qué frecuencia bombardeaban la ciudad. Se detuvo y consultó el reloj con aire meditabundo.

—Ya pasa del mediodía. Acostumbran a disparar varias veces antes del almuerzo.

Pocos instantes después oí un ruido que parecía el de una tela al rasgarse. Al principio fue suave, luego se convirtió en un silbido; durante una fracción de segundo reinó el silencio y acto seguido se oyó una explosión al penetrar el proyectil en el edificio de piedra blanca de la Telefónica, al final de la calle. Cayeron ladrillos y trozos de madera al tiempo que se alzaba una nube de polvo. Un segundo proyectil se hundió en el suelo a menos de treinta metros de distancia y un tercero alcanzó un bloque de pisos que había en una esquina. Todo el mundo echó a correr y a dispersarse por vestíbulos y portales, como papeles empujados por una súbita ráfaga de viento.

Tom y yo nos refugiamos en una perfumería mientras continuaban las explosiones, una cada minuto. Mi corazón latía de incertidumbre; el ruido de ladrillos que caían y cristales rotos y la densa polvareda que se alzó hasta ocultar el sol hacían pensar en alguna temible plaga bíblica en versión mecanizada al gusto del siglo XX. La dueña del establecimiento, sin embargo, parecía mucho más preocupada por preservar los objetos de su propiedad que por su propia vida. Empezó a sacar rápidamente los frascos de perfume del escaparate y colocarlos en pulcras filas en el suelo. A cada explosión soltaba

una nueva sarta de palabrotas. Tom explicó que la mujer temía que las lunas del escaparate se rompieran. Y los cristales, dijo ella, eran muy caros.

El bombardeo duró alrededor de media hora. Cuando terminó echamos a andar calle abajo. Ladrillos y metralla aparecían desparramados por las aceras y la calzada, y un poste de teléfono se apoyaba como un borracho en uno de los edificios, con los cables colgando como serpentinatas. El segundo piso de una sombrerería presentaba un enorme agujero y, en la esquina, había un automóvil convertido en un amasijo de hierros retorcidos. Cerca de allí unas manchas de sangre en el suelo señalaban el lugar donde habían resultado muertas dos mujeres.

La desolación flotaba sobre la avenida, pero en el altavoz seguía sonando a todo volumen una melodía de *Casino de París*. Llegaron varios camiones y de ellos descendieron unos hombres que se pusieron a retirar los escombros, con la música resonando en sus oídos mientras trabajaban. Grupos de personas se formaron en las esquinas y niños de corta edad salían corriendo a recoger fragmentos de metralla a modo de *souvenirs* y los vendedores de periódicos volvieron a sus puestos, los limpiabotas llamaban a los posibles clientes y los comerciantes ponían en orden sus mercancías. Dos horas más tarde los escombros formaban pulcras pilas a lo largo del bordillo. Los coches hacían sonar el claxon y una vez más la gente paseaba sin prisas, cogida del brazo, bajo el sol. Eso, aprendí, era Madrid. Mister Hyde se había esfumado y el doctor Jekyll dominaba de nuevo la ciudad.

Hasta entonces nunca había experimentado la clase de miedo que hace que la sangre circule aceleradamente por las venas. Pese a ser una emoción muy intensa, me sorprendió ver que, una vez pasado el peligro, desaparecía de forma tan completa que incluso resultaba difícil recordarla. Más curioso aún: no dejaba ningún vestigio de aprensión. Entre un bombardeo y otro literalmente te olvidabas de ellos. No sé por qué era así; supongo que se debía a que la naturaleza seguía su curso. Sea como sea, el silbido de un proyectil nunca dejaba de constituir una sorpresa absoluta y, a mi modo de ver, una sorpresa muy desagradable, por cierto. Admiraba mucho la indiferencia, que a menudo rozaba la despreocupación, con que los españoles aceptaban los bombardeos.

En lo que se refería a la estrategia, Madrid era una trinchera de tercera línea y sus habitantes habían recibido su instrucción. Los oídos civiles se habían agudizado hasta tal punto que el madrileño o la madrileña corriente podían juzgar la proximidad de un proyectil basándose en el silbido. Cuando los proyectiles caían con intervalos de cuatro o cinco minutos ello indicaba que sólo había una batería disparando y en la calle siempre había «un lado sin peligro». Pero las explosiones que se sucedían con rapidez significaban fuego cruzado, y entonces no había nada que hacer excepto ponerse a cubierto y confiar en la suerte. Durante innumerables bombardeos ni una sola vez vi señales de pánico. La gente se comportaba con tranquilidad, como soldados bien preparados; salvarse por los pelos pasó a ser una parte tan natural de la vida cotidiana que ni siquiera se le daba mucha importancia en las conversaciones.

Pronto descubrí que la comida era algo que preocupaba mucho más que el peligro. A veces, cuando pasaba por la calle un carro tirado por un asno y cargado de lechugas o pan, la gente se agrupaba tras él y lo seguía con la respiración entrecortada hasta que llegaba a su destino. A pesar de la terrible escasez de artículos esenciales, las existencias de coñac y ginebra habían resistido bien y todas las tardes los cafés se llenaban hasta los topes. Uno de los más populares se encontraba en la Puerta del Sol. Una bomba había atravesado el último piso del edificio y se podían ver retazos de cielo a través del techo, pero en la planta baja el negocio iba viento en popa.

Los dos lugares de cita más alegres, sin embargo, eran los otrora de moda Chicote y Molinero. Si bien estos cafés estaban en la Gran Vía, la arteria madrileña bombardeada con más frecuencia, todas las tardes se llenaban de soldados con pistola al cinto y rubias platino cuyo pelo se estaba volviendo negro debido a que los hospitales habían confiscado todas las existencias de agua oxigenada.

En Molinero encontrabas los postreros rastros de la España clasista. Los camareros eran los mismos que antes servían a los *madrileños*^[6] ricos y vestían el uniforme tradicional de traje negro y camisa blanca. Algunos mostraban una expresión de obvio desdén mientras se abrían paso entre los grupos que armaban ruido y cantaban; otros aprovechaban el espíritu de

camaradería e iban sin afeitarse y te servían con un cigarrillo colgando de los labios.

Los propietarios del Chicote y el Molinero y de la mayoría de las tiendas y hoteles más importantes habían sido fusilados, estaban en la cárcel o habían huido de la ciudad. Los sindicatos se habían hecho cargo de sus empresas y muchas de ellas eran dirigidas de forma colectiva por los empleados. Los palacios y las casas de campo se usaban como ministerios y cuarteles generales. A menudo los periodistas que iban a recoger sus permisos eran atendidos por funcionarios que vestían jersey y chaqueta de cuero, reclinados en sillas del siglo XVI en habitaciones con paredes labradas y tapices de valor incalculable. Más de una vez las entrevistas quedaban interrumpidas mientras el «camarada» insistía orgullosamente en que inspeccionaras los libros y los cuadros y hasta las estatuas del jardín.

Durante aquellos primeros días en Madrid todo me parecía un carnaval extraño. Sólo cuando llegaba la noche y una oscuridad sofocante envolvía la capital adquiría el ambiente un tono de sombría realidad. Los edificios se alzaban hacia el cielo, tan negros que hacían que el firmamento pareciera casi blanco, y cuando andabas por la acera unos guardias salían silenciosamente de los umbrales y te pedían que les mostrases tus credenciales.

Todo estaba desierto y quieto. El único ruido era lejano: el ruido de los combates en la Casa de Campo, a unos dos kilómetros y medio de allí. Oías el ruido sordo de los morteros de las trincheras y las detonaciones, más débiles, de los fusiles restallando como sábanas azotadas por el viento. Y cuando de noche andabas tropezando con los cráteres de las bombas, te preguntabas si era sólo el principio y cuánto tiempo pasaría antes de que las luces se apagarán en alguna otra parte.

La prensa

Los periodistas extranjeros se reunían para almorzar y cenar en un restaurante situado en un sótano de la Gran Vía, el único que seguía abierto en toda la capital. Era un establecimiento del Gobierno y tenía una clientela restringida e integrada en su mayor parte por funcionarios, policías, oficiales del ejército y prostitutas.

En el local había siempre ruido y mucha gente y mucho humo de tabaco. En cierta ocasión, durante un bombardeo, unos milicianos alzaron sus vasos de vino y brindaron por cada explosión en medio de gritos y cánticos. Cuando un proyectil de 152 milímetros cayó delante de la puerta y retorció el bastidor de acero del toldo, el camarero se ganó una salva de aplausos ofreciendo a todos los presentes una copa por cuenta de la casa.

La puerta del restaurante estaba fuertemente vigilada por centinelas armados y con frecuencia veías mujeres que lloraban y suplicaban que las dejasen entrar, pero no se permitía entrar a nadie que no tuviese un pase oficial.

Una vez dentro, la comida era escasa y a veces poco menos que intragable. El menú habitual consistía en longaniza y un plato de arroz para almorzar, y de nuevo longaniza y un plato de alubias para cenar. Una vez nos sirvieron huevos durante tres días seguidos, pero tenían un sabor raro y pronto corrió la voz de que eran huevos bombardeados procedentes de Córdoba. Nunca descubrí exactamente qué forma adquiriría un huevo al ser bombardeado.

Del restaurante siempre salíamos con hambre y, aunque yo nunca había sufrido por falta de comida, nuestra suerte era mucho mejor que la del español normal y corriente, tanto que raras veces cruzábamos la puerta vigilada sin experimentar un sentimiento de culpa, como si no tuviéramos derecho a estar

allí.

Algunos de los periodistas se las habían ingeniado para traer comestibles de Francia y la sala de estar de Tom Delmer en el hotel Florida se convirtió en un lugar de encuentro muy concurrido. Tom había instalado hornillos eléctricos y escalfadores en la habitación. Un jamón colgaba de una percha en la puerta del armario y la mesa estaba cubierta de galletas saladas y latas de sardinas. Todas las noches a partir de las once la prensa se reunía allí: estaban Herbert Matthews del *New York Times*, Ernest Hemingway de la North American Newspaper Alliance, «Hank» Gorrell de la United Press, Thomas Loyetha del International News Service, Martha Gellhorn de *Collier's*, George y Helen Seldes, Josephine Herbst y muchos otros. Aunque los comestibles se repartían con cuidado, había siempre cerveza y whisky en abundancia y las reuniones raramente terminaban antes de la madrugada.

Cuando en la habitación hacía demasiado calor, Tom solía apagar las luces y abrir las ventanas. Con frecuencia ponía en marcha el gramófono y escuchábamos la Quinta Sinfonía de Beethoven. Entre los acordes de la música podíamos oír el ruido sordo y lejano de la artillería; resultaba siempre una mezcla extraña.

Las fiestas de Tom terminaron de repente cuando un proyectil de artillería entró en su habitación y pulverizó los escalfadores y los muebles. Afortunadamente, en aquel momento no había nadie en la habitación. Poco después, al entrar en el vestíbulo del hotel, encontré al gerente sentado ante su mesa de despacho, examinando minuciosamente sus cuentas como si no hubiera pasado nada. Cuando me interesé por los desperfectos, me miró con frialdad y negó que el hotel hubiese sido alcanzado. Sólo una conducción principal de gas había resultado afectada, dijo. Aunque el enorme agujero que había en la habitación de Tom estaba a la vista de todos, el gerente se atuvo tercamente a su versión porque temía que sus huéspedes se alarmaran y se fueran.

Un huésped sí se marchó. Era un aviador norteamericano cuyo nombre no conozco y que había llegado a Madrid con un permiso de varios días. Se encontraba en el pasillo, cerca de la habitación, cuando estalló el proyectil y la onda expansiva lo tumbó. De todos modos, ya estaba un poco achispado y

bajó por la escalera con pasos vacilantes y gritando:

—Menuda forma de relajarse. ¡Si quiero divertirme, montaré mis propios bombardeos!

Los periodistas enviaban sus artículos todas las noches desde el edificio de la Telefónica, que estaba en la Gran Vía. Era el edificio más alto de la ciudad y desde el último piso se divisaban los campos de batalla de la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria. Debido a que se usaba frecuentemente como puesto de observación, era un objetivo militar legítimo, y durante mi estancia en Madrid recibió más de ochenta impactos directos. Sin embargo, era un edificio construido con acero y hormigón, y las paredes eran demasiado macizas para los proyectiles de 152 milímetros, por lo que sufrió pocos daños. En cierta ocasión, un proyectil de 76 milímetros hizo un agujero en el techo del locutorio, pero ninguna de las telefonistas resultó herida.

Todos los artículos periodísticos se mandaban por teléfono a Londres y París, y desde allí se cablegrafiaban a diversas partes del mundo. Había mucha competencia entre las agencias porque todas querían ser las primeras en llamar. Como sólo había dos líneas exteriores, a veces se tardaban cuatro o cinco horas en establecer la conexión. La mayoría de los enviados especiales trabajaban para periódicos matutinos, lo cual quería decir que la mayor avalancha tenía lugar a las nueve de la noche; en el locutorio había varios camastros y algunos de ellos dormían allí hasta que llegaban sus «urgentes».

Todos los artículos debían pasar por la censura y cada página requería un sello oficial de aprobación. Cuando se transmitían por teléfono, una telefonista permanecía sentada al lado del corresponsal, dispuesta a cortar la línea si se insertaba algo que no estuviera incluido en la copia autorizada. Los intentos de «burlar al censor» empleando el argot norteamericano eran frecuentes, pero se terminaron cuando una muchacha canadiense pasó a formar parte del personal. No estaba permitido dar publicidad a las Brigadas Internacionales; no se podía hacer referencia a los armamentos rusos ni identificar los edificios y las calles que sufrían bombardeos.

Los periodistas gozaban de carta blanca para informar acerca de historias

que tuvieran interés humano. Podían explayarse a gusto al describir los bombardeos. Era emocionante estar sentada de noche en el locutorio, a oscuras y escuchar las versiones de las noticias del día que se enviaban por teléfono en alemán, francés, español e inglés para que fuesen transmitidas a los lugares más remotos de la tierra. Los despachos eran siempre variados, pues algunos describían los bombardeos con indiferencia y otros con enfebrecida intensidad. Empecé a darme cuenta de que ello dependía en gran parte de dónde había estado el autor del artículo al caer los proyectiles. En la oscuridad de la ciudad sitiada experimentabas una sensación extraña al pensar que los hilos del teléfono llevaban el sufrimiento de España a los campos libres de Francia y, cruzando el canal de la Mancha, a la paz soñolienta de Londres. Después de escuchar el relato especialmente conmovedor de algún testigo presencial, con frecuencia volvía bruscamente a la realidad cuando un periodista gritaba:

—*Ne coupez pas, Madame!* Escucha, Eddie, ¿qué te parece si me mandas un poco más de pasta...?

Las noticias diarias no eran de mi incumbencia, así que tracé un esbozo para una serie de artículos. Una de las primeras cosas que quería hacer era ir al frente. No era difícil. Aunque en teoría los periodistas debían obtener la autorización pertinente, pocos centinelas españoles sabían leer y bastaba con enseñarles prácticamente cualquier papel (por más que su vigencia hubiera caducado mucho antes). Cuando querías ir al frente, sencillamente te subías a un coche e ibas.

El frente más próximo, sin embargo, atravesaba la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, a sólo unos tres kilómetros del principal distrito comercial de Madrid. Hacías la mitad del camino en tranvía, la otra mitad a pie y ya habías llegado. Los dos ejércitos se encontraban en un punto muerto desde que, el pasado noviembre, las Brigadas Internacionales habían detenido el avance de Franco y Madrid se había salvado en el último momento. Ninguno de los dos bandos había conseguido desalojar al otro y durante los últimos cinco meses los soldados habían permanecido sentados en trincheras

opuestas, ametrallándose, arrojándose granadas y disparándose morteros para romper la monotonía.

La oportunidad de visitar la Casa de Campo no se hizo esperar mucho. Pocos días después de llegar a Madrid, conocí al profesor J.B.S. Haldane, científico inglés y excatedrático de la Universidad de Cambridge, que se encontraba almorzando en el restaurante de la Gran Vía.

—Me parece que bajaré hasta el campo de batalla y echaré un vistazo — dijo en tono despreocupado—. ¿Quiere usted venir?

Al cabo de una hora me encontraba andando por una calle de las afueras de la ciudad. El profesor resultaba una figura excéntrica con sus pantalones demasiado ajustados y un casco que tenía el barboquejo roto, databa de la Gran Guerra y lo había traído de Inglaterra. Como era el único casco de acero que había en toda la España republicana, llamaba mucho la atención de los transeúntes, y dos veces nos saludaron con respeto unos centinelas, obviamente impresionados. Aunque Haldane había venido a España para asesorar al Gobierno sobre antídotos contra el gas, le gustaba dárselas de bromista. Cuando alguien le preguntaba qué hacía en Madrid, siempre contestaba:

—No soy más que un espectador llegado de Inglaterra. Me lo pasé tan bien en la última guerra que se me ocurrió venir a pasar unas vacaciones en España.

Recorrimos una larga avenida en la que había barricadas de piedras en los cruces. Centinelas que vestían jersey y pantalones de pana, con los fusiles a su lado, decían «Salud» y nos pedían que les enseñáramos los pases. La mayoría de ellos no sabían leer y algunos incluso sostenían los papeles al revés, pero todos los examinaban con el ceño fruncido, alzaban el puño para hacer el saludo del Frente Popular y nos dejaban pasar.

Al final de la avenida las calles lucían desoladas y vimos bloques de casas cuyo interior había sido destruido y ahora estaban vacías. De algunas de ellas sólo quedaba la estructura porque las bombas habían entrado por el centro; otras parecían decorados de teatro con fachadas enteras arrancadas. En un piso alto había una mesa puesta para cenar, con las servilletas y las sillas en su sitio, pero lo único que tenían por pared era un retazo de cielo azul.

El espectáculo era fantasmagórico y triste, con el viento silbando al penetrar por las ventanas sin cristales y las puertas de los pisos altos, cavernas vacías, dando golpes. Pero el profesor estaba muy animado. Justo cuando comentaba que hacía un tiempo espléndido se oyó un silbido muy fuerte. Un proyectil alcanzó la casa de ladrillo de la esquina y otro se hundió en la calzada. Corrimos a refugiarnos en un portal y nos apretamos contra una pared oscura mientras pasaban varios proyectiles más. Al cabo de unos minutos el profesor decidió que había pasado el peligro.

—De todos modos —añadió, con todo el desdén del veterano de la guerra mundial—, son sólo proyectiles pequeños, así que ¡vamos!

Mi confianza en el profesor era precaria. Me pareció que se tomaba la situación demasiado a la ligera y la perspectiva de visitar el frente se hacía más alarmante a cada minuto que pasaba. Sin embargo, a esas alturas parecía haber pocas opciones salvo seguirle.

Las trincheras de comunicación empezaban en el parque que había al final de la calle. Eran trincheras estrechas y sucias, con una hilera de sacos terreros arriba. Su altura era de poco más de metro y medio solamente, por lo que teníamos que agacharnos para seguir a cubierto. Las líneas se retorcían y curvaban a través de los campos mientras avanzábamos chapoteando en el barro, y el ruido de los disparos iba en aumento. Las balas pasaban por encima de nosotros con un sonido furioso, y algunas se estrellaban contra los lados del parapeto con un ruido seco. De algún lugar que quedaba a la derecha llegaba el estruendo de la artillería y los sordos estampidos de los morteros.

El profesor me llamó alegremente y me preguntó si me gustaba. Le dije que no mucho y pareció que mi respuesta no fue de su agrado, porque respondió a gritos que en la última guerra a las mujeres no les habían permitido acercarse a menos de diez kilómetros de primera línea.

—¡Debería estar agradecida por el privilegio! —gritó.

De pronto, al doblar un recodo de la trinchera, nos encontramos en primera línea. Largas filas de soldados disparaban a través de las aberturas entre los sacos terreros. Iban sin afeitar y sus guerreras y pantalones caqui estaban manchados de grasa y barro. Algunos parecían no tener más de dieciséis o diecisiete años.

Supongo que el profesor y yo éramos una pareja extraña, pero los soldados no mostraron ninguna señal de sorpresa al vernos. Sonrieron efusivamente y el «Salud» con que nos recibieron se repitió como el eco a lo largo de la línea. Uno de ellos dejó el fusil en el suelo y sacó un cajón de madera para que me sentase. Otro, con una mano envuelta en un vendaje sucio, nos ofreció un paquete de cigarrillos de color marrón oscuro; luego todos empezaron a hablar a la vez, ansiosamente y en español. No entendí ni una palabra, pero no importaba porque, de repente, alguien empezó a disparar una ametralladora que hacía un ruido ensordecedor. Me tapé los oídos con las manos al tiempo que me preguntaba cómo podía alguien llegar a acostumbrarse a semejante ruido.

Uno de los soldados me dio un fusil y me preguntó si no quería disparar contra *los facciosos*, [7] y entonces un chico muy joven, de mejillas sonrosadas y grandes ojos castaños, se levantó y sostuvo un periscopio por encima de la trinchera para que yo pudiese ver las líneas enemigas. Eran un revoltijo de piedras y hierba que distaba sólo unos cincuenta metros. En la tierra de nadie que quedaba entremedio yacían tres cuerpos retorcidos.

—*Los muertos nuestros* [8] —dijo el chico en voz baja.

El profesor miró entre los sacos terreros, con los ojos casi cerrados, pero dijo que no le gustaba lo que veía. Explicó que quería echar una ojeada al Clínico (edificio en el que se había atrincherado el enemigo) y que probablemente podría verlo mejor desde otra posición, así que una vez más empezamos a arrastrarnos a lo largo de la línea. Había desvíos a izquierda y derecha, y en un momento dado el profesor exclamó que no tenía ni la más remota idea de dónde estábamos.

—Espero que no vayamos a parar donde están los fascistas —dijo en tono despreocupado, y justo en aquel momento llegamos de repente al final de la trinchera. Justo delante había una pequeña pendiente cubierta de hierba.

Haldane se rascó la cabeza y dijo que, en su opinión, el otro lado del cerro tenía que resultar un punto de observación mejor; pero no sabía qué había allí y, por tanto, podía estar equivocado. Balas perdidas pasaban por encima de nosotros y me negué a moverme hasta que el profesor averiguase adónde iba. Reconozco que era un problema, ya que no se veía ni un alma; no obstante, no

estaba preparada para la rápida solución que se le ocurrió.

—Usted espere aquí —dijo, y, antes de que pudiera impedírselo, subió corriendo la pendiente y desapareció al otro lado.

Me quedé sola en la trinchera y me pregunté por qué se me había ocurrido venir a España. Podía oír los proyectiles que cruzaban el cielo y las explosiones cuando caían a tierra a lo lejos. Las balas pasaban silbando y tenía que agachar la cabeza una y otra vez, aunque me habían dicho varias veces que cuando oyes el silbido, no corres ningún peligro.

El sol se había ocultado detrás de una nube y empezaba a hacer frío. Miré a uno y otro lado de la línea desierta y me pregunté si el profesor llegaría a encontrar el camino de vuelta. De pronto hubo una explosión y la tierra se alzó como un surtidor unos veinte metros delante de mí. Me tiré al suelo al tiempo que el aire se llenaba de tierra y piedras. Después de comprobar que seguía intacta, me levanté y traté de limpiarme el barro de la ropa con un pañuelo. Justo entonces oí que alguien silbaba una tonada y, al alzar los ojos, vi que se acercaba un oficial. Era un hombrecillo garboso que llevaba una gorra con visera ladeada sobre un ojo. Me dijo algo en español, pero cuando le dije que no le entendía empezó a chapurrear en francés.

—Éste no es lugar para estar de pie, Mademoiselle. Están disparando con morteros de trinchera.

Contesté que acababa de decir una gran verdad y le expliqué mi situación. Se rió y dijo que le siguiera.

—No se preocupe: encontraré a su amigo..., vivo o muerto.

Me ayudó a salvar los lugares resbaladizos con aires de gran caballero y me tomó de la mano cuando cruzamos a rastras dos túneles oscuros; finalmente llegamos a un lugar despejado. A la derecha había una cabaña pintada de blanco, rodeada de árboles y matorrales y protegida por un cerro poco elevado.

El interior de la cabaña se encontraba abarrotado de soldados. Las persianas estaban cerradas y la única luz procedía de una débil bombilla que colgaba del techo. El teniente explicó que yo era una escritora norteamericana que se había extraviado en las trincheras y les dijo que me atendieran mientras él trataba de encontrar a mi amigo. Los soldados sonrieron y empezaron a

hablar todos a la vez en español, por lo que no entendí nada. Uno de ellos acercó una silla a un hornillo que había en el centro de la habitación y me indicó por señas que me secara al lado del fuego. Me quité los zapatos y alguien los limpió con un trapo. Otro soldado se abrió paso entre el grupo y me ofreció un pedazo de pan duro; sus compañeros rieron y explicaron con las manos vacías que era lo único que podían ofrecerme.

Media hora después el teniente reapareció y dijo que había encontrado al profesor. Mientras estrechaba la mano de todos ellos, los soldados pidieron al teniente que se disculpara por la pobre hospitalidad, y uno preguntó si iba a escribir sobre ellos en un artículo. Cuando asentí con la cabeza, un soldado alto que se encontraba cerca de la puerta, obviamente el gracioso oficial del grupo, me pidió que no olvidara decir que les gustaba luchar contra los fascistas mucho más de lo que a sus abuelos les había gustado luchar contra los norteamericanos. Y me preguntó si creía que Estados Unidos enviaría algunos fusiles y aviones para demostrar lo excelente que había resultado la nueva amistad. Rieron todos y salí detrás del teniente mientras los soldados me despedían diciendo «Salud».

Una vez más recorrimos las trincheras a rastras y finalmente llegamos a un pequeño refugio subterráneo. En el interior, dos soldados echados sobre un camastro comían arroz en un abollado plato de hojalata; un radiotelegrafista estaba sentado con los auriculares puestos ante una mesa de madera, y en el centro, encogido en un taburete bajo de madera y bebiendo una botella de vino, se encontraba el profesor.

—Hola —dijo afablemente—, ¿dónde ha estado escondida?

Me dio la impresión de que se tomaba mi reaparición como lo más natural del mundo y me describió con entusiasmo lo bien que había podido ver el Clínico. Al parecer, la excursión había sido un gran éxito, al menos para él.

El teniente nos guió por las trincheras de comunicación y finalmente nos dejó en la avenida. Antes de decir adiós, sacó una botella de ginebra del bolsillo, le ofreció un trago al profesor y luego él bebió otro. Se despidió saludando militarmente y volvió a desaparecer en las trincheras, silbando mientras se alejaba.

La vida en Madrid

Al volver la vista atrás, supongo que aquel mes de abril Madrid estuvo más cerca de ser una ciudad «alegre» que en cualquier otro momento de la guerra. La victoria en Guadalajara había animado en gran medida a los republicanos, que ahora contemplaban el futuro con mucho optimismo. Hablaban de ofensivas a gran escala y de la paz que impondrían al terminar la guerra. Incluso para un observador inexperto en asuntos militares como yo, todo esto parecía prematuro, pero la fe en la victoria se había convertido en una feroz necesidad para los soldados y los civiles, que habían sufrido mucho durante los fríos meses del invierno.

Ahora había llegado la primavera para secar el suelo y calentar las casas, y la gente había cobrado nuevas fuerzas. Los bombardeos que Madrid soportaba todos los días se habían convertido en algo normal. A la hora de la siesta reinaba siempre la tranquilidad y la capital raramente era bombardeada de noche. (Por algún motivo que se desconoce, después de los primeros seis o siete meses de la guerra, Madrid propiamente dicho nunca volvió a ser bombardeado desde el aire.) Había un promedio de aproximadamente cincuenta o sesenta bajas diarias, pero, como el número de habitantes rondaba el millón, proporcionalmente no era una cifra elevada.

Como he dicho antes, lo peor de la vida en Madrid era la escasez de alimentos. Aunque muchos de los pueblos de los alrededores estaban bien provistos de verduras, huevos y leche, no existía una organización apropiada para transportar alimentos a la capital. Varias veces vi multitudes corriendo detrás de camiones cargados de víveres, gritando a los conductores y suplicándoles que se detuvieran. Y en más de una ocasión la gente intentó tomar por asalto el restaurante de la Gran Vía, cuyas puertas estaban muy

vigiladas.

Recuerdo una escena que tuvo lugar en el restaurante cuando la duquesa de Atholl, diputada en la Cámara de los Comunes, visitó Madrid. El gerente se las había arreglado de algún modo para encontrar un pollo y se lo sirvió a Su Excelencia para el almuerzo. Cuando la duquesa se hubo ido, uno de los anarquistas le echó una bronca feroz al gerente por hacer «distingos clasistas». Alrededor de ellos se formó un corrillo y al cabo de pocos instantes todos tomaban parte en la discusión.

—Mientras el pueblo pasa hambre, la duquesa come pollo.

—Pero, *camarada*, [9] esa mujer es poderosa en Inglaterra y amiga de la República.

—Pues que pase hambre y así podrá informarles mejor de cómo vivimos. Si no fuera duquesa, le habrías servido arroz.

El gerente corría peligro de que le acusaran de quintacolumnista y le denunciasen, así que siguió discutiendo acaloradamente.

—Me tiene sin cuidado si es duquesa o no. Es amiga. No puede haber nada malo en causar buena impresión en aras de la causa.

La trifulca duró un buen rato, hasta que uno de los periodistas intervino para hacer de mediador y el grupo se dispersó. Pero aquella noche la duquesa comió longaniza y arroz, como todo el mundo.

El ambiente bélico de Madrid desconcertaba al recién llegado. Si bien toda la propaganda se concentraba en la invasión de España por los alemanes y los italianos, en vez de en la cuestión social, el carácter de Madrid era claramente revolucionario. Aparte de un puñado de funcionarios del Gobierno, Madrid era proletario con toda su alma. Casi sin excepción, las clases alta y media habían tomado partido por el general Franco. Muchos, por supuesto, no habían podido huir del territorio republicano y se escondían; otros estaban en la cárcel o habían sido fusilados. Los hoteles y los cafés eran dirigidos por los camareros y los empleados. El Gobierno se había hecho cargo de todos los negocios y comercios y confiscado los beneficios para la prosecución de la guerra. Sólo a unos cuantos propietarios se les permitía continuar dirigiendo

sus empresas y se les pagaba un salario semanal. Naturalmente, la enorme desorganización había dado como resultado este caos y el problema de la reorientación interna era casi tan grande como el de hacer la guerra.

El Partido Comunista era, con mucho, el más poderoso y organizado de España y su influencia se notaba en todas partes. Pese a que los comunistas declaraban con vehemencia que luchaban por reinstaurar la República, a mí me costaba creerlo. Cualquiera que realmente creyese en una república y fuera hostil a una dictadura del proletariado era tachado automáticamente de fascista. Como yo no era comunista, desperté sospechas inmediatamente. Aunque Moscú les había ordenado que apoyaran a las democracias contra los fascistas, los comunistas dedicaban todos sus esfuerzos a difundir la doctrina marxista. Por este motivo insistieron ferozmente en implantar el sistema de comisarios políticos en el ejército con el fin de convertir a muchos de los soldados.

Desde luego, eran muchos los españoles que no simpatizaban con la extrema izquierda. A los pequeños burgueses, cuyas modestas propiedades habían sido confiscadas, no se les podía considerar partidarios leales de la República; y tampoco a las personas profundamente religiosas, ni siquiera entre los pobres. Recuerdo que un día Thomas Loyetha, el corresponsal del International News Service, nos llevó a Tom Delmer y a mí a almorzar en un pisito en el que vivía una española de mediana edad que, antes de la guerra, había sido alcahueta. Como todos los hombres jóvenes y ricos estaban en el bando de Franco, sus ingresos habían disminuido y ahora se ganaba unas pesetas haciendo de cocinera. De un modo u otro, siempre se las ingeniaba para hacerse con unos cuantos pollos y una vez a la semana Loyetha iba a su casa para disfrutar de una comida realmente buena. Durante el almuerzo la mujer nos enseñó un armario pequeño en el que escondía varios crucifijos. Dijo que cuando empezaban los bombardeos los sacaba del armario y rezaba. Poca duda cabía de con quién simpatizaba, y si la policía hubiera descubierto los crucifijos, habría acabado en la cárcel, cuando no fusilada.

También recuerdo la sorpresa que me llevé al visitar una de las cárceles de Madrid. Estaba dentro de un monasterio que había sido transformado apresuradamente en cárcel. Al entrar encontré al director, que era anarquista,

sentado detrás de un enorme escritorio de roble sobre un fondo de tapices de color rojo oscuro adornados con cuadros de la Virgen. Me condujo por una serie de corredores largos, con habitaciones pequeñas en ambos lados, todas ellas abarrotadas. Algunos presos estaban fregando los suelos, otros deambulaban por los corredores o formaban grupos y hablaban y fumaban. La mayoría eran hombres corrientes, de clase obrera, y fue entonces cuando me di cuenta de lo profunda que era la división política. De hecho, esta gente y los pequeños propietarios de clase media eran la sección de la sociedad de la que más víctimas había sacado el verdugo, porque los aristócratas, valiéndose de su dinero y sus influencias, habían comprado su libertad y casi todos habían logrado escapar.

Por esta razón, la propaganda republicana iba dirigida casi exclusivamente contra el invasor extranjero, y muchos españoles que discrepaban en el caso de la cuestión social respondieron a la llamada de los grandes carteles en los que aparecían el pie de un campesino aplastando la esvástica de hierro y las palabras: «Madrid será la tumba del fascismo».

Madrid se hallaba bajo rigurosa ley marcial y, en general, la vida transcurría ordenadamente. A veces uno de los soldados que acudían en gran número al bar de Chicote a primera hora de la tarde bebía demasiado y en el aire resonaban disparos de revólver, y de vez en cuando la policía disparaba contra las ventanas en las que se veía luz para recordar a la gente las restricciones del oscurecimiento. Una noche, al volver a su hotel, Martha Gellhorn encontró un pulcro agujero redondo de bala en la ventana porque la doncella se había olvidado de echar la cortina.

Por la noche las calles de la ciudad estaban desiertas y había centinelas apostados en las barricadas de las esquinas. Podías dar paseos a pie sin que nadie te molestase, pero para ir en coche era necesario conocer el santo y seña. Durante su primera estancia en Madrid, Tom Delmer, que desconocía esta regla, iba en coche con otro periodista cuando se les acercó un centinela.

—¡Alto! ¿Quién vive? —dijo, y les pidió el santo y seña con la frase—: ¿Adónde vamos?

La respuesta correcta era «A la Victoria». Pero Tom contestó:

—A la embajada británica.

Y el resultado fue que no llegaron a ninguno de los dos sitios, porque fueron conducidos rápidamente a la jefatura para interrogarles.

Madrid estaba plagado de quintacolumnistas y espías, y los republicanos tenían un nutrido cuerpo de policía secreta que combatía contra las filtraciones de información. La policía tenía fichados a miles de sospechosos, incluida toda la prensa extranjera, y en las paredes de los edificios habían pegado carteles llamativos que advertían a la población de los peligros de los espías incluso entre amigos. Uno de los carteles más populares mostraba a un hombre de cara verde con una mano formando bocina sobre una oreja y, delante de él, una *señorita*[10] con los dedos sobre los labios pintados de rojo que decía: «Contra el espionaje. ¡Milicianos! No deis detalles sobre la situación de los frentes, ni a los camaradas, ni a los hermanos, ni a las novias».

Ninguno de nosotros conocía todas las actividades de la policía secreta ni lo que pasaba tras los muros de las cárceles madrileñas. Sin embargo, no cabe duda de que el Gobierno libraba una batalla desesperada contra los quintacolumnistas que proporcionaban al enemigo un torrente continuo de información por medio de la radio y de mensajeros. Tampoco cabe duda de que muchos miles de personas fueron sacadas a la fuerza de la cama y fusiladas sin juicio previo.

Aunque yo nunca fui testigo de ninguna «atrocidad», hay un episodio que sobresale entre mis recuerdos. Me encontraba almorzando en el restaurante de la Gran Vía con Ernest Hemingway y Josephine Herbst cuando empezó un bombardeo. Los proyectiles caían en la calle enfrente del establecimiento y era imposible salir, así que nos tomamos el café sin prisas. Me fijé en que en la mesa de al lado había un hombre de aspecto quisquilloso que iba vestido de gris perla de la cabeza a los pies. Tenía la frente alta y los dedos largos que caracterizan al intelectual y llevaba unas gafas con montura de concha que aumentaban su aspecto de hombre dado a la reflexión.

—Ése —dijo Hemingway— es el principal verdugo de Madrid.

Ernest le invitó a sentarse a nuestra mesa y el hombre aceptó con la condición de que le permitiéramos ofrecernos una jarra de vino. Sus modales eran obsequiosos hasta rozar la adulación, pero nunca olvidaré la expresión que vi en sus ojos brillantes, de color castaño. Quizá fue cosa de mi

imaginación, pero me pareció que en ellos se reflejaba todo el sadismo tradicional de España. Hemingway se interesaba apasionadamente por los detalles de la muerte y pronto empezó a atosigarle con preguntas.

—¿Ha muerto mucha gente en Madrid?

—Una revolución es siempre precipitada.

—¿Y se han cometido muchos errores?

—¿Errores? Errar es de humanos.

—Y los errores... ¿cómo murieron?

—En general, teniendo en cuenta que eran errores —contestó con aire meditativo—, pues, muy bien; de hecho, ¡magníficamente!

Fue su forma de decirlo lo que me produjo un escalofrío. Alzó la voz al pronunciar la última palabra, hasta alcanzar un tono de éxtasis, y en sus ojos apareció un destello de placer. Alargó una mano para coger la jarra y me llenó el vaso. El vino, turbio y rojo, gorgoteó al caer en el vaso y no pude pensar nada más que en sangre.

Al salir del restaurante, Hemingway dijo:

—Un tipo *chic*, ¿eh? Ahora bien, es mío. No lo olvides.

Cuando leí su obra de teatro *La quinta columna* muchos meses después, no me sorprendió encontrar las siguientes líneas:

PHILIP: Y, Antonio. A veces se cometerían errores, ¿eh? Quizá cuando teníais que trabajar con prisas. O, ya sabes, sencillamente errores, todos cometemos errores. Ayer, sin ir más lejos, cometí un pequeño error. Dime, Antonio, ¿alguna vez se cometieron errores?

ANTONIO: Oh, sí. Desde luego. Errores. Oh, sí. Errores. Sí. Sí. Errores muy lamentables. Muy pocos.

PHILIP: ¿Y cómo murieron los errores?

ANTONIO (con orgullo): Muy bien todos ellos.

Hemingway era muy admirado en España y todo el mundo le llamaba «Pop» (papi). Era un hombre muy corpulento, de mejillas coloradas, que andaba por Madrid vestido con unos sucios pantalones de color marrón y una camisa azul llena de rotos.

—Es lo único que he traído —solía farfullar con aire de pedir perdón—. Hasta los anarquistas empiezan a despreciarme.

Aunque había resultado herido cuatro veces en la guerra mundial, le fascinaban las trincheras. En los días en que el frente estaba tranquilo, acostumbraba a rondar por ahí e intentaba que le prestasen cartuchos para salir al campo y cazar conejos.

Su habitación en el segundo piso del Florida compartía con la suite de Tom Delmer el honor de servir de lugar de encuentro para una extraña colección de personajes. No creo que exista en el mundo un hotel que haya atraído alguna vez a un grupo más variopinto de extranjeros. Procedían de todos los lugares del mundo y sus antecedentes eran como una serie de novelas de aventuras inverosímiles. Había idealistas y mercenarios; sinvergüenzas y mártires; aventureros y emboscados; fanáticos, traidores y simples vagabundos. Eran como una colección de abalorios raros ensartados en un hilo común, la guerra. Todas las tardes los encontrabas en el Florida; fotógrafos holandeses, aviadores norteamericanos, refugiados alemanes, conductores de ambulancia ingleses, picadores españoles y comunistas de todas las razas y nacionalidades.

Las reuniones en la habitación de Hemingway eran presididas por Sydney Franklin, un torero norteamericano joven y duro. Había toreado con frecuencia en los ruedos de España y poseía una colección de anillos y pitilleras muy repujadas que le habían regalado diversos admiradores. Cuando le pregunté cómo había ido a parar a Madrid, contestó:

—Pues, verás, un día Ernest me llama por teléfono y me dice: «Hola, chico, ¿quieres ir a la guerra de España?». Y yo le digo: «Por supuesto, Pop. ¿En qué bando estamos?».

Luego estaba Lolita, una prostituta española de cara redonda y expresión inocente que, al menos por el momento, era la querida de un miembro de la policía secreta. Cada vez que se peleaba con ella el policía ordenaba que la detuviesen y la encerrasen en la cárcel durante unos días, lo cual producía siempre una tremenda campaña para sacarla de allí. Y estaba Kajsa, una muchacha sueca que vestía ropa de hombre y se peinaba como Greta Garbo. Había tenido empleos en toda Europa, desde ama de llaves hasta guía turística, y finalmente había recalado en Barcelona para participar en un maratón de baile. Doce días después de comenzar el maratón estalló la guerra, y Kajsa se

fue al frente para hacer de enfermera. Hablaba con soltura siete idiomas y al final sus múltiples talentos le había granjeado un empleo en la Oficina de Prensa, que la nombró intérprete semioficial para los periodistas extranjeros.

Todas las personalidades extraordinarias que se convirtieron en parte de nuestra vida cotidiana tenían opiniones muy firmes que causaban discusiones interminables y enconadas sobre los asuntos de actualidad. Los «intelectuales» comunistas aportaban un ambiente cosmopolita, porque sus actividades no se limitaban a España. El mundo era su campo de batalla y las andanzas políticas de Léon Blum, Neville Chamberlain y Franklin Roosevelt les interesaban más que el liderazgo, más próximo, de Largo Caballero.

De todos los comunistas, Claud Cockburn, que escribía con el seudónimo de Frank Pitcairn para el *Daily Worker* de Londres, era el mejor anecdotista. Poseía un caudal de historias «confidenciales» relacionadas con escándalos bancarios, conspiraciones internacionales y políticos corruptos. El mundo, que siempre me había parecido tan inocente, se convirtió de súbito en un lugar plagado de horribles melodramas que me tenían embelesada durante horas. La solución para todas las panaceas se encontraba, por supuesto, en la teoría del materialismo dialéctico. Me llevé una sorpresa al averiguar que tan fervoroso paladín de Marx nunca había visitado la Unión Soviética, pero Claud lo explicó diciendo:

—Lo de Rusia ya está arreglado; no me interesa observar revoluciones; mi misión es *hacerlas*.

La mayoría de los comunistas tenían la certeza de que la sublevación mundial no estaba muy lejos. El fascismo, declararon, sería la gran prueba y del caos de una conflagración mundial se alzarían los obreros.

Pocos de nosotros nos acostábamos antes de la madrugada. Nos levantábamos tarde y hacíamos la mayor parte de nuestro trabajo por la tarde. Martha Gellhorn escribía artículos para *Collier's*, por lo que a menudo visitábamos juntas cárceles y hospitales, donde recopilábamos datos y entrevistábamos a funcionarios. Al examinar ahora las escasas notas que tomé, encuentro unos cuantos párrafos con la anotación «Domingo, 11 de abril», que fue tal vez un día normal. Aquí están:

Me levanté a las ocho con un hambre atroz porque llevaba muchas horas sin probar bocado. Bajé al vestíbulo y encontré a George y Helen Seldes hablando con un periodista recién llegado que tenía un paquete de mantequilla y miel. George tenía un poco de té, así que me apresuré a unirme al grupo; subimos a la habitación y desayunamos opíparamente.

Alrededor de las once bajé hasta la Puerta del Sol con Tom Delmer, que quería comprar vino, pero, en vez de ello, nos encontramos atrapados en medio de un bombardeo. Pensé que eran nuestros cañones los que disparaban hasta que todo el mundo echó a correr para ponerse a salvo. Las únicas personas que se negaron a moverse fueron las mujeres que hacían cola delante de una panadería. Supongo que una muerte rápida es mejor que la inanición.

Emprendimos el regreso al hotel, pero me molestaba un zapato y, en vez de dar un largo rodeo, fuimos por la Gran Vía, lo cual fue una gran imprudencia porque los proyectiles pasaban silbando por encima de las cabezas con intervalos de pocos segundos. Tom dijo que había escrito tan a menudo acerca de la mala puntería de los artilleros del bando rebelde que sería irónico que uno de ellos pusiera fin a su prometedor carrera.

En el hotel nos tropezamos con Martha Gellhorn y Hemingway y quedamos en encontrarnos a las doce para asistir a un festival a beneficio de la FAI y oír cantar a Pastora. Pastora no cantó nada y el espectáculo fue malo; un bailarín de claqué con frac y sombrero de copa, un cantautor de flamenco muy viejo y una escena cómica entre un cura y un ama de casa. Ambos estuvieron de espaldas al público todo el rato, por lo que nadie se enteró de lo que decían. Todo el mundo aplaudió a rabiar, señal evidente de que fue un éxito.

A primera hora de la tarde me reuní con Herbert Matthews y Hemingway en la Old Homestead para ver la batalla que se estaba librando en la Casa de Campo. Los republicanos trataban de tomar tres casas en las que estaban atrincherados los rebeldes. Vimos cómo la artillería bombardeaba las casas y luego dos tanques que bajaban por un sendero estrecho. Uno de ellos se incendió y se convirtió en una cortina de llamas y el otro dio media vuelta y se fue. Herbert pensaba que quizá veríamos una gran ofensiva, pero ni hablar, de modo que finalmente volvimos al hotel.

La batalla que presenciamos fue una ofensiva que lanzaron los republicanos; abarcó desde Las Rozas, junto a la carretera de El Escorial, hasta Carabanchel pasando por la Casa de Campo. Duró tres días y al final fue repelida con muchas bajas. La «Old Homestead» era una casa que Hemingway encontró en las afueras de la capital. Una bomba se había llevado la fachada, así que ofrecía un excelente punto de observación para ver la batalla. Me sorprendió lo banal que resultaba la guerra vista desde lejos. Sobre el amplio panorama de cerros ondulados las nubes de humo parecían bolitas de algodón y los tanques, juguetes para niños. Cuando uno de ellos estalló en llamas fue

como si alguien hubiera encendido una cerilla. Sobre el telón de fondo de la naturaleza, la lucha del hombre se volvía tan diminuta que casi resultaba absurda.

Hemingway, sin embargo, seguía los movimientos con ansiedad.

—Es lo más horrible que los seres humanos pueden hacerse unos a otros —declaró solemnemente—, pero lo más apasionante.

Oímos pasos que subían la escalera y vimos que se trataba del profesor J.B.S. Haldane. Nos saludó con su acostumbrada cordialidad y miró a su alrededor en busca de un lugar donde sentarse. El estado de la casa era lamentable, llena de muebles destrozados, ropa vieja y cuadros rotos. El profesor sacó de entre los escombros una destartada silla de felpa encarnada, la colocó en el centro de la habitación, desde donde se divisaba todo el campo de batalla, y se sentó. Apoyó los codos en las rodillas y ajustó sus prismáticos. Hemingway le recordó que era peligroso permanecer al descubierto, pero Haldane le indicó por señas que se hiciera a un lado. Al cabo de unos minutos, Hemingway volvió a hablar:

—Sus prismáticos brillan al sol; pensarán que somos observadores militares.

—Mi querido amigo, puedo asegurarle que no hay ningún peligro aquí en la casa.

Diez minutos después se oyó un fuerte silbido al penetrar un proyectil en el piso de al lado. Dos más pasaron silbando por encima de la casa y todos echamos cuerpo a tierra..., todos excepto Haldane, que se fue corriendo escaleras abajo y desapareció. Nos bombardearon durante quince o veinte minutos y cuando por fin regresamos al Florida le encontramos sentado en el vestíbulo, bebiendo cerveza.

—Hola —dijo afablemente—, vamos a tomar una copa.

Fuimos al bar, y al final tomamos más de una.

Cuando cesaron los combates los republicanos habían sufrido un total de cerca

de tres mil bajas entre muertos y heridos. Los dos hoteles más grandes de Madrid, el Palace y el Ritz, que habían sido transformados en hospitales, estaban abarrotados. Entré en el Palace y jamás olvidaré el espectáculo. Los escalones aparecían salpicados de sangre y el vestíbulo estaba lleno de camillas con heridos que esperaban a ser operados. Me equivoqué de puerta y me encontré en el quirófano. Las enfermeras no llevaban uniforme y entraban y salían como si se tratara de un salón de fumadores. La mayoría eran rubias oxigenadas y llevaban las manos sucias y las uñas pintadas de rojo. Me enteré de que la profesión de enfermera había estado restringida casi por completo a las monjas; como éstas se encontraban en el bando de Franco, los médicos no habían tenido más remedio que utilizar cualquier ayuda que encontrarán.

No hay que pensar que las penalidades y los sufrimientos habían acabado con el optimismo innato de los españoles. La adversidad los había unido y el ambiente era animado y amistoso. Todos eran *camaradas*[11] y todos luchaban contra los fascistas. Les cogí mucha simpatía. En el aspecto temperamental, eran tan animados y variables como el país en el que vivían, con sus grandes montañas y sus áridas mesetas, su frío cortante y su calor tropical. Si un día lloraban, al día siguiente reían.

Incluso en sus horas más negras conservaban el sentido del humor y las ganas de vivir. Nadie que viajase por el país podía evitar horrorizarse al ver las miserables condiciones de vida que existían en los pueblos. Las casas eran ruinosas y sucias, y a menudo carecían de todo tipo de instalaciones sanitarias. Niños con llagas en la cara y el cuerpo yacían en tierra como animales. Pronto empecé a comprender las quejas contra la Iglesia, porque en muchos de estos pueblos los espléndidos capiteles de las iglesias se alzaban en medio de escenas de miseria difíciles de olvidar..., capiteles contruidos con el dinero de los campesinos.

La hospitalidad de los pobres resultaba conmovedora. Recibían con entusiasmo a los visitantes e insistían en compartir con ellos los alimentos y el vino que tuvieran en casa. Si tratabas de pagarles se ofendían. Eran personas rebosantes de vida que se interesaban apasionadamente por el lado más

luminoso de la vida. Un día visité un pueblecito situado a unos sesenta kilómetros de Madrid en compañía de Sydney Franklin, el torero norteamericano. Uno de los campesinos le había visto torear en Sevilla y la noticia de su presencia en el lugar corrió como un reguero de pólvora. La gente le miraba con admiración y los niños le seguían por la calle; el alcalde del pueblo salió para estrecharle la mano y le hizo prometer que cuando terminase la guerra volvería y organizaría una corrida para ellos.

Creo que fueron estas cualidades congénitas de los españoles las que mantuvieron tan alta la moral de Madrid durante los largos meses de bombardeos y escasez de alimentos. El valor de los madrileños no consistía en soportar la carga con paciencia, sino en no hacer caso de ella. La indiferencia ante el peligro era casi una cuestión de honor para una nación que desde hacía tiempo rendía culto al valor del torero. En cierta ocasión me encontraba sentada en un café durante un bombardeo. Uno de los periodistas había dejado su coche y su chófer esperándole y, al salir, encontramos al chófer de bruceas sobre el volante. Corrimos hacia él pensando que estaba herido, pero se incorporó, se frotó los ojos y pidió perdón por haberse dormido.

Al español medio le preocupaba mucho más la lucha por el pan de cada día que el fuego de artillería. Pocos días después de que un proyectil penetrase en la suite de Tom Delmer, el hotel resultó alcanzado de nuevo. Esta vez, al entrar en el hotel me encontré con que el gerente tenía un berrinche en el vestíbulo y negaba que hubiese sucedido algo.

—¡Mentiras, mentiras, mentiras! —exclamaba, presa de excitación—. Van a dar ustedes mala fama a mi hotel y me arruinarán el negocio.

Pobre hombrecillo, me temo que eso fue precisamente lo que ocurrió, ya que después de irme de España, oí decir que el Florida había sido alcanzado nuevamente y que si ibas a Madrid, el lugar donde debías alojarte era el «hospital» Palace.

Ejército civil

Durante el mes de mayo de 1937 los dos ejércitos de España se encontraron en un punto muerto en un frente poco definido que se extendía a lo largo de cerca de mil quinientos kilómetros. La tenaz defensa de los republicanos había obligado a Franco a abandonar su intención de avanzar inmediatamente hacia la capital y ahora se estaba preparando para lanzar una gran ofensiva en el norte. En muchos puntos del frente del norte los batallones enemigos se encontraban cara a cara en trincheras separadas por sólo unos pocos centenares de metros. Durante los periodos de inactividad había intercambios de granadas y disparos de mortero y rompían la monotonía insultándose desde los dos lados de la estrecha franja de tierra de nadie; en otras ocasiones cantaban flamenco, canciones de amor, y de vez en cuando, en el silencio de la noche, el enemigo hacía el estribillo.

Era imposible no sentirse conmovido al ver que las tropas republicanas luchaban contra fuerzas muy superiores. Era gente andrajosa, desaliñada. Su ejército contaba con alrededor de seiscientos mil hombres, pero pocos tenían experiencia militar previa. Estaban mal preparados, mal pertrechados y mal alimentados. Muchos habían aprendido a disparar un fusil en primera línea y muchos lo habían pagado con la vida. Pocos tenían uniforme; vestían una extraña colección de jerséis y chaquetas, pantalones de pana y zapatos con suela de caucho. Eran campesinos sacados de los pueblos de España para luchar en la primera guerra europea contra el totalitarismo.

Hice muchos viajes al frente. Vi soldados en las trincheras de El Escorial, en la sierra de Guadarrama y en los ondulados campos de Guadalajara. Había sólo un puñado de oficiales para instruir a los soldados, por lo que fue necesario reclutarlos entre los propios soldados. Dado que pocos campesinos

sabían leer o escribir, habilidades que eran esenciales para los oficiales, se abrieron escuelas en numerosos cuarteles generales y la educación pasó a ser una parte febril de la vida militar. En uno de los cuarteles de la Casa de Campo vi una habitación llena de hombres hechos y derechos que bregaban con una cartilla titulada «*Canuto, el soldado bruto*».[12] En la pared había un cartel que rezaba: «Leed. Combatiendo la ignorancia derrotaréis al fascismo».

Si bien las tropas republicanas habían soportado grandes penalidades, su moral acostumbraba a ser alta. Los extranjeros que iban al frente eran recibidos con grandes muestras de hospitalidad y los soldados, llenos de alegría infantil, llevaban a cabo demostraciones con sus fusiles y tanques. El desdichado visitante se veía sometido frecuentemente a experiencias aterradoras. Cuando fui al frente de Guadarrama con Ernest Hemingway, se consideró un gesto amistoso llevarnos a dar un paseo en un coche blindado y hacernos pasar por una carretera que se encontraba en la línea de fuego para que pudiéramos oír cómo las balas se estrellaban contra los costados de acero del vehículo.

Este frente en particular consistía en una serie de puestos fortificados y diseminados por las montañas y los bosques. Una de las posiciones se hallaba en lo alto de un cerro y nunca olvidaré la escena que nos recibió al acercarnos a ella. Detrás de un peñasco puntiagudo que se recortaba sobre el cielo había un grupo de soldados harapientos. Uno de ellos estaba sentado sobre una caja de madera y tocaba la guitarra y los demás formaban corro a su alrededor y daban palmadas siguiendo el ritmo de la música. El guitarrista echó la cabeza atrás y entonó una canción de amor española; su voz cortaba el aire de la tarde con un grito lastimero y apasionado. De repente se oyó la áspera respuesta de una ráfaga de ametralladora. Algunas balas dieron en el peñasco mientras que otras pasaban por encima con un silbido cantarín. Pero los soldados continuaron batiendo palmas al compás de la música.

Cuando llegamos arriba nos estrecharon la mano efusivamente y nos ofrecieron queso y vino. Nos hicieron mirar por una abertura entre los sacos terreros y nos dijeron que la casa blanca que quedaba a unos cincuenta metros, al pie del cerro, pertenecía al enemigo. A la derecha, más lejos, había otra casa, la del coronel de la brigada republicana.

Entonces uno de los soldados se acercó a nosotros y dijo que estaba seguro de que a la señora le gustaría ver cómo funcionaba un mortero de trinchera. Fue imposible impedirselo y a los pocos instantes varios morteros ya habían empezado a disparar contra la posición enemiga. Me pareció que lo más lógico era que el enemigo respondiese y esperé, aterrorizada, que la batalla continuase. Al cabo de un momento oímos las ráfagas de ametralladora, pero no iban dirigidas contra nosotros; el enemigo había calculado mal nuestra posición y había abierto fuego contra la casa del coronel. Los soldados se lo tomaron como una broma divertidísima y muchos se desternillaban de risa.

El comandante de este batallón en particular llevaba botas, y pantalones de montar, un jersey de cuello alto verde y una gorra con visera ladeada con desenfado. Antes de la guerra había sido camionero en Madrid, pero ahora su arrogancia y su fanfarronería le habían granjeado el sobrenombre del Guerrero. Se había pasado todo el invierno combatiendo en los pasos de la sierra de Guadarrama y, aunque su batallón había sido aniquilado en varias ocasiones, había conseguido que le enviaran más soldados y, por medio de una desesperada guerra de guerrillas, había impedido que las columnas enemigas avanzaran por los estrechos caminos. En el cuartel general nos presentó a una chica que había luchado codo a codo con ellos durante los meses de invierno. Llevaba las cejas depiladas y los labios pintados y vestía uniforme de hombre. El Guerrero nos dijo con orgullo que su esposa también había luchado con ellos, pero había tenido que mandarla de vuelta a Madrid, hacía ahora unas semanas, porque estaba embarazada.

Los hombres del Guerrero eran los más duros entre los duros. Eran pocos contra muchos y sus probabilidades de sobrevivir eran limitadas. La mayor parte de su trabajo consistía en rodear las posiciones enemigas durante la noche y lanzar desesperados ataques por sorpresa. Aparte de los peligros de la guerra, tenían que soportar el riguroso clima de las montañas sin ropa apropiada para ello y mal alimentados. Sabiendo todo esto, me sorprendió ver que muchos de los soldados que formaban parte de esta banda de desesperados eran chicos de carácter apacible y mirada triste. Un campesino de diecinueve años que la noche anterior había lanzado una granada entre doce

hombres que dormían se ruborizó al entregarme un ramo de flores silvestres; otro que había defendido sin ayuda de nadie un puesto de ametralladoras durante cuarenta y ocho horas me enseñó un poema que había escrito en el que ensalzaba las bellezas de la naturaleza. Hablaban de la guerra con mucho optimismo y decían que su ejército pronto sería suficientemente fuerte para pasar a la ofensiva y que la bandera republicana ondearía en todos los pueblos de España antes de Navidad. Brillantes visiones de victoria seguida de una paz duradera habían mantenido alta su moral en los largos meses de invierno. Me marché pensando en la extraña mezcla de emociones que produce la guerra; cuanto más elevados son los ideales del hombre, más salvaje resulta la batalla.

Uno de los viajes más interesantes que hice fue al frente donde luchaban las Brigadas Internacionales. Me refiero al frente de Morata, donde defendían la carretera de Madrid a Valencia, el último vínculo entre la capital y el mundo exterior. Aunque Franco había lanzado feroces y repetidos ataques y los republicanos habían sufrido la pérdida de muchas vidas, las líneas habían resistido. En mayo, este frente era considerado el sector más importante de España y se encontraba bajo el mando de un general soviético.

A pesar de que todo el mundo sabía que los rusos habían enviado casi dos mil oficiales de estado mayor, técnicos, aviadores y expertos en tanques para que instruyeran al ejército republicano, el tema era tabú. No se permitía a los periodistas establecer contacto con ellos y el cuartel general desde el que operaban se hallaba envuelto en el mayor secreto. Visité por casualidad el cuartel general de Morata y permanecí «retenida» allí durante tres días por orden del general soviético.

Ocurrió de una manera extraña. Una tarde fui en coche a Morata con Kajsa, la muchacha sueca, y Jerome Willis de la Agence d'Espagne. Nos perdimos por el camino y, en vez de llegar al cuartel general de la brigada, nos encontramos finalmente ante un viejo y destartado molino que descubrimos que se utilizaba como cuartel general de la división. El centinela nos hizo entrar en un jardín donde estaba el oficial al mando, un hombre de mediana

edad, anchas facciones esclavas, ojos verdes y expresión malhumorada. Tenía un intérprete a su lado y me pareció que hablaba en húngaro. Su actitud era fría y hostil y cortaba secamente nuestros intentos de conversar.

—¿Han sobrevolado este lugar muchos aviones fascistas? —preguntó Jerome.

—Vuelan.

—¿Cree que el enemigo lanzará otra ofensiva pronto?

—¿Quién sabe?

Le explicamos que teníamos la esperanza de hablar con algunos de los brigadistas norteamericanos e ingleses, pero la respuesta fue una negativa rotunda.

—No se permiten visitantes en el frente.

Argumentamos que a varios periodistas los habían acompañado a través de las líneas unos días antes, pero no sirvió de nada. Cuando nos íbamos se acercó a uno de los rosales, cortó unas cuantas flores y me las ofreció diciendo, con estudiado sarcasmo que se hizo evidente incluso a través de la boca del intérprete:

—Puede escribir usted su artículo desde el jardín. Nadie notará la diferencia; y aquí tiene un *souvenir* que le recordará su aventura en el frente.

Mi respuesta consistió en darle las flores a un sorprendido centinela, tras lo cual eché a andar con cara de enfado hacia el coche. Durante el viaje de regreso le pregunté a Kajsa si el oficial era húngaro y asintió con la cabeza; el resto del viaje transcurrió en un insólito silencio.

No pensé más en el incidente hasta que, una semana después, cuando estaba almorzando en el restaurante Gran Vía, un soldado alto, de cara seria, se dirigió a mí en inglés y, tras presentarse diciendo que se llamaba «Santiago», me preguntó si había visitado Morata unos días antes. Asentí con la cabeza y el soldado dijo:

—El oficial al mando le presenta sus disculpas y dice que quizá quiera usted ir a almorzar un día.

La invitación me sorprendió y me pregunté cuál sería la causa de que el oficial cambiase súbitamente de idea. No me apetecía mucho ir, pero, como era mi única oportunidad de visitar las líneas de la brigada, acepté. Llovía a

cántaros cuando a media mañana del día siguiente Santiago pasó a buscarme en coche.

Santiago era un hombre callado y melancólico, húngaro de nacimiento. Más adelante me enteré de que era la oveja negra de una familia poderosa que le había desheredado cuando se hizo comunista y participó en la revolución de Béla Kun; desde entonces había errado como un alma en pena por el mundo en calidad de agitador. Durante el viaje me dijo que el oficial al mando también era húngaro, pero había vivido en Rusia desde la infancia. Había tomado parte en la revolución, luego había seguido la carrera militar y ahora era general del ejército soviético. Había llegado a España en enero y, aunque no se reconocía oficialmente, tenía a su cargo todo el mando central. Cuando le dije que le había cogido manía a su superior, Santiago contestó:

—No se precipite al juzgarle. Nunca había salido de Rusia y sus modales son bastos, pero es un buen soldado.

La actitud del general no fue más cordial que la vez anterior. Me recibió con una sonrisa y me condujo al comedor. La estancia tenía mal aspecto: las paredes estaban desconchadas, había una gotera en el techo y las gotas de lluvia caían poco a poco en un gran recipiente de lata colocado en el suelo. De pie alrededor de una mesa larga situada en el centro había una docena de oficiales; ocho oficiales de estado mayor, rusos y rubios, dos húngaros, dos españoles y un norteamericano nacido en Rusia, David Jarrett, que hizo de intérprete. Me presentaron a todos, pero, como sólo Santiago y David hablaban inglés, no pude darles mucha conversación.

Nos sentamos a almorzar. El menú consistía en perdices, verdura fresca, pan con mantequilla y fresas silvestres. El ambiente era muy protocolario y me dio la impresión de que lo habían preparado todo meticulosamente, hasta el punto de colocar un gran jarro con flores en el centro de la mesa. Me senté al lado de David Jarrett, que era un hombre bien parecido y de sonrisa agradable. Hablaba con soltura ocho idiomas y me dijo que había dejado su empleo de intérprete judicial en Nueva York para venir a España. El general Gal (si se trataba de un seudónimo o no es algo que ignoro) no me dirigió la palabra hasta poco antes de terminar el almuerzo, entonces ordenó a David que tradujese el siguiente comentario:

—Puede que la lleve al frente a primera hora de esta tarde, pero antes tendrá que quitarse esas pulseras de oro que lleva. Seguro que llamarían la atención del enemigo.

Rieron todos y aproveché la ocasión para insistir en que quería visitar el frente.

—Es usted demasiado blanda —contestó. Luego miró con desaprobación mis zapatos de ante de color negro—. Se cansaría y pediría que alguien la llevara en brazos.

Me estaba provocando deliberadamente, pero me mordí la lengua y una hora después, con gran sorpresa mía, mi petición fue atendida. El general, David y yo subimos a un coche y partimos con destino al frente.

El frente estaba cerca de cinco kilómetros; seguía lloviendo a cántaros y, al acercarnos a las líneas, vimos que los bosques que flanqueaban la carretera estaban llenos de tanques semiocultos entre los árboles. Habían instalado cocinas de campaña y puestos de primeros auxilios en los claros del bosque y, al doblar una curva, nos cruzamos con un camión enorme que transportaba un recipiente grande que parecía un depósito de gasolina; era el «camión del baño», que subía hasta el frente una vez a la semana cargado con muchos litros de agua caliente.

El ruido del cañoneo era cada vez más fuerte y de cuando en cuando el destello de un proyectil que atravesaba la lluvia iluminaba a lo lejos el cielo gris y mortecino. Al llegar al final de una larga pendiente, el coche se detuvo. Las líneas se encontraban en lo alto de un cerro y el terreno que nos separaba de él aparecía lleno de cráteres y agujeros abiertos por proyectiles de cañones y morteros. Los disparos de fusil eran constantes y las balas pasaban zumbando por encima de nosotros, como avispas enfurecidas. El general explicó que subir hasta la cima del cerro era arriesgado y nos dijo que anduviéramos lo más deprisa que pudiésemos. Fue sin duda una de las experiencias más incómodas que he vivido; varios proyectiles de artillería estallaron cerca de nosotros y si no salí huyendo en dirección contraria fue sólo porque temía que el general me despreciase.

Cuando por fin alcanzamos las trincheras nos encontramos con que el barro llegaba hasta los tobillos. Eran trincheras hondas y construidas con

cuidado que serpenteaban a lo largo de más de seis kilómetros a través de los campos ondulados. Había hombres apostados a intervalos y disparando a través de las aberturas entre los sacos terreros. Ninguno de ellos llevaba impermeable ni casco de acero y, en vez de ello, iban vestidos con un abigarrado surtido de jerséis y chaquetas, amén de bufandas atadas al cuello. La mayoría estaban calados hasta los huesos. El general nos guió a través del barro y pasamos junto a soldados de todos los credos y nacionalidades: alemanes, eslavos, judíos, franceses, italianos, ingleses y norteamericanos. Cada uno estaba encuadrado en su propia compañía y cuando pasábamos junto a ellos el general les estrechaba la mano, les daba unas palmaditas en la espalda y hacía comentarios en tono ligero que David traducía a media docena de idiomas.

Los brigadistas parecían tensos y enfermos y alguien me dijo que habían pasado setenta y cuatro días seguidos en primera línea. Casi todos habían sido reclutados por los partidos comunistas del mundo, y me parecieron un grupo patético. No tenían ni pizca de la arrogancia del legionario tradicional que luchaba por el placer de la aventura; eran idealistas y vagabundos, y muchos de ellos no estaban hechos para ser soldados. Habían combatido valerosamente, pero la mitad de los treinta mil hombres que integraban las Brigadas Internacionales ya había sido enterrada en las llanuras y las mesetas de Castilla.

Al llegar a la sección norteamericana, los brigadistas nos rodearon ansiosamente y me hicieron un sinfín de preguntas sobre Estados Unidos. Uno de ellos era un negro norteamericano que había llegado al frente uno o dos días antes. El general le preguntó qué le parecía y en el oscuro rostro del brigadista se pintó una ancha sonrisa.

—Aprecio la gloria, señor, pero, la verdad sea dicha, me encontraba la mar de satisfecho en la retaguardia.

Había obreros de las fábricas de Massachusetts, mineros de Pensilvania y agricultores de Mississippi. Se les veía alegres, pero tenían el rostro surcado de arrugas y cansado.

—Tal vez podría usted sugerirle al general que nos den unas vacaciones — me dijo uno de ellos—. No es que tengamos quejas de este lugar, pero la vista

empieza a resultar monótona.

Me marché preguntándome cuántos volverían a ver alguna vez el continente americano, y unas semanas después oí decir que las tres cuartas partes habían sido aniquilados en un nuevo ataque.

Cuando llegamos al cuartel general intenté secarme los zapatos y limpiar la ropa manchada de barro, luego fui a ver a Santiago y le pedí que hiciese los preparativos para el viaje de vuelta a Madrid. Puso cara de sentirse violento y dijo:

—No creo que pueda volver esta noche.

Le dije que tenía previsto viajar a Valencia al cabo de unos días, pero replicó que el general había ordenado que me quedase. Pensé que era sólo una forma cortés de invitarme, pero Santiago explicó:

—Cuando vino usted aquí el otro día con Kajsa y Willis, las autoridades telefonearon desde Madrid y nos dijeron que estaba usted de camino a las líneas de la brigada y nos advirtieron que tuviéramos cuidado con lo que le enseñábamos. Usted no es comunista y es sospechosa. Por eso el general la recibió de aquella manera. Ahora dice que, ya que está aquí, debe quedarse tres días y ver por qué luchamos.

Protesté acaloradamente, pero Santiago me dijo que era inútil, que el general estaba decidido.

—Quiere convertirla —explicó.

No había ninguna forma de comunicar con Madrid, así que acepté la situación con el mejor talante que pude. Me dieron una habitación pequeña y sin ventanas y sin más muebles que un camastro duro con unas mantas inmundas. David me trajo un poco de pasta dentífrica y Santiago me proporcionó un peine y una botella de colonia. Había salido de Madrid con tantas prisas que no había dicho a nadie adónde iba y me pregunté qué pensarían de mi súbita desaparición.

Mi educación empezó a la hora de cenar. Era un marco extraño con unas velas en la larga mesa de madera que proyectaban un dibujo sobre las paredes ruinosas y el guirigay de voces hablando cuatro idiomas al mismo tiempo. Los oficiales me miraron con curiosidad, preguntándose sin duda cuánto tiempo pensaba estar de visita, pero el general parecía encontrar muy divertida la

situación. Una o dos veces le pillé mirándome fijamente y David me explicó que yo era la primera persona norteamericana que había conocido. Hacia la mitad de la cena hizo un comentario al camarero que causó sorpresa. Se armó un gran revuelo mientras el camarero repartía vasos alrededor de la mesa y finalmente aparecieron tres botellas de champán. Cuando los vasos estuvieron llenos, el general pronunció un brindis:

—¡A la salud de la burguesía! Que podamos rebanarles el pescuezo y vivir como ellos.

Me observó mientras David traducía sus palabras y pareció sentirse decepcionado al verme alzar el vaso. Entonces, con inesperado infantilismo, preguntó:

—¿Alguna vez pensó que bebería champán con un general del Ejército Rojo?

Contesté que no con un gesto de cabeza y el general dijo:

—Supongo que en su mundo burgués le enseñaron que los bolcheviques carecían de cultura. No es verdad. En Moscú bebemos champán a menudo.

Los oficiales rusos sonrieron y uno de ellos dijo algo que hizo reír a todos. David explicó:

—Dice que el champán está muy bueno pero que el vodka es más rápido.

Se sirvió el café y el general indicó por señas al camarero que acercara una silla y se sentara con nosotros. Llenó con champán el vaso del soldado y se volvió hacia mí.

—En el ejército soviético todos los hombres son iguales. El camarada aquí presente no es en modo alguno inferior por el hecho de ser soldado raso. Nosotros no creemos en el rígido sistema de castas que las democracias imponen a sus fuerzas armadas.

Los oficiales rusos asintieron con la cabeza y David explicó que dos de ellos eran comisarios políticos cuya función consistía en interpretar para los soldados las órdenes que daban los oficiales.

Eran chicos fornidos y rubios, de veintitantos años, y después de la cena uno de ellos sacó una instantánea del bolsillo y me la enseñó. Era la fotografía de una mujer echada sobre una alfombra con una rosa en la boca. Su pelo era negro y ensortijado y vestía una falda que le llegaba hasta las rodillas. Parecía

una caricatura de las vampiresas de los años veinte y pensé que debía de tratarse de una broma, pero David explicó que era la esposa del muchacho. El general examinó la fotografía por encima de mi hombro y dijo que la Unión Soviética no tenía por qué avergonzarse de sus mujeres. El chico puso cara de sentirse complacido y se la guardó en el bolsillo.

Después de cenar salimos de la casa y nos sentamos en el jardín. Hacía calor y el aroma de las flores era fuerte. Uno de los soldados empezó a tocar el ukelele y los rusos se echaron bajo los árboles y se pusieron a tararear. De vez en cuando el cielo se iluminaba y el ruido sordo de la artillería rompía el silencio. A veces podíamos oír los proyectiles como si fueran un suspiro hondo y lejano. Se oyeron pasos en el sendero del jardín y de la oscuridad surgió un soldado que saludó al general. Hablaba en español, y cuando David tradujo sus palabras todo el mundo rió:

—El enemigo quiere que le prestemos algunos libros y revistas.

El general dijo que no con la cabeza y David explicó que nunca atendían las peticiones de noche porque solían ser un truco. De día, sin embargo, con frecuencia habían enviado libros y periódicos al otro lado. Izaban bandera blanca mientras un oficial y un soldado de cada bando se encontraban en medio de la tierra de nadie. A veces se quedaban charlando durante diez o quince minutos, pero generalmente acababan insultándose. La última vez, el soldado republicano se había sacado del bolsillo un billete de cincuenta pesetas y se lo había dado al rebelde al tiempo que le decía que comprase algo de comer para sus hermanos medio muertos de hambre que luchaban por que el resto de España siguiera en el mismo estado lamentable en que se encontraban ellos.

Durante los dos días siguientes iba a pasar el rato en el campo de tiro mientras los hombres hacían prácticas de ametralladora y hablaba con los brigadistas que se alojaban en el molino. Uno de los soldados era inglés, un trabajador portuario de Newcastle, y me dijo que el principal motivo por el que había venido a España era su gran afición a viajar:

—Sencillamente me aburría con la parienta, eso es todo —dijo en tono alegre.

Desde su llegada, no obstante, había adquirido una gran admiración por

los españoles y me enseñó el diario que llevaba. El incidente que más le había impresionado era el de un español al que había visto en medio de la calle durante un bombardeo, escarbándose despreocupadamente los dientes con una cerilla.

Por la tarde acompañaba a Santiago cuando iba al pueblo a encargar provisiones para el comedor. En el pueblo había siempre mucha actividad, un tumulto de soldados, camiones y carros tirados por burros. Las provisiones se almacenaban en una iglesia grande situada en el centro del pueblo. En los suelos de piedra se amontonaban latas de conservas, azúcar, harina, naranjas y enormes cestas para el pan. Las paredes eran grises y desnudas porque habían descolgado los cuadros y sacado las imágenes de las hornacinas; y el altar, con su paño blanco con brocado de oro, se utilizaba para pesar la mantequilla.

Al general le gustaba hablar por la noche, y cuando los otros se retiraban, David y yo nos quedábamos. El general nos llenaba los vasos de champán y me daba lecciones de marxismo. Me dijo que hasta entonces había considerado que era un pecado hablar con alguien que no compartiese sus puntos de vista, pero que en mi caso tenía la sensación de que tal vez había sido inducida a error por una educación burguesa y quizá todavía estaba a tiempo de reconocer mis faltas. Le gustaban las frases rimbombantes y me dijo que había jurado enemistad eterna a las clases privilegiadas del mundo.

—Mi vida —dijo— está dedicada a la revolución y mi destino me llevará a los lugares remotos del mundo. Antes de que se consolide la veré elevarse en el espléndido despertar de las clases trabajadoras.

Me preguntó si había leído a alguno de los grandes escritores rusos y cuando mencioné los nombres de Tolstói, Dostoievski y Chéjov replicó, indignado:

—No me refiero a nuestros escritores anticuados, sino a nuestros grandes escritores revolucionarios.

Citó una serie de periodistas bolcheviques y tuve que reconocer que nunca había oído hablar de ellos. Deduje que llevaba una vida bastante cómoda en Moscú, ya que me dijo con orgullo que tenía un automóvil «a su disposición en todo momento». Su familia se había trasladado a Ucrania cuando él era niño y había crecido en medio de una gran pobreza. Cuando hablaba de los tiempos

anteriores a la revolución, decía con amargura:

—Antes vivía como un animal. Ahora vivo como un ser humano.

No desaprovechaba ninguna oportunidad para insistir en sus opiniones y profetizaba que la revolución se estaba propagando tan rápidamente que en el plazo de un año llegaría a Estados Unidos. Me aconsejó que estuviera en el bando apropiado cuando llegara el día. David hacía de intérprete en estas largas conversaciones, pero en una ocasión me dejó en la estacada durante cerca de media hora y me quedé mirando fijamente al general, sin poder hacer nada. El silencio se hizo tan incómodo que hurgué en mi bolso y saqué un amuleto de marfil que había encontrado en la India. Era un adorno tallado de Ganesh, el dios elefante de la suerte y una de las pertenencias que tenía en más estima. Se lo enseñé al general, pensando que lo encontraría gracioso.

Sonrió y se lo guardó en el bolsillo y, de pronto, me di cuenta de que había creído que era un regalo. Más adelante le conté a David lo que había sucedido y me dijo que intentaría recuperarlo. Fue a ver al general, pero le encontró enseñando orgullosamente el objeto a sus oficiales y David no tuvo valor para decirle que había sido un error. Me figuro que aún lo tiene en su poder.

Resultó evidente que el general creía que sus lecciones de marxismo habían sido eficaces, toda vez que cuando por fin hubieron transcurrido los tres días y fui a despedirme de él, me dio el último consejo:

—Lea las obras de Lenin, los treinta y siete volúmenes. Cuando esté bien instruida, afíliese al partido, pero no diga nada a su familia. Nos será útil como agente secreto. —Se acercó al jarrón de flores, cogió una rosa roja y me la dio—: Esta flor se tiñó con la sangre de la revolución. Sea fiel a ella.

Le di las gracias y cuando eché a andar hacia la puerta hizo un comentario que David tradujo.

—Dice que lamenta que te vayas; puedes volver cuando lo desees.

Le di las gracias de nuevo y cuando bajábamos la escalera nos lanzó otro comentario desde arriba y David rió.

—Dice que entiende a las mujeres. No volverás, pero te jactarás ante tus amistades de que un general del Ejército Rojo se prendó de ti.

Al cabo de unos meses me dijeron que había regresado a Moscú. Nunca he sabido si salió con vida de las numerosas purgas que continuaron azotando al

ejército soviético.

Visado de salida

Al llegar a Madrid me encontré con que mi desaparición había causado mucho revuelo. La Oficina de Prensa no había podido encontrar ningún rastro de mí hasta que, pocas horas antes de mi regreso, alguien comentó por casualidad que se me había visto por última vez saliendo de Madrid en automóvil con Santiago. Debido a que el cuartel general soviético era terreno vedado a los periodistas, la alarma dio paso a una honda suspicacia y, al llegar al hotel, encontré un mensaje que pedía que telefonease a Ilse Kulczak, una de las personas encargadas de la censura. Me preguntó dónde había estado y cuando se lo dije, su voz se volvió amenazadora:

—Las autoridades están muy disgustadas. Volverá a tener noticias nuestras. Se oyó un fuerte clic en el otro extremo de la línea.

Repetí esta breve conversación a Tom Delmer y me llevé una sorpresa al ver que se tomaba el asunto en serio.

—Hagas lo que hagas —me advirtió—, no vayas sola en coche a Valencia. Me parece que sospechan que eres una espía y, si es así, no titubearán en actuar sin piedad. Los accidentes de tráfico suelen ser la mejor forma de ajustar cuentas.

Me pareció que Tom era demasiado pesimista y, como ya había quedado con Sydney Franklin en que iríamos en coche a Valencia, no pensé más en el asunto. La mañana de nuestra partida un periodista danés nos preguntó si podíamos llevarle y los tres emprendimos juntos el viaje.

Nunca averigüé cuál era el verdadero nombre del periodista, porque en Madrid le llamaban «el Danés Temblón». Aunque sólo llevaba tres días en la capital, el bombardeo le había acobardado por completo. Había tenido mala suerte, porque, al parecer, adondequiera que fuese, allí caía un proyectil de

artillería, y una vez uno de ellos mató a una docena de personas en la plaza principal, a pocos metros de donde estaba él. Se había encerrado con llave en su habitación del Florida y se negó a salir hasta que Kajsa le convenció de que la cosa no era tan mala como pensaba él. Kajsa le llevó al bar de Chicote para levantarle la moral, pero apenas habían pasado diez minutos desde que llegaron al establecimiento cuando dos soldados se pusieron a discutir y uno sacó una pistola y le pegó un tiro al otro. Después de este incidente su único propósito fue salir de Madrid cuanto antes. Cerca ya de Valencia profirió un suspiro de alivio al pensar que iba a pasar una noche tranquila. Estaba tan agradecido a Sydney y a mí por llevarle en nuestro coche que se brindó a que le acompañara a una entrevista que tenía concertada con Julio Álvarez del Vayo, el ministro de Estado, cargo que equivalía al de ministro de Asuntos Exteriores.

No recuerdo mucho de la entrevista; tuvo lugar a las ocho en el Ministerio de la Guerra y Álvarez del Vayo hizo la habitual petición de más apoyo por parte de las democracias. Pero una vez que hubo terminado, cuando bajábamos la ancha escalera de piedra, oímos un silbido y un ruido muy fuerte. El edificio tembló, se apagaron las luces y el suelo se cubrió de cristales rotos; el ruido se repitió varias veces y de los despachos salió gente que empezó a bajar la escalera en tropel. Al principio no me di cuenta de lo que pasaba, pero el Danés Temblón me cogió del brazo y chilló:

—*Les avions!*

Su voz se propagó por los corredores y provocó mucho pánico. Intenté calmarle, pero siguió gritando en francés:

—*Où est la cave?* —mientras trataba de abrirse paso a empujones para llegar a la escalera. Como era el primer bombardeo aéreo a gran escala que jamás sufriese Valencia y no había refugios a los que ir, nadie sabía qué hacer. La mayoría de la gente logró llegar a la planta baja y se quedó de pie en el vestíbulo, en silencio. El Danés Temblón se metió en un rincón y cuando encendió un cigarrillo vi que tenía el rostro bañado en sudor.

El bombardeo duró sólo siete u ocho minutos. Se oyeron varias explosiones más y luego, silencio. Le sugerí al Danés Temblón que intentáramos llegar a la Oficina de Prensa, que quedaba a unas manzanas calle

abajo, pero siguió gimiendo donde estaba, acurrucado contra la pared, y se negó a salir del edificio. Finalmente me fui sola.

La escena era espeluznante: las siluetas oscuras que se apretujaban en los portales, las mujeres que lloraban y el polvo que seguía alzándose en el lugar donde había caído un proyectil enfrente de la embajada británica, a dos manzanas de allí. En las calles desiertas empezaban a resonar las campanillas de las ambulancias y las estridentes sirenas de los coches de la policía y ya habían llegado unos hombres con linternas para sacar cadáveres de entre los escombros.

A pesar del ambiente de terror y destrucción, la vida recuperó rápidamente su curso normal, y mientras caminaba con pasos inseguros por las calles desoladas se me acercó un español de baja estatura y me dijo con voz esperanzada:

—Buenas tardes, *señorita*, [13] ¿le gustaría un novio?

Cuando le respondí que tenía un amigo esperándome en la Oficina de Prensa suspiró, luego me acompañó galantemente hasta el final de la calle, me tomó la mano, hizo una gran reverencia y me deseó buenas noches con un ademán caballeresco.

Al día siguiente supimos que las bajas ascendían a unas cien entre muertos y heridos; Valencia había sido bautizada al fin en la guerra que se extendía por el resto de España. Por la mañana el Danés Temblón vino a despedirse. Se le veía muy alterado y me dijo que se había pasado toda la noche en el vestíbulo del ministerio.

Mi avión no salía hasta el día siguiente. Con tanto ajetreo y demás había olvidado por completo la advertencia de Tom Delmer. Aquella tarde a primera hora, sin embargo, recibí un mensaje que decía que en el vestíbulo había alguien que deseaba hablar conmigo. Se trataba de un hombre al que nunca había visto. Era un comunista alemán que trabajaba para la policía secreta. Me pidió que cruzáramos la calle para tomar una copa y fui tras él con el corazón en un puño y preguntándome si acabaría detenida. Fue una conversación inconexa, pues me dijo que mi expediente había llegado de Madrid aquella mañana e indicaba que yo había pasado mucho tiempo en diversos cuarteles generales del ejército.

—Quiero saber —añadió— por qué se va de España tan pronto después de estos viajes.

Contesté que desde el principio había pensado pasar solamente un par de meses en Madrid porque tenía que escribir una serie de artículos en París.

—Tenemos una bonita cárcel nueva en Albacete —dijo, y sonrió, mostrando un destello de dientes blancos—. Podría escribirlos igual de bien desde allí.

Respondí en tono ligero, como si pensara que el hombre hablaba en broma, y cuando me levanté para irme no hizo ningún movimiento para impedírmelo. Al día siguiente volé a Francia.

Hasta el año siguiente, cuando volví a Barcelona, no me enteré, por Ilse Kulczak, de que me había librado por poco de ser detenida; la policía secreta tenía órdenes de seguirme en Valencia mientras las autoridades de Madrid decidían si debían detenerme o no. Aunque la Oficina de Prensa estaba convencida de que era una espía, finalmente habían llegado a la conclusión de que la publicidad que se daría a la detención de una periodista norteamericana haría más daño que bien. Yo no sabía nada de todo esto en aquel momento; no obstante, proferí un suspiro de alivio cuando pisé suelo del aeródromo de Toulouse y una vez más respiré el aire de un país en paz.

Segunda parte
La España nacional

Intermedio en la frontera

Es curiosa la forma en que nuestro subconsciente reacciona ante el peligro mucho después de que haya pasado. Durante las semanas que estuve en París, el petardeo del tubo de escape de un automóvil o el zumbido de una aspiradora me producía un sobresalto absurdo. Escribí mis artículos en un piso que estaba cerca de los Campos Elíseos y pertenecía a la baronesa X, una francesa a la que conocía desde hacía años. Era un piso tranquilo, el sol entraba por los cristales del balcón y el único ruido era la cháchara de la portera cuando regateaba con el panadero a primera hora de la mañana. España me había dejado una huella más profunda de lo que yo me figuraba; la guerra parecía más trágica desde lejos que cuando me encontraba en medio de ella. En Madrid la vida transcurría tan rápidamente que había tenido poco tiempo para pensar. Ahora los recuerdos eran más vívidos que los sucesos reales. Mi mente se llenaba de escenas fugaces, medio olvidadas: determinada expresión en el rostro de alguien, un tono de voz o una frase fortuita, cosas que en aquel momento parecieron causar poca impresión.

No tenía ninguna «postura» que adoptar ante España porque aún no se había convertido en un artículo político para mí. Me interesaba mucho más la vertiente humana del asunto: las fuerzas que empujaban a la gente hacia semejante prueba de resistencia y la paradójica mezcla de cualidades feroces y amables que su sufrimiento producía. Aún me sorprendía lo impersonal que era la guerra. Todos los viejos tópicos que decían que la guerra empezaba con el son de un tambor y la gente acudiendo a defender la bandera en una oleada emocional de odio se me antojaban falsos. Los hombres mataban por convicción y no por pasión; incluso en España un hombre no disparaba contra su hermano porque no le gustaba, sino porque no estaba de acuerdo con él.

Escribía sobre las cosas que había visto y oído, pero no trataba de interpretarlas. La guerra de España no era mi guerra, pero sentía miedo cuando pensaba en visitar el bando franquista y sumergirme en un ambiente donde el triunfo significaba un desastre para la gente a la que acababa de dejar. Por otra parte, sentía curiosidad por oír el punto de vista de los nacionales y pensaba que hasta haberlo oído no tendría una perspectiva apropiada.

Me dijeron que no tenía ninguna posibilidad de obtener un visado para la España nacional; la censura de prensa era rigurosa y jamás se había permitido que un periodista contaminado por la República entrase en la zona franquista. No obstante, decidí intentarlo y me dijeron que lo mejor que podía hacer era ir a la frontera francesa y solicitar el visado allí.

Mi hermana había venido a pasar el verano en Europa. Después de viajar por Holanda, Alemania y Checoslovaquia, se reunió conmigo, nos tomamos unas semanas de vacaciones en Italia y luego nos fuimos a San Juan de Luz, una pequeña localidad de la costa del País Vasco francés, a unos veinte kilómetros de la frontera española. El embajador británico en España, Sir Henry Chilton, tenía una casa a pocos kilómetros de allí. Habíamos conocido a su hija, Anne, en Nueva York, y gracias a ellos me entrevisté con el agente de Franco, el vizconde de Mamblas. Pensando ahora en ello, supongo que me aproveché injustamente del vizconde, pues era un aristócrata de la vieja escuela cuya opinión de la guerra se veía limitada por la sencilla filosofía de que el general Franco tenía el apoyo de «las damas y los caballeros». Como me había conocido bajo semejantes auspicios, supongo que me adjudicó la etiqueta de «no peligrosa». No contestó que fuera totalmente imposible atender mi solicitud, sino que dijo en tono pensativo:

—Después del caos de la España Roja, el contraste le proporcionaría a usted material valioso para escribir artículos.

Me dijo que recibiría respuesta en menos de dos semanas.

Mi hermana y yo nos dispusimos a pasarlo bien. Aunque San Juan de Luz había sido en otro tiempo un centro turístico muy concurrido, en el verano de 1937 se encontraba demasiado cerca de la frontera franco-española y ahora presentaba aspecto de abandono. Los amantes de los placeres se habían ido, los hoteles estaban medio vacíos y las tiendas elegantes se hallaban cerradas

con tablas. En la playa, otrora llena de sombrillas de alegres colores, sólo había unas cuantas personas y el ambiente de frivolidad veraniega había sido reemplazado por una docena de pulcros barcos de guerra británicos que estaban anclados en el puerto y se encargaban de patrullar a lo largo de la costa española. A pesar de la apariencia de tranquilidad, la vida no era aburrida. El Bar Basque, un pequeño restaurante de la calle principal de San Juan de Luz, tenía mucho éxito como lugar de encuentro, y todas las tardes y noches se llenaba de periodistas, oficiales de marina, diplomáticos y agentes y aristócratas españoles que suspiraban por la restauración del antiguo régimen. Mi hermana y yo trabamos amistad con Geoffrey (Tommy) Thompson, el primer secretario de la embajada británica, y nos veíamos a menudo con Anne Chilton y su prometido, Tom Dupree, agregado honorario en la embajada, en las fiestas que se celebraban en el Bar Basque. Los sábados por la noche tocaba un trío de músicos y todo el mundo bailaba en el abarrotado establecimiento hasta altas horas de la madrugada. A las doce ponían la radio para escuchar las noticias y una cortante voz española se hacía oír en medio del barullo:

—*¡Ar-rrriba, España!*[14]

Y a continuación venía el boletín, que siempre consistía en la relación de una serie de brillantes victorias de «*nuestros gloriosos soldados*».[15] Al concluir estas emisiones, sonaba el himno de los nacionales y los franquistas que se encontraban presentes se cuadraban rígidamente y alzaban el brazo para hacer el saludo fascista. Una noche, después del boletín de noticias, uno de los periodistas persuadió a la orquesta francesa para que tocara *Valencia*. Los músicos atacaron la pieza con ganas: la mitad de los presentes se cogió de la mano y empezó a bailar alrededor de la sala mientras la otra mitad amenazaba con el puño y protestaba airadamente. Al final, el gerente detuvo la música. Alguien le acusó de estar a favor de Franco, pero el hombre replicó que la guerra no le interesaba.

—Lo único que me interesa es conservar mi clientela —dijo—. Las opiniones de los demás no son cosa mía.

Ésta era la actitud general ante España aquel verano. Aparte de los extremistas (los partidarios del bolchevismo y los del fascismo), la mayoría

de la gente se negaba a tomar partido en un conflicto que le parecía un asunto puramente interno. Muchos resumían la cuestión diciendo que se trataba sólo de «un hatajo de condenados españoles que se degollaban mutuamente»; el hecho de que Alemania estuviera afilando sus zarpas en suelo español aún no había alarmado a muchos ingleses y franceses, que consideraban que la guerra de España era principalmente una cruzada contra la amenaza bolchevique.

Una de las escasas excepciones era Tommy Thompson. Me parece que la antipatía que al principio despertaban en él los partidarios de Franco empezaba con la aversión instintiva que siente el inglés ante los uniformes y los despliegues militares. Los taconazos y los saludos fascistas en la España nacional, los ubicuos carteles con las efigies de Hitler, Mussolini y Franco, todo ello le irritaba de manera especial, por no hablar de las declaraciones altisonantes sobre futuras conquistas. Mucho antes de que otros se tomaran en serio la situación, Tommy Thompson ya hacía una grave nota de advertencia; para él, la guerra civil española estaba adquiriendo la forma de una lucha contra Inglaterra.

La embajada británica tenía instaladas sus oficinas en una pequeña abacería de Hendaya, con vistas al puente Internacional. En un extremo del puente la tricolor francesa ondeaba a impulsos de la brisa y en el otro hacían lo propio las franjas rojas y amarilla de la España franquista. Las barreras estaban cerradas en ambos extremos y pocos coches pasaban de un lado al otro, pero, pese a ello, en todo momento se percibía un aire de dramatismo. Los guardias franceses iban de un lado para otro dando grandes zancadas, mientras en el lado español los guardias civiles, con sus tricornos de charol, formaban pequeños grupos para fumar cigarrillos y contemplar con curiosidad el mundo exterior. Ver a los soldados del ejército de Franco me produjo una extraña sensación. Eran los hombres a los que durante tres meses había considerado «el enemigo». Eran los que disparaban las ametralladoras que nos obligaban a agacharnos para esquivar las balas, los que disparaban los malditos proyectiles de artillería y los que pilotaban los aviones de los que huíamos a todo correr.

Las embajadas estadounidense y francesa también estaban cerca de la frontera. Habían seguido la iniciativa de la embajada británica y las tres se

encontraban ahora en una posición extraña, ya que estaban acreditadas ante la España republicana, pero firmemente instaladas en Francia y con su principal fuente de información en el bando contrario. No sé en qué medida el hecho de que las tres democracias no tuvieran comunicación directa a nivel de embajadores con la República afectó la marcha de la guerra de España; durante dos años, sin embargo, la mayor parte del trabajo de los embajadores se limitó a formular fútiles quejas sobre el asunto de la no intervención e intentar en vano organizar canjes de prisioneros.

Tommy Thompson no se arredró ante aquella situación y consiguió obtener mucha información de los periodistas que volvían del frente. A pesar de los inconvenientes, tenía una visión exacta de lo que estaba sucediendo e hizo para su Gobierno un pronóstico de futuros acontecimientos que desde entonces se ha visto confirmado.

Durante las tres semanas siguientes no recibí ni una palabra del cuartel general de los nacionales. La campaña de Franco en el norte se encontraba en su apogeo. Sus tropas habían destruido el cinturón de hierro de Bilbao en junio y ahora corrían rumores de que pronto iniciaría una ofensiva contra Santander. La marina de guerra británica había evacuado a miles de refugiados de las zonas afectadas y sus oficiales contaban patéticas historias de sufrimiento y confusión. Uno de los navíos había recogido a un hombre que iba en un bote de remos; tras pasar más de un año escondido en las montañas, él mismo se había construido el bote con el fin de escapar a territorio franquista. Nos dijeron que lo habían tenido a bordo hasta que avistaron al *Júpiter*, un barco de guerra nacional, y luego lo habían entregado. También nos dijeron que la mayor parte de las noticias sobre la guerra la obtenían interceptando los despachos que los periodistas enviaban por radio a Londres desde España; la tripulación del *Royal Oak* (que posteriormente fue hundido por los alemanes) estaba indignadísima porque un reportero del *Daily Express* los había calificado de «niñeras» de los refugiados.

Yo había empezado a temer que el visado para entrar en la España nacional no llegaría nunca. Una noche fui en automóvil a Biarritz para cenar con Tommy Thompson. Fuimos al Sonny's Bar, y mientras tomábamos un cóctel entró un joven inglés, Rupert Bellville. Rupert había pasado varios

años en España, donde se había aficionado a las corridas de toros; al empezar la guerra se había alistado en el ejército franquista y durante unos meses había combatido en las filas de un regimiento falangista. Le había conocido en Londres y cuando le dije que estaba esperando el permiso para ir a España sugirió que fuese con él. Tenía avión propio y pensaba volar a San Sebastián al día siguiente. Contesté que aún no había recibido el visado para ir a España, pero contestó que no importaba, que era una formalidad innecesaria. Dijo que conocía bien a las autoridades y podía garantizar que no habría ningún problema. Agregó que me llevaría en avión a diferentes partes del país para que pudiese ver lo mucho que estaban haciendo los italianos y los alemanes en lo que se refería a construir aeródromos.

La proposición parecía un poco loca, porque resultaba extraño que a un particular se le permitiese sobrevolar al buen tuntún un país que estaba en guerra. Por otro lado, no cabía duda de que España estaba un poco loca. Había perdido toda esperanza de obtener un visado, así que me dije que podía ser la única ocasión de ver el bando nacional. Sir Henry Chilton y Tommy Thompson me recomendaron encarecidamente que no hiciese el viaje, pero al final lo hice.

Tony Mackeson, un hombre de negocios inglés y amigo de Rupert, era el otro pasajero, y los tres partimos del aeródromo de Biarritz al día siguiente por la tarde. Al despegar y poner rumbo a San Sebastián, Rupert sacó una botella de ginebra, echó un trago y dijo:

—Puede que nos disparen las baterías antiaéreas. ¿Volamos alto o bajo?

Tony replicó:

—Bajo. Caeremos desde menor altura.

A pesar de este comienzo, el vuelo fue tranquilo y duró más de veinte minutos. Rupert era un piloto experto y voló a sólo unos centenares de metros por encima de las montañas que rodeaban San Sebastián. No deseaba atraer el fuego de la artillería antiaérea volando en círculo alrededor del aeródromo, así que apagó el motor y nos deslizamos lateralmente hasta posarnos en el campo de aviación; fue un aterrizaje notable aunque precario.

Tony y yo suspiramos con alivio y, al bajar del avión, vimos que media docena de funcionarios corrían hacia nosotros. Rupert dio unos pasos adelante

y enseñó sus papeles, pero en lugar de ser recibido con un torrente de palabras de bienvenida en español (*¡Ruperto, mi amigo!*), [16] le dijeron que su avión sería confiscado y que nosotros tres estábamos detenidos. El comandante del aeródromo dijo que no teníamos ningún derecho a entrar en zona militar sin las credenciales apropiadas y que tendrían que investigar el caso. Rupert finalmente le persuadió para que nos permitiese alojarnos en el hotel María Cristina de San Sebastián hasta que se aclarase el asunto.

Durante las siguientes veinticuatro horas estuvimos bajo la estrecha vigilancia de la policía secreta. Rupert llamó por teléfono a muchos de sus amigos en Salamanca, sin embargo, ninguno tenía suficiente autoridad para intervenir. Fuimos en coche hasta el puente Internacional para tratar de volver a Francia, pero nos dijeron que durante las últimas doce horas se había suspendido el tráfico porque había empezado la ofensiva contra Santander. Por medio de un amigo norteamericano que casualmente pasó por allí, mandé un mensaje a Tommy Thompson, aunque no tenía muchas esperanzas de que lo recibiera.

No puedo decir que me lo pasara muy bien. Los únicos visados que aparecían en mi pasaporte habían sido sellados en Madrid, Valencia y Barcelona; me di cuenta de que si nos enviaban a la cárcel, me resultaría difícil dar una explicación. Aunque Rupert se encontró con varios toreros en el bar de Chicote y se dispuso a disfrutar, yo pasé la mayor parte del tiempo en el hotel. Lo poco que vi de San Sebastián ofrecía un asombroso contraste con la miseria de Valencia. El María Cristina estaba lleno de españoles acomodados; muchachas con señoras de compañía y oficiales sonrientes que lucían uniformes pulcramente cortados y botas bien lustradas. En las calles se veían automóviles caros y los restaurantes estaban llenos de mujeres que vestían con elegancia. El retrato del general Franco estaba colgado en todos los cafés, con banderas monárquicas cruzadas encima. La música y el baile estaban prohibidos por la Iglesia, por lo que quedaba poco que hacer salvo sentarse en los cafés. No parecía haber escasez de alimentos, ya que, con la excepción de dos días sin carne a la semana, los menús de los hoteles eran largos y muy detallados.

Durante la mayor parte del tiempo estaba demasiado preocupada para

interesarme por lo que había a mi alrededor, y cuando el portero me dijo que el señor Thompson estaba en el vestíbulo, me sentí como un presidiario que albergara una remota esperanza de fugarse. Tommy, al que acompañaba un tal Goodman, vicecónsul británico en San Juan de Luz, estaba de mal humor y farfulló que gracias a Dios Europa no estaba llena de mujeres periodistas. Dijo que él y Goodman habían pasado media hora desagradable con el gobernador militar de Irún, pero que finalmente le habían persuadido para que nos pusiera en libertad; Rupert, sin embargo, seguía mostrándose optimista; no quería irse sin su avión y Tony decidió quedarse con él. Esto hizo que Tommy se pusiera más furioso que nunca.

Cuando volví a San Juan de Luz busqué a mi hermana para contarle lo del viaje. Resultó que no estaba de humor para escuchar, ya que acababa de presenciar una corrida de toros en Bayona con el mayor Yeats-Brown, el autor de *The Lives of a Bengal Lancer*. El espectáculo la había afectado mucho y se había ido a la cama después de tomarse tres aspirinas. Los caballos no llevaban peto protector y sus tripas se habían derramado sobre el ruedo.

—¿Y sabes lo que no paraba de decir el mayor? —preguntó, indignada—. «No te preocupes, querida, los caballos no sufren..., ¡todavía tienen las orejas levantadas!»

Al cabo de unos días mi hermana se fue a Estados Unidos y yo regresé a España. Esta vez todo se hizo como era debido: una larga inspección por parte de los aduaneros en el puente de Irún, se tomaron fotografías y huellas dactilares. A las diez me encontraba en un coche cama camino de Salamanca.

La caída de Santander

Banderas alemanas e italianas ondeaban de un extremo a otro de la España insurgente. Si bien saltaba a la vista que el cortés intercambio de notas acerca de la no intervención entre Londres, Berlín y Roma era una farsa, yo no había previsto ver tamaña ostentación de la alianza fascista. En Salamanca, la vieja y tranquila ciudad universitaria que el general Franco había escogido para instalar su cuartel general, los hoteles, bares y restaurantes aparecían llenos de esvásticas y banderas de la casa de Saboya. En los comercios había rótulos que rezaban: «*Man spricht Deutsch*» y en las paredes de muchos edificios se veían pintadas que decían: «*Viva il Duce*». El Gran Hotel estaba decorado con carteles que mostraban la efigie de los dictadores. El contraste entre ellos era curioso: Mussolini, con casco de acero y sacando mentón, tenía aspecto severo y agresivo, mientras que Hitler miraba pensativo al vacío y exhortaba a Europa a defenderse del bolchevismo.

La escena en el vestíbulo del hotel era cosmopolita. Coroneles alemanes bebían solemnemente café con leche mientras oficiales del estado mayor general español, con fajines de vivo color azul en la cintura, cruzaban el suelo de mármol a grandes zancadas, con aires de hombre importante. Los italianos, con botas y espuelas tintineantes, generalmente con una chica a cada lado cogida del brazo, bajaban la escalera, y hombres de la Legión Extranjera, con la camisa verde y el gorro ladeado desenfadadamente, discutían con el recepcionista para que les diera habitación. Conseguir una habitación en el Gran Hotel resultaba difícil porque los alemanes ocupaban la mayoría. El último piso hacía las veces de cuartel general alemán y lo vigilaban guardias civiles con tricornios relucientes y fusiles de cañón largo. Subí hasta allí por error y un oficial alemán se apresuró a hacerme bajar a empujones mientras

decía que mi presencia estaba rigurosamente *verboten*.

En el vestíbulo se respiraba aburrimiento y suspicacia. Los recién llegados eran blanco de miradas recelosas y en la pared había un rótulo que advertía: «¡Silencio! ¡Los espías acechan!». Añadía que si alguien intentaba hablar de la situación militar, debía denunciarle de inmediato y salvar así a tu país. A pesar de ello, de la situación militar se hablaba las 24 horas del día; apasionadamente en el caso de los españoles, jactanciosamente en el de los italianos y ponderosamente en el de los alemanes. Cada medianoche las multitudes se congregaban en la gran plaza y unos altavoces daban noticias del frente en media docena de idiomas. Era un espectáculo abigarrado porque había requetés tocados con boinas de vivo color rojo, falangistas con uniforme azul oscuro y borlas rojas en la gorra y moros, algunos con polainas y turbante sucio, otros con fez rojo y una túnica de color azul celeste que barría el suelo. El silencio se apoderaba de la plaza al empezar la lectura del parte y al terminar sonaba el himno de los nacionales mientras todos se ponían en posición de firmes y saludaban al estilo fascista, con una mano alzada. La confianza en la victoria de Franco era total. Tanto era así que cuando un periódico inglés dijo que las probabilidades eran «ligeramente» favorables a Franco, el comentario provocó gran regocijo.

En agosto de 1937 los nacionales tenían muchísimos motivos para sentirse llenos de júbilo. La campaña de Franco en el norte iba bien, y cuando terminara cien mil hombres, así como un gran número de cañones, tanques y aviones, estarían disponibles para reforzar al ejército franquista en Aragón. Según las predicciones, con estas fuerzas podría cruzar Cataluña, separar Barcelona de Valencia y, con toda probabilidad, poner fin a la guerra antes de la primavera.

Sin embargo, las fuerzas italianas y la ayuda de la aviación y el estado mayor alemanes eran indispensables para Franco, y por este motivo los intentos de no intervención que hacía Gran Bretaña eran denostados como la más negra de las traiciones. De forma un tanto paradójica, a los españoles les gustaba hablar cínicamente de la capacidad combativa de Italia, pero no se podía negar que los aviones que habían destruido el cinturón de hierro de Bilbao eran italianos y alemanes y que en este momento tres divisiones del

ejército regular italiano estaban a punto de poner punto final a la campaña del norte.

El general Franco era muy consciente de estos hechos y los diplomáticos italianos y alemanes eran objeto de un trato exquisito. Llegué a Salamanca el mismo día en que el nuevo embajador de Italia presentó sus credenciales y aquella noche hubo una gran manifestación en la plaza. Los edificios fueron iluminados con antorchas igual que los de la Piazza Venezia de Roma, y centenares de soldados falangistas con camisa azul formaron un cordón para contener a la muchedumbre. El embajador, que vestía un uniforme negro de los fascistas, con una borla meciéndose en la gorra, pronunció un discurso desde uno de los balcones centrales. El acto culminó con una extraordinaria demostración de la caballería mora, que atravesó la plaza con un ruido atronador y las blancas túnicas ondeando a la luz de la luna.

Como la ofensiva contra Santander fue el primer papel importante que desempeñaron los italianos desde su ignominiosa derrota en Guadalajara, la victoria los llenó de alborozo. Tres días después de llegar a Salamanca, Pablo Merry del Val, jefe de la Oficina de Prensa Extranjera, me llamó por teléfono y dijo que la ciudad caería antes de veinticuatro horas. La mayoría de los periodistas ya estaban en el norte y Merry del Val había hecho gestiones para que me reuniese con ellos e informara acerca de la entrada triunfal.

Salí de Salamanca por la tarde en un automóvil conducido por Ignacio Rosales, un millonario de Barcelona que hablaba inglés con soltura y había ofrecido sus servicios para hacer de funcionario de prensa. Teníamos la esperanza de llegar a Santander de madrugada, pero cuando habíamos recorrido unos ciento sesenta kilómetros nos detuvieron unos centinelas para decirnos que se había recibido un informe no confirmado que decía que se seguía combatiendo en la carretera principal, en los alrededores de Reinosa. Nos aconsejaron que diéramos un rodeo por Bilbao y viajáramos por la costa. Como esto significaba que no llegaríamos a Santander hasta el mediodía siguiente, sugerí que nos arriesgáramos utilizando la otra ruta, pero Rosales se negó y dijo que no podía poner en peligro mi vida. Cuando le dije que no estaba de acuerdo, se volvió hacia mí con expresión acusadora:

—Eso es lo malo de los corresponsales norteamericanos. Si os capturan,

no os pasa nada, pero yo soy español... Si me pillan, me fusilan.

Después de oír esta explicación no me sentí con ánimos de seguir discutiendo y llegamos a Bilbao al día siguiente por la mañana, cuando hacía ya varias horas que los coches de la prensa habían salido para Santander. Nadie estaba autorizado para darnos los salvoconductos que necesitábamos, pero, tras una larga conversación con la policía, nos dijeron que tal vez nos darían unos permisos en cuestión de más o menos una hora. Estábamos perdiendo un tiempo precioso, pero conocía los trámites burocráticos españoles lo suficiente para saber que no podíamos hacer otra cosa que esperar.

Rosales estaba disgustado porque nunca había ejercido de funcionario de prensa y, al parecer, su primera misión iba a ser un fracaso. Se devanó los sesos buscando algo sobre lo que yo pudiese escribir y finalmente concibió la idea de llevarme a Guernica, a unos kilómetros de Bilbao. La población había sido destruida varios meses antes y era objeto de una agria polémica; los republicanos afirmaban que los nacionales la habían bombardeado y los nacionales decían que los republicanos la habían incendiado. Ambos bandos daban mucha importancia a lo ocurrido y lo presentaban como una de las grandes atrocidades de la guerra. Rosales me preguntó si había estado sometida a la mentirosa propaganda de Valencia y dijo:

—Ahora podrás verlo con tus propios ojos.

Al llegar a Guernica, nos encontramos con un desolado caos de madera y ladrillos, como si alguien estuviera excavando alguna civilización antigua. Vimos únicamente tres o cuatro personas en las calles. Un anciano estaba de pie dentro de una casa de pisos que tenía cuatro costados pero cuyo interior no era más que un mar de ladrillos. La tarea del anciano consistía en quitar los escombros y parecía que iba a durar toda una vida porque cada vez que arrojaba un ladrillo por encima del hombro hacía una pausa para secarse la frente. Acompañada por Rosales, me acerqué a él y le pregunté si había estado en la población cuando fue destruida. Asintió con la cabeza y, al preguntarle qué había pasado, agitó los brazos en el aire y declaró que los aviones eran tantos que habían oscurecido el cielo.

—*Aviones* —dijo—. *Italianos y alemanes.*[\[17\]](#)

Rosales se quedó atónito.

—Guernica fue incendiada —dijo en tono vehemente.

Pero el anciano se mantuvo en sus trece e insistió en que tras cuatro horas de bombardeo había quedado poco que incendiar.

Rosales me alejó de él.

—Es un rojo —explicó, lleno de indignación.

Llegamos a Bilbao y nos llevamos una sorpresa al ver que los permisos estaban listos. Nos dijeron que justo en aquellos momentos las tropas de Franco entraban en la ciudad. Como Santander estaba sólo a algo más de cien kilómetros, con un poco de suerte quizá llegaríamos a tiempo de presenciar la «celebración». El ejército franquista del norte contaba con alrededor de treinta mil hombres en total y su vanguardia la formaban tres divisiones italianas (la Llamas Negras, la Flechas Negras y la División Veintitrés de Marzo), unos dieciocho mil hombres; el resto se componía de dos batallones de moros, dos batallones de requetés y seis o siete escuadrones mixtos de caballería española y mora. El grueso de las tropas entraba en Santander desde el sur, por lo que durante la primera media hora de viaje encontramos la carretera bastante despejada. El ejército en retirada había volado la mayoría de los puentes, sin embargo, y tuvimos que cruzar varias estructuras precarias y provisionales construidas apresuradamente sobre el lecho de los ríos.

La campiña aparecía devastada y triste. Vimos innumerables casas de labranza destruidas por la aviación y la artillería y una columna rezagada de refugiados que se dirigían a un destino desconocido. Una familia llevaba todos sus bienes terrenales apilados sobre el lomo de una vaca; otras tenían carretillas y carros tirados por burros y algunas caminaban cansinamente con sus hatillos atados a un palo apoyado en el hombro. Muchos pueblos habían sido abandonados, las puertas estaban cerradas con llave y las persianas, echadas, y las únicas señales de vida eran unos cuantos perros famélicos. Rosales explicó que los rojos obligaban a la gente a evacuar los pueblos para que las tropas nacionales no pudieran utilizarlos. Me tomé su explicación con escepticismo porque en el bando republicano había oído lo suficiente para conocer el terror que en las personas normales y corrientes despertaba la perspectiva de una ocupación por parte de los fascistas o los moros.

Un poco más allá vimos una pequeña demostración de la disciplina de los moros; un soldado llevaba un taburete de cocina sobre el hombro y un batidor de huevos en el bolsillo; otro, una muñeca y un par de zapatos viejos. Varios moros estaban sentados en el bordillo, inclinados alrededor de una baraja, admirando las reinas y las sotas de brillantes colores.

Unos kilómetros más allá, la congestión era mayor en la carretera principal. Pasamos junto a una larga columna de camiones del ejército italiano y un tanque inutilizado panza arriba. Uno de los conductores estaba de pie en el estribo bebiéndose una botella de vino. Al pasar nosotros, alzó la botella y gritó:

—*Viva il Duce.*

Rosales se sonrojó un poco y dijo con voz agria:

—No ocurre con frecuencia que tengan algo que celebrar.

Al doblar una curva, a unos treinta kilómetros de Santander, encontramos varios centenares de prisioneros del ejército republicano concentrados en un claro junto a la carretera. Sus rostros estaban sucios, sin afeitado, y su ropa, hecha jirones. Parecían medio muertos de hambre y muchos llevaban un brazo o una pierna envuelto en vendas sucias. A un lado de la carretera estaba aparcado un camión de los fascistas y los oficiales comenzaron a repartir pan y latas de carne y sardinas. Hubo una rebatiña para hacerse con los alimentos; los hombres abrían las latas con sus cuchillos y empezaban a comer vorazmente. Ofrecían un contraste lastimoso con los últimos soldados republicanos que había visto. El entusiasmo y el odio viril al fascismo se habían esfumado; ahora sólo había agotamiento y sumisión y un sombrío futuro en algún campo de prisioneros.

Finalmente llegamos a Santander y nos encontramos con que los italianos estaban celebrando un desfile de la victoria. Aunque el desfile había empezado tres horas antes y la parte principal había terminado, tanques, camiones y coches blindados seguían cruzando las plazas y armando un ruido ensordecedor. Una población desconcertada ocupaba las aceras y contemplaba boquiabierto el paso de los vehículos al tiempo que se pegaban fotos de Mussolini en las paredes e italianos con penachos de plumas negras desfilaban por las calles montados en sus ruidosas motos y seguidos de varios batallones

de soldados con casco de acero.

Santander presentaba un espectáculo asombroso. Las principales plazas habían sufrido fuertes bombardeos y los cascotes habían convertido muchas de las calles en vertederos. El tiempo era caluroso y seco y los camiones levantaban columnas de polvo que se cernía como un manto gris sobre el gentío. Todas las emociones humanas parecían haberse reunido en una aglomeración enloquecida: había refugiados hambrientos, italianos vociferantes, prisioneros abatidos, quintacolumnistas jubilosos, niños excitados y mujeres llorosas. La ciudad se encontraba en pésimo estado. Las cañerías de agua habían sido destruidas y hacía más de diez días que se había agotado la mayor parte de los alimentos. Los comercios y los restaurantes estaban cerrados con tablas y la población había vivido con una ración limitada de arroz. La entrada del ejército vencedor, con sus cañones y motos adornados alegremente con flores y coronas, resultaba casi siniestra.

A cada paso se advertía un contraste acusado y casi horripilante. Las tropas de Franco ya recorrían la ciudad arriando las banderas republicanas. Centenares de partidarios de los nacionales que habían permanecido atrapados en Santander durante más de un año llenaban las calles riendo y llorando. Docenas de balcones lucían mantillas rojas y amarillas que formaban la bandera monárquica; carteles con las palabras «¡Viva Franco!» tapaban el descolorido llamamiento a las armas de los republicanos. Grupos de muchachas salieron corriendo a la calle y abrazaron a los oficiales nacionales y una banda de golfillos callejeros gritaba a los transeúntes y los saludaba con el brazo en alto.

Pero la otra cara de la historia era desoladora. Bastaba con dar una vuelta por los muelles para ver los miles de refugiados sentados en los escombros, con los hatillos y sacos apilados a su lado, contemplando las celebraciones, con las mejillas llenas de lágrimas; o entrar en los mercados vacíos y los hoteles desiertos para ver las miradas hostiles de los vendedores ambulantes o las camareras; o pasar junto a las cárceles para ver las largas columnas de mujeres y niños que esperaban pacientemente noticias de los prisioneros. Uno de los espectáculos más irónicos era el hospital situado en la plaza principal: asomados a las ventanas había docenas de soldados republicanos heridos que

veían los festejos como si estuvieran en una tribuna.

Supongo que había muchos centenares de personas que sólo deseaban que las dejaran en paz y de la noche a la mañana pasaban a ser leales al bando que estuviera en el poder. Cuando estábamos en la calzada llena de gente contemplando el desfile, Rosales se alejó un poco para hablar con un amigo y yo me volví hacia el español que tenía a mi lado y vitoreaba alegremente y le pregunté, titubeando:

—*¿Cómo le gustan los italianos?*[18]

—Oh, nos gustan —replicó. Luego guiñó un ojo y añadió—: *De otra manera...*[19] —Y se pasó un dedo de un lado a otro de la garganta, de forma sugerente.

Vimos otro ejemplo de ello cuando fuimos al garaje en busca de un poco de gasolina. Cuando el depósito estuvo lleno, el empleado cerró el puño y nos hizo distraídamente el saludo del Frente Popular. De pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se puso colorado, alzó el brazo con la palma de la mano vuelta hacia abajo e hizo el saludo fascista.

Rosales tenía en las afueras de la ciudad una casa de veraneo a la que no había ido desde hacía un año. Después de andar sin rumbo fijo por las calles durante varias horas, decidió ir en coche hasta la casa para ver si encontrábamos algo de comer. Era una villa grande junto al mar; cuando llegamos a la calzada para coches, la esposa del guarda reconoció a Rosales y, presa de excitación, llamó a su marido. Ambos salieron corriendo y le abrazaron con alegría. Nos dijeron que durante el mes anterior la casa había estado ocupada por José Antonio Aguirre, el presidente del Gobierno vasco, que la había utilizado como sede. No se había ido hasta el día anterior, en un avión privado, y doce horas después el general Dávila, al mando del Ejército del Norte, se había instalado en la casa con su estado mayor.

Lo único comestible que encontramos en la casa eran media barra de pan y unas cuantas latas de carne rusa que Aguirre había dejado. Mientras la esposa del guarda preparaba la comida, entramos en la casa y hablamos con los oficiales del estado mayor de Dávila. Eran españoles altos y bien parecidos que hablaban con entusiasmo de la victoria y pronosticaban que la guerra terminaría antes de la primavera. Uno de ellos aseguró que había oído decir

que Estados Unidos era contrario a Franco y profetizó que, a menos que los norteamericanos se enmendaran, la bandera de la hoz y el martillo no tardaría en ondear en la Casa Blanca.

—Sólo hay una manera de tratar a un rojo —añadió—: pegarle un tiro.

Rosales describió nuestro viaje siguiendo la costa y les contó el incidente de Guernica.

—La población estaba llena de rojos —dijo—. Trataron de decirnos que fue bombardeada y no incendiada.

El oficial alto respondió:

—Pues claro que fue bombardeada. La bombardeamos y la bombardeamos y la bombardeamos, y, bueno, ¿por qué no?

Rosales se quedó estupefacto y cuando volvíamos en el coche a Bilbao dijo:

—Si yo fuera tú no escribiría nada sobre eso.

Encontramos la carretera más congestionada que en el viaje de ida y tuvimos que desviarnos incontables veces. En un puente estuvimos parados durante más de una hora. En ese lugar en particular el puente principal había sido destruido y la estrecha carretera sin asfaltar que bajaba hasta el río, donde había una estructura provisional, se encontraba bloqueada por un pesado camión. El conductor no podía doblar la estrecha curva que describía la carretera y delante de él había un precipicio muy escarpado, por lo que no podía hacer nada salvo retroceder cerro arriba. Mandaron un grupo de prisioneros a ayudarle, pero el motor renqueaba, las ruedas resbalaban en el barro y el único resultado fue un sinfín de palabrotas.

Tras una espera de veinte minutos un coche largo y negro, precedido por una escolta de motoristas, se detuvo junto a nosotros y el embajador de Italia se apeó de él para contemplar las operaciones. Vestido con un magnífico uniforme negro y luciendo varias hileras de medallas en el pecho, su aparición causó mucho revuelo entre los españoles. Las órdenes se hicieron más estentóreas y violentas, pero las ruedas continuaron resbalando en el barro, impotentes.

Sin embargo, se consideró que tener al embajador de Italia esperando era una descortesía tan grande que el oficial al mando resolvió finalmente el

problema ordenando a los prisioneros que empujasen el camión para hacerlo caer por el precipicio. Con el motor todavía en marcha, los hombres empujaron y con un rugido ensordecedor el camión cayó al fondo del precipicio desde una altura de casi cien metros; el embajador hizo el saludo fascista y subió de nuevo a su coche.

Un español de pequeña estatura que estaba cerca de mí se puso pálido de indignación.

—Cien mil pesetas —gimió—. ¿Quién manda en este país, si se puede saber?

Ésta, por supuesto, era la cuestión.

Cuando cruzamos el puente y nos encontramos en la carretera principal, Rosales dijo una vez más:

—Me parece que es mejor no escribir sobre eso.

El día alcanzó su punto culminante cuando llegamos a Bilbao y fuimos a cenar a un café. Rosales se encontró a un amigo que acababa de oír una anécdota divertida. Reía tanto que le costó contarla, pero se trataba en esencia de que dos ingleses habían llegado a Santander en un avión privado para saludar al ejército victorioso. Sin embargo, habían llegado demasiado pronto, y cuando descendieron del aparato gritando: «¡Viva Franco! ¡Arriba España!»[20] los oficiales rojos que todavía se encargaban del aeródromo se apresuraron a detenerlos. Obligaron al propietario del avión a llevar a varios cargos del Gobierno a la ciudad de Gijón y luego le metieron en la cárcel.

—¿Sabes cómo se llama el inglés? —pregunté.

El español dijo que no con la cabeza, pero yo ya conocía la respuesta: Rupert Bellville.

Salamanca

En una pared del Gran Hotel de Salamanca, sobre el mostrador de recepción, había un cartel descolorido que rezaba: «Visite Madrid». Era extraño que nadie lo hubiese arrancado, porque las historias sobre las atrocidades cometidas por los «rojos» estaban en boca de todos, y el odio que despertaban los madrileños rozaba el fanatismo. Pronto corrió la voz de que yo había «visitado Madrid» y en el vestíbulo me abordaban con frecuencia desconocidos que ansiaban tener noticias de parientes suyos que temían que podían estar en alguna cárcel en el otro bando.

Cada una de aquellas personas tenía su propia versión de las condiciones que reinaban en la España Roja y tuve ocasión de comprobar que era peligroso contradecirlas. Una mujer, esposa de un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, me preguntó cómo me había atrevido a andar por las calles de Madrid. Había oído decir que había tantos francotiradores que disparaban desde las ventanas que los cadáveres se amontonaban en las aceras y las autoridades dejaban que se pudrieran en el arroyo. Al responderle que no era verdad, su tono se volvió hostil y más adelante me enteré de que me había denunciado por sospechosa. Un hombre me preguntó si había visto cómo los rojos alimentaban con prisioneros a los animales del zoológico. Contesté que el zoológico estaba vacío desde hacía meses y el hombre empezó a tratarme con extrema frialdad. Otro más, Pablo Merry del Val, jefe de la Oficina de Prensa Extranjera, admiró mi pulsera de oro:

—Supongo que no se llevó eso a Madrid —dijo sonriendo.

Al responderle que la había comprado en Madrid, se ofendió mucho y a partir de entonces me saludó fríamente desde lejos.

De haber sido española, estos comentarios, a pesar de ser inocentes, me

habrían llevado a la cárcel. No se toleraba la objetividad. Durante las semanas que pasé en Salamanca, vi que la denigración del enemigo, incluso por parte de funcionarios responsables, era tan extrema que rozaba la enfermedad mental. Podía comprender y simpatizar con los españoles que estaban resentidos a causa de alguna experiencia trágica. Muchos habían escapado de territorio republicano después de semanas de terror y sufrimiento y muchos más estaban de luto. Pero lo que no podía comprender era que, al parecer, todo el mundo había olvidado que la guerra la había empezado el general Franco. Argumentaban que Franco se había visto forzado a rebelarse con el fin de adelantarse a un levantamiento bolchevique que estaba previsto para una o dos semanas más tarde. Teniendo en cuenta que el Partido Comunista contaba con sólo unos miles de afiliados al estallar la contienda, y que las armas y los pertrechos de los republicanos todavía eran patéticamente insuficientes, esta explicación no parecía lógica. También afirmaban que si las elecciones de 1936 no hubieran estado amañadas, los partidos de derechas habrían arrasado en el país entero; pero, en vista de que el general Franco tardaba cerca de dos años, en lugar de dos semanas, en llevar a cabo su rebelión, costaba creer que la resistencia republicana fuese totalmente forzosa.

La propaganda bélica de los nacionales se concentraba exclusivamente en la lucha contra el bolchevismo. Del mismo modo que en el bando republicano se llamaba al pueblo a oponer resistencia a la invasión extranjera, los nacionales exhortaban a los campesinos a combatir la dominación de Moscú. Comprobé, sin embargo, que bolchevismo era una palabra elástica, ya que abarcaba tanto a los demócratas como a los comunistas; de hecho, todo aquel que no apoyase a un régimen totalitario era tachado de rojo.

Al ver esta aversión a los sistemas de gobierno basados en la libertad, empecé a comprender mejor las dificultades que había tenido que afrontar la República. En muchos casos, era cierto que no había logrado mantener la disciplina. Pero, por otra parte, era igualmente cierto que desde la instauración del régimen republicano en 1931, grupos derechistas habían conspirado para que cayera. Muchos de los actos terroristas cometidos en España fueron instigados por estos grupos, que en ningún momento apoyaron al Gobierno legítimo. Prueba de ello era el hecho de que a los funcionarios

que no habían dimitido al instaurarse la República y habían mantenido relaciones de amistad, aunque sólo fuera durante un breve periodo, se les consideraba sospechosos. El conde de la Florida, destacado funcionario de Salamanca, me resumió la situación en una sola frase:

—En España —dijo— ningún *caballero* soñaría con apoyar a una república.

La propaganda franquista llamaba una y otra vez la atención sobre los extraños compañeros que luchaban codo con codo bajo la bandera republicana. Aunque se hacía mucho hincapié en la incompatibilidad de republicanos, anarquistas, comunistas y socialistas unidos bajo un Frente Popular, en Salamanca pude ver que en las filas de Franco las discordias eran igualmente profundas y enconadas.

Dos uniformes predominaban de un extremo a otro del territorio controlado por los nacionales: uno era el de los carlistas (o requetés), con sus camisas de color caqui y vistosas boinas rojas; y el otro, el de los fascistas (o falangistas), de color azul marino con borlas de color carmesí en las gorras. Estos dos grupos, aunque unidos en un partido único para ganar la guerra, así como por su común aversión al sistema parlamentario como forma de gobierno, tenían puntos de vista terca y ferozmente opuestos.

El carlismo, movimiento surgido en 1833 para dar apoyo a Carlos María Isidro de Borbón, aspirante al trono de España, se había convertido, con el respaldo del clero y la aristocracia, en una poderosa fuerza política que abogaba por lo que en España se denominaba «tradicionalismo», pero que en realidad era nada menos que un retorno al sistema feudal. Con estas opiniones reaccionarias, los carlistas consideraban que los fascistas eran una organización peligrosa y radical. No era difícil comprender que fuese así, toda vez que el programa fascista amenazaba el poder de los obispos y los grandes del reino. Estaba a favor de un Gobierno centralizado y supremo, además de preconizar la reforma agraria y la separación de la Iglesia y el Estado.

Tuve ocasión de oír a los carlistas argumentar que el campesino debía quedarse en el terruño donde había nacido; que su felicidad no se encontraba en la educación, sino en la seguridad que podían brindarle los grandes terratenientes. Un líder fascista, refiriéndose a estos comentarios, hizo un gesto

enfático de negación con la cabeza.

—Eso dicen —afirmó—. Pero cuando termine la guerra no habrá grandes terratenientes.

Los carlistas adoptaban una actitud intransigente en relación con los prisioneros republicanos y exigían que se formaran con ellos cuadrillas de peones camineros y se les obligara a restaurar los puentes y las poblaciones que habían destruido. Los fascistas, en cambio, insistían en que se hicieran esfuerzos por convertir al enemigo, por hacer que pensara como ellos. Recuerdo los camiones fascistas que habían llegado con alimentos para los prisioneros en la carretera de Santander y más adelante me enteré de que a miles de ellos les habían dado uniformes y reclutado. A pesar de su atractivo humanitario, esta medida formaba parte de un programa cuyo objetivo era sin duda la expansión del poder fascista. Al hablar de ello con el conde de la Florida, replicó con vehemencia que la mitad de los fascistas eran en realidad rojos. Lleno de indignación, añadió que en el norte muchos de ellos hacían el saludo del Frente Popular y hablaban de sus hermanos de Barcelona.

Si bien Franco había persistido en sus esfuerzos por unir a los dos partidos, cada uno conservaba su propia bandera y su propio himno nacional, y a veces la hostilidad entre ellos llegaba al extremo de provocar luchas callejeras, como ocurrió en Zaragoza y San Sebastián. Sin embargo, incluso en aquel entonces era evidente que los fascistas tenían la sartén por el mango. Ya eran unos tres millones, mientras que los tradicionalistas eran ochocientos mil.

Huelga decir que los nazis manipulaban con esmero los asuntos internos de España y para ello recurrían a tácticas que ahora son conocidas en todo el mundo. Aunque los italianos interpretaban un papel más destacado en el campo de batalla, había en España más de diez mil alemanes, a los que se daba el inofensivo nombre de «técnicos». Su objeto, so capa del antibolchevismo, era crear un partido fascista que algún día encajara en los grandiosos planes de Hitler para la conquista del mundo. Muchos de estos alemanes eran pilotos de aviación, oficiales de artillería e ingenieros; otros dirigían los ferrocarriles, se encargaban de la radio y los telégrafos y de la organización de los territorios que iban conquistándose. Lo más importante de todo, sin embargo, era la infiltración alemana en la casi totalidad de los

departamentos de la administración del Estado. Valiéndose de su influencia, lograban que simpatizantes del fascismo ocupasen altos cargos burocráticos, lo cual les permitió colocar hombres clave en la estructura gubernamental.

Llevaron a cabo una violenta e intensiva campaña de propaganda contra las democracias. De hecho, esta campaña era a menudo mucho más encarnizada cuando iba dirigida contra Gran Bretaña y Francia que cuando su blanco era la República española. El plan de no intervención de los británicos había sido condenado por los comunistas de Madrid, que veían en él un intento fascista de impedir la llegada de armas a la España republicana: aquí en Salamanca era tachado de complot comunista para debilitar a Franco por medio de la exclusión de la ayuda extranjera. El hecho de que Gran Bretaña fuese la única gran potencia que se interesaba activamente por el aspecto humanitario de la guerra no recibió ninguna muestra de agradecimiento. Si bien la marina de guerra británica había evacuado a más de cien mil refugiados de ambos bandos en España, y la embajada británica había trabajado sin descanso para que se efectuara el canje de prisioneros, el único resultado había sido despertar el odio de ambos bandos, que consideraban que quienes no estaban a su favor estaban en contra. Los oradores callejeros de Salamanca y Burgos denunciaban a las democracias tachándolas de decadentes y corruptas y se jactaban de que las potencias del Eje instaurarían un nuevo orden en el mundo entero. Era obvio incluso entonces que el fascismo no era una filosofía de uso exclusivamente interno. Oí proclamar a un orador de Salamanca que bajo el fascismo España se alzaría y recuperaría todas sus glorias de antaño. Gibraltar y el norte de África serían un humilde comienzo; América del Sur sería el brillante premio.

En cuanto a las condiciones internas, resultaba difícil hacer una comparación equitativa entre los dos bandos. Hicieron falta muchos viajes por todo el territorio nacional: a Ávila, Talavera, Toledo y a las afueras de Madrid, donde me llevé una sorpresa al ver desde lo alto de un cerro que grande y blanco parecía el edificio de la Telefónica y qué blancos tan fáciles eran las calles por las que habíamos deambulado tan libremente. Muchos de los pueblos situados fuera de la zona militar habían experimentado pocos cambios y en algunos parecía dudoso que la gente supiese siquiera que el país

estaba en guerra. Abundaban los alimentos, las plazas de los mercados estaban llenas de gente, y sacerdotes con sotana negra se abrían paso entre los numerosos carros tirados por burros que circulaban por las calles estrechas, como si no supieran que su suerte se estaba decidiendo en los campos de batalla. La abundancia de alimentos era comprensible porque los distritos agrícolas más ricos se encontraban bajo el control de Franco y los nacionales no tenían que alimentar a ninguna ciudad grande. También se comprendía que no hubiera desorganización, toda vez que la gente tenía poco que temer de bombardeos aéreos por parte de una aviación republicana que era casi insignificante. El principal cuartel general de Franco, Burgos, no fue bombardeado ni una sola vez durante toda la guerra. Salamanca, Valladolid, Sevilla y otras ciudades que estaban en poder de los nacionales sólo sufrieron unos cuantos ataques.

En cuanto a la brutalidad, probablemente había poca diferencia entre los dos bandos, pero el espíritu de venganza era mucho más virulento en Salamanca que en Madrid. Con un sistema que alentaba a la gente a denunciar a sus vecinos, la suspicacia se había desequilibrado hasta tal punto que a menudo los comentarios inofensivos se tergiversaban hasta resultar irreconocibles. Ni que decir tiene que el ambiente estaba dominado por la cautela: existía siempre el miedo a las grabadoras y a los que escuchaban a escondidas, y la conversación se limitaba generalmente a banalidades.

Las cárceles estaban llenas a rebosar y las ejecuciones alcanzaban cifras asombrosas. Tan pronto como ocupaban una población, los nacionales formaban tribunales militares y comenzaban los juicios. Me hice una pequeña idea de la situación cuando volví en coche a Santander unas semanas después de que las tropas franquistas tomaran la ciudad y visité uno de los tribunales. Había cinco jueces. Había conocido a uno de ellos en Bilbao, un capitán joven y gracioso que se llamaba Seraglio y había sido destinado a cumplir esta función en particular. Fui al juzgado acompañada por un oficial de prensa y asistí a la vista de la causa contra cuatro hombres a los que se juzgaba en un solo grupo.

Tres de ellos eran oficiales del ejército (dos tenientes y un coronel) y el cuarto era un funcionario, el secretario del tesorero de la población. El juicio

duró quince minutos. El fiscal pidió la pena de muerte por traición y la defensa suplicó clemencia aduciendo que los acusados no hacían si no cumplir el servicio militar obligatorio y que el funcionario no había cometido ningún delito durante el ejercicio de su cargo. La sala fue despejada en espera del veredicto, pero cuando se suspendió la sesión hasta después del almuerzo, encontré a mi amigo el capitán en el vestíbulo y le pregunté cuál había sido la sentencia. Contestó que los habían condenado a muerte. Le pregunté también qué criterio se seguía para aplicar la pena de muerte y respondió:

—Todos los militares, todos los funcionarios del Gobierno y todos los hombres y mujeres que hayan denunciado a «blancos».

Agregó que aquella mañana habían visto dieciséis causas y que se habían dictado catorce penas de muerte. Varias semanas después se publicó en Salamanca un boletín oficial que declaraba que de los cuatro mil prisioneros juzgados sólo treinta y cinco habían sido condenados a muerte. Me costó creer, sin embargo, que fuera casualidad que hubiese escogido para visitar el tribunal precisamente la mañana en que se había impuesto la mitad de estas sentencias.

Con frecuencia he pensado en el momento en que el capitán y yo bajamos la escalera del juzgado y salimos a la calle. Enfrente del edificio había un camión descubierto y lleno de hombres. Al acercarnos, vi que eran los prisioneros a los que acababan de juzgar. El cielo era azul y lucía un sol radiante, lo cual hacía que la sentencia de muerte pareciese aún más irreal. Algunos de los reos estaban sentados con la cabeza inclinada, pero cuando estuvimos más cerca reconocieron al capitán como uno de los jueces y supongo que durante una fracción de segundo vieron un destello de esperanza de que los salvase. Le miraron fijamente como animales desconcertados, luego se levantaron con dificultad y saludaron. Fue un espectáculo patético y terrible, pero el joven capitán les devolvió el saludo despreocupadamente, aspiró hondo una bocanada de aire fresco, y dijo, alegremente:

—Vamos al café y tomaremos una copa. Las condiciones han mejorado desde la última vez que estuviste aquí.

Mientras caminábamos calle abajo oí que el camión arrancaba y me pregunté si se dirigiría enseguida al lugar de ejecución. El camión pasó por

nuestro lado y el capitán dijo:

—Esta ciudad es un asco. Cuando termine la guerra, deberías volver a España y te enseñaríamos cosas realmente divertidas.

Se estaban celebrando juicios en toda España. Incluso en Salamanca, pese a estar lejos de la zona militar, la pequeña cárcel local estaba llena hasta los topes de prisioneros que esperaban el momento de ser juzgados. Un día corrió la noticia de que habían llegado centenares de prisioneros rusos. Parecía increíble, pero localicé a un ruso blanco al que había conocido en el hotel, un extraño personaje al que llamaban Petroff, y le persuadí para que fuese hasta la cárcel conmigo. Discutimos con el alcaide, el capitán Costello, que finalmente nos dio permiso para entrar y hablar con ellos. Los rusos eran tres en total; todos ellos aviadores que habían sido derribados en la batalla de Brunete. Solamente hablé con dos y el primero fue un hombre de unos treinta años, pecho hundido, delgado, ojos tristes, melancólicos. Dijo que había venido a España porque le habían ofrecido mil quinientos rublos al mes, el séxtuplo de su paga normal. No tenía ni idea del porqué de la guerra, pero siempre había anhelado viajar y le pareció que era su única oportunidad de hacerlo. Al preguntarle cuánta experiencia de vuelo tenía, dijo que seis meses y afirmó que la batalla de Brunete había sido su bautismo de fuego. No parecía reunir las condiciones mentales y físicas necesarias para ser piloto de la fuerza aérea. Era imposible saber si decía la verdad, pero había algo auténticamente conmovedor en la ingenuidad de sus respuestas. Era la primera vez que había salido de Rusia, y, al preguntarle qué le había causado más impresión, respondió:

—Ver sonreír a la gente. Nos habían enseñado que el mundo era triste y terrible, exceptuando Rusia. En Francia la gente reía. Pienso que nos han engañado miserablemente.

Francia parecía haberle causado una honda impresión; nos dijo que mientras que en su pueblo de Rusia tiraban las colillas de cigarrillo al suelo, en París les habían dado bandejas de loza para que las pusieran en ellas. Le pregunté si el salario que cobraba en Rusia era suficiente para permitirse algunos lujos.

—Oh, no —repuso, moviendo con tristeza la cabeza—. Siempre he

ambicionado ser propietario de una bicicleta, pero nunca he podido tenerla.

No sé por qué, pero la idea de que un piloto de bombardero anhelase tener una bicicleta resultaba ligeramente irracional.

El segundo ruso estaba hospitalizado. Al aterrizar en paracaídas, se había roto una pierna; no parecía importarle, ya que se había convertido en centro de atención. Era diferente del primer piloto: un campesino rubio y fornido, sin un solo nervio en el cuerpo, que reía y conversaba sin parar. También él declaró que había venido a España sólo por el dinero, pero ahora sentía añoranza y ansiaba regresar a Moscú. Dijo que Rusia era el mejor lugar del mundo; parecía encontrarse a gusto y el capitán Costello me dijo que se había convertido, por así decirlo, en la pieza principal de una exposición. Las enfermeras españolas nunca habían visto a un ruso y durante todo el día entraban de puntillas en su habitación, se acercaban a los pies de la cama y lo miraban con curiosidad. Al cabo de unos meses oí decir que los dos rusos habían sido puestos en libertad. Nunca supe si era cierto ni qué fue de ellos después.

Durante las dos semanas siguientes en Salamanca hablé con tanta gente como pude con el fin de usar la información fragmentaria que me proporcionaban para hacerme una idea general de aquella locura. Comprendía la mentalidad de los españoles de clase alta que luchaban por sus hogares, sus propiedades y sus antiguos privilegios; también comprendía a los campesinos que se habían alistado en el ejército de Franco porque sus amos se lo habían ordenado, e incluso comprendía a los alemanes, que probablemente no pensaban nada en absoluto salvo que las órdenes del Führer eran sagradas. Pero tenía curiosidad por los italianos. Me preguntaba qué pensaban sobre el motivo por el cual Mussolini los había enviado a España. Hablé con varios de ellos en la embajada y en la Oficina de Prensa, pero sus comentarios fueron prudentes y lo que más deseaba yo era oír el punto de vista de algún miembro de las fuerzas armadas. Por casualidad se me presentó una oportunidad cuando un día entré en un café donde me había citado con un amigo; mientras esperaba, un aviador italiano se acercó a mi mesa y se sentó. Era un joven de unos veinticinco años y lucía una hilera de medallas que se había ganado en Abisinia. Entabló conversación y cuando le dije que era norteamericana sonrió

afectuosamente y dijo:

—Me encanta el jazz norteamericano.

Con cierta dificultad logré que dejara a un lado este tema y me hablase de la guerra. Le pregunté por qué los italianos luchaban en España y respondió alegremente:

—Debemos destruir a los bolcheviques.

—¿De veras estáis aquí por eso?

—Bueno —sonrió—, las dos cosas coinciden. Verás, Italia es un país muy pobre. Si podemos matar rojos y conseguir materias primas al mismo tiempo, es una combinación estupenda. Estamos en la época de expansión.

Al preguntarle si Italia no podía alcanzar sus objetivos de otra forma, si la guerra era el único modo de alcanzarlos, contestó:

—La guerra no es tan mala; a veces resulta divertido arrojar bombas. Lo malo de los norteamericanos es que sois demasiado sentimentales; y sois sentimentales porque estáis demasiado pagados de vosotros mismos. Tenéis todo lo que necesitáis. Quizá los italianos no recurriríamos a la guerra si hubiera nuevas tierras que descubrir. Ahora bien, por supuesto, si Cristoforo Colombo se hubiera quedado con América...

Justo en aquel momento llegó mi amigo y nunca tuve ocasión de oír todo lo que el aviador italiano tenía que decir sobre el asunto.

La marcha a través del norte

Durante el mes de septiembre los ejércitos de Franco avanzaron a través de la escabrosa provincia de Asturias y pusieron fin a la campaña del norte. Aunque la derrota era inevitable, las tropas republicanas opusieron una fiera y tenaz resistencia.

Me encontraba a la sazón en Santander y un militar español, el capitán Aguilera, decimoséptimo conde de Alba de Yeltes, se brindó a llevarme en automóvil a León, desde donde se había lanzado el ataque.

El capitán Aguilera (que hablaba inglés con soltura) llevaba botas y espuelas y una borla azul en la gorra; tenía un Mercedes de color amarillo claro, en cuyo asiento de atrás había dos grandes fusiles de repetición y un chófer que conducía tan mal que normalmente le pedían que se echara a dormir.

Fuimos por la costa, pero el viaje resultó difícil; la carretera estaba atestada de soldados y camiones del ejército italiano, además de una larga columna de refugiados. Era gente que había huido ante el avance del enemigo pero que, al encontrarse aislada en el otro bando, ahora volvía a sus casas.

A Aguilera le gustaba conducir a gran velocidad, por lo que maldecía cada dos por tres a los carros y los animales.

—Nunca se ven chicas bonitas —gruñó—. Cualquiera chica cuya cara no parezca una bota tiene la oportunidad de viajar en un camión italiano.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, vimos a dos muchachas que llevaban sendos pañuelos rojos y azules en la cabeza y hacían gestos frenéticos. Detuvimos el coche junto al arcén. Las dos chicas se nos acercaron corriendo y, con voz trémula a causa de la agitación, nos dijeron en español que el ejército en retirada se había llevado sus vacas. Algunas se habían

escapado por el camino y ellas habían salido a buscarlas, pero no las habían encontrado y ahora estaban cansadas y querían volver a casa en coche. Las llevamos unos cuantos kilómetros y luego seguimos en dirección a Llanes.

Llanes era un mar de uniformes. Las calles aparecían llenas de soldados italianos; algunos estaban sentados en cuclillas y abrían latas de carne en conserva con sus bayonetas; otros comían pan y queso y bebían largos tragos de vino tinto. La calle principal se encontraba bloqueada por camiones de abastecimiento que llenaban sus depósitos y, al doblar una esquina, vimos una multitud de niños y amas de casa que contemplaban con curiosidad un gran tanque ruso que había sido capturado dos días antes. Al salir de la población pasamos junto a una yunta de mulas que tiraba de un cañón de 152 milímetros. El capitán Aguilera preguntó a gritos a los soldados si la carretera de Infiesto estaba despejada.

—*Ich weiss nicht. Ich bin hier fremd* (No lo sé. Soy forastero aquí)
—respondió uno de ellos.

Incluso en aquel momento la palabra «forastero» tuvo un tono desabrido. Aguilera dijo:

—Gente muy maja, los alemanes, pero demasiado seria; parece que nunca hay mujeres a su alrededor, pero supongo que no vinieron para eso. Si matan a suficientes rojos, se lo podemos perdonar todo.

El frío iba en aumento a medida que avanzábamos, ya que ahora nos hallábamos en las estribaciones de los Picos de Europa, uno de los sistemas montañosos más altos de Europa. Las negras montañas parecían cercarnos por todos lados al estrecharse la carretera, que empezaba a serpentear al atravesar los desfiladeros. Pronto comenzó a llover, pero el capitán conducía a toda velocidad, y parecía evidente que acabaríamos derrapando y cayendo al precipicio. Al doblar una curva nos encontramos con una larga línea de soldados montados en mulas. Formaban una larga y silenciosa procesión que zigzagueaba a través de las montañas; el único ruido era el que hacían los cascos de los animales chapoteando en el barro y, a la cabeza de la procesión, el tintineo de las yuntas que arrastraban piezas de artillería ligera y cañones antiaéreos.

El frente estaba cerca ahora y se combatía en las montañas que quedaban a

menos de dos kilómetros de donde estábamos. De vez en cuando se oía un ruido sordo que quizá hubiéramos tomado por truenos de no haber sabido qué era en realidad. Al entrar en un pueblo muy pequeño, encontramos la calle principal bloqueada por tres cañones largos y grises con ambos extremos envueltos en paño negro. Sobre la puerta de una herrería ruinosa habían colocado la bandera monárquica de España, custodiada a uno y otro lado por las banderas alemana e italiana, y más arriba había un cartel viejo y medio borrado por la lluvia que rezaba: «Votad al Frente Popular».

En el arcén de la carretera, varios chiquillos sucios contemplaban la escena con cara de perplejidad, mientras una mujer muy vieja, con los ojos iluminados por el interés, observaba tímidamente desde la ventana de una cabaña. Parecía una casualidad extraordinaria que este pueblecito aislado del mundo por la gran barrera de montañas, se encontrara en el camino de retirada de un ejército y de avance de otro.

Una chica que llevaba un vestido de percal y acarreaba un cubo de agua dobló la esquina. Le pregunté qué pensaba de aquello. ¿Qué pensaba de aquello?, repitió, con una expresión de desconcierto en los ojos: ¿a qué me refería?

—A los ejércitos —dije—. Un ejército que se va, el otro que entra.

—Ah —dijo—, eso. Pues, no hemos comido mucho.

Comer. De eso se trataba. Eso era lo que significaba la guerra. No tener nada para comer y perder vacas, y vivir en casas con agujeros abiertos por las bombas.

Aguilera se apeó del coche para ver qué ocurría y volvió al cabo de unos minutos con la noticia de que habían volado un puente y las probabilidades de que lo reparasen antes del día siguiente eran escasas. Tendríamos que volver a Torrelavega y probar suerte en otra carretera.

Hacía frío y ya había oscurecido. Los nacionales habían tomado Torrelavega unos días atrás y la ciudad presentaba un curioso aire de quietud. Había un hotel pequeño en la plaza principal y entramos en él, pero resultó que estaba desierto. En el comedor apenas había muebles; algunos manteles estaban en el suelo y la única iluminación era la que daba una bombilla de escasa intensidad. Aguilera empezó a dar patadas en el suelo y a gritar, y al

cabo de unos minutos una española muy gorda subió resoplando la escalera. Al preguntarle si había algo de comer, alzó los brazos y se puso a darnos una explicación apasionada; se habían quedado sin nada, dijo; el ejército se lo había llevado todo, hasta su molinillo de café. Le parecía comprensible que se llevaran las cosas de comer, pero no veía por qué habían tenido que llevarse el molinillo de café: era un molinillo de café estupendo, importado de Estados Unidos, nada menos.

Subimos al coche y nos fuimos a Corrales, donde por fin pudimos cenar algo. El comedor del hotel estaba lleno de oficiales alemanes e italianos y al principio el conserje nos dijo que no podía darnos de comer. Pero Aguilera discutió con él y pronto nos sirvieron una cena pantagruélica a base de sopa, pescado, carne y verduras. Los alemanes que estaban en el comedor eran solemnes y educados, mientras que los italianos armaban mucho ruido, vociferaban y cada dos por tres se ponían a cantar. Era justamente lo que se esperaba que fueran los alemanes y los italianos, así que nos fuimos la mar de satisfechos.

Nuestro problema consistía ahora en encontrar un lugar donde dormir. Al tomar un atajo, pudimos comprobar que las carreteras eran malas, pero el capitán condujo a toda velocidad y el coche se sacudía como si se hubieran roto los amortiguadores. En la primera población de tamaño mediano que encontramos nos detuvimos delante del hotel y aporreamos la puerta. Todo estaba oscuro y quieto, por lo que el ruido del motor, los gritos y los golpes no tardaron en hacer vibrar las ventanas; pero en lo que se refería a encontrar un lugar donde dormir, no tuvimos éxito, porque desde el interior del establecimiento nos llegó la voz del conserje diciéndonos que la tropa del Gobierno se habían llevado todos los colchones. Nos aconsejó que fuéramos al pueblo más cercano, que estaba unos treinta kilómetros: pero, al llegar allí, nos encontramos con que más de ochenta personas no habían conseguido habitación en la única pensión del lugar y que se hallaba abarrotada de militares que incluso dormían en los sillones del vestíbulo.

Ya faltaba poco para la medianoche y el capitán se estaba poniendo de mal humor. Los baches de la carretera eran tan hondos que se vio obligado a conducir más despacio y en uno de los puentes provisionales tuvimos que

permanecer parados durante casi media hora porque un camión del ejército se había atascado en el barro. El puente principal, que había sido volado por los asturianos en retirada, estaba iluminado con bengalas y más de quinientos hombres trabajaban en su reconstrucción. Ingenieros alemanes con uniforme caqui y corbata negra dirigían a los trabajadores, la mayoría de los cuales eran prisioneros que habían sido capturados en Santander.

—*Bueno*[21] —dijo Aguilera—, me gusta verles reconstruir lo que han destruido. Lo único que los rojos hacen a gusto es destruir. Debes hacer hincapié en ello en uno de tus artículos. El placer de la destrucción.

—Sí —dije—, pero el ejército estaba en retirada. Si vuelan los puentes, frenan el avance, ¿no es verdad?

Aguilera me lanzó una mirada hostil.

—Hablas como los rojos.

A partir de aquel momento el ambiente fue tenso. Afortunadamente, el viaje terminó pronto, ya que una hora más tarde hallamos alojamiento en un pueblecito llamado Aguilar de Campoo.

Por la mañana el sol brilló sobre una campiña serena. Ahora estábamos fuera de la zona militar, y parecía que los soldados, las armas, los camiones y la confusión se hubieran desvanecido con la negrura de la noche como un sueño extraño. Durante el viaje hasta León no vimos banderas ni uniformes que hicieran pensar que el país estaba en guerra. Sólo burros que andaban lenta y pesadamente por las carreteras, campesinos ocupándose de sus cultivos, pueblecitos aletargados y niños harapientos que jugaban en medio del polvo.

—¡Malditos rojos! —exclamó repentinamente Aguilera—. ¿Por qué tenían que meter ideas en la cabeza de la gente? Todo el mundo sabe que la gente es imbécil y que le va mucho mejor cuando le dicen lo que tiene que hacer que cuando trata de dirigir su propia vida. El infierno es demasiado bueno para los rojos. Me gustaría empalarlos a todos y verles retorcerse en los palos como mariposas... —El capitán hizo una pausa para ver qué impresión había causado su discurso, pero no dije nada y mi silencio pareció molestarle—. Sólo hay una cosa que odie más que a un rojo —añadió, indignado.

—¿Cuál?

—¡Una de esas periodistas que escriben artículos sentimentales y cursis!

Las tropas de Franco apretaban al ejército republicano como unas tenazas. Estaban cerca de Gijón, el último puerto grande de la costa, con cuya capitulación terminaría la campaña del norte. En el hotel de León había un grupo de unos quince o veinte periodistas que todos los días hacían un viaje al frente. Entre los norteamericanos y los británicos se encontraban Richard Sheepshanks de Reuters, Reynolds Packard de la United Press y, si no recuerdo mal, William Carney del *New York Times*, Harold Cardozo del *Daily Mail* y «Kim» Philby del *Times* de Londres.

Los viajes al frente eran como una enloquecida reunión para tomar el té sacada de las páginas de una versión belicosa de *Alicia en el País de las Maravillas*. En primer lugar estaba el jefe de Prensa, el mayor Lombbarri (dibujante de *Vogue* en la vida civil), que revoloteaba como un maestro de escuela dominical mientras trataba de reunir los coches para la prensa, los periodistas y las fiambreras con el almuerzo, todo ello al mismo tiempo. El hotel se encargaba de preparar las fiambreras, que contenían tortillas de patata, unas cuantas tajadas de fiambre, queso, fruta y botellas de vino tinto. Estas cosas hacían que los viajes al frente pareciesen almuerzos campestres y todo el mundo se los tomaba como una fiesta.

Hice el primer viaje en coche con Dick Sheepshanks. Seguimos al mayor Lombbarri y viajamos durante cerca de una hora por carreteras de montaña llenas de curvas, hasta que el ruido de fuego de artillería se hizo más fuerte y llegamos a un claro donde había dos baterías disparando. A un lado, veinte o treinta mulas de carga estaban atadas a estacas clavadas en el suelo y cerca de allí centenares de soldados dormían la siesta echados sobre la hierba. A la derecha había una pequeña pendiente que el mayor Lombbarri pensó que sería un lugar agradable para almorzar. Iba de aquí para allá, extendiendo mantas en el suelo y abriendo fiambreras, y luego dijo gentilmente:

—Ahora siéntense y pásenlo bien.

La escena resultaba incongruente. Mientras los funcionarios encargados de la prensa comían sus tortillas de patata y bebían sus tragos de vino, los

cañones se estremecían y hendían el aire, vomitaban fuego azul y proyectiles que cruzaban gimiendo la campiña. Los explosivos tardaban veinticinco segundos en alcanzar el baluarte republicano, una cima que quedaba a unos tres kilómetros; entonces se oía un choque amortiguado y la metralla caía sobre la montaña como una lluvia de hollín negro. Cada vez que disparaban los cañones, las mulas rebuznaban histéricamente, pero a nadie parecía importarle el ruido. Los soldados seguían durmiendo y los encargados de la prensa continuaban bebiendo su vino y tomándose el pelo unos a otros al comentar lo bien que iban a pasárselo en París cuando terminara la guerra.

Sentada al sol, experimentaba una sensación de fuerte desagrado; cuando el artillero accionaba la cuerda y el gancho de disparo, yo contaba automáticamente hasta veinticinco y me preguntaba a quién le quedaba apenas unos segundos de vida. Según uno de los oficiales, había alrededor de mil hombres en la montaña. Las municiones se les habían terminado hacía varios días y era sólo cuestión de tiempo antes de que se rindieran; suponiendo que quedase alguien vivo que pudiera rendirse.

La desigualdad entre los dos ejércitos era asombrosa. Además de estar mejor pertrechadas, las tropas de Franco superaban al enemigo en organización y disciplina. De los seiscientos mil soldados de la República, probablemente eran menos de cuatro mil los que contaban con experiencia militar previa. La mayoría de los veinte mil voluntarios internacionales no eran soldados que hubieran recibido instrucción militar, sino simplemente hombres de clase obrera reclutados por los partidos comunistas del mundo. Se calculaba que los rusos eran unos dos mil, entre pilotos de aviación, oficiales de estado mayor, artilleros y técnicos. A mí me parecía extraordinario que hubiesen logrado resistir durante tanto tiempo frente a fuerzas tan bien preparadas como las nacionales.

Además del reclutamiento forzoso de civiles, Franco contaba con ochenta mil italianos, que incluían tres divisiones del ejército regular; contaba también con la experimentada Legión Extranjera, varios regimientos integrados por moros muy combativos, la Guardia Civil, el ejército regular español y diez mil «técnicos» y pilotos alemanes.

Sentada en la montaña, me preguntaba qué pensarían los españoles al ver

cómo compatriotas suyos morían a manos de extranjeros. El oficial encargado de las baterías era italiano. Vestía elegantemente —jersey de cuello alto y botas altas y lustradas— y cada vez que daba la señal de disparar alzaba con gracia su bastón como si estuviese dirigiendo una orquesta sinfónica. Se acercó a hablar con nosotros e hizo comentarios sobre el enemigo.

—¡Diablos tozudos! —dijo—. Se niegan a reconocer la derrota.

—No tiene nada de extraño —replicó el mayor Lombarri—. Son españoles.

No sé por qué, pero todo resultaba ligeramente confuso.

De pronto vimos una larga línea de hombres provistos de picos y palas que doblaba una curva a lo lejos. El capitán Aguilera nos interrumpió, muy excitado:

—Prisioneros rojos, capturados en Santander. He oído decir que construyeron una de las carreteras de montaña en ocho días. No dormirían mucho, ¿eh? Así es como hay que tratarlos. Si no necesitásemos carreteras, me gustaría coger un fusil y liquidar a un par de ellos.

El almuerzo terminó finalmente. El mayor Lombarri recogió las fiambreras y las tiró en el otro extremo de la ladera, luego dijo que nos llevaría al lugar donde el comandante dirigía las operaciones. Nos dijo al capitán Aguilera, a Dick Sheepshanks y a mí que subiéramos a su coche y nos llevó por una carretera que se extendía formando espirales a lo largo de varios kilómetros a través de las montañas. Cuando nos acercábamos a una curva el chófer pegaba grandes bocinazos, pero frenó en seco cuando nos encontramos súbitamente ante un voluminoso camión italiano. Nos apeamos todos y empezamos a discutir sobre si había o no había espacio suficiente para pasar. Los italianos dijeron que era fácil, pero al pasar por nuestro lado chocaron con uno de los guardabarros de nuestro coche. Nos habíamos quedado fuera y la rueda trasera de la derecha se salió de la calzada. El chófer aceleró ruidosamente y, por suerte, el coche volvió a la carretera. El mayor estaba furioso y les gritó a los italianos:

—¡Para variar, podríais tratar de matar al enemigo!

Dejamos el automóvil en un claro y seguimos a pie. Centenares de soldados se hallaban sentados en el suelo a ambos lados del estrecho sendero.

Algunos reparaban ametralladoras, otros cepillaban a las mulas, y otros sencillamente dormían. Al llegar a la cima del cerro, encontramos al comandante almorzando con dos oficiales en un pequeño refugio subterráneo. Era un hombre regordete y de mediana edad que nos saludó efusivamente e insistió en que entráramos todos en el refugio, pese a que apenas cabíamos en él. Aunque le dijimos que acabábamos de almorzar, sacó una botella de vino de Málaga, unas cuantas galletas de chocolate y una bandeja de piña americana en conserva. Hizo un guiño y dijo que simpatizaba con los norteamericanos porque él no era de los que olvidaban que Estados Unidos tenía una buena tajada de España. Se llamaba Pablo, o Paul, dijo, y me preguntó cómo me llamaba. Al decirle que Virginia, se mostró encantado.

—Pablo y Virginia —dijo. Y me preguntó si había leído el libro.

Justo en aquel momento entró un soldado y dijo que se había recibido un mensaje que decía que un escuadrón de aviones se disponía a ametrallar las posiciones enemigas. Salimos del refugio y pronto vimos seis manchitas que descendían en picado sobre el cerro como aves de rapiña. Estuvieron yendo y viniendo durante cerca de una hora y a veces, cuando el viento soplaba en nuestra dirección, podíamos oír el lejano tableteo de las ametralladoras.

Por fin emprendimos el regreso. Mientras descendíamos hacia la carretera y dejábamos atrás hombres, mulas y ametralladoras, pregunté al mayor Lombardi qué respondería el soldado corriente si le preguntasen por qué luchaba.

—Oh, lo saben muy bien —repuso el mayor—. Pararemos y se lo preguntaremos a uno de ellos.

Interrogamos a un chico de unos diecinueve años que estaba echado en la hierba mordisqueando un pedazo de pan con queso. Era un campesino de Sevilla y cuando el mayor tradujo mi pregunta, replicó:

—Luchamos contra los rojos.

Pregunté a qué se refería cuando decía «rojos» y respondió:

—A los que se han dejado engañar por Moscú.

¿Por qué pensaba que se habían dejado engañar?

—Son muy pobres. En España es fácil dejarse engañar —contestó.

El capitán Aguilera, que se encontraba a mi lado, nos interrumpió.

—¿De modo que piensas que la gente no está contenta?

El chico se asustó.

—Yo no he dicho eso, mi capitán.

—Has dicho que eran pobres. A mí me parece que tú también tienes la cabeza llena de ideas rojas.

Dick y yo nos alejamos y el capitán Aguilera y el mayor nos siguieron.

—Ésta es la clase de ideas que debemos extirpar —dijo Aguilera.

—Bueno —suspiró el mayor—, resulta todo muy confuso. Cuando termine la guerra volveré a *Vogue*.

Decidí que ya estaba harta de España. Le pedí al mayor Lombbarri que me facilitara un automóvil para regresar a Salamanca, pero dijo que no habría ninguno disponible durante varios días. Sugirió que mientras tanto hiciera un viaje a Oviedo, una ciudad de Asturias que el general Franco había tomado poco después de empezar la guerra. Las montañas que la rodeaban seguían en poder de los republicanos y durante más de un año se había visto sometida a un constante bombardeo artillero y aéreo.

Tenía grandes deseos de compararla con Madrid, pero cuando me dijeron que el capitán Aguilera guiaría el grupo (que consistía en dos fotógrafos, uno alemán y uno ruso), me entraron dudas. Desde mi desafortunado comentario en el sentido de que los republicanos no volaban puentes por el mero placer de destruir, sino para retrasar el avance del enemigo, Aguilera me tenía por roja y nuestra relación distaba mucho de ser amistosa. Sin embargo, finalmente llegué a la conclusión de que era una tontería permitir que la animosidad personal fuese un obstáculo y accedí a ir, decidida a llevarme con Aguilera tan bien como fuese posible. Antes de que terminara el viaje me di cuenta de que había sido un error.

Tardamos cinco o seis horas en llegar a Oviedo, toda vez que la mayor parte del viaje fue a través de las montañas. La carretera que conducía a la vieja ciudad, que se encontraba en un valle, estaba bajo el fuego continuo de la artillería; como era la única carretera que estaba abierta, los camiones cargados de alimentos y los coches oficiales se veían obligados a arriesgarse todos los días. El chófer pisó el acelerador y emprendimos una carrera frenética ladera abajo. A mi modo de ver, el peligro de que se nos rompiera un

eje por culpa de los agujeros que los proyectiles habían abierto en la carretera era mucho mayor que el de ser alcanzados por uno de ellos. Desde la cima del cerro, Oviedo presentaba aspecto de normalidad, pero al entrar en la ciudad nos costó creer que alguien pudiera seguir viviendo en ella. Parecía que la hubiese arrasado un huracán. Ningún edificio o casa se había librado de sufrir desperfectos; algunos parecían decorados de teatro a los que hubiesen quitado las paredes; otros hacían pensar en un pastel de cumpleaños cuyo centro hubiera sido vaciado a cucharadas.

La mayoría de los treinta mil habitantes de Oviedo habían sido evacuados, pero unos mil quinientos civiles se habían negado a abandonar sus hogares. La mayor parte de ellos vivían en los sótanos de edificios en ruinas y entraban y salían apresuradamente de sus refugios como si hubieran estado acostumbrados a ello toda la vida. El café principal seguía abierto, pero, como los cristales de las ventanas habían saltado por los aires hacía ya tiempo, el viento atravesaba silbando el establecimiento y los clientes bebían su café con el cuello del abrigo bien subido para protegerse del frío.

Durante todo el día se oía el ruido sordo de los proyectiles de artillería que caían esporádicamente sobre la ciudad, pero a nadie parecía importarle: grupos de chiquillos andrajosos jugaban en medio de la calle, un limpiabotas se hallaba instalado en el bordillo y gritaba para atraer clientes y en la esquina una anciana discutía con el carnicero por una tajada de carne de buey.

El hotel en el que me alojaba (un hotel de la calle mayor cuyo nombre he olvidado) había sido alcanzado por el fuego de la artillería dieciséis veces. Sólo quedaban tres habitaciones, pero el propietario no quería cerrar. Era un hombrecillo agradable que insistía en que «la señora ha de tener la mejor habitación». Me acompañó hasta ella y pidió disculpas por el agujero de proyectil que quedaba justo sobre la cama. No había electricidad, de modo que dejó la vela y dijo que si el bombardeo arreciaba durante la noche, bajase al sótano. Añadió que cuando terminase la guerra tenía planes para abrir un hotel mejor; no disponía del dinero necesario para construirlo, por supuesto, pero eso se arreglaría por sí solo. Con la paz, dijo, vendría todo.

Empezaba a comprender que la población civil de un país raramente interpretaba la guerra hablando de estrategia militar y haciendo uso de

«ismos» altisonantes. La guerra significaba precios en constante aumento, escasez de alimentos y casas llenas de agujeros causados por las bombas. En sus opiniones influía en gran medida el efecto que todo ello tenía en su vida personal. Los funcionarios del Gobierno te respondían hablando de política, los militares te hablaban de estrategia y los civiles, de problemas domésticos.

Pasamos una sola noche en Oviedo. El capitán Aguilera nos llevó a cenar con el coronel y en la pared de la habitación en la que cenamos había un enorme agujero abierto por un proyectil y tapado con tiras de papel de estraza. Las persianas estaban cerradas herméticamente y la única iluminación procedía de la llama parpadeante de dos velas colocadas sobre la mesa. No recuerdo muchas cosas de la velada, excepto que el coronel parecía contento de tener visitas y nos ofreció una cena inesperadamente copiosa. Uno de los oficiales me dijo que la guerra terminaría pronto y profetizó que Franco pasaría la Pascua de Resurrección en Barcelona. Mientras cenábamos se oían explosiones en el exterior; el viento gemía de forma espeluznante al atravesar el agujero de la pared y todo ello parecía un sueño extraño.

Aguilera y yo no habíamos sostenido ninguna conversación desde el comienzo del viaje, pero a la mañana siguiente recibí un mensaje que decía que estuviera preparada para partir a las ocho y media. Después de desayunar café y pan seco, subimos al coche y nos dirigimos a las afueras de la ciudad. El chófer se detuvo en la esquina de una pequeña calle comercial que no quedaba lejos del punto donde unas trincheras de comunicación señalaban el principio de las trincheras de los nacionales. Aguilera deliberó con los fotógrafos en alemán, luego se volvió hacia mí y dijo que querían tomar algunas fotos y volverían al cabo de diez minutos. Se perdieron de vista al doblar una esquina y regresaron dos horas después. La calle estaba casi desierta exceptuando una tienda de comestibles vacía y una pequeña pastelería que no parecía tener mucha clientela. Durante toda la mañana se oyeron las explosiones de los proyectiles que caían sobre la ciudad. Nadie permanecía en los espacios abiertos más tiempo del necesario, la gente andaba apresuradamente por las calles y de vez en cuando se ponía a cubierto en la entrada de alguna casa. Los minutos se convirtieron en horas y sospeché que Aguilera me había dejado en el coche a propósito, supongo que a modo de

represalia. Al volver no se disculpó y, en vez de ello, dijo:

—Ahora nos despediremos del coronel y regresaremos a León.

Nos detuvimos delante de la casa del coronel, pero le dije a Aguilera que tendría que presentarle mis respetos por mí. Mis palabras le llenaron de indignación, toda vez que era obvio que le convenía presentarse ante su superior acompañado por un grupo simpático y sonriente. Sin embargo, me negué a entrar con él en la casa, y cuando salió aún tenía la cara enrojecida por el enfado.

—Has insultado a la causa nacional —dijo—. Esto no acabará aquí.

Me di cuenta de que nuestra disputa había alcanzado su apogeo y sabía que el capitán no era un enemigo al que se pudiera tomar a la ligera. Con todo, como pensaba volver a Francia no me sentí especialmente preocupada hasta que llegué a Salamanca y fui a ver a Pablo Merry del Val. Al decirle que quería irme de España y pedirle los permisos necesarios para viajar, replicó con frialdad que ninguno de los coches que utilizaba la prensa estaba disponible y que era imposible concederme el permiso para viajar en tren.

—Te quedarás aquí —añadió— hasta nuevo aviso.

Supuse que Aguilera ya había enviado un informe contra mí. Sabía que no titubearía en formular alguna acusación que le viniese bien, por grave que fuera. Teniendo en cuenta que dos corresponsales norteamericanos, H.R. Knickerbocker y Webb Miller (amén de varios periodistas ingleses), ya habían visto una cárcel española por dentro, sabía que mi pasaporte serviría de poco si las autoridades señalaban que había estado en el bando republicano y me acusaban de espionaje.

Comprendí que era peligroso permanecer en Salamanca y decidí que trataría de ir por mis propios medios a Burgos y luego seguir hasta San Sebastián. Como era imposible viajar por territorio nacional sin una autorización del Gobierno, no sabía qué hacer para llevar a término mi propósito. Por suerte me topé con el duque de Montellano, un amigo de Rupert Bellville al que había conocido en San Sebastián; cuando le dije que quería ir a Burgos, repuso que su esposa y su cuñada iban a salir en coche para allí al cabo de una hora y me llevarían con ellas.

La duquesa era una mujercita afable; me dijo que antes de la guerra su casa

de Madrid había sido alquilada al embajador norteamericano, Claud Bowers. Si bien ninguno de los diplomáticos estaba allí, seguía utilizándose como embajada y a la duquesa le encantaba saber que sus cuadros y sus muebles se hallaban a salvo. Durante el viaje nos dieron el alto varias veces, pero nos dejaron pasar cuando los centinelas vieron que los permisos estaban en orden. Llegamos a Burgos a primera hora de la tarde y me despedí de ellas en el hotel Norte y Grande. Me acuerdo muy bien del hotel porque en la pared había un cartel grande que anunciaba una corrida de toros. En él se veía a Domingo Ortega, el famoso matador, dando muerte a un toro ensangrentado. Debajo aparecía la frase: «A beneficio de la Cruz Roja».

Descubrí que la ciudad rebosaba de gente y no se encontraba habitación en ninguna parte. No había consulado norteamericano ni británico y no tenía ni amigos ni conocidos a quienes pudiera acudir en busca de ayuda. Entré en un café con la intención de idear un plan; recordé que había oído a alguien comentar vagamente que el conde Cosme de Churruca, un español al que había conocido en Filipinas varios años antes, formaba parte del estado mayor general en Burgos. Le escribí una nota y se la envié al Ministerio de la Guerra por medio del portero del hotel. No esperaba que diese resultado. Pensé que era pedirle demasiado a mi buena suerte que Cosme Churruca se encontrara en el ministerio, y me estaba devanando los sesos en busca de otra solución cuando, ante mi sorpresa, entró por la puerta hecho un mar de sonrisas. Le expliqué que me había quedado colgada en Burgos y me dijo que tenía que ir a San Sebastián al día siguiente y me llevaría con él. Para la noche me ofreció una habitación en el piso de su cuñada.

Hasta el momento había tenido una buena suerte increíble, pero me daba cuenta de que cuando llegara a San Sebastián sólo habría superado la mitad de las dificultades. Envié un telegrama a Tommy Thompson sugiriéndole que almorzásemos juntos con la esperanza de que captase la indirecta y cruzara la frontera para reunirse conmigo.

Cuando conocí a Cosme Churruca me pareció un hombre afable y despreocupado que llevaba una vida placentera en Manila. Ahora me encontré con que se había transformado en un fascista excitable. Hablaba acaloradamente de la decadencia de las democracias y afirmaba con acento

feroz que cuando terminase la guerra Alemania, Italia y España caerían sobre Francia y la dividirían en tres partes: el norte para Alemania, la Costa Azul para Italia y la costa vasca para España. Dejarían París para los franceses, añadió, porque la gobernaban muy bien.

Al llegar a San Sebastián me fui directamente al hotel María Cristina. Tuve la buena suerte de encontrarme con Eddie Neil, de la Associated Press (que moriría en el frente unas semanas después, junto con Dick Sheepshanks, cuando su coche fue alcanzado por un proyectil de artillería), que me llevó a tomar un cóctel en el bar de Chicote. El ambiente en el establecimiento era ruidoso y alegre y parecía tan alejado de la amargura de la guerra, que empezaba a preguntarme si las complicaciones de Salamanca no habrían sido tal vez imaginaciones mías cuando un periodista holandés se acercó a mí y dijo:

—¡Menuda sorpresa! Creía que estabas en la cárcel.

Explicó que en San Juan de Luz había oído rumores de que me habían detenido.

A juzgar por lo que acababa de decirme el periodista holandés, el ambiente en San Sebastián no era muy amistoso y aquella noche dormí mal, casi convencida de que en cualquier momento oiría pasos en el corredor, un golpe en la puerta y la voz de la policía. Llegó la mañana sin que se hubiera producido tan espectacular acontecimiento y sentí un gran alivio cuando me avisaron de que Tommy estaba en el vestíbulo. También a él le había llegado por boca de Philby, del *Times*, el rumor acerca de mi detención. Al recibir mi telegrama, llamó a la oficina del gobernador militar de Irún y le dijeron que podía irme de España si tenía un permiso del cuartel general. ¡Eso era lo malo, por supuesto! Tommy pensaba que solicitar el permiso probablemente sólo serviría para llamar la atención de las autoridades sobre el hecho de que me encontraba en San Sebastián sin la debida autorización. Una vez más la frontera estaba cerrada y, después de estudiar la situación durante un rato, decidió que la única solución era arriesgarse e irnos en su coche con la esperanza de que los centinelas nos dejaran pasar sin poner ningún problema.

Nunca olvidaré el momento en que nos acercábamos al puente Internacional. La bandera británica ondeaba valerosamente en la tapa del

radiador y cuando los centinelas ordenaron que nos detuviéramos, Tommy les entregó su *salvoconducto*.^[22] Lo examinaron detenidamente mientras yo esperaba el terrible momento en que se ocuparían de mí. El momento nunca llegó; asintieron con aire satisfecho, le devolvieron el documento a Tommy e hicieron el saludo militar. Las barreras se alzaron poco a poco, Tommy pisó el acelerador y cruzamos a toda velocidad el puente hacia la libertad. Nunca he vuelto a la España nacional desde entonces y a menudo me he preguntado si a Pablo Merry del Val le sorprendió mi extraña desaparición. Jamás he averiguado si realmente me libré de las garras de la policía. Pero de lo que sí estoy segura es de que disfruté de mi cóctel en el Bar Basque.

La vida ordenada de Francia, con sus pueblos tranquilos, parecía un mundo diferente después del caos de España. Fue aquí donde me enteré de lo que le había ocurrido a Rupert Bellville. Había volado a Santander con un joven español que se llamaba Ricardo González. Al desembarcar del avión gritando «¡Viva Franco!» fueron detenidos inmediatamente por los oficiales republicanos que todavía controlaban el aeródromo. Como la ciudad estaba a punto de capitular, Rupert fue obligado a llevar a dos funcionarios a lugar seguro en Gijón. Una vez allí lo metieron en la cárcel. Mientras tanto, su amigo Ricardo había sido puesto bajo la custodia de dos jóvenes oficiales del ejército. Fingió que era inglés y dijo que no entendía el español. Entonces había vivido la desagradable experiencia de oírles discutir sobre si debían fusilarle. Según contaba Ricardo, aún discutían cuando llegó un soldado en moto y anunció que la vanguardia de las fuerzas franquistas estaba entrando en la ciudad. Uno de los oficiales se volvió hacia él, se arrancó las insignias de la guerrera y dijo dramáticamente:

—No eres tú quien morirá hoy.

Acto seguido sacó su revólver, se dirigió al otro lado de un cerro y se pegó un tiro.

La embajada británica en Hendaya se interesó por Rupert y finalmente, después de mucho discutir, el gobernador de Gijón, que era anarquista, accedió a ponerle en libertad con la condición de que le recogiese un buque de

guerra británico.

Rupert había quedado muy afectado por la experiencia que acababa de vivir. De un día a otro no había sabido si iban a fusilarle, y varias veces, cuando la ciudad sufría un bombardeo, multitudes enfurecidas habían asediado la cárcel y pedían a gritos la sangre de los presos «fascistas». Al desembarcar en Francia, fue recibido por un aluvión de reporteros y el *Evening Standard* le pagó quinientas libras a cambio de una exclusiva. La perdió aquella misma noche jugando en el casino de Biarritz.

Más tarde me dijeron que el gobernador de Gijón había confiado a Rupert una carta, mecanografiada concienzudamente en inglés, en la que decía que aceptaría garantías de la embajada británica de que el preso al que ponía en libertad no era un espía, sino meramente un «irresponsable». La carta añadía que Rupert era puesto en libertad sin condiciones; no obstante, se atrevía a mencionar los nombres de ciertos prisioneros —amigos suyos— que estaban en poder de los nacionales por si fuera posible organizar un canje. Unos meses más tarde Tommy me dijo que se habían hecho gestiones en ese sentido ante las autoridades franquistas pero sin éxito.

Aunque para mí el gobernador anarquista era sólo un nombre, con frecuencia me he preguntado cómo habría concluido su historia.

Tercera parte
Sombras de primavera

Londres

El día de Navidad de 1937 mi taxi bajaba a paso de tortuga por Piccadilly en medio de una niebla tan espesa que el taxista conducía todo el rato en primera y frenaba cuando algún objeto surgía como un fantasma a pocos centímetros delante del vehículo. Había visto la niebla de Londres en otras ocasiones, pero nunca niebla negra. Era como una nube de humo oscuro, asfixiante. Apagaba los faroles e incluso penetraba en las casas y arrojaba una lúgubre mortaja sobre los árboles de Navidad. Flotaba sobre toda la capital como un ángel negro que hubiese desplegado las alas con una terrible profecía para el futuro. Era la Navidad anterior a la ocupación de Austria por los alemanes; la última Navidad en la que los derechos de los Estados soberanos iban a ser respetados en el continente europeo.

Vivir en Londres aquel invierno y oír el ruido y la furia en la otra orilla del canal de la Mancha era como estar sentada demasiado cerca de una orquesta y quedar ensordecida por el *crescendo* de los instrumentos de metal. Pero aparte de la amenaza de los acontecimientos mundiales, Londres me parecía peligroso en sí mismo. La falta de calefacción central, la niebla, el tráfico circulando por la izquierda y las calles tortuosas y serpentinadas presentaban riesgos casi tan grandes como la situación internacional.

Aunque mi contrato con la cadena de periódicos Hearst había terminado, decidí quedarme en Inglaterra unos meses antes de regresar a Nueva York y alquilé un pisito en Eaton Mews que incluía un perro llamado *Pickles* y una asistente, la señora Sullivan. La tal señora Sullivan venía todas las mañanas para prepararme el desayuno, se iba a mediodía y volvía a primera hora de la tarde para preparar el té. Era una mujer enorme que pesaba cerca de noventa kilos y durante toda mi estancia en el piso nunca la vi quitarse el sombrero.

Incluso cuando entraba en mi dormitorio con la bandeja del desayuno llevaba un modelito de fieltro negro con una rosa roja encajado firmemente en la cabeza. Hiciera buen o mal tiempo (y raramente brillaba el sol) entraba siempre con *Pickles* pisándole los talones y ladrando y decía:

—Hace un día espléndido, señorita. No podemos quejarnos.

La señora Sullivan solía hacer exactamente lo que le daba la gana y los días de lluvia no aparecía ni por asomo. Nunca la regañé, porque pocos días después de mi llegada comprendí que no era una mujer con la que fuese aconsejable pelearse. Una mañana entró con el desayuno y me dijo que acababa de estrangular a su vecina.

—Hasta que se le puso la cara tan negra como el vestido que lleva usted, señorita.

Me asusté tanto que desperté del todo y le pregunté qué había pasado. Contestó que había sido al tender la colada.

—Dio a entender que yo no era respetable —dijo la señora Sullivan, indignada—. Llegó a insinuar que me ganaba la vida haciendo la calle.

Dado el impresionante físico de la señora Sullivan, la insinuación de la vecina casi habría podido aceptarse como un cumplido, pero ella lo consideraba un insulto grave. Le pregunté si no se metería en líos al ocuparse ella misma del asunto, pero replicó con aire satisfecho que la desdichada vecina tenía huéspedes en el sótano, lo cual estaba prohibido por la ley.

—Tengo la sartén por el mango, señorita. No se atreverá a presentar ninguna queja.

A partir de entonces la señora Sullivan se ocupó de mi piso como creyó conveniente.

Me encantaba Londres. Tenía varios amigos ingleses que eran muy amables (en particular Sir Philip y Lady Chetwode, a los que mi hermana y yo habíamos conocido en la India) y pronto me encontré embarcada en una ronda de almuerzos y cenas. Desde el punto de vista de una periodista, había llegado en un momento oportuno porque había mucha demanda de artículos acerca de España; en lo que se refiere a las conversaciones la guerra era casi una obsesión. Era como un cristal que contuviese todos los colores del arco iris; lo ponías de cara a la luz y escogías los colores que te apetecieran. La guerra

era objeto de debates apasionados y se veía con prismas muy diferentes: la democracia contra el fascismo; el fascismo contra el bolchevismo; el bolchevismo contra la religión; la religión contra la República; la República contra la aristocracia; la aristocracia contra el bolchevismo.

Todo el mundo tenía su propia opinión, pero, exceptuando los extremistas de izquierdas y de derechas (que pedían la intervención inmediata), se trataba de la opinión del espectador. La mayoría de la gente apoyaba la política de no intervención que seguía Gran Bretaña y un periódico de Londres (me parece que fue el *Daily Express*) se declaró partidario de evacuar a todos los españoles y dejar el campo libre para que los extranjeros pudieran dirimir el asunto entre ellos.

Mis propias opiniones sobre España estaban ahora claramente definidas. Aunque mis simpatías se decantaban por la lucha de la República contra los militares y los terratenientes, que se habían sublevado para recuperar sus antiguos privilegios, no podía creer que de la guerra fuera a surgir la democracia, fuera quien fuese el vencedor. Pensaba que en la España republicana el Partido Comunista había adquirido demasiada fuerza para renunciar algún día a su dominio. Vincent Sheean, en su libro *The Eleventh Hour* (La undécima hora), escribió que se había convertido en «el partido más poderoso de España», pero, no se sabe cómo, Sheean llegó a la sorprendente conclusión de que los comunistas no luchaban por el comunismo, sino para restablecer una república burguesa. Me resultaba imposible aceptar este razonamiento, pero, aun así, me parecía que desde un punto de vista internacional la amenaza comunista era menos peligrosa que la amenaza fascista.

Escribí esto en un artículo que apareció en el *Sunday Times* de Londres y en el que ponía de relieve que a los alemanes y a los italianos les preocupaba menos combatir el «bolchevismo» que preparar el terreno, política y estratégicamente, y entrenar a sus ejércitos para el día en que pudieran iniciar su expansión a costa de Gran Bretaña y Francia.

Unos días antes de que se publicara el artículo, le di una copia a Tommy Thompson (que había vuelto de España para pasar un breve permiso), y Tommy se lo envió al director del Departamento de Noticias, Rex Leeper, y la

mañana siguiente me llamaron por teléfono para pedirme que fuese a ver a Sir Robert Vansittart, que a la sazón era subsecretario permanente de Estado para Asuntos Exteriores.

Había oído hablar de Sir Robert con frecuencia y me lo imaginaba como una figura misteriosa a la que nunca veía nadie. Su nombre no era muy conocido entre el público en general, pero tenía más influencia que la mayoría de los miembros del Gabinete. Como jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores, a su mesa de despacho llegaban informes procedentes de todo el mundo y la misión de Sir Robert consistía en atar cabos y usarlos para asesorar al ministro de Asuntos Exteriores sobre lo que convenía hacer. Raramente aparecía en primer plano, pero sus puntos de vista eran la base sobre la que se formulaba la política británica.

A pesar del aura de misterio que envolvía a Vansittart, era uno de los hombres más sencillos que he conocido. Tal vez yo esperaba encontrar a un personaje ligeramente siniestro; sea como sea, me llevé una gran sorpresa al verme ante un hombre alto y bien parecido, de cincuenta y pocos años, con un clavel en el ojal, un par de ojos castaños y penetrantes y una sonrisa encantadora. Cuando su secretario me condujo a su despacho, Vansittart pareció tan sorprendido como yo, pues, según me dijo más adelante, al leer mi artículo se había figurado que era obra de una mujer de mediana edad que llevaba zapatos de tacón bajo y corbata de hombre.

Hablamos de la intervención de los alemanes y los italianos en España y no era difícil adivinar qué pensaba Vansittart de la política de apaciguamiento.

—Pretenden que el mundo vuelva a la Edad de las Tinieblas. Y si no despertamos a tiempo, aquí en Inglaterra, puede que lo consigan.

Sir Robert tenía una experiencia de más de treinta y cinco años en el mundo de la diplomacia y no le costaba reconocer en Alemania una grave amenaza para el imperio británico. Pero, aparte de eso, aborrecía la filosofía del nacionalsocialismo y expresaba sus opiniones vigorosamente, lo cual me recordó el comentario que había hecho Webb Miller, el corresponsal de la United Press, después de hablar con Vansittart y el comandante Attlee en el transcurso de la misma tarde. Al salir, Webb tenía un aspecto perplejo.

—Parece que hayan intercambiado sus papeles —dijo—, porque Attlee se

ha mostrado reservado como un diplomático mientras que Sir Robert ha hablado como si fuera el líder de la oposición.

Vansittart ya se oponía valerosamente al avance del apaciguamiento, pero la corriente era cada vez más fuerte. Observaba con preocupación la creciente anarquía que reinaba en el continente y recuerdo un comentario irónico que hizo acerca del desprecio del que ya eran objeto los tratados y las promesas. No recuerdo cómo, pero la conversación derivó hacia los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y Sir Robert me dijo que los documentos oficiales no eran lo único que recibía un trato respetuoso, sino que incluso los pedacitos de papel gozaban de una muerte digna. Todas las noches un hombre recorría los pasillos empujando un carrito en el que había un rótulo que rezaba «Desperdicios Oficiales». Los pedacitos de papel eran llevados luego bajo escolta hasta una incineradora y quemados. Cierta día, dijo Sir Robert, la incineradora no funcionaba bien y los papeles salieron por la chimenea y se esparcieron por todo Londres. Durante semanas, jardineros ancianos y taxistas concienzudos estuvieron recogiendo informes aterradores que llevaban la indicación «Este documento es propiedad del Gobierno de Su Británica Majestad» y devolviéndolos al sanctasanctorum del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Exactamente del mismo modo que los tratados vuelan ahora sobre Europa —añadió con ironía—. Sólo que en Europa nadie se toma la molestia de recogerlos.

Ése fue el comienzo de mi amistad con Sir Robert y su esposa, Sarita; durante los tres años siguientes almorcé y cené con ellos a menudo. Si algún día llegan a publicarse las advertencias y las profecías de Sir Robert, encontraremos en ellas la crónica de los acontecimientos de los últimos años, una crónica asombrosamente certera. Por desgracia, su oposición a la creciente agresividad de Alemania hizo de él uno de los primeros sacrificios ofrecidos en el altar del apaciguamiento y poco después de la negra y deprimente Navidad de 1937 fue destituido de su cargo de jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores y reemplazado por Sir Alexander Cadogan. Aunque Sir Robert fue nombrado «principal asesor diplomático del Gobierno» y siguió estando al corriente de los asuntos del ministerio, Chamberlain y Lord Halifax

raras veces solicitaron sus consejos. Winston Churchill, sin embargo, era uno de sus amigos íntimos.

Churchill era el más vigoroso enemigo del apaciguamiento. La oposición oficial en la Cámara de los Comunes, el Partido Laborista (que en las elecciones generales de 1935 había utilizado el lema «Los armamentos significan la guerra: Votad al Partido Laborista»), se desacreditó instando a tomar medidas firmes contra los dictadores y, pese a ello, negándose a votar a favor de disponer de más armas. La única oposición real, por tanto, era Churchill, que creía no sólo en emplear palabras contundentes, sino también en la capacidad de mostrarse temible. Durante aquel otoño, los nombres de Chamberlain y Churchill pasaron a ser asociados con dos formas opuestas de concebir la política exterior.

Ahora bien, la política exterior de Gran Bretaña ha sido presentada frecuentemente bajo una luz maquiavélica, pero, al repasar las páginas de la historia, pocos ejemplos se encuentran de una política tan constante como la británica. Siempre ha tenido un objetivo y sólo uno: mantener y garantizar la seguridad del imperio. Churchill y Chamberlain tenían este interés en común, pero sus ideas sobre cuál era la mejor manera de protegerlo se parecían en poco. Mientras que Chamberlain creía que la seguridad residía en un acuerdo entre las cuatro grandes potencias de Europa (Inglaterra, Francia, Alemania e Italia), Churchill basaba su parecer en las lecciones del pasado. Durante siglos la seguridad de Inglaterra había dependido del mantenimiento de un equilibrio del poder; siempre había sido amiga de la segunda potencia más fuerte del continente.

Esta fórmula la expresó en 1907 Sir Eyre Crowe, subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, que escribió:

La única manera de impedir el empleo del predominio político ha consistido siempre en la oposición de un rival igualmente temible o una combinación de varios países para formar una liga de defensa. El equilibrio establecido por semejante grupo de fuerzas se conoce técnicamente por el nombre de Equilibrio de Poder, y ha sido un obvio tópico histórico identificar la política secular de Inglaterra con el mantenimiento de este

equilibrio poniendo su pesa ora en esta balanza, ora en esa otra, pero siempre en el lado opuesto a la dictadura política del Estado o grupo de Estados más fuerte en un momento dado.

Si esta visión de la política británica es correcta, la oposición a la cual Inglaterra se vea empujada inevitablemente por cualquier país que aspire a tal dictadura adquiere casi la forma de una ley de la Naturaleza...

En todas las guerras de la historia Inglaterra había seguido esta política. Cuando Napoleón amenazó a Europa, Inglaterra se alineó con Prusia, y cuando Prusia amenazó a Europa, Inglaterra se alineó con Francia. Ahora Alemania amenazaba con instaurar su hegemonía y Churchill sabía que Inglaterra debía inevitablemente oponerse a ella.

Por desgracia, Chamberlain estaba en el poder y Churchill, no. Aunque ambos hombres afirmaban que la política que proponían era la única política que, a fin de cuentas, evitaría la guerra, Chamberlain recibió el respaldo de la mayoría de la Cámara de los Comunes que aún no había comprendido que los oídos de los dictadores eran inmunes a los murmullos que salían de las mesas de conferencia y que los únicos ruidos que podían penetrar en ellos eran el retumbar de los cañones y el rugido de los aviones. Es verdad que ambos hombres estaban a favor del rearme, pero mientras que Churchill abogaba por él, de todo corazón, para hacer que su política *triunfase*, Chamberlain lo propugnaba, sin mucho entusiasmo, por si su política *fracasaba*. Ésa era la diferencia; y, como escribió John Fitzgerald Kennedy en su libro *Why England slept* (Por qué se durmió Inglaterra): «Un boxeador no puede trabajar en pos de una buena forma psicológica y física para un combate que él cree seriamente que nunca tendrá lugar. Lo mismo le ocurría a Inglaterra».

La voz de Churchill resonaba en la Cámara de los Comunes con escaso efecto y Chamberlain se puso a apaciguar discretamente. En primer lugar, Lord Halifax fue a Berlín con el pretexto de visitar una exposición cinegética y entabló conversaciones con Hitler en Berchtesgaden; luego, uno o dos meses después, Lady Chamberlain (viuda de Sir Austen Chamberlain) fue a Roma para tomarle el pulso a Mussolini e informar acerca de la probabilidad de un

acuerdo anglo-italiano. Mientras tanto, en la sociedad londinense todo el mundo hablaba con interés apasionado de estos pasos. Los comedores y los salones eran escenario de muchas más polémicas que el Parlamento, porque en privado la gente podía mostrarse tan grosera como le apeteciese.

Lo que más me sorprendió de estas reuniones fue que todos los que asistían a ellas parecían conocerse desde la infancia. Cuando discutían eran como miembros de una familia enorme peleándose unos con otros, cada uno de ellos contentísimo de apuntarse un tanto a expensas del otro y, pese a ello, unidos por un lazo subterráneo de lealtad. Adversarios que reñían cuando hablaban de política jugaban juntos al golf los fines de semana; partidarios de Chamberlain y partidarios de Churchill formaban grupos de cuatro personas para echar una partida de bridge y los miembros de la prohitleriana familia Mitford eran primos y amigos de la prochurchilliana familia Churchill. Todo esto era una peculiaridad del sistema parlamentario inglés, en el que, como dice John Gunther, se juega con unos modales exquisitos. «Después de unas elecciones los candidatos rivales se estrechan la mano exactamente como si acabaran de jugar un partido de tenis. Cuando Baldwin se convirtió en primer ministro por primera vez, una de las primeras cosas que hizo fue visitar a Lord Oxford, el más eminente de sus adversarios, para pedirle consejo.»

Parecía todo un juego emocionante (peligrosamente alejado de la siniestra realidad del continente) e incluso las mujeres abandonaban los cotilleos de sociedad por las especulaciones políticas. Por la mañana había largas conversaciones telefónicas.

—Pero, querida, a Mussolini *no puede* gustarle Hitler. Es imposible, sencillamente.

Cuando las diferencias entre la política de Eden en el Ministerio de Asuntos Exteriores y la política de apaciguamiento de Chamberlain llegaron al límite, Lady Abingdon me telefoneó para quejarse en tono indignado:

—Acabo de hablar con Bill Astor y ¿sabes qué dice? Dice que si nuestra política exterior cae alguna vez en manos del Ministerio de Asuntos Exteriores, estamos perdidos. ¡Imagínate!

La única forma de descansar de la conversación política era escuchar a la señora Sullivan, a la que le interesaban mucho más las opiniones de sus

vecinos que las de Hitler. Una mañana le pregunté qué pensaba del primer ministro y, ante mi sorpresa, me contestó:

—Veamos, ¿cómo se llama, señorita? Sir Samuel Hoare, ¿verdad?

Al final me decepcionó, porque una mañana llegó con una noticia que tenía un ligero matiz político y declaró que Lord Halifax (que vivía en Eaton Square) había jubilado a una de sus criadas porque bebía demasiado. Según la señora Sullivan, la mujer se negaba a irse:

—Se pasa el día sentada en el desván bebiendo ginebra y quejándose. Debe de estar mal de la cabeza, ¿verdad?

Lo que más preocupaba a la señora Sullivan era que la criada le debía cinco chelines. Al cabo de unos días logró cobrarlos y el interés de la señora Sullivan por el asunto se esfumó. Nunca llegué a saber cómo había terminado la historia, pero jamás volvería a ver el sereno semblante de Lord Halifax sin preguntarme si la criada seguía allí, quejándose en el desván.

Cuando se escriba el estudio de la Cámara de los Comunes de antes de la guerra, el nombre del capitán David Margesson, exjefe de disciplina del grupo del Partido Conservador en el Parlamento, ocupará en él un lugar destacado. Su cometido consistía en hacer que la Cámara se atuviese a la política del primer ministro, y lo hacía tan a conciencia que consiguió que los diputados ocuparan un lugar poco envidiable en los anales de la historia. Cortés y bien parecido, el capitán Margesson era atacado con saña por la oposición a la vez que la prensa le llamaba el «Himmler» de Inglaterra. La primera vez que le vi protestó y me dijo:

—¿De dónde saca la prensa todas estas ideas idiotas? Yo no soy más que un humilde jefe de disciplina. No tengo ninguna autoridad. Me limito a obedecer las órdenes que recibo. Su modestia era injustificada, porque el poder de Margesson no residía en el hecho de controlar las listas llamadas «de patrocinio» (que servían para recompensar a los fieles con títulos de Sir y de Lord), sino que se debía principalmente a que era bien sabido que Chamberlain aceptaba sus consejos en relación con los nombramientos políticos. Recientemente, al preguntársele qué era lo que más lamentaba de su

carrera, había replicado:

—No haber insistido en que se incluyera a Churchill en el Gabinete cuando dimitió Lord Swinton.

Sin embargo, la verdad del caso era que la autoridad de Margesson no residía tanto en su propia actividad como en la inercia de la Cámara de los Comunes. En cualquier momento, los diputados *tories* habrían podido insistir en que se llevara a cabo un rearme más vigoroso; en cualquier momento, el público hubiera podido hacerse sentir. Pero el hecho era que la mayoría del público en Inglaterra (como la mayoría del público en Estados Unidos hoy) no estaba dispuesto a que le incitaran con palabras. La guerra era todavía un espectro irreal para el público y, a pesar de las persistentes advertencias de Churchill, fueron los acontecimientos y sólo los acontecimientos los que finalmente lo despertaron.

Siempre se ha dicho con vehemencia que el letargo general de este periodo se debió a la censura que la prensa se impuso a sí misma. Es verdad que cada periódico interpretaba las noticias a su aire y les quitaba o añadía importancia de acuerdo con las opiniones del editor, pero los «Lores de la Prensa» representaban una gran variedad de opiniones. Los exponentes de esta diversidad de puntos de vista iban del conservador *The Times* al comunista *Daily Worker*; uno de los dos diarios «populares», el *Daily Mail*, profetizaba que la aviación alemana causaría horribles desastres, mientras que el otro, el *Daily Express*, auguraba alegremente un futuro rebosante de felicidad. El *Daily Express* publicaba cada día en primera plana un gran titular que decía: «No habrá guerra». Cuando le pregunté a Lord Beaverbrook por qué adoptaba una postura tan firme sobre una base tan endeble, replicó:

—Otras personas pueden equivocarse una docena de veces. Pero yo solamente puedo equivocarme una vez.

Entre todos los «Lores de la Prensa», Beaverbrook (el principal defensor del «Espléndido Aislamiento») era el que más llamaba la atención por su personalidad. Era un hombre de baja estatura que parecía un gnomo y vivía en una casa espaciosa y solemne cerca del palacio de Saint James. Nacido en Canadá de una familia pobre, decían de él que había amasado más de un millón de dólares antes de cumplir los treinta. Había llegado a Inglaterra poco

antes de la primera guerra mundial y en 1918 compró el *Daily Express* e hizo que su circulación aumentara de trescientos cincuenta mil ejemplares a dos millones y medio; ningún otro diario del mundo gozaba de una circulación tan elevada. Su brillante y sagaz sentido comercial iba acompañado de una curiosidad extraña, casi femenina, por los seres humanos. Cuando llegué por primera vez a Inglaterra trabajé en el *Evening Standard*, uno de sus periódicos, durante unas semanas y varias veces mi teléfono sonó a primera hora de la tarde y la voz de Beaverbrook se oía en el otro extremo del hilo:

—¡Wal! ¿Qué estás haciendo ahora?

Acto seguido me pedía que fuera a su domicilio, Stornoway House, a tomar una taza de té. Al llegar me lo encontraba siempre rodeado de periódicos, dictáfonos y secretarias. El té solía verse interrumpido media docena de veces por mensajes y llamadas telefónicas, pero a él parecía gustarle aquel ambiente de confusión total al que contribuía una serie de preguntas sorprendentes que me lanzaba desde el otro extremo de la habitación:

—¿Qué gente *no* te gusta en Inglaterra? ¿Por qué viniste aquí, si puede saberse? ¿De quién estás enamorada?

Beaverbrook disfrutaba provocando. El orgullo ajeno era para él tan tentador como un globo lo es para un crío con un alfiler en la mano. Le gustaba hacer que salieran a la superficie los antagonismos entre sus invitados, que acababan enzarzándose en discusiones mientras él contemplaba la escena sentado cómodamente. Pero sus provocaciones no iban dirigidas sólo a los demás. A menudo cogías uno de sus periódicos y leías un párrafo acerca de él mismo; siempre iba firmado por uno de sus articulistas, pero decían que estas cosas las dictaba «el Castor»^[23] por el placer que sentía al ver la estupefacción que causaban. He aquí un ejemplo para hacerse una idea: un día, al coger el *Sunday Express*, leí el siguiente párrafo:

Es extraño, ¿no?, que tan pocos Lores de la prensa hayan alzado la voz en la Cámara de los Lores. Que yo sepa, los milores Camrose, Kemsley, Iliffe y Southwood todavía tienen que pronunciar su primer discurso en la Cámara Alta. Lord Rothermere ha hablado allí, Lord Beaverbrook también ha dejado de ser un neófito, en lo que se refiere a la Cámara de los Lores. Es el único par de la prensa que ha entrado en prolongadas

polémicas políticas en la Cámara de los Lores. Lord Beaverbrook anda siempre quejándose de que los demás quieren algo pero no están dispuestos a esforzarse para conseguirlo. Esto es exactamente lo que hace él. Quiere el poder sin trabajar por alcanzarlo. Se imagina que está enfermo. Sale de la palestra y ocupa su lugar en la tribuna. Desde allí desea continuar participando en el juego. Lord Baldwin dijo de él una vez que deseaba ejercer el poder sin responsabilidad, la prerrogativa de la prostituta a lo largo de los siglos...

Uno de mis colegas en el *Evening Standard* era Randolph Churchill, el hijo de Winston. Había conocido a Randolph en Nueva York; era un joven vehemente, de veintisiete años, que había querido luchar contra los alemanes desde que ocuparon Renania en 1936 y que aprovechaba cualquier oportunidad, se la dieran o no, para atacar implacablemente la política de apaciguamiento. Yo admiraba mucho el valor con que expresaba sus puntos de vista; no obstante, salir con él era como hacerlo con una bomba de relojería. Adondequiera que fuese parecía seguirle una explosión. Su don de la oratoria era natural y brillante, hacía caso omiso de las opiniones de sus mayores y a menudo, cuando asistía a una cena, dejaba a los demás comensales sumidos en un silencio impotente y enojado. Nunca conocí a un joven que tuviera tanta facilidad para suscitar antagonismo. Cuando una vez le dije que debería tener más tacto, replicó:

—¡Tonterías! Mi padre solía ser todavía más brusco. Estos pusilánimes partidarios de Chamberlain... ¡necesitan que alguien les cante las verdades!

Randolph se mostraba encantador con las personas cuyos puntos de vista consideraba «sensatos». Una de ellas era Sir Robert Vansittart y de vez en cuando cenábamos juntos. Otra era Lloyd George, y un día Randolph me llevó en coche a la casa que éste tenía en el campo. Lloyd George había citado en la Cámara de los Comunes mi artículo sobre España publicado por el *Sunday Times*. El artículo no llevaba firma y Lloyd George había empleado el género masculino para referirse al autor. Randolph no le dijo nada sobre mí, sólo que traería a «quien había escrito el artículo» a almorzar, y cuando me apeé del coche el anciano me miró con una expresión de sorpresa que casi rozaba el enfado. Supongo que fue un golpe desagradable encontrarse con que la eminente autoridad a la que había citado era una mujer joven y novata.

De todos modos, el almuerzo fue delicioso y todo lo que comimos

procedía de la granja del propio Lloyd George. Después de comer nos enseñó sus gallinas, cerdos y vacas, y al verle chapotear a través de los campos, pensé que casi parecía un profeta de la antigüedad con su capa verde y sus cabellos largos y blancos ondeando al viento, los ojos azules y centelleantes y las mejillas enrojecidas a causa del frío.

A la hora del té discutió con Randolph sobre la situación internacional; cogió un bastón, señaló un mapa muy grande que había en la pared y declaró que Inglaterra nunca se había visto en una posición estratégica tan desesperada como la de aquel momento. Estaba a favor de ayudar inmediatamente a la República española y cuando Randolph le preguntó por qué se había convertido en un partidario tan activo de la República, contestó maliciosamente:

—Siempre me alinee con el bando contrario a los curas.

Cuando nos fuimos ya parecía haberme perdonado por no ser un general y me obsequió con un tarro de miel y una docena de manzanas de la granja. La señora Sullivan quedó impresionada. No al principio, sino después de que su marido le explicase quién era Lloyd George. Cuando se presentó al día siguiente dijo alegremente:

—Dice mi marido que Lloyd George tiene más agallas que todos los demás juntos. Deberían pedirle que dejase de cultivar manzanas y volver a darle un puesto en el Gobierno. Pero yo digo que sería una gran pena. No recuerdo haber visto unas manzanas tan grandes y tan apetitosas.

Le dije que cogiera unas cuantas y se fue tarareando una melodía.

Randolph había empezado una recopilación de los discursos que su padre había pronunciado en la Cámara de los Comunes y que más adelante se publicarían con el título de *While England Slept* (Mientras Inglaterra dormía). Tenía el piso lleno de Hansards, las actas oficiales de los debates parlamentarios, y trabajaba febrilmente escribiendo los prefacios de los discursos, en los que hacía constar las fechas apropiadas y las circunstancias. Huelga decir que sentía una admiración enorme por su padre y un domingo me llevó en coche a la casa de campo de los Churchill, Chartwell, donde vi a su familia por primera vez.

Al llegar, encontramos a Mary Churchill, la hermana de catorce años de

Randolph, inspeccionando en el establo un cordero recién nacido; a la señora Churchill hablando en el jardín con su vecina, la señorita Henrietta Seymour; y a Churchill junto al estanque, vestido con una chaqueta con desgarrones y un sombrero ajado, hurgando el agua con un bastón en busca de su pececillo rojo preferido, que, al parecer, había desaparecido.

Lo más simpático de los hijos de los Churchill eran sus numerosas muestras del profundo afecto que sentían por Winston. Era comprensible, porque todo en él tenía un toque humano que hacía que al instante te sintieras atraída por él. Cuando volvíamos a la casa, le dijo a Randolph:

—Oh, me he olvidado de los chanclos. ¡No se lo digas a Clemmie o me regañará.

Clemmie era la señora Churchill. Era una mujer alta y guapa y resultaba obvio que su marido la adoraba; le pillabas mirándola para ver si sus chistes habían caído bien. Durante el almuerzo la conversación giró en torno a la actualidad en general y Churchill habló en tono crítico y triste de la incapacidad del Gobierno de ver la tormenta que se estaba fraguando en el continente.

—Al parecer, son incapaces de comprender que vivimos en un mundo muy malo —dijo—. Los ingleses quieren que los dejen en paz y me figuro que muchas otras personas también quieren que las dejen en paz. Pero el mundo es como un caballo viejo y cansado que anda lenta y pesadamente por un largo camino. Cada vez que se desvía e intenta pastar tranquilamente en un bello y verde pastizal, llega un nuevo amo y lo azota para que ande un poco más por el camino. Por más que la gente quiera que la dejen en paz, no hay escapatoria.

Después de almorzar bajamos hasta la casita que había en la finca y en la que Churchill guardaba sus cuadros. (La casita, por cierto, la había construido él mismo. Había trabajado en ello con un albañil profesional hasta que aprendió a poner un ladrillo por minuto. Luego, en 1928, había causado sensación afiliándose al Sindicato Unido de Trabajadores del Ramo de la Construcción como «aprendiz adulto», tras pagar cinco chelines en concepto de cuota de ingreso. Esto creó una gran polémica en el mundo sindical, que lo consideró «una payasada humillante y degradante»; a pesar de ello, albañil era y albañil siguió siendo.)

Pintar era el pasatiempo favorito de Churchill y en la casita había treinta o cuarenta cuadros, la mayoría de ellos paisajes pintados al óleo. Dijo que lamentaba que últimamente había estado demasiado ocupado para seguir pintando.

—Con tantas cosas fascinantes como se pueden hacer en el mundo — reflexionó—, es extraño pensar que, de hecho, muchas personas hacen solitarios para pasar el rato, para lo cual se requiere paciencia. Imagínese.

Desde aquel día Hitler ha tenido ocasión de enterarse de que la «paciencia» no es uno de los defectos de Churchill.

La política de apaciguamiento

Al entrar en el Ritz de Barcelona (a unos pasos de un bloque de pisos demolido por una bomba), encontré el vestíbulo lleno de soldados y chicas que llevaban vestidos baratos y habían venido para el té con baile del domingo por la tarde. Me estaba abriendo paso entre el gentío en busca de una cabina telefónica cuando oí una voz que decía «hola» y, al mirar a mi alrededor, vi a un joven español, Ignacio Lombarte, al que no había visto desde mi estancia en Madrid hacía casi un año.

Parecía más viejo que la última vez que le había visto; había resultado herido en Teruel y había venido a Barcelona con unos días de permiso.

—Me alegro de volver a verte —dijo—. ¿Te lo estás pasando bien?

«Pasarlo bien» era la última expresión que yo hubiera asociado con España aquel mes de febrero de 1938. Las tropas de Franco avanzaban hacia el mar y en Cataluña la moral estaba a punto de derrumbarse. Durante los últimos días pocas cosas había encontrado aparte de hambre, terror y sufrimiento. En el hotel Majestic los camareros rascaban las bandejas de comida en busca de algún resto para llevar a casa y alimentar a la familia, y en el campo la gente cambiaba jabón, carbón y prendas de vestir con los campesinos por cualquier cosa que fuera suficiente para seguir vivo. Hablé con una muchacha que estaba eufórica porque había cambiado un saco de carbón por unos noventa gramos de chocolate.

Pero aún peores que el hambre eran los ataques aéreos. Durante un viaje de tres días por la costa hasta Valencia y vuelta a Barcelona había pasado junto a centenares de refugiados que huían de sus hogares en busca de lugares más seguros en el interior. Casi ninguna población se había librado. Durante todo el viaje vi ruinas espantosas y ni siquiera en medio de la desolación era

posible encontrar alivio, ya que con intervalos de pocas horas resonaba en la campiña el gemido de las sirenas que avisaban de la llegada de más bombarderos procedentes de sus bases en Mallorca. La imposibilidad de devolver golpe por golpe y el rumor de que Italia y Alemania proporcionaban cada vez más aviones a España habían llenado de desesperación a mucha gente.

Oí que mi amigo Ignacio Lombarte repetía su pregunta:

—¿Te lo estás pasando bien?

Y como no sabía qué decir, asentí con la cabeza y le dije que había venido para pasar en Barcelona sólo una semana y volvería a Londres por la mañana.

—¿Tienes otras cosas que hacer? —preguntó. Luego, sin esperar una respuesta, añadió—: Lo comprendo. Pronto sucederán cosas nuevas. Nosotros somos sólo los primeros.

Pensé en sus palabras, «Nosotros somos sólo los primeros», cuando llegué a Londres y vi que los tramoyistas ya estaban preparando el escenario para la segunda fase del drama europeo. Encontrabas indicios de ello al leer los periódicos de la mañana, ya que en aquel mes de febrero Hitler asumió el control del ejército alemán, Von Ribbentrop se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden dimitió de su puesto en el Gabinete británico y Mussolini introdujo el paso de la oca (*passo romano*) en el ejército italiano. El escenario quedó finalmente listo y Von Schuschnigg, el canciller austriaco, fue llamado a Berchtesgaden.

El mundo quedó esperando con temor y al cabo de un mes se alzó el telón. Los aviones de Hitler volaron en círculo sobre Viena y sus tropas cruzaron en masa la frontera austriaca. En Londres la tensión alcanzó un punto más alto que en cualquier otro momento desde la Gran Guerra. Multitudes silenciosas se congregaban en Downing Street para observar a los ministros del Gabinete saliendo de la reunión convocada apresuradamente, mientras los chicos que vendían periódicos anunciaban a un mundo frío y gris: «Alemania en marcha otra vez».

El temor a una guerra inminente se cernía en el aire como un gas tóxico. Las conjeturas preocupadas se oían en todas partes, desde las tabernas hasta los salones elegantes de Londres. Se produjo una gran afluencia de voluntarios

a los servicios de ambulancias y las organizaciones encargadas de tomar medidas ante posibles ataques aéreos, y centenares de jóvenes hombres de negocios se alistaron en el Ejército Territorial. Por doquier se alzaban voces que pedían más armas.

La tensión, sin embargo, era como un cable de alto voltaje. Chamberlain logró reducirla declarando con renovada (e inexplicable) confianza que había pocas probabilidades de que se produjera un conflicto en el que se viera envuelta Inglaterra; el *Times* publicó artículos de fondo que hacían hincapié en el entusiasmo con que miles de vieneses dieron la bienvenida al régimen nazi; y el arzobispo de Canterbury declaró en la Cámara de los Lores que habría que dar las gracias a Hitler por haber evitado una guerra civil en Austria.

—¿A qué viene tanto pesimismo? —exclamó Lord Beaverbrook, y sus palabras cuajaron.

—¿A qué viene tanto pesimismo? —repitió el público, y volvió a instalarse en su cómoda ilusión de paz.

Esta satisfacción injustificada era difícil de entender. El prestigio de Gran Bretaña estaba en el nivel más bajo desde la época de Napoleón. Sus barcos eran bombardeados y nadie hacía caso de sus ultimátums; su Gobierno era denostado y sus habitantes eran tildados de decadentes. Las naciones agresoras se habían apuntado un éxito tras otro. Durante los tres últimos años, Mussolini había conquistado Abisinia, Hitler había ocupado Renania y absorbido Austria, Japón se había apoderado del Yangtsé y amenazaba inmensas sumas de capital británico, y en España el general Franco, con la ayuda de las potencias dictatoriales, se hallaba a punto de instaurar un régimen que, según todas las señales, se afiliaría al Eje Roma-Berlín. Aunque habían transcurrido sólo diecinueve años desde la firma de la paz de Versalles y el mundo, al amparo del Pacto de la Sociedad de Naciones, parecía estar cada vez más cerca de un auténtico entendimiento internacional, Europa se veía ahora dividida en bandos irreconciliables. El aire estaba cargado de zumbidos de aviones mientras un espíritu combativo más feroz y despiadado que nunca pisoteaba la mitad del continente.

Para entender la política británica de aquella época, sin embargo, hay que recalcar que el Gobierno no aceptaba la situación guiándose por las

apariencias. Chamberlain confiaba en las siguientes hipótesis: en primer lugar, que aunque tal vez haría falta mucho tiempo para conseguirlo, sería posible separar a Italia del Eje Roma-Berlín; en segundo lugar, que aunque el general Franco simpatizaba con Italia y Alemania, acabaría viéndose forzado a pedir un empréstito a Londres; y, en tercer lugar, que Alemania podía albergar el deseo de dominar la Europa central, pero no tenía ningún conflicto fundamental con Inglaterra.

Partiendo de estos supuestos, Chamberlain no se había cruzado de brazos. Pese a que Gran Bretaña seguía reconociendo al Gobierno de la España republicana, había enviado representantes permanentes a Burgos. Aunque había exigido que Italia retirase sus tropas del territorio de los nacionales, había pasado por alto la negativa de Mussolini a obedecer y se había apresurado a firmar un acuerdo con los italianos en el que declaraba su disposición a reconocer a Abisinia. A pesar de que Alemania había ocupado Austria por la fuerza y horrorizado al mundo con el trato brutal que dispensaba a la minoría judía, Inglaterra había advertido a los checoslovacos que debían poner cuidado en tratar a la minoría alemana con toda consideración.

Churchill tenía poca fe en que esta política diese buenos resultados y suplicaba desesperadamente que se hicieran esfuerzos más vigorosos por rearmarse porque la situación no tenía paralelo en la historia. El imperio había sido amenazado cuatro veces en cuatro siglos sucesivos: por Felipe II de España, por Luis XIV, por Napoleón y por el káiser. En todas estas ocasiones Inglaterra había salido victoriosa gracias al predominio de su poderío marítimo. Este predominio le permitía proteger su isla de la invasión y al mismo tiempo enviar armas y dinero al extranjero para formar alianzas contra sus enemigos. Incluso cuando Napoleón dominaba la mitad de Europa, declaraba sanciones contra Inglaterra y boicoteaba sus mercancías en todos los puertos que estaban bajo su control, el dominio de los mares permitió a Gran Bretaña crear un enorme tráfico de contrabando y formar cuatro coaliciones sucesivas contra él hasta derrotarle, primero en Trafalgar y, finalmente, en Waterloo. En la guerra mundial, una vez más el poderío marítimo británico, con su firme y persistente bloqueo, fue lo que acabó aplastando al pueblo alemán.

Pero ahora Inglaterra ya no podía depender exclusivamente de su fuerza naval. Cuando en 1909 Blériot llevó a cabo la travesía aérea del canal de la Mancha, se hizo evidente que Inglaterra dejaría de ser inexpugnable, toda vez que el mar que hasta entonces había sido su guardián mostraba señales de transformarla en una de las naciones más vulnerables de Europa. Los puertos y las fábricas de Inglaterra eran blancos desprotegidos y de estos puertos y estas fábricas dependía su existencia. Aunque poseía la marina de guerra más poderosa del mundo, su estado mayor general se encontraba ante la perspectiva de luchar en tres frentes simultáneamente: en el Lejano Oriente, en el Mediterráneo y en el Mar del Norte. Aunque se eliminara el peligro en Oriente, la posición estratégica de Inglaterra seguía siendo mucho más grave que en 1914, porque en aquel entonces el Mediterráneo estaba cerrado, España era neutral y Portugal e Italia eran sus aliados.

Para combatir, Gran Bretaña necesitaba tener más barcos, más armas y más aviones que nunca. No cabe duda de que la Cámara de los Comunes estaba de acuerdo en ese caso, pero ¿quién decía que Inglaterra tendría que combatir? En todas partes se oían estas palabras: «Hitler no quiere una guerra». Se pronunciaban con la misma convicción satisfecha con que se decía: «Los franceses tienen el mejor ejército del mundo». Algunos afirmaban que lo que interesaba a Hitler era el Este de Europa, que su verdadero objetivo era Rusia; otros, que lo único que quería era recuperar las antiguas colonias africanas de Alemania. Fuera cual fuese el argumento, una segunda guerra con Gran Bretaña era impensable y los extraños comenzaban a preguntarse si Inglaterra fallecería en silencio mientras dormía profundamente.

Estuve en la Cámara de los Comunes el 24 de marzo, dos semanas después de la anexión de Austria, el día en que Churchill hizo un dramático y emotivo llamamiento. Al contemplar desde la tribuna aquel mar de chaquetas negras y rostros blancos, parecía sólo un hombre entre muchos; pero cuando empezó a hablar sus palabras resonaron con terrible resolución. Se levantó para dirigirse al presidente de la Cámara, con los hombros levemente encorvados, la cabeza echada hacia delante y una mano en el bolsillo del chaleco.

Durante cinco años he hablado a esta Cámara sobre estos asuntos, sin mucho éxito. He

visto a esta gloriosa isla descender de forma imparable, irresponsable, la escalera que conduce a un negro abismo. Es una escalera magnífica y ancha al principio, pero la alfombra termina pronto. Un poco más allá sólo hay losas y un poco más allá aún las losas se rompen bajo tus pies. Recuerden los cinco últimos años. Es verdad que se cometieron grandes errores en los años inmediatamente después de la guerra. Pero en Locarno echamos los cimientos de lo que habría podido ser un gran movimiento hacia delante. Recuerden los cinco últimos años; es decir, desde que Alemania empezó a rearmarse en serio y a buscar sin disimulo la venganza. Si estudiamos la historia de Roma y Cartago, podemos entender lo que sucedió y por qué sucedió. No es difícil formarse una visión inteligente de las tres guerras púnicas; pero si una catástrofe mortal sobreviniese a la nación británica y al imperio británico, dentro de mil años los historiadores todavía se sentirán desconcertados ante el misterio de nuestros asuntos. Nunca entenderán cómo una nación victoriosa, una nación que lo dominaba todo, permitió que la humillasen y tiró todo lo que había ganado a fuerza de inmensos sacrificios y de la victoria absoluta..., ¡se lo llevó el viento!

Ahora los vencedores son los vencidos y los que depusieron las armas en el campo de batalla y pidieron un armisticio avanzan a grandes pasos hacia la dominación del mundo. Ésa es la situación, ésa es la terrible transformación que ha tenido lugar poco a poco. Me alegra saber por el primer ministro que se va a hacer un nuevo esfuerzo supremo por colocarnos en una posición de seguridad. Ahora es el momento de despertar por fin a la nación. Quizá sea la última vez que sea posible despertarla con una oportunidad de evitar la guerra, o con una probabilidad de alcanzar la victoria si fracasaran nuestros esfuerzos por evitar la guerra. Deberíamos apartar todos los obstáculos y esforzarnos por unir toda la fuerza y todo el espíritu de nuestro pueblo para levantar de nuevo una gran nación británica ante el mundo entero; porque tal nación, alzándose con su vigor de antaño, todavía pueda salvar a la civilización.

Cuando Churchill tomó asiento se hizo un profundo silencio durante un momento; luego el espectáculo terminó y se armó un gran barullo en la Cámara. Los diputados hacían repiquetear sus periódicos y se dirigían al vestíbulo arrastrando los pies. Harold Balfour (ahora subsecretario de Estado para Asuntos del Aire) subió a la tribuna de las señoras para llevarme a tomar el té. Yo estaba hablando con Sheila Birkenhead y cuando le preguntamos qué pensaba del discurso respondió, en tono ligero:

—Oh, la habitual maniobra obstruccionista de Churchill; le gusta hacerse el belicoso y se le da muy bien, pero lo que dice hay que tomarlo siempre con un poco de escepticismo.

Un poco de escepticismo, mientras los ejércitos alemanes iniciaban su marcha a través de Europa...

Ensayo general en Checoslovaquia

A primera hora de la tarde del 20 de mayo, cuatro meses antes de la firma del Pacto de Múnich, me hallaba cruzando a toda velocidad la campiña checoslovaca a bordo del Estambul-Berlín Express. Era una simple pasajera «local», pues había tomado el tren en Praga y no viajaría más allá de Aussig, una población situada a unos ciento cuarenta kilómetros, donde los alemanes de los Sudetes estaban celebrando su campaña electoral anual. La anexión de Austria por Hitler (dos meses antes) había sido un duro golpe para Checoslovaquia, amén de provocar una oleada de nacionalismo en los distritos alemanes, y, según todos los indicios, el Partido Nazi «arrasaría» en los comicios.

Había ido a Praga con el fin de escribir un artículo para el *Sunday Times* de Londres y cuando Ralph Izzard, del *Daily Mail*, sugirió que asistiéramos a una de las concentraciones de Henlein, me apresuré a aprovechar la oportunidad. Nos acompañaba Herr Ulrich, el jefe de Prensa del Partido Nazi de los Sudetes, que parecía considerar la excursión como unas vacaciones, ya que en cuanto nos hubimos instalado en el tren encargó media docena de botellas de cerveza y dijo:

—Ahora debemos pasarlo bien.

Ulrich era un hombrecillo plácido, de modales suaves, que hasta hacía poco había sido el director de una pequeña empresa cerca de Reichenberg; ahora había dejado su empleo para dedicar todo su tiempo a los asuntos del partido. Aun sin saber nada de él, podías imaginarte su vida: puntual en la oficina, bondadoso con los animales, pagando las facturas sin demora y

viviendo en un barrio respetable con una esposa igualmente respetable. Todo en él era típico del discreto habitante de un barrio residencial.

Al principio su conversación se limitó a comentarios corteses sin mayor importancia, pero la cerveza le desató la lengua y al cabo de poco empezó a hablar de los acontecimientos políticos del día. Su voz se volvió estridente al abordar el asunto de la autonomía de los alemanes de los Sudetes y también sus modales cambiaron. Empezó a golpear amenazadoramente la mesa con el puño mientras soltaba una serie de tópicos como «el destino de la raza germánica», «la indignidad del dominio eslavo» y el «nuevo orden de Europa». Fue una interpretación extraordinaria, como la de un actor ensayando un papel; porque era un hombrecillo de natural bondadoso y en el fondo no tenía nada personal contra los checos: de hecho, había reconocido ante Ralph, en un mal momento, que eran unos «tipos bastante buenos». Era como si le hubieran asignado un papel y hubiese llegado a creer que era el personaje al que encarnaba. Había dejado de ser Ulrich, director de empresa, y ahora era Ulrich, líder del destino. Hitler le había hecho sentir que era un vínculo con la historia.

Siguió hablando de los checos y afirmó que ya «no les llegaba la camisa al cuerpo». Nos contó un incidente acaecido en la frontera cerca de Warnsdorf, donde los soldados checos habían construido barreras de granito con una abertura cuyo ancho era suficiente para que pasara un solo coche. Entonces los alemanes, que llevaban a cabo maniobras en el otro lado, construyeron barreras más grandes para poner de manifiesto su desprecio, enviaron dos tanques carretera abajo e hicieron añicos las barreras de los checos.

—Para que los checos viesen —explicó Ulrich— lo que les esperaba si discutían con los alemanes.

Cuanta más cerveza bebía Ulrich, más hablaba. De repente dijo:

—Les contaré un secreto. En este momento Henlein está con Hitler en Berchtesgaden. El ejército alemán puede cruzar la frontera en cualquier momento.

La noticia nos dejó atónitos. Al entrar Hitler en Austria se temía que tuviera los ojos puestos en Praga; pero las personas que albergaban estos temores habían sido tachadas de «chiflados» por los partidarios del

apaciguamiento y una vez más el mundo se había instalado en una feliz inconsciencia. Ahora, en un tren que atravesaba a gran velocidad la campiña de Bohemia, alguien acababa de decirnos tranquilamente que el ejército alemán podía cruzar la frontera en cualquier momento.

—Pero eso significaría una guerra mundial —protesté sin convicción.

—En absoluto —replicó Ulrich—. Todo habrá terminado en cuestión de unos días.

Le recordamos el tratado de Francia con Checoslovaquia y añadimos que sin duda Inglaterra apoyaría a Francia, pero Ulrich meneó la cabeza.

—Nadie luchará por los checos.

Siguió hablando y nos dijo que la sede del partido esperaba la señal y que ésta podía llegar de un momento a otro. Al preguntarle Ralph qué pensaba hacer si estallaba la guerra, y señalar que Checoslovaquia no sería un lugar muy saludable para los partidarios de los nazis, contestó despreocupadamente:

—Oh, tengo un amigo checo que ha prometido esconderme hasta que cesen los combates. Yo siempre le ayudo con el impuesto sobre la renta.

Al parecer, no encontraba ilógico contar con que le salvase la vida un representante de una «raza inferior».

Al llegar a Aussig, Ralph y yo intentamos de inmediato hablar con Londres, pero nos dijeron que había una demora indefinida. Nos hallábamos a sólo tres kilómetros de la frontera alemana y asistimos al mitin electoral con una sensación de inquietud, preguntándonos si el acto se vería interrumpido por el estruendo de tanques y el ruido de botas desfilando.

Es probable que la ansiedad que nos embargaba exagerase el carácter belicoso del mitin. Pero para mí fue una pesadilla de banderas, esvásticas, pancartas, fotografías de Henlein, carteles de Hitler y «Heils» que te rompían los tímpanos. Se celebró en el ayuntamiento, que se vio abarrotado por más de seis mil quinientos alemanes. Los pasillos estaban abarrotados y bajo la vigilancia de sudetes uniformados que, según me confió Ulrich, eran futuros hombres de las SS. Corría la cerveza y una banda alemana interpretó las consabidas marchas famosas, sin olvidar una sola. Los candidatos pronunciaron discursos, gesticulando y gritando, y cuando uno de ellos dijo que los alemanes de los Sudetes estaban cansados de que los gobernase «una

raza de campesinos emigrados» e hizo referencia a Hitler y al poderío del Reich, estalló una tempestad de vítores y «*Sieg Heils*» que pareció no tener fin.

Al concluir el mitin, volvimos al hotel e intentamos de nuevo hablar con Londres. El silencio se había adueñado repentinamente de la ciudad y la posibilidad de una invasión alemana parecía ahora irreal. Me pregunté si a Ulrich se le habría subido la cerveza a la cabeza y no había hecho más que decir tonterías. No obstante, dormí mal y hacia las cinco de la mañana oí ruido de aviones. Me vestí, salí a la calle y vi pasar seis aviones de reconocimiento que volaban en grupos de tres. La ciudad seguía dormida y en las calles no había nadie. Oí el ruido de un tren y bajé hasta la estación del ferrocarril, que quedaba a varias manzanas del hotel, y me encontré con que en el andén había varios centenares de soldados checos. Regresé al hotel y envié un mensaje a Ralph. Era obvio que se estaba tramando algo y, después de examinar la situación, decidimos volver a Praga, donde podríamos hablar por teléfono.

Ulrich, que ahora parecía temeroso y disgustado, vino con nosotros. No habló mucho y me pregunté si por primera vez estaría pensando en qué sucedería si el jardín posterior de su casa se transformara en un campo de batalla.

A juzgar por el aspecto que presentaba el hotel Ambassador a las siete de la mañana, costaba creer que estuviera pasando algo anormal; una mujer de la limpieza fregaba el suelo, el recepcionista clasificaba el correo y el chico del ascensor leía con expresión meditabunda el periódico de la mañana. En el restaurante no había nadie y tomamos café en solitario. Pedimos conferencias con Londres, luego llamamos al Ministerio de Asuntos Exteriores, pero no pudimos obtener confirmación de ninguna actividad y una vez más comenzamos a preguntarnos si todo el asunto sería fruto de nuestra imaginación. Sin embargo, hacia las nueve y media Reynolds Packard, de la United Press, cruzó corriendo el vestíbulo, presa de una gran excitación. Le abordé y (como yo era una competidora) finalmente logré sonsacarle la noticia: el ejército checo, temiendo una ofensiva relámpago de los alemanes, había llamado a filas a cien mil reservistas y decretado una movilización parcial. Mi conferencia llegó al cabo de unos minutos y la voz serena del

telegrafista pareció venir de otro mundo.

—Buenos días —dijo afablemente—. ¿Cómo estás?

—No muy bien. El ejército checo se está movilizándose.

—¡Caramba! ¿Por qué se está movilizándose?

—Porque cree que el ejército alemán va a cruzar la frontera.

—¡Caramba! ¿Estás segura?

—Estoy segura de que los checos se están movilizándose.

—¡Caramba! Imagínate. Eso *sí* que es noticia.

Dejé un mensaje para Hadley, el director, en el que decía que me encargaría de informar sobre el asunto y volvería a llamar por la noche.

El resto del día estuvo lleno de una actividad enfebrecida. Antes del mediodía el vestíbulo del hotel Ambassador se convirtió en un hervidero de periodistas. Llegaban llamadas telefónicas de la mitad de las capitales de Europa, mensajeros con telegramas urgentes cruzaban el vestíbulo a todo correr y los mozos de servicio checos se rascaban la cabeza y contemplaban el espectáculo con perplejidad.

La noticia de la movilización se propagó rápidamente por la capital: en los cafés se hacían mil y una especulaciones y las ediciones extras se agotaban tan pronto como salían a la calle. Llamé al mayor Lowell Riley, el agregado militar norteamericano, y por la tarde fuimos en coche a Tábor, una ciudad en dirección a la frontera con Austria, pero nos cruzamos con sólo media docena de camiones que llevaban soldados, ya que a la mayoría de ellos los mandaban a la «Línea Maginot» checa a lo largo de la frontera. Aquella noche nadie se fue a acostar; las multitudes se congregaron en los bulevares gritando «¡Viva Checoslovaquia!» y «¡Abajo Henlein!». Los ánimos estaban muy exaltados y la policía, temiendo que se produjeran choques entre checos y alemanes, ordenaba a la gente que circulase.

Al cabo de unos días la crisis amainó. Los alemanes, indignados, negaron que tuvieran «intenciones deshonorables» para con Checoslovaquia; estadistas británicos y franceses regañaron al presidente Beneš como haría un maestro de escuela con un alumno travieso; y el ejército checo acabó desmovilizándose. Pero lo sucedido fue el principio, y no el final, porque en aquel mes de mayo los checos supieron que tarde o temprano el asunto llevaría a un

enfrentamiento. A partir de entonces, vivir en Praga (como dijo el portero checo) fue como vivir con la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza. Caería..., pero no se sabía cuándo.

Que la independencia de Checoslovaquia debía ser defendida a sangre y fuego era un hecho que se aceptaba como una triste realidad. Las democracias poderosas consideraban su libertad lo más natural del mundo, pero los checos disfrutaban de autogobierno desde hacía sólo veinte años; lo guardaban con el duro espíritu posesivo de un pueblo de campesinos cuyos cuerpos todavía mostraban las señales de las cadenas. Después de la movilización, siempre que los guías turísticos de Praga llevaban gente al antiguo ayuntamiento, se detenían ante el famoso reloj astronómico y decían en tono feroz:

—Este reloj se construyó en 1499. Entonces éramos una nación libre; ahora somos una nación libre; y seguiremos siendo una nación libre.

En aquel tiempo, Checoslovaquia tenía una fe profunda en sus alianzas con Francia y Rusia, y aunque tuviera que luchar, estaba segura de que acabaría triunfando. Una noche asistí a una representación de la ópera de Smetana *Libussa*, en la que se profetizaba que el pueblo checo siempre sobreviviría a la dominación final. Al bajar el telón, el público checo, normalmente flemático, se puso en pie y aplaudió durante veinte minutos.

Las cosas no tardaron en volver a la normalidad. Pero, si bien la capital presentaba una apariencia externa de calma, la tensión seguía existiendo. Si hablabas en alemán en los comercios, arañabas la plácida superficie eslava y la respuesta era un gélido silencio. Pocos extranjeros hablaban checo, por lo que se veían obligados a recurrir a un método que consistía en empezar en inglés, pasar luego al francés (no les entendían en ninguno de los dos casos), hasta que el alemán acababa convirtiéndose en un alivio.

A los nazis no les resultó difícil sacar provecho del antagonismo entre alemanes y checos, exacerbado por la ascensión de Hitler, dado que las desavenencias entre los dos grupos venían de antiguo. Durante trescientos años los checos de Bohemia habían vivido bajo la dominación de los Habsburgo de Viena, que los trataban como a una raza totalmente inferior. Al estallar la Gran Guerra, reaccionaron desertando y centenares de miles de checos se pasaron al bando aliado, donde formaron unidades y combatieron al

lado de los franceses, los italianos y los rusos.

Así pues, en 1918 los checos eran los representantes de una causa victoriosa, mientras que los alemanes de los Sudetes se encontraban entre los vencidos. La incorporación de vencedor y vencido bajo un solo gobierno presentaba suficientes dificultades por sí misma. Pero el hecho de que la raza otrora sojuzgada —la eslava— fuese ahora dueña de Bohemia (aunque Bohemia fuera históricamente la tierra legítima de los eslavos) era lo que más hondamente ofendía a los sudetes; y los checos, celosos de la independencia que tanto les había costado ganar, no se lo ponían más fácil.

Los alemanes protestaban amargamente contra la discriminación y se quejaban de verse sometidos a constantes vejaciones por parte de funcionarios que sólo hablaban checo. Muchos de estos agravios estaban justificados, pero, desde la perspectiva actual, es asombroso que alguien pudiera argumentar solemnemente los pros y los contras de los argumentos alemanes cuando éstos ya habían reprimido a sus propias minorías con un salvajismo inigualado.

Lo que es todavía más asombroso, a la luz de los últimos acontecimientos, es que al partido de Henlein, que tenía su sede en Praga, se le permitiera hacer una propaganda que corroyó como un cáncer maligno la columna vertebral de la nación hasta el final. Supongo que se debió a que los checos tenían una fe inquebrantable en la democracia. Pero incluso en aquel mes de mayo relativamente tranquilo, la sede de los nazis en la capital era una nota discordante.

Estaban instalados en las dependencias del periódico *Die Zeit*, encima de un espacioso restaurante llamado Deutsches Haus. Recuerdo la primera vez que fui allí: dejé un mundo totalmente checo con su profusión de anuncios y carteles indistinguibles, bajé por un callejón y, al doblar una esquina, me encontré ante una entrada que estaba a oscuras. El restaurante se hallaba abarrotado de alemanes que gritaban «*Heil Hitler!*» y saludaban al estilo nazi. Las paredes estaban decoradas con fotografías de Henlein y grandes banderolas rojas que predecían la victoria de las exigencias de autonomía. En las salas exteriores había muchos guardas alemanes. El primer día que fui allí el alemán que extendió mi permiso cometió un error y escribió «*Deutsches Reich*» (imperio alemán) en lugar de «*Deutsches Haus*» (casa alemana). Al

enseñárselo a los guardas de la entrada, prorrumpieron en carcajadas. «*Deutsches Reich! Das ist gut!*» (¡Imperio alemán! ¡Eso está bien!). Se inclinaron ante mí, encantados, y me dejaron pasar.

En aquellos días era frecuente que los checos destrozaran las ventanas de la Deutsches Haus. Como a los checos no les estaba permitido entrar en el edificio, me quedé estupefacta al ver que cuatro hombres vestidos con el uniforme checo se paseaban por el establecimiento, sonriendo y haciendo reverencias. Supe más tarde que eran alemanes de los Sudetes que cumplían el servicio obligatorio de dos años en el ejército checo.

Subí a la redacción de *Die Zeit*, me abrí paso en un vestíbulo lleno de adustos trabajadores del partido (en su mayoría chicos de veintitantos años) y pregunté por Ulrich. No le había visto desde nuestro viaje a Aussig y mi propósito era recabar información acerca de las elecciones. Pero el hombre que me atendió dijo que Ulrich se había ausentado... «indefinidamente». Su paradero parecía ser un misterio y me pregunté si de pronto se habría asustado ante la magnitud del drama y había decidido lavarse las manos de todo el asunto. Nunca volví a verle.

Cierta tarde, uno o dos días antes de regresar a Inglaterra, el profesor B., un checo para el que me habían dado una carta de presentación, me llevó a tomar el té en un restaurante al aire libre situado en una colina elevada desde la que se divisaba Praga. Era uno de los días de primavera más hermosos que he visto en mi vida. Las flores blancas de los cerezos cubrían la ladera que quedaba frente a nosotros y, a la izquierda, las viejas torres del palacio de Hradschin se alzaban hacia el cielo como un palacio de hadas; a lo lejos, el río Moldava refulgía bajo el sol como un cabello de oro.

El profesor checo habló de los días difíciles que estábamos viviendo y expresó una fe casi infantil en que dado que la democracia era justa, no cabía duda de que triunfaría.

—Pero la vida no será fácil —suspiró—. Me doy cuenta de que este año contemplo las flores del cerezo con mucha atención y me pregunto si volveré a verlas la próxima primavera. —Se quedó callado, luego negó con la cabeza—. Me parece que no —dijo por fin.

La primavera siguiente, poco después de que los alemanes entrasen en

Praga, oí decir que lo habían enviado a un campo de concentración.

¿Quién quiere una guerra?

Varias semanas después de la crisis de Checoslovaquia, Martha Gellhorn (ahora esposa de Ernest Hemingway) y yo entramos en un pub de Birmingham con la intención de hacernos una idea de lo que pensaban las personas corrientes en Inglaterra. Era un típico pub de distrito obrero, de paredes anodinas, sin color, una diana para jugar a los dardos en un rincón y dos grabados baratos, con escenas de carreras de caballos, detrás de la barra.

Eran alrededor de las seis de la tarde y el local pronto empezó a llenarse de trabajadores de fábrica, sus esposas y sus novias. Había un aire de reserva que hacía que resultase difícil entablar conversación, pero, finalmente, un hombre de edad avanzada que estaba sentado en un rincón, vestido con un largo guardapolvo amarillo, hizo un comentario sobre el tiempo y nosotras aprovechamos rápidamente la ocasión para decirle que éramos norteamericanas y estábamos viajando por Inglaterra.

—¿De veras? —replicó—. Nunca había hablado con norteamericanos.

Creímos que habíamos roto el hielo y nos pusimos cómodas, esperando ansiosamente que empezara a acosarnos a preguntas, pero no dijo más y de pronto comprendimos que la conversación había terminado.

La taberna estaba cada vez más llena de gente: todos los parroquianos se conocían y se saludaban con un «Buenas tardes, Bill» o un «Me alegro de verte, Jim» y luego cada cual se retiraba a su propio grupito y hablaba en voz baja y modulada. La tranquilidad estuvo a punto de verse alterada, sin embargo, cuando se abrió la puerta y apareció un desconocido que acarreaba una maleta de gran tamaño. Anduvo hasta el centro del local, abrió la maleta y extrajo un surtido de corbatas. El ambiente se cargó inmediatamente de hostilidad. La mujer que se encontraba sentada a nuestro lado dijo que no

había derecho, que era un atropello que entrasen vendedores a molestar a las personas que lo único que querían era que las dejaran en paz para disfrutar tranquilamente bebiendo algo. Por suerte, la camarera intervino y le dijo al desconocido que se fuera, y el local pronto recuperó su calma habitual.

A esas alturas el ambiente ya empezaba a ser más cordial y el grupo que teníamos al lado nos permitió participar en su conversación. Nos las arreglamos para desviarla hacia la política y la mujer de la limpieza que trabajaba en un café dijo que no querría vivir en un país fascista «aunque me pagaran mil libras al mes». En Inglaterra, explicó, la gente respetaba los derechos de los demás; pero, a juzgar por lo que había visto y oído, los extranjeros no eran así. Los había visto en las películas, «todos de uniforme, marchando y agitando banderas».

—Pero si a ellos les gusta —añadió—, no nos toca a nosotros criticarles; deberíamos quedarnos en casa y ocuparnos de nuestros propios asuntos.

Su marido, exmarinero, le dio la razón. Dijo que había viajado por todo el mundo y que Inglaterra era el único lugar donde se podía vivir. Anhelaba rememorar sus experiencias en China, pero saltaba a la vista que su mujer ya le había oído contarlas y siguió llevando la voz cantante. El Gobierno británico, explicó, era el mejor gobierno del mundo.

—Nadie sería lo bastante tonto para empezar una guerra contra nosotros, porque nosotros siempre ganamos.

—Así es —le interrumpió el exmarinero—. Si juegas con fuego acabas quemándote.

El tercer hombre del grupo, trabajador en una central eléctrica, movió la cabeza con aire taciturno.

—Cuando leo los periódicos —dijo—, a veces tengo mis dudas.

Los otros dos se irritaron.

—Vamos, no digas sandeces. ¿Quién ha oído decir que Inglaterra haya sido derrotada?

El hombrecillo negó con la cabeza y se sumió en el silencio, completamente apabullado.

Martha y yo recorrimos en coche las Midlands, la región central de Inglaterra, llegamos hasta Newcastle, en el norte, y regresamos a Londres.

Elegíamos al azar las personas con las que hablábamos: en tabernas, salones de té, en reuniones de la ARP, los servicios de defensa civil contra los bombardeos aéreos, y en las cantinas de los astilleros: hablábamos con agricultores, trabajadores de fábricas, camareros, mecánicos y constructores navales. Y siempre nos encontrábamos la misma reacción: «¡Guerra! ¿Quién quiere una guerra?». Parecían dar por sentado que los «extranjeros» andaban siempre peleándose entre ellos, pero ni hablar de la posibilidad de que ellos se vieran envueltos en estas peleas. Malcolm Muggeridge lo resumió en un artículo que escribió para *el Times*:

Los acontecimientos públicos, por portentosos que sean, poco preocupan a la gran mayoría de la humanidad, que piensa con razón que nada puede hacer por influir en ellos y, de todas formas, debe soportar sus consecuencias. Un dolor de muelas es peor que Hitler, un resfriado de cabeza preocupa a quien lo padece más que la anexión de Albania. Lo que hace que un ministro de Asuntos Exteriores envejezca en pocos meses deja impertérrito al medio millón de personas que se reúnen para ver el Derby.

Martha había venido a Inglaterra con el objeto de escribir un artículo para *Collier's Magazine*. En Nueva York, a casi cinco mil kilómetros de Europa, el director de la revista estaba alarmado; veía cómo una guerra civil hacía estragos en España; veía cómo el ejército francés guarnecía tres fronteras; cómo el ejército alemán estaba eufórico tras anexionar Austria; cómo el ejército checo se atrincheraba en su tercera línea de defensa a sólo unos veinte kilómetros de Praga. Veía las islas británicas, en otro tiempo inmunes a los ataques, transformadas ahora, debido a los avances de la aeronáutica, en uno de los blancos más vulnerables de Europa.

—¿Cuál es la reacción del público británico? —cablegrafió el director—. ¿Está alarmada la gente? ¿Qué piensa del fascismo, o de la agresión, o de la posibilidad de una guerra?

Martha no sabía qué hacer.

—No puedo responder con un cable que diga: «¡Guerra! ¿Quién quiere una guerra?» —dijo, indignada.

Y, pese a todo, incluso en las ciudades donde se fabricaban armamentos como Sheffield y Newcastle, las personas a las que vimos no mostraban

señales de aprensión. Ah, sí, fabricaban armamento y bueno era para el desempleo fabricarlo. Pero ¿utilizarlo? ¿Contra quién?

A preguntas directas como, por ejemplo: «¿Lucharía usted por Checoslovaquia?», recibíamos todo tipo de respuestas. Los camareros de un café de Leeds dijeron que lucharían si el Gobierno había firmado alguna obligación, pero ¿había firmado el Gobierno alguna obligación?, preguntaron. Varios obreros del ramo textil que estaban sentados a una mesa cercana, exsoldados todos ellos, nos interrumpieron para decir que no volverían a luchar en territorio extranjero; pero sus palabras provocaron una réplica cortante por parte de una camarera entrada en años, que dijo que era una vergüenza causar semejante impresión a los norteamericanos.

—Los chicos lucharán, claro que lucharán —dijo—. Por el rey y por la patria.

Pero todo era un drama lejano y la razón por la cual era lejano quizá fuera la fe extraordinaria que el hombre corriente parecía tener en los «expertos» que dirigían el país. Una y otra vez se nos explicó detenidamente que a los extraños les resultaba difícil juzgar la situación, toda vez que las negociaciones se celebraban en privado. Las cosas, nos decían, nunca estaban tan mal como aseguraban los periódicos, ya que el Gobierno siempre tenía «una baza extra guardada en la manga». La gente parecía no saber muy bien por qué había dimitido Eden y la opinión general era que se trataba de «un hombre estupendo que tenía unos ideales muy altos». Chamberlain también era un hombre estupendo porque se había comprometido a evitar que el país entrase en guerra, y Churchill era estupendo porque pronunciaba buenos discursos.

De hecho, todo era estupendo en aquel mes de junio de 1938, tres meses y medio antes de que el ejército alemán cruzara la frontera checoslovaca. El falso sentimiento de seguridad enfurecía a Martha. Era una muchacha alta y rubia que poseía un gran talento para escribir, sentía un interés apasionado por los desamparados y se negaba a tomarse los males del mundo a la ligera. El hecho de que el trabajador inglés no montase en cólera (como le ocurría a ella) ante el trato que recibían sus hermanos de España o la aciaga suerte que aguardaba a sus hermanos de Checoslovaquia le parecía vergonzoso.

Pronto empezó nuestro viaje a cobrar la inofensiva forma de una gira de conferencias. La frase «¡Guerra! ¿Quién quiere una guerra?» surtía en ella el mismo efecto que un trapo rojo surte en un toro y Martha, en un estallido de exasperación, les hablaba de Adolf Hitler, de sus poderosos ejércitos y sus enjambres de bombarderos. Pero ellos se limitaban a mirarla con una leve expresión de sorpresa como si estuviera un poco chiflada, y cuando un domingo por la tarde fuimos a tomar el té en casa de Lord Feversham, en Yorkshire, su indignación rebasó todos los límites.

Apenas acababa de saludar cuando le dijo a Sim Feversham (a la sazón subsecretario de Estado para Agricultura) que los habitantes del país eran incapaces de pensar en algo que no fueran las carreras de caballos y el tiempo.

Sim lo encontró gracioso. Para empezar, nuestro viaje se le antojaba muy extraño.

—Figuraos..., ir de pub en pub y preguntarle a la gente qué piensa. Vosotras dos sois un par de belicistas. Lo único que hacéis es tratar de inquietar al país y armar líos.

Martha dijo que iba a armar más líos porque pensaba hablar con sus campesinos.

—En Inglaterra los llamamos agricultores —dijo él.

—Lo sé —replicó Martha—. Así es como los llamáis vosotros.

Al cabo de una hora más o menos nos encontrábamos cruzando los campos hacia una de las casitas que había en la finca de Sim. La puerta se abrió y apareció un hombre muy viejo.

—Buenas tardes, Geoff —dijo afablemente Sim—. ¿Cómo estás?

El viejo se alegró muchísimo de ver a su amo.

—Oh, buenos días, Milord —dijo, haciendo varias reverencias—. Buenos días. ¿Quiere pasar?

Sim dijo que no con la cabeza.

—Sólo hemos venido a hacerte unas preguntas. Estas dos chicas llevan cierto tiempo recorriendo Inglaterra en plan belicista. Creen que va a haber una guerra. Veamos, tú no crees que vaya a haber una guerra, ¿verdad, Geoff?

—Oh no, Milord. No, Milord.

—Tú crees que las cosas van bien, ¿no es así, Geoff?

—Sí, Milord. Sí, Milord.

—Tú no crees que Hitler quiera una guerra con Inglaterra, ¿verdad, Geoff?

—No, Milord. No, Milord.

—De hecho, tú crees que todo eso que se dice es bastante estúpido, ¿no es así, Geoff?

—Sí, Milord. Sí, Milord.

Martha no pudo soportarlo más. Emprendió el regreso a campo traviesa, pisando fuerte, y Sim la siguió, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Vente a mi país algún día y ya verás! —exclamó Martha—. ¡Allí no te van a hacer reverencias ni nada parecido. ¡Mira que meter semejantes ideas en la cabeza de ese pobre hombre! Cuando llegue la guerra, y llegará, encontrarán tu cadáver flotando en el río y todos sabremos quién habrá sido. Pero ten la seguridad de que yo no le delataré.

Al cabo de un año y medio, Geoff «cambió». Me encontré casualmente con Sim justo antes de que partiese con su regimiento con destino a Palestina y me dijo que poco después de lo de Múnich, los «campesinos», como los llamaba Martha, empezaron a mirarle con hondísima suspicacia. Al despedirse de Geoff, éste comentó:

—Es una pena verle de uniforme, Milord. —Luego le fulminó con la mirada—. Pero supongo que debemos pagar nuestros errores. ¿No es así, Milord?

Sim me pidió que no olvidara contárselo a Martha.

—Se alegrará muchísimo. ¿Crees que Martha piensa que nos van a derrotar?

—No —conteste—. No creo.

Porque recordaba que durante el viaje de vuelta, Martha, todavía enfurecida, había comentado:

—Y lo peor de todo es que tienen el coco tan duro que no hay forma de rompérselo. Si mañana llega el fin del mundo y sólo queda una persona, ¡sé que esa persona será forzosamente un inglés!

Cuarta parte
Tiempo de regateo en Europa

Las velas empiezan a titilar

Al bajar por los Campos Elíseos, te fijabas de pronto en la forma en que el sol se filtraba entre los castaños; en el Rond Point contemplabas los surtidores lanzando al aire chorros de agua como sartas de diamantes; y paseabas por las orillas del Sena preguntándote, con un temor que te atenazaba el corazón, cuánto tiempo duraría el resplandor de París.

Sólo unos días antes, el 15 de agosto, el mundo había recibido la noticia de que el ejército alemán se estaba movilizandoo. Los adornos instalados en julio para la visita del rey y la reina de Inglaterra ya se estaban reemplazando por carteles rojos, blancos y azules que instaban a prepararse para defender a la nación, «*pour sauvegarder la patrie*». Los periódicos sacaban ediciones extras con intervalos de pocas horas y la política absorbía el pensamiento de todos, desde los estadistas hasta los *couturiers*. La paz agonizaba. En lo más hondo del corazón los ciudadanos lo sabían, pero la realidad era tan atroz que se aferraban desesperadamente a la esperanza. Velaban la cámara mortuoria, apretando las frías manos del paciente y negándose a reconocer, incluso ante sí mismos, la creciente palidez de su rostro.

Resultó terrible presenciar la agonía de aquella larga enfermedad. Duró más de un año, pero la angustia de Europa nunca volvería a ser tan aguda como en aquellos meses de verano en que medicinas de todo tipo —esperanza, traición, idealismo y conciliación— se inyectaron febrilmente en sus venas en un intento desesperado de mantenerla viva. Su recuperación en Múnich fue artificial. Después de ello, entró en coma y murió al cabo de un año.

Había desechado por completo la idea de regresar a Estados Unidos y ahora trabajaba para el *Sunday Times* de Londres en calidad de corresponsal permanente «sin destino fijo». Durante el año siguiente, mi trabajo me hizo

visitar muchos países y muchas capitales y vi cómo en una tras otra se apagaban las luces de la cámara mortuoria hasta que cubrieron con las sábanas la cabeza del cadáver y en el continente europeo resonó con fuerza el rugir de los bombarderos. En aquel agosto anterior a Múnich, cuando la desesperanza se extendía por Francia, me alojé una vez más con la baronesa X en el piso que tenía cerca de los Campos Elíseos, donde había escrito mis artículos sobre España.

El sol inundaba el balcón y la voz estridente de la portera rompía la quietud de primera hora de la mañana igual que un año antes. La única diferencia era que la portera ya no dedicaba su tiempo a regatear; en vez de ello, hablaba de la situación política. Una mañana oí que discutía con el panadero. El hombre se quejaba de que los asuntos internos de Francia eran una *mélange* de estupidez; nadie parecía jamás ponerse de acuerdo mientras que Alemania, en cambio, tomaba decisiones relámpago. El comentario provocó una respuesta tajante de la portera, que dijo que, naturalmente, por fuerza tenía que ser así; Alemania era Hitler, mientras que Francia era un montón de gente. La portera reprendió al panadero por echar la culpa a los asuntos internos. El problema de Francia no era la caída de la tasa de natalidad o la devaluación del franco, ni siquiera la fricción entre la izquierda y la derecha. El problema de Francia, dijo ferozmente, era el de siempre: su posición geográfica. No pude oír la respuesta del panadero. Es probable que se mostrara de acuerdo, porque lo que más obsesionaba a los franceses era la terrible repetición de la historia. Las cicatrices de los campos de batalla del norte ni tan sólo habían tenido tiempo de borrarse y ahora el ejército alemán volvía a ponerse en marcha.

Nunca había visto aquellos campos de batalla y una mañana tomé un tren con destino a Amiens en compañía de Tommy Thompson, que se encontraba de permiso en París. Alquilamos un taxi y fuimos a los Altos de Vimy y luego a Bapaume y cruzamos el viejo campo de batalla del Somme. Me sobresalté al comprobar qué frescas seguían estando las heridas de la última contienda. A lo largo de muchos kilómetros atravesamos una campiña maltrecha y desolada. Con el mundo a las puertas de una nueva guerra, el anterior conflicto parecía salir de las páginas de la historia como un esqueleto furioso. A los lados de la

carretera principal aún había señales que advertían al público que no sobrepasara ciertos límites porque se temía que hubiera proyectiles de artillería y granadas sin estallar. Más adelante vimos las ruinas de emplazamientos de ametralladoras y postes herrumbrosos de alambre de espino clavados en el suelo tan firmemente como el día en que los habían colocado allí dos decenios antes.

A lo largo de los Altos de Vimy el terreno estaba lleno de agujeros abiertos por los proyectiles de artillería y cráteres enormes causados por las minas. Murieron más de cien mil hombres antes de que los canadienses acabaran tomando la colina en 1917. La subida fue triste pero cuando llegamos a la cresta el esqueleto se desvaneció y la tragedia se transformó en una comedia amarga. El día era soleado y la ladera estaba llena de turistas. Las familias se habían traído el almuerzo y se instalaban cómodamente en los agujeros abiertos por la artillería, donde podían sentarse en la sombra. Vimos guías que llevaban a grupos de turistas al interior de los húmedos y serpenteantes túneles subterráneos donde los soldados habían combatido por cinco francos por cabeza. Cerca de allí, un chiringuito no paraba de despachar cervezas y bocadillos.

Tommy entabló conversación con el taxista y descubrió que había combatido en la primera batalla de los Altos de Vimy. El hombre contempló la escena con cierto regocijo irónico. No le parecía mal que la gente se trajera el almuerzo, dijo. En las trincheras él y sus compañeros solían decir en broma que algún día la gente pagaría por ver los lugares donde habían luchado. Sin embargo, lo que no le parecía bien era que al cabo de sólo veinte años Europa se encontrara al borde de otra guerra. Pero se encogió de hombros:

—Es la misma historia de siempre; Francia contra los *boches*.

La escena me persiguió durante semanas. El taxista encogiéndose de hombros y la expresión de su rostro simbolizaban la desesperación que poco a poco iba adueñándose del país. Durante las dos semanas siguientes fui en coche de París a San Juan de Luz, luego seguí junto a la frontera española y finalmente recorrí la Costa Azul hasta el alegre y bullicioso puerto de Marsella. Hablé con la gente durante todo el viaje y, al repasar mis notas, comprobé que la reacción era siempre la misma: la guerra debía evitarse. Una

y otra vez me decían que Hitler sólo se estaba marcando un farol y que si Francia se mantenía firme, se evitaría la catástrofe. Supongo que esta mentalidad debería haberme servido de aviso. Francia debía mostrarse firme, no porque Francia *fuera* firme, sino con el objeto de impedir que hubiese una guerra. La política entera del país estaba edificada sobre la hipótesis de que Hitler faroleaba. Pero ¿y si iba en serio? ¿Entonces qué?

Cada semana los políticos franceses repetían las solemnes promesas que había hecho a Checoslovaquia; todo formaba parte del juego. La mayoría de la gente, incluida yo misma, se tomó en serio estas demostraciones de fuerza. De vuelta en París, me escandalicé cuando Sir Charles Mendl, el agregado de prensa de la embajada británica, me dijo que no creía que los franceses tuvieran la intención de luchar por Checoslovaquia.

—¿Pero cómo pueden faltar a sus promesas? —protesté.

—No lo sé —replicó Sir Charles—. Pero vivo en este país desde hace veinticinco años y no acabo de creérmelo. No creo que vayan a luchar.

Pensé que lo que decía Sir Charles era una muestra de cinismo. Cuando salí de París con destino a Berlín en agosto, me pregunté si a mi vuelta encontraría la ciudad con las ventanas tapadas y las luces apagadas como precaución contra los ataques aéreos, y a los franceses en guerra.

Berlín ofrecía un fuerte contraste con la belleza de la capital de Francia. Hacía frío y soplabla el viento y en el aire flotaba una sensación de amenaza. En las calles se veían muchos uniformes y resonaba el ruido de los tanques y los coches blindados. Hasta los sombríos y grises edificios presentaban un aspecto intimidatorio. Nunca había estado en Berlín y al andar por sus calles experimenté la misma sensación de inquietud que la primera vez que vi a los vigilantes franquistas en el puente Internacional de Hendaya. Sentí instintivamente que eran «el enemigo». Aunque mi país quedaba a casi cinco mil kilómetros de distancia, las ideas que representaba se veían tan amenazadas como si tuviera fronteras con Checoslovaquia.

Traté de superar esta sensación y me puse a reunir material para mis artículos. Me alojaba en el hotel Adlon, en la Unter den Linden, que durante la

última guerra había sido el centro social de Berlín. En 1914 en el vestíbulo solían verse uniformes de muchos colores: austriacos, húngaros y prusianos; ahora sólo se veían el pardo y el negro de los hombres de las SA y las SS. El Grill Room, sin embargo, estaba siempre atestado de extranjeros; antes del almuerzo se llenaba de periodistas, diplomáticos, agregados militares y hombres de negocios, y era llamado afectuosamente «El Club».

Los recepcionistas y los porteros alemanes eran corteses y serviciales, pero existía el mismo ambiente incómodo que había encontrado en España: siempre conversaciones a media voz y la sensación de ser vigilados. La mayoría de los teléfonos estaban intervenidos y con frecuencia podías oír el clic de la grabadora en el otro extremo de la línea. En el teléfono del agregado militar británico, el coronel Macfarlane, había un hilo que lo conectaba con el Ministerio de la Guerra alemán. Se descubrió cuando el teléfono se averió y fue un técnico a repararlo. Después de trabajar en él varias horas seguía sin funcionar. El técnico lo miró con cara de tonto, se rascó la cabeza y dijo:

—No lo entiendo. En el Ministerio de la Guerra funciona bien.

Los ataques de la prensa alemana contra Checoslovaquia eran cada vez más virulentos e incluso en el hotel se observaban señales de malestar. En varias ocasiones encontré delante de mi habitación a un grupo de camareros leyendo apresuradamente los periódicos ingleses antes de repartirlos, y una noche, durante la cena, una mujer mayor que estaba en la mesa de al lado prorrumpió en llanto y dijo que todo volvía a ser igual que en 1914. Durante las semanas siguientes las oficinas de los corresponsales extranjeros se vieron asediadas por personas que suplicaban que las informasen de «cuál era realmente la situación».

Presenté mis papeles en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en el de Propaganda y di comienzo a una serie de entrevistas. Visité escuelas, campos de trabajo y organizaciones de asistencia social. Los alemanes que me acompañaron eran agradables y eficientes y exponían sus argumentos con convicción. Pero en ningún momento conseguía quitarme de la cabeza la cita de Stevenson: «Lo que eres habla tan alto que no puedo oír lo que dices». Las palabras suaves sobre el progreso social se veían ahogadas por el estrépito de los tanques en las calles de Berlín.

Todas las noches los corresponsales extranjeros se reunían en la Taverna, un pequeño restaurante de la Courbierstrasse. La Taverna se hizo popular por primera vez gracias a H.R. Knickerbocker y Edgar Mowrer, dos periodistas norteamericanos que fueron expulsados poco después de que Hitler subiera al poder. (A Edgar Mowrer le echaron en 1933, a raíz de la publicación de su libro *Germany Puts the Clock Back* (Alemania retrasa el reloj). Al preguntar por qué motivo se le expulsaba, el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores respondió de modo terminante: «Al Führer no le ha gustado su libro». A lo cual, según dicen, Edgar replicó: «Ah, vale, muy bien. Dígale que a mí tampoco me ha gustado el suyo».)

La Taverna había seguido siendo un lugar de encuentro nocturno y aunque solía estar lleno hasta los topes, siempre había una mesa reservada para la prensa extranjera. Los corresponsales a los que más veía eran Euan Butler, del *Times*, y Edward Beattie, de la United Press. Aunque *The Times* estaba a favor del apaciguamiento, Euan y su colega, Jimmy Holburn, se las arreglaban para introducir en sus despachos una nota de advertencia, lo cual no les granjeaba el cariño de las autoridades alemanas.

Euan creía que la guerra con Alemania era inevitable. Una noche, en la Taverna, miró a su alrededor y, refiriéndose a los jóvenes soldados y hombres de las SS que se hallaban presentes, dijo con voz sonora:

—Qué lata va a ser tener que matar a tantos de estos hombres.

En pleno ataque contra Checoslovaquia persuadió al pianista, que estaba un poco bebido, para que tocara *La Marsellesa*. Algunos alemanes empezaron a cantar la tonada hasta que de pronto cayeron en la cuenta de que no era el momento apropiado para tal canción y el gerente, indignado, ordenó al pianista que tocara una marcha alemana.

La mayoría de los corresponsales compartían la información con los demás, ya que las oportunidades de obtener una «primicia» eran escasas. Había pocas noticias aparte de las que se daban en «notas de prensa» oficiales y, en su mayor parte, la tarea del periodista se limitaba a la interpretación que hacía de los acontecimientos del día. No era difícil hacerse una idea fiel de la

situación, porque los funcionarios de Berlín no hacían ningún esfuerzo por ocultar los propósitos de Alemania. Esto era lo que más me asombraba. Mientras se aseguraba al mundo que lo único que ambicionaba el Tercer Reich era una justa resolución de los agravios de los alemanes de los Sudetes, los portavoces nazis en Berlín hablaban francamente del mundo nuevo que iba a venir.

Una noche cené con Heribert von Stempel, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, destinado a la sazón en la embajada alemana en Washington. Von Stempel me dijo claramente que la autodeterminación de los Sudetes era en realidad un eufemismo del acceso de Alemania al Mar Negro. En otra ocasión tomé unos cócteles con Karl Silex, director del *Deutsche Allgemeine Zeitung*, que me dijo con igual claridad que todo el sudeste de Europa debía quedar bajo el dominio de Alemania. Ciertamente no era ningún secreto; si acontecimientos posteriores pillaron por sorpresa a los estadistas británicos, franceses y norteamericanos, no se debió a la discreción de los nazis.

No había en Berlín ningún corresponsal extranjero al que se le escapara que la «socialización» de Alemania significaba la militarización de Alemania; que químicos y otros científicos llevaban a cabo experimentos encaminados a aumentar la autosuficiencia de Alemania durante una guerra, a la vez que en las fábricas de armamento se trabajaban tres turnos; que a los niños de las escuelas se les instruía en «Ciencia Racial», «Eugenesia» y «Genética» para probar que la superioridad de la raza alemana justificaba el programa de expansión de Hitler. Después de Checoslovaquia seguirían más países hasta que Alemania sería tan poderosa que ninguna nación se atrevería a aceptar su desafío. Dudo que la campaña de prensa contra los checos lograra engañar siquiera a la gran mayoría de los alemanes. Los que creían en el Führer aceptaban la doctrina expansionista como algo natural.

Una noche Euan Butler entabló conversación con uno de los camareros de la Taverna y el hombre le confió que su esposa iba a tener otro hijo.

—Será el sexto —dijo con orgullo.

Al preguntarle Euan por qué quería una familia tan numerosa, el hombre le miró con una leve expresión de sorpresa:

—Porque Alemania debe avanzar.

Mientras tanto, el Ministerio de Propaganda continuaba asegurando al mundo que las intenciones de Alemania eran pacíficas. Desde luego, ningún país ha llevado nunca a cabo una campaña de ventas más eficaz. La avalancha de material que salía diariamente del gran edificio blanco de la Wilhelmstrasse afectó la capacidad de juicio y paralizó la voluntad de miles de personas. No sólo convenció a muchos políticos poderosos de la justicia de las reivindicaciones de Alemania, sino que también sembró la suspicacia, el miedo y la traición en muchos países que desde entonces se han quedado por el camino. La propaganda se formuló con astucia, sin olvidar a ninguna clase social. Atacaba al capitalismo para atraer a los obreros; atacaba a los comunistas para atraer a los capitalistas. Creaba disensión criticando acerbamente a la prensa extranjera y acusándola de estar «controlada por los judíos». Se mofaba de la libertad aparejándola con el desempleo y ensalzaba el nacionalsocialismo como sistema económico modélico, a pesar de que el 40 por ciento de la mano de obra alemana fue absorbida por la expansión del aparato bélico del país. Hoy día, no es ninguna exageración afirmar que la mitad de los once países aplastados e invadidos por Alemania no fueron destruidos por los tanques, sino por la propaganda.

En cierta ocasión entré por error en una sala del Ministerio de Propaganda y encontré a más de doscientos periodistas alemanes que esperaban las instrucciones que les daban todos los días. Había mucha gente, mucho ruido y mucho humo. Se apresuraron a hacerme salir y más adelante descubrí que había profanado el sanctasanctórum. El castigo para un alemán que revelase las instrucciones que se daban en una de estas conferencias era la muerte.

Nunca entrevisté al genio del Ministerio de Propaganda, Goebbels, pero justo antes de irme de Berlín me tropecé con él (literalmente) en el vestíbulo del Adlon. Fue durante la visita oficial del almirante Horthy, el regente de Hungría, en cuyo honor se organizó un gran desfile militar. Tuvo lugar en la Technische Hochschule, en las afueras de Berlín. Hitler y Horthy estaban en la tribuna y ante ellos desfilaron las tropas de asalto marcando el paso de la oca y seguidas de una larga procesión de tanques, cañones y coches blindados. El momento culminante del desfile fue el paso de un Gran Berta, un cañón de

enormes dimensiones. La multitud se quedó atónita al verlo pasar, luego prorrumpió en vítores espontáneos y estruendosos. Ed Beattie, que se encontraba de pie a mi lado, sonrió agriamente y comentó en voz muy alta para hacerse oír a pesar del estrépito:

—Una entrañable y pequeñita reacción alemana.

En la tribuna contigua los agregados militares escribían rápidamente notas en el puño de sus camisas mientras los corresponsales de las agencias salían corriendo en busca de la cabina telefónica más cercana. El cañón no era un invento nuevo, sólo el plato fuerte del desfile; en todo caso, pareció surtir el efecto deseado en la muchedumbre.

Después del desfile regresamos al hotel. El almirante Horthy se había traído un séquito numeroso y el vestíbulo estaba lleno de uniformes de vivos colores, medallas y condecoraciones. En medio del esplendor había un hombre de pequeña estatura que vestía un vulgar uniforme pardo y estaba de espaldas a mí. Parecía fuera de lugar en medio del alegre plumaje y recuerdo que pensé que probablemente era un humilde edecán. Al cabo de unos diez minutos me dijeron que había una llamada telefónica para mí. Me abrí paso entre el gentío que abarrotaba el vestíbulo y, al doblar corriendo una esquina, me di de bruces con el hombrecillo del uniforme pardo. Retrocedí unos pasos mientras pedía disculpas y entonces vi que se trataba ni más ni menos que de Joseph Paul Goebbels. Sonrió sardónicamente y se alejó frotándose el hombro. Fue mi único contacto con él. Pero, vistos con la perspectiva del tiempo, los acontecimientos del día parecían encajar en una ordenada pauta: el cañón y Goebbels; la espada y la pluma; Alemania sigue marchando.

Tiovivo alemán

Vi el espíritu de la Alemania nazi inundando las viejas calles de Núremberg como un río que hubiera reventado los diques. Un millón de banderas con la esvástica ondeaban en los alféizares de las ventanas mientras en la ciudad, que había triplicado su tamaño normal, retumbaban las pisadas de las botas de cuero y resplandecía un apabullante despliegue de uniformes.

Si bien la vasta reglamentación de la Alemania moderna era un fenómeno que sólo la edad de las máquinas podía producir, por la noche los orígenes medievales de la ciudad se volvían curiosamente reales. El reloj retrocedió a la Edad Media. Los gallardetes largos y rojos que ondeaban en las torres de las murallas del castillo de Núremberg brillaban a la luz de la luna como los estandartes de una antigua guerra de religión; el ruido de pies marchando y las voces que cantaban los agresivos himnos nazis tenían toda la pasión de una antigua cruzada. Sólo cuando de repente oías el motor de un caza de alas plateadas que volaba a unos quinientos kilómetros por hora te veías empujado de nuevo a la siniestra realidad de 1938.

Aquella siniestra realidad había proyectado una sombra temible sobre el congreso del partido, porque era una «semana de crisis». Nunca en la historia se había creado una crisis de modo tan premeditado. Desde hacía días el mundo sabía la forma exacta que cobraría, incluso la fecha de su culminación. Había visto crecer la virulencia del ataque contra Checoslovaquia y ahora, con el ejército alemán movilizado, esperaba el *crescendo* con el discurso de Hitler, programado de manera efectista para el último día del congreso.

El hecho mismo de que fuese una crisis artificial la hacía aún más temible, porque su crueldad era calculada. En los rostros de los políticos, los diplomáticos y los periodistas se reflejaban la tensión y la angustia. En el

vestíbulo de los hoteles la gente formaba grupos y hablaba en voz baja. Se veían diplomáticos italianos enfrascados en serias conversaciones con delegados de la España nacional; líderes alemanes del partido sonriendo a los japoneses, políticos franceses preocupados y arrinconados con los británicos. Corresponsales de prensa de la mayoría de las capitales de Europa cruzaban corriendo los vestíbulos, haciendo preguntas e intercambiando información, a la vez que llegaban mensajeros con cables urgentes y los teléfonos sonaban constantemente con llamadas desde Berlín y Londres y París.

Había únicamente tres hoteles grandes en Núremberg y la mayoría de las habitaciones estaban ocupadas por funcionarios alemanes y delegados a los que se dispensaba un trato de favor como, por ejemplo, los italianos, los españoles y los japoneses. La prensa extranjera tuvo que conformarse con dormir en coches cama del ferrocarril en las afueras de la ciudad. Yo tuve la suerte de persuadir al gerente del hotel Württemberger Hof para que me diese una habitación, pero mi buena fortuna sólo duró dos días porque inesperadamente llegó una nueva delegación japonesa y me pidieron que me fuese. Jules Sauerwein, del *Paris Soir*, acudió en mi auxilio y me consiguió una habitación en la pequeña pensión donde se hospedaba. La encargada de la pensión era una mujer sucia y maloliente, Frau Fleischer, que se interesaba apasionadamente por la situación política. Tenía la radio encendida todo el santo día y ninguna acusación que se lanzara contra los checos era demasiado atroz para que ella no se la creyera. Nos dijo a Jules y a mí que si el káiser hubiese mandado en el país, ya haría tiempo que Alemania estaría en guerra. Pero Hitler tenía paciencia. No se dejaría «provocar».

Las habitaciones de la pensión de Frau Fleischer eran oscuras y sucias y el desayuno era incomible: café aguado y un pedazo de pan negro. Aun así, era una suerte disponer de una habitación allí, porque no sólo los hoteles estaban demasiado llenos para alojar a la prensa, sino que incluso los diplomáticos extranjeros habían sido relegados a los coches cama. Los trenes de los embajadores se encontraban en un apartadero a veinte minutos de la ciudad. Los alemanes pusieron automóviles a disposición de los diplomáticos y un escuadrón de hombres de las SS hacían de edecanes. Hicieron todo lo necesario para que estuvieran cómodos; a pesar de ello, cuando andabas por

aquel andén desolado y veías a los embajadores de las tres grandes democracias —Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia— asomados a las ventanillas de un coche restaurante detenido en vía muerta, ¿te dabas cuenta de que los asuntos de Europa habían empeorado!

Una mañana fui en coche al tren de los diplomáticos con Jules Sauerwein y Ward Price del *Daily Mail*. Querían hablar con sus respectivos embajadores y yo ansiaba encontrar a Prentiss Gilbert, el encargado de Negocios norteamericano. Pasamos por delante de los hombres de las SS con sus uniformes negros y bajamos por el andén, que estaba desierto, buscando el coche en el que se alojaban. Ward Price vio a Sir Neville Henderson en el coche restaurante y, un poco más allá, el embajador francés, François Poncet, asomó la cabeza por la ventanilla y saludó a Jules con la mano. Subí al tren y anduve por los pasillos hasta que finalmente di con un compartimento en cuya puerta un rótulo decía «Estados Unidos». Llamé a la puerta y una voz dijo: «Adelante». En el interior encontré al embajador norteamericano, Hugh Wilson, sentado a solas y tamborileando distraídamente con los dedos sobre la repisa de la ventana. Saltaba a la vista que no tenía nada que hacer. Pensé con amargura que la escena simbolizaba el papel que interpretaba la democracia más poderosa del mundo en unos momentos en que la civilización se veía gravemente amenazada.

Sostuve una breve e intrascendente conversación con Wilson (que parecía contento de tener compañía) y me enteré de que Prentiss Gilbert se había quedado en Berlín. Al reunirme con Ward Price y Jules, vi que estaban desanimados. Jules se encogió de hombros y dijo:

—¡Espero encontrar algún día un embajador que responda a las preguntas en lugar de hacerlas!

La verdad era que los diplomáticos sabían aún menos que los periodistas. Hitler se había negado a recibirles y sus contactos eran todavía más limitados que los nuestros. No obstante, Ward Price había albergado la esperanza de averiguar a través de Neville Henderson el significado de un artículo que había aparecido en el *Times* de Londres el día antes (7 de septiembre) y que sugería que los checos podían resolver sus dificultades cediendo la región de los Sudetes a Alemania. Los estadistas que creían que la política de «firmeza»

podría contener a Hitler consideraron que el artículo era una puñalada por la espalda. No cabía ninguna duda de que fue como una inyección de optimismo en los círculos oficiales alemanes. Las caras largas se convirtieron en caras risueñas y funcionarios nazis de segunda fila iban por ahí asegurando bonachonamente a todo el mundo que no habría guerra. Otto Dietrich, jefe de Prensa de Alemania, explicó que Hitler no quería una guerra. Luego, con una sonrisa maliciosa, añadió:

—Puede obtener lo que quiere sin ella.

Esta convicción petulante estaba muy extendida entre los alemanes. En las cervecerías resonaban las risas y la música y todo el mundo opinaba alegremente que Hitler era lo bastante inteligente para triunfar valiéndose exclusivamente de la diplomacia. Una tarde fui a la ciudad vieja con un periodista francés llamado Bertrand de Juvenel. Entramos en un pequeño restaurante repleto de hombres de las SA que bebían cerveza y comían salchichas y chucrut. Por alguna razón, costaba hacerse a la idea de que los hombres de las SA, con sus pesadas botas negras y sus uniformes caqui, con la esvástica prendida en la manga, eran los ciudadanos corrientes de Alemania: los conductores de autobús, los peluqueros, los mecánicos de garaje y los tenderos. Núremberg era una fiesta para ellos. Se pasaban todo el día dando vueltas por la ciudad, visitando salas de exposiciones, disfrutando de comidas pantagruélicas y haciéndose fotos para mandárselas a sus novias. Por la noche llenaban los cafés y eran siempre los últimos en irse.

El grupo de las SA que se encontraba en el restaurante lo formaban hombres altos y rubios, de cara bien lavada y expresión sincera. No había ninguna mesa libre y los hombres de las SA nos invitaron cordialmente a sentarnos con ellos. Cuando nos preguntaron de dónde éramos y Bertrand replicó que era francés, sus ojos reflejaron mucho interés.

El líder del grupo, un hombre mayor, agarró la mano de Bertrand y la estrechó efusivamente; dijo que había vivido cuatro años en Francia, luchando en la guerra, pero que a pesar de ello creía conocer muy bien el país. Al parecer, a nadie se le ocurrió que la conversación adolecía de falta de tacto cuando el hombre intentó recordar los nombres de las ciudades en las que había entrado; luego cambió súbitamente de tema y le aseguró a Bertrand que

no habría otra guerra. Estaba convencido de que todo se resolvería pacíficamente, porque nadie quería una guerra, y Hitler era el que menos la deseaba.

Sus compañeros asintieron con la cabeza, luego los seis alzaron sus vasos y brindaron por Alemania, por Francia y por Checoslovaquia. Cuando terminaron, un hombrecillo que estaba sentado en el otro extremo de la mesa, un herrero de Colonia, nos preguntó qué pensábamos de Alemania; antes de que pudiéramos contestar nos dijo que era un país estupendo. No era como los demás países, dijo, porque en Alemania no había desempleo. Bertrand movió la cabeza afirmativamente, pero señaló que el desempleo se veía mitigado hasta cierto punto por la vasta producción de armamento.

El comentario pareció dejarlos perplejos. Se hizo un silencio que duró hasta que de repente el líder expuso la teoría de que cuando se aclarara la situación internacional dejarían de fabricar armas y, en su lugar, construirían estadios y casas y magníficos parques nuevos. Esta explicación pareció aliviarlos a todos y nos fuimos en medio de un esforzado chaparrón de «*Merci beaucoup*» y «*Au revoir*».

Al salir a la calle, Bertrand movió la cabeza con aire triste.

—Son como niños —dijo—. ¡Sabe Dios por qué les dejan jugar con explosivos!

Las personas mejor informadas eran incapaces de compartir la satisfacción del ciudadano alemán corriente. A su modo de ver, los festejos de Núremberg eran como una feria gigantesca totalmente ajena a la realidad. ¿Se pararía repentinamente el tiovivo y se apagarían las luces? Esta hipótesis recorría la sala de prensa como una descarga de electricidad; mientras tanto, los periodistas eran llevados de un lado a otro para que asistieran a interminables discursos y desfiles militares.

Todas las mañanas se daba a conocer un boletín que contenía un largo programa organizado con típica meticulosidad alemana: el horario del mitin, las horas de salida y regreso de los autobuses, el número de personas que cabían en ellos, etcétera. Asistí a varios de estos mítines. Oí a Dietrich atacando a la prensa, a Hitler atacando a los judíos, a Rosenberg atacando a la Iglesia y a Göring atacando a los checos, a los que llamó «enanos ridículos

respaldados por Moscú». A partir de entonces preferí dedicar mi tiempo a pasear por la ciudad.

Por desgracia, el odio era la nota dominante en todas las salas de exposiciones: la Alemania nacionalsocialista contra los bolcheviques, los judíos y el mundo en general. Las paredes estaban adornadas con pancartas enormes que proclamaban: «La lucha de Alemania es la lucha por preservar la civilización». Debajo había mapas de Europa que mostraban la propagación del bolchevismo; Checoslovaquia aparecía pintada con el mismo rojo peligroso que la Rusia soviética, mientras que en el caso de Francia el rojo quedaba rebajado a un rosa intenso. (Con frecuencia me he preguntado qué habrá sido de esa enorme colección de mapas y carteles después de firmarse la alianza ruso-alemana.)

Los judíos eran vilipendiados por medio de publicaciones que llevaban el título de «Ciencia Racial» y la exhibición de árboles genealógicos y horrorosas fotografías de tipos «no arios». El alcalde de Núremberg era Julius Streicher, el conocido acosador de los judíos, por lo que era una de las ciudades más fanáticamente antisemita de Alemania. En centenares de comercios y cervecerías había letreros que rezaban: «No se admiten judíos», y en la ciudad vieja, cerca del mercado, Streicher hizo instalar unos pequeños quioscos de prensa que anunciaban publicaciones antisemitas.

Estos quioscos ofrecían un extraño contraste con la vida cotidiana del concurrido mercado, con su espléndido surtido de verduras y sus regordetas *Hausfrauen* [amas de casa] que acarreaban sus voluminosas cestas de la compra. Y, sin embargo, la historia se repetía, porque fue en esta misma plaza donde en el siglo XV se fijaron las proclamas que ordenaban la expulsión de los judíos. La campaña la hizo un monje llamado Juan Capistrano y el sentimiento de hostilidad duró tanto que hasta 1800 no volvió a permitirse que los judíos vivieran en Núremberg en calidad de ciudadanos libres. Ahora eran expulsados una vez más, al amparo de otro credo: el credo de la nueva Alemania.

La «Nueva Alemania» era tipificada por un grupo de jóvenes cuidadosamente seleccionados para las Juventudes Hitlerianas con el fin de prepararlos para que fuesen los futuros líderes del pueblo. Cada año unos

cuantos centenares eran escogidos para ir a Núremberg como los mejores representantes de la nación. Una tarde visité su campamento, el *Junker-lager*, que quedaba a unos cuantos kilómetros de la ciudad. Fui con Von Lösch, joven funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores que se había educado en Inglaterra. No había mucho que ver cuando llegamos allí, pero un alemán delgado, musculoso, de cabellos dorados y unos veinte años de edad, nos hizo de guía y nos enseñó las tiendas donde comían y dormían los jóvenes. Su formación duraba tres años y, al parecer, estaba dedicada en su mayor parte al ejercicio físico. El chico explicó que se pasaban varias horas del día estudiando los dogmas del nacionalsocialismo: «Ciencia Racial», «Eugenesia», «Genética», etcétera. Pero cuando le pregunté si no recibían ninguna otra clase de instrucción, negó con la cabeza. En otro tiempo, dijo, se habían dado cursos de historia, literatura y filosofía, pero los profesores habían sido incapaces de interpretar sus asignaturas desde el punto de vista nacionalsocialista y sus clases habían sido suprimidas. La respuesta hizo que hasta Von Lösch se sintiera azorado y los dos guardamos silencio.

Sin embargo, en la Nueva Alemania un factor todavía más poderoso que el atractivo de la doctrina hitleriana era el atractivo del propio Hitler. Muchos alemanes creían que, de hecho, Hitler estaba dotado de cualidades sobrehumanas. Recuerdo que Frau Fleischer nos dijo a Jules Sauerwein y mí que en Alemania no había ninguna necesidad de que la gente tuviera opiniones; tenían las opiniones del Führer y el Führer estaba «inspirado».

Ciertamente, los vastos despliegues de Núremberg fomentaban la idea del superhombre. Todo lo que se hacía, se hacía a escala gigantesca. El poder de los espectáculos residía no tanto en su ingeniosidad como en su inmensidad. La repetición y la uniformidad eran siempre la tónica. En lugar de unas cuantas águilas doradas había centenares; en lugar de centenares de banderas había miles; en lugar de miles de participantes había centenares de miles.

De noche la dimensión mística del ritual era exagerada por las urnas enormes instaladas en lo alto del estadio, con sus llamas anaranjadas penetrando en la negrura, al tiempo que la iluminación que proporcionaban centenares de potentes reflectores creaba un efecto fantasmagórico sobre el firmamento. La música poseía una solemnidad casi religiosa y seguía el

compás que marcaba el constante batir de tambores que sonaban como un lejano retumbar de tam-tams.

Una noche fui al estadio con Jules Sauerwein para escuchar el discurso que Hitler iba a dirigir a los líderes políticos nazis llegados de toda Alemania. Cerca de doscientos mil espectadores abarrotaban el estadio. A medida que se acercaba el momento de la llegada del Führer, la impaciencia iba apoderándose de la multitud. Pasaban los minutos y la espera parecía interminable. Súbitamente el batir de tambores aumentó y tres motocicletas con estandartes amarillos ondeando en el parabrisas cruzaron la entrada a gran velocidad. Al cabo de unos minutos una flota de automóviles negros entró rápidamente en la arena; en uno de ellos, de pie en la parte delantera y saludando al estilo nazi con el brazo extendido, iba Hitler.

El espectáculo que siguió a la llegada del Führer fue uno de los más extraordinarios que he presenciado en mi vida. Hitler subió a su palco de la tribuna en medio de una ovación ensordecedora, luego hizo una señal para que entraran los líderes políticos. Cien mil de ellos entraron por una abertura situada en el extremo opuesto del estadio. Bajo la luz plateada pareció que inundaban el recinto. Cada uno de ellos llevaba una bandera nazi y cuando se colocaron en formación, el estadio semejó un reluciente mar de esvásticas.

Entonces Hitler empezó a hablar. La multitud guardó silencio, pero el batir de tambores continuó. La voz áspera de Hitler hendía la noche y de vez en cuando la multitud prorrumpía en una tempestad de aclamaciones. Algunas personas empezaron a balancearse mientras gritaban «*Sieg Heil!*» una y otra vez, inmersas en un delirio frenético. Observé las caras a mi alrededor y vi a muchos que lloraban a lágrima viva. Los tambores sonaban con más fuerza y de pronto sentí miedo. Por un instante me pregunté si todo aquello no sería un sueño; tal vez nos encontrábamos realmente en el corazón de la jungla africana. Experimenté una súbita sensación de claustrofobia y en susurros le pregunté a Jules Sauerwein si podíamos irnos. Fue una pregunta tonta, ya que estábamos rodeados por todos lados y no podíamos hacer otra cosa que esperar hasta el final.

Por fin terminó. Hitler abandonó el palco y volvió a subir al coche. Tan pronto como dejó de hablar pareció que el hechizo se rompía y la magia se

desvanecía. Fue lo más extraordinario de todo: porque cuando salió de la tribuna y subió de nuevo a su automóvil su pequeña figura se volvió repentinamente anodina, insignificante. Tenías que pellizcarte para darte cuenta de que era el hombre en el que estaban clavados los ojos del mundo; que él y nadie más que él sostenía el rayo en las manos.

El más elegante de los lugares de reunión de Núremberg era el Grand Hotel. En él se alojaban los *Ehrengäste* del Parteitag, es decir, los invitados de honor del congreso del partido. Solían ser extranjeros eminentes que procedían de todo el mundo, pero aquel año los franceses brillaban por su ausencia y sólo se hallaban presentes veinte o treinta ingleses. Entre ellos había algunos nobles que suspiraban por una alianza angloalemana, pero la mayoría eran británicos de mentalidad fascista, miembros del partido de Sir Oswald Mosley.

Destacaban en el grupo inglés Lord y Lady Redesdale y su hija, la honorable Unity Walkyrie Mitford. Unity era una muchacha alta, de porte majestuoso, cabellos rubios y rizados que le llegaban hasta los hombros y grandes ojos azules. Veneraba a Hitler con pasión de colegiala y había persuadido a sus padres para que la acompañasen a Alemania y vieran con sus propios ojos lo maravilloso que era el Führer.

El hermano de Unity, Tom Mitford, era uno de mis amigos de Londres y yo había estado con los Redesdale anteriormente, por lo que nos vimos en varias ocasiones durante la semana. Era la primera vez que visitaban Alemania y trataban todo el asunto como si fuese tan ajeno a su vida, o al futuro de su país, como una opereta extraña. Lady Redesdale era una mujer pequeña y retraída que se pasaba la mayor parte del tiempo (cuando no asistía a algún desfile con Unity) cosiendo en un rincón del vestíbulo del hotel, mientras Lord Redesdale, que era un hombre alto y bien parecido, con unos grandes bigotes blancos, deambulaba con expresión de desconcierto, como si estuviese pasando unos días en una casa de campo donde (curiosamente) no hubiera nadie que hablase inglés.

Como era bien sabido que Unity era amiga de Hitler, durante toda la

semana Lord Redesdale estuvo recibiendo cartas en las que le suplicaban que se valiera de su influencia para evitar la guerra. Un día recibió una nota de la Buchman Society, que en aquel momento celebraba una conferencia en Ginebra. La nota le rogaba que enseñase al Führer una carta publicada en el *Times* de Londres el 10 de septiembre (acerca de la necesidad del rearme moral) y declaraba que dicha carta podía «hacer que el Führer cambiase de idea y alterar así el curso de la historia». El comentario un tanto petulante de Lord Redesdale fue:

—Maldita sea, no tengo ningún ejemplar del *Times*.

En cierto modo, todo era como un capítulo de alguna novela de P.G. Wodehouse.

Además de traerse a la familia, Unity también había invitado a Robert Byron a visitar Núremberg. Esto daba al grupo un aspecto todavía más curioso, porque ciertamente no había un antinazi más virulento que Robert. Era un inglés de treinta y pocos años que ya había adquirido fama como escritor y experto en arte oriental. Le había conocido en Londres y durante la semana dimos frecuentes paseos por la ciudad y visitamos juntos las cervecerías. Robert había venido a Núremberg empujado por la curiosidad y aún no sabía si el espectáculo era cómico o siniestro.

—Esta gente es tan grotesca —decía a menudo—. Si entramos en guerra será como luchar contra un zoológico gigantesco.

Robert estaba siempre de buen humor, pero a veces la indignación podía más que él. Recuerdo que una tarde fuimos a tomar el té en el Württemberger Hof. El restaurante estaba lleno de funcionarios que parecían muy alegres y reían y hablaban en voz muy alta. Sentados a la mesa de al lado se hallaban Karl Silex, director del *Deutsche Allgemeine Zeitung*, Dietrich, jefe de Prensa, Von Dircksen, embajador de Alemania en Londres, y Von Lösch, del Ministerio de Asuntos Exteriores. Nos invitaron a sentarnos con ellos y pronto la conversación derivó inevitablemente hacia los temas del día. Silex aludió al artículo del *Times* de Londres y dijo que estaba seguro de que Inglaterra entraría en razón antes de que fuera demasiado tarde y comprendería que Checoslovaquia no era asunto de Gran Bretaña, sino de Alemania. Vi que Robert se ponía rojo y a los pocos instantes le oí decir con voz tajante:

—Lo que ocurre en el Continente es siempre asunto de Inglaterra. De vez en cuando tenemos la mala suerte de que nos gobierne un Chamberlain..., pero es sólo durante cierto tiempo. No les quepa ninguna duda. Al final *siempre* nos levantamos y nos oponemos a las tiranías que amenazan a Europa. Las hemos aplastado antes y les advierto que volveremos a aplastarlas.

Un silencio terrible descendió sobre la mesa, luego Von Lösch rió nerviosamente y sugirió que hablásemos de «cosas menos serias». A partir de aquel momento la conversación resultó forzada y cuando nos levantamos para irnos nadie insistió en que nos quedáramos.

Durante toda la semana Hitler se había mostrado serio y preocupado. Se había negado a recibir a diplomáticos extranjeros e incluso a hablar con sus propios asesores. Pero el sábado por la tarde asistió a un té que ofreció en su honor Von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania. Todos deseaban una invitación, pero la lista de invitados se limitó a unas setenta personas, la mayoría de las cuales eran diplomáticos y delegados. Tuve la buena suerte de que me incluyesen en ella y a las cuatro de la tarde los invitados nos reunimos en el hotel Deutscher Hof. Sonriente y obsequioso, Von Ribbentrop recibía a los invitados en la puerta. La sala de banquetes estaba llena de mesitas de té y en cada una de ellas había una tarjeta que rezaba: «Se ruega no fumar en presencia del Führer».

Casi todos los jefes nazis se encontraban presentes: Göring, Goebbels, Himmler, Heydrich, Hess y muchos otros. También estaba Unity Mitford, rodeada de funcionarios que le besaban la mano, hacían reverencias y la adulaban. Al parecer, se sintió más bien incómoda ante tantas atenciones, abandonó el grupo y vino a sentarse con nosotros; al cabo de unos minutos se abrió la puerta y entró Hitler. Todo el mundo se puso en pie y los líderes del Partido Alemán se cuadraron rígidamente e hicieron el saludo nazi.

Nunca había visto a Hitler de cerca y lo que más me impresionó fue su falta de distinción. De no haber sido Adolf Hitler, habría pasado desapercibido entre tanta gente. No había nada en su cara o en su forma de andar o en su sonrisa que atrajese o repeliera. Era simplemente un hombrecillo

corriente y más bien insignificante. Por otra parte, esto resultaba provocativo en sí mismo y me puse a escudriñar su rostro en busca de alguna señal del genio que le había elevado a tan vertiginosa altura.

Ocupó su lugar en una mesa al otro lado de la sala en la cual había alrededor de una docena de hombres, incluidos dos nobles ingleses: Lord Stamp y Lord Brocket. También estaban Ward Price (del *Daily Mail*) y Henlein, el líder del Partido Alemán de los Sudetes.

Cuando todo el mundo se hubo sentado la mirada de Hitler recorrió la sala y sus ojos se posaron repentinamente en Unity. Hitler sonrió, asintió con la cabeza y la saludó al estilo nazi. Unity le devolvió el saludo y unos minutos después el capitán Wiedemann, que era el edecán de Hitler, se acercó a nuestra mesa y susurró al oído de Unity:

—El Führer desearía verla. Cuando acabe el té le gustaría que fuera usted a su suite.

Unity asintió con la cabeza. No pude evitar pensar en lo raro que resultaba que, al borde de una guerra entre Alemania y Gran Bretaña, la única persona a la que el Führer se dignase ver fuera una joven inglesa de veinticuatro años.

Durante el resto de la velada Hitler se mostró muy alegre. Conversó sin parar con Lord Brocket y varias veces echó la cabeza hacia atrás y rió sonoramente. Siempre me había imaginado que era un hombre serio y melancólico y me sorprendió verle tan animado. Su mirada se desviaba continuamente hacia nuestra mesa y tuve la sensación de que se comportaba de aquel modo para impresionar a Unity.

Después de la recepción Unity sostuvo su conversación con Hitler y regresó al Grand Hotel justo antes de la cena. Me apresuré a abordarla para preguntarle qué había dicho Hitler y qué pensaba ella sobre la posibilidad de que hubiera una guerra.

—Creo que no la habrá —dijo, y sonrió—. El Führer no quiere que bombardeen sus edificios nuevos.

Añadió que nunca había visto a Hitler más animado.

—Dice que es muy excitante hacer que el mundo entero tiemble ante él. Necesita la excitación del mismo modo que otras personas necesitan comer y beber.

Por alguna razón, resultaba profundamente perturbador oír que, de hecho, Hitler se lo pasaba la mar de bien mientras en toda Europa la gente daba vueltas en la cama sin poder dormir.

Aquella noche cené con Robert Byron, Ward Price y Unity en un pequeño restaurante de la ciudad vieja. Cruzar la ciudad era difícil porque el desfile de las tropas de asalto debía empezar a las nueve y estaba prohibido circular en coche por las calles. Pero Unity pidió que un coche de las SS nos llevara al restaurante y pronto nos encontramos a bordo de un elegante automóvil negro que recorrió a toda velocidad las calles en las que no había coches pero sí multitudes en ambas aceras. Unity iba al lado del chófer, que vestía uniforme negro, y su rubia cabellera ondeaba al viento, como la de la valquiria cuyo nombre le habían puesto.

El restaurante se encontraba cerca del río y desde él se oía a lo lejos el ruido de pasos del desfile y voces que se alzaban para cantar himnos militares nazis. La luz de las estrellas iluminaba la noche, pero la belleza que nos rodeaba parecía aumentar la sensación general de depresión.

Unity era la única que estaba alegre y habló largo y tendido de Hitler.

—Cuando le vi por primera vez —dijo—, supe que era la persona a la que más me gustaría conocer en el mundo.

Eso fue en 1933, durante el primer congreso del Partido Nazi, al que Unity asistió con su hermana Diana (Lady Mosley en la actualidad). Profundamente impresionada por la personalidad de Hitler, decidió trabar conocimiento con él. Como no sabía alemán, pensó que lo primero que tenía que hacer era dominar dicha lengua. Estuvo casi dos años estudiando en Múnich, luego se puso a buscar a alguien que la presentara a Hitler. Pasaron varias semanas sin que encontrase a nadie. Una noche entró en una cervecería y lo vio sentado a una mesa con un grupo de amigos. Le observó con atención y admiración. A Hitler se le cayó al suelo una revista y Unity se levantó de un salto para recogerla. La noche siguiente volvió a la cervecería y él estaba de nuevo allí. Armándose de valor, se acercó a la mesa de Hitler y con voz tartamudeante le dijo que era la chica que había recogido su revista y le preguntó si podía hablar con él. Hitler sonrió y la invitó a sentarse con él. Desde entonces fueron amigos.

Para Unity el nacionalsocialismo era una revolución izquierdista y Hitler, el paladín de las masas oprimidas. No cabía ninguna duda de que Hitler se sentía halagado por la admiración que ella mostraba por él y que sentía afecto sincero por Unity. La llamaba por teléfono con frecuencia, le hacía regalos y en público la trataba con deferencia. Aunque los jerarcas del Partido Nazi la adulaban en público, en privado tenían celos de la amistad entre los dos. Tom Mitford me dijo que cuando Unity iba a Alemania a menudo se negaban a informar a Hitler de su llegada. La única forma de ponerse en contacto con él era aguardar en la calle, a veces durante horas, con la esperanza de que la viera al pasar.

Unity raramente pedía favores y, a pesar de verse colmada de atenciones durante la semana del congreso del partido, se mantenía modestamente en segundo plano. Tenía un talante directo y amistoso y un vivo sentido del humor. Sus observaciones más bien ingenuas sobre Hitler resultaban a veces extrañamente reveladoras. Cuando le pregunté de qué hablaba con Hitler, replicó que de «chismorreos». A Hitler le gustaba oír las anécdotas que sus asesores acostumbraban a pasar por alto. Por ejemplo, cuando Madame de Fontanges, la periodista francesa, disparó con un revólver contra el conde de Chambrun, embajador de Francia en Roma, y declaró que el conde había tratado de desbaratar su romance con Mussolini, Unity le contó el episodio a Hitler. Dijo que lo encontró muy gracioso, que se rió muchísimo y que comentó que «el pobre Mussolini» se había salvado por los pelos.

Según ella, Hitler tenía un gran sentido del humor y le gustaba tener compañía. Era un hombre que raras veces leía, pero cuando estaba en Berchtesgaden pasaba mucho tiempo dibujando planos arquitectónicos para nuevos bloques de viviendas.

—Pero lo que de veras le gusta —dijo Unity— es la excitación. De lo contrario, se aburre.

La idea de que la felicidad del mundo dependía del aburrimiento de un solo hombre resultaba aterradora. Pero lo que más me impresionó fueron sus comentarios sobre el talento de Hitler como imitador. Afirmó que de no ser el Führer de Alemania, ganaría cien mil dólares al año en los escenarios de variedades. Con frecuencia hacía imitaciones de sus colegas —Göring,

Goebbels y Himmler—, pero le gustaba sobre todo imitar a Mussolini. La imitación del Duce siempre provocaba grandes carcajadas.

—Y a veces —agregó Unity— incluso se imita a sí mismo.

Ahora bien, esto arrojaba nueva luz sobre el carácter del Führer. Su personalidad era más propia de un artista de variedades que de un fanático. Ningún defensor sincero de una causa se reiría a costa de sí mismo. Tal vez, después de todo (y citando a Hitler), era «un artista y no un político».

No esperé el discurso de Hitler, que estaba programado para la noche del lunes. Había escrito mi artículo para el *Sunday Times* y decidí regresar a París, donde podría recoger algunas prendas de vestir y dinero e ir a Praga si la situación empeoraba. Justo antes de subir al avión, Robert Byron vino a despedirse de mí. Dijo que Lady Redesdale había perdido su aguja de bordar y que Lord Redesdale andaba buscándola a cuatro patas en medio del vestíbulo del Grand Hotel mientras hombres de las tropas de asalto y de las SS calzados con pesadas botas iban y venían en todas las direcciones.

—Bueno, eso es característico de Inglaterra. ¡Casi se podría decir que era como buscar una aguja en un expositor para espadas!

La guerra que no sucedió

Escuché el discurso que Hitler pronunció en Núremberg en el piso de H.R. Knickerbocker en el Quai de Bethune: la voz que se quejaba, que camelaba, que intimidaba, que subió de tono hasta convertirse en un grito cuando dijo:

—Si estos seres torturados (los alemanes de los Sudetes) no pueden obtener derechos y ayuda por sí mismos, pueden obtener ambas cosas de nosotros.

Al mirar atrás, parece extraño que después de oír el discurso alguien pudiera seguir dudando, pero así fue. Los optimistas señalaron que Hitler no se había comprometido a seguir una línea de acción «definida». Quizá éste fue el farol magistral: si las democracias se mostraban firmes, tal vez ahora sería posible obligarle a aceptar su primera derrota diplomática. Por otra parte, ¿podía un dictador desdecirse? Los estadistas aún no habían aprendido que la política ya no era una cuestión de palabras inteligentes y maniobras sutiles; lo único que contaba eran los cañones, los tanques y los aviones.

Al concluir el discurso, fui en coche al Quai d'Orsay para ver a Pierre Comert, el jefe de Prensa Extranjera francés, con John Whitaker, del *Chicago Daily News*. Nos recibió con una sonrisa.

—Es mejor de lo que esperábamos. Naturalmente, el panorama no es todo de color de rosa, pero podría haber sido peor. No ha dicho que *atacaría* Checoslovaquia.

En aquel clima de incertidumbre y falsas esperanzas, la única reacción sabia que oímos fue la del taxista que nos llevó a casa. John le preguntó si había oído el discurso y musitó algo en el sentido de que Hitler era un maniaco.

—Ah, no —dijo el taxista—. Ésa no es la palabra apropiada. Al contrario,

es un as para Alemania y un desastre para Francia.

Con frecuencia he pensado en esas palabras y me he preguntado en qué medida el destino de Francia podría haber sido diferente si el ministro de Asuntos Exteriores hubiera sido el taxista en lugar de Georges Bonnet. (Cuando Bonnet fue a Londres para celebrar conversaciones con el Gobierno británico, Randolph Churchill se puso en la esquina de la calle y, al pasar el coche del ministro francés, gritó a pleno pulmón: «¡Valor, Monsieur Bonnet, valor!».)

John y Knickerbocker se fueron a Praga al día siguiente por la mañana y yo les seguí un día más tarde. El discurso había enardecido a los alemanes de Checoslovaquia y habían estallado disturbios en todo el territorio de los Sudetes. Los checos habían proclamado la ley marcial y una vez más llamaban a filas a sus reservistas. Al llegar a Praga, encontré la capital congelada por un aire de amenaza, y sus edificios centenarios aparecían tristes y grises bajo un cielo encapotado. En todas partes se veían señales de actividad enfebrecida. Había obreros excavando refugios antiaéreos en el parque, mujeres que hacían cola delante de las tiendas para hacer acopio de víveres, niños equipados con máscaras antigás. Miles de reclutas civiles cargados con maletas y hatillos acudían a los cuarteles y durante todo el día salían lentamente de la estación trenes llenos de soldados. A pesar de la censura, los periódicos publicaban, con intervalos de pocas horas, ediciones extras que se agotaban inmediatamente. Los cafés se encontraban repletos de gente inmersa en ansiosas especulaciones y de vez en cuando captabas fragmentos de conversaciones pesimistas.

—Esta noche. ¿Crees que los bombarderos vendrán esta noche?

Sin embargo, a pesar de la incertidumbre, la vida seguía su curso. Eso era siempre lo que más te impresionaba en una crisis; las cosas corrientes que hacía y decía la gente. Hombres que iban a cortarse el pelo, mujeres que discutían con el tendero, niños que iban al cine. Hasta el portero del hotel Ambassador me recibió con una sonrisa cortés, de circunstancias, y dijo: «Me alegre de volver a verla», como si hubiera ido a pasar unas vacaciones.

El hotel ya estaba lleno de corresponsales de prensa, fotógrafos y radiofonistas. Los teléfonos sonaban igual que habían sonado en Núremberg,

París, Berlín y Londres, preparados para transmitir las últimas noticias de Praga.

Me tropecé con Ed Beattie de la United Press, que había llegado aquella mañana, y me dijo que Knickerbocker y John Whitaker habían ido a la región de los Sudetes e iban a instalar su centro de operaciones en Karlsbad. Llegaban noticias de todo tipo acerca de los disturbios. Los alemanes declaraban que se habían convertido en una sangrienta guerra civil y los checos lo negaban. Ed y yo decidimos recorrer el territorio y averiguar quién decía la verdad.

Alquilamos un coche y nos pusimos en marcha a la mañana siguiente. A unos kilómetros de Praga nos cruzamos con tres colegialas que bajaban en bicicleta por un camino polvoriento, con las coletas ondeando bajo la brisa y unas máscaras antigás largas, grises y cilíndricas colgando descuidadamente de los manillares. Un poco más allá empezaban las líneas defensivas de los checos: pulcras hileras de fortines, camuflados de manera que pareciesen pajares, que se extendían a lo largo de kilómetros a través de los campos. Los vigilaban soldados checos con la bayoneta calada y casco de acero que parecían extrañamente fuera de lugar en la tranquila campiña; en los campos cercanos los campesinos seguían trabajando como si la presencia de los soldados fuera cosa normal.

No fue difícil ver que habíamos entrado en los distritos sudetes porque de pronto observamos que en los postes blancos que se alzaban junto a la carretera había numerosas esvásticas dibujadas con tiza roja. La inscripción «Heil Hitler» aparecía en los postes de teléfono y la mayoría de los indicadores escritos en checo habían sido mutilados y arrancados.

Nos detuvimos en Karlsbad, una de las estaciones termales más concurridas de Europa, y vimos que en los grandes hoteles, que normalmente estaban abarrotados de extranjeros, no había nadie. Entramos a tomar el té en el Grand Hotel Pup y nos encontramos con que éramos los únicos clientes del restaurante. Una docena de camareros esperaban sin nada que hacer y nuestras voces sonaban tan fuerte en medio del silencio que empezamos a hablar en susurros. Cuando fui al servicio, la doncella, una mujer alemana de mediana edad, me mimó como si estuviera ansiosa de compañía. De repente rompió a

llorar y dijo que los terribles rumores de guerra habían echado a perder la temporada de verano.

—¡No sé qué ha pasado! —exclamó—. Hace unos meses vivíamos aquí pacíficamente. Ahora parece que la gente se haya vuelto loca de pronto.

Dijo que había sólo dos huéspedes en todo el hotel: maestros de escuela norteamericanos que habían venido a Karlsbad para una cura y se negaban tercamente a irse.

Al proseguir el viaje, Ed y yo comprobamos que, exceptuando los líderes nazis y unos cuantos fanáticos, la gente normal con la que hablamos —al igual que la gente sencilla en todas partes— quería que la dejaran tranquila y en paz. Su tragedia radicaba en que eran peones en una partida demasiado grande y demasiado complicada para entenderla. Tuvimos un ejemplo de ello en el diminuto pueblo de Harbersbirk, donde había tenido lugar uno de los disturbios más violentos cuando dos mil alemanes de los Sudetes habían irrumpido en la jefatura de la policía checa. Cuatro gendarmes checos habían resultado muertos y una bandera a media asta ondeaba en el tejado. En el interior, las habitaciones estaban llenas de muebles rotos y había manchas de sangre en el suelo. En la pared, el cristal del retrato de Tomáš Masaryk, el fundador de la República, estaba rajado.

En el exterior, dos alemanes deambulaban con aire afligido por el patio. Uno era un joven socialdemócrata que hablaba en tono excitado y decía que por haber apoyado a los checos en el motín los alemanes nazis le acusaban de traidor y ahora le daba miedo volver a casa. El otro, un anciano maestro de escuela, se encontraba de pie en medio del patio, sin decir nada, meneando la cabeza una y otra vez. Explicó que era demasiado viejo para interesarse por la política, pero que le costaba entender por qué lo habían hecho; sin duda, dijo señalando las puertas destrozadas, aquello no podía ser la nueva cultura alemana.

Ed y yo estuvimos dando vueltas en coche durante varias horas; los sucesos no podían presentarse como una «guerra civil» (como hacía la prensa alemana). La rápida actuación de los checos, que habían proclamado la ley marcial, había restablecido el orden en poco tiempo. Sólo en algunos distritos seguían observándose señales externas de hostilidad. Uno de ellos era Eger,

una población próxima a la frontera. En Eger los nazis estaban bien organizados y la comunidad ofrecía un sombrío panorama de resistencia.

Al llegar a la plaza principal, que solía estar llena de vida, la encontramos desierta. Los alemanes habían bajado las persianas y cerrado sus comercios, y ahora se negaban a dejar sus casas. Las calles estaban vacías a excepción de unos cuantos gendarmes checos y grupos dispersos de soldados en las esquinas. No había tráfico, sólo algún que otro camión del ejército que atravesaba traqueteando la plaza camino de algún destino desconocido. Los checos habían puesto avisos que llamaban a la población a reanudar sus obligaciones habituales, pero nadie había respondido. Resultó una experiencia rara andar sin rumbo fijo por las calles silenciosas y saber que la ciudad no estaba desierta en absoluto, que detrás de las persianas bajadas los alemanes esperaban sentados. Encontramos un pequeño restaurante abierto en el que no había nadie salvo el dueño, que estaba repantigado detrás del mostrador, en mangas de camisa. Nos miró con suspicacia y cuando pedimos una taza de café dijo que no con la cabeza y respondió: «El local está cerrado». Ed le preguntó cuándo volvería a abrir y el hombre se enfadó, pegó un puñetazo en el mostrador y replicó: «Cuando entre el ejército alemán». Le preguntamos cuándo entraría y respondió: «De un momento a otro». Añadió que acababa de oír por la radio que Henlein había hecho una proclamación en la que exigía la entrega inmediata del territorio de los Sudetes a Alemania.

—Ahora vendrá la Reichswehr —(todavía con una especie de triunfalismo airado)— y pronto seremos liberados.

Ed y yo nos sobresaltamos al recibir la noticia de la proclamación y, después de darle vueltas al asunto, decidimos ir a Asch, una población fronteriza que penetraba profundamente en el Reich y que durante las últimas semanas había sido la sede del partido de Henlein. Ed pensaba que el líder de los sudetes podía estar escondido allí y que con un poco de suerte quizá encontraría material para un artículo. Proseguimos el viaje sin saber en ningún momento si al doblar una curva nos encontraríamos ante una columna larga y gris de acero reluciente. Sin embargo, al llegar a Asch, nos llevamos una sorpresa muy diferente. Ed entró en un hotel para llamar por teléfono a la oficina de la United Press en Berlín y al cabo de un rato salió con una

expresión de asombro en la cara.

—¡Ni en mil años adivinarías lo que ha pasado ahora! ¡Es un auténtico rompecabezas!

Tenía razón, porque cuando me dijo que Chamberlain viajaría a Berchtesgaden pensé que a algún corresponsal de la United Press debía de habersele fundido el cerebro por culpa del exceso de trabajo. A Ed le indignaba que todo un primer ministro británico tuviese que volar al centro de Europa con el objeto de buscar favores de Hitler, pero poco a poco fue adoptando un punto de vista más esperanzado.

—¡Ojalá Hitler le eche una buena bronca! Quizá serviría para que dejara de hacerse ilusiones acerca de negociar con Alemania.

Después de cenar en el hotel salimos en busca de la sede de los nazis de los Sudetes. La mayoría de los seguidores de Henlein habían huido a Alemania o se habían escondido, y cuando llegamos a la dirección que nos había dado el portero apareció un niño de corta edad y nos dijo que allí no había nadie. Nos iluminó el rostro con una linterna y, tras muchos titubeos, finalmente nos dio otra dirección. Un viento gélido azotaba las calles y tardamos casi una hora en dar con las señas que buscábamos. Por fin la encontramos en un callejón oscuro. Llamamos a la puerta y dos guardas nazis la abrieron. Después de discutir durante un buen rato, nos llevaron al piso de arriba, donde encontramos a ocho hombres apiñados alrededor de una estufa de petróleo y escuchando las noticias de la radio de Leipzig.

El aire estaba cargado de humo de tabaco y los hombres hablaban en voz baja y cansada. Las ventanas estaban tapadas con papel negro y uno de ellos explicó que era necesario tomar todas las precauciones posibles para evitar que la policía checa los localizase y cerrara el edificio.

Al preguntarles por el paradero de Henlein, nos miraron con recelo y movieron la cabeza negativamente. Poco a poco fueron mostrándose más dispuestos a hablar y cuando hicimos comentarios sobre la proclamación del *Anschluss* un hombre alto con barba de tres días se encogió de hombros y dijo que no era nada nuevo, que era meramente la expresión de una idea que todos los seguidores de Henlein habían albergado desde el principio. El grupo procedió seguidamente a hacer un memorial de los agravios que los sudetes

habían padecido a manos de los checos. Un hombre dijo que estaba seguro de que Chamberlain llegaría a un acuerdo con Hitler, y otro añadió que si no era así, el ejército alemán entraría de todos modos en territorio sudete y a Asch, con su afortunada situación estratégica, le cabría el honor de ser la primera población incorporada al Reich. Los demás asintieron con la cabeza y nos aseguraron que era posible tomar la ciudad en menos de veinte minutos.

Era una escena extraña: aquellos hombres de aspecto siniestro, sin afeitarse, viviendo como forajidos, esperando hora tras hora que llegaran tropas alemanas y los Sudetes pasaran a formar parte del Tercer Reich. A menudo me he preguntado si alguno de ellos cambió de opinión después de ver cumplido su deseo.

Cuando llegó el momento de irnos, uno de los hombres miró cautelosamente arriba y abajo de la calle, para asegurarse de que no hubiera ningún policía checo por allí, antes de dejarnos salir. A la mañana siguiente Ed tomó un tren con destino a Berlín y yo volví a Praga en automóvil.

Durante algunos días, mientras los telégrafos traían noticias de un acontecimiento dramático tras otro, las esperanzas y los temores de Praga oscilaron como la aguja de una brújula cuando se acerca una tempestad. Chamberlain a Berchtesgaden, Daladier y Bonnet a Londres. ¿Qué significaba todo aquello? El destino de Checoslovaquia estaba en manos de un puñado de hombres; la mayoría de la gente no tenía arte ni parte en la partida que se jugaba en el tablero de ajedrez de la política internacional; sólo podía hacerse preguntas, esperar y confiar.

La gente esperaba con inquietud, cada vez más alarmada por los artículos que publicaban los principales periódicos ingleses y franceses, que súbitamente empezaron a tratar el problema entre sudetes y checos como si fuera una querrela aislada, y presentaban los pros y los contras del asunto basándose en las apariencias e insistían ingenuamente en que había que encontrar una solución por medio de un despliegue de buena voluntad por ambas partes. Para los checos no se trataba de un problema local. La cesión del territorio de los Sudetes no significaba librarse oportunamente de una

población levantisca; significaba la pérdida de una frontera de montañas fortificadas y haría que las fronteras del Reich quedasen a menos de cincuenta kilómetros de Praga, poco más de una hora para las unidades mecanizadas de un ejército invasor; significaba la muerte de la República y la transformación del país en un pasillo que permitiría a los alemanes acceder a las riquezas del Este de Europa.

Checoslovaquia había sido creada como Estado tapón para impedir que sucediera precisamente todo esto. Los alemanes de los Sudetes habían sido incluidos en la República checa porque vivían en las montañas que constituían las líneas defensivas naturales de Bohemia. Pero, al parecer, a los estadistas se les había escapado este detalle y ahora el problema se había convertido en un problema «que debía localizarse». Se argumentaba que muchas de las quejas de los alemanes de los Sudetes tenían fundamento y que (como señalara el *Times* del 7 de septiembre) los checos tal vez estarían mucho mejor si se libraban de una población desleal.

Los checos negaban una y otra vez que estas aseveraciones se ajustaran a la realidad, pero no podían hacer nada salvo insistir en que agentes alemanes habían provocado deliberadamente la disensión de los sudetes. Señalaban que en 1933, después de catorce años de administración checa, Henlein había hecho la siguiente declaración: «Al identificarnos con el Estado checoslovaco manifestamos nuestra conformidad con la idea fundamental de la democracia y consideramos al pueblo checo, cuyo destino está ligado inextricablemente a nuestro propio destino, una nación cultural, igual en calidad a cualquier nación de la Europa central».

Pero 1933 fue el año en que Hitler subió al poder y la situación empezó a corromperse. El partido de Henlein creció progresivamente y el *Anschluss* de Austria representó un duro golpe para Checoslovaquia. Agentes nazis fomentaron la oleada de militarismo que se extendió por las regiones alemanas, y los sudetes, hinchados de orgullo nacionalista, comenzaron a mostrarse partidarios declarados de Hitler. Organizaban concentraciones nazis, adornaban sus casas con esvásticas y formaron su propia guardia de las SS. La campaña de la prensa del Reich contra los checos continuó inflamando la opinión pública y el discurso de Hitler en Núremberg la empujó a la franca

rebeldía. Habían pasado solamente cuatro meses desde que Ulrich admitiera que los checos eran unos «tipos bastante buenos»; ahora se había decretado el estado de sitio, provocado exclusivamente por la astucia y el carácter despiadado del aparato propagandístico alemán.

El genio de Goebbels no había sido reconocido aún como el arma más peligrosa de Alemania. Hoy día, en vista de la actuación de la quinta columna en Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, no cuesta dar crédito a los checos cuando afirman que la revuelta de los sudetes fue urdida por agentes nazis. Pero en el verano de 1938 mucha gente echaba la culpa a la «tozudez» de los checos y argumentaba que si Edvard Beneš hubiera hecho las concesiones que reclamaban las minorías de su país, tal vez nunca hubiera surgido la crisis. Estos argumentos, expuestos de forma tan sesuda, grave y concienzuda, resultan absurdos cuando se examinan a la luz de los últimos acontecimientos. Para los checos, resultaban igual de absurdos hace tres años.

Mi amigo checo, el señor B, el pequeño profesor que había suspirado ante los cerezos en flor y que tan apasionadamente creía que la democracia *tenía razón* y, por tanto, forzosamente acabaría triunfando, se presentó en el hotel Ambassador el domingo por la mañana justo después de enterarse de que en Londres se estaba celebrando una conferencia con el fin de encontrar una base sobre la cual pudieran iniciarse negociaciones con Alemania. Se sentía profundamente disgustado.

—Si nos obligan a rendirnos —dijo con lágrimas en los ojos—, estaremos perdidos. ¿Por qué les cuesta tanto entenderlo? El único problema de Checoslovaquia es que obstaculiza el camino.

El domingo decidí regresar a Londres. El destino de Checoslovaquia lo estaban decidiendo estadistas británicos y franceses y no era probable que en Praga se produjeran novedades hasta la segunda entrevista de Chamberlain con Hitler, prevista para la semana siguiente. Había estado ausente de Inglaterra desde julio y quería hacer varias gestiones relacionadas con mi piso y recoger algunas prendas de abrigo en caso de que tuviera que pasar el invierno en la Europa central «cubriendo» una guerra larga. Le pedí al portero

del hotel que tratara de conseguirme un billete para el avión, pero eran tantos los refugiados que se iban del país que no había ninguna plaza disponible. Ya había hecho mis planes para hacer el viaje en tren cuando, inesperadamente, me llamó el portero para decirme que un avión particular saldría con destino a París al mediodía. El avión haría escala en Núremberg, pero si yo no tenía ningún inconveniente en hacer una parada en Alemania, el piloto me llevaría por el precio de un pasaje normal.

Fue uno de los viajes más extraños de mi vida. El avión era un Potez de ocho plazas; había dos pilotos y un navegante franceses y yo era la única pasajera. Me pareció raro que a pesar del febril éxodo de Checoslovaquia siete de los asientos estuvieran vacíos, pero lo atribuí a que a la mayoría de los refugiados no les hacía ninguna gracia entrar en territorio alemán.

Los tres franceses iban en la cabina de pilotaje y yo iba sola en la zona de pasajeros. Tardamos sólo una hora y media en llegar a Núremberg. Al aterrizar, me fijé en que los pilotos parecían estar nerviosos. Encendieron incontables cigarrillos mientras los funcionarios alemanes examinaban nuestros papeles e hicieron esfuerzos exagerados por entablar conversación. Nos retuvieron durante cerca de media hora y cuando por fin volvimos a despegar y nos elevamos por encima de la ciudad el navegante rió nerviosamente y dijo:

—Gracias a Dios. —Debió de percatarse de mi perplejidad porque se apresuró a añadir—: Siempre te sientes aliviado cuando sales de Alemania, ¿verdad?

Me di cuenta de que ocurría algo fuera de lo normal, pero no pude imaginar de qué se trataba... hasta que estuvimos cerca de Estrasburgo. De repente el avión descendió hasta menos de trescientos metros. El navegante salió de la cabina de pilotaje, cerró cuidadosamente la puerta y se sentó a mi lado. Señaló hacia fuera por la ventanilla y dijo:

—Mire. Estamos sobrevolando la Línea Sigfrido.

Abajo se veían kilómetros y kilómetros de carretera llenos de camiones y trabajadores.

Súbitamente comprendí que me encontraba a bordo de un avión de reconocimiento. Era obvio que habían accedido a llevarme para engañar a los

alemanes. Los franceses habían optado por someterse a los trámites de Núremberg porque probablemente calculaban que de este modo el riesgo de ser derribados era menor que si cruzaban la frontera alemana sin autorización.

Pensé que sin duda alguna los pilotos estarían tomando fotografías y, fascinada, miré por la ventanilla. Así que ésta era la línea defensiva que Hitler había calificado de «la fortificación más gigantesca de todos los tiempos». Según su propio informe más de medio millón de hombres trabajaban en ella; pero en modo alguno estaba terminada, a pesar de que Göring había dicho que «ya era inexpugnable». Pude ver que todavía se estaban construyendo muchos kilómetros de blocaos de acero y cemento. Resultaba interesante, reflexioné, que si bien Hitler se había lamentado repetidas veces de que estaba rodeado de enemigos (Francia, Checoslovaquia y Polonia), ésta era la primera línea defensiva que había juzgado necesario construir.

Esperaba oír de un momento a otro los disparos de los antiaéreos, porque, desde luego, debíamos de estar infringiendo todos los códigos aéreos internacionales al volar tan bajo; al parecer, los pilotos pensaban lo mismo, ya que cuando finalmente llegamos al aeródromo de Le Bourget, se apearon de un salto, todo sonrisas, se dieron palmadas en la espalda y me estrecharon la mano efusivamente al tiempo que decían que había sido un gran placer llevarme de pasajera. Les deseé suerte y cuando subí a un taxi me dijeron adiós con la mano, como si fuéramos viejos amigos.

Muerte por estrangulamiento

Me alegré de no estar en Praga durante los días siguientes. Cuando Bonnet, el ministro de Asuntos Exteriores francés, envió al Gobierno de Checoslovaquia las propuestas acordadas en Londres y dos días después (el 21 de septiembre) Beneš las aceptó y declaró que lo había hecho sólo porque se había visto sometido a «increíbles presiones». Los periódicos de Praga publicaron titulares que decían «Absolutamente abandonados» y la gente lloraba históricamente en las calles.

Además de la cesión de los distritos sudetes a Alemania, en Londres se había acordado que Checoslovaquia debía ser neutralizada, que debía abandonar sus alianzas con la Rusia soviética y Francia a cambio de una garantía de las cuatro potencias: Gran Bretaña, Francia, Alemania y Rusia.

Ahora bien, desde el punto de vista internacional, la segunda cláusula significaba para Alemania una victoria todavía mayor que la primera. No sólo había despojado Hitler a Checoslovaquia de su frontera fortificada, sino que, además, había conseguido reducir a Francia, de la noche a la mañana, a la condición de potencia de segunda clase. El prestigio y la seguridad de Francia se basaban en dos factores: el primero era su sistema de alianzas en todo el continente; y el segundo era su ejército. Al renunciar a su alianza con Checoslovaquia, toda la estructura de su posición se había vuelto insostenible; se había permitido que el dique que crearon cuidadosamente los franceses para refrenar la agresividad alemana se rompiera en Bohemia y ahora el poderío alemán podía extenderse por el continente a su antojo.

La conmoción fue tan grande que costaba entenderla. ¿Qué había sucedido? La prensa asignó inmediatamente a Chamberlain el papel de malo de la película y afirmó que los franceses habían cedido ante «las presiones»

británicas. Daladier y Bonnet, por su parte, justificaron las propuestas ante el Consejo de Ministros francés diciendo que «el Gobierno británico, sin discutir en modo alguno el derecho de Francia a hacer honor a las obligaciones que le imponía su tratado con Checoslovaquia, había dejado claro que no se comprometería de ninguna manera a prestar apoyo militar a Francia, a menos que la integridad de ésta se viera amenazada».

Era una justificación poco convincente. Al fin y al cabo, era Francia y no Gran Bretaña la que tenía un tratado con Checoslovaquia; y el motivo por el cual Francia tenía un tratado con Checoslovaquia era proteger sus propias fronteras de una invasión en algún momento futuro. Por más que deplorase el hecho de que Inglaterra no hubiera prometido también ayudar directamente a Checoslovaquia, Francia sabía que si entraba en guerra con Alemania, Gran Bretaña no podría cruzarse de brazos.

La posición diplomática de Francia era tan fuerte que me costaba creer que hubiera sido una mera marioneta de Chamberlain. Me acordé de la advertencia de Sir Charles Mendl; pero hasta que llegué a Londres el martes no oí una versión fidedigna de lo ocurrido.

La noche de mi llegada cené con un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y por él me enteré de que los franceses habían sido los primeros en ceder. El 13 de septiembre por la noche, Daladier, alarmado ante la situación, se puso en contacto con Chamberlain y manifestó que Francia no estaba en condiciones de luchar e imploró al primer ministro británico que no dejara piedra sin remover en busca de una salida. Treinta y seis horas más tarde Chamberlain efectuó su primer viaje a Berchtesgaden. Se encuentra una referencia velada a lo sucedido en la citada noche en la declaración que Daladier hizo ante la Cámara francesa el 14 de octubre. Según él, habló con Chamberlain la noche del 13 al 14 de septiembre y le dijo que «sería muy útil reemplazar las gestiones diplomáticas por contactos personales entre hombres responsables».

Mi amigo me dijo que Sir Robert Vansittart, en su calidad de principal asesor diplomático del Gobierno, había instado al primer ministro (como también había hecho Winston Churchill) a declarar explícitamente que Gran Bretaña apoyaría a Checoslovaquia. Nunca se sabrá si lo habría conseguido,

dado que cuando Daladier y Bonnet anunciaron de forma categórica que Francia no lucharía, Vansittart se había quedado sin argumentos y a partir de entonces cualquier esfuerzo se convirtió en una causa perdida.

Vansittart se quedó estupefacto no sólo a consecuencia de aquel duro golpe a la seguridad de Francia y Gran Bretaña (uno o dos días después me dijo que creía que Inglaterra y Francia estarían en guerra con Alemania antes de que transcurriera un año), sino también por el hecho de que Francia hubiese perpetrado una traición tan monstruosa. Amaba profundamente a Francia y la humillación que sintió fue casi tan grande como la que siente un padre al descubrir que su hijo hace trampas cuando juega a las cartas.

La historia de la desastrosa actuación de los franceses nunca se hizo pública por miedo a que causara la ruptura de la alianza franco-británica y la prensa internacional continuó atribuyendo toda la responsabilidad a las «presiones» británicas.

En Inglaterra se levantó una oleada de reacciones furiosas y humilladas contra el Gobierno. Pero fue en su mayor parte la reacción de personas que aún creían que Hitler se marcaba un farol y habría sido posible derrotarle (diplomáticamente) si Inglaterra y Francia se hubieran mantenido firmes. Al finalizar la semana, sin embargo, Chamberlain hizo un segundo viaje a Alemania que sólo sirvió para comprobar que el Führer (empleando una técnica que ahora nos es conocida) había incrementado en gran medida sus exigencias y añadido a ellas un ultimátum en el sentido de que el territorio de los Sudetes debía ser entregado a Alemania en el plazo de una semana, a partir del 1 de octubre.

Las exigencias eran tan poco razonables que parecía improbable que incluso Chamberlain y Daladier tuviesen la desfachatez de pedirles a los checos que las aceptaran. Por primera vez la gente empezó a preguntarse si Hitler era tan contrario a la guerra como habían supuesto. Aunque pareciese una locura, quizá lo que deseaba en realidad era enfrentarse a Checoslovaquia, Francia y Gran Bretaña. Esto no era exactamente lo que se había esperado la oposición. De pronto, todo el mundo comenzó a hacer preguntas: ¿cómo podrían los franceses llegar a Checoslovaquia? ¿Cómo podrían los rusos llegar a Checoslovaquia? ¿Cómo podrían los ingleses llegar a

Checoslovaquia? ¿Llegaría alguien a Checoslovaquia, y cuántos aviones tenía la fuerza aérea alemana? Por fin se empezaba a comprender que lo que impedía la agresión no eran las medidas *políticas*, sino el *armamento*.

El mismo día en que Chamberlain habló con Hitler en Godesberg, los checos decretaron la movilización y una vez más se reactivó la crisis. Aquella noche cené con Roger Chetwode, su esposa, Patricia (una de las muchachas más bonitas de Inglaterra), y Seymour Berry. A pesar de que procuramos hablar de cosas intrascendentes, fue una velada triste. Fuimos a Quaglino's, donde Roger les tomó el pelo a los camareros italianos diciéndoles que lo mejor que podían hacer era salir pitando para Italia antes de que fuera demasiado tarde. Quaglino insistió en que no habría guerra.

—Por supuesto, con un hombre como Hitler por fuerza tiene que haber un poco de incertidumbre. Ahora bien, si fuera *normal*, como Mussolini...

Seymour Berry, que dirigía el *Daily Telegraph* en ausencia de su padre, adoptó un tono belicoso y dijo que prefería luchar en una guerra ahora a ver morir a Inglaterra mientras dormía. Roger rió y dijo que resultaba extraño pensar que la paz se había convertido en un pensamiento tan lúgubre; empleando la contundente fraseología de la publicación *The Week*, Chamberlain le había puesto «las cuatro mejillas» a Hitler.

El sábado había obreros cavando refugios afanosamente; el domingo camiones con altavoces recorrían a toda velocidad las calles pidiendo a gritos a los ciudadanos que se proveyeran de máscaras antigás; el lunes Hitler pronunció un discurso en Berlín en el que declaró que o bien Checoslovaquia entregaba el territorio antes del 1 de octubre, o Alemania se apoderaría de él, y la prensa nazi publicó grandes titulares que rezaban: «Guerra o paz. Que Beneš elija ahora».

Hasta la señora Sullivan estaba alarmada. Me trajo el desayuno, con el sombrero inclinado con indignación sobre un ojo, y dijo:

—¿Qué se traen entre manos esos dictadores, causando tantas preocupaciones a las personas decentes? Mi marido dice que el problema es que son gente vulgar. Dice que no de mejor familia que yo.

La guerra parecía segura. Roosevelt envió un mensaje de paz de última hora; Chamberlain se puso en comunicación con Mussolini: y Horace Wilson,

el principal asesor económico de Gran Bretaña, voló a Berlín con una carta que imploraba a Hitler que tuviese paciencia. Pero no parecía probable que Hitler la tuviera. Llamé para reservar un billete con destino a Praga y tuve que conformarme con volar en un avión que hacía escala en Ámsterdam, y salí de Croydon a las ocho de la mañana siguiente.

El autobús de la compañía aérea bajó por la orilla del Támesis y luego pasó por delante de los edificios del Parlamento, medio teñidos de rosa bajo la luz de primera hora de la mañana. Noté una sensación extraña en el estómago al preguntarme si seguirían en pie cuando volviera. La mayoría de los pasajeros del avión volaban con destino a Holanda y el resto, a Budapest. Al desembarcar en Ámsterdam, entré en la sala de espera para tomar una taza de café. El camarero, un holandés de baja estatura con una mata de pelo rubio, hizo algunos comentarios sobre la situación y me preguntó adónde iba. Al contestarle que a Praga, alzó las manos. Pero volvió con una taza de café, un bocadillo de jamón y un aire más tranquilizador.

—No se preocupe —dijo—, no habrá guerra. Hitler ya ha conseguido lo que quería. Puede que esté loco, pero no puede estar *tan* loco.

—Quizá quiera toda Checoslovaquia —apunté.

—Quizá —dijo, pensativo. Luego, con repentina ferocidad, añadió—: Dios mío, qué terrible maldición son estos alemanes. Europa nunca será feliz hasta que se libre de ellos. Pero ¿quién se encargará de ello? Ahí está el problema. Nadie quiere afrontarlo.

Me sirvió otra taza de café, dijo que era «por cuenta de la casa» y me deseó toda la suerte del mundo.

Desde Ámsterdam el vuelo duró unas dos horas. En la cabina del aparato, con los pasajeros leyendo despreocupadamente sus periódicos y la azafata yendo de un lado para otro como una institutriz ansiosa, lo que sucedía abajo en tierra parecía extrañamente remoto. Hasta que aterrizamos en el aeródromo de Praga la situación no volvió a hacerse real. El director del aeropuerto, un joven checo de unos treinta años (que había sellado mis billetes y me había puesto a bordo del avión francés con destino a París una semana antes), salió corriendo de su despacho con la consternación pintada en el rostro.

—¡Oh, Mademoiselle! —exclamó—. ¿Por qué ha vuelto a un lugar donde

hay tanto sufrimiento? Debe volver a subir al avión en el acto. ¡En el acto! No debe quedarse aquí. Es una locura.

Parecía sinceramente afligido, pero, por suerte, el mayor Lowell Riley, el agregado militar norteamericano, había venido a recibirme en el aeródromo y logró calmarle. Finalmente se fue, sin dejar de mascullar que era «una locura».

De no haberse presentado Lowell, no sé cómo habría llegado a la ciudad, ya que todos los coches habían sido requisados. Desde el automóvil vi una Praga diferente de la que había visto antes. Durante semanas los checos habían tenido que escoger entre la guerra y la desmembración, y ahora la respuesta era la guerra. Todo el aparato del siglo XX se estaba poniendo a punto para el terrible acontecimiento. Las calles aparecían repletas de uniformes. Tanques y coches blindados cruzaban retumbando la ciudad. Las mujeres oscurecían sus casas, los comerciantes pegaban tiras de papel de estraza en los escaparates para evitar que se rompieran los cristales y los niños andaban por las aceras con máscaras antigás colgadas del hombro. Pero eran las cosas normales las que resultaban más sorprendentes. Al subir por la Václavské Náměstí (el «Piccadilly» de Praga) vi que dos trabajadores estaban colgando un espejo en la pared de uno de los soportales. Uno de ellos se encontraba unos pasos detrás del otro para avisarle cuando diera con el ángulo apropiado. En un momento en que la llegada de los bombarderos alemanes era sólo cuestión de horas, este detalle ofrecía un raro atractivo. Me pregunté cuánto tiempo seguiría intacto el espejo.

Lowell me dejó en el hotel Ambassador y esta vez el plácido recepcionista puso cara de sorpresa.

—No debería haber vuelto —me dijo, en tono casi tan severo como el del director del aeródromo.

Me aseguré de que me dieran una habitación en el primer piso, luego fui a buscar a John Whitaker y a Knickerbocker. Los encontré en la habitación de Knick, sentados en el suelo con varios mapas enormes desplegados ante ellos.

—¡Dios mío! —exclamó Knick—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Me dijeron que todos los periodistas franceses e ingleses se habían ido el día anterior en un avión que seguramente sería el último. Las fronteras estaban cerradas, no había trenes e incluso se habían cortado las líneas telefónicas.

Evidentemente, entrar en Checoslovaquia era más fácil que salir de ella. La única forma de comunicar con el mundo exterior era el telégrafo, que sufría demoras de hasta dieciocho horas.

Los tres nos sentamos en el suelo y empezamos a estudiar un mapa en busca de los puntos de observación más ventajosos (para nosotros).

—Espero que hayas traído cosas suficientes para un año —dijo Knick en tono pesimista—. No hay forma de salir. Estaremos atrapados en la Europa central mientras dure esto.

—Sí —asintió John, mirando desdeñosamente mis zapatos—, y espero que tengas algo con tacones más bajos, porque vamos a tener que correr mucho.

Así sería, por supuesto, si estallaba la guerra. Siempre había aquel «si». A pesar de los preparativos bélicos que se hacían a nuestro alrededor, no estábamos del todo seguros de que estallase. Las propuestas anglo-francesas habían regalado la Europa central a Hitler; ¿quedaba algo por lo que luchar? Si los gobiernos británico y francés habían logrado persuadir a los checos para que cediesen tanto, ¿por qué no pedirles que cediesen un poquito más? Chamberlain iba a pronunciar un discurso por radio aquella noche y tratamos de sintonizarlo, pero había tanta electricidad estática que sólo oímos un informe confuso. Conseguimos captar la parte del discurso sobre «qué horrible, fantástico, increíble es que estemos aquí cavando trincheras y probándonos máscaras antigás a causa de una disputa en un país lejano entre gente de la que nada sabemos» y también el fragmento final: «Mientras no haya empezado una guerra, existe siempre la esperanza de que pueda evitarse, y ustedes saben que voy a trabajar por la paz hasta el último momento».

—Sí —dijo John—, lo sabemos, pero lo que no sabemos es si Hitler va a trabajar por la paz, y eso es lo que importa.

El hotel resultaba tan deprimente aquella noche que salimos a pasear por la ciudad vieja e intentamos encontrar un sitio donde cenar. Todas las farolas habían sido pintadas de azul, un azul apagado, en previsión de ataques aéreos y bajo aquella luz extraña las personas con las que nos cruzábamos parecían cadáveres sacados del agua. Fuimos a media docena de restaurantes, pero todos estaban cerrados, y finalmente volvimos al pequeño club nocturno que era un anexo del hotel. No había nadie excepto dos tanguistas de pelo teñido y

traje de noche muy escotado que estaban sentadas en un rincón y no paraban de beber. Pero la orquesta tocaba sin arredrarse. Todas las viejas melodías: *If You Were the Only Girl in the World* y *On a Night Like This*. Durante un rato nos olvidamos de la guerra, pero cuando subí a mi habitación me sobresalté al encontrar una voluminosa máscara antigás sobre la almohada. Junto a ella estaban la tarjeta de Lowell Riley y una nota que decía: «Con los saludos de la embajada de Estados Unidos».

A las diez de la mañana siguiente John Whitaker aporreó la puerta de mi habitación y me dijo que me diera prisa y me vistiese porque corría el rumor de que los alemanes iban a bombardear la capital a las dos de la tarde. (Hitler había fijado las dos de la tarde como la hora en que expiraría su ultimátum.) John y Knick fueron al Ministerio de la Guerra en busca de papeles que nos acreditaran ante el ejército checo y consiguió, con la ayuda de Lowell Riley, encontrar un automóvil y un chófer y, lo que era más importante, un poco de gasolina. Nos reunimos a la hora del almuerzo y nos felicitamos porque no nos había pasado nada por alto.

—Excepto tus zapatos —dijo John, furioso—. Por el amor de Dios, sal a comprarte un par de zapatos de tacón bajo.

Obedecí sumisamente, pero descubrí que todas las tiendas estaban cerradas. Era el día de San Venceslao.

Dieron las dos, las tres y las cuatro de la tarde sin que pasara nada. Fuimos a la habitación de Knick, pusimos la radio e intentamos sintonizar alguna emisora de Londres. El indicador recorrió el cuadrante amarillo: París, Berlín, Moscú y Bucarest. Oímos noticias del mundo en una docena de lenguas hasta que finalmente, a través de la electricidad estática, se escuchó el sonido de una voz inglesa. No habría ningún ataque aéreo; Chamberlain iba a viajar a Múnich.

Supimos entonces que la siniestra comedia había terminado. El resultado de la conferencia, que concluyó a las dos y media de la madrugada, no apareció en los periódicos de Praga y no fue comunicado al pueblo checo hasta la tarde del día siguiente, momento en que Beneš se dirigió por radio a la nación. Habían instalado altavoces en la inmensa plaza situada enfrente del hotel (la Václavské Náměstí) y poco después de la hora del almuerzo empezó

a llegar gente. La mayoría de los corresponsales extranjeros se reunieron en la habitación de Knick, que daba a la plaza, y Maurice Hindus trajo a una joven checa para que tradujese el discurso sobre la marcha.

El discurso fue breve e informó a la nación de la decisión final de dividir el país. Luego las patéticas palabras: «Nuestro Estado no será el más pequeño. Hay Estados más pequeños que el que seremos nosotros». La estenógrafa checa dejó el lápiz, ocultó la cabeza entre las manos y rompió a llorar. Al apagarse las últimas palabras del presidente, la música solemne del himno nacional checo se oyó en toda la plaza. La gente se puso firmes, como si no hubiera entendido del todo el significado de lo que acababa de oír. Luego la multitud se disgregó y echó a andar avenida abajo, miles de personas que agitaban los puños y gritaban: «¡No, no, no!». «¡Abajo Beneš!» «¡Dejad vivir a Checoslovaquia!» «¡Viva Checoslovaquia!» Centenares de policías checos entraron en la plaza y formaron gruesos cordones en la entrada de las calles que conducían al palacio de Hradshin, donde se alojaba Beneš, pero los gritos siguieron flotando en el aire como los aullidos de dolor de un animal herido. Era terrible oírlos.

Al cabo de más o menos una hora John, Knick y yo nos encontrábamos a bordo de un coche que se dirigía a la frontera entre Checoslovaquia y Austria. Knick había oído decir que ésta iba a ser la primera zona de ocupación de la Reichswehr, que, según estaba previsto, empezaría en cualquier momento después de la medianoche.

—La segunda vez en siete meses —dijo con voz apenada— que hemos tenido que presenciar cómo el ejército alemán invadía un Estado soberano sin disparar un solo tiro.

Era un pensamiento triste y todavía más triste fue el viaje. La campaña seguía a oscuras y la luz azul de nuestros faros trazaba dibujos extraños en la calzada. El chófer (un *émigré* ruso blanco) pasó apuros porque habían minado muchos puentes y las carreteras estaban bloqueadas con carros y maquinaria agrícola sacada apresuradamente a última hora. El viento arreciaba y pronto empezó a llover, lo que hizo que el viaje resultase aún más difícil. A unos

sesenta kilómetros de Praga, doblamos una curva y vimos una larga columna de soldados que se dirigía hacia nosotros: el ejército checo en retirada. Marchaban en silencio y sólo se oía el ruido del viento y de la lluvia, de las ruedas de los cañones, el chapoteo de las botas en el barro. En medio de aquel silencio espantoso se podía percibir la amargura penetrante de la derrota.

En los pueblos ocurría lo mismo. Las plazas estaban abarrotadas de personas entristecidas que permanecían de pie bajo la lluvia, como si no se sintieran con ánimos para volver a casa porque les daba miedo estar solas. Cuando nos detuvimos para cenar en una población llamada Tábor, encontramos el restaurante lleno de gente sentada alrededor de las mesas, bebiendo cerveza y café, pero sin hablar, simplemente mirando al vacío.

Eran casi las once cuando llegamos a Budweis, la última población grande de Checoslovaquia antes de alcanzar la frontera de los Sudetes. Fuimos a la comisaría de policía para preguntar cuál sería la ruta exacta del ejército alemán. Era una pregunta delicada, pero el inspector de la policía checa nos escuchó cortésmente como si fuese la más natural del mundo, sacó un mapa del cajón de su mesa de despacho y se puso a estudiarlo. No tenía aspecto de policía, con su frente de intelectual y su rostro fino y sensible. Hablaba inglés y nos dijo que había vivido en Estados Unidos.

—Un país por el que siento gran admiración.

—No más que la que nosotros sentimos por su país —replicó John.

El inspector no hizo ningún comentario, pero dijo «Gracias» en voz baja.

Después de pensárselo mucho nos aconsejó que fuéramos a una población llamada Oberplan, a unos doce kilómetros de la frontera austriaca.

—Pero si van de noche, nunca la encontrarán. Las carreteras son difíciles y la mitad de ellas están bloqueadas. Haré que les acompañe un agente.

Le rogamos que no se tomara tantas molestias, pero insistió y llamó a un policía joven a su despacho. El chico no podía tener más de veinte años, era rubio y sus mejillas eran sonrosadas como las de un bebé. El inspector le dijo algo en checo y el agente señaló su uniforme. Luego salió del despacho y volvió al cabo de un momento, enfundado en un abrigo largo de color negro. Rió y dijo algo que no entendimos y el inspector nos explicó que el joven agente pensaba que era mejor no entrar en territorio sudete sin ocultar su

uniforme.

Una vez más nos pusimos en marcha y a pocos kilómetros de Budweis encontramos una patrulla checa de treinta o cuarenta hombres apostada junto a la carretera. Eran las doce y diez y los soldados nos dijeron que se habían retirado del territorio sudete justo al dar la medianoche... y por última vez. Nuestro chófer y el policía hablaron con ellos en checo mientras examinaban nuestros papeles, luego nos los devolvieron, saludaron y al cabo de unos minutos cruzamos las nuevas fronteras del Tercer Reich.

No habíamos avanzado mucho cuando descubrimos que campesinos sudetes, fuertemente armados con fusiles y escopetas, habían sustituido a las patrullas checas. El ambiente era electrizante y hostil; en dos ocasiones varios hombres surgieron súbitamente de la maleza y, blandiendo sus faroles, nos ordenaron a gritos que nos detuviéramos. Sus modales eran bruscos y malhumorados, pero después de examinar nuestros papeles nos dejaron ir.

Cerca de Oberplan, sin embargo, no tuvimos tanta suerte. Esta vez unos doce hombres surgieron del borde de la carretera, rodearon el coche y metieron los fusiles por las ventanillas. Era evidente que estaban muy nerviosos, ya que se pusieron a gritar pidiendo ayuda, como si fuéramos un grupo de forajidos, y más hombres bajaron corriendo por la carretera. Uno de ellos disparó al aire con su fusil (señal de peligro) y pronto se formó una multitud de más de cincuenta hombres. Nunca en la vida he visto un grupo de campesinos más duros y torvos. La mayoría lucían brazales grandes con la esvástica e insignias nazis de fabricación casera prendidas en la chaqueta. Uno de ellos, un hombre que llevaba una chaqueta de cuero, botas y pantalones de montar (el Führer local, obviamente), nos ordenó que les mostrásemos nuestros papeles de identificación. Nos los arrebató de las manos y anduvo hasta la parte delantera del automóvil para examinarlos a la luz de los faros. Pero su interés por ellos no duró mucho porque de pronto se fijó en la matrícula de nuestro coche y exclamó en tono triunfal:

—*Ach so! Sie kommen aus Prag!* (¡Ah! ¡Vienen de Praga!)

Knick intentó explicar que éramos reporteros de prensa y queríamos ver cómo el ejército alemán cruzaba la frontera, pero fue inútil. El tipo siguió mirándonos con cara de pocos amigos y repitiendo una y otra vez:

—*Ach so! Sie kommen aus Prag! Aus Prag!*

Con voz destemplada anunció que tendríamos que ir al juzgado del pueblo para que nos registrasen. Varios hombres subieron de un salto al estribo, con los fusiles apuntando todavía al interior del coche, y ordenaron al chófer que condujera despacio. Los demás fueron andando a ambos lados del vehículo. Fue un viaje incómodo, porque los alemanes estaban tan nerviosos que un movimiento en falso por parte de cualquiera de nosotros podría haber provocado un accidente desagradable.

Al llegar a la plaza del pueblo, que estaba a unos dos kilómetros y medio, vimos que estaba llena de hombres, mujeres y niños, todos ellos ataviados con sus mejores galas; algunos gritaban y ondeaban banderas con la esvástica, otros bebían cerveza, reían y bailaban. Resultaba un espectáculo extraordinario a la una de la madrugada; esperaban allí porque querían estar entre los primeros en dar la bienvenida al ejército alemán.

Cuando nuestro coche se detuvo, el Führer local pidió a gritos al gentío que abriera un pasillo y fuimos conducidos, bajo la mirada estúpida de la gente, hasta el juzgado, que se encontraba en el otro lado de la plaza. Nos llevaron al piso de arriba y entramos en una habitación pequeña en la que había una mesa y una docena de sillas —probablemente la sala de reuniones del ayuntamiento— y tres o cuatro esbirros que siguieron apuntándonos con sus fusiles. El Führer local empezó a cachearnos en busca de armas de fuego. Registró a conciencia mi bolso y vació sobre la mesa el contenido de los bolsillos de John y Knick, pero cuando llegó a los papeles de identificación del chófer se quedó perplejo, los miró fijamente y luego le preguntó cuál era su nacionalidad.

—Soy ruso —replicó el hombre.

—¡Es un bolchevique! —exclamó uno de los esbirros, presa de excitación.

Tras una larga explicación el chófer demostró finalmente que era un ruso blanco y la excitación se desvaneció. Entonces el jefe se volvió hacia el checo, que seguía envuelto en su largo abrigo, y le ordenó que se lo quitara. Fue un momento espantoso, pero el agente no podía hacer otra cosa que obedecer y al cabo de un instante su uniforme de policía quedó a la vista de todos. Se hizo un silencio cargado de asombro. Luego el Führer gritó:

—¡Un checo! ¡Hemos capturado a un checo!

Se acercó al policía blandiendo una porra de goma con la que descargó un fuerte golpe sobre la mesa.

—¿Sabes que ahora estás en el Tercer Reich? ¿Que ya no toleramos que los checos merodeéis por nuestros pueblos?

Metió la mano en el bolsillo del policía, sacó de un tirón un par de guantes, un llavero y un billetero y los arrojó sobre la mesa. Luego metió la mano en el otro bolsillo y sacó un revólver y nada menos que un brazal con la esvástica.

Probablemente el checo se la había quitado a un partidario de Henlein durante uno de los recientes disturbios y en el rostro del alemán apareció una mezcla aterradora de triunfo, odio y venganza.

—De modo que te has traído un revólver para matar a tiros a alemanes inocentes, hombres y mujeres. Eso está muy mal. ¡Pero una esvástica! ¡Un checo con una esvástica! («*Ein Tscheche mit Hakenkreuz!*») —Su voz temblaba de rabia. Se puso a dar vueltas por la habitación y de vez en cuando acentuaba sus frases golpeando la mesa con la porra—. *Ein Tscheche mit Hakenkreuz!* —exclamó de nuevo. Luego se volvió hacia sus hombres y dijo—: Llevadle afuera. Vamos a enseñarle lo que hacemos con los checos.

El chico palideció. Los alemanes lo sujetaron por los brazos y lo sacaron a rastras de la habitación. Estuve a punto de vomitar.

—¡Los muy cerdos! —masculló John—. Probablemente lo van a matar a palos.

—No será la primera vez —dijo Knick, mientras yo seguía preguntándome si iba a vomitar.

—Pero ¿no podemos hacer nada? —dije con voz ahogada—. No podemos quedarnos aquí sentados.

Fue un comentario tonto, porque quedarnos sentados era precisamente lo que teníamos que hacer. El Führer local se había puesto tan furioso que llamó a gritos a un hombre armado con una metralleta y le ordenó que nos vigilase.

—Si se mueven —dijo—, mátalos.

Luego nos hizo saber que tendríamos que quedarnos hasta que el agente de la Gestapo llegase del Reich, salió y cerró la puerta con llave.

Nuestro guardián era un campesino con cara de idiota que nunca había empuñado una metralleta. La sujetaba con fuerza y tenía los ojos clavados en nosotros como si de un momento a otro fuéramos a intentar fugarnos. Teníamos tanto miedo de que algún movimiento le disgustara que apenas nos atrevíamos a volver la cabeza. En el exterior se oía el ruido que armaba la muchedumbre: de cuando en cuando las voces subían de tono hasta convertirse en un grito enloquecido: «*Sie kommen gleich!*» (¡Ya vienen!), pero siempre era una falsa alarma.

Nos preguntábamos cuánto tardaría en llegar el agente de la Gestapo y qué pasaría cuando llegase. Knickerbocker había sido expulsado de Alemania y era objeto de ataques frecuentes por parte de la prensa nazi.

—No te preocupes —le dije—. Tendrán miedo de los norteamericanos.

—¿Ah, sí? —respondió Knick—. De la misma manera que tienen miedo de Inglaterra y Francia.

Sin embargo, tuvimos suerte. El agente llegó a las cinco de la mañana. Era un típico hombre de las SS con uniforme negro: severo, adusto, extremadamente correcto. Al entrar en la habitación, hizo una reverencia, dio un taconazo y nos dijo que examinaría nuestros papeles de inmediato. Era evidente que Knickerbocker no constaba en su lista negra y las palabras «periodistas extranjeros» parecieron causarle una honda impresión. Volvió al cabo de unos minutos, pidió disculpas por las molestias que nos habían causado y ordenó que nos pusieran en libertad. Pero cuando le preguntamos por el policía checo su expresión se volvió más adusta todavía.

—Ésa es una cuestión diferente. Tendremos que ocuparnos de su caso por separado.

A esas alturas estábamos tan agotados que fuimos a la pequeña pensión del otro lado de la plaza y dormimos hasta las ocho. La multitud era menos numerosa, pero debía de haber más de cien personas (un poco desaliñadas ahora) que seguían esperando.

Por la mañana, cuando nos disponíamos a emprender el viaje de vuelta a la frontera, nuestro chófer anunció que se había quedado sin gasolina. En el garaje se negaban a suministrarla sin un permiso especial, así que Knick y yo volvimos al juzgado. Encontramos al hombre de las SS sentado ante una

mesa de despacho, trabajando ya con ahínco, examinando minuciosamente los libros de la administración local. Aunque no se había acostado, no perdió tiempo y se apresuró a proclamar la autoridad de la Alemania nazi; cuando Knick comentó que debería dormir un poco, repuso sin sonreír:

—Los soldados del Reich no descansan hasta que el trabajo está hecho.

¡Exactamente igual que una película de Hollywood!

Cuando salíamos de su despacho un agricultor sudete con cara de degenerado entró en la habitación dando muestras de excitación. Dijo que había dos comunistas escondidos cerca de allí y pidió permiso para detenerlos y llevarlos a la cárcel.

—¿Está seguro de que son comunistas? —preguntó el hombre de las SS.

—Oh, sí —replicó el agricultor—. Les oí hablar contra el Führer.

El hombre de las SS asintió con la cabeza y el sudete salió a toda prisa.

Nos dieron la autorización para que nos suministrasen gasolina, pero al final no vimos cómo el ejército alemán cruzaba la frontera. Llegamos hasta las barreras que había cerca de Hohenfurth e incluso allí encontramos gente del pueblo que esperaba para recibir a las tropas alemanas con flores y coronas. Pasamos allí varias horas, pero al mediodía aún no se veía ninguna señal de largas columnas de uniformes grises. Knick y John tenían que mandar artículos para las ediciones de la tarde y sólo en la capital era posible comunicar con el mundo exterior. No nos atrevimos a entrar en Alemania porque temíamos que luego no nos dejaran salir y finalmente llegamos a la conclusión de que lo único que podíamos hacer era regresar a Praga y escribir nuestros artículos con el material que ya habíamos reunido.

Todavía estábamos muy preocupados por la suerte de nuestro policía checo y nos detuvimos en Budweis para contarle al inspector lo que había sucedido. Se llevó un gran disgusto al recibir la noticia.

—No volverá nunca. Conozco a esos alemanes. Le matarán.

Le dijimos que haríamos todo lo posible por sacarle del aprieto y cuando llegamos a Praga hicimos gestiones por medio de la embajada de Estados Unidos, además de enviar telegramas a Berlín nosotros mismos. Varias semanas después de irnos de Checoslovaquia, supimos que, aunque había sufrido tremendas palizas, seguía vivo y finalmente le habían puesto en

libertad.

El viaje de vuelta a Praga fue largo e incómodo. Las carreteras estaban peor que el día anterior a causa de la lluvia y mientras avanzábamos despacio intentamos escribir la «entradilla» de nuestros artículos. Recuerdo la primera frase del de Knick porque tenía solamente cuatro palabras: «El mal ha triunfado».

En Praga la decepción de Múnich tuvo efectos trágicos. Las embajadas extranjeras se vieron inundadas de gente que suplicaba un pasaporte para huir del país y hasta los periodistas recibían patéticas peticiones de ayuda. John y yo estábamos sentados en un café enfrente del hotel cuando un anciano oyó que hablábamos en inglés y se acercó a nuestra mesa. Era un escritor alemán que había pasado dos años en un campo de concentración y no había sido puesto en libertad hasta 1936, el año en que había venido a Praga.

—Tienen que ayudarme a escapar —dijo—. No podría soportarlo otra vez. Soy demasiado viejo.

No había nada que pudiéramos hacer por él y John intentó tranquilizarle.

—Pero en Praga está usted a salvo.

El hombre negó con la cabeza.

—No tardarán en llegar. Eso lo sabe todo el mundo.

Era la horrible sensación de fatalidad lo que nos acongojaba. Antes, cuando los checos creían que iban a luchar, se les veía animosos, pero ahora que estaban arrancando las tiras de papel de estraza de las ventanas, encendiendo las farolas y deshaciéndose de las máscaras antigás, la esperanza se había esfumado. El profesor checo (el que en mayo había suspirado al ver los cerezos en flor y que ahora está en un campo de concentración) vino a verme al hotel. Ya parecía más viejo y hablaba con voz cansada.

—Me han dicho que en Londres y en París lo están celebrando. Me han dicho que Chamberlain se ha convertido en un héroe. También nosotros deberíamos celebrarlo, porque en Praga nos queda poco tiempo. Dentro de seis meses la mitad de nosotros estará en campos de concentración.

Me sentía tan disgustada a causa de lo que había visto que sólo pensaba en

irme cuanto antes, pero me quedé el tiempo suficiente para oír el discurso que Hitler pronunció en Karlsbad el martes siguiente. Hice el viaje con Ralph Murray, de la British Broadcasting Corporation. Era un día gris y lluvioso, y cuando llegamos hacia las once de la mañana, nos encontramos con que la ciudad ya estaba llena hasta los topes de soldados alemanes y hombres de las SS. Centenares de trabajadores estaban erigiendo arcos de triunfo en las calles, enormes coronas de flores que formaban las palabras «*Wir danken unseren Führer*» (Damos gracias a nuestro líder). Pero la actividad más febril era la de la Sección de Propaganda. A primera hora de la mañana habían empezado a llegar a la ciudad coches blindados con micrófonos, altavoces, cámaras, grabadoras, pancartas, folletos propagandísticos y banderas con la esvástica. En la Schmuckplatz, la gran plaza donde hablaría Hitler, estaban instalando altavoces y de vez en cuando se daban órdenes a voz en grito a la multitud que ya empezaba a congregarse allí. Los chicos encargados de la propaganda acaparaban la atención del público, lo cual era exactamente como tenía que ser, porque era evidente que todo aquello era la victoria de Goebbels.

Andaba sin rumbo fijo por las calles atestadas de gente cuando me topé con Boehmer, jefe de la oficina alemana de Prensa Extranjera; me dijo que a los corresponsales llegados de Berlín se les había asignado un lugar en la esquina de la Schmuckplatz y me fui a buscarlos. Me abrí paso entre una larga línea de hombres de las SS y finalmente vi a Euan Butler y a Ed Beattie. Se encontraban de pie bajo la lluvia, aguardando el gran acontecimiento, tan deprimidos que apenas lograron esbozar una sonrisa. Habían estado informando desde el punto de vista de Berlín y ya habían acompañado al ejército alemán en tres zonas de ocupación.

El mayor Hinzinger, una figura atildada que llevaba botas y pantalones de montar, tenía el grupo a su cargo e iba de un lado para otro haciendo comentarios alegres. Recuerdo la sorpresa que me llevé cuando Ed Beattie consultó su reloj, se volvió hacia el mayor y preguntó:

—¿Cuánto tiempo nos va a tener esperando ese cabrón de ojos saltones?

Pero el mayor aceptó el comentario como si formase parte de la manera cómica en que se expresaban los norteamericanos.

—¿Se refiere al Führer? —preguntó jovialmente—. Oh, no creo que nos tenga en vilo mucho más.

A las dos menos cuarto, retumbaron de pronto los altavoces:

—El Führer está en Karlsbad.

La multitud prorrumpió en aclamaciones atronadoras que duraron hasta que, quince minutos más tarde, el gran hombre entró en la plaza, de pie, como siempre, en la parte delantera de un automóvil largo y negro y la mano extendida para hacer el saludo nazi. Cuando apareció en el balcón del Teatro Municipal se produjo un verdadero delirio de «*Sieg Heils*».

Llevaba un abrigo militar largo, de color gris, que le hacía parecer más pequeño que de costumbre. El discurso fue breve y me pareció detectar en él cierto tono de impaciencia. Recordé lo que me había dicho Unity acerca de que Hitler se aburría y me pregunté si ahora que el mundo volvía a la calma el interés de Hitler había disminuido de repente. El único momento en que alzó la voz y habló con convicción fue cuando golpeó el micrófono y dijo:

—Sabía que algún día me encontraría aquí.

Al terminar el discurso, el mayor Hinzinger se acercó a nosotros, sonriendo jovialmente todavía, y aproveché para preguntarle cómo se sentía después de su victoria sobre los checos.

—Supongo que no debería decirlo —respondió—, pero, al fin y al cabo, soy militar. ¡Y no puedo evitar sentirme un poco decepcionado porque no nos permitieron medir nuestras armas con ellos!

Geoffrey Cox, del *Daily Express*, volvió a Praga con Ralph y conmigo. A unos tres kilómetros de Karlsbad un grupito de soldados checos se había detenido en el punto de la carretera donde empezaba la nueva frontera. Pararon nuestro coche y uno de ellos nos preguntó con curiosidad qué tal había ido la celebración. Escuchó sin decir nada y luego comentó en alemán:

—Supongo que pronto se irán de Checoslovaquia. ¿Van a ir ustedes a Francia?

Geoffrey asintió con la cabeza y el soldado dijo:

—Cuando lleguen allí, pueden decirles de parte nuestra que algún día mirarán hacia el otro lado de esa Línea Maginot que tienen y preguntarán: «¿Dónde están aquellos dos millones de checos?». Y nosotros ya habremos

dejado de existir. Tendrán que luchar solos.

Hicimos el resto del viaje hasta Praga en silencio.

Detalle incidental para Estados Unidos: unos días después de firmarse el acuerdo de Múnich, Jan Masaryk, el ministro checo en Londres e hijo de Tomáš Masaryk, el fundador de Checoslovaquia, iba andando por Hyde Park cuando Joseph Kennedy, el embajador norteamericano, pasó en coche por su lado. El coche se detuvo y Kennedy dijo:

—¡Hola, Jan! ¿Quieres que te lleve?

Jan subió al automóvil y Kennedy le dio una palmada en la espalda.

—¡Chico! ¿No es maravilloso?

—¿A qué te refieres? —preguntó Jan.

—A lo de Múnich, por supuesto. ¡Ahora puedo ir a Palm Beach, después de todo!

Neville Chamberlain

Contemplé a la joven del vestido de tafetán escarlata y al joven del frac que daban vueltas en el salón de baile del Ritz con tanta rapidez que parecían una peonza roja y negra. Asistía a una cena y me encontraba sentada al lado de Alfred Duff Cooper, que, dos semanas antes, había renunciado a su cargo en el Gabinete británico. Un rato antes Duff Cooper me había dicho:

—Fue lo de «paz con honor» lo que no pude tragar. Si hubiera vuelto de Múnich diciendo «paz con *deshonor* terrible, absoluto, sin paralelo», quizá me habría quedado. Pero ¡paz con *honor*...!

A la chica del vestido de tafetán rojo no le preocupaban el honor ni el deshonor, como tampoco preocupaban a las demás parejas que bailaban en la pista, a juzgar por la expresión de sus caras. Lo importante era la paz. Una vez más sonaba la música y Chamberlain era el héroe del momento. Las empresas anunciaban su gratitud en la prensa; en los escaparates de los comercios se exponían muñecos de Chamberlain y paraguas de azúcar; y en Escandinavia se hablaba de regalarle al líder británico un arroyo para que pescase truchas en él. Sólo unas cuantas personas como Duff Cooper habían recibido con tristeza y escepticismo la afirmación de Chamberlain de haber logrado «la paz para nuestro tiempo» y contemplaban el futuro con pesimismo. Cuando la joven del vestido de tafetán escarlata pasó bailando cerca de nosotros Duff dijo:

—¡Me pregunto dónde estará *esa* pareja dentro de un año!

Pero a los escépticos como Duff pronto les dieron por perdidos tras tacharlos de chiflados y las alabanzas a Neville Chamberlain continuaron sin disminuir en lo más mínimo. Fue durante este periodo de adulación —de hecho, pocas noches después de la velada en el Ritz— cuando me invitaron a una cena para que le conociese.

La anfitriona era su cuñada, Lady Chamberlain, viuda de Sir Austen Chamberlain, exministro de Asuntos Exteriores y hermanastro de Neville. Recuerdo muy bien el comedor con sus cortinas amarillas y sus grandes jarrones con flores también amarillas. Había sólo diez personas sentadas a la mesa: el primer ministro y su esposa, Lady Birkenhead, el príncipe y la princesa de Ruspoli de Roma, el duque de Alba (representante de Franco), la hija y el yerno de Lady Chamberlain, Terence Maxwell y su esposa, y yo.

El primer ministro presentaba un aspecto más vigoroso que en las fotografías y me sorprendió (igual que en el caso de Hitler) comprobar que era buen conversador y poseía un vivo sentido del humor. Durante la cena estuve un poco lejos de él, pero cuando pasamos a la sala de estar Lady Birkenhead le dijo que yo acababa de regresar de Checoslovaquia y nos condujo al sofá que había en el rincón. Nunca olvidaré el primer comentario que hizo Chamberlain:

—Dígame —dijo sonriendo—, ¿le pareció que los checos estaban resentidos con los ingleses?

Me dejó tan atónita que durante unos momentos no pude contestar. Luego describí algunas de las cosas que había visto y oído y él me escuchó atentamente y con una expresión de gravedad en el rostro.

—A juzgar por lo que vi —agregué—, los checos se comportaron con un extraordinario dominio de sí mismos. Todas las historias que decían que los checos «perseguían» a los alemanes carecían de todo fundamento, las inventó la propaganda alemana.

Chamberlain asintió con la cabeza, comprensivamente.

—Lo sé. Para los alemanes ninguna acusación era demasiado descabellada. Incluso en Godesberg, mientras estábamos reunidos en conferencia, cada dos por tres entraba Von Ribbentrop con noticias sobre atrocidades cometidas por los checos, y las leía en voz alta, de forma sensacionalista. Por supuesto, era ridículo. Sabíamos que se trataba de patrañas. Bastaba con hablar con nuestra gente en Praga para averiguar la verdad. Pero eso es lo malo de los alemanes. No tienen sensibilidad. Nunca se dan cuenta de la impresión que están causando.

—¿Qué le pareció Von Ribbentrop? —pregunté.

—Un tipo terrible.

—¿Y Hitler?

—Tampoco es muy agradable. Me pareció que tenía un rostro extraordinario, casi siniestro. Y un temperamento que es de todo punto ingobernable. Varias veces, en Godesberg, se excitó tanto que me resultó extremadamente difícil seguir conversando con él. De hecho, en varias ocasiones tuve que decirle a Schmidt (el intérprete) que le dijese que de aquella manera no llegaríamos a ninguna parte y que le pidiese que no se desviara del asunto. Un tipo de lo más difícil. Cuesta entender la fascinación que ejerce sobre los alemanes. Pero me parece que está empezando a perder su poder.

—¿Hitler? —dije, sorprendida.

—Sí. Al llegar a Alemania me fijé en que la gente aclamaba mucho más a Göring que a Hitler. Creo que tal vez Göring acabe convirtiéndose en el verdadero poder del país.

Le dije a Chamberlain que no me parecía extraño que Hitler no fuera aclamado; Göring era el Italo Balbo del país..., el ídolo popular, de carne y hueso, que decía palabrotas y que hacía que la gente respondiera cariñosamente gritando: «El bueno de Hermann»; pero Hitler era casi sagrado. La gente no gritaba como en el caso de Göring; a menudo lloraba.

—Quizá —replicó Chamberlain—. Pero no estoy seguro. No creo que a los alemanes les guste que los conduzcan hasta el borde de una guerra. La acogida que me tributaron me dejó atónito y ya he recibido centenares de cartas de Alemania en las que me dan las gracias por el papel que desempeñé. ¡Al llegar a Múnich, hasta los hombres de las SS me vitorearon! Eran los últimos de los que hubiera esperado que diesen la bienvenida a la paz.

—Comprendo que los alemanes se alegrasen, pero me cuesta más comprender por qué se alegran los franceses —contesté—. Después de todo, los alemanes obtuvieron la paz, además de todo lo que querían. Pero si los franceses obtuvieron la paz, fue sólo a costa de una claudicación ignominiosa. No logro imaginarme qué motivo encontraron *ellos* para alegrarse. La situación de Francia me parece la peor de todas.

Mi comentario fue un desafío deliberado y la respuesta de Chamberlain me

dejó totalmente desconcertada. Movi6 la cabeza para indicar que estaba de acuerdo y dijo:

—A menos que los franceses encuentren algunos líderes nuevos y vigorosos enseguida, están acabados como potencia de primer orden.

A continuación me contó la misma historia que me había contado el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores: cómo los franceses se habían puesto en comunicación con el Gobierno británico a última hora y se habían retractado categóricamente de sus promesas.

—De haberlo sabido varios meses antes, tal vez habríamos podido ayudar a los checos a obtener un acuerdo mucho más razonable —dijo Chamberlain—, pero los franceses nos aseguraron, tanto en privado como públicamente, que estaban decididos a cumplir con las obligaciones que imponía el tratado... hasta el último momento. Vaticino que a menos que los franceses recobren la serenidad de ánimo enseguida, no sobrevivirán mucho tiempo como democracia. Si con alguien deberían estar resentidos los checos sería con los franceses.

—Todo el mundo sabe —dije de forma nada elegante— que Bonnet es el mayor sinvergüenza de Europa.

Chamberlain rió.

—No inspira mucha confianza.

—¿Cree usted que Hitler desprecia a los franceses?

—No lo sé, pero me parece que sospecha que son muy débiles. —Y acto seguido exclamó—: ¡Es un hombre tan curioso! Al juzgarlo, uno tiene que modificar todas sus ideas normales y tratar de recordar que ha llevado una vida muy extraña, porque es diferente de todas las demás personas. Lo que encontré más difícil, aparte de sus arrebatos temperamentales y su costumbre de irse por las ramas, es que fuese tan irracional. Por ejemplo, en Godesberg me dijo que el problema checo era tan importante que no podía esperar un día más, y a renglón seguido sugirió que yo viajase a Berchtesgaden para ver su refugio de montaña. Le dije que si el problema era tan importante, no veía cómo podía permitirse el lujo de perder el tiempo enseñándome el paisaje, pero él no parecía encontrarlo extraño. —Chamberlain rió y añadió—: Alguien me dijo que Hitler se escandalizó cuando le dijeron que me gustaba

cazar y comentó que la caza era un deporte cruel. Imagínese. Alguien con el historial de Hitler poniendo reparos a cazar pájaros. —Chamberlain parecía encontrarlo gracioso. Luego su sonrisa desapareció y me preguntó con curiosidad—: ¿Qué pasó en Praga cuando se enteraron del resultado de Múnich?

Le hablé de las multitudes que habían invadido la plaza principal, y del viaje en coche bajo la lluvia, a través de pueblos a oscuras; y, finalmente, de las horas que habíamos pasado vigilados por el alemán de la metralleta. Le hablé de cómo habíamos permanecido pegados al receptor de radio hasta las tres de la madrugada esperando el informe final de la Conferencia de Múnich y le pregunté por qué había tardado tanto.

—Cosas de la ineficiencia alemana —respondió con una sonrisa—. Siempre me habían inducido a creer que los alemanes eran gente de una eficiencia total, pero al llegar a Múnich nos encontramos con que nada estaba preparado. No había intérpretes, ni estenógrafos, ni lápices, ni tan sólo papel. Tardaron horas en ponerlo todo a punto. Pero el momento culminante llegó cuando, a las dos y media de la madrugada, el documento por fin quedó listo para la firma y Hitler se levantó de un salto, se acercó a la mesa, metió la pluma en el tintero y resultó que ni siquiera había tinta. Vaya, incluso en Londres hubiéramos tenido tinta.

En ese momento la conversación llegó a su fin porque la señora Chamberlain se acercó a nosotros y le dijo al primer ministro que era la hora de acostarse. Fue la única conversación que sostuve con Chamberlain; cuando llegué a casa la puse por escrito tal como la he contado aquí.

Chamberlain me había sorprendido por su franqueza y me había causado la impresión de que era un hombre sincero. Las críticas implacables de que era objeto, presentándole como un malvado y acusándole de simpatizar con el totalitarismo, eran sumamente injustas. Creía en la democracia y en el imperio británico con el mismo fervor que Winston Churchill; en lo que no creía con el mismo fervor que Churchill era en la maldad de Alemania.

Aunque estaba en contra de los nazis y no le gustaba Hitler, poca duda cabe de que le impresionaba hondamente el deseo de paz del pueblo alemán. El hecho de haber sido aclamado «incluso por los hombres de las SS» había

dejado en él una huella profunda. Al parecer, no se daba cuenta de que en los Estados totalitarios la opinión pública se crea y moldea de la noche a la mañana con el objeto de que se ajuste al propósito del momento. Su comentario sobre la disminución del poder de Hitler fue para mí un indicio de una peligrosa falta de percepción de la realidad.

Pero al pensar ahora en todo ello, sus comentarios sobre Francia resultaban aún más curiosos. Los hechos han confirmado su predicción, pero lo que cuesta entender es por qué (y cómo desearía haberle hecho esta pregunta), si creía que la situación de Francia era tan precaria, no le había alarmado más el futuro de la aliada de Francia, Gran Bretaña.

A mi modo de ver, la respuesta era que Chamberlain estaba tan convencido de que otra guerra significaría el fin de la civilización (una frase que oías repetidamente era: «En la guerra no hay vencedores») que creía que ni siquiera Hitler, «si era tratado de manera justa», sería capaz de sumir a Europa en una vorágine tan catastrófica. Al parecer, veía a Hitler como un ser curioso y más bien desequilibrado al que se podía manejar «tratándole de forma inteligente». Esto le hizo subestimar la fuerza impulsora y la ambición a las que hacía frente, porque Chamberlain era un hombre que carecía de la comprensión humana de Churchill; no podía imaginarse el mundo como «un caballo cansado», azotado siempre «para que anduviera un poco más» por un nuevo y ambicioso amo.

Es indudable que creyó sinceramente en las promesas que le hizo Hitler: «No tengo más exigencias territoriales en Europa»; y que hablaba en serio cuando el 27 de septiembre él mismo dijo: «... si estuviera convencido de que alguna nación había decidido dominar el mundo mediante el temor a su fuerza, juzgaría necesario oponer resistencia a ella». La tragedia residía en el hecho de que no fue posible convencerle. Pasará a la historia como un hombre que fue engañado, pero cabe preguntarse si tenía o no derecho a dejarse engañar con las pruebas tan abrumadoras que tenía ante él. Sea como fuere, la mayoría de los europeos compartían con él la falsa sensación de seguridad. Si bien el Gobierno británico ordenó que se incrementara el armamento (por si acaso...), todo el mundo volvió a la normalidad; fue exactamente como la caricatura que publicó la revista *Punch* en la que aparecía John Bull instalándose

cómodamente en una silla mientras las palabras «Amenaza de guerra» salían volando por la ventana con la leyenda: «Gracias a Dios, eso ha desaparecido».

Tom Mitford, el hermano de Unity, regresó de Alemania donde había pasado un día con Hitler, y me dijo que el Führer había empleado las palabras «querido anciano» para referirse a Chamberlain. Al parecer, le había cogido simpatía y le comentó a Tom que lamentaba que «el anciano» hubiese tenido que hacer tres viajes tan largos. Dijo que en la segunda ocasión había pensado ir él mismo a Londres e incluso pidió que preparasen su avión, pero sus asesores le habían dicho que era imposible porque el viaje hubiese entrado en la categoría de «visita de Estado», lo cual significaba una estancia de tres días en la capital británica. «De todos modos», añadió Hitler, «probablemente es mejor así. Conozco a los ingleses. Me hubieran recibido en Croydon con una docena de obispos.»

Tom dijo que aunque él y Unity eran las únicas personas que estaban con Hitler en la habitación, cuando el Führer hablaba de los checos su voz se alzaba hasta convertirse en un grito, como si se estuviera dirigiendo a un público muy numeroso. Luego su humor cambiaba y volvía a mostrarse tranquilo. «No entiendo que algún inglés estuviera dispuesto a derramar su sangre por un solo checo. Pero si Inglaterra *hubiese* entrado en guerra con nosotros, de una cosa estoy seguro: ni un solo avión británico habría conseguido sobrevolar Alemania» (Tom nunca entendió qué había querido decir con este comentario y pensaba que tal vez se refería a algún «arma secreta»; si así era, no ha sido un gran éxito).

Hitler preguntó por qué los ingleses habían cavado trincheras en Hyde Park y cuando Tom contestó que eran refugios antiaéreos, el Führer echó la cabeza atrás y soltó una sonora carcajada. «¡Así que se trataba de eso! ¡Aquí en Alemania no podíamos imaginárnoslo! Creíamos que los ingleses tenían la impresión de que íbamos a desembarcar tropas y, de hecho, estaban cavando trincheras de primera línea.» (Recuerdo que le comenté a Tom: «¡Vaya idea! ¡Debe de estar loco si cree que los ingleses son tan tontos!».)

Al igual que su hermana, Tom estaba convencido de que Hitler, a pesar de sus ambiciones en el continente, deseaba sinceramente la amistad con

Inglaterra y ansiaba reorganizar el mundo basándose en un entendimiento anglo-alemán. Esta opinión no era rara en Londres, aunque costaba entender en qué se basaba. Hitler pronto dejó de pensar que Chamberlain era un «querido anciano», toda vez que apenas habían transcurrido tres semanas desde Múnich cuando la prensa alemana empezó a atacar el rearme británico y a decir que el artífice de la paz de Múnich era el belicista de Europa.

Cuando pasé por Berlín (camino de Rusia) durante las navidades, encontré una ciudad fría e inhóspita, casi tan belicosa como la última vez que la había visto, el verano anterior. En agosto se había movilizad el ejército y en las avenidas resonaban el rugir de las motos y el retumbar de los coches blindados; la capital estaba enterrada bajo una espesa capa de nieve y presentaba un aire silencioso, casi melancólico; en las gélidas calles apenas había tráfico y los grandes proyectos de construcción que salpicaban toda la ciudad, y que no se habían terminado a causa de la escasez de mano de obra, yacían bajo la nieve como cadáveres gigantescos cubiertos respetuosamente con sábanas.

Pero el ambiente era tan belicoso como en el pasado mes de agosto. La primera persona a la que vi al llegar fue a Karl Silex, con el que me encontré en el bar del Adlon. Casi sin darme tiempo para saludarle empezó a decir:

—Así que ha venido de Londres. Bien, aquí en Alemania hemos cambiado de opinión acerca de Chamberlain. En vez de trabajar por la paz parece que se dedica a fabricar armas. Si la hipocresía continúa, se nos acabará la paciencia.

Luego, con un razonamiento del cual sólo son capaces los alemanes (pese a tener fama de ser gente lógica), pasó a vaticinar que en 1939 se producirían más cambios en el mapa de Europa.

—De una cosa puede usted estar segura —dijo en tono desafiante—. Las fronteras de Alemania aún no se han trazado de forma permanente ni en el este ni en el sudeste de Europa.

Escribí esto en un artículo para el *Sunday Times* y añadí que el único cambio que había observado en el espíritu agresivo de la Alemania nazi estaba en el hombre de la calle. En agosto el alemán medio había expresado su fe incondicional en los líderes del país y había repetido con una convicción

casi infantil que el Führer no llevaría la nación a la guerra. Ahora se daba cuenta de que si la paz no se había roto, era gracias únicamente a la transigencia de Chamberlain. Al parecer, el conocimiento de que Hitler había estado dispuesto a correr el riesgo de provocar una guerra había causado una honda impresión y en todas partes oías expresar graves dudas acerca del futuro. El camarero que me sirvió en el Adlon me dijo que el negocio del hotel marchaba viento en popa porque la gente veía el futuro tan incierto que ya no trataba de ahorrar su dinero; en otra ocasión un taxista me preguntó cuánto tiempo creía que iba a durar la paz y añadió con un suspiro: «Ojalá el país pudiera tener un poco de tranquilidad». Y cuando la esposa de Jimmy Holburn, Margaret, entró en una tienda, la dependienta sacudió la hucha del Fondo de Socorro para el Invierno y explicó con voz cínica y bastante cansada: «Para armas».

Pero la ansiedad y el cansancio no significaban nada, porque la gente corriente no contaba. El aparato propagandístico seguía produciendo odio contra las democracias y los líderes del Partido Nazi ya estaban sobradamente convencidos. Tuvimos ocasión de ver un ejemplo de la extraña mezcla de amistad y hostilidad a Inglaterra que existía en la capital. Robert Byron había venido a Berlín para pasar unos días con su hermana Lucy, que estaba casada con Euan Butler, el corresponsal del *Times*, y la noche de Navidad cenamos juntos y luego fuimos a un club nocturno llamado Der Goldener Hufeisen (La Herradura de Oro).

Nunca he estado en un club nocturno más extraordinario. Se hallaba abarrotado de gente sentada ante las mesitas y bebiendo cerveza y en el centro había una pista de baile, alrededor de la cual había una pista de circo, de tierra, con tres ponis en los que los clientes podían montar por un marco. La orquesta empezó a tocar, el maestro de equitación hizo restallar el látigo y el público profirió chillidos de entusiasmo mientras los valientes pero inexpertos jinetes cabalgaban penosamente alrededor del círculo. Las mujeres fueron quienes hicieron más el ridículo porque se les caía el sombrero y la falda se les subía por encima de las rodillas. Una de ellas llevaba unas bragas de color rosa chillón que provocaron grandes risotadas de los espectadores.

Robert Byron y su hermana Lucy eran jinetes consumados y a medida que

fueron pasando las horas la tentación fue en aumento y no pudieron resistirse a ella. Robert iba de esmoquin y Lucy llevaba un vestido largo de raso azul, por lo que despertaron cierta expectación cuando dijeron que querían participar. Lucy montaba a mujeriegas y cuando el maestro de equitación hizo restallar el látigo y los caballos empezaron a dar vueltas a galope tendido su figura resultó espectacular, con el pelo rubio reluciendo bajo la luz y el vestido de raso hinchándose y alzándose en el aire como una nube azul. El maestro de equitación quedó tan encantado con la exhibición que entregó a ambos un pomposo diploma. Entonces los músicos se pusieron en pie, alzaron sus vasos de cerveza y brindaron por «los visitantes ingleses»; y todos los espectadores se apuntaron a la fiesta profiriendo gritos y silbidos de aprobación. Es decir, todos excepto dos soldados de las tropas de asalto que ocupaban la mesa de al lado. Eran jóvenes, de unos veintitantos años, y uno de ellos, de tez morena y ojos negros con expresión airada, se inclinó hacia Euan y dijo con voz desagradable:

—De modo que venís de Inglaterra. No nos gustan los ingleses. Todos los ingleses son unos hipócritas.

—¡Y a nosotros no nos gusta que nos interrumpan! —replicó Euan.

Sus palabras surtieron poco efecto, porque el hombre continuó:

—Hemos leído que vuestro Chamberlain no es tan pacífico como intentó hacernos creer. Anda ocupado fabricando armas para usarlas contra Alemania. Bien, pues si eso es lo que quiere, ¡tendrá su guerra!

—Puede que no os guste cuando estalle.

El hombre rió con sorna.

—Oh, las democracias siempre fanfarronean, pero quizá se les quiten las ganas de fanfarronear cuando se enfrenten a la Luftwaffe.

—Quizá —repuso Euan—. Pero prefiero esperar y verlo a creer lo que me dices.

El más joven de los dos les interrumpió acaloradamente. Tenía las mejillas encendidas y hablaba con intensidad apasionada.

—Inglaterra debe comprender que Alemania no es un país al que se pueda seguir pisoteando. Vuestros «ancianos» no son tan listos como creen. A nuestro Führer no le engaña vuestra falsa amistad; no permitirá que los enemigos de

Alemania queden impunes. Nosotros no queremos una guerra, pero si él nos dice que nos pongamos en marcha, le seguiremos hasta el fin.

—Sí —replicó Euan ácidamente—. Y quizá será el *fin*.

Este último comentario pasó inadvertido porque justo en aquel momento llegaron cuatro amigos de los dos soldados y hubo una ronda de apretones de mano y presentaciones. Pero cuando nos íbamos, el de la tez morena interrumpió su conversación y con voz despectiva nos lanzó un «Heil Hitler».

Aquel mismo día en Inglaterra, la gente recibía una felicitación navideña de Chamberlain en la que aparecía un avión con una inscripción sencilla: «Múnich». En Alemania la gente se paraba en las calles para contemplar los carteles de Año Nuevo que mostraban la imagen de un soldado con casco de acero y bayoneta calada. También los carteles llevaban una inscripción sencilla: «1939».

Quinta parte
La Rusia soviética

Introducción a Rusia

Los guardias fronterizos rusos, con la nieve pegada a sus botas y las estrellas rojas reluciendo en sus gorras con visera, ya habían subido al tren. Habíamos salido de Stołpce, la última estación en la frontera polaca, veinte minutos antes y al cabo de pocos minutos llegaríamos a la aduana soviética en Negoreloye.

El tren atravesaba lentamente la oscuridad. La escarcha cubría las ventanillas y era imposible ver el exterior. Salí de mi compartimento al pasillo. Me sorprendió lo silencioso que estaba. Anduve hasta el otro extremo del vagón y descubrí que únicamente había otros tres pasajeros: dos correos con la valija diplomática —un inglés y un polaco— y un hombre de negocios inglés. Me hizo pensar en un tren fantasma; la quietud, las ventanillas blancas, opacas, y el gemir de las ruedas avanzando en las tinieblas.

El correo inglés (su título oficial era el de mensajero del rey) y el hombre de negocios inglés estaban sentados en sus compartimentos leyendo revistas y comiendo bombones, obviamente aburridos (al mejor estilo británico) por lo que tenían a su alrededor. Pero el correo polaco estaba nervioso. Era un hombre pequeño y moreno que andaba de un lado para otro y de vez en cuando frotaba el cristal de la ventanilla y trataba de ver el exterior. Al pasar yo, me dijo en francés, con una voz que era casi un susurro:

—No me gusta. Es un mal asunto.

—¿A qué se refiere? —pregunté, sorprendida.

—A entrar en este país. Cuando cruzas la frontera nunca sabes si alguna vez volverás al mundo.

Su comentario me desconcertó. Para mí, el viaje a Rusia era casi unas vacaciones. En el continente los odios se enconaban cada vez más; Hitler

acusaba a Chamberlain de ser un hipócrita y Mussolini gritaba: «¡Saboya, Córcega, Túnez!»). En toda Europa los gobiernos se enfrentaban unos a otros y la vida era ahora aún más turbulenta que antes de Múnich.

Cuando el *Sunday Times* sugirió que pasara seis semanas en Moscú y escribiese una serie de artículos sobre las circunstancias del momento, agradecí la oportunidad de escapar del ambiente pesimista de Londres. Por alguna razón, Rusia parecía otro mundo. Como país, siempre había encendido mi imaginación y, como fuerza política, objeto de tantas polémicas acaloradas, despertaba mi curiosidad. No albergaba ningún prejuicio a favor o en contra de los soviéticos; quería verlo yo misma. De hecho, llevaba algún tiempo deseando verlo yo misma, pero dos años antes mi solicitud de un visado ruso había sido rechazada sin ninguna explicación. Esta vez, Randolph Churchill me había llevado a almorzar con Iván Mijáilovich Maiski, el embajador soviético en Londres, a quien Sir Robert Vansittart me había recomendado extraoficialmente. Al llegar a Varsovia, el visado me estaba esperando. Envié un cable a un amigo que tenía en Moscú, Fitzroy Maclean, el segundo secretario de la embajada británica, y le dije que ahora se le presentaba la oportunidad de cumplir sus promesas de mostrarme la hospitalidad rusa; también albergaba la esperanza de ver al general Gal, el militar ruso que había tratado de convertirme al comunismo en España. Total, estaba decidida a pasármelo bien.

Mi buen humor se había visto un tanto empañado por el comentario deprimente del correo polaco, pero al cabo de unos minutos entramos en Negoreloye y sería difícil imaginar algo que contrastara más con el ambiente siniestro que cabía esperar después de lo que había dicho el polaco. La estación era un edificio de cemento, grande, blanco y muy iluminado. Las paredes estaban decoradas con fotografías de Stalin, Lenin y Marx y, escritas con letras enormes, las palabras: «Trabajadores del mundo, uníos». Mozos de expresión adusta y delantal de arpillera subieron al tren para recoger el equipaje y entramos en una habitación llena de fornidos guardias fronterizos.

Me habían advertido de que la inspección en la aduana soviética era laboriosa y había tenido la precaución de no llevar cartas ni documentos en la maleta. Incluso había seleccionado cuidadosamente mis lecturas: *Guía de la*

mujer inteligente para el conocimiento del socialismo y el capitalismo de George Bernard Shaw, que había comprado en Varsovia expresamente para el viaje. Estaba contenta de ser tan previsora y todavía lo estuve más cuando observé que el inspector de aduanas fruncía el ceño al ver la novela policiaca de Agatha Christie que llevaba el hombre de negocios inglés. Pero, por desgracia, el vehemente alegato de Shaw a favor del socialismo tampoco le causó buena impresión: echó una ojeada suspicaz a las páginas y lo confiscó. Después de una larga inspección las maletas me fueron devueltas intactas, pero al corresponsal polaco no le fue tan fácil. Llevaba una bolsa de limones que infundió profundas sospechas. Sacaron todos los limones y los examinaron con lupa. Pero no les pareció suficiente: se presentó otro funcionario con un cuchillo y los abrió de uno en uno para cerciorarse de que no contuviesen ningún código secreto. El correo polaco contempló la operación con cara de pena, porque cuando los inspectores terminaron su trabajo, de poco servían los limones para nadie.

Una vez más el tren avanzó lentamente y chirriando por los raíles de vía ancha. Se estaba haciendo tarde y el camarero recorrió con pasos torpes el pasillo para decirnos que la cena estaba lista. Descubrí que era la única que no se había traído comestibles de Varsovia. A los dos correos no les estaba permitido separarse de sus valijas diplomáticas, ni siquiera para ir al vagón restaurante (el correo polaco dijo que tenía instrucciones de permanecer despierto toda la noche) y el hombre de negocios ya estaba comiendo bocadillos y bebiendo cerveza.

A nadie parecía importarles verse privado de los servicios del vagón restaurante y pronto comprendí por qué. Era un espacio reducido con tres o cuatro mesas, separado de la cocina por una pared que tenía una abertura para pasar los platos. A través de la abertura pude ver a la cocinera, una mujer de cabellos grises y desaliñados que le cubrían parte del rostro y un par de manos sucias con un dedo vendado. Era suficiente para quitarme las ganas de comer allí, pero los precios fueron el factor decisivo. El tipo de cambio oficial era de veinticinco rublos por libra: una tortilla costaba veintitrés rublos. Finalmente tomé un poco de té y un bocadillo de caviar (lo más barato que había en el menú), que ascendieron a dieciocho rublos. El bocadillo era magro

y cuando volví a mi compartimento tenía casi tanta hambre como al salir de él; el mensajero del rey me dio una galleta y una porción de pastel y el correo polaco, un vaso de la limonada que había hecho él mismo, furioso y decidido a no desperdiciar sus limones mutilados.

A la mañana siguiente me levanté temprano, con grandes deseos de no perderme nada del paisaje ruso. Era desierto y monótono; kilómetros de llanuras aisladas por la nieve, sombríos grupos de árboles y, de vez en cuando, unas cuantas casas de madera. A veces veías un grupo de personas andando con dificultad por los caminos; resultaban tan insignificantes en aquellas inmensas extensiones de nieve que ya empezaba a experimentar la sensación de desesperación morbosa que reflejan tantos relatos rusos.

Hacia el mediodía el tren llegó a la estación Alexandrovsky de Moscú. Aunque Fitzroy Maclean me estaba esperando allí, puso cara de asombro cuando bajé del tren.

—¡Qué sorpresa! —exclamó—. Recibí tu cable, pero, de hecho, no pensé que aparecerías por aquí. A veces la gente dice que va a venir a Moscú, pero al final no siempre viene.

El aspecto de Fitzroy era de lo más raro, pues iba enfundado en un abrigo enorme y lucía un estrafalario gorro de piel que le tapaba las orejas. Era el tipo de hombre al que sólo podías tomar por un inglés..., un diplomático inglés, para más señas. Alto y delgado, presentaba un aspecto lánguido que ocultaba el hecho de que había «vagabundado» de Moscú a China y la India cruzando los peligrosos territorios tribales del Asia central. Durante el viaje le habían capturado unos bandidos, se había escapado y finalmente, dos meses después, había llegado a Delhi. Era uno de los pocos extranjeros que habían logrado hacer el viaje. Fitzroy hablaba ruso con soltura y se le consideraba no sólo uno de los jóvenes más emprendedores del servicio diplomático, sino también uno de los más capaces.

Mientras el coche circulaba por las calles camino de la embajada me dediqué a contemplar la ciudad. Me llevé una sorpresa al ver los edificios altos y modernos y las amplias avenidas; pero mi sorpresa fue todavía mayor fue cuando llegamos a la sede diplomática, una gran residencia de piedra en la Sofiyskaya Naberezhnaya, y Fitzroy miró por la ventanilla trasera y dijo, sin

darle importancia:

—No hemos perdido al resto del grupo. Ya volvemos a estar todos en casa, sanos y salvos.

Un coche verde con dos hombres en el asiento delantero se había detenido a unos metros detrás de nosotros: el coche de la GPU (la policía secreta). Fitzroy explicó que normalmente seguían al embajador, pero como éste se había ausentado porque estaba de permiso, el honor recaía en los miembros de menor importancia del personal. Me dejó atónita. Mi concepto de la «policía secreta» era el de un cuerpo misterioso que actuaba preferentemente en la sombra.

—¿Qué sentido tiene seguir sin ningún disimulo a la gente? —protesté.

—Pues no lo sé. Pero es muy útil llevarlos pegados a los talones —dijo Fitzroy—. Acabas dependiendo de ellos. Cuando se te atasca el coche en un ventisquero o te quedas sin cerillas, basta un silbido para que vengan a echarte una mano.

Cualquier persona que va a Rusia se lleva una primera impresión muy definida. La mía fue una impresión femenina. En el almuerzo conocí a un periodista francés (no recuerdo su nombre) que se brindó a enseñarme la ciudad. Le pedí que me llevase al centro comercial porque quería comprar medias de lana.

Se quedó boquiabierto.

—No me digas que has venido a Rusia sin medias de lana.

—¿Y por qué no? Pensé que las compraría aquí.

—¡Cielo santo! ¿Crees *realmente* que aquí puedes comprar medias de lana? ¿Dónde crees que estás?

—En uno de los países más fríos del mundo. ¿Por qué no iba a comprar medias de lana en Moscú?

—No me lo preguntes a mí. Pregúntaselo a Molotov.

Las calles amplias y los edificios altos ya parecían menos impresionantes. Nuestro coche se detuvo delante de la Mostorg, una gran cooperativa de la calle principal, muy iluminada y repleta de seres humanos. Pocas veces en mi

vida he estado en unos almacenes tan ruidosos. Tres gramófonos atronaban el lugar con música de jazz norteamericano, una melodía diferente en cada uno. La multitud pasaba delante de los mostradores abriéndose paso a empujones, pero nadie parecía comprar nada. Eran campesinos de aspecto tosco: mujeres de manos grandes y enrojecidas y pañuelo atado a la cabeza, hombres de rostro curtido y cuerpo bajo y cuadrado. Todos parecían ir muy abrigados, pero su indumentaria era una extraña mezcolanza. Algunos llevaban las piernas envueltas con retales de franela y trapos debajo del abrigo. Daban la impresión de haber guardado todo tipo de recortes de tela desde la infancia; y el olor que despedían hacía pensar que así era.

En los mostradores de la planta baja había un asombroso surtido de perfumes baratos, flores artificiales, banjos, discos de gramófono y juguetes para niños. Pero cuando subías al primer piso en busca de zapatos, guantes, medias, abrigos —de hecho, cualquier clase de prendas de vestir— encontrabas los mostradores vacíos. En un ángulo del almacén una larga cola se enroscaba como la de una serpiente; había corrido la noticia de la llegada de una remesa de cinta.

El establecimiento era tan irreal como un decorado escénico. Todo parecía real hasta que te acercabas. Comprendí por qué nadie compraba nada y mi amigo me explicó que la mayoría de la gente venía sólo para calentarse.

Cuando andábamos por la calle de vuelta a casa pasamos por delante de un escaparate deslucido en el que se exponía una piel de zorro plateado cuyo precio era de mil rublos.

—No hay medias de lana, pero sí hay una piel de zorro plateado —protesté—. Y, de todos modos, ¿de qué sirve? ¿Quién puede permitirse el lujo de comprarla?

—Pues la esposa de algún comisario. Ya veo que tienes mucho que aprender —dijo el periodista francés.

Sombra sobre el Kremlin

El Moscú sin medias y con pieles de zorro plateado me causó una honda impresión. Pero pronto descubrí que ésta era sólo una entre muchas paradojas. Los edificios modernos y las calles amplias ocultaban un mundo de tiendas sucias, pisos oscuros y atestados de gente y mercados vacíos. Las colas — para comprar cualquier cosa, desde leche hasta zapatos— eran aún más numerosas que las de Madrid después de un año de asedio.

Dondequiera que mirases encontrabas extrañas contradicciones. El agua potable de Moscú era tratada con cloro y el gas no era de fiar, pero en las calles se veían numerosas máquinas quitanieves de último modelo importadas de Estados Unidos; los autobuses se averiaban y los tranvías se paraban, pero acababan de construirse tres magníficos puentes sobre el río Moscova; las viviendas eran insalubres y en las habitaciones no cabía ni un alfiler, pero ya se había iniciado la construcción del «Palacio de los Sóviets», y los funcionarios proclamaban que sería «más grande que el Empire State Building» y estaría coronado por una estatua de Lenin «más grande que la Estatua de la Libertad».

La importancia que se daba a las suntuosas estaciones de metro, los cines modernos y el jazz norteamericano en una capital donde los sellos de correo no pegaban, los grifos no funcionaban y los timbres de las puertas estaban invariablemente averiados hizo que un diplomático francés, desesperado, exclamara: «*Mais, c'est une façade!*» (¡Esto es pura fachada!).

Desde luego, la vida en la Unión Soviética era una parodia extraña de la civilización occidental. Para ser una nación que enviaba a sus discípulos al extranjero con la misión de convertir a las «plutodemocracias» y hacerles aceptar el liderazgo de Moscú, parecía tener muy poco que ofrecer desde un

punto de vista práctico, excepto sordidez y pobreza. Pero mucho más desconcertante que las pésimas condiciones de vida era la tiranía que atenazaba a la capital. Se calculaba que la purga que había azotado al país durante los dos años anteriores había enviado a más de seis millones de personas a campos de concentración. La GPU estaba presente en todos los ámbitos de la vida de la nación; no podías permanecer mucho tiempo en Moscú sin notar su influencia. La gente evitaba a los extranjeros como si fueran leprosos, porque a muchas de las víctimas de la «purga» las habían acusado de connivencia con potencias capitalistas y los ciudadanos soviéticos ya no se atrevían a correr el riesgo de ser vistos en compañía de burgueses. Pronto abandoné toda esperanza de ver al general Gal; durante el mes que pasé en Moscú ni un solo visitante ruso cruzó el umbral de ninguna de las embajadas.

El único contacto que tenían los extranjeros con la vida rusa era por medio de sus sirvientes o de los funcionarios que les recibían en sus despachos. Pero, por limitadas que fueran sus relaciones con los nativos, constantemente llegaban a sus oídos historias terroríficas acerca de la policía secreta. A la secretaria rusa de Harold Denny, el corresponsal del *New York Times*, «se la llevaron» en plena noche y no se supo más de ella; al hijo de catorce años de un chófer ruso lo metieron en la prisión de la Lubianka en señal de protesta por uno de los despachos que había enviado el periodista para el que trabajaba; y a un criado de librea de una de las embajadas lo mandaron a Siberia porque estudiaba francés por la noche, lo cual dio a uno de sus colegas la oportunidad de denunciarle por trotskista. Multiplíquese todo esto por un millón y se tendrá cierta idea de cómo era Rusia.

Cuando pienso en Moscú ahora, siempre me acuerdo de los majestuosos edificios amarillos del Kremlin a última hora de la tarde. Cuando nevaba las cúpulas de la catedral de la Anunciación relucían como perlas recortándose sobre el cielo invernal al anochecer. Una noche contemplé desde la ventana el blanco y silencioso paisaje y vi que el cielo se volvía negro al pasar una numerosa bandada de cornejas negras. Pasaron por encima del Kremlin como una poderosa ola, luego descendieron hasta posarse en el borde de los tejados, en un rápido movimiento de caída, como si su espíritu hubiese muerto de

repente. Me pareció que aquella nube negra simbolizaba la terrible sombra que se cernía sobre Rusia.

Ciertamente, la sombra era tan fuerte como los barrotes de una cárcel, pues se habían cerrado las fronteras y ahora la nación se encontraba aislada como un laboratorio precintado herméticamente. De hecho, el aislamiento en que vivía Rusia parecía imposible en un mundo unido tan estrechamente por los transportes y la radio. Casi no llegaban turistas; el 90 por ciento de los corresponsales extranjeros habían sido expulsados y de los centenares de ingenieros extranjeros que trabajaban en todo el país varios años antes, sólo a cuarenta o cincuenta norteamericanos se les había permitido quedarse. Para mí ya no era un misterio por qué había sólo otras tres personas en el tren que me había traído a Rusia; y comprendí la sorpresa de Fitzroy al verme. Cuanto más pensaba en ello, más sorprendida me sentía yo misma. ¿Por qué me habían concedido un visado? Tanto Sir Robert Vansittart como Randolph Churchill (que había intercedido por mí ante Maiski) eran «contrarios al apaciguamiento»; la única conclusión que podía sacar era que los rusos se imaginaban que me habían enviado para que escribiera artículos que alabasen a la Unión Soviética..., en un intento de contrarrestar un punto de vista, a la sazón muy extendido en Inglaterra, que era favorable a la exclusión de Rusia de la política europea.

Pensaran lo que pensaran, Schmidt, jefe de la Oficina de Prensa Extranjera, me recibió con mucha cordialidad en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuatro de los predecesores de Schmidt habían sido liquidados, pero en su forma de actuar no había ningún indicio de que considerase que su puesto era precario. Era un hombre afable y sonriente que estaba sentado ante un ventanal desde el que se divisaban los grises confines de la prisión de la Lubianka. Schmidt se frotó las manos y dijo:

—Vamos a ver, cuénteme su primera impresión de Moscú.

Las medias de lana seguían ocupando el primer lugar en mi pensamiento, pero decidí que lo mejor era no mencionarlas y musité la sosa y en modo alguno comprometedor frase que musitaría un centenar de veces antes de irme:

—Pues muy interesante.

Me preguntó qué quería hacer en Moscú y cuando le contesté que me gustaría ver todo lo que fuera posible de la vida cotidiana, hizo una larga lista que abarcaba desde fábricas y granjas colectivas hasta escuelas y museos.

A partir de aquel momento comenzó mi educación. Todas las mañanas, a las once en punto, aparecía un coche soviético (de marca norteamericana) con una intérprete rusa de mediana edad, para llevarme a distintos puntos de la ciudad. Como no soy experta en economía, poca huella dejó en mí el chaparrón de cifras y estadísticas que me cayó encima; pero se me quedaron algunas impresiones vívidas, estampas sin relación entre ellas que no encajan en ninguna parte: las dos campesinas que se persignaron temerosamente antes de bajar por la escalera mecánica del metro de Moscú; las radios que en las fábricas vociferaban propaganda ocho horas al día; el número de mujeres inclinadas ante máquinas pesadas; el doctor del Hospital de Trabajadores Ferroviarios que me hizo pasar apresuradamente por delante de las escuálidas habitaciones para enseñarme los magníficos baños eléctricos fabricados por ingenieros soviéticos; la matrona de la fábrica de caramelos que cruzó conmigo un callejón lleno de basura putrefacta y me hizo entrar en la sala de envasado, donde llamó mi atención sobre el hecho de que los trabajadores llevaban delantales higiénicos; el desdichado grupo de campesinos que aguardaban en medio del frío a ser recibidos por el director de una granja colectiva que en aquel momento se afanaba en recopilar estadísticas sobre la producción sin precedentes de verduras de invernadero.

No vi nada nuevo. Las fábricas, los edificios de los clubes y las escuelas que me enseñaron eran malas imitaciones del progreso occidental. Todo esto ya me lo esperaba, pero lo que no me esperaba era que me pidiesen que me mostrara maravillada ante las comodidades más corrientes, como si acabara de llegar de una jungla donde incluso el tictac de un reloj era un milagro inaudito. Por ejemplo, cuando visité el Hospital de Trabajadores Ferroviarios me enseñaron una sala de juntas donde se reunían los médicos. Estaba empapelada de gris y verde y había una larga mesa de madera muy pulida con ocho o nueve sillas a su alrededor. No había nada que la diferenciara de cualquier otra sala de juntas. Pero el médico que me acompañaba abrió la puerta y la contempló embelesado.

—¿Verdad que es maravillosa? —exclamó—. La decoraron arquitectos soviéticos.

No fue el entusiasmo por los logros soviéticos lo que me sorprendió, sino el hecho de que presentaran esos logros como algo único. La información errónea y la ignorancia de las condiciones de vida en el mundo exterior me parecieron grotescas. Cuando fui a la Fábrica de Rodamientos de Bolas Kaganóvich me mostraron una cantina sucia donde los obreros podían comprar bocadillos para el almuerzo. Una de las encargadas, una estajanovista de veinticinco años, se mostró entusiasmada y me echó un breve sermón.

—Supongo que nunca habrá visto cosa igual. Verá, aquí en Rusia creemos en la *felicidad* de nuestros trabajadores. Lo primero de todo es que estén bien alimentados, así que hemos organizado esta maravillosa cantina. Por supuesto, sé que en los países capitalistas se ríen de estas ideas. Pero algún día avanzarán y pensarán como nosotros.

En otra ocasión visité los Museos de Arte Moderno de Moscú. Los pasillos estaban abarrotados de gente: grupos de soldados, trabajadores de fábrica y colegiales que estaban recibiendo una conferencia sobre los cuadros (que eran interpretados atendiendo cuidadosamente a las «circunstancias económicas» del momento). Mi guía, una joven de cerca de treinta años, comentó con orgullo, refiriéndose a los visitantes:

—Aquí en la Unión Soviética los museos están abiertos a los trabajadores.

Señalé que en Estados Unidos también teníamos museos y bibliotecas abiertas al público.

—Pero sólo a las clases burguesas.

—Oh, no. Están abiertos al público. Eso significa a todo el mundo.

—Quizá no está usted bien informada —dijo en tono amable—. Hemos estudiado detenidamente el problema y la Unión Soviética es el único país que concede a su gente trabajadora las ventajas de la cultura.

No dije nada más y al cabo de unos minutos la guía me preguntó cuánto tiempo permanecería en Moscú. Al responder que sólo una semana más o menos, me miró con expresión compasiva.

—Debe de ser motivo de tristeza para usted.

—¿En qué sentido?

—Pues siempre siento lástima de las personas que tienen que volver a un mundo burgués. Después de ver la camaradería de Rusia, debe de resultar difícil adaptarse otra vez a la codicia de la vida capitalista. Aquí todo es una *inspiración*.

Durante todas estas visitas me preguntaba qué estaría pasando por la mente de mi intérprete. Era una mujer culta que había viajado al extranjero antes de la revolución, y muchas de las cosas que veíamos y oíamos debían de parecerle tan ingenuas como a mí. Sin embargo, nunca vi ningún indicio de sus reacciones. Era Madame X, no porque ejerciese alguna fascinación, pues no era más que una mujer de mediana edad, corriente y sin ningún atractivo, sino por el misterio que había detrás de su aburrida vida. Llevaba un abrigo de tela y un par de guantes remendados y tiritaba de frío. Al verla llegar por la mañana, siempre me preguntaba cómo sería su casa y qué vida llevaría antes de la revolución. Pero, aparte del hecho de que hablaba inglés con acento norteamericano y, según me dijo, había pasado uno o dos años en Chicago, nunca averigüé nada más sobre ella. No hizo ningún intento de sonsacarme opiniones ni me soltó ninguna perorata propagandística. De hecho, jamás expresaba nada: ni sorpresa, ni desaprobación ni entusiasmo. Hablaba invariablemente con voz monótona y mecánica y siguió siendo un enigma hasta el final.

Solamente una vez mostró interés por algo. Fue cuando decidí enviar un telegrama a Stalin. Durante unos breves momentos puso cara de estupefacción, luego se sobrepuso y ordenó al chófer que nos llevara a la oficina de telégrafos. (Al pedirle a Schmidt que tramitase mi solicitud a través de la Oficina de Prensa, se había reído tímidamente y había sugerido que la enviase directamente.)

Escribí mi telegrama en inglés y le pedí a Madame X que lo tradujera al ruso, pero retrocedió, alarmada, y dijo que sería mejor mandarlo en inglés. El telegrama decía:

Joseph Stalin El Kremlin Deseo llamar su atención sobre el hecho de que jamás ha sido entrevistado por una periodista stop dado que la Unión Soviética profesa la igualdad entre los sexos estaría agradecida si pudiera tener el honor de corregir el ilógico precedente que usted coma sin duda inadvertidamente coma ha sentado stop.

Al entregarle el telegrama a la chica que estaba detrás del mostrador, se hizo un silencio sobrecogedor. La chica se levantó para consultar con sus colegas. Hablaron en susurros durante un rato; finalmente, el director de la oficina apareció en la ventanilla.

—Su telegrama —dijo fríamente— será entregado en el Kremlin dentro de veintidós minutos y medio.

Nunca descubrí por qué veintidós y medio. Y fueran veintidós y medio o veintidós sin más, no tuvo importancia..., porque nunca recibí respuesta.

De noche las estrellas rojas de las torres del Kremlin relucían como luciérnagas gigantescas bajo la copiosa nevada. La Plaza Roja se veía desierta y solitaria y los centinelas apostados en las entradas del Kremlin estaban rígidos como muñecos de nieve. Una noche, Fitzroy y yo pasábamos por delante de la embajada cuando de pronto el silencio fue roto por un automóvil Lincoln grande y verde que avanzaba velozmente hacia nosotros. El parabrisas a prueba de balas y las cortinillas que no dejaban ni un resquicio indicaban que dentro iba un «pez gordo». Tal vez se trataba de Stalin. Fuera quien fuese, ver cómo el coche cruzaba las puertas del Kremlin, era saludado por los centinelas y desaparecía en la oscuridad me estimuló la imaginación; súbitamente la autoridad de los zares pareció insignificante al compararla con el poder del hombre que gobernaba todas las repúblicas socialistas soviéticas.

Esto, al igual que todo lo demás en Rusia, resultaba paradójico. A decir verdad, las paradojas eran más la regla que la excepción. Me estaba acostumbrando a ver gente que hacía cola para comprar leche a la sombra de vallas publicitarias que decían alegremente: «Bebed champán soviético»; al hecho de que no podías comprar un metro de tela para hacerte un vestido mientras que fotografías de las últimas creaciones de la moda francesa adornaban los mostradores de las tiendas; a que, si bien el salario del trabajador medio era de doscientos cuarenta rublos al mes, los bailarines de ballet ganaban hasta cien mil rublos al año; a que la Rusia soviética afirmara ser una dictadura del proletariado al mismo tiempo que existía una clase que

gozaba de privilegios y poder al amparo de la etiqueta de la *intelligentsia*.

La *intelligentsia* no se encontraba solo en el mundillo de las artes. Definida oficialmente en 1938, incluía a técnicos, cargos policiales y burócratas: de hecho, la clase administrativa de la Unión Soviética. Veías a sus miembros cenando en los principales hoteles; circulando por las calles en automóviles de propiedad estatal; cruzando el vestíbulo de las salas de cine; ocupando las mejores localidades en la ópera y el ballet.

La noche anterior a un «día libre» acudían en masa al restaurante del hotel Metropole. Estuve allí una vez con Walter Duranty, Harold Denny y la esposa de éste, Jean. El local estaba lleno de humo y el espacioso suelo de mármol, con un surtidor anticuado en el centro, aparecía abarrotado de gente que ensayaba los últimos pasos de baile norteamericanos. La mayoría de las mujeres llevaban el pelo teñido con henna y lucían blusas y faldas y boinas blancas; los hombres vestían uniformes que iban del caqui del ejército al azul oscuro de los pantalones de montar y las guerreras de los ciudadanos corrientes. El vodka y el champán corrían a espuestas; Walter me dijo que habían colocado una barandilla de madera alrededor del surtidor porque mucha gente caía al agua. Nunca he estado en una fiesta más ruidosa. Habían repartido centenares de globos por todo el local y los invitados se divertían envolviendo las cintas con papel, encendiendo el papel y contemplando cómo ascendían hacia el techo. Los globos estallaban a medio camino y el ruido hacía pensar en una descarga de artillería. La orquesta tocaba más fuerte para hacerse oír y resultaba imposible conversar.

La *intelligentsia* dictaba la pauta de elegancia de la nación. Con la ascensión de esta nueva clase se estaban aceptando muchas ideas y costumbres que antes eran calificadas de «burguesas». Poco a poco, los severos edificios posrevolucionarios daban paso a estructuras más complejas; los árboles de Navidad, otrora muy mal vistos, habían reaparecido con el nombre de árboles del Padre Escarcha. Y aunque los ciudadanos soviéticos no vestían de etiqueta, excepto en los actos oficiales, el director de la orquesta de la ópera iba de frac.

La *intelligentsia* dedicaba sus energías a la adquisición de «cultura». Este empeño se reflejaba en todos los ámbitos de la vida soviética. El principal

parque de atracciones de Moscú se llamaba Parque de Descanso y Cultura, a la vez que la principal organización encargada del turismo extranjero llevaba el nombre de Sociedad para las Relaciones Culturales. La palabra «cultura», con todo, era elástica. Se aplicaba con la misma facilidad a un restaurante con manteles limpios que a un erudito. Cuando Alfred Cholerton, el corresponsal del *Daily Telegraph*, se negó a comprar una cocina de gas porque, según dijo, consideraba que una cocina de carbón era más de fiar, el vendedor soviético protestó diciendo: «Pero el gas es muy propio de gente *culta*».

El no va más de la cultura moderna lo simbolizaba el jazz, que en Rusia se escribía «djaz». La mayoría de los cines tenían su orquesta de jazz y los salarios de sus directores alcanzaban hasta mil quinientos rublos al mes. Una noche Fitzroy y yo fuimos a un cine y encontramos el vestíbulo abarrotado de gente que escuchaba un concierto de jazz. La música era espantosa. Los saxofones rasgaban el aire y las trompetas maullaban en melancólica discordancia, pero el público estaba sentado en sus sillas y escuchaba tan atentamente como si estuviera oyendo una sinfonía dirigida por Sir Thomas Beecham.

Vimos una película titulada *La familia Oppenheim*. Al igual que la mayoría de las cintas soviéticas, era una película de propaganda. Pero era una película extraña. Aunque trataba de la persecución de los judíos por parte de los nazis, saltaba a la vista que el sentido de la estética del productor había podido más que él, porque el joven protagonista judío era interpretado por un actor nórdico alto y rubio, mientras que los perseguidores nazis eran los tipos más detestables de judíos. Varias escenas en las que se veían campos de concentración fueron recibidas con un silencio incómodo, lo cual hacía pensar que el director se había acercado demasiado a la realidad.

La «cultura» soviética tenía poco que pudiera recomendarse. Sin embargo, la brillantez del teatro y el ballet de Moscú, que eran administrados a la antigua manera burguesa, compensaba sobradamente el escaso interés del arte nuevo. El Estado soviético se gastaba miles de rublos en el ballet, y la magnificencia del vestuario y los decorados, así como la calidad de los bailarines, eran insuperables. El Teatro de la Ópera atraía a una multitud todas las noches y las entradas tenían que reservarse con mucha antelación. La

platea se llenaba de importantes funcionarios soviéticos y el gallinero acogía con frecuencia a grupos de trabajadores de fábrica. El aspecto desastrado del público parecía curiosamente fuera de lugar cuando se apagaban las luces, se descorría el telón y ante sus ojos aparecía un rutilante marco prerrevolucionario. Princesas y nobles evolucionaban sobre un lujoso fondo que resultaba difícil de conciliar con el concepto soviético de la vida. El primer ballet que vi se titulaba *El prisionero del Cáucaso* y en él bailaba Marina Semiónova, la estrella de Rusia. Era una mujer pequeña y delicada que poseía una gracilidad increíble. Fue aclamada a más no poder.

Se daba la circunstancia de que su marido, Lev Karaján, exembajador en Turquía, había sido una de las víctimas de la purga de 1937.

Agua, agua en todas partes

He perdido la cuenta de las veces que bendije mi milagroso pasaporte. Moscú me parecía la ciudad más triste del mundo y la depresión calaba mis huesos como una niebla húmeda. Nunca salía a la calle sin llevar el bolso firmemente agarrado, para comprobar que el pasaporte estaba realmente allí, y contar los días que faltaban para irme.

Tal vez el hecho de que la ciudad fuese nueva para mí hacía que pareciese aún más horrorosa. La mayoría de los extranjeros que llevaban tiempo viviendo en el país parecían tomarse las circunstancias que los rodeaban como algo natural, hacían caso omiso de ellas y procuraban vivir de la mejor manera posible. No me quedé el tiempo suficiente para sentir indiferencia ante la miseria. Pero esto no era lo único que me deprimía. El mismo efecto causaba en mí la mentalidad estancada que flotaba en el aire como humo rancio de tabaco, sin que la perturbara una sola corriente de pensamiento original.

La principal distinción entre el hombre y los animales es la facultad de criticar que posee la mente humana. En la Unión Soviética —al igual que en Alemania— la facultad de criticar fue exterminada a conciencia, con el fin de que las masas soportaran su existencia tan resignadamente como los bueyes y obedecieran a la tiranía del momento. La palabra «verdad» había desaparecido. Las mentes eran narcotizadas con información tergiversada hasta que quedaban tan aletargadas que ni siquiera tenían fuerzas para protestar contra sus míseras circunstancias. El *Pravda* no se cansaba nunca de revelar a sus lectores las iniquidades del mundo exterior y señalaba siempre la misma moraleja: lo bienaventurado que era el pueblo de la Unión Soviética.

Para mí, el desprecio de que eran objeto los valores intelectuales y morales y la implacable desconsideración con que era tratado el individuo no

eran sólo deprimentes: eran maléficos. Tenía la misma sensación que había experimentado en España y Alemania: que si no respiraba un poco de aire fresco, me ahogaría. El aspecto físico de Moscú acentuaba esa sensación. Las calles eran tan anodinas como la mentalidad de la gente. Era un mundo gris, negro y blanco sin ninguna pincelada de color que lo animase; ni un solo sombrero vistoso, ni un solo comercio con la fachada iluminada, ni siquiera una sola sonrisa de felicidad. Las paredes estaban decoradas con fotografías de Marx, Lenin y Stalin. Poco a poco fui elaborando mi propia teoría particular en el sentido de que si la multitud entraba en el mausoleo para ver el cadáver embalsamado de Lenin, blanco y céreo, era porque la cámara mortuoria de mármol, con su tenue iluminación, ofrecía una manera agradable de escapar de la realidad.

Uno de los pocos rasgos interesantes de la vida en Moscú era que los extranjeros, aislados como estaban de todo contacto con los rusos, dependían por completo unos de otros; te encontrabas con que las enemistades políticas del continente eran olvidadas y alemanes, franceses, británicos e italianos eran amigos del alma. Dos días después de mi llegada Fitzroy me llevó a almorzar en la embajada alemana. Fue un extraño contraste dejar atrás las lóbregas calles de Moscú y sentarse a almorzar en un espacioso comedor con cinco criados de librea revoloteando alrededor. Las viandas eran importadas de los Estados bálticos y comimos muy bien: cinco platos y cuatro vinos. Me dijeron que esa embajada recibía una asignación mayor que otras embajadas alemanas porque se quería «impresionar» a los rusos.

El almuerzo fue presidido por el conde Friedrich Werner von der Schulenburg (el embajador que seis meses más tarde urdiría el tratado ruso-alemán y que al día siguiente partiría con destino a Berlín en viaje «de negocios»). Fue una experiencia curiosa oír cómo sus colaboradores hablaban en voz baja de las iniquidades de los campos de concentración y la crueldad del régimen de Stalin.

Entre los lugares de encuentro «extranjeros», uno de los más populares era la dacha norteamericana, una casa de campo que distaba alrededor de veinte

kilómetros de Moscú y pertenecía a Charles y Avis Bohlen, de la embajada de Estados Unidos. Los domingos docenas de personas se reunían allí para esquiar. Una de las villas de Stalin estaba situada muy cerca. Lo único que podía verse de la villa era una gran valla verde, algunos árboles y numerosos guardias vigilando. La carretera que llevaba a ella desde Moscú era estatal. Aunque tenía la anchura suficiente para tres automóviles, era obligatorio conducir en una sola fila por si al Gran Hombre se le antojaba pasar por allí a toda velocidad. En cierta ocasión un diplomático extranjero circulaba por ella cuando uno de los coches del Kremlin, con las cortinillas echadas del todo, pasó por su lado a casi cien por hora. El diplomático viró en redondo y fue tras él, pero al cabo de uno o dos minutos un policía furioso le ordenó que se detuviera.

—¿No sabe que el límite de velocidad es de cincuenta kilómetros por hora?

—Pero ese hombre que me ha adelantado iba a casi cien por hora y *a él* no le ha ordenado detenerse.

—¡Eso no tiene nada que ver!

El diplomático se escandalizó.

—¿Me está diciendo que en Rusia algunos tienen privilegios y otros no los tienen? Me habían asegurado que éste era un país socialista. ¿Acaso pretende negarlo?

Resultó evidente que ésa no era la intención del policía, porque su actitud cambió y con gestos nerviosos indicó al molesto extranjero que siguiera su camino.

La dacha estaba siempre llena de gente: agregados militares que nunca habían presenciado unas maniobras del ejército soviético; agregados navales que nunca habían visto un acorazado soviético; periodistas que nunca habían entrevistado a un estadista soviético; embajadores que nunca habían hablado personalmente con el gobernante soviético. Todos ellos vivían en Rusia, pero se veían excluidos escrupulosamente de la vida rusa; agua, agua en todas partes y ni una gota para beber.

Recuerdo que una tarde el embajador italiano, Augusto Rosso, entró sacudiéndose la nieve de las botas y protestó indignado porque los hombres de

la GPU encargados de vigilarle lo seguían incluso cuando esquiaba. Su esposa le dijo que no se enfadara.

—Pero ¿cómo no voy a enfadarme? —exclamó el embajador, muy alterado—. Bajo por una colina y ellos bajan detrás de mí. Yo salto y ellos saltan. ¿Y quién se cae? ¡Yo!

Oí que George, el criado ruso, musitaba con su voz monótona, metálica:

—Calma, calma.

Pronto comprendí que el embajador italiano se sintiera irritado porque, pocos días después, fui a pasar el fin de semana en Leningrado con «Chip» y Avis Bohlen y comprobé por mí misma qué tal te sentaba estar bajo la supervisión de la GPU.

Las criadas de los Bohlen estaban muy alborotadas la noche de nuestra partida. Al principio pensé que era debido a la impresión que les causaba nuestro viaje, pero Avis me explicó que la Cooperativa había recibido una partida de tela y, como nosotros nos íbamos, las criadas pensaban pasarse la noche haciendo cola para ser las primeras en entrar cuando abriera sus puertas por la mañana.

Nuestro tren era el Flecha Roja, el expreso soviético de primera categoría. (Hizo un promedio de unos cincuenta y un kilómetros por hora y llegó a Leningrado con una hora de retraso.) Me tocó un compartimento en el que había otra mujer, una rusa de mediana edad que ya se había acostado al entrar yo. Me llevé una sorpresa al ver que hablaba inglés.

—Dígame —dijo—. ¿Cómo se dice «apagar las luces»?

—Oh. ¿Quiere que las apague?

—No, no. Pero ¿se dice «*apagar* las luces» o «*desconectar* las luces»?

Me quedé casi tan desconcertada como ella y musité que podía decirse de las dos maneras.

—¡Oh! Dice usted «*de las dos maneras*» y no «*de ambas maneras*».

Me explicó que enseñaba inglés en una escuela de Moscú. Pero, como lo había aprendido por su cuenta y nunca se le presentaba la ocasión de hablar con alguien cuya lengua materna fuese el inglés, había muchos problemas que

era incapaz de resolver.

—Por ejemplo —dijo—. ¿Qué dice usted cuando quiere *apagar* el *interruptor*?

No supe qué contestarle y cuando me instalé en mi litera fingí que me quedaba dormida en el acto. Pero cuando me desperté por la mañana, volvió a la carga.

—Perdóneme. Una cosa más. ¿Se dice mirar *por* la ventana o mirar *a través* de la ventana?

Afortunadamente, en aquel momento entró el revisor y me libré de responder.

Habíamos ido a Leningrado con el propósito de pasar dos días tranquilos visitando lugares de interés, pero en cuanto bajamos del tren nos vimos rodeados de mozos del hotel Astoria, guías de Intourist y representantes de la Sociedad de Relaciones Culturales. Ya nos habían preparado un programa: una fábrica de cigarrillos, una guardería, una inspección de la fortaleza de Pedro y Pablo, donde en otro tiempo habían sido encarcelados algunos de los viejos bolcheviques. Les dijimos que también deseábamos visitar el Ermitage y los palacios de Catalina la Grande y del fallecido zar Nicolás II.

Nuestro recorrido turístico fue supervisado por tres miembros de la policía «secreta» —hombres de baja estatura con gorros que les cubrían la mitad de la cara— que nos seguían a todas partes. Se convirtieron casi en una obsesión para nosotros; tratábamos de despistarlos doblando esquinas apresuradamente y entrando a toda prisa en algunos edificios y volviendo a salir con igual rapidez; a veces creíamos haberlo conseguido, pero al cabo de unos minutos siempre volvíamos a tenerlos detrás.

Nos dimos cuenta por primera vez de que nos seguían cuando nos dirigíamos a Pushkin, una población que no quedaba lejos de Leningrado donde se encontraba el palacio de Catalina la Grande. Las carreteras rurales estaban desiertas y no había duda alguna de que el coche que nos seguía era de la policía. Fue una representación extraordinaria porque, si bien los de la GPU nos seguían sin disimulo, descaradamente, cuando llegamos a Pushkin los tres

hombres se apearon y se esforzaron por interpretar una complicada comedia (gesticulando y señalando) para fingir que habían venido a contemplar el paisaje.

La guía rusa que nos había acompañado no se refirió a ellos en ningún momento. A pesar del efecto paralizante de los policías, perseveramos en nuestra intención de visitar los lugares de interés y tratamos de parecer tan ajenos a su presencia como la guía. Pasamos varias horas en los palacios y cruzamos aposentos donde hacía tanto frío que teníamos que pegar botes para no helarnos. El palacio del zar era sencillo en comparación con la grandiosidad del de Catalina. Tenía más o menos el tamaño de una gran casa de campo inglesa. Estaba lleno de vetustos muebles victorianos, bagatelas y fotografías, siguiendo la moda de su época. Me sorprendió la modestia con la que había vivido el zar, pero era evidente que nuestra guía comunista prefería el esplendor de Catalina, porque comentó en tono despectivo:

—Usted misma puede ver la decadencia en que había caído la casa real.

Me pregunté qué pensaría de Leningrado y sus bellos y ruinosos edificios con cúpulas de cobre y torres doradas, sus calles abandonadas y sus magníficos y desatendidos parques. Tenía el aire triste y melancólico de una persona que ha perdido el juicio y vive exclusivamente en el pasado.

Sólo en el hotel Astoria encontrabas un ambiente distinto. Su restaurante estaba repleto de miembros de la *intelligentsia* soviética, que parecían tener abundancia de rublos que gastar y bebían su vodka con deleite.

La palabra *culturi* estaba en boca de todo el mundo, y cada día la oíamos incontables veces. El gerente del hotel nos preguntó si habíamos dormido bien y nos explicó:

—Les he dado nuestras camas más cultas.

Y en el restaurante, al ver que titubeábamos entre pedir chuletas o pollo hervido, el camarero dijo:

—Me parece que encontrarán más culto el pollo.

Pero donde nos llevamos la mayor sorpresa al ver cómo se usaba la palabra fue en la fábrica de cigarrillos. En una de las salas de envasado nos fijamos en que había un grupo de marineros clavando los cajones. Al preguntar por qué estaban allí, el director replicó que había escasez de mano de obra y

los marineros habían venido a ayudar.

—Son amigos de las trabajadoras de la fábrica —explicó con la mayor seriedad—. Verán ustedes, tenemos un club donde nuestras chicas mantienen relaciones culturales con la armada.

Regresamos a Moscú en el Flecha Roja. Recorrimos todo el tren para ver si los hombres de la GPU todavía estaban con nosotros, pero no vimos a ninguno de ellos. Supusimos que los habíamos despistado, pero por la mañana, al apearnos del tren y mirar a nuestro alrededor, vimos que los tres hombrecillos con la cara medio tapada por los gorros se encontraban a sólo unos metros detrás de nosotros. En el momento de subir a nuestro coche me volví y les dije adiós con la mano. Dos de ellos parecieron sentirse violentos y nos dieron la espalda, pero el tercero sonrió y pudimos ver un destello de dientes de oro.

Cuando los Bohlen llegaron a casa, las criadas les dijeron que habían hecho cola desde la medianoche hasta el mediodía siguiente. Pero había tanta gente delante que cuando llegó su turno la tela ya se había agotado y tuvieron que volver con las manos vacías.

El leopardo cambia sus manchas

Una tarde volví en coche de la dacha norteamericana con la esposa de un funcionario de la embajada alemana. La mujer me dijo que creía que una guerra en Europa era inevitable porque el sistema económico alemán se había creado para una sola cosa: la expansión.

—Por supuesto, si pudiéramos llegar a un acuerdo con Rusia, tal vez sería una salida para nosotros. En el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán hay mucha gente que está a favor de ello, pero Hitler es tan antibolchevique que se niega a dar su consentimiento.

—Pero ¿y los soviéticos? —pregunté, sorprendida—. ¿Cree usted que considerarían esa posibilidad?

—Oh, sí. Los rusos están dispuestos. Les da miedo enfrentarse a Alemania.

Era febrero de 1939, seis meses antes de que Rusia firmara su Pacto de no agresión con Alemania. En aquel momento no me tomé en serio el rumor; demasiada animosidad parecía bloquear el camino. Pero ya se estaban observando cambios significativos en la política de Rusia, que oscilaba, igual que un péndulo, de una actitud agresiva a favor de la revolución mundial a una postura negativa de autodefensa. En febrero de 1939 el ejército descartó su compromiso con el proletariado mundial y, por primera vez, juró lealtad exclusivamente a la patria soviética. También llamó la atención el hecho de que cuando Hitler atacó Checoslovaquia en el discurso que pronunció en Núremberg antes de firmarse el acuerdo de Múnich, la prensa soviética despachó el asunto en cuatro líneas solamente. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Acaso Rusia había decidido abandonar el comunismo y ella misma se estaba

volviendo fascista?

La respuesta a los interrogantes sobre los cambios en la política de Rusia, tanto en la política interior como en la exterior, tanto entonces como ahora, la única respuesta se encontraba en aquellos comercios vacíos, aquellas colas y aquellas viviendas oscuras y abarrotadas de gente.

La lucha en la que la Unión Soviética se hallaba inmersa en aquel invierno, en vísperas de su acercamiento a Alemania, era la misma lucha en la que el país se embarcó al anunciar, en 1928, su primer plan quinquenal, a saber: la lucha por industrializar un inmenso país agrícola y atrasado con una mezcla de docenas de nacionalidades y una población en gran parte primitiva.

Pero en 1939 el problema se había vuelto más grave que nunca. La industria pesada había aumentado poco, hecho que los ingenieros extranjeros atribuían a la incapacidad de los trabajadores de manejar máquinas sumamente complicadas, así como al despilfarro, a la burocracia y a una falta generalizada de coordinación. Estas dificultades eran el resultado de intentar imponer la industrialización del siglo XX desde arriba en vez de dejar que se desarrollara gradualmente desde abajo.

La Unión Soviética iba descubriendo de forma paulatina y dolorosa que el marxismo no era una filosofía concebida para un país agrícola; era una filosofía de *distribución* más que de *producción*. El ingeniero estaba resultando mucho más importante para la industrialización soviética que el entusiasta militante del partido; y por esta razón el poder del Partido Comunista era cada vez menor. Aunque el comunismo seguía siendo la doctrina de la nación, en 1939 el partido parecía más bien una vasta organización publicitaria cuyo objeto era vender el régimen de Stalin al trabajador.

Estos vendedores eran instrumentos valiosísimos para levantar la decaída moral del pueblo haciendo hincapié en las iniquidades del sistema capitalista y asegurándole que vivía mejor que los trabajadores de otros países. Pero la teoría comunista «de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades» había sido reemplazada por un lema más factible pero poco comunista: «de cada uno según su capacidad, a cada uno según su *valía*».

Esto significaba que la mayoría de los obreros y campesinos soviéticos no

cobraban salarios fijos, sino que se les pagaba a destajo y por días trabajados. Se calcula que el salario del trabajador medio era de doscientos cuarenta rublos al mes, pero el salario mínimo era a veces de sólo ciento treinta rublos. Según cálculos aproximados, el poder adquisitivo del rublo equivalía a tres peniques. (El tipo de cambio oficial era de veinticinco rublos por una libra esterlina.) Los precios de los alimentos eran tan desproporcionados que, de haber sido posible encontrar carne todos los días (que no lo era), al trabajador medio le hubiese costado una cuarta parte de su salario semanal.

La mayoría de los obreros y campesinos se alimentaban de pan, que se mantenía a un precio bajo y fijo, col, sopa y gachas. Si bien los alquileres eran baratos, en Moscú a un obrero le resultaba imposible alquilar más de unos pocos metros cuadrados. A veces tres o cuatro familias compartían la misma habitación. Cuando a una joven rusa (que trabajaba en una de las embajadas) de la que se sabía que no era feliz en su matrimonio le preguntaron por qué no se divorciaba de su marido, contestó que como la ley le prohibía echarle de su alojamiento, temía que el hombre volviera a casarse y añadiera otra persona a una habitación que ya estaba abarrotada.

Un cargo importante de la policía o la burocracia soviéticas no tenía ninguno de estos inconvenientes. Se le recompensaba no sólo con un salario mucho más alto que el del trabajador corriente, sino también con la posibilidad de conseguir una habitación o un piso para él solo; comprar verduras y carne sin necesidad de hacer cola; tener un coche y un chófer a su disposición en vez de esperar un largo rato para coger un autobús lleno hasta los topes. Cuando en el mercado aparecían artículos manufacturados, gozaba de la primera opción de compra, que normalmente era también la última. Dado que en la Unión Soviética los puestos de poder llevaban aparejados unos privilegios que en otros países se considerarían necesidades básicas para la vida cotidiana, la lucha por conseguir empleos burocráticos era feroz y despiadada.

Aunque los militantes del Partido Comunista cumplían una función indispensable como «supervendedores» de Stalin, su poder era escaso en lo que se refería a dirigir el país. Stalin gobernaba por medio de la policía secreta. Los agentes de la GPU eran parte integrante del tejido de todos los

edificios de viviendas, de todas las fábricas y todos los pueblos. Toda rebelión contra el régimen o muestra de insatisfacción era tildada convenientemente de «anticomunista». Aunque la constitución del Gobierno soviético proclamaba la libertad de expresión, un libro publicado aquel invierno con el título de *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética* dejaba bien claro que desacuerdo equivalía a desviación, que desviación equivalía a disentimiento, y que disentimiento equivalía a sabotaje. Así, cuando se juzgaba ventajoso liquidar a un rival, siempre podía hacerse sobre una base ortodoxa.

En vista de las difíciles circunstancias y de que la Unión Soviética estaba abandonando en la práctica muchos principios socialistas, poca duda cabe de que algunos de los viejos bolcheviques estaban en desacuerdo con Stalin sobre los métodos que debían emplearse. Cabe incluso que planearan hacerse con el control del Gobierno. Como Stalin no podía eliminar a la «vieja guardia» de Lenin alegando su desacuerdo con él, fue necesario inventar historias de traición y connivencia con potencias extranjeras. Es interesante observar que a Ivánov, uno de los procesados en 1938, se le acusó de llevar a cabo actos de «sabotaje» consistentes en introducir fragmentos de vidrio y clavos en la mantequilla. Esta acusación fue recibida con inmensa satisfacción, toda vez que parecía ser la explicación de la gran escasez de mantequilla en todo el país.

La purga no sólo afectó la vida política y militar de la Unión Soviética, sino que también cayó como una terrible avalancha sobre la vida industrial y llegó hasta los hogares más humildes. Se había avivado la imaginación rusa, y con la ambición y la envidia desempeñando un papel importante en la «denuncia» de los rivales, la purga continuó hasta volverse totalmente desproporcionada. En el invierno de 1939 Yezhov reemplazó a Beria en el puesto de jefe de la GPU y se hicieron esfuerzos por detenerla. Pero era demasiado tarde. Rusia estaba débil y agotada. A la pregunta de si la Unión Soviética estaba abandonando el comunismo se podía responder con una sola frase: la Unión Soviética estaba luchando por seguir viva.

Uno de los artículos que me habían encargado que escribiese en Moscú era un análisis del Ejército Rojo. ¿De qué modo la agitación interna había afectado a las fuerzas armadas soviéticas? El Ejército Rojo contaba con más de dos millones de soldados y se calculaba que, en el caso de decretarse la movilización general, podría desplegar doce millones de soldados. Mucha gente, abrumada por estas cifras, pensaba que la Unión Soviética era uno de los países más poderosos de Europa.

Como las guarniciones y las fábricas de armamento soviéticas eran secretos rigurosamente guardados, no había ninguna oportunidad de obtener información de primera mano; sólo podían hacerse deducciones. Pero el pésimo funcionamiento de la maquinaria agrícola, la falta de talleres de reparación, la irregularidad de los suministros de combustible y el hecho de que un automóvil de fabricación soviética no era de fiar cuando había superado los once mil kilómetros te empujaban a ver las cosas con escepticismo. La mayor parte de los ferrocarriles seguía en el mismo estado que en el momento en que los bolcheviques se habían hecho cargo de ellos. El número total de carreteras asfaltadas que había en el conjunto de la Unión Soviética era igual que el de Rhode Island, el más pequeño de los cuarenta y ocho estados de Norteamérica.

Basándome sólo en estos factores escribí lo siguiente en un artículo que publicó el *New York Times*:

La capacidad combativa de una nación no depende exclusivamente de la fuerza de su armamento, sino también de la coordinación y la capacidad de resistencia de sus industrias. Las tremendas dificultades que afronta la Unión Soviética en sus esfuerzos por imponer la civilización del siglo XX a un país atrasado y primitivo no es probable que se resuelvan en un futuro próximo; y mientras las industrias de la nación no se organicen de forma más competente y no se satisfagan las necesidades de su gente, la Unión Soviética no puede considerarse en modo alguno como una potencia militar de primera categoría.

Aparte de las circunstancias económicas, la purga era otro factor que debía tenerse en cuenta. La purga había abierto una herida más profunda en el ejército que en cualquier otra esfera de la vida soviética. Aquel invierno los expertos en asuntos militares estimaron que el 75 por ciento de los coroneles y

los oficiales de graduación superior a la de coronel habían sido liquidados durante los dos años anteriores. Muestras del alcance de esta purga fueron que seis de los ocho oficiales que juzgaron en consejo de guerra a Tujachevski y sus siete colegas también fueron ejecutados posteriormente, y que cuando el Ejército Rojo desfiló ante Stalin en noviembre de 1937 no se permitió que los oficiales fueran armados.

Las acusaciones de traición que lanzó Stalin sonaron a falsas en el mundo entero y no parecía haber ninguna explicación lógica de los motivos que le empujaron a sembrar la confusión precisamente en las fuerzas sobre las que descansaba la seguridad de la nación. Sin embargo, al examinar el cambio gradual de la estructura del Ejército Rojo durante los últimos veinte años, se encontraba una constante en el caos soviético.

En 1937 la oficialidad del Ejército Rojo constituía una camarilla privilegiada y poderosa. Esto tenía muy poco que ver con la situación que existía a principios de la década de 1920, cuando, siguiendo los consejos de Trotski, pocas distinciones se hacían entre oficiales y soldados. En aquel entonces los oficiales cobraban lo mismo que sus subordinados, no llevaban insignias ni galones, se limpiaban las botas ellos mismos, compartían los comedores y prestaban un juramento que los ligaba al Proletariado Internacional del Mundo.

El cambio de la estructura del Ejército Rojo se debió en gran parte a la influencia del militarismo alemán. Hasta la llegada de Hitler al poder en 1933, la Unión Soviética trabajó en estrecha colaboración con Alemania. Ya en 1932 se construyeron fábricas de aviones alemanas en Rusia, a la vez que a partir de la firma del Tratado de Rapallo centenares de expertos militares alemanes dirigieron centros de instrucción en la Unión Soviética. Bajo la metódica influencia alemana cesó la confraternización entre oficiales y soldados y los oficiales fueron segregándose paulatinamente hasta formar un grupo aparte.

Aunque la colaboración militar terminó con el advenimiento del Partido Nazi, la Unión Soviética continuó edificando sobre los cimientos que se habían creado. Poco a poco fueron volviendo ideas que otrora se consideraban burguesas; se aumentó la paga de los oficiales, se reintrodujeron las medallas y se resucitaron muchos de los uniformes de antaño.

En 1937 Stalin se encontró súbitamente ante una camarilla militar cuyo poder crecía a ojos vistas. Si bien es muy improbable que miembros de ese grupo estuvieran en connivencia con potencias extranjeras, cabe que entre ellos hubiera discrepancias acerca de los métodos que empleaba Stalin en sus implacables y arrolladores esfuerzos por industrializar el país. Es evidente que Stalin veía en ellos una fuerza que con el tiempo podía representar una amenaza para su propia posición; y, recurriendo a la misma guerra preventiva con la que había despojado al Partido Comunista de sus líderes y, más adelante, había eliminado a los jefes de las fuerzas industriales y las organizaciones policiales, asestó un golpe al ejército.

De hecho, había indicios claros de que desde hacía algún tiempo Stalin estaba interesado en transformar el ejército en un instrumento absolutamente pasivo. En 1925, el 85 por ciento del ejército se componía de campesinos y el resto, de trabajadores industriales, lo cual guardaba más o menos proporción con la división del trabajo en el país. Sin embargo, desde las hambrunas de 1932-1933 —que fueron el resultado directo de la implacable colectivización de la tierra que llevó a cabo el Gobierno—, era obvio que había dudas sobre la lealtad de la población campesina, porque ahora cerca del 50 por ciento del ejército se reclutaba directamente entre las filas de los trabajadores industriales. También era significativo que el número de comunistas hubiera aumentado desde el 19 por ciento de 1925 a más del 50 por ciento de 1939; de hecho, la mayor parte de las tropas motorizadas se reclutaba exclusivamente entre el segundo grupo.

Si bien el Gobierno soviético argumentaba que la purga había reforzado el ejército al eliminar a los elementos disidentes, saltaba a la vista que difícilmente podía haber incrementado su eficiencia técnica. La concesión de ascensos a oficiales jóvenes para llenar los huecos que la purga había creado entre los mandos superiores creó tanta escasez de mandos subalternos que Voroshílov se vio obligado a ordenar que diez mil cadetes que aún no habían terminado sus estudios en las academias militares fueran alistados como tenientes.

La reintroducción de los comisarios políticos también fue un factor importante. Los comisarios apenas ejercieron sus funciones hasta el decreto de

mayo de 1937. A partir de esa fecha tuvieron tanta autoridad como los oficiales que mandaban tropas. Los comisarios refrendaban todas las órdenes y en casos extremos incluso podían vetar los planes de ataque. Una indicación de su poder era el hecho de que los soldados del Ejército Rojo prestaban un juramento que ligaba su lealtad a «los oficiales al mando, los comisarios y los superiores».

Obviamente, la eficacia de un ejército sometido a un mando dual era discutible. Cuando en 1918 se crearon los primeros comisarios para impedir la desertión de oficiales rusos blancos obligados a servir en las filas bolcheviques, una carta de Trotski puso de manifiesto las dificultades que nacían de la relación dual:

Con referencia a la participación de oficiales en las revueltas de los guardias blancos, observo que últimamente han ido en aumento las peleas entre comisarios y mandos militares. A juzgar por los datos de que dispongo, es obvio que los comisarios a menudo asumen directamente una línea de acción desacertada, ya sea usurpando funciones operativas y de mando, o emponzoñando las relaciones entre oficiales y comisarios por medio de una política de equívocos de poca monta que llevan a cabo con un espíritu de rivalidad poco digna.

No había motivos para suponer que en veinte años el elemento humano hubiera cambiado hasta tal punto que no volverían a surgir dificultades como éstas. Pero sólo cuando fui a Finlandia el invierno siguiente tuve la oportunidad de juzgar al Ejército Rojo basándome en la experiencia en lugar de en razonamientos hipotéticos.

Notas sobre Ucrania

De noche, las luces de Kiev centelleaban como las joyas de una diadema desde los altos riscos junto al río Dniéper, mientras muy abajo las aguas heladas del río brillaban a la luz de la luna como la cola de un vestido de raso blanco. Pero bajo la luz diurna la belleza se desvanecía como un sueño y te encontrabas con un ambiente de desolación acentuada por el aspecto deprimente del cielo invernal. Las paredes de los edificios estaban desconchadas, los escaparates tenían los cristales agrietados y sucios y había colas de gente separadas por unos pocos bloques solamente. La pobreza resultaba opresiva. Todo ello era incompatible con el hecho de que Kiev era la capital de la Ucrania soviética, una región que era casi tan extensa como Francia y tenía las tierras más fértiles de Europa.

En aquel invierno de 1938-1939 mucha gente creía que estas tierras de labranza eran el objetivo último de Alemania. No habían pasado muchos meses desde que Hitler declarase que si «los campos de trigo sin fin de Ucrania estuviesen en Alemania, bajo el liderazgo del nacionalsocialismo, el país (Alemania) nadaría en la abundancia».

Los rusos habían tomado nota de ello. Aunque los periódicos ucranianos no publicaban nada que indujese a pensar en una amenaza procedente del extranjero, la ciudad estaba llena de tropas. En los pueblos había numerosos agentes de la GPU y de noche las fábricas estaban iluminadas y protegidas por vigilantes para impedir cualquier intento de sabotaje. Finalmente, se habían eliminado todos los consulados extranjeros excepto el polaco y se había cerrado extraoficialmente la región al turismo. De hecho, los extranjeros se habían convertido en algo tan raro que cuando Frank Hayne, el subagregado militar norteamericano, y yo deambulábamos por las calles nos miraban como

si fuéramos un par de curiosidades. En las tiendas la gente se agolpaba a nuestro alrededor, nos palpaba la ropa y nos preguntaba dónde habíamos comprado las botas que llevábamos.

Iba camino de salir de Rusia y me habían dado permiso para hacerlo por la frontera rumana tras pasar por Kiev y Odesa. Como tenía un pasaporte diplomático, Frank podía viajar a donde le apeteciera y me había acompañado para echar un vistazo. Seis años antes, cuando el Gobierno soviético había adoptado métodos drásticos en un intento de colectivizar la tierra, más de seis millones de personas habían muerto de hambre en Ucrania. Ahora la mayoría de los koljoses ya se habían establecido y a Frank y a mí nos interesaba averiguar algo acerca de las circunstancias del momento para hacernos una idea de qué resistencia podía oponer Ucrania a un ataque alemán.

Pero al parecer las autoridades soviéticas pensaban de otra manera. Desde el momento en que nuestro tren entró en Kiev nos vimos rodeados de hombres de la GPU y nos dio la impresión de que tendríamos pocas oportunidades de ver algo. La policía nos seguía día y noche, incluso cuando fuimos a ver las momias de los sacerdotes enterrados en las catacumbas de un monasterio muy antiguo. Esto molestó a Frank más que cualquier otra cosa. Era un sureño de Nueva Orleans, encantador y de trato fácil, pero tenía un temperamento que a veces, inesperadamente, le hacía montar en cólera.

—Supongo que se imaginan que vamos organizar una conspiración trotskista entre las momias —dijo, indignado—. Si estos tíos no dejan de seguirme, me voy a liar a bofetadas con ellos. No me importa que me sigan, pero no soporto que se me peguen tanto.

Cuando pedimos permiso a las autoridades para visitar una granja colectiva, nos lo denegaron aduciendo una serie de excusas corteses. En primer lugar, que el director estaría ausente de la ciudad durante todo el día; luego, que estaban reparando la maquinaria agrícola; y, finalmente, que las carreteras eran demasiado malas para circular por ellas. Como no había taxis ni coches públicos, no pudimos hacer nada. Pero cuantos más obstáculos ponían en nuestro camino, más decididos estábamos a salirnos con la nuestra.

Acabamos visitando una granja colectivizada, pero sin consentimiento oficial. Finalmente fuimos a ver al cónsul polaco, un hombre muy simpático

que se llamaba Matusiński, y cuando le expusimos nuestros apuros puso su coche y su chófer a nuestra disposición. Quedamos en que el coche pasaría a recogernos a las diez de la mañana siguiente y nos llevaría a una granja que se encontraba a unos treinta kilómetros de Kiev.

El viaje tuvo ciertos aspectos dramáticos. Ante todo, logramos zafarnos de los hombres de la GPU. Estábamos paseando y mirando escaparates cerca del hotel cuando pasó el coche del cónsul polaco y le hicimos señas en medio de la calle. Al apearnos en una desierta carretera rural y mirar atrás, nos encontramos con que nos seguían dos coches de la policía, pero en ellos sólo iba el conductor. Nos habíamos ido tan rápidamente que los hombres de la GPU, que esperaban en el vestíbulo (pensando que teníamos que pasar por allí para hablar con el portero), no se habían enterado.

Fue agradable salir al campo; el paisaje, con sus llanuras blancas y sus alegres casitas azules reluciendo bajo el sol, parecía un cuadro pintado en otro siglo. Campesinas con la cabeza envuelta en gruesos pañolones caminaban por la carretera arrastrando toscos trineos de fabricación casera cargados de leña y paja; en determinado momento un trineo tirado por un caballo pasó velozmente junto a nosotros y pudimos ver que el conductor llevaba un enorme gorro de piel que le cubría media cara. Pero pronto nos encontramos con una columna de soldados que arrastraban varias piezas de artillería de campaña y el chapoteo de las botas en la nieve y el ruido de las ruedas de los cañones nos hicieron volver bruscamente a la triste realidad de 1939. Según Frank, los soldados pertenecían a la 44.^a División Ucraniana, una división con la que volvería a encontrarme en Finlandia. Eran hombres fornidos, bien afeitados y llevaban botas altas y abrigos largos que ofrecían un llamativo contraste con la pobre indumentaria de los campesinos.

A medida que avanzábamos, la campiña estaba cada vez más desierta, pero seguimos adelante, traqueteando a través de la nieve y el barro, por carreteras increíbles. Al llegar a un paraje especialmente horrible y mirar atrás, vimos que los dos coches de la policía que nos seguían se habían quedado atascados en la nieve. Chillamos de alegría ante este golpe de suerte y tras recorrer unos dos kilómetros llegamos a la granja colectiva... sin escolta.

Sería difícil imaginar un panorama más desolador. Era un pueblo pequeño, tal vez dos docenas de casitas a uno y otro lado de un camino estrecho; y el camino era un mar de barro. Las vallas que había delante de las casitas estaban combadas, las paredes eran ruinosas y los tejados se hallaban en muy mal estado. No se veía ni un alma.

—Ahora que estamos aquí, ¿qué hacemos? —preguntó Frank.

—Vamos a hablar con la gente. Y tú tendrás que hacer de intérprete.

—Pero no podemos irrumpir en sus casas así por las buenas.

—¿Por qué no? Nunca volveremos a tener la suerte de librarnos de la GPU.

—¡Dios bendito! —exclamó Frank—. Antes de que acabe este viaje, yo seré el periodista y tú serás la agregada militar.

Anduvimos por el barro, que nos cubría las botas, abrimos una puerta desvencijada y seguimos andando hasta llegar a la parte de atrás de la casita. Aporreamos la puerta y al cabo de unos minutos la abrió una mujer que parecía asustada. Era imposible adivinar su edad. Sus cabellos eran grises tirando a rubios y los llevaba peinados en trenzas que colgaban a ambos lados del rostro, tenía las manos enrojecidas y vestía una especie de bata holgada y sucia. Se nos quedó mirando con expresión perpleja. Frank le explicó que éramos norteamericanos y estábamos recorriendo Rusia, pero sus palabras no parecieron causar ninguna impresión, porque siguió mirándonos fijamente, sin decir nada. Le preguntamos si podíamos entrar y se hizo a un lado y abrió la puerta del todo. La casita consistía en dos habitaciones: los suelos y las paredes estaban desnudos y los únicos muebles eran tres taburetes, un aparador y una mesa. En un ángulo de la habitación había una gran estufa de porcelana sobre la cual dormían dos bebés envueltos en retazos de tela.

La conversación resultaba difícil porque la mujer no hablaba y se limitaba a mirarnos fijamente. Le preguntamos cómo eran las condiciones de vida y si tenía comida en abundancia.

Esta pregunta hizo que se le iluminara el rostro.

—Oh, sí —replicó—. Tenemos pan.

Se acercó apresuradamente a la mesa, levantó un paño y nos enseñó una bandeja de pan negro. A juzgar por lo que pudimos ver, no había más cosas de

comer en la casa. Cuando nos fuimos se quedó en la puerta mirándonos fijamente mientras bajábamos por el camino hasta llegar a otra casita.

Esta vez encontramos un lugar más animado, porque en la casita vivía una familia que se componía de once personas, desde una abuela hasta una criatura de cuatro años. La abuela era una mujer muy vieja. Su rostro era amarillo y marchito, pero sus ojos eran increíblemente luminosos; pronto se hizo evidente que seguía siendo la matriarca de la familia. Se mostró tremendamente agitada a causa de nuestra llegada, arrastró dos taburetes que estaban en un rincón y, riendo y haciendo reverencias, nos dijo que nos sentáramos.

—¿Qué lleva en el sombrero? —preguntó, señalándome.

Frank contestó que era un velo.

—Pero ¿para qué sirve?

Me libré de la dificultad que suponía explicárselo porque su atención se desvió súbitamente hacia mis medias de seda.

Se arrodilló y las palpó.

—¿No tiene frío?

Le hicimos preguntas sobre las condiciones de vida en el pueblo y asintió con la cabeza, satisfecha, y nos dio la misma respuesta que habíamos oído en la primera casita: había pan. Luego soltó una risita y añadió que había vodka también.

La casita estaba tan desprovista de muebles como la primera. Al preguntarle dónde dormían todos, abrió la puerta de atrás y señaló un altillo lleno de heno. Cerca de la puerta había dos iconos colgados en la pared.

—Yo creía que ya no guardaban esas cosas —comentó Frank.

La vieja rió.

—La gente joven no los tienen, pero a mí me gustan. Resultan muy alegres.

Mientras hablábamos, el resto de la familia se había arracimado a nuestro alrededor y los niños nos miraban fijamente con los dedos metidos en la boca. De pronto, uno de los chicos entró a toda prisa en la habitación contigua y salió con un acordeón abollado. Se puso en cuclillas y comenzó a tocar mientras dos de las chicas se cogían de las manos y ejecutaban una pequeña danza. La abuela dijo algo: una de las chicas se separó de la otra, corrió hasta el aparador y sacó un vestido. Estaba confeccionado con tela hilada en casa y

adornado con flores bordadas primorosamente. Se lo puso, su hermana le abrochó los botones y luego reanudaron la danza.

Cuando nos disponíamos a irnos la abuela nos llamó la atención sobre una instantánea pequeña y borrosa que estaba clavada con tachuelas en la pared. Dijo que era una foto suya y que hacía muchos años que se la habían hecho. Luego señaló la cámara de Frank y comentó lo maravilloso que sería tener una foto nueva. Sugerimos hacer una foto de la familia en grupo y entonces se armó un gran alboroto. Los chicos se arrodillaron para limpiarse los zapatos, las chicas se arreglaron el pelo y la madre se puso a frotar la cara de los pequeños. Finalmente se alinearon delante de la casita, tensos y nerviosos. Cuando se oyó el clic de la cámara, un suspiro de alivio recorrió el grupo. Se acercaron a nosotros mientras tomábamos nota de su dirección, luego, de uno en uno, nos estrecharon la mano y nos dijeron adiós.

Al volver al coche, descubrimos que la noticia de nuestra llegada había corrido por todo el pueblo. A lo largo del camino los vecinos estaban apoyados en las vallas y hablaban del acontecimiento. Nuestro chófer nos dijo que los coches de la policía acababan de llegar y que los conductores estaban informando de nuestra presencia al director de la granja. El chófer nos aconsejó que fuéramos inmediatamente a presentarle nuestros respetos.

El director tenía su despacho en una casa grande a pocos metros del camino y conocida por el nombre de «punto de agitación». Al entrar lo encontramos conversando con un miliciano de uniforme. Los dos nos miraron con expresión hostil y nos ordenaron que les enseñáramos nuestros papeles. Pero resultó evidente que el pasaporte diplomático de Frank les había impresionado, ya que, tras un interrogatorio que duró diez o quince minutos, finalmente dejaron que nos fuéramos.

Durante el viaje de vuelta miramos atrás y vimos que nos seguían los coches de la policía, pero esta vez en cada uno de ellos iban tres hombres de la GPU. De dónde salieron todos ellos sigue siendo un misterio soviético.

Antes de irnos de Kiev nos despedimos de Matusiński, el cónsul polaco que tan amable había sido con nosotros. Seis meses después, cuando los rusos

entraron en Polonia, lo sacaron de la cama a medianoche y lo llevaron a la jefatura de policía para interrogarle. Nadie sabe a qué clase de tercer grado fue sometido, puesto que nunca se le volvió a ver. Cuando se preguntó a las autoridades soviéticas sobre este acto brutal negaron conocer su paradero y apuntaron que tal vez había sufrido un «accidente». Se brindaron, irónicamente, a buscar el cuerpo.

En Odesa, Frank y yo conocimos a un par de marineros británicos que habían llegado en un carguero que transportaba naranjas de Valencia. Eran una pareja divertida. El primer oficial era un hombre de Lancashire alto y lerdito y el maquinista, un londinense de la clase popular bajito y nervudo. Les invitamos a cenar con nosotros, pero cuando nos trajeron la cuenta sacaron gruesos fajos de rublos del bolsillo e insistieron en pagar. Como el tipo de cambio era de veinticinco rublos por una libra, Frank y yo nos quedamos atónitos, pero el maquinista nos explicó que los rusos habían comenzado a ofrecerles dinero a cambio de su ropa tan pronto como pisaron tierra.

—Mil rublos por mis pantalones, quinientos por mi chaqueta y cien por mis calcetines. De no haber pensado que iban a detenerme por indecencia, me hubiera desnudado en plena calle. En lugar de ello, volví al barco y cogí todas las camisas y jerséis viejos que pude encontrar y ahora vivimos como un par de millonarios.

—Sí. Y no creerían ustedes hasta dónde pueden llegar estas cosas. —El primer oficial buscó en los bolsillos y sacó tres naranjas—. En este país son tan valiosas como las pulseras de diamantes —dijo, riendo de satisfacción—. No tienen ustedes idea de con qué rapidez se puede ligar. Quizá no debería jactarme de ello, pero ya me han hecho dos proposiciones de matrimonio: una, la chica del restaurante, y la otra, la cocinera del club.

El maquinista le interrumpió para explicar que las chicas ansiaban tanto irse de Rusia que cualquier extranjero les parecía bien.

—Bueno, las apariencias personales cuentan un poco —insistió el primer oficial, ligeramente contrariado.

La pareja había vivido muchos momentos de peligro al burlar el bloqueo

español; uno de sus barcos había sido bombardeado y hundido en el puerto de Barcelona, pero los dos se habían contratado enseguida como tripulantes de otro. Había poco peligro de que se convirtiesen al comunismo, ya que, si bien habían viajado a numerosos lugares remotos, parecían considerar que Rusia era el más extraño de todos.

—En conjunto —dijo el primer oficial—, los extranjeros son un hatajo de chiflados. No hay estabilidad en ellos, si ustedes me entienden. Pero este sistema ruso, donde puedes conquistar a una chica con una naranja, es decididamente *raro*.

—Al menos, estamos ahorrando un montón de dinero —terció el maquinista—. Cuando volvamos a Marsella podremos comprar muchos dulces para los chiquillos de Barcelona.

La guerra de España terminó tres meses después y a menudo me he preguntado qué habrá sido de la pareja. El primer oficial había dicho que cuando terminara iba a comprar una casa de campo en Inglaterra y a sentar la cabeza; pero supongo que ambos siguen navegando y que esta vez estarán burlando el bloqueo de los submarinos alemanes.

Odesa era un lugar tan desolado como Kiev, pero hacía menos frío. Las calles aparecían llenas de barro porque la nieve se estaba derritiendo, pero en el campo podían verse las primeras señales de la primavera. Los guías de Intourist eran más complacientes que sus colegas de Kiev y nos organizaron varias visitas a fábricas y granjas, pero por desgracia nuestro programa se vio desbaratado por un último encuentro con la GPU.

Los extranjeros que viajan por Rusia deben trazar su itinerario por adelantado y obtener permisos especiales en los que consta el número exacto de horas que desean permanecer en cada ciudad. Aunque mi visado para la Unión Soviética aún tardaría una semana en caducar, el permiso para Odesa indicaba un solo día. Schmidt me había dicho que si deseaba hacer algún cambio en mis planes, se lo notificara a la policía del lugar y ellos harían los reajustes oportunos. Pero cuando solicité una ampliación de cuarenta y ocho horas para Odesa, las autoridades me devolvieron la tarjeta con una nota que

decía que, dado que Moscú había indicado que era válido para un solo día, un solo día seguiría siendo. Las líneas telefónicas eran controladas por el Gobierno, por lo que no pudimos llamar al Ministerio de Asuntos Exteriores nosotros mismos, pero enviamos un mensaje a la policía en el que pedíamos que se pusieran en contacto con Schmidt y les asegurábamos que él resolvería el asunto. Pero la policía, ahogada por la burocracia, no tenía la menor intención de tomar la iniciativa. La respuesta fue el irritante comentario de que un día era un día. Como Frank viajaba con pasaporte diplomático, para él no representó ningún problema, pero yo recibí la orden de abandonar la ciudad a las ocho de la mañana a más tardar.

Frank telegrafió a Schmidt y a Chip Bohlen —aunque las probabilidades de recibir respuesta antes de veinticuatro horas eran pocas— y envió a la policía un segundo mensaje en el que decía que yo me negaba rotundamente a irme.

—Eso les enseñará que no pueden avasallarnos como si fuéramos rusos —dijo, enfadado.

Aquella noche asistimos a una función de ballet y cuando volvimos al hotel el portero nos dijo que la policía nos estaba esperando. Entramos en el despacho del gerente y encontramos a un corpulento hombre de la GPU vestido de uniforme. Frank volvió a explicar detenidamente la situación, pero el agente se limitó a mover la cabeza negativamente y repetir una y otra vez que un día era un día.

—Oiga —dijo Frank—, ya estoy harto de la policía soviética. Si quiere resolver el problema no tiene más que descolgar el teléfono y llamar a Moscú, pero si lo único que hacen es darnos órdenes, pierden el tiempo. Si la señora no quiere irse, no se irá. ¿Comprende? Vamos a preguntarle. Tú no quieres irte, ¿verdad?

—Así es —contesté con voz débil.

—¡Ya está! Usted mismo la ha oído. No quiere irse. ¿Qué va a hacer usted al respecto?

—¿Se niega a irse?

—Por supuesto.

—¿Es su última palabra?

—Por supuesto.

—Pues que se atenga a las consecuencias.

El hombre de la GPU me lanzó una mirada amenazadora y salió del despacho.

—No te importa, ¿verdad? —dijo Frank—. Debemos procurar que nuestra bandera siga ondeando.

—Sí —asentí—. Pero no dentro de un campo de concentración.

Supongo que nunca nadie había hablado de aquella manera a la GPU. En el vestíbulo vi que el gerente le susurraba algo a uno de los porteros, evidentemente algo relacionado con el episodio que acababa de tener lugar; ambos sonreían de oreja a oreja.

Las siguientes cuarenta y ocho horas que pasamos en Odesa resultaron un poco desconcertantes porque, si bien recibimos un telegrama en el que Chip Bohlen decía que iba a hacer todo lo posible, no nos llegó ninguna noticia de Schmidt. No hubo más mensajes de la policía, pero cada vez que salíamos del hotel estaba segura de que a la vuelta encontraríamos una patrulla esperándonos. Finalmente llegó el día en que Frank tenía que partir para Moscú y yo para Rumanía. El viaje hasta la ciudad fronteriza de Tiráspol duraba tres horas y, aunque Frank me aseguró que todo iría bien, yo temía que me cerraran el paso antes de llegar.

En el tren me fijé en un hombre vestido de paisano que obviamente me seguía. Eso no tenía nada de extraño, pero se me cayó el alma a los pies cuando, al llegar a Tiráspol, me encontré con que el hombre de la GPU con el que Frank había discutido me estaba esperando en la aduana. Me dirigió una mirada que parecía llena de intención, me dijo que dejase el equipaje y los papeles y que esperara en el restaurante mientras los inspeccionaba.

Me senté a una mesa y pedí una taza de té y un bollo. De pronto levanté los ojos y vi que el hombre vestido de paisano se encontraba delante de mí con una sonrisa en el rostro.

—Hablo inglés —dijo.

Pensé que era el prelude de una detención, pero el hombre acercó una silla a la mesa y descubrí que lo único que buscaba era una oportunidad de practicar su inglés. Es evidente que en Rusia los idiomas se enseñan pensando

en la propaganda porque, si bien sólo hablaba un inglés rudimentario, su vocabulario era suficiente para expresar la línea del partido. Ésta es la conversación que sostuvimos.

—Rusia país bueno. ¿Usted inglesa?

—No. Norteamericana.

—¿Desempleo en Estados Unidos?

—Sí. Un poco. —(No deseaba dejar al equipo de casa en mal lugar.)

—Gobierno burgués. (Pausa.) ¿Desempleo en Inglaterra también?

—Sí. Un poco.

—Gobierno burgués. (Pausa.) Gobierno burgués, siempre desempleo. En Rusia gobierno obreros, no desempleo.

Le pregunte si opinaba que el Gobierno de Alemania era burgués y contestó que sí.

—Pues allí no tienen desempleo. ¿Cómo se lo explica?

Alzó las manos, consternado.

—Oh, no deber hablar de Alemania. Alemania país muy malo. Muchos campos de concentración.

Movió la cabeza con gesto apesadumbrado, se levantó, hizo una reverencia y se fue.

Mis preocupaciones resultaron infundadas porque media hora más tarde me llamaron desde la aduana y me devolvieron cortésmente el equipaje y los papeles. Era obvio que Schmidt había tomado cartas en el asunto. La mayor sorpresa me la dio el hombre de la GPU: me estrechó la mano y me pidió que volviera a la Unión Soviética algún día.

Me fui en un tren que parecía sacado de una comedia musical. Estaba pintado de verde brillante y tenía cortinas estampadas y macetas en las ventanillas. Se usaba exclusivamente para cruzar la frontera y volver al punto de partida y estaba concebido especialmente para impresionar a los rumanos. Yo era la única persona que viajaba en el tren, y cuando llegamos a la frontera los guardias se apearon y a bordo sólo quedaron el maquinista y su ayudante: la Unión Soviética se fiaba de pocos de sus ciudadanos cuando pisaban suelo extranjero.

En circunstancias normales Tighina probablemente parecería una ciudad

pequeña y anodina, pero aquella tarde en particular tenía un atractivo totalmente propio. Todo era muy alegre: los fruteros en el restaurante; los pendientes verdes de la camarera; la cinta roja alrededor del cuello del gato; la llamativa fotografía del rey Carol en la pared; el mantel a cuadros azules y blancos. Las ventanas resplandecían, los suelos estaban limpios y todo el mundo parecía bien alimentado y de buen humor. El Kremlin quedaba muy lejos.

En el viaje de vuelta a Inglaterra pasé por Rumanía, Polonia, Alemania, Bélgica y Francia. Durante el largo viaje pensé mucho en la miseria y la inhumanidad que había visto bajo regímenes totalitarios, había visto los extremistas en los dos bandos de la guerra de España; había visto el nazismo en Alemania, el comunismo en Rusia. Y ahora sabía más que nunca que creía en la democracia.

En Estados Unidos había creído en la democracia porque me habían enseñado a creer en ella, pero ahora creía en la democracia porque había aprendido lo que significaba. Significaba el derecho de la mayoría a gobernar y *el derecho de la minoría a existir*. Esto último me parecía lo más importante de todo, dondequiera que la minoría tiene derecho a existir, los hombres pueden pensar y hablar de acuerdo con su conciencia.

Había oído argumentar que la «libertad de expresión» era un privilegio del que se hacía mal uso; que, en general, la prohibición de criticar al Gobierno era una privación poco importante. Pero «el Gobierno» no era un término abstracto. El gobierno era la ropa que llevabas; los cigarrillos que fumabas; los alimentos que comías; las escuelas a las que ibas; los libros que leías; las calles por las que andabas. Condicionaba tus pensamientos y daba forma a tus ambiciones. Cuando renunciabas a tu derecho a oponerte al Gobierno, renunciabas a tu derecho a vivir como un ser humano.

También había oído argumentos en el sentido de que la mayoría de la gente no era capaz de guiar su propio destino y, por consiguiente, era apropiado que el Estado no encontrase obstáculos que le impidiesen dirigir la vida de sus ciudadanos con la mirada puesta en el bien de todos. Las palabras «el Estado»

eran siempre engañosas. El Estado era un grupo de hombres. Y yo no creía que existiera ningún grupo de hombres lo suficientemente infalible para otorgarles poderes ilimitados. Los regímenes totalitarios se jactaban de la celeridad de su administración; cuando se lanzaran a la guerra, pensé, también lo harían con celeridad.

Que habría guerra parecía seguro y yo sabía que las fuerzas que se estaban reuniendo para enfrentarse unas a otras no eran meramente las fuerzas del imperialismo. Era el hombre contra el hormiguero. Como norteamericana, podría ser neutral; pero como ser humano, la lucha ya era mi lucha.

No necesité mucho tiempo para volver a aclimatarme al ambiente electrizante del continente. Pasé sólo doce horas en Berlín, cené con Charlie Post, un hombre de negocios norteamericano, y cogí el expreso nocturno con destino a Londres. Hacia la medianoche me despertó el ruido de pasos y voces. La puerta de mi compartimento se abrió bruscamente y entraron tres soldados de asalto nazis. Uno de ellos se dirigió a mí en inglés y dijo que tenía que registrar mi equipaje. Pero antes me preguntó cómo se llamaba el hombre que me había llevado a la estación. Se lo dije y negó con la cabeza.

—No era norteamericano. Era ruso. Usted estaba hablando en ruso con él en el andén de la estación.

Le dije que no hablaba ni una palabra de ruso, pero sonrió con incredulidad y procedió a destrozarme las maletas.

Todavía no sé qué andaban buscando. El maletero me dijo luego que también le habían interrogado y que le habían preguntado si me había oído hablar en ruso. Dijeron que su cuartel general en Berlín les había ordenado registrar mi equipaje. Faltaban cuatro semanas para que los alemanes entrasen en Praga y lo único que se me ocurrió era que tal vez por eso tenían órdenes de vigilar estrechamente a todos los extranjeros. Quizá el hecho de que acababa de viajar por Ucrania, Rumanía y Polonia —territorios que los alemanes consideraban «esferas de interés» para ellos— les indujese a sospechar que era una espía.

Fuera cual fuese la explicación, sacaron todo lo que había en las maletas y

el compartimento quedó como si acabara de pasar un tornado. Se abalanzaron sobre la literatura marxista que había en una de las maletas.

—*Ach so!* ¿Es miembro del Partido Comunista?

Tomaron nota del título de los libros, pero me los devolvieron, cosa que me sorprendió, y me dijeron que en la siguiente estación subiría al tren una mujer que registraría la cama. Saltaba a la vista que el jefe del grupo tenía órdenes de permanecer en el compartimento por si acaso yo intentaba ocultar algo, ya que se apoyó en la pared y encendió un cigarrillo. Era un joven bien parecido, de no más de veinticinco años pero con el aire arrogante que sugería su uniforme. Su voz resonó de un extremo a otro del coche cama.

—Así que va usted camino de Inglaterra. Pues le dice a Chamberlain de nuestra parte que si continúa tratando de cerrarnos el paso en Europa —(a la sazón Chamberlain predecía una época dorada de paz)—, se encontrará con una guerra entre las manos. Nosotros no queremos una guerra, pero lucharemos. No vamos a cruzarnos de brazos y recibir órdenes de nadie. Alemania es demasiado grande para estrangularla.

—¿Adónde quieren ir?

—Pues no lo sé. Pero a alguna parte. Necesitamos más espacio.

—¿Qué me dice de Ucrania?

—¿Cómo es?

Se la describí y de pronto sonrió.

—No creo que sea usted comunista, después de todo. Sería un país magnífico para Alemania, ¿no es así? Nos daría todas las cosas que necesitamos. Pero, personalmente, me gustaría tener una granja en África. —El tono de su voz se volvió casi confiado—. Estoy cansado del trabajo que hago aquí. Me gustaría llevar a mi esposa a África, que es un lugar bonito y cálido, y tener una casa de campo y algunas gallinas. Los ingleses no prestan atención a sus colonias, pero nosotros pondríamos mucho cuidado en ellas. Y nos las merecemos. Somos una nación de ochenta millones de personas.

Siguió hablando del asunto durante un rato. Cuanto más hablaba, más cordial era su talante. La aduanera subió al tren y evidentemente el joven le dijo que acortase la inspección, toda vez que se limitó a bajar la ropa de cama hasta la mitad y a mirar debajo de la almohada; luego se inclinó, como si

pidiera disculpas, y se fue.

El joven volvió a entrar en el compartimento, dijo que tal vez volvería a encontrarse conmigo en el tren algún día, soltó un «Heil Hitler» y se marchó.

Solté un suspiro de alivio y saqué mi pasaporte. Las águilas son iguales en todo el mundo, pero la que aparecía grabada en la tapa del pasaporte era un pájaro de cuidado. Más dura que el águila alemana, pensé. Al menos, de momento.

Sexta parte
La segunda guerra mundial

Inglaterra despierta

El 15 de marzo de 1939 las tropas de Hitler entraron en Praga. La fecha pasará a la historia por ser la del día en que Inglaterra despertó. Los paraguas de azúcar desaparecieron de los escaparates y Chamberlain, enojado, preguntó:

—¿Es esto un intento de dominar el mundo por la fuerza?

Pero lo que más escandalizó a los ingleses fue el hecho de que Hitler había violado su solemne declaración de hacía sólo seis meses, en la cual había afirmado que el Estado checo no tendría ningún interés para él una vez que se resolviera el problema de los alemanes de los Sudetes. En los pubs de los pueblos resonaba una sola frase de condena: «Hitler ha roto su promesa». Y ése fue el final de la tolerancia inglesa. A partir de entonces la nación se preparó para la guerra. Pronto empezó a oírse en la campiña el ruido de los camiones blindados que la cruzaban, las amas de casa ponían la radio para oír el último boletín informativo, comenzaron a aparecer carteles del servicio militar y grandes letreros amarillos que rezaban: «Alistaos a la barrera de globos». El Gobierno británico dio garantías a Polonia, Grecia y Rumanía e introdujo el servicio militar obligatorio. Hasta la señora Sullivan se politizó y resumió la psicología del país con este comentario:

—Mi marido dice que ahora que ya no podemos seguir fiándonos de Hitler, de nada sirve discutir con él; lo que tenemos que hacer es darle una buena tunda.

Muchos observadores extranjeros no entendieron el cambio que había experimentado el país. Algunos habían asociado la política de apaciguamiento con una «clase gobernante», la de Inglaterra, que, según ellos, había alcanzado tal punto de decadencia que estaba dispuesta a hacer un trato con la Alemania nazi para preservar la paz (y sus propiedades) costara lo que costase. Otros

acusaban a Chamberlain de albergar tendencias fascistas y afirmaban que sus seguidores eran proalemanes. Nada más lejos de la verdad. Los ingleses son ante todo «pro» su propio país. La propaganda sobre los agravios de Alemania había logrado engañar a muchas personas y hacerles ver con buenos ojos la ocupación de Renania por los alemanes, el *Anschluss* de Austria e incluso la reivindicación de la región de los Sudetes basándose en que la abrumadora mayoría de la población alemana había manifestado el deseo de ser incorporada en el Reich. Podían aducirse argumentos favorables en cada uno de estos tres casos, pero ninguno en el de un hombre que había exigido el principio de autodeterminación y, seis meses más tarde, violaba ese mismo principio con la brutal destrucción del Estado checo.

A partir de aquella fecha el veredicto unánime de Inglaterra fue de culpabilidad. A partir de aquella fecha la política de apaciguamiento pudo considerarse muerta.

Había sido muy feliz en Londres. No sólo porque me interesaba la vida política, sino también por la honda admiración que sentía por muchas de las personas que había conocido allí. La mayoría de ellas pertenecían a la muy criticada «clase gobernante». Cuanto mejor las conocía, más me impresionaban su consideración por la justicia y su lealtad e integridad a toda prueba. A muchas se las podía acusar de estupidez, pero a ninguna de falta de honradez.

Inglaterra es una nación desconcertante. Como ha señalado John Gunther, es al mismo tiempo «la oligarquía más fuerte y la democracia más libre del mundo». Esta oligarquía es uno de los fenómenos del mundo civilizado. El amiguismo que existe entre los exalumnos de determinadas escuelas y universidades ha sido objeto de numerosas chanzas, pero la historia nos enseña que la tradición a la que da cuerpo ha conducido a Inglaterra durante sus épocas más ilustradas y la ha fortalecido en sus momentos de peligro.

Para explicar la tradición, es necesario examinar la estructura de la oligarquía o «clase gobernante». Salida de las denominadas «escuelas públicas» (que equivalen a las escuelas privadas de Estados Unidos) que

educan a los hijos de la aristocracia y de las familias de la clase media alta, esta clase social proporciona al país el grueso de sus estadistas, funcionarios del Estado, diplomáticos, oficiales del ejército y la armada y hacendados; dicho de otro modo, los líderes de la nación.

Pero el rasgo interesante de la oligarquía es su elasticidad. No es en modo alguno una casta rígida. La aristocracia británica, a diferencia de las demás aristocracias del mundo, se revitaliza constantemente por medio de la inyección de sangre nueva. Todos los años se concede el título de Lord a hombres que se han distinguido en el mundo empresarial, las ciencias, la medicina, la política, las artes o las fuerzas armadas. De esta manera los mejores cerebros del país son puestos al servicio de la nación. A diferencia de Estados Unidos, donde la vida pública de los hombres de negocios que triunfan se limita en su mayor parte a dar su nombre a instituciones filantrópicas, en Inglaterra se les brinda la oportunidad de desempeñar un papel importante en la vida nacional. (Un ejemplo notable es el de Rufus Isaacs —el futuro Lord Reading— que fue a la India por primera vez como grumete y la segunda, en calidad de virrey.) En su condición de miembros de la Cámara de los Lores pueden dar a conocer sus opiniones e influir en los acontecimientos del momento; tienen derecho a formar parte del Gabinete. Ejemplos actuales son Lord Beaverbrook y Lord Woolton.

La admisión en la clase gobernante no se consigue sólo por medio de la pertenencia a la aristocracia. El Partido Tory está alerta por si aparecen nuevos hombres capaces que pudieran reforzar las filas de la oposición; cuando surge un paladín de la izquierda realmente capaz, las puertas de la oligarquía se abren de par en par. (Por ejemplo: Ramsay MacDonald.) Pero todos los que ingresan en sus filas, ya sea a través de las «escuelas públicas» o por sus méritos excepcionales, están ligados unos a otros por la tradición del amiguismo.

Contrariamente a lo que se imaginan muchos norteamericanos, esta tradición no la preserva un grupo de esnobs que disfrutan cantando canciones sentimentales sobre su juventud perdida y que han jurado «mantenerse unidos» a toda costa. Eton, por ejemplo, que proporciona a Inglaterra el 75 por ciento de su clase dirigente, no presenta ningún indicio tangible de que exista una

«hermandad de estudiantes». Es una paradoja curiosa pero a la vez importante que los exalumnos de Eton raras veces lleven la corbata de la escuela, que nunca se reúnan para cenar con sus viejos condiscípulos y que raramente hablen de la escuela excepto para contar anécdotas sobre las instalaciones sanitarias o la estupidez de sus maestros. Lo que une a esta extraordinaria francmasonería que no admite símbolos, no quiere saber nada de contraseñas y prescinde de los consabidos avíos de las sociedades selectas es un intangible código ético, un código que no está escrito y no se menciona, pero que todos comprenden y aceptan.

Este código constituye la fibra de Inglaterra. A los chicos de las «escuelas públicas» se les educa para ser los futuros líderes del imperio y desde temprana edad se les enseña a asumir responsabilidades. Pero lo que es más importante, se les inculca un sentido de *noblesse oblige*. Deben ser un ejemplo para la nación; en tiempos de paz, su honor debe ser indiscutible, del mismo modo que su valor debe serlo en tiempos de guerra.

En Estados Unidos y en Francia la mayoría de los hombres más capaces y más cultos se dedican a los negocios y dejan la política en manos de profesionales; de resultas de ello, con frecuencia el interés personal se antepone al interés público; los chanchullos son la regla en lugar de la excepción y la política se considera en general un oficio «sucio». Pero en Inglaterra, como la flor y nata del país se dedica a *servir* al país, los valores morales son elevadísimos y los departamentos del Gobierno son incorruptibles. Como norteamericana, estaba tan acostumbrada a mirar siempre a los políticos con escepticismo, que durante mi primera estancia en Inglaterra me asombraba ver la confianza que las personas corrientes tenían depositada en el Gobierno. Cuando recorrí el norte del país con Martha Gellhorn una y otra vez nos aseguraron que fuera cual fuera el resultado, el Gobierno «hacía todo lo posible», y que el Gobierno británico era «el mejor Gobierno del mundo». Esto es lo último que se oiría decir en Estados Unidos o en Francia.

La clase gobernante de Inglaterra no ha mantenido su posición por casualidad. En general, ha seguido una política inteligente, con visión de futuro. En 1906 aprobó un vasto programa de reformas, iniciado por Lloyd

George, que iban de las pensiones para la vejez al seguro de accidentes laborales, pasando por el urbanismo, el subsidio de desempleo y el seguro de enfermedad. En Estados Unidos no se hizo nada parecido hasta cerca de treinta años más tarde, durante el New Deal de Roosevelt, e incluso entonces muchos norteamericanos lo consideraron «radical».

Y en 1911 el propio rey se convirtió en paladín de la democracia al obligar a la Cámara de los Lores a aprobar el presupuesto de Lloyd George (que despojó a los lores de parte de sus poderes en el campo de las finanzas) amenazando con crear un bloque de pares del reino para formar la mayoría necesaria. En toda la historia de Inglaterra se encuentran episodios violentos de cambio social, pero el equilibrio de la nación se mantuvo siempre, como una mecedora que se endereza sola, gracias en no poca medida a la fuerza moral del amiguismo.

Pero la virtud más sobresaliente de esta clase es, en mi opinión, su incorruptibilidad. Debido a que esta virtud es bien conocida y aceptada, los ingleses tienen una fe profundamente arraigada en sus líderes y los apoyan con una lealtad que, a veces, resulta casi sorprendente. Cuando el día 15 de marzo la política de apaciguamiento de Chamberlain saltó en mil pedazos, el país no se revolvió contra él, sino que elogió al primer ministro por haber hecho todo lo posible. «Si Chamberlain no puede evitarnos una guerra, es que nadie puede», fue el veredicto.

Esta cualidad inglesa, la lealtad (que sólo puede existir en un país donde el pueblo respeta a sus líderes y los líderes se respetan unos a otros), volvió a ponerse de manifiesto cuando en mayo del año siguiente Winston Churchill se convirtió en primer ministro. Permitió que Chamberlain y Halifax siguieran en el poder y, unos meses después, nombró a David Margesson (que, en su calidad de jefe de disciplina, había sido el principal responsable de la marginación de Churchill) para el Ministerio de la Guerra porque, según dijo, si Margesson había sido lo bastante eficiente para excluirle del Gabinete, debía de ser un hombre muy eficiente. No es extraño que resulte difícil comprender a Inglaterra.

De una cosa estoy segura: no es posible comprenderla a menos que se acepte el idealismo como una fuerza que da forma a la política británica. En

cierta ocasión un diplomático comentó que Inglaterra era «el país más peligroso del mundo por ser el único que era capaz de hacer la guerra en defensa de otro país».

Ahora bien, da la casualidad de que los intereses propios de Inglaterra coinciden plenamente con su idealismo; la ausencia de tiranía en el continente y la libertad y la independencia de los Estados pequeños. Pero eso no quiere decir que el idealismo sea artificial. Se pueden atribuir amplios y variados motivos a un solo acto o a una sola política; pero, en conjunto, uno estará más cerca de comprender a Inglaterra si adopta la costumbre de concederle el beneficio de la duda. Si no lo hace y trata de interpretar su política exclusivamente a la luz de sus intereses propios, no lo conseguirá ni de lejos.

El 15 de marzo fue un ejemplo de ello. Los cínicos quedaron desconcertados ante el súbito cambio de actitud. Cuando Chamberlain firmó el acuerdo de Múnich pensaron que Gran Bretaña se había lavado las manos en la cuestión de Europa y renunciaba al liderazgo que venía ejerciendo desde hacía tanto tiempo. No comprendieron que el Gobierno de Chamberlain no actuaba impulsado por el miedo, sino que creía sinceramente que Alemania era capaz de ser un buen vecino.

Consideremos la posición de Alemania en los cinco meses y medio que van de Múnich a la ocupación de Praga. El prestigio de Hitler era enorme y el nacionalsocialismo ganaba más y más adeptos cada día entre las personas desanimadas por lo que llamaban «los engorrosos y anticuados métodos» de la democracia. Los estadistas británicos y franceses ansiaban entablar conversaciones con Hitler y encontrar un nuevo modelo para Europa, un modelo que ocupara el lugar de la Sociedad de Naciones. De hecho, sólo unos días antes del 15 de marzo, Sir Nevile Henderson, el embajador británico, pidió a Hitler que presentase para su negociación los problemas que siguieran interponiéndose entre él y un entendimiento total con Gran Bretaña. Y Oliver Stanley, el ministro de Comercio, tenía previsto viajar a Berlín el 16 de marzo para hablar de los planes relativos a un nuevo acuerdo comercial.

Sin guerra, Hitler se había convertido en la figura más dominante de Europa. Si hubiera optado por poner su magnífica posición al servicio de la paz, quizá habría habido una edad de oro. Eran tantas las cosas que estaban a

su alcance que muchos de los más duros observadores extranjeros no podían creer que optase deliberadamente por dar forma al futuro con la espada. Por todas partes se oía el pesimista vaticinio de que Francia y Gran Bretaña ya se veían cada vez más empequeñecidas bajo la fuerza nueva y grande de Alemania; que Hitler ya no necesitaba una guerra para alcanzar la ansiada supremacía.

Naturalmente, tenían razón. Hitler no tenía necesidad de emplear la violencia, pero desatendió toda consideración moral y tomó un atajo. Múnich había convertido Checoslovaquia en vasallo de Hitler. La ocupación física de Praga en modo alguno debilitó la posición de Gran Bretaña, pero hizo que el Gobierno de Chamberlain dejase de creer en Alemania. El crimen conmocionó a cuarenta y cinco millones de personas en Inglaterra. Ésa fue la causa de que el país despertara.

Aquella primavera fui a Estados Unidos con la intención de pasar allí varias semanas y ver a mi familia. Nueva York estaba animada y mi estancia allí fue alentadora, pero los problemas que más preocupaban a los norteamericanos (principalmente el enfrentamiento entre el New Deal y el republicanismo) estaban tan alejados de la marcha de los acontecimientos mundiales que casi me sentí aliviada al regresar a Inglaterra. Era julio y Londres se encontraba en plena temporada. Los hoteles estaban llenos de turistas y la vida social era un auténtico torbellino: fiestas, bailes, casas de campo con las puertas abiertas de par en par. Todo el mundo parecía decidido a aprovechar hasta la última pizca de diversión antes de que empezase la guerra. Se hablaba menos de política que en cualquier momento de los dos años anteriores. La suerte estaba echada. Si Alemania atacaba a Polonia, Inglaterra lucharía; no había que darle más vueltas. Todo el mundo hacía tranquilamente sus planes para las vacaciones de verano, como si no hubiera ninguna crisis. En agosto fui a Roma para ver si conseguía entrevistar a Mussolini.

Antes de irme, Randolph me llevó a tomar el té en Chartwell. Allí se estaba de maravilla, con el viento acariciando el césped, las flores bajo el sol..., y esta vez había peces de colores en el estanque. De nuevo encontré a

Churchill vestido con su chaqueta llena de desgarrones y su sombrero maltrecho contemplando con fascinación el estanque. Después del té, me llevó al piso de arriba y me enseñó el estudio de techo alto y vigas de roble donde escribía todas sus obras. A la sazón trabajaba en una historia en tres volúmenes de los pueblos de habla inglesa y ya tenía escrita más de la mitad.

—Pero no podré terminarla antes de que empiece la guerra —comentó en tono triste.

Cuando empezara, dijo, cerraría la casa grande y se mudaría a la casita.

—No vivirás allí —dijo Ralph, indignado—. Estarás en el número diez de Downing Street.

—Me temo que no tengo las mismas ideas fantásticas que tienes tú.

—Bueno, en cualquier caso, estarás en el Gabinete.

—Las cosas tendrán que ponerse muy feas antes de que eso suceda.

Y se pusieron muy feas. Cuando volví a verle era el Primer Lord del Almirantazgo.

Vacaciones en Roma

Hacía calor en Roma aquel agosto, el tipo de calor que flota en el aire, que poco a poco va agotando tus energías y hace que la gente camine de un lado a otro cada vez más despacio, como juguetes a los que se les acaba la cuerda. La Piazza Colonna, normalmente una de las más concurridas de la ciudad, yacía bajo la luz deslumbrante del sol y ese día en particular estaba casi desierta. De vez en cuando pasaba un carruaje tirado por un caballo, traqueteando sobre los adoquines, con el cochero secándose el sudor de la frente, tan acalorado que ni siquiera hacía restallar el látigo, pero eso era todo.

Crucé la plaza y entré en un café para leer el *Times* del día anterior, que acababa de llegar. La prensa alemana había empezado a atacar a Polonia y las noticias que llegaban de Berlín eran exactamente las mismas que las del año anterior, sólo que ahora se referían a Polonia en lugar de a Checoslovaquia. El camarero era italiano pero sabía inglés e hizo varios intentos de leer el periódico por encima de mi hombro. Finalmente dejó de disimular y, tras pedir disculpas, preguntó:

—¿Alguna noticia? Aquí en Roma a veces resulta difícil saber qué pasa.

Le dije que los ataques de la prensa alemana contra Polonia iban en aumento.

—Oh, todo eso ya lo sabemos. Me refiero a noticias de verdad —dijo ansiosamente—. ¿Va a haber guerra?

Contesté que estaba segura de que si los alemanes invadían Polonia, Inglaterra y Francia lucharían, y le pregunté qué pensaba que harían los italianos.

—Sólo Dios lo sabe. No queremos una guerra, y lo que menos queremos

es luchar al lado de los alemanes. Me hirieron en la última guerra luchando *contra* los alemanes. No puedo olvidarlo. En el fondo, casi todos nosotros estamos a favor de los ingleses y los franceses.

Me sorprendió su franqueza. No sé si sus comentarios reflejaban o no la opinión general del momento, pero desde luego reflejaban un cambio de parecer en comparación con lo que había oído en Roma otro mes de agosto, cuatro años antes.

Agosto es siempre la estación muerta de Roma; pero en 1935 el fantasma de la guerra andaba suelto y el ambiente era tenso y cargado de aprensión. Los cafés de la Piazza Colonna estaban llenos a más no poder. La gente leía los periódicos ávidamente, hablaba en tono excitado y de vez en cuando llegaban a tus oídos comentarios sobre posibles bombardeos por parte de la aviación británica, sobre posiciones clave en el Mediterráneo, sobre la defensa terrestre de Italia. Recordé las librerías de la Piazza llenas de fotografías de Abisinia; los soldados a punto de embarcar con destino a África, caminando por las calles con los cordones de las botas atados hasta media pierna y tocados con extraños gorros de color pardo con los que se cubrirían el rostro para protegerse de las arenas del desierto; los cines que anunciaban películas sobre los horrores de Etiopía. Las películas terminaban siempre con imágenes del ejército italiano: pies marchando, tanques, aviones, buques de guerra, luego Mussolini, fuerte y dinámico, dirigiendo la palabra a su pueblo. Recordé los aplausos entusiasmados que recibía.

El 3 de octubre empezó la invasión de Abisinia y el 6 de octubre la Sociedad de Naciones impuso sanciones a Italia. La semana siguiente entrevisté a Mussolini.

Era la primera vez que entrevistaba a un estadista importante. La ciudad estaba repleta de periodistas con experiencia que trataban de ver al Duce y en ningún momento me pasó por la cabeza que se me presentaría la oportunidad de hacerlo. Ciertamente, no estaba preparada para ello. Había ido a Roma con el propósito de escribir unos artículos descriptivos para los periódicos de la cadena Hearst, pero mi conocimiento de política exterior era insignificante. Sin embargo, una noche me invitaron a una cena y conocí por casualidad a Dino Alfieri, el ministro de Propaganda. Me dijo que él, y nadie más que él,

tenía autoridad para controlar las entrevistas que Mussolini concedía a la prensa extranjera. Le rogué que concertase una para mí, pero ni por un instante pensé que lo haría. Cuando me llamó al día siguiente por la mañana para decirme que Mussolini me recibiría a las seis de la tarde, me quedé aterrada. Añadió que no podía acudir a la entrevista con preguntas escritas y que la conversación debía ser «confidencial».

No tenía la menor idea de cómo se hacía una entrevista y tuve el horrible presentimiento de que me sentiría cohibida y no sabría qué decir. Estaba tan nerviosa que a la hora del almuerzo no pude comer nada y me pasé toda la tarde devanándome los sesos en busca de las preguntas apropiadas. A medida que se acercaba la hora me sentía más y más desdichada. El día era oscuro y lluvioso y cuando me dirigía en coche a la Piazza Venezia la luz de los faros en el asfalto mojado y el sonido del viento parecían dar un énfasis misterioso a la ocasión. El hecho de tener que hablar con el Napoleón del día, en el momento en que ponía en peligro la paz del mundo entero, me parecía asombroso.

Entré en el Palazzo, pasé por delante de dos camisas negras que montaban guardia armados con fusiles y presenté mi tarjeta de admisión al ayudante. Me dijo que le siguiera y subimos por una escalinata de mármol larga y curva, cruzamos una puerta con bastidor de hierro y recorrimos dos salas..., salas decoradas con cuadros y muebles de principios del Renacimiento; salas no sólo llenas con las fuerzas del fascismo, sino también salas en las que se respiraba el aire de 1455, año en que el palacio fue construido por encargo de un joven y guapo cardenal procedente de la República de Venecia que quería una residencia desde la cual pudiera contemplar las carreras de caballos en el Corso.

Mi acompañante me hizo pasar a un pequeño recibidor y me dijo que esperase. El silencio de las salas inmensas y vacías que me rodeaban era roto a veces por el eco de los susurros de los ayudantes y el sonido quedo y misterioso de las campanas. Cada dos por tres pasaban hombres uniformados que me saludaban al estilo fascista. Después de una espera que me pareció interminable, un ayudante que vestía un frac de color negro anunció que el Duce estaba preparado para verme. Me hizo entrar en una enorme estancia de

techo alto. En el otro extremo, lejos, muy lejos, había una mesa de despacho con un hombre detrás. Me dirigía hacia él y los tacones de mis zapatos hicieron mucho ruido sobre el suelo de mármol. El hombre no alzó los ojos hasta que hube recorrido las tres cuartas partes de la distancia que nos separaba. Luego se levantó de su asiento.

Nunca olvidaré mi primera impresión. En lugar de un dictador solemne enfundado en un uniforme negro, un hombre bajo y fornido que vestía un traje de color gris claro y calzaba un par de zapatos deportivos de color marrón y blanco avanzó hacia mí dando saltitos. Una palabra que no se asociaba con el hombre fuerte de las masas pasó por mi cerebro: atildado. Me estrechó la mano, sonrió maquinalmente y volvió a su asiento detrás de la mesa. Caminaba con un pavoneo peculiar —echando la cabeza hacia atrás y sacando pecho—, como si la mitad de su cuerpo fuese demasiado grande para el resto de su persona.

Pronto me di cuenta de que mis temores de que la conversación decayera habían sido infundados. Clavó sus ojos en mí, amenazadoramente, se inclinó sobre la mesa y me apuntó con un lápiz, con expresión enojada.

—¿Cree que soy un déspota? —preguntó con voz áspera.

—Oh, no —contesté con voz débil.

—¿Piensa que mi pueblo me admira?

—Oh, sí.

—¿Piensa que lo he llevado a la guerra en contra de su voluntad?

—Oh, no.

—¿Piensa que creen en su causa?

—Oh, sí.

—Pues váyase a casa y dígaselo al pueblo norteamericano. Váyase a casa y dígales que no soy el tirano que sus periódicos dicen que soy. Váyase a casa y dígales que la nación italiana tiene derecho a un lugar en el sol. Que Inglaterra y su hatajo de estadistas hipócritas no podrán embaucar a Italia para que renuncie a sus justas demandas. ¡Que Italia es una gran potencia y como gran potencia no teme a nadie!

Acompañó estas palabras con un fuerte puñetazo sobre la mesa. A continuación y durante diez minutos me vi sometida a una diatriba furiosa (en

inglés fluido pero gramaticalmente incorrecto) acerca de la fuerza de la Italia fascista, el carácter traicionero de Inglaterra y la suprema estupidez de la Sociedad de Naciones. Me dio la impresión de que su actitud intimidatoria formaba parte de una comedia: la forma en que tenía sus enormes ojos clavados en mí, la forma en que agitaba el lápiz en el aire y golpeaba la mesa para recalcar sus afirmaciones. En vez de preguntarme qué iba a decir, empecé a temer que la entrevista terminase antes de tener la oportunidad de hacer una sola pregunta. Finalmente decidí arriesgarme e interrumpirle.

—¿Puedo hacerle una pregunta a Su Excelencia? Si no le gusta la Sociedad de Naciones, ¿por qué sigue siendo miembro de ella?

La expresión feroz con que me había mirado hasta ahora cambió de repente.

—Porque soy un hombre muy inteligente —replicó casi con timidez—. La política es un juego difícil y mi forma de jugar es la que me ofrece la mejor oportunidad de ganar. No es fácil. Estoy en guerra con cincuenta y dos naciones. —Se le trabó la lengua al decir «cincuenta y dos» en inglés, y, para cerciorarse de que no le hubiera entendido mal, escribió la cifra en un papel y me lo mostró.

—*Cinquanta-due* —dijo.

—¿Piensa que puede vencer a cincuenta y dos naciones?

—No lo sé —dijo, y sonrió casi con timidez—. Pero lo intentaré. Si los ingleses tienen derecho a un imperio africano, *nosotros* tenemos derecho a un imperio africano. El Mediterráneo es más nuestro que suyo. Mi pueblo lo comprende y está conmigo. ¿Ha visto cómo me recibe?

Respondí que había visto las multitudes en la Piazza Venezia unas semanas antes, al dar él la señal de que había empezado la guerra en Abisinia.

—Bien. Muy muy bien.

Nunca supe si se refería a su discurso o al hecho de que yo lo hubiera oído, porque súbitamente se levantó de un salto y comprendí que la entrevista había terminado. Me acompañó hasta el otro extremo de la habitación, me estrechó la mano y cerró la puerta.

No me había impresionado. La personalidad de Mussolini era demasiado agresiva y rimbombante para mi gusto, y sus argumentos contra Inglaterra y la

Sociedad de Naciones eran tan exagerados que no habían logrado convencerme. Pero lo que más me había molestado era que me dijese lo que tenía que hacer. Mi reacción a la orden de irme a casa y decirle esto, aquello y lo de más allá al pueblo norteamericano fue:

—A los italianos podrá decirles lo que tienen que hacer, pero, gracias a Dios, ¡a mí no puede decírmelo!

Aunque mucha gente estaba de acuerdo con los puntos de vista de Mussolini, había muy poca lógica en ellos. Intentaba justificar el ataque italiano a Abisinia alegando que el país africano no era digno de ser miembro de la Sociedad de Naciones; sin embargo, era Italia y sólo Italia la que había abogado por la inclusión de Abisinia en dicha organización internacional, en contra de los repetidos consejos de Gran Bretaña. Mussolini había sido aclamado como un gran hombre por haber elevado el nivel de vida en Italia (todavía se le alaba por ello), pero se pasaba convenientemente por alto el hecho de que había alcanzado tal objetivo empleando medios tan artificiales que ahora la nación se encontraba ante la alternativa de expandirse o reventar. Eso es lo que más debe recordarse del fascismo. Siempre vive por encima de sus ingresos y confía en que cuando se le agote el capital podrá robar dinero ajeno para que le cuadren las cuentas.

Al describir a Mussolini en un artículo que publicaron los periódicos de la cadena Hearst, dije que de haber nacido en una época anterior, su patriotismo feroz y sus ambiciones intolerantes sin duda le habrían permitido forjarse un gran imperio. «Estas cualidades», escribí, «eran virtudes ayer, pero ¿siguen siéndolo hoy? Mussolini está en la cresta de la ola, una gran ola. Me pregunto si el eco será de victoria o de catástrofe.»

Bien, ya no es necesario que siga preguntándomelo.

Italo Balbo, el mariscal del aire de Italia, era muy distinto de Mussolini. El 6 de octubre, el mismo día en que la Sociedad de Naciones votaba a favor de imponer sanciones a Italia, volé a Libia y pasé unos cuantos días en Trípoli. No hace falta decir que la situación era tensa. La flota británica se hallaba concentrada en el Mediterráneo y cuando alcanzamos Sicilia nuestro piloto

anunció que no haríamos la habitual escala en Malta. En vez de ello, al acercarnos a la isla, el avión descendió en picado y estuvo volando en círculo durante media hora mientras el radiotelegrafista tomaba nota de los números de varios buques británicos y los mandaba por radio a Roma.

Trípoli estaba abarrotada de militares y en sus calles podían verse el caqui de las tropas coloniales, el rojo de las fajas y los feces de los soldados árabes y el gris verdoso de los regimientos italianos. En las calles principales centenares de banderas italianas ondeaban sus colores rojos, blancos y verdes en los edificios tropicales, tan blancos bajo la luz deslumbrante del sol que casi te dolían los ojos al mirarlos.

Había conocido a uno de los secretarios de Balbo en París y la noche de mi llegada me invitaron a cenar en casa de Su Excelencia, una exótica villa morisca con vistas al mar. Entre los invitados había varios generales del ejército y, a pesar de la tensa situación, todo el mundo parecía muy animado. Balbo era un hombre dotado de un encanto tosco e indolente y de un agudo sentido del humor, y saltaba a la vista que sus seguidores le adoraban. Recuerdo que me llamó la atención que, a diferencia de la mayoría de los líderes fascistas, Balbo no tenía ningún retrato de Mussolini en su casa. Sólo había retratos del rey y la reina, del príncipe heredero y de su esposa. Al preguntarle qué le parecía Libia, se encogió de hombros y repuso:

—*Il faut l'aimer. Je suis un prisonnier ici.*

No sé si era o no del todo verdad. Balbo llevaba una vida agradable y su cargo era importante; sospecho que le gustaba dramatizar.

Después de la cena, los invitados salimos al patio y Balbo nos obsequió con una exhibición de tiro nocturno, su deporte favorito. Apuntó al cielo con un fusil y disparó al azar contra unos pájaros que revoloteaban sobre la villa y apenas se distinguían bajo la luz de la luna. La exhibición resultó cómica porque, si bien no dio en el blanco ni una sola vez, sus generales y oficiales le alababan y le decían que era un tirador maravilloso. Y detrás de ellos había dos enormes sirvientes negros, uno con una toalla y el otro con una palangana llena de agua para que se lavase las manos al terminar. Ambos sirvientes de confianza eran abisinios.

Una tarde Balbo me llevó dar un paseo en avión. Siempre me había

imaginado que volar con el mariscal del aire de Italia, el hombre que había atravesado el Atlántico y vuelto al punto de partida al frente de una escuadrilla de aviones italianos, sería una experiencia memorable. Lo fue, pero no exactamente como me había figurado. Me llevó en un Berda de dos plazas que era tan viejo que le costó trabajo despegar. Una vez en el aire, el motor empezó a dar sacudidas tan violentas que estaba segura de que las alas se desprenderían, el viento atravesaba silbando la cabina, el aparato saltaba arriba y abajo, inseguro, y Balbo no paraba de gritar: «*Magnifique, n'est-ce pas?*».

La única cosa magnífica era la vista. Al elevarnos en el aire, las mezquitas árabes se convirtieron en pelotas de tenis al tiempo que las casas parecían un surtido de cajas de caramelos, blancas y cuadradas. A un lado estaba la majestuosa extensión del Mediterráneo y, al otro, el desierto largo y blanco; al oeste, el sol poniente teñía el cielo de rosa y una luna roja empezaba a asomar por el este. Balbo quería hacer unas cuantas acrobacias, pero logré quitárselo de la cabeza diciéndole que estaba delicada del corazón, lo cual no era verdad. Cuando volví a sentir tierra firme bajo los pies, solté un suspiro de alivio.

Al echar la vista atrás, aquellos días en Libia fueron un intermedio extraordinario. Si bien la «crisis» italiana tenía al mundo en vilo, la posibilidad de una guerra no parecía alarmar en lo más mínimo a Balbo y sus generales. Ni siquiera parecían tener mucho que hacer. De hecho, Balbo sugirió que me tomase un par de días de vacaciones y volara con él a Gadamés, una fascinante población árabe a varios centenares de kilómetros de la costa. Nada podía inducirme a volver a subir al mismo avión con el mariscal del aire, de modo que le dije que lo lamentaba pero tenía que regresar a Roma. Insistió un poco, luego movió la cabeza con aire triste:

—Lo sé. El problema es que no le gusta mi barba.

Y no se habló más del asunto.

A pesar de los gruesos toldos de rayas y los ventiladores eléctricos, en el café de la Piazza Colonna hacía tanto calor que volví al hotel. Antes de irme el

camarero italiano dijo:

—Si nos tomáramos en serio lo que dicen nuestros periódicos, la guerra empezaría mañana mismo. Pero yo no me lo creo. Mussolini tiene una buena cabeza sobre los hombros. Pienso que nos libraré de entrar en ella.

Al parecer, en Roma eran muchos los que tenían la misma fe. Aunque más de un millón y medio de hombres habían sido llamados a filas y los titulares de la prensa voceaban acontecimientos inquietantes, en la capital se advertían pocas señales de alarma. La vida discurría tranquilamente, como de costumbre: carruajes circulando lentamente por las calles, gente echando la siesta en las orillas del Tíber, la vida en los cafés tan sosegada como siempre. Ni siquiera había empujones para comprar los periódicos.

Italianos de toda condición se deshacían en muestras de amistad ante los turistas ingleses y norteamericanos y por primera vez oí criticar sin disimulo al régimen fascista. Aquel verano hizo fortuna un chiste en el que un hombre preguntaba a un taxista: «¿Está libre?», a lo que éste respondía: «Claro que no. Soy italiano».

Pero más curioso que la despreocupación generalizada era que no se hicieran preparativos militares. A pesar de la movilización, no se estaban tomando precauciones contra posibles ataques aéreos; la única actividad digna de mencionarse era la enérgica oleada de construcción para la Exposición Universal de 1942.

Había llegado a Roma en una semana mala —hasta los funcionarios a los que quería ver se encontraban ausentes—, así que me fui a Capri para pasar unos días con Mona y Harrison Williams. La vida en Capri era paradisiaca y nos pasábamos el día nadando y tomando el sol, pero no llevaba allí muchos días cuando la crisis tomó un nuevo rumbo. Ciano había ido a Berchtesgaden para conferenciar con Hitler y ya corrían rumores de que se había fijado la fecha para la guerra. Regresé a Roma el mismo día en que Ciano volvió de Alemania y al día siguiente almorcé con él en Ostia.

En Roma hacía tanto calor que a mediodía nadie trabajaba. A la una de la tarde todo aquel que podía permitírselo se iba en coche a la playa, que estaba a pocos kilómetros de la capital, nadaba un poco y hacia las cuatro de la tarde volvía al trabajo. El príncipe y la princesa del Drago me invitaron a ir con

ellos y nos reunimos con Ciano para almorzar en la playa.

Ciano era bien parecido, hablaba un inglés perfecto y era un conversador animado y divertido. Pero tenía un aire de increíble arrogancia; notabas en todo momento que intentaba imitar a su suegro, hasta el punto de sacar pecho y pavonearse al andar. Aunque me moría de ganas de saber qué había ocurrido en Berchtesgaden (la conversación seguía estando rodeada del máximo secreto), no dije nada al respecto con la esperanza de que la indiscreción italiana me proporcionara alguna pista. Ciano debió de leerme el pensamiento, ya que después de almorzar me llevó a dar un paseo en una lancha motora — uno de los paseos más incómodos que he dado en la vida— y cuando estábamos a más o menos una milla de la costa se zambulló desde la embarcación y se puso a nadar. Súbitamente apareció en la superficie, con el pelo mojado sobre los ojos, y dijo:

—Apuesto a que te gustaría saber de qué hablé con Hitler.

—Sí, me gustaría. Pero quizá porque tengo la perspicaz opinión de que fue él quien más habló.

—Pues no estés tan segura —replicó Ciano, irritado—. Él no es el único. También yo puedo hacer historia. Cuando pienso en cuántas vidas dependen de mis pensamientos, es un alivio venir aquí y pasar unas cuantas horas lejos de todo. —(Puede que usted no se lo crea, pero eso es lo que dijo.)

Aquella noche Ciano, los Del Drago y yo cenamos juntos en el hotel Ambassador. Ciano fue tratado a cuerpo de rey. Al entrar en algún lugar, todo el mundo le miraba fijamente; los camareros hacían una gran reverencia y los conocidos hacían esfuerzos exagerados por atraer un saludo suyo. A Ciano no se le escapaba el efecto que producía; cuando me preguntó adónde me gustaría ir después de cenar y contesté que a un local con música, dijo que las multitudes hacían tantos aspavientos al verle que tenía que elegir con cuidado los lugares adonde iba; su padre acababa de morir y no quería llamar demasiado la atención.

Finalmente se decidió por un restaurante pequeño que se hallaba a unos kilómetros de Roma. Al subir al coche, llamó con orgullo mi atención sobre el cristal a prueba de balas:

—Si me sucediera algo, quizá la historia cambiaría.

Aunque llegamos al restaurante, no entramos en él, porque Ciano mandó llamar al gerente y le preguntó si su guitarrista favorito seguía allí.

—*No, Eccellenza* —la voz del gerente adquirió un tono casi acusador—, è *mobilizzato*.

Ciano pareció ligeramente desconcertado y volvimos a Roma.

Ciano evitó cuidadosamente hablar de asuntos políticos y no me había dado ninguna indicación de lo que estaba sucediendo. Al día siguiente, sin embargo, volví a almorzar con los Del Drago, Ciano y Alfieri (el ministro de Propaganda, el hombre que había concertado mi entrevista con Mussolini) y se produjo un incidente que me aclaró lo que quería saber. Almorzar con Ciano era casi siempre un asunto bastante cómico, pues un desfile ininterrumpido de camareros jadeantes iba playa arriba y playa abajo acarreando enormes platos de espaguetis y cubos con botellas de vino tinto. Estábamos echados en la arena, a la sombra de los parasoles, cuando un hombre de edad avanzada y su hija, ambos en traje de baño, bajaron por el amplio paseo. Ciano y Alfieri se apresuraron a levantarse y fueron a saludarles, pero Del Drago se alejó en la dirección contraria. Me sorprendió ver a Ciano haciendo tantas alharacas por otra persona y cuando volvió Del Drago le pregunté quién era el anciano.

—El general Długoszowski, el embajador polaco —respondió—. Me hubiese gustado estrecharle la mano y decirle que salvaríamos a su país. Pero, por desgracia, es demasiado tarde. No podrá ser.

De modo que aquello era lo que había ocurrido en Berchtesgaden. Los alemanes habían fijado la fecha para la guerra y habían decidido seguir adelante a toda costa. No era extraño que Ciano encontrase en la natación una manera agradable de relajarse.

Si bien mucha gente creía que Ciano y Mussolini tenían opiniones distintas en materia de asuntos exteriores, Ciano me parecía un peso demasiado ligero para contrariar seriamente a su suegro. Mussolini seguía llevando las riendas y, a juzgar por lo que había podido averiguar, no era un hombre que se dejara influenciar a la hora de tomar decisiones.

No creía que Italia fuera a entrar en la guerra en aquel momento y así lo dije en un artículo que escribí para el *Sunday Times*. Pero nunca me cupo la menor duda de que el Partido Fascista ansiaba una victoria de Alemania y

haría todo lo posible para facilitarla. Dino Alfieri era una figura relevante entre los que pensaban así. Antes de irme de Roma fui a almorzar con él y me dijo que, pasara lo que pasase, no creía que Inglaterra y Francia luchasen.

—Pero si luchan —añadió—, da lo mismo que sea ahora o más adelante. De vez en cuando llega un momento histórico en que las tierras del mundo deben dividirse de nuevo.

La política exterior de Italia se me antojaba aún más despreciable que la alemana. Hacía caso omiso de la gran civilización que había recibido en herencia, y no contenía ni un ápice de principios; era piratería declarada.

Me dijeron que no había ninguna posibilidad de volver a entrevistar a Mussolini y durante el fin de semana me fui al sur de Francia para pasar unos días con Freda y Bobby Casa Maury. El día en que volé de Roma a Génova, la noticia del pacto germano-soviético estalló sobre un mundo atónito. Allí estaba la obertura de la segunda guerra mundial. Por primera vez, Alemania tenía todas las de ganar; Hitler era libre de destruir a Polonia, volver luego la espalda a Rusia y atacar con toda su fuerza a Occidente en un último intento de dominar Europa. Ahora nada le pararía los pies.

Últimas horas en Berlín

Mis vacaciones habían terminado. Veinticuatro horas después me encontraba en un automóvil con Marc Lauer, un amigo de Bobby Casa Maury, camino de París. Muchas otras personas se dirigían a París también, porque la noticia del pacto germano-soviético fue como el proverbial viento que precede a la tempestad. Los turistas veraniegos hacían su vida tranquilamente y al cabo de un instante se desperdigaban en un centenar de direcciones, sin orden ni concierto, y trataban de llegar a casa antes de que cayeran los primeros rayos. El Gobierno francés ya había comenzado a llamar a filas a los reservistas; las carreteras estaban abarrotadas de camiones y motos y casi se oían los gemidos de la tempestad.

A los franceses nunca deja de notárseles que se sienten infelices: se vuelven hoscos y malhumorados. Durante todo el viaje fuimos recibidos con miradas sombrías y comentarios irritados. Cuando nos detuvimos en Valence para almorzar, el camarero se desahogó armando ruido con los platos y dando portazos, como si nosotros fuéramos personalmente responsables de lo que ocurría. Más tarde, cuando entramos en un café de Lyon y preguntamos a la dueña si la radio había dado alguna noticia, la mujer replicó secamente:

—Estoy demasiado ocupada para escucharla —y añadió—: Además, no hay nada que quiera oír.

Nunca, pensé, un país fue a la guerra con tan pocas ganas de ir.

Las carreteras estaban tan congestionadas que llegamos a París a las cuatro de la madrugada. Entramos por Fontainebleau. Hacía frío y un silencio sobrenatural reinaba en los grandes bosques que se extendían a ambos lados del camino. La niebla era espesa en el suelo y extrañas formas blancas se alzaban ante los faros del coche; fantasmas de hace veinte años, pensé, que

vuelven a la vida.

París estaba tan bella como siempre, pero tenía una expresión preocupada, como una mujer preciosa que ha perdido su compostura habitual. Todo parecía moverse más deprisa: las personas, los taxis, los ciclistas, incluso el agua que manaba de las fuentes del Rond Point.

Los hoteles estaban llenos de turistas norteamericanos asustados que acosaban a los porteros y ofrecían grandes sumas de dinero a cambio de billetes que los sacaran de allí antes de que empezase el conflicto. Fui a ver a la baronesa y la encontré sola en el piso. Sus dos criadas, Yvonne y Germaine, ya se habían ido y ahora trabajaban en un hospital en alguna parte del norte.

La baronesa era una mujer esbelta y tenía una cicatriz pequeña en la nariz, causada por un fragmento de metralla que un día, durante la última guerra, había caído en el balcón cuando ella se encontraba allí. Nadie odiaba a los alemanes más que ella. En cierta ocasión una de sus amigas la había visitado en compañía de una chica austriaca; luego, Madame, indignada, la había reprendido por meter a una *boche* en su casa. La amiga había argumentado que la joven era austriaca, pero Madame, aún más indignada, había insistido en que todos eran lo mismo.

Madame lloró un poco al verme y me preguntó si creía realmente que iba a haber una guerra esta vez, pero lo hizo sólo para darme conversación, toda vez que ya conocía la respuesta. Había trabajado en un hospital de París durante la última guerra y me dijo que había hecho gestiones para volver a trabajar en él. Me despedí de ella con tristeza.

Antes de irme, fui a ver a la portera, la mujer que siempre se peleaba con tanta ferocidad con el panadero. Un año antes, al volver de Praga y preguntarle qué opinaba de lo de Múnich, se había encogido de hombros y contestado con una sola frase: «*Ce n'est pas chic, ça*». Esta vez volvió a comentar con una sola frase: «*Il faut en finir*».

Tuve suerte de poder volver a Inglaterra, puesto que los trenes y los barcos estaban llenos a reborar de turistas y era difícil encontrar billete; hubo tantos retrasos que la travesía duró cerca de doce horas. Al llegar por fin a Dover,

vimos en un quiosco un cartel que decía: «A Hitler se le acaba la paciencia».

Pero «la paciencia» de Hitler duró otros cinco días que viví pendiente de los boletines de noticias y los avances informativos: «Mil tanques en la frontera polaca»; «Conversaciones de medianoche en Whitehall»; «Los niños se van de París»; «Dos millones de polacos en armas»; «Roosevelt envía un mensaje a Italia»; «Henderson vuelve a casa»; «Hitler recibe una nota del Gobierno británico»; «Hitler contesta».

Todo el mundo sabía que ninguna de aquellas cosas iba a cambiar: que Henderson volara a casa o se quedara en Berlín, que Hitler contestase o no. El final sería el mismo. Al pasear por Hyde Park y ver el sol y las flores, parecía irreal: recuerdo que pensé que era casi indecente que la naturaleza no se comportase de forma más lúgubre.

Pero la irrealidad del clima no era más extraña que la gente que tenía a mi alrededor. Los ingleses no reaccionan a una crisis de la misma manera que la gente de otros países que conozco. Cuanto más tensa es la situación, más tranquilos se muestran. De hecho, nadie hacía la menor alusión a la guerra inminente. Taxistas, camareros y maleteros hacían su trabajo como si no supieran que pronto se verían atrapados en una de las mayores tempestades que jamás se haya visto en el mundo. Lo máximo que conseguías sacarles era un comentario corto como, por ejemplo: «Las cosas no pintan demasiado bien, ¿verdad?», y de pronto te sentías culpable de haber tenido el mal gusto de referirte a ello.

Había dejado mi piso al irme de Londres y pasé la crisis con Maureen y Oliver Stanley en su casa de Romney Street. El teléfono sonaba continuamente y Oliver asistía a incontables reuniones del gabinete, pero la vida de la familia transcurría de manera tan normal que podría haber sido cualquier semana excepto aquella. A pesar de ello, en su fuero interno todos sabían lo que les esperaba. Oliver había combatido en la última guerra, cuando tenía dieciocho años. Ahora su hijo tenía la misma edad y pronto combatiría en ésta. La felicidad de millones de personas estaba en juego, pero no podían hacer nada para impedir que el futuro les obligara a vivir una terrible repetición del pasado.

En su panfleto *Black Record: Germans Past and Present* (Negro historial:

los alemanes de antes y de ahora), Sir Robert Vansittart escribe:

En 1907 me encontraba atravesando el Mar Negro a bordo de un barco alemán. Era primavera y las jarcias estaban llenas de pájaros de alegres colores. Me fijé en particular en uno de alas negras con manchas blancas y pico más recio que el de los otros pájaros. De vez en cuando saltaba sobre uno de los pájaros pequeños y desprevenidos y lo mataba. Era un alcaudón o pájaro carnicero e iba aniquilando progresivamente a todos sus congéneres. [...] Aquel pájaro carnicero en aquel barco alemán se comportaba exactamente como se comporta Alemania. Yo tenía entonces veintiséis años y la vida parecía bastante buena, o debería haberlo parecido, porque había cuatrocientos millones de felicidades de un tipo u otro en Europa. Pero ya notaba la sombra que se cernía sobre ellas, porque había pasado en Alemania el tiempo suficiente para saber que provocaría su cuarta guerra tan pronto como juzgase que el momento era propicio.

En la primavera de 1939 el momento volvía a ser propicio.

A la una menos cuarto, exactamente diecisiete horas antes de que las tropas alemanas iniciaran su ataque contra Polonia, Jane Leslie y yo aterrizamos en el aeródromo de Tempelhof, en Berlín. Desde el momento en que vimos las siniestras filas de aviones de caza alineados en el campo —aviones pintados de negro con el distintivo de la esvástica— percibimos todo el dramatismo de aquel espantoso momento. La capital era un campamento armado. Todos los automóviles particulares habían sido requisados y el único tráfico que se veía en las calles era el incesante desfile de camiones militares, camiones blindados y arzones de artillería que retumbaban y traqueteaban sobre la superficie de piedra, terribles heraldos de lo que se avecinaba. Los hoteles estaban abarrotados de uniformes negros de las tropas de asalto nazis y aquella noche, por primera vez, se recortaron sobre el cielo las siluetas de los hombres encargados de los cañones antiaéreos en los tejados de la Unter den Linden.

En todas partes sentías la fuerza siniestra de la nación alemana en vísperas de lanzar su quinta guerra en Europa en el espacio de setenta y cinco años. La sentías incluso en el viento que soplaba en la capital exactamente igual que en el anterior mes de agosto y que empujaba papeles y desperdicios que hacían un ruido extraño, parecido a un estertor de muerte.

Sabías que la máquina estaba preparada. Era el momento por el que la Alemania nazi había trabajado durante seis años. Ahora los aviones y los tanques esperaban y los cañones estaban preparados. Se había hecho todo lo que debía hacerse, hasta abrillantar el último botón del último uniforme. Lo único que faltaba era accionar la palanca.

Había venido a Berlín para pasar sólo cuarenta y ocho horas en la ciudad y escribir un artículo dominical. Jane era una amiga de Nueva York que había pasado el verano en Europa. Aunque le advertí que probablemente nos encontraríamos atrapadas en Alemania cuando empezase la guerra y tal vez tardaríamos semanas en volver a Inglaterra, decidió acompañarme. Nunca había estado en Berlín y el ambiente le causó una impresión más fuerte incluso que a mí. Durante todo el viaje hasta el hotel estuvo mirando por la ventanilla del taxi y cuando entramos en el vestíbulo del Adlon y pasamos junto a unos hombres en uniformes negros con cara de pocos amigos, los miró con curiosidad como si fueran ligeramente irreales, personajes salidos de una película de Hollywood.

En el Grill Bar del hotel encontramos a Pete Huss, del *International News Service*, y a Karl Boehmer, el jefe de la oficina alemana de Prensa Extranjera. Boehmer había perdido su acostumbrado aire de confianza y se le veía demacrado y enfermo. Nos dijo con cara de pena que la situación ya no tenía remedio y vaticinó que el mundo entero pronto se vería envuelto en ella.

Nunca he visto a un hombre más deprimido. Pete Huss me dijo que en la rueda de prensa de la mañana se había puesto a llorar. Estaba tan habituada a la seguridad en sí mismos que desplegaron los nazis que el desánimo me sorprendió, pero me di cuenta de que hasta el momento había visto a los funcionarios nazis sólo cuando las cosas les iban bien. En una rueda de prensa que tuvo lugar por la tarde en el Ministerio de Asuntos Exteriores, el portavoz oficial se mostró casi tan apesadumbrado como Boehmer. Una docena de periodistas estábamos sentados alrededor de la mesa lanzándole preguntas, pero él no paraba de negar con la cabeza y contestar en voz baja y forzada: «*Ich weiss nicht*» («No lo sé»). Pete Huss, que estaba sentado a mi lado, susurró:

—«No lo sé» es lo único que cualquiera *sabe* en Berlín.

Los corresponsales de las agencias enviaban boletines con intervalos de pocos minutos y los diplomáticos parecían agobiados y cansados. Encontramos a Sir George Ogilvie-Forbes, el consejero de la embajada británica, trabajando en mangas de camisa; Alexander Kirk, el encargado de Negocios norteamericano, había instalado un catre en su despacho y durante las últimas cuarenta y ocho horas había estado de guardia día y noche.

Las largas horas de aquella tarde y aquella noche fueron como acompañar a un moribundo en sus últimas horas: la ansiedad, la confusión, la solemnidad, las palabras en voz baja, incluso la falsa nota de alegría. Los diplomáticos adoptaron una actitud de «mientras hay vida hay esperanza», pero en ningún momento dejaron de hacer preparativos para el entierro; Sir Nevile Henderson se fue para mantener una última conversación con Göring, pero el primer piso de la embajada británica estaba lleno de equipaje listo para mandarlo en el tren diplomático cuando llegase la señal. ¡Pobre Paz! Ya nada podía devolverle el color a sus mejillas ni calentar sus frías manos.

Hacía sólo veinte años que diez millones de hombres habían muerto en el conflicto más salvaje de la historia del mundo. Habían muerto violentamente: quemados, asfixiados, gaseados, ahogados, a bayonetazos y desintegrados. Ahora, una vez más, la nación alemana iba a desencadenar los mismos horrores, e incluso horrores mayores. De un momento a otro, un hombre daría la señal. Una multitud poco numerosa esperaba en la Wilhelmstrasse, delante de la Cancillería. La enseña especial que indicaba que Hitler se encontraba presente ondeaba en lo alto del edificio. Cuando pasé por allí me sentí súbitamente enferma.

La ocasión era tan inmensa que las cosas que se absorbían con los ojos parecían no tener ninguna relación con lo que estaba sucediendo. Aquella noche, cuando Jane y yo cenamos en el restaurante Horscher, la impresión de irrealidad fue total: las luces tenues, las excelentes viandas, los camareros atentos, las risas, todo venía de otro mundo. Me sobresalté al darme cuenta de que aparte de un puñado de funcionarios, pocas personas en Berlín eran conscientes del drama que estaban viviendo. Habían vivido otras crisis. Sus ejércitos habían sido movilizados y sus hombres habían sido enviados al frente y siempre se habían encontrado con una victoria incruenta en las manos.

Probablemente, esta crisis no les parecía más grave que la del año anterior. Aquella noche la mayoría de ellos se acostarían confiando en la inspiración divina del Führer. De hecho, una conocida alemana de Jane se reunió con nosotras y nos dijo que había oído un informe según el cual Polonia aceptaría el ultimátum alemán. La conocida de Jane estaba segura de que en el último momento se llegaría a un acuerdo de paz. Al volver a casa, pasamos por delante de la Cancillería, a medianoche, y las luces seguían encendidas.

A la mañana siguiente nos despertó el ruido de pies desfilando. Eran los pasos de un cortejo fúnebre. Nuestras habitaciones daban a la Unter den Linden, y cuando salimos apresuradamente al balcón, vimos que había tropas de asalto alineadas a ambos lados de la avenida. Telefoneamos a recepción y nos dijeron que Hitler se dirigiría al Reichstag a las diez. Como pronunciar el discurso había sido una decisión de última hora, no había habido tiempo para organizar multitudes de espectadores entusiasmados. Solamente un puñado de personas vieron pasar el automóvil de Hitler, que por primera vez vestía el uniforme gris de campaña del ejército alemán. Para llegar al sitio donde haría su declaración más trascendental, una declaración que haría época, cruzó calles vacías.

El discurso fue breve: Hitler enumeró las «atrocidades» que habían cometido los polacos y anunció que desde las seis menos cuarto de la madrugada los alemanes estaban respondiendo al fuego de los polacos. Jane y yo lo escuchamos desde el despacho del coronel Black, el agregado militar norteamericano. Sus ventanas también daban a la Unter den Linden. Aunque habían instalado altavoces en la avenida y las vehementes palabras resonaron en toda la capital, nos llamó la atención la acogida poco entusiasta que tuvieron. Hasta las tropas de asalto mostraban poco entusiasmo.

Al terminar la declaración, bajamos a pie hasta la Cancillería y, en lugar de la gran multitud que suele congregarse allí, nos encontramos con que sólo había cincuenta o sesenta personas. Pedían a gritos que Hitler saliera al balcón y, mientras esperábamos, me puse a reflexionar sobre la trayectoria del hombre que había ascendido de pintor de brocha gorda a generalísimo.

Hitler no salió al balcón, pero quizá valga la pena dejar constancia de que dos ventanas más allá, en una sección del edificio que estaban renovando, tres

pintores con gorro y mono blancos estaban asomados a la ventana y miraban estúpidamente a la multitud.

Jane y yo almorzamos con Ogilvie-Forbes y el coronel Daly (el agregado militar británico) en el jardín del Adlon. Nos dijeron que no había llegado ninguna noticia relativa a la declaración de guerra británica, pero que esperaban recibirla de un momento a otro. Un grupo de funcionarios alemanes que ocupaban una mesa cercana miraban a los dos ingleses con curiosidad, pero dudo que pudieran interpretar la expresión sonriente e impenetrable de Ogilvie-Forbes. Me pareció que estaban perplejos.

A pesar de que la guerra había empezado como todo el mundo había previsto, a sangre fría y de manera calculada, me sentía levemente aturdida. Me preguntaba qué pensarían los alemanes. Finalmente me acerqué a uno de los recepcionistas y le pregunté sin rodeos qué opinaba de una guerra mundial. Nunca olvidaré la sorpresa que me causó su respuesta.

Nos miró a Jane y a mí con cara de asombro.

—¿Una guerra mundial? ¿Qué quiere decir? Polonia es asunto de Alemania. ¿Qué tiene que ver con los demás?

Al cabo de unos minutos vimos al empleado hablando con dos o tres personas. Era evidente que estaba repitiendo lo que habíamos dicho, toda vez que nos señalaba y los demás reían y hacían gestos de incredulidad.

—Míralos —dijo Jane agitadamente—. No nos creen. Probablemente están diciendo: «Oh, ese par de chicas... ¡Están locas!».

Me quedé atónita. Hasta ese momento no me había percatado de que la gente corriente desconociera hasta tal punto el verdadero estado de cosas. Pero supongo que no debería haber resultado tan sorprendente. Los periódicos de la mañana no publicaron ninguna noticia sobre el ultimátum de los británicos y los franceses. La propaganda alemana se había concentrado exclusivamente en atacar a Polonia e incluso Hitler, en el discurso del Reichstag, sólo había hecho una leve alusión a Inglaterra y Francia al decir que no podía hacer «otra cosa que lamentar las declaraciones de estadistas extranjeros en el sentido de que esto [el ataque a Polonia] afectaba sus

intereses». Alemania, había añadido, no tenía ningún interés en Occidente; no tenía objetivos de ningún tipo allí para el futuro.

Cuando el camarero nos trajo el té, le sondeamos y su reacción fue igual que la del recepcionista.

—Los polacos fueron demasiado lejos al provocar a Alemania. Ahora lo pagarán caro.

—Pero ¿qué opina sobre luchar contra Gran Bretaña y Francia?

—¿Quién dice que vamos a luchar contra Gran Bretaña y Francia? Polonia no es asunto de nadie salvo de Alemania. No podíamos cruzarnos de brazos y dejar que los polacos matasen a tiros a mujeres y niños alemanes. ¿Por qué iban a entrometerse otros?

Nos miró con cara de enojo y se fue pisando fuerte.

No encontramos ningún atisbo de alarma hasta que hablamos con uno de los maleteros, un hombre de más edad. Cuando le dijimos que Inglaterra y Francia lucharían contra Alemania nos miró con expresión de desesperación y dijo:

—*Mein Gott*, espero que no. Pasé cuatro años en la última y eso fue suficiente.

La injustificada sensación de seguridad de Alemania sufrió una leve sacudida cuando alrededor de las cinco las sirenas de la alarma antiaérea sonaron súbitamente en toda la capital. Nuestro primer pensamiento fue: la aviación británica. Salimos corriendo al balcón. Abajo, los coches se detenían junto a las aceras y la gente corría en todas las direcciones. Un camión se acercó tan rápidamente al bordillo que se subió sobre la acera. Bajamos al vestíbulo y vimos que entraba mucha gente desde la calle. Apareció el gerente, alzó los brazos pidiendo atención y dijo a la multitud que le siguiera hasta el refugio. Cruzamos la cocina y salimos al jardín trasero. El único techo era el cielo: ése era el refugio del Adlon.

La gente miraba con aprensión hacia el cielo y un alemán de edad avanzada que estaba a mi lado me preguntó si ya me había encontrado alguna vez en un bombardeo aéreo. Le dije que había sido bombardeada varias veces por aviones alemanes en España y el hombre se calló. Veinte minutos después sonó la señal de que había pasado el peligro y más adelante oímos decir que

había sido sólo un ensayo.

Todo eso sucedió un viernes. Tenía que mandar mi artículo al *Sunday Times* el sábado y, como las comunicaciones entre Inglaterra y Alemania podían cortarse en cualquier momento, decidimos irnos a Holanda aquella noche. Los servicios ferroviarios ya estaban alterados. Nos dijeron que encontraríamos billetes sólo hasta Colonia y que tendríamos que arreglárnoslas como pudiéramos a partir de allí.

Aquella noche, por primera vez, los trenes viajaron por una Alemania silenciosa y oscurecida. Se bajaron las luces y se cerraron bien las persianas. No había coches cama y tuvimos que pasar toda la noche sentadas en un compartimento con otras seis personas. Había tres *Hausfrauen* de mediana edad cargadas con paquetes y bolsas; un señor corpulento con el pelo muy corto que hubiera podido posar para la caricatura de un alemán; un chico de quince años; y un hombrecillo moreno y enjuto que hablaba inglés y nos dijo que era músico y se dirigía a Düsseldorf. Las tres mujeres eran evidentemente amigas. Hablaban sin parar y parecían tomarse el oscurecimiento como una aventura de lo más divertida. Se las veía tan animadas que comprendimos que tenían tan poca conciencia de la situación como los berlineses. No pudimos resistir la tentación de hablar del asunto, y esta vez empezó Jane. Se volvió hacia el músico.

—¿Hay alguna noticia sobre la declaración de guerra de Inglaterra y Francia?

—¿Guerra? No estamos en guerra con Inglaterra y Francia. Sólo con Polonia.

—Me parece que ya se ha declarado la guerra —continuó Jane tercamente.

Las mujeres querían saber qué decía Jane y el músico tradujo el comentario. Las mujeres soltaron un grito ahogado y la caricatura de alemán dejó oír su voz.

—No me lo creo. Lo único que hace Alemania es tomar medidas policiales en Polonia. Nada más. Nadie declarará la guerra por eso.

El músico se mostró de acuerdo.

—No deben dar crédito a los rumores. Siempre son equivocados. —Sonrió—. Después de cortarle el pescuezo a Polonia —se pasó un dedo por la

garganta en un gesto muy sugerente—, volveremos a vivir en paz.

Todos rieron. Las mujeres parecían sentirse más tranquilas y reanudaron su animada conversación. Menudo artículo, pensé. Alemania en vísperas de una guerra mundial y nadie está dispuesto a creérselo; todos estaban seguros de que Hitler volvería a salirse con la suya: la palma de la victoria sin el polvo del combate.

Llegamos a Colonia por la mañana y cogimos un tren con destino a Rotterdam. Ardíamos en deseos de saber qué estaba ocurriendo en Inglaterra y Francia, pero los periódicos alemanes omitían estos detalles y sólo publicaban reportajes elogiosos del avance en Polonia. Cuando llegamos a Calden, la estación fronteriza alemana, fue como escalar el último muro de una terrible prisión. Un grupo de hombres de las SS subió al tren y se puso a registrar los compartimentos. En uno de ellos hasta desgarraron los cojines. Nunca descubrimos qué buscaban, pero se llevaron a tres o cuatro personas, todas llorando y protestando.

En nuestro compartimento viajaba un anciano matrimonio judío que nos dijo que iba camino de Estados Unidos, donde le darían una cátedra al marido. Cuando aparecieron los inspectores de aduanas para examinar sus visados, a los dos ancianos empezaron a temblarles las manos de tal manera que apenas podían sostener los documentos y los demás sufrimos al ver que temían que algo diera al traste con sus planes. Pero finalmente todo terminó y el tren se puso en marcha con destino a Flesinga, la estación holandesa. El profesor tomó la mano de su esposa y la apretó con fuerza.

Pero el incidente terminó de manera desgarradora. Cuando los inspectores de aduanas holandeses subieron al tren y pidieron al matrimonio que les mostraran los billetes de barco para ir a Estados Unidos, el anciano contestó que les estaban esperando en *Ámsterdam*. Los funcionarios negaron con la cabeza y dijeron que existía una ley que prohibía a los alemanes viajar a través de Holanda a menos que pudieran demostrar que proseguirían el viaje a otro destino. Tendrían que regresar a Alemania.

La anciana rompió a llorar y el profesor se puso a discutir patéticamente. Jane y yo nos pusimos furiosas con los funcionarios, pero, como no sabíamos ni una palabra de holandés, poca ayuda pudimos prestar. Sin embargo, un

holandés que viajaba en el compartimento contiguo tomó cartas en el asunto y trató de persuadir a los funcionarios para que permitiesen a la pareja quedarse en Flesinga hasta que encontrasen a alguien que les trajera los billetes. Pero cuando nuestro tren se puso en marcha los funcionarios seguían negando con la cabeza. Lo último que vimos fue que el anciano matrimonio estaba sentado en el banco del andén con el equipaje amontonado a su lado. Nunca supimos cómo terminó la historia.

Durante el resto del viaje hasta Rotterdam Jane y yo nos asomábamos a la ventanilla y pedíamos noticias cada vez que el tren se detenía. ¿Inglaterra y Francia habían declarado la guerra? Algunos movían la cabeza afirmativamente; otros, negativamente; algunos decían que se había enviado un ultimátum, otros decían que no. Nadie parecía saber nada. Pero una cosa era segura: la simpatía de los holandeses por los polacos. La gente se aferraba con esperanza a cualquier noticia, por insignificante que fuera, que dejase a Alemania en mal lugar. Uno de los periódicos holandeses publicó un titular (que un hombre que iba en el tren nos tradujo) que decía: «Los polacos derriban seis aviones». El periódico se estaba vendiendo como rosquillas.

Jane y yo tuvimos un golpe de suerte, ya que llegamos a Rotterdam justo veinte minutos antes de que un vapor holandés zarpase con destino a Inglaterra. Jane se pasó la tarde durmiendo y yo escribí el artículo. El viaje duró cinco o seis horas y llegamos a Inglaterra a las nueve de la noche.

Por primera vez la isla inglesa estaba a oscuras. Fue una experiencia extraña acercarse sigilosamente al muelle y no saber que habíamos llegado hasta que el vapor topó con el embarcadero; oír los gritos de los trabajadores portuarios, el ruido de las sogas balanceándose sobre el costado del barco, el chapoteo del agua, y no ver nada.

Por fin bajaron la pasarela. Al poner pie en tierra, preguntamos a uno de los trabajadores portuarios —un bulto grande y borroso— si se había declarado la guerra.

—Todavía no. Pero confío en que no tarden. Esta espera nos está poniendo nerviosos a todos.

Tuve el tiempo justo para llamar por teléfono y dictar el artículo antes de que saliera el tren. Durante el viaje a Londres tuvimos un sobresalto

desagradable. No habíamos llegado muy lejos antes de que nos alcanzara el ruido de explosiones lejanas. Nos asomamos y vimos que el cielo se iluminaba con destellos vivos y espasmódicos, obviamente andanadas de fuego antiaéreo. Estuvimos asomadas a la ventanilla durante un rato. Pero cuando llegamos a menos de veinte kilómetros de Londres empezó a llover y nos dimos cuenta de que era sólo una tempestad eléctrica.

A las once de la mañana siguiente Neville Chamberlain comunicó al mundo que el imperio británico estaba en guerra con Alemania. Mientras hablaba las sirenas de alarma aérea rasgaron el aire. Al igual que en Berlín, fue una falsa alarma. Pero no fue un ensayo. Supe más adelante que el subagregado militar francés en Londres, el capitán De Brantes, había creído que la declaración de guerra británica se haría horas más tarde. Se encontraba en París cuando oyó la noticia y alquiló un avión privado para volver a Inglaterra. Lo confundieron con un avión alemán.

Sea como fuere, proporcionó un buen rato de diversión a todo el mundo. Antes de que se supiera que era una falsa alarma, hablé por teléfono con un periodista que me aseguró con toda solemnidad que había oído las explosiones y que su edificio incluso se había estremecido, aunque muy levemente. Cuando nos vio al día siguiente no dijo ni una palabra acerca del asunto.

Tragedia polaca... de segunda mano

Mientras deambulaba por el vestíbulo del pequeño y triste hotel de la calle principal de Cernauti —una ciudad rumana a unos tres kilómetros de la frontera polaca— pensé en cuántas historias terribles podían escribirse sobre las personas que estaban allí, sin necesidad de buscar en otra parte. Durante tres días numerosos refugiados polacos habían cruzado la frontera antes de la matanza perpetrada por los tanques y los aviones alemanes. Algunos habían llegado a pie con mochilas a la espalda; otros en carros y carretas; otros más en automóviles destartados con las pocas pertenencias que habían podido salvar apiladas en el techo. Las calles de la ciudad eran estrechas y estaban llenas de barro y los policías encargados de evitar congestiones de tráfico se pasaban la mayor parte del tiempo maldiciendo a los carros tirados por burros de los habitantes del lugar, que invariablemente se atascaban en medio de la calle. Los campesinos rumanos parecían desconcertados ante el estallido de la guerra que súbitamente había transformado su tranquila ciudad; algunos se agrupaban alrededor de los desvencijados coches de los polacos y miraban las matrículas con curiosidad morbosa.

El pequeño hotel de la calle principal se había convertido en un trágico «Grand Hotel». Estaba tan abarrotado que había personas que dormían en el suelo del vestíbulo. Además de refugiados, había entre ellas extranjeros que habían cruzado las fronteras unas horas antes: periodistas, diplomáticos y agregados militares. Pero no era difícil identificar a los polacos. Los reconocías por sus ropas manchadas de barro y la expresión aturdida de su rostro. En un ángulo del vestíbulo una mujer polaca de espléndida cabellera y

manos delgadas estaba sentada a solas, llorando. No hacía ningún ruido, pero se pasaba hora tras hora sentada allí, sin moverse, con las mejillas bañadas por las lágrimas.

Te sentías completamente rodeada por la tragedia de unas vidas destrozadas. De vez en cuando algún incidente te llamaba la atención, como un fragmento de una fotografía rota, y se te encendía la imaginación y te preguntabas qué historia habría detrás de aquella escena. Me acuerdo de los dos niños pequeños, polacos y bien vestidos que entraron en el vestíbulo con sendos aviones de hojalata en la mano y explicaron con orgullo al recepcionista: «*Mon père est un pilote*»; y la expresión que se pintó en el rostro de su madre, como si acabaran de asestarle un golpe, cuando dijeron aquellas palabras; del hombre que desde hacía un rato deambulaba con aire apático por el vestíbulo y que miró fijamente a la muchacha que acababa de cruzar la puerta, como si acabara de ver un fantasma, luego se acercó corriendo a ella, la abrazó y los dos se pusieron a reír histéricamente; de los tres niños sentados en maletas apoyadas en la pared, esperando a los padres de los que se habían visto separados, y del recepcionista que nos dijo que no sabía cómo explicarles que la frontera llevaba varias horas cerrada y que las probabilidades de que llegasen sus padres ya eran muy escasas.

Era el martes 19 de septiembre, exactamente dos semanas y cuatro días después de que comenzara el ataque alemán. El ejército ruso había cruzado la frontera cuarenta y ocho horas antes y los dos poderosos vecinos de Polonia estaban apretando el país como un cascanueces gigantesco. La última frontera —la rumana— acababa de cerrarse de golpe y ahora Polonia se encontraba bloqueada, aislada en espera de su triste destino.

Nunca había imaginado que Polonia pudiera ser destruida tan rápidamente que no hubiese siquiera tiempo para llegar a ella. El día después de que Gran Bretaña y Francia declarasen la guerra había decidido ir a Varsovia. La única ruta que quedaba abierta era de Londres a Bergen (Noruega) en barco; de Bergen a Oslo (Noruega) en tren; de Oslo a Estocolmo (Suecia) en tren; de Estocolmo a Helsinki (Finlandia) en avión; de Helsinki a Riga (Letonia) en avión; de Riga a Kovno (Lituania) en tren; de Kovno a Varsovia en tren.

Tardé cinco días en obtener los visados oportunos. Cuando por fin los tuve

en mi poder, me llamó el señor Rogers de la Cook's Travel Bureau y me dijo que habían cerrado la frontera entre Lituania y Polonia y que lo único que podía hacer ahora era entrar desde Rumanía, lo cual significaba atravesar Francia, Suiza, Italia y Yugoslavia. Los nuevos visados tardaron otros cinco días, y cuando lo tuve todo dispuesto para partir, la ofensiva alemana se había movido con tanta rapidez que ni siquiera se podía tener la certeza de que la frontera rumana permaneciera abierta.

El viaje a través de una Europa a oscuras, en guerra por segunda vez en el plazo de veintiún años, resultó una experiencia extraña. Entre mis recuerdos destaca una serie de impresiones: cruzar el canal de la Mancha de noche en un barco que durante catorce horas navegó en zigzag para escapar de un submarino alemán; el viaje de nueve horas en tren hasta París, con sus interminables paradas y con el maletero de vez en cuando encogiéndose de hombros y repitiendo el sobado cliché de «*C'est la guerre*»; el aspecto insólito de un París desierto, con las fachadas de las tiendas protegidas con tablas y sus hombres en el frente; el expreso que cruzaba el Simplon para ir de París a Roma, con las luces atenuadas, sus camareros obsequiosos y su lujoso comedor, el único tren con coches cama y restaurante que seguía funcionando en Francia porque todos los demás habían sido requisados para usarlos como trenes hospital; la rígida inspección que llevaron a cabo los funcionarios suizos en la frontera siguiendo las órdenes de un gobierno decidido a evitar que el país fuera convertido en un centro de espionaje igual que durante la última guerra; y la escena histérica que hicieron tres italianos que no estaban al corriente de las nuevas normas relativas a los visados y que fueron obligados a apearse con todo su equipaje en plena noche; y finalmente Roma, con las farolas encendidas y el sosegado traquetear de los carruajes por las calles empedradas.

Descubrí que las luces eran uno de los pocos lujos de los que podía presumir la ciudad porque Italia, pese a ser neutral, ya estaba sometida a más estrecheces que las potencias beligerantes. No había gasolina ni café. En una nación cuya población se pasaba la mitad de sus días en los cafés, la falta de café no era una privación que pudiera tomarse a la ligera. Llegué a Roma a altas horas de la noche y partí en avión con destino a Bucarest a primera hora

de la mañana siguiente, por lo que no tuve ocasión de ver a mis amigos; pero en el hotel Excelsior los porteros y los camareros me hicieron un sinfín de preguntas sobre Francia e Inglaterra, expresaron con elocuencia su simpatía por los polacos y la firme resolución de evitar que la parte italiana del Eje entrase en guerra.

Tan pronto como llegué a Bucarest me sentí inmersa de nuevo en un ambiente de crisis. Los soviéticos estaban concentrando tropas en la frontera con Rumanía y corrían rumores de que Alemania hacía lo mismo en Hungría, por lo que la tensión estaba al rojo vivo. Los restaurantes estaban llenos de clientes y cuando los altavoces empezaban a dar los boletines de noticias la gente dejaba los cubiertos a un lado y las conversaciones se interrumpían; todo el mundo escuchaba con dolorosa intensidad.

No sabía que habían cerrado la frontera polaca, y nada más llegar busqué información acerca de los trenes que iban a Cernauti. Había uno que salía aquella noche, pero el portero me dijo que llevaba tanto retraso que nadie podía decir con seguridad cuánto duraría el viaje. Pero fui a ver a un amigo en la legación británica y tuve la suerte de tropezarme con Lord Forbes, un joven al que había conocido en Londres y que acababa de ser nombrado agregado aéreo. Tenía previsto volar a Cernauti por la mañana en su propio avión y se brindó a llevarme.

Cuando llegamos al aeródromo de Bucarest una extraña escena se ofreció a nuestra vista. Veinticuatro horas antes el alto mando polaco había ordenado a sus aviadores que volasen a Rumanía para evitar que sus aparatos cayeran en poder de los alemanes. Casi trescientos aviones —cuarenta bombarderos de dos motores y más de doscientos cazas— habían llegado al aeródromo. Más de cien pilotos agotados y sin afeitarse dormían en el suelo de la sala de espera; sus uniformes estaban rotos y sucios y muchos de ellos tenían las manos y la cara vendadas.

Uno de los oficiales había llegado en un avión con dieciséis agujeros de bala después de un combate contra los rusos. Era un hombre alto y delgado, y en su harapienta guerrera marrón llevaba una medalla con las palabras «*Virtuti Militari*». Nos dijo que se la había ganado en 1921, año en que los polacos habían logrado expulsar a los bolcheviques de Varsovia.

—Esta vez —dijo con amargura—, lo han conseguido.

Aunque llevaba más de veinticuatro horas sin probar bocado y parecía al borde del agotamiento, se negó a aceptar dinero de nosotros. Mantenía una postura erguida, orgullosa, negando con la cabeza y diciendo una y otra vez:

—*Non, merci*, soy militar, coronel del ejército polaco.

Todos los oficiales con los que hablamos mostraron el mismo orgullo indomable. Ninguno pretendió que nos compadeciéramos de él, ninguno pidió ayuda de ninguna clase; lo único que deseaban apasionadamente era escapar de Rumanía, alistarse en la fuerza aérea francesa. Uno de los pilotos era natural de una ciudad situada en el corredor polaco. Su familia había muerto en el bombardeo y sus dos hermanos, ambos aviadores, habían sido derribados en los combates aéreos que se habían librado unos días antes.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó varias veces a Lord Forbes—. No pueden encerrarnos. Tenemos que *continuar*.

Lo llevamos al restaurante y le dimos un poco de té (la única bebida que había), y aunque sólo llevaba unas monedas en los bolsillos, se empeñó en pagar la cuenta. Por suerte, el gerente se acercó a nosotros y resolvió el asunto insistiendo en que todos éramos invitados del aeropuerto.

El viaje en avión a Cernauti duró unas dos horas y llegamos justo cuando empezaba a anochecer. Algunos aviones polacos habían aterrizado aquí además de en Bucarest; uno de ellos había caído en picado y la cola se alzaba en el aire, recortándose sobre la luz del crepúsculo, como una enorme cruz negra.

La primera persona con la que me tropecé en el hotel fue Ed Beattie, el corresponsal de la *United Press*, al que no había vuelto a ver desde aquel día triste y lluvioso en Karlsbad, hacía un año justo. Ed había llegado de Varsovia y me dijo que durante las primeras cuarenta y ocho horas la aviación alemana había logrado destruir las centrales de teléfonos y telégrafos, las cabezas de puente, los empalmes ferroviarios; de hecho, todas las líneas de comunicación importantes de un extremo a otro del país. A partir de aquel momento el frente no existió; sólo había grupos dispersos y aislados que no podían comunicarse entre ellos, ni siquiera retransmitir órdenes.

Esta guerra total, que depende de la alteración de la vida civil de la

comunidad y considera objetivos militares ciudades y pueblos que están más de doscientos kilómetros detrás de primera línea —aduciendo que son bases de aprovisionamiento o centros de comunicaciones—, se había ensayado en España. En Polonia acabó de perfeccionarse. Ed me dijo que había visto un mapa alemán en el cual se indicaba exactamente el peso total de la cantidad de bombas que se necesitaría para destruir los principales empalmes, fábricas y cabezas de puente.

Y en Polonia los alemanes recurrieron por primera vez a la quinta columna, cuyas actividades a gran escala se reconocieron luego como parte integrante de su estrategia. Dispersaron agentes provistos de aparatos de radio de onda corta por todo el país para que transmitieran toda la información que pudiesen obtener. Anthony Biddle, el embajador norteamericano, me dijo que la red de espionaje era tan eficiente que los pasos que daba el Gobierno polaco eran difundidos por emisoras alemanas más o menos una hora después de que se tomaran las decisiones más secretas. En varias ocasiones Biddle había oído noticias acerca de lo que él mismo se proponía hacer (incluso cuando iba de un pueblo remoto a otro) antes de que emprendiera el viaje.

La estrategia del ejército soviético era más sutil que la de los alemanes. El mayor Colbern, agregado militar norteamericano en Varsovia, que cruzó la frontera con Rumanía justo antes de que la cerraran, me dijo que un domingo por la mañana iba conduciendo por una carretera rural cerca de la frontera rusa cuando de pronto vio surgir en la cima de una colina un regimiento de tanques y una columna de soldados. Nunca había visto tanques de aquel tipo en Polonia y, muy intrigado, se acercó a la columna. Hasta que llegó a unos pocos metros no vio la estrella roja soviética en la gorra del comandante. Cerca de la retaguardia de la columna, tropas polacas se habían unido a los rusos y confraternizaban con ellos. El oficial soviético se acercó sonriendo al agregado militar, examinó sus papeles, saludó y le dijo que podía pasar. Al preguntarle adónde iban, él contestó alegremente que a luchar contra los alemanes. Acto seguido ordenó a la columna que se apartase para que pasase el coche del agregado y se despidió cortésmente de él con un saludo militar.

Al principio se pensó que muchos oficiales soviéticos creían realmente que entraban en Polonia para combatir contra los alemanes, pero más adelante

resultó obvio que sencillamente tenían órdenes de decirles esto a los polacos. Así, en lugar de oponer resistencia, los polacos los recibían como a hermanos y permitían que las columnas soviéticas cruzaran pueblo tras pueblo sin disparar un solo tiro.

La primera oleada soviética no hizo ningún intento de desarmar a los polacos, y sólo cuando la vanguardia hubo avanzado lo suficiente se ordenó a la retaguardia que despojara a los polacos de sus armas y municiones. Esto dio al Gobierno soviético la oportunidad de anunciar que los polacos recibían a sus camaradas rusos con los brazos abiertos.

Volví a Inglaterra muy afectada por lo que había visto de la matanza polaca, aunque fuera una visión de segunda mano. Volé de Bucarest a Milán y cogí el expreso de París. Llegamos a la frontera francesa hacia las cinco de la mañana y me despertó el sonido de voces excitadas hablando en francés. Una mujer norteamericana había olvidado que era necesario obtener un visado para entrar en Francia. Las autoridades estaban indignadas y le dijeron que debía bajarse del tren inmediatamente y oí la voz aguda e insistente de la mujer alzándose por encima del barullo.

—Pero si lo único que quiero es comprar un vestido en Schiaparelli.

La depositaron en el andén, protestando y hecha una furia, pero tengo la desagradable sensación de que acabó saliéndose con la suya. Si el vestido todavía está de moda, probablemente se lo pone para asistir a cócteles en Nueva York.

La guerra «aburrida»

Era sorprendente pero, una vez que te acostumbrabas a ver cascos de acero, máscaras antigás, trajes para los refugios antiaéreos y sacos terreros, Londres seguía igual que siempre. Hitler, que hasta entonces se había apresurado a atacar a quienes le desafiaban, parecía haber hecho caso omiso de la trascendental declaración de guerra de Chamberlain. Los vigilantes contra los ataques aéreos y los bomberos ocupaban sus puestos y el público miraba al cielo con aprensión, pero no pasaba nada. Las salas de los hospitales, preparadas para recibir a treinta mil heridos diarios, seguían vacías y la gente empezaba a preguntarse, tímidamente, si la guerra iba a ser tan salvaje como se había pensado.

Ciertamente, la guerra había perdido su atractivo de antaño. Faltaba el entusiasmo de 1914; faltaban las bandas de música, las banderas, las columnas de hombres desfilando, las muchachas bonitas rifando besos con el fin de recaudar fondos para la guerra. Esta vez no había adornos ni decoraciones, ni siquiera consignas. Sólo un cartel de propaganda sobre Marble Arch que decía: «Sed generosos para defender el derecho a la libertad».

En efecto, había tan poco ambiente de guerra que sólo de noche te dabas cuenta de la terrible importancia de los momentos que estabas viviendo. Había estado en Madrid y en Praga cuando se habían apagado las luces, pero, no sé por qué, en Londres la gran cortina negra pareció una experiencia totalmente nueva. Aquellas primeras noches sobresalen en mi recuerdo como una serie de impresiones: edificios tan oscuros que el cielo parecía casi blanco; taxistas que atravesaban la oscuridad a mayor velocidad que nunca; vigilantes contra ataques aéreos gritando: «¡Apaguen esa luz!»; cigarrillos reluciendo como luciérnagas; autobuses bajando por Piccadilly con tenebrosas luces azules;

gente tropezando y maldiciendo por las calles. John Gunther, en un programa radiofónico dirigido a Estados Unidos, dijo que un portero de su hotel (creo que era el Dorchester) que había recibido la Cruz Victoria en la última guerra ya se había convertido en una baja en ésta al tropezar con unos sacos terreros durante el oscurecimiento. No era la única. Durante los dos primeros meses de guerra las bajas británicas fueron: ninguna en el ejército; 79 en la fuerza aérea; 596 en la marina; 1130 a causa del oscurecimiento.

Aquel periodo de inactividad se hizo interminable. El planteamiento oficial de la guerra era, en pocas palabras, que Gran Bretaña bloquearía a Alemania hasta que se viera obligada a atacar cruzando la Línea Maginot, que, como todo el mundo sabía, era inexpugnable; cuando la Reichswehr se hubiera roto en mil pedazos y el hambre y el desánimo cundieran entre los alemanes, el conflicto terminaría. Pero el público británico tenía el inquietante presentimiento de que las cosas no serían tan sencillas. La gente apagaba la radio, irritada al oír los lacónicos comunicados de guerra franceses, y molesta por los escasamente dramáticos bombardeos de panfletos que llevaban a cabo los británicos. Estos bombardeos llegaron a fastidiar tanto al público que circulaba un chiste sobre un piloto que era objeto de una reprimenda por parte de su oficial superior por no desatar uno de los paquetes antes de arrojarlo. «¿Se puede saber qué pretendes?», preguntó el oficial. «¿Matar a alguien?»

Los chistosos pronto dieron a la segunda guerra mundial el apodo de «la guerra aburrida», y las vehementes charlas propagandísticas que William Joyce, al que los ingleses pusieron el mote de Lord Tartaja, hacía desde la radio alemana se convirtieron en la principal diversión de la nación. Pero aunque el mundo exterior se alarmó al ver que la democracia acometía con desgana la desagradable tarea que tenía delante, Inglaterra, a pesar de su aparente placidez, ya había experimentado una conmoción gigantesca. De la noche a la mañana había cambiado la vida de todo el mundo. Se cerraron casas, se separaron familias, se abandonaron carreras y se empezaron otras. La gran locomotora económica se había parado, chirriando y crujiendo, el guardafrenos había accionado las agujas y la locomotora se dirigía ahora hacia una vía nueva: la producción bélica.

La primera muestra de la lucha no fue la muerte, sino el reajuste. Las

fuerzas armadas alistaron a centenares de miles de hombres y otros miles fueron emplazados a trabajar en las fábricas de municiones, los aeródromos y los astilleros. Las mujeres, por su parte, fueron llamadas a cultivar la tierra y los niños fueron evacuados de sus hogares. Veteranos de la última guerra volvieron a sus viejos regimientos como subalternos y los voluntarios inundaron los servicios de defensa civil contra los bombardeos aéreos. Los impuestos se dispararon y el mismo interrogante se cernía sobre el futuro de todos. El dinero ya era algo tan inseguro que quienes lo tenían se lo gastaban más generosamente que nunca; los restaurantes y los cabarets estaban llenos a rebosar y las debutantes y sus novios trasnochaban en un club nuevo y divertidísimo llamado The Nut House (El manicomio). En el fondo, la mayoría de la gente sabía que el periodo de espera no era más que el primer asalto y que antes de que terminara el combate correría más sangre que nunca.

Tan pronto como volví de Rumanía dejé el piso de Eaton Mews y me fui a vivir con Freda Casa Maury. El propietario volvió a instalarse en el piso, por lo que la señora Sullivan y *Pickles* no se encontrarían sin nada que hacer. El marido de la señora Sullivan había sido llamado por las fuerzas navales en reserva y en Navidad la buena mujer me mandó un lápiz que llevaba mi nombre «para ayudarme en mi trabajo» y una tarjeta que decía que trabajaba a tiempo parcial para los servicios de defensa civil contra los bombardeos aéreos. Pensé que la voluminosa figura de la señora Sullivan despejando las calles cuando sonaban las sirenas de alarma sería aún más aterradora que los propios ataques aéreos.

Freda era una inglesa casada con un español, Bobby Casa Maury, que había servido en la aviación británica durante la última guerra y ahora volvía a servir en ella. Al igual que a tantas otras personas, a Freda le horrorizaba ver una segunda guerra en su vida, pero se adaptó a la nueva situación sin ningún problema. Lo primero que hizo fue pegar tiras de papel de estraza en los espejos. La casa parecía estar hecha de cristal en su totalidad y Vernon, el mayordomo, tardó casi un mes en hacer el trabajo. Cuando terminó, la casa hacía pensar en un exótico decorado teatral lleno de enrejados.

—Si esta casa es alcanzada alguna vez —comentó Vernon, malhumorado—, la mala suerte se remontará hasta la Edad de Piedra.

Me encontraba a la sazón escribiendo una serie de artículos acerca de diversas organizaciones relacionadas con la guerra y Freda trabajaba todo el día en los clubes Feathers, que ella misma había organizado en los barrios pobres de Londres. A pesar de la guerra, el ambiente en ellos no tenía nada triste. Una vez a la semana los socios organizaban una fiesta. Ellos mismos proporcionaban el grupo musical y, a juzgar por las risas, los cánticos y los gritos, las fiestas tenían siempre mucho éxito. La mayoría de los socios acudían a Freda con sus problemas. Consiguió que muchos trabajasen para la guerra, pero entre sus fracasos destacaba la chica de dieciséis años a la que Freda sondeó para averiguar qué era lo que mejor sabía hacer. «Reír y amar», fue la rápida respuesta. Nunca supe adónde la condujeron sus aptitudes.

Mujer de gran inteligencia, Freda veía con alarma el optimismo despreocupado de aquel invierno. A diferencia del pintor callejero de Hyde Park que tenía expuesto un cartel que decía «Últimos rumores: Hitler pide que le den dos aspirinas», sentía un sano respeto por la fuerza de Alemania.

—Lo malo de nosotros —se quejaba— es que estamos demasiado satisfechos de nosotros mismos.

Hacía todo lo posible por contrarrestarlo, sin embargo, ya que siempre que alguien le preguntaba alegremente cuánto tiempo creía que iba a durar la guerra, contestaba con firmeza:

—Diez años como mínimo. Posiblemente más.

La mayoría de los jóvenes que yo conocía se encontraban desperdigados por toda Inglaterra en los diversos centros de instrucción. Los ingleses sienten tal aversión natural al militarismo que la primera vez que se presentaron en Londres vestidos de uniforme se les veía cohibidos y avergonzados. Cuando iba por la calle con Tom Mitford y un grupo de soldados le saludaba militarmente, se ponía colorado.

Para muchos de ellos —en particular para los que tenían treinta años y pico— dejar el empleo o la carrera y empezar una vida totalmente nueva supuso un cambio radical, pero nunca oí que uno de ellos se quejara. Todos se alistaron en algún regimiento y les encantaba que les gastaran bromas y

gastárselas ellos a los demás. Cuando fui a ver a Roger Chetwode y Seymour Berry, oficiales de un regimiento antiaéreo, se quejaron de que sólo habían tenido una oportunidad de entrar en combate. Fue cuando avistaron dos bombarderos. Por suerte no lograron derribarlos, ya que los dos aviones eran británicos.

Al cabo de unos meses la aparición de un bombardero alemán —un avión siembraminas— rompió la monotonía. Se estrelló a altas horas de la noche en medio de Clacton-on-Sea, adonde habían sido destinados unas semanas. Salieron corriendo, ayudaron a los vigilantes a evacuar la zona afectada, acordonaron las calles y se hicieron cargo de la situación en general. Les llamó la atención el hecho de que una explosión hubiera arrojado una caldera de cocina en medio de la calle. Seymour se sentó en ella y encendió un cigarrillo. Poco después llegó un grupo de expertos de la marina y le aconsejó que se levantara, porque estaba sentado sobre una mina magnética.

En otra ocasión fui a ver a Aidan Crawley, que había vuelto a alistarse en el escuadrón 601 al estallar la guerra. El 601 era un escuadrón auxiliar que había sido creado unos quince años antes por un grupo de muchachos, la mayoría de ellos con dinero suficiente para tener su propio avión. Circulaba un chiste que decía que los hombres del 601 regalaban a sus chicas el emblema del escuadrón —una espada con alas— hecho con rubíes y diamantes, y que en el pueblo donde se hallaba destinado ya no quedaba espacio para más Rolls-Royces. Cuando el 601 entró en combate durante la primavera siguiente, demostró que era un magnífico escuadrón de caza; su comandante, el mayor Max Aitken (hijo de Lord Beaverbrook), fue condecorado con la Cruz de Vuelo Distinguido por derribar diez aviones en sus primeros tres meses.

Antes de la guerra Aidan se había dado a conocer como candidato socialista en una circunscripción electoral. Aunque el día en que nos vimos se presentó vestido con su uniforme azul con las alas bordadas en el pecho, llevaba bajo el brazo un grueso volumen de economía que, según dijo, estaba leyendo en sus ratos «libres». Los aviones de caza que volaban a unos seiscientos cincuenta kilómetros por hora y las teorías económicas eran una combinación extraña.

Otro fin de semana fui a pasar unos días en Oxfordshire con Sheila y Freddie Birkenhead. Antes de la guerra, Freddie, hijo del brillante F.E. Smith, ex Lord Canciller de Inglaterra, había sido secretario privado de Lord Halifax en el Parlamento; ahora era teniente en un regimiento antitanque. Me pidió que hablase de Alemania a sus tropas y, aunque nunca había dado una conferencia, accedí a ello pensando que se trataría sólo de un grupo reducido. Mi sorpresa fue grande al llegar al cuartel y ver que me esperaban varios centenares de hombres. Pero lo que estuvo a punto de acabar conmigo fueron las palabras con que Freddie quiso tranquilizarme.

—No te preocupes —me susurró al oído—, no se atreverán a abuchearte. Saben que si se portan mal, irán a parar al calabozo.

A su modo de ver, ésta era la gran virtud del ejército: siempre tenías oyentes y nadie osaba replicar de forma irrespetuosa. Pero sus palabras fueron como un arma de doble filo y cuando los soldados aplaudieron al terminar la conferencia, tuve la inquietante sensación de que les habían amenazado con un servicio de limpieza o algo por el estilo si no se mostraban agradecidos.

Freddie era una persona inteligente y encantadora que, a la edad de treinta y un años, ya había publicado dos biografías —una de su padre y una del conde de Strafford— y se le consideraba uno de los jóvenes más prometedores de Inglaterra. Nadie podía tener una mentalidad menos militar que la suya, pero aceptaba su nueva vida con mucha ironía. Cierta día un experto pronunció ante sus hombres una conferencia sobre armas antitanques y les dijo que sus probabilidades de sobrevivir eran limitadas. Poco tiempo después, Freddie fue a almorzar con Winston Churchill y su hijo, Randolph. Les contó lo que había dicho el experto y Winston se indignó.

—Es una vergüenza que dijera algo así, cuando es todo lo contrario: estarás sentado tranquilamente, eliminando un tanque tras otro.

—Bien, ¿y yo, qué? —le interrumpió Randolph.

Churchill había olvidado que su hijo servía en un cuerpo de tanques. Se rascó la cabeza y cambió de tema.

La mayoría de las grandes casas de Londres estaban cerradas y aquel invierno

hubo poca vida social. Una de las raras excepciones era el 58 de Romney Street, donde vivían Maureen y Oliver Stanley. Se entraba por una puerta roja y en la mesa del recibidor había un aviso que advertía al mayordomo que tuviera cuidado con los paquetes que «pudiesen estallar». Oliver era entonces miembro del Gobierno y el aviso se había enviado a todos los ministros del Gabinete en vista de recientes actividades del IRA.

Romney Street estaba en Westminster, a sólo unas manzanas del Parlamento, y todas las tardes, a partir de las seis, se llenaba de ministros del Gabinete, diputados, funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores y jefes de las fuerzas armadas. Oliver había entrado a formar parte del Gabinete a la edad de treinta y ocho años y se le consideraba uno de los hombres más capaces del Gobierno; cuando en enero fue nombrado ministro de la Guerra se convirtió en la cuarta generación de la familia Derby que desempeñaba el mismo cargo.

Maureen también había heredado sentido político. Su abuela, que en aquel entonces era Lady Londonderry, había sido una gran anfitriona política a principios de siglo. Conservadora a machamartillo, se negaba incluso a saludar con la cabeza a los liberales, y cuando Winston Churchill se afilió al Partido Liberal, reprendió virulentamente a Lady Birkenhead por permitir a F.E. Smith relacionarse con él. Mujer de gran encanto, era también mujer de opiniones muy firmes que a veces ponían a prueba la paciencia de las personas de su entorno. En cierta ocasión su doncella se enfadó tanto cuando la estaba ayudando a vestirse que le trenzó el pelo en el respaldo de la silla y salió de la habitación.

La madre de Maureen, la siguiente Lady Londonderry, también ejercía mucha influencia. Ramsay MacDonald estaba encantado con ella y se suponía que los bailes que se celebraban en Londonderry House contribuyeron en gran medida a cambiar su nacionalización de las minas por su nacionalización, menos drástica, del Gabinete.

Maureen, una de las mujeres más populares de Londres, continuaba la tradición familiar de manera más sencilla pero no por ello menos eficaz. A sus reuniones solía asistir una mezcla de personas que iban de miembros del Gabinete británico a diplomáticos rumanos; de oficiales del estado mayor

francés a hombres de negocios suecos; de periodistas norteamericanos a funcionarios italianos. Maureen era una persona de trato fácil que hacía que todo el mundo se sintiera a gusto y nunca se alteraba aunque fueran muchos los que en el último momento decidían quedarse a cenar.

Cierto día, unos tres meses después de la declaración de guerra, fui a almorzar en Romney Street y me senté al lado de Winston Churchill. A la sazón era Primer Lord del Almirantazgo y aquel día se le veía especialmente optimista. Recuerdo que nos contó la anécdota de un destructor que había arrojado una carga de profundidad, pero en vez de encontrar un submarino, salieron a la superficie restos de un naufragio anterior.

—Y no os lo vais a creer —añadió con deleite—, pero ¡en el agua flotaba una puerta con mis iniciales!

Había querido hablar de este incidente en uno de sus discursos, pero Neville Chamberlain lo suprimió.

También vi a Churchill en la fiesta de Año Nuevo que dio Maureen. La casa estaba llena de gente y un acordeonista iba de un lado a otro interpretando todas las melodías populares. Recuerdo que Churchill cantó *Run, Rabbit, Run* (Corre, conejo, corre), con mucho brío. Pero cuando el reloj dio las doce la solemnidad descendió sobre los presentes. Churchill se colocó entre Freda Casa Maury y yo, nos cogimos todos de la mano formando un círculo y cantamos *Auld Lang Syne*. Todos nos preguntábamos qué traería 1940. Churchill parecía profundamente conmovido mientras despedía cantando el año, como si tuviera el presentimiento de que pocos meses después sería llamado a guiar al imperio británico en los momentos más críticos de su historia.

Aquella noche también tuvo una importancia especial para mí. La guerra de Finlandia había empezado unas tres semanas antes. Cuando los titulares de prensa anunciaron que Helsinki había sido bombardeada pensé que sería otra Polonia, que el país sería borrado del mapa tan rápidamente que habría pocas probabilidades de llegar allí antes de que todo terminase. Entonces los periódicos empezaron a publicar noticias sobre las asombrosas proezas de los

finlandeses; aunque pareciese increíble, habían inmovilizado la «apisonadora» rusa.

Hice gestiones para ir a Helsinki y partí pocos días después de la fiesta de Año Nuevo. Maureen había invitado aquella noche a un adivino que me leyó la mano y dijo:

—Va a emprender un largo viaje. —Me quedé impresionada hasta que añadió—: Se verá rodeada de luces, alegría y risas.

No encontré ninguna de esas cosas.

Séptima parte
David y Goliat

El cielo que se vino abajo

Producía una sensación extraña volar de una guerra a otra. La transición fue gradual. Cuando despegué del aeródromo «en alguna parte de Inglaterra» y sobrevolé el Mar del Norte en un avión con las ventanillas cubiertas de escarcha que impedía ver el exterior, fue muy segunda guerra mundial. Siguió siendo segunda guerra mundial en Ámsterdam y Copenhague; pero en Malmö, puerto del sur de Suecia, la cosa empezó a no estar tan clara. Cuando pedí las últimas noticias acerca de la guerra, la respuesta fue: «¿Qué guerra?». Y cuando llegué a Estocolmo ya no me cupo ninguna duda: «La guerra» significaba cócteles molotov y bombarderos soviéticos.

En Estocolmo la tensión era muy grande. Los periódicos publicaban anuncios que pedían voluntarios, los restaurantes estaban llenos de mujeres que recaudaban fondos y los hoteles aparecían decorados con carteles que decían: «Defiende a Suecia ayudando a Finlandia ahora». La guerra en el frente occidental era tan remota como China. Me quedé allí veinticuatro horas solamente; aparte de la impresión general de excitación y confusión, recuerdo sobre todo que pasé mucho frío. Llevaba un traje grueso, botas forradas de piel y un abrigo de piel de cordero, pero el viento era cortante y penetraba en los huesos. Tenía una maleta llena de jerséis, ropa interior de lana, calcetines de lana, un traje de esquí y una cazadora. Me lo puse todo excepto el traje de esquí y procuré no pensar en qué pasaría al llegar al Círculo Polar Ártico.

Todos los días un avión finlandés volaba de Estocolmo a Turku, una ciudad del sur de Finlandia. El avión salía «en algún momento». La hora nunca se sabía con exactitud, toda vez que Turku era bombardeada con frecuencia y el piloto tenía que esperar la señal de que había pasado el peligro antes de despegar. El día de mi partida llegué al aeródromo a las tres, pero no salimos

hasta cerca de las seis. Éramos sólo media docena de pasajeros: cuatro finlandeses —dos oficiales del ejército y dos mujeres—, un periodista sueco y un fotógrafo alemán de origen judío. El fotógrafo me dijo que había partido con destino a Turku el día anterior por la tarde, pero cuando se encontraban a medio camino el piloto había recibido un aviso de la presencia de bombarderos y había tenido que regresar a Estocolmo.

Era de noche cuando nuestro avión despegó de la pista cubierta de nieve helada. Me parecía raro volar con destino a una guerra. En un momento dado andabas tranquilamente por calles bien iluminadas y al cabo de una hora y pico te abrías paso a tientas en la oscuridad, aguzando el oído para detectar ruido de aviones. Cuando volaba a menudo de Francia a Barcelona y Valencia la transición era tan rápida que casi resultaba incongruente. Aquí ocurría lo mismo. Primero, las luces de Estocolmo apagándose, luego el brillo del hielo del golfo de Botnia, después los bosques finlandeses como manchas de tinta sobre kilómetros de campos y lagos helados. Al cabo de aproximadamente hora y media el piloto lanzó una bengala que trazó una línea rosa en las tinieblas. De repente, muy abajo, se encendió un círculo de luces como si fueran las velas de un enorme pastel de cumpleaños. Un aviso luminoso apareció en la parte delantera del avión: «Aterrizaje. Abróchense los cinturones», y al cabo de unos minutos las ruedas del avión corrían sobre el campo helado.

Nos condujeron a un pequeño barracón de madera donde inspeccionaron nuestro equipaje. Dos mujeres periodistas entradas en años esperaban para entrevistar a los pasajeros; una de ellas me abordó y con voz impresionada me preguntó si había venido de Estados Unidos para informar sobre la guerra en Finlandia. Cuando le contesté que no, que sólo procedía de Londres, dijo: «Oh». Adiviné por su expresión que había dejado de ser noticia de primera plana.

Cuando terminó la inspección del equipaje un autobús nos llevó a la estación. Normalmente el viaje en tren a Helsinki duraba unas tres horas, pero nos dijeron que, como el ferrocarril era bombardeado con frecuencia, la duración del viaje era incierta. En cualquier caso, el tren fue una sorpresa agradable. Me había preparado para morir congelada, pero luego estuve a

punto de achicharrarme en un tren dotado de calefacción central. Hacía tanto calor que me quité tres jerséis. La siguiente sorpresa fue el coche restaurante. También había dado por sentado que pasaría hambre, pero, en vez de ello, cené copiosamente: sopa, carne, verduras y todo el pan con mantequilla que pude comer.

Además del fotógrafo alemán, en nuestro compartimento había dos soldados finlandeses y una mujer sueca. Estaba muy nerviosa y no paraba de preguntarle al revisor a qué hora llegaríamos. El revisor era un hombre corpulento, de voz melancólica. Su respuesta era siempre la misma, pero la daba con aire de profunda sabiduría:

—Nunca se sabe.

Pronto averigüé qué quería decir, porque poco después de la medianoche, chirriaron los frenos, el tren se detuvo en seco y el revisor nos ordenó a gritos que abandonásemos el tren y nos refugiáramos en el bosque. Bajamos por el terraplén cubierto por una gruesa capa de nieve, pero al cabo de sólo unos minutos el revisor nos dijo a gritos que todo había sido un error y que, después de todo, los aviones no vendrían, así que podíamos subir de nuevo al tren. Llegamos a Helsinki a las dos de la madrugada sin más contratiempos. No había maleteros ni taxis, así que tuvimos que andar hasta el hotel, que quedaba a un kilómetro y medio; el fotógrafo alemán me llevó la maleta y pensé que era estupendo ser la hembra de la especie.

Veinticuatro horas después fui hasta Hanko siguiendo la costa. En Hanko vi por primera vez lo que significaba un bombardeo continuo e implacable. La profunda quietud de la campiña nevada se veía turbada por el quejido de las sirenas cinco o seis veces al día cuando, oleada tras oleada, bombarderos soviéticos —a veces eran hasta quinientos en total— cruzaban el golfo de Finlandia procedentes de sus bases en Estonia, que quedaban a sólo veinte minutos. A lo largo de toda la costa atravesé pueblos y ciudades que habían sido bombardeados y ametrallados; en Hanko, el puerto finlandés que los soviéticos exigían en su ultimátum, veinte edificios habían sido alcanzados y diez de ellos seguían ardiendo cuando llegué.

Resulta difícil describir la guerra aérea indiscriminada contra una población civil en un país con una temperatura de treinta y cuatro grados bajo cero. Pero si uno es capaz de imaginar campesinas avanzando a trompicones a través de la nieve en busca de la incierta seguridad de sus sótanos; bombas cayendo sobre pueblos helados y sin la protección de un solo cañón antiaéreo; hombres de pie ante edificios incendiados, sin poder hacer nada, sin ningún aparato para combatir el fuego, mientras otros intentan rescatar sus pertenencias de las ruinas en llamas; si uno es capaz de imaginar estas cosas e imaginar incluso a los niños de aldeas remotas que llevan una sábana o una manta blanca sobre el abrigo para camuflarse, para no ser vistos por las ametralladoras soviéticas que vuelan a baja altura, podrá hacerse cierta idea de cómo era esta guerra.

Salí de Helsinki a primera hora de la mañana con dos periodistas suecos. Viajábamos en un coche de prensa con camuflaje blanco, conducido por un policía de casi dos metros de estatura que llevaba un enorme gorro de piel de reno y dos revólveres al cinto. Conducía a más de sesenta por hora por la carretera blanca, dura y reluciente, pero el hielo se formaba tan rápidamente en el coche que tenía que detenerse a menudo para verter glicerina en el parabrisas. Pasamos junto a kilómetros de lagos helados, campos blancos y desolados y bosques interminables. Aunque íbamos envueltos en abrigos de piel de cordero y mantas de pieles, el frío era tan intenso que cada media hora nos deteníamos para tomar café en el restaurante de algún pueblo.

Al aproximarnos a Ekenäs, una ciudad pequeña cerca de Hanko, dos centinelas saltaron a la carretera y nos hicieron señales para que nos detuviéramos. Gritaron que se acercaban los aviones rusos y que corriéramos a refugiarnos. Al apearnos, oímos ruido de motores y, forzando la vista para escudriñar el cielo, contamos casi veinte manchitas plateadas. Cruzamos corriendo un campo y nos metimos en el sótano de una casa de labranza; ya había allí una docena de personas: varias mujeres y trabajadores agrícolas. El techo de ladrillo era tan bajo que la mayoría de los presentes estaban sentados en el suelo entre sacos de patatas, tarros de fruta en conserva y enormes cubos de leche. No había ni rastro de alarma, sólo un cansancio silencioso. Un anciano agricultor, evidentemente el cabeza de familia, nos dijo que el día

anterior habían permanecido seis horas en el refugio; más de doscientos aviones habían sobrevolado el pueblo y arrojado cerca de ciento cincuenta bombas. La mayoría de las bombas habían caído en los campos y los lagos y sólo tres casas habían sido alcanzadas. Por suerte, estaban vacías y nadie había resultado herido. El anciano hablaba desapasionadamente, como si la terrible experiencia hubiese sido un fenómeno de la naturaleza, tan inevitable como un terremoto.

Los aviones pronto desaparecieron y, aunque no había sonado la señal de que había pasado el peligro, nuestro chófer dijo que proseguiría el viaje si estábamos dispuestos a arriesgarnos. Al cabo de diez minutos oímos una vez más el zumbido de motores. Dejamos el coche en la cuneta y corrimos a protegernos en un campo hasta que pasaron nueve bombarderos volando muy bajo.

Al llegar a Hanko, vimos que las bombas habían caído sobre veinte edificios y que diez de ellos aún ardían. Aunque todos excepto dos habían sido alcanzados el día anterior, grandes nubes de humo seguían alzándose en el aire. En las calles se veían numerosos colchones, sillas y enseres domésticos que los soldados habían rescatado del fuego. Las negras estructuras carbonizadas de las casas destacaban sobre la nieve, pero no había curiosos examinando los daños, porque vientos helados procedentes del mar barrían las calles. Nunca he pasado tanto frío. Un teniente del ejército de veintitantos años, al que habían encomendado la tarea de enseñarnos la ciudad, olvidó bajarse las orejeras y al cabo de veinte minutos una oreja se le puso totalmente blanca. Uno de los periodistas suecos le lanzó un grito de aviso y el teniente se apresuró a frotarse la oreja con nieve. Medio congelados, finalmente entramos en un café que había en una esquina. El propietario nos trajo bocadillos de carne calientes y café. Mientras nos servía nos informó alegremente de que el último piso de la casa estaba en llamas. Había sido alcanzado por una bomba incendiaria dos horas antes. Sus hijos estaban luchando contra el incendio y el hombre confiaba en que no tardarían en apagarlo. Fue una experiencia extraña beber café en un edificio en llamas; también resultaba un poco contradictorio intentar calentarse en una casa que estaba ardiendo.

El joven teniente finlandés había pasado mucho tiempo en Estados Unidos

y hablaba inglés con soltura. En la vida civil era ingeniero y ahora su trabajo consistía en hacer detonar bombas que no habían estallado. Nos dijo que aquella misma mañana se había enterado de que su casa, que quedaba a cierta distancia, había sido bombardeada y destruida por completo. Afortunadamente, la semana anterior había enviado a su esposa y sus hijos a otra parte. Excepción hecha de algunos comentarios reservados, no habló de la guerra. Sólo cuando llegó el momento de irnos y le deseamos buena suerte nos dijo:

—Haría falta un milagro para salvarnos, pero quizá se produzca un milagro. —Luego, hablando casi entre dientes, añadió—: Tiene que producirse.

Este muchacho era un ejemplo típico de los numerosos finlandeses con los que hablamos. Aunque eran conscientes de que no podrían resistir indefinidamente en una lucha tan desigual, se aferraban a una fe inquebrantable en que algún acontecimiento, aunque fuera imprevisto, les salvaría de la destrucción definitiva.

Volvimos a Ekenäs, donde nos habíamos refugiado a primera hora de la tarde, y cenamos en la pensión del lugar. En el porche vimos numerosas señales de balas de ametralladora, pero el ambiente del lugar era alegre y hacía pensar en una población minera durante un periodo de prosperidad más que en la guerra. La pensión estaba repleta de soldados, funcionarios de policía y hombres fornidos que llevaban gorros de piel y enormes botas de piel de reno. No había escasez de alimentos; bandejas de entremeses, carne, patatas y grandes fuentes de mantequilla. En la pared había un retrato del mariscal Mannerheim, adornado todavía con las ramas de acebo de la pasada Navidad. Uno de los soldados quería poner discos en el gramófono, pero la camarera le dijo que estaba prohibido porque la música impedía oír las sirenas de alarma.

A nuestro chófer, que era el inspector jefe de la policía del distrito, le resultó imposible volver a Helsinki antes de la medianoche, de modo que pasamos la velada bebiendo *schnapps* con el burgomaestre y seis funcionarios municipales. La tensión de los últimos días había sido tan grande, dijo el burgomaestre, que ahora lo único que querían era reír, y a partir de aquel

momento la conversación se mantuvo en un elevado nivel de hilaridad. Los presentes se turnaban para contar incidentes divertidos que se habían producido durante los ataques aéreos. Alguien hizo circular una bolsa de azúcar alrededor de la mesa y todos rieron mucho porque la tienda cuyo nombre aparecía en ella había volado por los aires aquella mañana.

Partimos con destino a Helsinki a la una y el punto culminante del viaje aún estaba por llegar. La temperatura había descendido y en ese momento era de casi treinta y ocho bajo cero. La noche era clara y despejada y en el cielo brillaban mil estrellas. Debido a que los faros azules del coche daban poca luz y el hielo se acumulaba rápidamente en el parabrisas, al chófer le costaba distinguir dónde terminaba la carretera y empezaban los campos cubiertos de nieve. Llevábamos casi dos horas de viaje y yo estaba medio dormida cuando, de pronto, se oyó un estruendo ensordecedor y el coche derrapó hacia el otro lado de la carretera y fue a dar, todavía en posición vertical, contra un árbol. Habíamos chocado con un camión blanco, vacío y sin luces que alguien había abandonado junto a la carretera.

Nuestro coche salió muy malparado —las ventanillas se habían roto, el radiador y los faros delanteros estaban destrozados—, pero, por suerte, nadie se había hecho daño. Al apearnos, vimos que ante nosotros se extendían muchos kilómetros de bosques desolados y campos helados. Eran las cuatro de la madrugada y había pocas perspectivas de que alguien pasara por allí antes de que transcurrieran muchas horas. Hacía tanto frío que el chófer dijo que era mejor moverse sin parar, de modo que echamos a andar por la carretera.

Tuvimos suerte porque, después de andar aproximadamente un kilómetro y medio, vimos un tenue resplandor a lo lejos, en el otro extremo de los campos. Anduvimos campo a través, con nieve casi hasta la cintura, y finalmente, entumecidos y agotados, llegamos a un granero espacioso. Abrimos la puerta y encontramos luces resplandecientes y un grupo de campesinas ordeñando más de un centenar de lustrosas vacas de color castaño. Una de las jóvenes nos llevó a la casa grande y se fue corriendo a despertar a su ama. Al cabo de pocos minutos apareció la señora de la casa, una mujer de mediana edad, acicalada inmaculadamente, con una sarta de perlas alrededor del cuello y, al parecer, sin que le perturbase el hecho de que fueran las cinco de la

madrugada. Hablaba inglés con soltura, se hizo cargo de nuestra apurada situación, nos trajo docenas de mantas y pronto nos encontramos ante un crepitante fuego de leña acompañado por el murmullo de una tetera en el fogón.

La mujer comentó que no se había visto un tiempo tan frío desde hacía muchos años, pero añadió que el frío favorecía al ejército finlandés; dijo que había ocurrido lo mismo en la terrible campaña de invierno en tiempos de Carlos XII de Suecia, cuando los finlandeses habían logrado repeler el ataque ruso. Nos dijo que tenía en casa a cuarenta personas evacuadas, niños en su mayoría, y que apenas pasaba un día sin que los bombarderos soviéticos sobrevolaran el lugar, pero la casa estaba tan aislada que no temía a las bombas. Aun así, les había dicho a los niños que entrasen corriendo en la casa cuando oyeran el ruido de los motores, porque temía que los aviones volasen a baja altura y ametrallasen las carreteras.

Cuando a las siete llegó un coche para llevarnos a Helsinki y deseamos buena suerte a la mujer, dijo con voz tranquila:

—Creo que Dios no permitirá que perezcamos bajo un enemigo tan terrible; al final todo saldrá bien.

Una hora después de llegar a Helsinki las sirenas volvieron a sonar. Estaba tan cansada que me metí en la cama y me quedé dormida.

Si por casualidad estabas almorzando en el hotel Torni de Helsinki cuando sonaban las sirenas de alarma antiaérea, podías subir a la azotea y contemplar cómo la ciudad se metía en su concha. Entre el revoltillo de tejados cubiertos de nieve se veía a la gente que corría a ponerse a cubierto, los camiones que se detenían junto a la acera y los policías que ocupaban sus puestos en las esquinas. Pronto reinaba un silencio tan ominoso que se oía el portazo que alguien daba a muchos bloques de distancia.

De vez en cuando se veía el destello gris de los bombarderos sobre el cielo, pero normalmente los aviones volaban tan alto que sólo se oía el zumbido de los motores. Se podía contar el ruido apagado de las bombas que caían a distancias de hasta veinte o veinticinco kilómetros de donde te

encontrabas; cuando de pronto se oían ametralladoras, cañones antiaéreos y baterías costeras disparando todos a la vez, sabías que los aviones sobrevolaban la ciudad. Aunque la sobrevolaban en ambas direcciones varias veces al día, Helsinki había sido bombardeada en una sola ocasión. Fue cuando los rusos, cuyo objetivo eran los muelles, habían destruido varios bloques de casas cerca del puerto. En conjunto, los daños no fueron grandes.

Helsinki no era una ciudad hermosa. La larga dominación primero de Suecia y luego de Rusia había dejado escasas huellas y la mayoría de los edificios eran modernos, cuadrados y feos. Quien la había llamado la «ciudad blanca del norte» tenía un alma verdaderamente romántica, porque las calles heladas, más que sumar atractivo, parecían acentuar un ambiente inhóspito y deprimente. De acuerdo, la guerra no mejoraba las cosas: la población habitual de trescientos mil habitantes había quedado reducida a treinta mil; se habían requisado los automóviles para ahorrar gasolina y la mayoría de las tiendas estaban cerradas con tablas. Por las calles circulaban pocas personas. Andaban deprisa, envueltas en gruesos abrigos y cubriéndose la cabeza con gorros de piel y agachándola para protegerse del terrible frío.

El hotel Kämp era el centro de la capital durante la guerra. Cuando llegué a altas horas de la noche estaba desierto. Pero cuando bajé a la mañana siguiente encontré una ruidosa aglomeración de gente: había soldados, voluntarias y políticos finlandeses, así como periodistas y fotógrafos extranjeros de una docena de nacionalidades distintas. Entraban pisando fuerte y sacudiéndose la nieve de las botas, los rostros rojos como tomates a causa del frío. Algunos vestían trajes de esquí; otros, abrigos de piel de cordero; otros más, chaquetas y cazadoras de cuero. El espectáculo más extraordinario era el que ofrecían las periodistas suecas. Daba la impresión de que todos los periódicos suecos habían enviado una «corresponsal especial», ya que podían contarse por docenas. Todas tenían el pelo rubio, grandes ojos azules y llevaban primorosos abrigos de pieles de color blanco y sombreritos también blancos que se abrochaban debajo del mentón. Parecían la primera fila de un grupo de coristas.

En medio de la confusión general conseguí dar con Webb Miller, de la United Press, y almorcé con él. Acababa de regresar de la Línea Mannerheim

y estaba lleno de admiración por los soldados finlandeses.

—Son los mejores combatientes que he visto en mi vida. Parecen no tener miedo a nada. Y hablando de improvisación, inventan sus armas sobre la marcha. Tienen un truco nuevo: atan una mina en el extremo de una cuerda, la esconden en una zanja hasta que aparece un tanque ruso y entonces tiran de la cuerda para colocarla en medio de la carretera. Hablé con un soldado que había dado cuenta de tres tanques de treinta toneladas de esta manera.

Le hice a Webb un sinfín de preguntas sobre la guerra y me dijo que la única forma de comprender lo que estaba pasando era tener presente que se trataba de dos guerras. La primera guerra era la guerra regular de trincheras, basada en los métodos del frente occidental, que se hacía detrás de las defensas Mannerheim en el istmo de Carelia; la segunda guerra era la guerra de guerrillas que se hacía en los bosques de todos los demás frentes de Finlandia. En la guerra de trincheras, el ataque ruso a la Línea Mannerheim había sido repelido; y en la guerra de guerrillas, no sólo se habían detenido las ofensivas rusas, sino que los finlandeses, gracias a su brillante estrategia y su feroz coraje, habían logrado aniquilar a divisiones enteras.

Corría la segunda semana de enero y los combates se habían interrumpido temporalmente en el istmo; así pues, decidí viajar al norte y tratar de ver algo de las patrullas de los bosques. Sin embargo, cuando presenté una solicitud en la Oficina de Prensa finlandesa, me llevé una sorpresa desagradable. En un viaje a Viipuri el día anterior una periodista sueca había denunciado que uno de los funcionarios de prensa finlandeses se le había insinuado. Las autoridades, exasperadas, se habían apresurado a responder prohibiendo que las mujeres visitaran el frente. Se me cayó el alma a los pies y me pregunté si habría venido desde Inglaterra para quedarme sentada sin hacer nada en Helsinki. Por suerte, mi aprendizaje en España me ayudó; después de mandar una serie de telegramas al embajador finlandés en Londres, finalmente recibí permiso para viajar a Rovaniemi, la capital de Laponia, donde se encontraba establecida la oficina central de prensa para el sector norte.

Me fui con Harold Denny, el corresponsal del *New York Times*, al que había conocido en Moscú. El viaje duró veinticuatro horas; de la noche a la mañana nos encontramos en un mundo de bosques blancos y lagos vidriosos.

Al llegar a Rovaniemi, estábamos a unos dos kilómetros y medio del Círculo Polar Ártico.

Tierra de muertos

Nunca llegué a saber qué pensarían los finlandeses de los seis periodistas extranjeros cargados con sacos de dormir, mochilas y máquinas de escribir que saltaban a tierra cada vez que el tren se detenía y entraban corriendo en el restaurante de la estación para tomar café caliente. Todos sabíamos cómo se decía «café» en finlandés: *kahvi*, eso era fácil; y podíamos contar hasta cuatro porque sonaba así: «*Ooxie coxie, call me, nellie*». Si deseábamos otra cosa, teníamos que recurrir a los gestos o pasar detrás del mostrador y servirnos nosotros mismos.

Cuando finalmente llegamos a un hotel bastante primitivo de la pequeña ciudad de Kajaani, la propietaria nos miró con expresión de perplejidad, como si formásemos parte de algún circo ambulante. Me parece que pronto pensó que un manicomio era más probable, dado que durante las siguientes cuarenta y ocho horas estuvimos recibiendo llamadas de Nueva York, Ámsterdam y Copenhague, y todo el mundo se pasaba la noche en vela mecanografiando un artículo tras otro. Aparte de Harold Denny y yo, estaban Walter Kerr, del *Herald Tribune*; Edward Ward, de la BBC; Desmond Tighe, de Reuters, y un periodista danés que se llamaba Ebbe Munck.

Kajaani era el cuartel general del Mando Central. Allí, en la esbelta «cintura» de Finlandia, se estaban librando algunas de las batallas más feroces de la guerra. Durante las siete semanas anteriores más de cien mil soldados rusos habían cruzado la frontera en repetidos intentos de cortar Finlandia por la mitad. Pero los finlandeses habían rechazado los ataques en algunos de los combates más espectaculares de la historia; habían aniquilado divisiones enteras y obligado a otras a retroceder cincuenta y setenta kilómetros hasta la frontera de donde habían salido.

Para comprender cómo lo hicieron, hay que pensar en un país de espesos bosques cubiertos de nieve y carreteras bloqueadas por el hielo. Hay que imaginar patrullas de esquiadores armados hasta los dientes deslizándose como fantasmas a través de los bosques; atravesando sigilosamente las líneas enemigas y cortando sus comunicaciones hasta dejar aislados a batallones enteros y cayendo luego sobre ellos en furiosos ataques por sorpresa. En esta parte de Finlandia los esquíes eran más maniobrables que los tanques, los trineos competían con los camiones y hasta los cuchillos eran preferibles a los fusiles.

La noche de nuestra llegada cenamos con el general Wiljo Tuompo, el brillante militar y periodista de cincuenta y cuatro años cuya carrera militar había empezado hacía sólo diez o doce años y que antes de que terminase la guerra de Finlandia causaría casi ochenta y cinco mil bajas mortales a los rusos. Organizó para nosotros una visita a una posición de primera línea en la frontera ruso-finlandesa, donde vimos a las patrullas en acción y también la primera muestra del fuego de la artillería soviética. Nos pusimos en marcha pensando que tal vez acompañaríamos a una de las patrullas fronterizas finlandesas en una rápida incursión en territorio ruso. Ninguno de nosotros imaginaba que el paisaje helado de Rusia pudiera resultar interesante, pero todos pensamos que podía ser divertido entrar en la Unión Soviética sin antes obtener un visado.

Acompañados por un teniente del ejército finlandés, salimos a las cuatro de la madrugada con la esperanza de llegar al frente antes del amanecer. Pero las carreteras estaban tan resbaladizas que el coche derrapó y fue a parar a la cuneta tres veces, lo cual ocasionó un retraso considerable; nos dio cierta idea de las dificultades que tenían que afrontar las unidades mecanizadas rusas. Nos encontrábamos cerca del pueblo de Suomussalmi justo en el momento en que empezó a amanecer, y allí fui testigo del espectáculo más horrible que jamás haya visto.

Era en este sector donde los finlandeses, unas semanas antes, habían aniquilado a dos divisiones rusas de aproximadamente treinta mil hombres. La carretera por la que circulábamos seguía llena de cadáveres rusos congelados y los bosques que había a ambos lados de ella eran conocidos ahora por el

nombre de «Tierra de Muertos». Quizá era la belleza de la mañana lo que hacía que el terrible desastre ruso resultara aún más horrendo cuando dimos con él. El sol naciente bañaba los bosques cubiertos de nieve, sus árboles como muñecas de encaje, con una extraña luz rosa cuyo resplandor parecía extenderse a lo largo de kilómetros. El paisaje se veía afeado únicamente por la estructura carbonizada de una casa; luego un camión volcado y dos tanques maltrechos. Luego, al doblar una curva de la carretera, nos encontramos ante todo el horror de la escena. A lo largo de más de seis kilómetros la carretera y los bosques aparecían cubiertos de cadáveres de hombres y caballos, además de restos de tanques, cocinas de campaña, camiones, arzones de artillería, mapas, libros y prendas de vestir. Los cadáveres congelados estaban duros como la madera petrificada y su piel era de color caoba. Había cadáveres amontonados unos sobre otros como desperdicios en un vertedero, cubiertos sólo por una piadosa capa de nieve; otros estaban apoyados de forma grotesca en los árboles.

Todos estaban congelados en la postura en que habían muerto. Vi uno con las manos apretando una herida en el estómago; otro forcejeando para desabrocharse el cuello de la guerrera; y un tercero sujetando patéticamente el dibujo de un paisaje, un dibujo barato hecho con colores brillantes e infantiles, probablemente un bien muy preciado que había intentado salvar al huir a los bosques. Estaban en todas partes, centenares y centenares de grotescos cadáveres de madera; en las cunetas, bajo los árboles, incluso en los refugios subterráneos debajo de la nieve donde habían tratado de librarse de la furia del ataque. Me llevé una impresión muy fuerte cuando me dijeron que habían sido miembros de la 44.^a división, la misma división que hacía justo un año había visto desfilar por las carreteras rurales de Ucrania.

No era difícil imaginar lo que aquellos soldados debían de haber sufrido bajo el frío. Llevaban solamente capuchas de punto con el casco de acero sobre ellas, y ninguno de ellos tenía los guantes puestos. La explicación de esto estaba en que los rusos, a diferencia de los finlandeses, no llevaban guantes especiales para disparar, sino que usaban guantes corrientes que tenían que quitarse para poder apretar el gatillo. Y cómo debieron de sufrir a causa del hambre; los caballos hasta se habían comido la corteza de los árboles.

Me asombró ver la cantidad de pertrechos que habían llevado consigo. Aunque los finlandeses se habían apoderado de todo lo que era aprovechable, las cunetas seguían llenas de camiones maltrechos, ametralladoras, bayonetas, cascos..., incluso un tanque anfibio que parecía bastante inútil en un país de lagos helados. Nuestro oficial finlandés nos dijo que durante por lo menos una semana después de la batalla fue totalmente imposible circular por la carretera. De hecho, nuestro chófer tuvo que abrirse paso con cuidado y despacio a lo largo de los más de seis kilómetros. Poco antes de llegar al final vimos un grupo de niños finlandeses que jugaban junto a la carretera y daban golpecitos a los cadáveres, empujados por la curiosidad. Habían cogido uno de ellos y lo habían colocado boca abajo, con la cabeza enterrada en la nieve; lo único que podíamos ver eran dos tallos de color marrón con sendas botas en el extremo. Me sentí realmente mal.

Al cabo de aproximadamente una hora llegamos a nuestro destino. Un centinela envuelto en una capa blanca surgió del bosque, se plantó en la carretera y nos hizo señas para que nos detuviéramos. Él reculó hasta un claro entre los árboles y mientras seguíamos a nuestro guía por los tortuosos senderos, el bosque se llenó súbitamente de fornidos soldados finlandeses que se movían sin hacer ruido entre los árboles, con sólo los negros fusiles visibles sobre el fondo blanco de la nieve.

La cabaña del mayor estaba construida con troncos, era medio subterránea y se hallaba cubierta de nieve. El camuflaje era tan astuto que sólo supimos que habíamos llegado porque vimos los esquíes apoyados en los árboles. Entramos gateando en el refugio, en el que había dos camas, una larga mesa de despacho cubierta de mapas y una estufa pequeña que mantenía la temperatura a un grado. El mayor, un hombre fuerte de rostro colorado, nos recibió con su inglés titubeante y nos dijo que el desayuno estaba listo al tiempo que señalaba una mesa cargada de café, pan y mantequilla, carne de reno, queso y pescado en escabeche. Al cabo de unos minutos nos interrumpió el gemido de un motor que se convirtió en fuerte rugido cuando un avión pasó a sólo unos centenares de metros sobre nosotros. El mayor dijo que los aviones rusos patrullaban sobre los bosques durante varias horas todos los días y que solían usar las ametralladoras a mansalva.

—Eso es lo que queremos *nosotros...*, aviones. —Luego nos preguntó si pensábamos que el mundo exterior mandaría aviones a Finlandia y nos escudriñó ansiosamente la cara en busca de respuesta—. Ojalá —musitó— esas bondadosas viejecitas norteamericanas que nos mandan prendas de abrigo pudieran tejernos algunos aviones y algunos cañones antitanques.

Al preguntarle si había alguna posibilidad de cruzar la frontera y entrar en Rusia, sonrió y dijo que nos enviaría al puesto de observación, donde podríamos echar un vistazo a la situación y, si insistíamos en ir, estarían a nuestra disposición. Luego designó a un capitán para que nos atendiera.

La cabaña del capitán se encontraba a cierta distancia; era de cartón de fibra y estaba construida alrededor del tronco de un árbol con el fin de que el humo de la estufa se difuminara entre el espeso ramaje. El capitán era un individuo alegre que nos enseñó con aire triunfal el enorme samovar ruso del que se había apoderado en la batalla de Suomussalmi. También tenía unos prismáticos que le había quitado a un oficial ruso, pero su bien máspreciado era una ametralladora sacada de un tanque ruso. Dijo que cada vez que pasaba un avión disparaba al azar contra él y añadió que ésta no era exactamente su misión, pero que, con la ametralladora tan a mano, resultaba difícil resistir la tentación.

El capitán nos condujo a través del bosque hasta el puesto de observación. Quedaba un poco lejos y nos acompañó una patrulla de ocho esquiadores armados con fusiles y metralletas de aspecto malévolos. Aparecían y desaparecían entre los árboles como espectros y manejaban los esquís con una agilidad asombrosa. Los perdíamos de vista detrás de los árboles y creíamos que no volveríamos a verlos y a los pocos segundos nos los encontrábamos delante de nosotros en el sendero.

El puesto de observación no era más que un hoyo poco profundo excavado en la nieve; en él se encontraba un observador con unos prismáticos y un teléfono. Pero no necesitábamos prismáticos para ver la Unión Soviética. A menos de trescientos metros de distancia, en la otra orilla de un lago bloqueado por el hielo, se extendía el paisaje helado de Rusia.

Llevábamos sólo unos minutos en el hoyo cuando la artillería finlandesa situada detrás de nosotros abrió fuego. Los proyectiles pasaban a sólo unos

metros por encima de nosotros; caían en el lago que teníamos delante y levantaban un surtidor de hielo y nieve. El oficial de observación usó el teléfono para corregir el tiro y pronto los proyectiles empezaron a desaparecer entre los árboles de la otra orilla. Los rusos no tardaron en replicar y al cabo de unos minutos resonó en el aire el desagradable silbido de los proyectiles que se acercaban a nosotros, a la vez que entre los árboles sonaban el gemido bajo de las granadas y el ruido sordo de los morteros. En dos ocasiones nos cayeron encima ramas arrancadas por las granadas, y cuando dos proyectiles cayeron a sólo unos veinte metros e hirieron a dos soldados finlandeses, el capitán decidió que era mejor que volviéramos a la cabaña. Nos dijo que saliéramos de dos en dos, para que no nos vieran los rusos; mi corazón latía con fuerza mientras atravesábamos el bosque y los proyectiles estallaban a ambos lados del camino. Pensé: puede que los cañones rusos hayan perdido el prestigio que tenían, pero todavía son capaces de asustarme.

Antes de irnos el capitán nos ofreció una taza de té. Mientras bebíamos, un fornido soldado finlandés entró a gatas en el refugio. Tenía las mejillas coloradas a causa del frío, pero sus ojos azules brillaban de excitación. Acababa de regresar de una patrulla de cinco horas detrás de las líneas rusas y había penetrado ocho kilómetros. Sacó un mapa y explicó al capitán los diversos cambios que se habían producido en las posiciones enemigas. Nos enteramos de que el muchacho era agricultor en la vida civil y se había distinguido por ser uno de los hombres más valientes de la patrulla. El capitán dijo que durante la batalla de Suomussalmi había destruido un tanque subiéndose a él de un salto, abriendo la escotilla con una palanca y arrojando una granada al interior. Unos minutos después otro soldado entró en la cabaña y dijo que una patrulla rusa de doscientos hombres se dirigía a las líneas finlandesas. El capitán le ordenó que se pusiera en marcha con un destacamento y saliera a su encuentro.

Saltaba a la vista que se avecinaban momentos de mucho ajetreo, así que decidimos que lo mejor era irse. En el exterior, un grupo de soldados ya estaban sujetando el fusil al hombro y ajustando los esquíes. Al despedirnos, el capitán nos dijo:

—Y bien, ¿qué me dicen de Rusia? Si quieren unirse a la patrulla que está

a punto de salir, tienen mi permiso.

Se lo agradecemos mucho, pero yo le dije que, personalmente, estaba muy bien donde estaba.

¿Cómo había podido el ejército finlandés, con unos efectivos que apenas superaban los trescientos mil hombres, detener hasta ahora la oleada rusa? Pienso que se debió, en primer lugar, a que se trataba de un pueblo libre que, con un valor nunca superado, luchaba por sus hogares, sus libertades y sus vidas contra un despotismo asiático; en segundo lugar, a la brillante estrategia de los líderes militares finlandeses; en tercer lugar, a los obstáculos naturales del terreno, que se veía quebrado por setenta mil lagos y cubierto de bosques en sus tres cuartas partes; en cuarto lugar, a los errores garrafales de los soviéticos.

Desde el punto de vista militar, el ataque ruso se estudiará como una de las campañas más fantásticas de la historia. En todo el norte del país el alto mando ruso hizo caso omiso de la necesidad elemental de mantener abiertas sus líneas de comunicación. Miles de soldados rusos fueron enviados a las inhóspitas soledades de Finlandia, donde se encontraron aislados de sus bases y fueron engullidos por los bosques. Esta estupidez extraordinaria resultaba difícil de entender. La única explicación era que Rusia había contado con una guerra relámpago que duraría sólo unos días y había organizado la campaña de acuerdo con ello. Las primeras divisiones habían sido dotadas de una enorme cantidad de propaganda, pancartas y banderolas que estaba previsto que debían repartir entre un pueblo vencido; y en el norte una división entró con una banda de música, realmente convencida de que sería recibida con los brazos abiertos por la gente a la que debía «liberar». La razón por la cual el Kremlin estaba tan mal informado sobre la resistencia política de Finlandia quizá fue que los observadores soviéticos no se atrevieron a revelar el verdadero estado de cosas porque temían ser acusados de saboteadores y fusilados.

Durante días me obsesionó el recuerdo de aquellos cadáveres congelados y retorcidos de la 44.^a división. Pero la historia de esta división (una de las

que invadieron Polonia en septiembre, por cierto) fue un ejemplo típico de la torpe estrategia desplegada que la dictadura del proletariado pagaba ahora generosamente con las vidas del propio proletariado. Había entrado en Finlandia el 30 de diciembre para relevar a la 163.^a división, que se encontraba aislada y desabastecida cerca del pequeño pueblo de Suomussalmi. Recorrió unos treinta kilómetros por una carretera dura y cubierta de nieve abierta en el corazón del bosque, pero no pudo unir sus fuerzas a las de la otra, que se hallaba a menos de diez kilómetros de distancia, en el otro extremo de una región sin carreteras. Los finlandeses lograron derrotar primero a la 163.^a, luego se ocuparon de la 44.^a; cortaron sus líneas de abastecimiento y cinco días después atacaron y aniquilaron a toda la división.

Antes de irnos de Kajaani, uno de los finlandeses encargados de la prensa nos llevó a un campo de internamiento situado en Pelso, donde oímos una versión de la batalla de boca de un oficial de alta graduación de la 44.^a división que había sido hecho prisionero por los finlandeses. El oficial era un hombre bien afeitado, de mediana edad, que llevaba veintidós años de servicio en el Ejército Rojo. El director del campo nos pidió que no reveláramos su nombre ni su graduación e informó al prisionero de que no estaba obligado a responder a ninguna pregunta a menos que lo deseara.

El oficial, sin embargo, dio una versión de la batalla que coincidía por completo con la versión finlandesa. Dijo que la división se encontró aislada el 2 de enero y que estuvo sin provisiones hasta el desastre final del día 7. Los únicos suministros que recibieron fueron seis sacos de galletas duras que les lanzaron desde un avión. Nos dijo que el 2 de enero varios oficiales suplicaron al general al mando, Alexéi Vinogradov, que autorizase una retirada, pero la respuesta fue que era imposible sin una orden del Kremlin. Y la orden llegó demasiado tarde.

El oficial hizo tres observaciones interesantes: declaró que el ejército había sido mal informado acerca de la resistencia finlandesa y que muchos de sus líderes creyeron, de hecho, que entraban en Finlandia para liberar a los finlandeses; que el ejército estaba mal organizado para una campaña dura; y que los soldados rusos, supersticiosos por naturaleza, eran especialmente

incompatibles con el terreno finlandés porque los bosques tenebrosos les infundían un miedo mortal.

Quise saber cómo funcionaba el sistema de comisarios, pero él respondió de forma evasiva y dijo que los comisarios eran necesarios para infundir en los soldados el espíritu apropiado. Le pregunté cuál sería, en su opinión, el resultado final de la guerra y titubeó; sólo cuando el director le pidió que diese una opinión sincera replicó que creía que la Unión Soviética, con su superioridad numérica y material, por fuerza acabaría venciendo.

De los dieciocho mil hombres de la 44.^a división sólo quedaban unos centenares de supervivientes. Visitamos la cárcel acompañados por el director y un intérprete ruso y hablamos con los prisioneros. En la primera sala había un grupo de treinta o cuarenta vestidos con uniformes de color marrón y botas altas de fieltro. Muchos tenían las manos y los pies congelados y envueltos en vendajes; pero, en comparación con sus camaradas que yacían amontonados junto a la carretera, eran afortunados. Se levantaron al entrar nosotros, sin la menor señal de hosquedad o reticencia y los ojos iluminados por una expresión de interés amistoso; parecían contentos de tener visitas. Como grupo de soldados de una división de primera ofrecían un espectáculo patético. La mayoría de ellos eran de baja estatura, con la frente baja y rasgos feos. Su inteligencia era tan elemental que mis sentimientos se debatieron entre la lástima y la repugnancia ante la civilización que su gobierno tanto ansiaba difundir. Algunos prisioneros nos miraban bobamente con ojos castaños y tristes; otros conversaban atropelladamente y se interrumpían unos a otros.

Cuando les preguntamos sobre la guerra contestaron que habían sido movilizados para repeler una invasión finlandesa en Rusia. Algunos dijeron que ahora se daban cuenta de que habían sido pésimamente informados, pero me quedé atónita al comprobar que muchos todavía ignoraban que habían sido capturados en territorio finlandés; creían que la batalla de Suomussalmi se había librado «en alguna parte del norte de Rusia».

Cuando les interrogamos sobre las condiciones generales en Rusia, un hombre bajito y nervudo que lucía una barba negra se autoproclamó portavoz del grupo tras hacer callar a sus camaradas con miradas amenazadoras. Con la típica astucia eslava respondió a las preguntas de la manera que él creía que

más probabilidades tenía de complacer. Denunció a la Unión Soviética con un énfasis tan exagerado y dedicó tal cúmulo de elogios a los finlandeses que resultaba obvio que sus respuestas no tenían ningún valor.

La segunda sala en la que me hicieron entrar estaba llena de camioneros rusos que habían estado en el cuerpo de servicios del ejército adscrito a la 44.^a división. Descubrí que la mayoría de ellos nunca había recibido ningún tipo de instrucción militar; eran simplemente camioneros sacados de las calles de Kiev. Se quejaron amargamente de que les hubieran movilizado y, señalando a uno del grupo, dijeron:

—Y miren a Fiódor. Tiene más de cuarenta años, esposa y muchos hijos.

A Fiódor pareció gustarle que la atención se centrara en él, ya que asintió enfáticamente con la cabeza y declaró que, en efecto, tenía cuarenta y dos años y nunca había oído disparos ni cañonazos hasta que se encontró conduciendo un camión de abastecimiento en el frente de Suomussalmi.

La historia más asombrosa de todas, sin embargo, fue la que me contó una enfermera rusa. Esta chica de veintitrés años, la única mujer prisionera en Finlandia, fue capturada cuando los finlandeses derrotaron a la 163.^a división. Era una joven de estatura mediana, anchos rasgos eslavos y ojos llenos de tristeza. Llevaba un vestido de lana que le habían proporcionado los finlandeses y la única ropa que tenía, aparte de dicho vestido, era el uniforme masculino del ejército que llevaba puesto cuando la hicieron prisionera.

Unos meses antes vivía tranquilamente en Leningrado con su marido y un hijo de corta edad; luego recibió una orden de movilización. Pensando que sería sólo para las maniobras de otoño, no se sintió especialmente preocupada. En noviembre, sin embargo, fue destinada a la 163.^a división y al cabo de un mes la obligaron a cruzar la frontera finlandesa. Aunque se sentía desdichada y asustada, fue enviada, con otras dos enfermeras, a un puesto de primeros auxilios en primera línea. Las otras enfermeras resultaron heridas y fueron trasladadas a un hospital de campaña lejos de primera línea; cuando llegó el momento de la retirada, la muchacha no pudo regresar a la base y durante veinticuatro horas estuvo andando sin rumbo fijo por el bosque con un médico ruso. Finalmente, una patrulla finlandesa encontró a la pareja a orillas de un lago.

Los cuerpos de las otras dos enfermeras fueron encontrados más tarde por los finlandeses en el hospital de campaña —una antigua casa de labranza— junto con los cadáveres de centenares de soldados. Ebbe Munck, que había visitado ese hospital cuatro días después de la retirada, me dijo que el espectáculo era horrible. En el patio trasero de la casa había montones de cuerpos desnudos; cuando morían los pacientes, los médicos rusos sencillamente tiraban los cadáveres por la ventana para hacer sitio para los que iban llegando. En el interior, centenares de heridos habían muerto en la cama; al llegar la orden de retirarse, los habían abandonado. Ebbe dijo que a un hombre incluso lo habían dejado a medio abrir en la mesa de operaciones.

Cuando se enteró de todo ello, el director del campo comentó con amargura:

—Y ésta es la civilización que quieren traer a Finlandia.

Los mejores círculos polares árticos

Debido a los ataques diurnos, las horas que precedían al amanecer solían ser las mejores para viajar sin peligro. Cuando Harold Denny, Desmond Tighe y yo partimos de Rovaniemi para hacer un viaje de más de trescientos kilómetros a través del Ártico, salimos a las dos de la madrugada. La temperatura era de treinta y cinco grados bajo cero y se consideraba moderada. Yo llevaba un traje de esquí, una cazadora, un abrigo de piel de cordero, ocho jerséis, cuatro pares de calcetines, tres bufandas, dos pares de guantes y de una forma u otra sobreviví. A unos dos kilómetros y medio de Rovaniemi pasamos junto a un gran letrero blanco clavado en un árbol. Lo iluminamos con una linterna y vimos que decía «Círculo Polar Ártico» en inglés, alemán, sueco y finlandés.

Al deslizarse por el techo del mundo desde el puerto de Petsamo, en el océano Glacial Ártico, los soviéticos dieron comienzo a la guerra más fría de la historia. Nunca se había luchado tan al norte. En los bosques helados, apenas habitados salvo por rebaños de renos, pronto se oyeron los disparos de los fusiles y el tableteo de las ametralladoras. Los rusos avanzaron cerca de cien kilómetros por la «Gran Carretera del Ártico», pero, a pesar de repetidos intentos de penetrar más siguiendo la carretera —que cruzaba Laponia y llegaba hasta el centro de Finlandia—, su avance se vio frenado por las patrullas finlandesas que operaban en los espesos bosques a través de los cuales se había abierto la carretera.

La primera línea finlandesa consistía en una serie de tiendas de campaña y nidos de ametralladoras desperdigados por los bosques. Cada vez que las

columnas mecanizadas rusas intentaban seguir avanzando por la carretera, los finlandeses cruzaban los bosques y cortaban sus líneas; a veces inutilizaban un tanque para bloquear la carretera helada, a veces minaban el terreno y cortaban las líneas de abastecimiento de los rusos en la retaguardia.

Cuando los tres partimos de Rovaniemi para visitar este frente, acompañados por Hugo Mäkinen —funcionario de prensa finlandés—, otros periodistas que ya habían hecho el viaje nos advirtieron de que no encontraríamos mucho «material»; la lucha se encontraba más o menos en un punto muerto. Para que no nos desanimáramos, añadieron que el paisaje era digno de verse y nos aseguraron que todos podríamos escribir articulitos preciosos sobre la Vieja Madre Naturaleza. El viaje resultó uno de los más incómodos que habíamos hecho. Los rusos eligieron ese momento en particular para empezar un intenso bombardeo de la Gran Carretera del Ártico con el fin de impedir que los refuerzos finlandeses llegasen al frente.

Al principio todo estaba en calma. Viajamos toda la noche a través de desolados bosques blancos, con la aurora boreal trazando extraños dibujos en el cielo; durante cinco horas no nos cruzamos con un solo coche ni vimos más señales de vida que algún que otro reno que cruzaba la carretera, asustado por los faros del coche. Empezaba a amanecer cuando nos detuvimos en una casa de labranza para desayunar.

La familia que vivía en ella la formaban un agricultor y su esposa, una niña de diez años y dos chicos de unos catorce años. Encendieron fuego, nos ofrecieron café y panecillos, y luego nos hablaron de los bombardeos de los últimos días. En medio de la conversación sonó el teléfono y uno de los chicos volvió con la noticia de que los bombardeos de la mañana habían empezado y tres aviones volaban en ese momento en nuestra dirección. (No había sirenas en el distrito y el telefonista tenía que avisar a todo el mundo.) Corrimos todos a coger los abrigo y la niña pequeña, que parecía tomárselo como una gran broma, nos hizo salir de la casa y nos condujo a través del bosque hasta un pino muy alto. Debajo de las ramas había una tienda pequeña con cuatro alfombrillas dentro.

Al cabo de unos minutos oímos ruido de motores y aparecieron tres bombarderos que volaban bastante bajo. Cuando estuvieron sobre la casa, uno

de ellos descendió en picado con gran estruendo; se oyeron varias explosiones que sonaron como petardos gigantescos y seguidamente el *staccato* de las ametralladoras. Cuando los aviones se alejaron volvimos corriendo a la casa para comprobar si había sufrido daños y vimos que las bombas habían caído en un campo que quedaba a unos veinte o treinta metros. Al cabo de pocos segundos llegó un chico esquiando cuesta arriba, con la respiración entrecortada.

Descubrimos que el blanco de los aviones había sido él y no la casa de labranza. Se había olvidado de ponerse la bata blanca y era evidente que los rusos le habían visto moverse sobre el fondo de nieve. Habían lanzado dieciocho bombas pequeñas, luego habían intentado ametrallarle. Nos pareció un despilfarro de munición, por no decir algo peor. Desmond comentó secamente:

—Si es una muestra de los criterios con que se dirige la economía soviética, no es raro que haya gente que pasa hambre en Moscú.

Había una pensión grande y cómoda en Ivalo, a unos ochenta o noventa kilómetros, pero «Mak», el funcionario que nos acompañaba, se negó a viajar por la carretera antes del anochecer. Valientes como leones en el campo de batalla, en el frente civil los finlandeses pecaban de un exceso de prudencia que rozaba el absurdo. Cuando sonaban las sirenas de alarma, te obligaban a meterte en un refugio, tanto si querías como si no. En Helsinki los periodistas llevaban unas placas especiales que les permitían ir a todas partes, pero en los viajes estaban a merced del encargado de prensa. A nosotros nos parecía que nuestras probabilidades eran tan buenas en un sitio como en otro, pero no logramos persuadir a «Mak» y no proseguimos el viaje hasta última hora de la tarde.

Fue el día más incómodo de mi vida, porque el agricultor estaba convencido de que los aviones querían destruir su casa y pronto volverían para bombardearla. Cada vez que recibía un aviso por teléfono insistía en que nos refugiáramos bajo el pino del patio. Nosotros suplicábamos y discutíamos, pero era inútil y siempre nos obligaban a salir de la casa y soportar el intenso frío. Cinco horas largas agachados bajo un árbol en la nieve nos dieron cierta idea de en qué se había convertido la vida en Finlandia.

Finalmente llegamos a Ivalo a tiempo para cenar. Era un pueblo pequeño situado junto a un cruce de carreteras que se distinguía por ser el lugar más bombardeado de Finlandia; cerca de cuatro mil bombas habían sido arrojadas sobre él, pero la mayoría habían caído en los campos y los lagos y el número de casas destruidas era sorprendentemente bajo. El pueblo había sido evacuado casi en su totalidad, pero el almacén seguía abierto y en él podías comprar chocolate y pasas.

La pensión en la que cenamos era el lugar en el que se alojaban los peones camineros que se encargaban del mantenimiento y la reparación de la carretera. El ambiente era como el de un enorme campamento de leñadores; media docena de chicas inclinadas ante grandes calderos ayudaban a preparar la comida y constantemente entraban hombres pisando fuerte, frotándose las manos y sacudiéndose la nieve de las botas. Todo el mundo comía en la cocina porque se estaba más caliente cerca de la estufa y todos nos sentamos a la misma mesa para cenar carne de reno, patatas hervidas y leche.

Justo cuando nos disponíamos a irnos sonó la alarma antiaérea. Harold, Desmond y yo nos miramos y gruñimos. Pedimos a Hugo que nos dejara proseguir el viaje a pesar de todo, pero se negó tozudamente. Un gong resonó en toda la pensión, las chicas se pusieron los abrigo y nos condujeron al refugio, que estaba construido con troncos enterrados a gran profundidad en la nieve. La temperatura debía de ser de cuarenta grados bajo cero, pero, al parecer, Harold, Desmond y yo éramos los únicos a quienes les importaba, porque las chicas no paraban de charlar animadamente como si estuviesen en una fiesta. Pasamos allí más de dos horas y contamos el ruido sordo de veinticinco bombas al caer.

Cuando finalmente la sirena anunció que había pasado el peligro, Hugo telefoneó al cuartel general del ejército y preguntó cómo estaba la situación. Volvió con una expresión grave en el rostro y nos dijo que los rusos estaban bombardeando la carretera hasta el mismísimo frente. En aquel momento no lo sabíamos, pero los rusos estaban preparando una nueva ofensiva; la Gran Carretera del Ártico era la única por la que podían enviarse pertrechos a los soldados finlandeses, y ése era el principio de un intento desesperado de aislarlos. «Mak» quería volver atrás, pero le suplicamos que nos dejara seguir

adelante. Ninguno de nosotros era especialmente valeroso, pero, después de un viaje de casi doscientos cincuenta kilómetros y de sufrir horas y horas de aburrimiento y frío, era impensable volver a Rovaniemi sin un artículo.

Al final nos salimos con la nuestra, pero el viaje no fue agradable. Para empezar, aunque «Mak» era muy maniático en lo que se refería a los refugios antiaéreos, permitía que el chófer llevara los faros delanteros encendidos. Como parecían ser las únicas luces que había en todo el bosque ártico, probablemente llamarían la atención. Con el motor en marcha y las ventanillas cerradas era imposible oír el ruido de los aviones, por lo que de vez en cuando teníamos que detenernos, apearnos del coche y aguzar el oído. Atravesamos una parte aislada del bosque y cuando nos acercábamos a una casa de labranza un grupo de hombres se colocó delante de nuestros faros y se pusieron a hacer gestos frenéticos para que nos detuviésemos. Uno de ellos nos dijo que había sonado otra alarma y que los bombarderos estaban cerca. Decidimos ponernos a cubierto en un campo tan pronto como oyéramos los motores y echamos a andar carretera arriba para calentarnos.

Fue una noche extraña, con la quietud del bosque turbada sólo por el sonido quedo de hombres hablando en voz baja, con los pinos cubiertos de nieve adquiriendo formas raras en la oscuridad y las luces de la aurora boreal jugando en el firmamento como reflectores gigantes. Estaba contemplando el cielo cuando súbitamente me fijé en la estrella más grande que había visto hasta entonces. Pensé que sería una peculiaridad del Ártico hasta que apareció una segunda estrella. Uno de los hombres se nos acercó corriendo y nos dijo que los rusos estaban lanzando bengalas con paracaídas para iluminar la campiña. Hoy día, cuando Londres sufre un bombardeo hay docenas de bengalas en el cielo, pero éstas eran las primeras que veíamos; descendían lentamente, con una belleza terrible que iluminaba el camino que llevaba a la destrucción, y parecían casi sobrenaturales. El teléfono de la casa de labranza sonó y nos avisaron de que los aviones se dirigían hacia nosotros. No había ningún refugio, así que un centinela nos llevó al otro lado de la carretera hasta un puente pequeño que se alzaba poco más de medio metro sobre el lago helado y nos dijo que nos cobijáramos debajo. Primero me metí yo, después Desmond, luego Harold y finalmente media docena de finlandeses.

La última misión de Desmond había sido en Egipto.

—Si hace dos meses alguien hubiera predicho que pronto estaría echado en el hielo en medio del Círculo Polar Ártico —dijo jadeando—, le hubiese replicado que se hiciera examinar la cabeza.

Lo único que pudo decir Harold fue:

—¡Dios mío, y nos pagan para que usemos el cerebro!

Afortunadamente, no tuvimos que pasar mucho tiempo allí, porque el rugido de los motores se hizo más fuerte y luego disminuyó cuando los aviones se dirigieron al este. Salimos de debajo del puente y vimos uno ellos, totalmente iluminado, cruzando el firmamento, amargo testimonio de que Finlandia carecía de cañones antiaéreos.

Llegamos a primera línea de madrugada. Un centinela nos esperaba en la carretera. Aparcamos el automóvil y anduvimos hasta una choza que había en el bosque. En el interior había media docena de oficiales sentados alrededor de una mesa. Todos medían más de metro ochenta y eran agentes forestales que habían pasado la mayor parte de su vida en el bosque. El mayor pidió disculpas por los retrasos que habíamos sufrido y «Mak» tradujo su comentario:

—Les prometo que cuando consigamos algunos cañones antiaéreos tendremos la carretera despejada.

La choza era cálida y cómoda, pero las ametralladoras de los aviones rusos habían llenado de agujeros las puertas y las paredes. Mientras nos calentábamos junto al fuego una mujer salió repentinamente de la habitación contigua con una cafetera y algunos panecillos. Era una mujer de mediana edad, plácida y maternal. Normalmente trabajaba en una tienda de Helsinki, pero al estallar la guerra se había unido a las voluntarias *lottas* para servir en Petsamo. Tenía el honor de ser la única mujer que prestaba servicio en el puesto más septentrional. Le preguntamos si no sentía miedo cuando los aviones ametrallaban la choza y los hombres se echaron a reír y dijeron que era la persona más tranquila del grupo. Luego el mayor nos dijo, contrariado, que no podría llevarnos más arriba de la línea porque los rusos habían atacado con dos compañías a las ocho y se seguía combatiendo a poco menos de un kilómetro de allí.

—¿Adónde se dirigen? —pregunté, inquieta.

—Hacia aquí. Pero no se preocupe, no pasarán.

Gracias a Dios, pensé, que estoy informando sobre esta guerra desde el bando finlandés. Agucé el oído, pero no percibí fuego de fusilería ni ningún otro ruido. Me imaginé a los finlandeses metiéndose entre los árboles y saliendo otra vez, luego el súbito destello de los cuchillos, y me pregunté cuántos cadáveres grotescos encontraría con la luz de la mañana. El bosque tenebroso y solitario ya parecía aterrador desde el interior de una choza, y me compadecí de los pobres seres que estaban a merced de los sigilosos cazadores.

Nos dijeron que ochocientos finlandeses habían detenido el avance de todo el ejército ruso en aquellos alrededores. El mayor comentó que los aviones representaban el mayor problema, pero añadió que tenía un artillero experto que ya había derribado tres. Nos enseñó una cartera perteneciente a un piloto ruso. Dentro había un ejemplar del *Pravda*, unos cuantos mapas y una tarjeta con una multiplicación elemental impresa en ella.

Harold preguntó si los rusos ya habían aprendido a esquiar y el mayor titubeó.

—Bueno. Cuando tienen realmente prisa, se quitan los esquíes y echan a correr.

Rieron todos, porque no había nada que gustara más a los finlandeses que los chistes a expensas de los rusos.

Parecía extraño estar allí sentada y bebiendo café mientras a menos de dos kilómetros se luchaba a vida o muerte. Antes de que nos fuéramos se recibió por teléfono un mensaje que decía que habían cesado los combates y los rusos habían sido repelidos. El mayor se puso el abrigo, cogió un fusil y se perdió de vista en la noche. Cuando bajábamos por la carretera una ambulancia grande y blanca pasó a toda velocidad por nuestro lado y nos preguntamos cuántas bajas se habrían producido.

Pasamos el día siguiente en un campamento de leñadores a varios kilómetros del frente. «Mak» declaró que era el lugar más seguro de Finlandia porque tenía unos refugios muy profundos. La esposa de uno de los leñadores nos ofreció café, pero no tuvo tiempo de prepararlo porque las alarmas

sonaron continuamente desde el amanecer hasta el mediodía. Protestamos ante el director del campamento y le preguntamos si era necesario ponerse a cubierto cada vez que se recibía un aviso:

—Por supuesto que lo es —replicó—. El campamento está repleto de dinamita. Si una sola bomba da en el blanco, todo volará por los aires.

«Mak» puso cara de susto, pero no hizo ningún comentario.

Salimos con destino a Rovaniemi al anochecer y el viaje fue tranquilo exceptuando un último incidente. A unos kilómetros de Ivalo oímos un rumor disparatado según el cual los rusos habían lanzado un pelotón de paracaidistas en los alrededores y nos aconsejaron que tuviéramos los ojos bien abiertos. En aquel momento nadie se tomó en serio el rumor; no obstante, al atravesar una zona especialmente desierta del bosque, resultó difícil descartarlo por completo. De pronto, al doblar una curva, los faros del coche iluminaron un hombre que se encontraba en medio de la carretera. Llevaba un traje blanco y un casco del mismo color. Nos hizo señas para que nos parásemos, y el chófer desenfundó la pistola, se apeó y avanzó cautelosamente.

No hace falta decir que fue un alivio comprobar que se trataba sólo de un voluntario sueco que iba en moto y se había quedado sin gasolina..., si es que cabe imaginar lo que significaba quedarse sin gasolina en pleno Ártico.

Le dimos una botella con un poco de gasolina y le dijimos adiós con la mano.

Rovaniemi había sufrido fuertes bombardeos durante nuestra ausencia. La calle principal era una masa de madera carbonizada donde antes había casas, pero el objetivo principal, el puente sobre el río Kemi, seguía intacto.

El propietario del hotel Pohjanhovi, donde se alojaban los periodistas, estaba muy afectado por lo ocurrido. Como los bombarderos rusos tenían por costumbre volver al mismo sitio durante varios días seguidos, el propietario no permitía que alguien se quedara en el hotel durante el día. Por más que protestáramos, a las ocho y media de la mañana nos echaban a la calle y nos decían que no volviéramos hasta las tres. Antes de la guerra Rovaniemi era un centro de deportes de invierno y a unos kilómetros del hotel había una pista de

esquí muy buena y un pabellón grande donde servían café y bocadillos. También había un campo de tiro y en cierta ocasión celebramos un concurso.

Como representábamos media docena de nacionalidades diferentes, formamos equipos y organizamos una pequeña olimpiada: Inglaterra, Francia, Finlandia, Suecia, Estados Unidos y Alemania. Ganaron los finlandeses y me da vergüenza decir que hice que Walter Kerr quedase tan mal que Estados Unidos se llevó el premio al peor. Herbert Uxkull, un alemán del Báltico que trabajaba para la United Press, se volvió hacia Eddie Ward y dijo con voz triste:

—Supongo que en realidad tú y yo deberíamos liarnos a tiros.

—Santo Dios, ¿por qué?

—Por la guerra.

—¿La guerra? ¡Oh, te refieres a la otra guerra! Pensándolo bien, supongo que sí. ¡Hay que ver lo fácil que es olvidar! Es extraordinario.

Lo que es extraordinario, pensé, es que el mundo esté tan loco: fue la única vez que oí mencionar «la otra guerra». De hecho, ya resultaba difícil pensar en la que teníamos tan cerca mientras bajabas por la pista de esquí con el cielo azul y cálido arriba y el sol centelleando en la nieve. Lo único que te la recordaba era la extraña experiencia de zigzaguear entre los nidos de ametralladoras desperdigados por el bosque.

Utilizo la palabra «zigzaguear» caprichosamente, porque podía considerarme afortunada si hacía una cuarta parte del descenso sin caerme, o, de hecho, si lograba levantarme. Cuando me caía, solía quedarme en el suelo hasta que alguien venía a ayudarme. Un joven oficial del ejército finlandés se apiadó de mí y acostumbraba a seguirme por la pista de esquí para echarme una mano si hacía falta. Cada vez que sufría una caída, me ayudaba a levantarme y decía:

—Vamos, vamos, estoy seguro de que la próxima vez lo hará mejor.

Nunca logré hacerlo mejor y una vez, cuando más lo necesitaba, el joven oficial no estaba allí. Un día Herbert Uxkull, Eddie Ward y yo volvíamos al hotel esquiando sobre la superficie helada del río Kemi. Había muchos agujeros abiertos por las bombas rusas que no habían dado en el blanco. Justo cuando nos encontrábamos en medio del río sonaron las sirenas de alarma.

Nos apresuramos a ponernos a cubierto. Intenté quitarme los esquíes, pero sólo pude desabrochar uno. Oí el rugido de los motores; Eddie y Herbert me gritaron algo desde la orilla, pero me caí y me hice un lío tan grande que no podía moverme.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Eddie—. ¿No puedes dejar de hacer acrobacias?

Bajó corriendo hasta mí, desabrochó el esquí y me ayudó a levantarme. El ruido de los aviones era cada vez más fuerte y nos metimos los tres en una endeble caseta de baño y nos quedamos esperando una lluvia de bombas. Pasaron tres aviones a poco más de ciento cincuenta metros del suelo, pero nos sorprendió ver que eran cazas finlandeses: Gloster Gladiators de fabricación británica pilotados por aviadores suecos. Fueron los únicos cazas que vi durante toda mi estancia en Finlandia; pronto resonó triunfalmente en toda la ciudad la sirena que anunciaba que el bombardeo había terminado.

Era evidente que con sus implacables y continuos ataques aéreos los rusos trataban de copiar los métodos que los alemanes habían utilizado contra los polacos. Cuando atacaron Polonia los alemanes tenían mapas con todos los objetivos que había en el país: empalmes ferroviarios, carreteras, puentes, instalaciones telegráficas y telefónicas, emisoras de radio, y centrales eléctricas. Después de cuarenta y ocho horas de bombardeo intenso y certero, habían roto las comunicaciones de un extremo a otro del país y paralizado las operaciones del enemigo.

En Finlandia los rusos no tuvieron tanto éxito; después de dos meses de bombardeos, los trenes continuaban funcionando, las carreteras seguían intactas y, aunque recorrí en coche gran parte del país, nunca vi un puente que hubiese recibido un impacto directo. Esto no quiere decir que los rusos nunca dieran en el blanco. Sus bombas alcanzaron muchas carreteras y tendidos ferroviarios, pero los finlandeses, pese a que necesitaban a todos los hombres sanos para el ejército, eran conscientes de la importancia de tener abiertas todas las comunicaciones. Organizaron patrullas que reparaban inmediatamente los desperfectos que sufrían las carreteras. Las gruesas capas

de hielo que las cubrían impedían que las bombas causaran grandes daños y los cráteres pequeños podían rellenarse rápidamente con nieve. En cuanto a los ferrocarriles, la mayoría de los tendidos se construyen por secciones y se calculaba que un centenar de hombres podían reparar cerca de cincuenta kilómetros al día. Aunque los viajes en tren duraban entre cuatro y cinco veces más de lo habitual, durante toda la guerra fue posible viajar a cualquier parte de Finlandia en tren (sin pasar frío, por cierto, porque los trenes estaban dotados de buenos sistemas de calefacción). Gracias a los ferrocarriles, era posible distribuir alimentos por todo el país, e incluso pueblos situados en lugares remotos estaban bien provistos de carne, patatas, pan, mantequilla y leche.

A pesar de los intensos bombardeos aéreos, hubo pocas víctimas mortales. Día tras día entre quinientos y ochocientos aviones atacaban el país, pero en las listas de bajas que se daban a conocer todas las noches no figuraban más de treinta o cuarenta personas. Esto era debido en primer lugar a que tres cuartas partes de Finlandia consistían en bosques y lagos y las casas estaban muy desperdigadas; y, en segundo lugar, a que la gente hacía caso de las advertencias y siempre acudía a los refugios.

Los daños materiales, sin embargo, fueron muy superiores a los que había visto en España después de dos años de guerra. La mayoría de las casas finlandesas eran de madera, por lo que resultaban arrasadas cuando las alcanzaba una bomba incendiaria. Los rusos afirmaban que sólo bombardeaban objetivos militares, pero sus palabras eran muy elásticas. Los objetivos militares ya no se limitaban a fábricas de municiones, campos de aviación y concentraciones de tropas, sino que, al parecer, abarcaban también todas las comunicaciones del país. Prácticamente ninguna ciudad o pueblo podía considerarse inmune. Por ejemplo, los rusos no se limitaban a bombardear los empalmes ferroviarios y afirmaban que incluso las líneas que atravesaban los pueblos eran objetivos legítimos. Cuando por un error de cálculo las bombas borraban del mapa todo un pueblo, seguían considerándolo una operación militar.

Tantos hospitales fueron alcanzados que se quitaron las cruces rojas de los tejados. Circulaba una anécdota (nunca supe si era cierta o no) que decía que

cuando a uno de los pilotos rusos le preguntaron por qué había bombardeado un hospital contestó que su oficial superior le había ordenado que fuese a cierta ciudad y había marcado el objetivo en el mapa con una cruz roja. El piloto lo había interpretado literalmente.

El crepúsculo

Éramos los únicos civiles en un tren militar. En los pasillos había tantos petates, fusiles y capotes que resultaba casi imposible circular por ellos. Los soldados habían disfrutado de un permiso en casa y ahora volvían al frente. Eran hombres fornidos, anchos de espaldas y estaban muy animados; algunos dormían, otros miraban en silencio por la ventanilla, pero la mayoría reía y hablaba y de vez en cuando cantaba el estribillo de alguna canción de marcha. Lamentábamos no poder entablar conversación en finlandés con ellos, ya que nos miraban con curiosidad y nos ofrecían albaricoques secos, pan y salchichas. Ed Hartrich buscó en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos; lo único que pudo aportar Ed Beattie fue una tableta de chocolate que encontró en el fondo de su mochila, donde había estado desde el asedio de Varsovia.

En el tren hacía calor y el aire estaba tan cargado que aprovechábamos todas las oportunidades para bajar a pasear por el andén. En una estación entramos todos en un restaurante en busca de café y bocadillos. La explosión de una bomba había roto los cristales de las ventanas y en su lugar habían puesto cartones. Una luz tenue ardía en el interior y detrás de la barra había media docena de camareras sirviendo tazas de café; en veinte minutos nos atendieron a todos.

Resultaba obvio que los soldados se dirigían al istmo de Carelia. Era el 20 de febrero y tres semanas antes los rusos habían iniciado el segundo gran ataque contra la Línea Mannerheim. Lo había precedido el bombardeo de artillería más feroz desde la guerra mundial, en un último y desesperado esfuerzo por penetrar en las defensas finlandesas. Avanzaban lentamente y el minúsculo ejército finlandés intentaba frenar el terrible ataque enviando a todos los hombres disponibles al frente. Miré los rostros que me rodeaban y

me pregunté cuántos de ellos volverían.

Los rusos también habían intentado forzar la puerta trasera del istmo. Habían enviado varias divisiones al norte del lago Ladoga en un movimiento de flanqueo cuyo objetivo era neutralizar la Línea Mannerheim desde la retaguardia. Pero en este sector los finlandeses habían podido utilizar tácticas guerrilleras. Habían atacado y destruido una división y dividido otra en grupos pequeños, rodeados y aislados de sus bases. Ed Beattie, Ed Hartrich y yo nos dirigíamos ahora al cuartel general del frente del lago Ladoga, cerca de la ciudad de Sortavala, para ver los resultados de la victoria.

El viaje de Helsinki a Sortavala solía durar seis o siete horas únicamente, pero los ferrocarriles funcionaban mal por culpa de los bombardeos y tardamos casi dos días en llegar. Parte del tiempo nos dedicábamos a leer y parte, a mirar por las ventanillas. La gran extensión de nieve no resultaba monótona; había en ella una grandeza imponente, y de vez en cuando se veía una imagen que quedaba grabada vívidamente en la memoria. Recuerdo los trenes hospitales que cruzaban lentamente el paisaje blanco, las persianas echadas y las cruces rojas pintadas en los costados y cubiertas por el hielo; los trenes de mercancías que entraban jadeando en las estaciones, algunos con vagones acribillados por las ametralladoras o destrozados por las bombas. Recuerdo el tren que llevaba caballería al frente; las puertas de los vagones estaban abiertas y pudimos ver fugazmente los soldados y los caballos. Algunos soldados estaban de pie en las puertas —hombres enormes de mejillas relucientes y coloradas, con gorros de pieles y abrigos hasta los tobillos—, una raza de gigantes camino de la guerra.

Bajo la luz del día, con el brillante cielo azul y la nieve centelleante, era difícil percibir el dramatismo de la guerra, pero de noche una lúgubre cortina caía sobre el paisaje. Llegamos a la ciudad de Pieksämäki al anochecer y desde allí hasta Elisenvaara, a unos ciento sesenta kilómetros, viajamos siguiendo una estela de terrible destrucción. Los aviones rusos habían bombardeado la ciudad durante toda la tarde y nuestro tren fue el primero en atravesar la zona después del ataque. A menudo nos deteníamos durante varias horas mientras los ferroviarios inspeccionaban los raíles. Pasamos por incontables pueblos donde sólo había estructuras de casas que se recortaban

sobre la nieve; otros habían quedado reducidos a extraños montones de escombros y algunos aparecían ennegrecidos por el fuego y las explosiones. En una de las estaciones la espera fue tan larga que bajamos del tren, cruzamos el andén y preguntamos al jefe de estación dónde estaba el hotel. Era un hombre corpulento envuelto en un abrigo blanco con capucha. Su inglés no era muy bueno y lo único que pudo hacer fue sacudir la cabeza, señalar el cielo y decir «Molotov». Pero supimos a qué se refería.

Al entrar en Elisenvaara, encontramos la estación en llamas. El espectáculo era terrible porque un viento gélido había avivado las llamas hasta convertirlas en un verdadero infierno rugiente. Lamían salvajemente el cielo oscuro y teñían de rosa la nieve en varios kilómetros a la redonda. Hombres provistos de cubos y mangueras intentaban dominar el incendio, pero la tarea parecía imposible. Los soldados bajaron del tren para esperar a otro y lo último que vimos de ellos fueron sus siluetas en el andén recortándose sobre la noche roja.

Llegamos a Sortavala al día siguiente por la mañana. Normalmente la ciudad tenía una población de trece mil almas, pero ahora estaba casi desierta. A pesar de sus casas pintadas de rosa y blanco, presentaba un aspecto desolador. Anduvimos por una calle tras otra, todas ellas arrasadas por completo, con sólo una triste hilera de chimeneas y un montón de ladrillos señalando los lugares donde antes había casas. Aunque quedaba poco que pudiera bombardearse, un funcionario de prensa finlandés que nos recibió en el hotel nos dijo que los bombarderos volvían varias veces al día.

A diferencia de la mayoría de los finlandeses, que generalmente eran reservados y bastante adustos, nuestro funcionario de prensa, al que todos llamábamos «Larry», era un joven alegre. Nos dijo que había aprendido inglés yendo a ver a Al Jolson en *El loco cantor* dieciocho veces. Nos llevó a una casa de campo que estaba a unos veinticuatro kilómetros de la ciudad y se utilizaba como centro de prensa. Allí dormimos las dos noches siguientes. Era una casa preciosa a orillas del lago y vivir ella durante el verano debía de ser una delicia. Pero en invierno las cosas eran distintas. El silbido del viento atravesaba las paredes, que eran delgadas, y no se podía encender ningún fuego por miedo a que el humo llamara la atención del enemigo.

—En ninguna de las casas de los alrededores se encienden fuegos — explicó «Larry»—. Si los rusos pensaran que en estas casas vive alguien, seguro que las bombardearían.

Nos advirtieron que cuando saliéramos de la casa anduviéramos siempre por el sendero para no dejar huellas en la nieve. A pesar de todas estas precauciones la casa fue bombardeada pocos días después de irnos y «Larry» me informó alegremente de que una de las bombas había atravesado mi habitación.

«Larry» hizo gestiones para que visitáramos el frente el día de nuestra llegada. Como los aviones enemigos barrían continuamente las carreteras, era imposible viajar de día, de modo que no nos pusimos en marcha hasta última hora de la tarde. Nos detuvimos en el cuartel general para recoger a un oficial del ejército finlandés, un capitán que había participado en la batalla. Atravesamos muchos kilómetros de campiña desierta, con la excepción de alguna que otra casa de labranza, pero cuando nos acercamos al frente oímos el ruido sordo de los camiones y el tintineo de los trineos. Nos cruzamos con una larga columna de camiones que transportaban piezas de artillería de campaña tomadas al enemigo, luego con una columna de soldados con capucha blanca en trineos tirados por caballos y cargados de municiones hasta los topes. Durante los ocho kilómetros siguientes vimos que la carretera y el bosque estaban llenos de soldados finlandeses que acarreaban su botín de guerra. Anochecía y sólo podíamos distinguir a medias los objetos que pasaban por nuestro lado.

La escena que vimos en el frente era aún más horrible que la «Tierra de Muertos» de Suomussalmi. La noche acentuaba el horror: la luna llena brillaba de forma vacilante a través de nubes negras y móviles y el viento creciente gemía entre los pinos y lanzaba súbitas ráfagas de nieve de un lado a otro de la carretera como caprichosas procesiones de espíritus malignos. Ante nosotros se extendían los espantosos restos de la batalla. Desparramados por toda la carretera había tanques medio volcados que parecían escarabajos gigantes, además de cocinas de campaña, camiones destrozados y cañones pesados. Y a ambos lados de la carretera, desperdigados por el bosque, yacían centenares de cadáveres congelados, túmulos informes bajo un manto de nieve recién

caída.

Sólo al ver la carnicería que causaban las batallas era uno consciente de lo mortíferas y dramáticas que habían sido estas guerras en los bosques. Se podían visualizar las columnas rusas andando por las carreteras, los pesados tanques y tractores atascándose de vez en cuando en los bancos de nieve y bloqueando el avance durante horas; los soldados rusos, con su profundo miedo supersticioso al bosque, desconcertados y pegados a los bordes de la carretera, y a los invisibles finlandeses vestidos de blanco surgiendo de entre los árboles para lanzarse al ataque. Recuerdo que uno de los prisioneros rusos en el campo de internamiento lo resumió ingenuamente:

—¡Lo malo era que nunca podíamos ver a los finlandeses!

Anduvimos algo más de tres kilómetros por la carretera hasta que doblamos una curva y divisamos las líneas rusas, una oscura colina ondulada, a unos ochocientos metros de nosotros. Mientras avanzábamos con dificultad oíamos el seco estampido de los fusiles resonando en los bosques y, de cuando en cuando, el ruido sordo de la artillería. Varias veces el cielo se iluminó de repente cuando los cañones finlandeses abrieron fuego detrás de nosotros. En los bosques que bordeaban la carretera había centenares de hoyos excavados en la nieve y con paredes construidas con troncos donde habían vivido los rusos. Cerca de uno de los refugios subterráneos encontramos un objeto extraño: un zapato de mujer. Descubrimos que era un zapato finlandés que probablemente algún soldado había robado para regalárselo a alguien al volver a Rusia.

No era difícil imaginar los sufrimientos que habían soportado las tropas rusas que semana tras semana vivieron en los gélidos bosques. Habían agotado la provisiones hacía tiempo y durante los últimos diez días se habían alimentado de pedazos de carne de caballo y los escasos víveres que ocasionalmente les lanzaban sus aviones.

—Pero incluso cuando los teníamos completamente rodeados y su situación era desesperada —dijo el capitán finlandés—, se negaban a rendirse.

Esto se debía en parte a los folletos propagandísticos que lanzaban los aviones y que prometían que pronto recibirían ayuda; y en parte a que a los

soldados rusos les decían sistemáticamente que los finlandeses mataban a sus prisioneros. Carl Meidner, un fotógrafo que trabajaba para *Life*, me dijo que cuando los finlandeses habían traído a un prisionero ruso a Salla, les había pedido que lo llevaran a un granero para fotografiarlo. El ruso entró en el granero y se desplomó al disparar Carl el flash. Al cabo de unos segundos se levantó poco a poco, se frotó el cuerpo y en su cara se pintó el desconcierto. Había creído que le llevaban al granero para pegarle un tiro; cuando se convenció de que no estaba herido se acercó corriendo a Carl, le estrechó las manos y le dio las gracias una y otra vez.

El capitán finlandés nos hizo salir de la carretera e internarnos unos metros en el bosque. Dijo que cuando eran atacados muchos rusos se apiñaban como ovejas; en cierta ocasión, quinientos rusos que se negaban a rendirse habían sido acribillados al mismo tiempo. Pero el espectáculo más horrible fue el de los cadáveres de unos artilleros. Vistos a la luz de la luna parecían figuras de cera mal hechas; uno de ellos había caído sobre el afuste, con la cuerda de disparo todavía en las manos; dos yacían junto a las ruedas del cañón; y un cuarto hombre estaba medio apoyado en un árbol como si aún diera órdenes.

—¡Pobres diablos! —exclamó el capitán con súbita compasión—. Supongo que ni siquiera sabían por qué luchaban.

Curiosamente, aunque los soldados finlandeses se hallaban embarcados en una de las luchas más desesperadas de la historia, la mayoría de ellos no odiaban a los soldados rusos. Sus sentimientos estaban más cerca de la piedad. Oí a muchos de ellos expresar el horror que les producía que el enemigo fuera obligado a avanzar como ganado en ataques totalmente inútiles.

—No nos importa disparar contra ellos con fusiles —añadió el capitán—. Pero lo más horroroso sucede cuando no quieren rendirse y tenemos que acribillarlos a todos con ametralladoras.

Me acordé del capitán que en Suomussalmi me dijo en una ocasión parecida que uno de sus artilleros se había vuelto loco y había regresado al refugio subterráneo llorando a lágrima viva.

Anduvimos unos tres kilómetros por la carretera. Me dijeron que los finlandeses habían desplegado sólo unos miles de hombres contra dos divisiones rusas que sumaban un total de alrededor de treinta mil soldados.

Pero el capitán parecía mucho más preocupado por el avance de los rusos en el istmo de Carelia que interesado por la victoria de los finlandeses.

—Podemos detenerlos en los bosques —dijo—, pero en el istmo de Carelia es otra historia. —Luego, con una ansiedad casi conmovedora, preguntó—: ¿Cree usted que el ejército finlandés decepcionará al mundo?

A pesar de sus fantásticas victorias, los finlandeses, gente tranquila y reservada, no hacían alarde de ellas. La única cosa de la que se alegraban sin disimulo era de la captura de material de guerra ruso. En casi todos los frentes los oficiales te enseñaban gustosamente las armas y los prismáticos que habían caído en su poder. Mientras caminábamos, el capitán encontró una pistola rusa medio enterrada en la nieve y el chófer tuvo la suerte de descubrir un fusil. Al volver, se pasaron todo el rato hablando de los méritos relativos de sus recién adquiridas armas, tan contentos como un par de críos.

Emprendimos el regreso a la casa de Sortavala alrededor de la medianoche. Dejamos al capitán en el cuartel general. Antes de estrecharme la mano, sacó una estrella roja del bolsillo, una de esas estrellas con la hoz y el martillo que los oficiales rusos llevan en la gorra.

La primera vez que había visto una fue en un tren volviendo del norte. En una de las paradas subieron dos soldados finlandeses heridos. Era evidente que acababan de regresar del frente porque todavía llevaban sus capas blancas. Uno de ellos tenía la cabeza vendada y el otro, una pierna entablillada. Se sentaron frente a mí y saludaron cortésmente con la cabeza. Luego el segundo de ellos señaló la pierna entablillada y dijo: «Molotov». No me cupo ninguna duda de qué les había sucedido a los rusos que habían tenido la mala suerte de disparar contra él, toda vez que acto seguido sacó un billetero del bolsillo del uniforme y me enseñó orgullosamente tres estrellas rojas. Era obvio que las coleccionaba con el mismo fervor con que los vaqueros hacían muescas en sus revólveres.

El capitán me entregó la estrella, hizo una reverencia solemne y dijo:

—De parte de un mayor del ejército ruso.

Llevé la estrella en la pulsera durante unos días, pero cada vez que la veía me preguntaba a quién había pertenecido. Finalmente me la quité y la guardé.

Al regresar a Helsinki, nos enteramos de que el ataque contra el istmo de Carelia era cada vez más furioso. En los más de quince kilómetros del sector de Summa los rusos dispararon trescientos mil proyectiles de artillería en veinticuatro horas, casi el triple de los que el ejército británico disparaba al día durante la Gran Guerra. Los rusos habían lanzado cerca de cuatrocientos mil hombres al ataque, cien mil más que el total de efectivos del ejército finlandés que combatían en cuatro frentes. Aunque el comunicado finlandés no revelaba mucho, bastaba examinar el mapa para ver que poco a poco los rusos iban abriéndose paso entre las fortificaciones de la Línea Mannerheim. Pero sólo podíamos hacer conjeturas sobre lo que estaba pasando porque los periodistas teníamos prohibido informar acerca del ataque.

Nos habían permitido visitar posiciones de primera línea antes de que comenzara una batalla, hablar con los prisioneros rusos, inspeccionar el material bélico capturado, ser bombardeados tan a menudo como nos apeteciera... o no nos apeteciera. Nos habían autorizado a visitar a las patrullas de los bosques y algunos habíamos tenido la suerte de estar en el cuartel general en el momento de producirse escaramuzas de poca importancia. Pero a ningún periodista se le permitía estar en ningún frente mientras se libraba una batalla importante. Para obtener noticias dependíamos forzosamente del lacónico comunicado oficial que se daba en Helsinki todas las noches; en el caso de las operaciones en tierra, el comunicado no solía pasar de una media de ciento cincuenta palabras.

El motivo por el cual los finlandeses imponían estas restricciones era que el éxito dependía del secreto de sus movimientos, de la sorpresa de sus ataques de flanco y de la astucia de su estrategia. No podían correr el riesgo de que algunos corresponsales que conocieran de primera mano sus tácticas salieran del país y proporcionaran sin querer información al enemigo. La censura también prohibía criticar las tácticas de los rusos porque se temía que ello les brindara la oportunidad de corregirlas; y huelga decir que jamás se revelaba el número de concentraciones de tropas finlandesas y el de bajas. Los periodistas, por tanto, sólo podían trabajar basándose en hipótesis. La sala de prensa del hotel Kämp estaba abarrotada de corresponsales de media

docena de capitales discutiendo, dudando, gruñendo y haciendo preguntas. El teléfono sonaba sin parar. De un extremo a otro del hotel se oía a los periodistas que enviaban a voz en grito sus reportajes a toda Europa: a Estocolmo, Copenhague, Ámsterdam, París y Londres e incluso, cruzando el Atlántico, a Nueva York. Todo el mundo estaba enfadado porque la conexión con Nueva York era la única que permitía oír claramente a tu interlocutor, como si estuviera en la habitación contigua. Yo solía telegrafiar mis artículos a Londres, pero a menudo sufrían retrasos de cinco o seis horas y de vez en cuando me veía obligada a recurrir al teléfono. La comunicación era tan mala que tenía que repetir cada palabra tres o cuatro veces y no quiero ni pensar en lo que debían de costar las llamadas. Parte del retraso, sin embargo, se debía a que el telegrafista del *Sunday Times* no entendía mi acento norteamericano; una vez, desesperada, le pasé el aparato a Eddie Ward.

—Oiga, ¿de veras es usted el señor Ward? Caramba, le he oído por la radio hace sólo una hora. ¿Y de veras estoy hablando con Helsinki? ¡Caramba! ¿Qué tal anda todo por ahí? Mucho frío, ¿eh?

El comunicado oficial se daba todas las noches alrededor de las ocho y había siempre una pelea furiosa entre las grandes agencias para ser la primera en mandar las noticias. Todas pedían conferencias con Ámsterdam, Estocolmo y Copenhague, llamadas urgentísimas a las que se aplicaba una tarifa nueve veces superior a la normal. En cierta ocasión la Associated Press se pasó veinticinco minutos pegada al teléfono esperando que se diera el comunicado. Cinco minutos después de darse por vencida y colgar el aparato, llegó una llamada para la United Press y justo en aquel momento entró un chico con el comunicado. Hubo un cruce de miradas de enojo. A decir verdad, todas las llamadas que llegaban parecían ser para la United Press y más adelante me enteré de que ello era debido a un trato muy generoso con la telefonista del hotel Kämp.

Las actividades diarias se veían interrumpidas constantemente por las sirenas de alarma. Si bien Helsinki fue bombardeada sólo dos veces durante la guerra —y no muy intensamente, por cierto—, cuando sonaba la alarma todo cesaba de forma automática. A diferencia de lo que ocurría en España, todo el mundo debía ponerse a cubierto. Los clientes eran obligados a abandonar los

comercios y los restaurantes, las oficinas eran desalojadas, y los transeúntes eran conminados a evacuar las calles. La ciudad quedaba sumida en un silencio tan grande que casi se podía oír el vuelo de una mosca.

Como las sirenas sonaban cinco o seis veces al día, el aburrimiento era inmenso. Los policías que vigilaban en las esquinas intentaban de vez en cuando romper la monotonía librando batallas con bolas de nieve. En el comedor del Kämp los huéspedes hacían gestos de contrariedad, cogían los platos y se los llevaban a los refugios del parque que había al otro lado de la calle. Se oía a las telefonistas cortando las llamadas con el mundo exterior y diciendo en tono irritado:

—Lo siento, Copenhague, pero en este momento tenemos otra alarma.

Los periodistas teníamos un permiso especial para no bajar a los refugios, pero aun así resultaba imposible seguir trabajando. Además de la interrupción de las llamadas telefónicas, los funcionarios de prensa finlandeses bajaban a los refugios y hasta los censores dejaban de censurar. Los censores, por cierto, eran unos seres misteriosos que vivían detrás de puertas atrancadas. Nadie los veía jamás. Un chico les llevaba lo que habías escrito y cuando te lo devolvían con tachaduras hechas con un lápiz rojo de poco servía quejarse. Solíamos observar a las personas que entraban en el refugio y tratábamos de adivinar cuáles eran los censores. Había un hombre muy viejo que siempre llevaba un maletín negro. Estábamos seguros de que era uno de ellos y nos esforzábamos por sonreírle hasta que descubrimos que era el veterinario de barrio.

Debido a las molestias que causaban las alarmas, muchos diplomáticos y agregados extranjeros se mudaron a Grankulla, una ciudad que distaba unos veinticinco kilómetros de Helsinki, donde podían seguir trabajando sin interrupciones. Allí encontré a Frank Hayne, el subagregado militar norteamericano en Moscú con el que había viajado por Ucrania un año antes. Había sido trasladado a Finlandia, donde permanecería mientras durase la guerra. Se alegró mucho al verme.

—Ya me imaginaba que aparecerías por aquí más tarde o más temprano. Vi a tu amiga Martha Gellhorn hace unas semanas y nos preguntamos dónde estarías.

Martha había venido a Finlandia en diciembre para escribir un artículo para *Collier's* y se había ido pocos días después de que estallase la guerra. Frank y Martha no se conocían, pero la noche en que los rusos presentaron un ultimátum a los finlandeses y les amenazaron con bombardear Helsinki hasta borrarla del mapa a menos que aceptaran sus exigencias, Frank vio a una rubia bella y recatada que estaba sentada en un rincón del restaurante del hotel Kämp. Le pareció que era norteamericana y que estaba necesitada de que la protegieran. Se acercó a ella y, tras presentarse e informarla del ultimátum, le preguntó si quería ser evacuada.

—¡Dios mío, sí!

Frank, un tanto desconcertado, le dijo que subiera a su habitación y recogiese sus cosas.

—Y cinco minutos después —dijo—, bajó con un pijama y una botella de whisky. Supe en el acto que *aquella* chica había sido evacuada anteriormente.

Las actividades de Frank se veían aún más restringidas que las de los periodistas. Las autoridades finlandesas no querían ver a los agregados militares alemán e italiano en el frente y, como no podían discriminarlos descaradamente, decretaron que ningún agregado militar podía visitar el frente. Frank examinaba con detalle los mapas y estudiaba las posiciones de la Línea Mannerheim, pero la información que tenía era escasa y le resultaba difícil determinar cómo estaba realmente la situación. Cierta día, el chófer finlandés de Frank recibió una carta de su hermano, que era oficial del ejército y estaba en el istmo de Carelia. Frank hizo traducir la carta al inglés y un día en que Ed Beattie y yo almorzamos con él nos la enseñó. He aquí lo que decía:

Refugio subterráneo Gato
10 de febrero de 1940, 6.35 de la mañana

Querido hermano:

Ahora sé qué es un bombardeo de artillería. El amigo «Klim» Voroshílov ciertamente ha hecho todo lo posible por apaciguar al «padre de naciones» y saciar su sed de sangre. Ha intentado y vuelto a intentar y continúa intentando quebrantar nuestra resistencia, pero con las cabezas ensangrentadas los rusos han sido repelidos una y otra vez.

Miles de ellos yacen desangrándose, en silencio e inmóviles, en estos centelleantes campos nevados de febrero. Comparten el destino de otros miles que en ocasiones

anteriores han invitado a un festín a las aves carroñeras y los lobos de nuestros bosques.

De no haber sido por aquel fuego de artillería horroroso y devastador con sus desgarradoras explosiones, uno casi se hubiera compadecido de las grises masas rusas que con sus largos abrigos avanzaban, hundidas hasta los muslos en la muelle nieve, hacia las mortíferas bocas de nuestras ametralladoras. Venían obedientemente y en silencio, intentando protegerse con escudos blindados, pero vanamente. Todo era inútil. El fuego letal barría los campos una vez y otra y dejaba sólo montones retorcidos de cuerpos que pronto quedaban inmóviles.

Los tanques que avanzaban delante de la infantería eran destruidos por nuestras armas antitanques y por fardos de granadas de mano atadas unas a otras y arrojados hábilmente. Uno hubiera sentido lástima de estas hordas grises que marchaban hacia la muerte, pero el fuego incesante de la artillería despertaba un odio despiadado en quienes estábamos sometidos a él.

No me da vergüenza confesar que el fuego de artillería es para mí, como para la mayoría de los demás, sencillamente repugnante. Todavía no he padecido la «enfermedad de la artillería», aunque siento ganas de apretarme los oídos con las manos y gritar de dolor. La explosión de proyectiles de 152 milímetros cada cuatro segundos por término medio durante nueve horas consecutivas, la sucesión ininterrumpida de detonaciones, fragmentos de metal y llamaradas cegadoras, creaban en nuestros cuerpos un terror indescriptible que sólo puede vencerse haciendo uso de todo nuestro coraje psíquico. Tratar de ser un ejemplo para tus hombres es una tarea agotadora; bromear, fumar tranquilamente tu pipa y sentir al mismo tiempo que cada uno de tus nervios está tenso como una cuerda de violín.

Saber que si por un segundo perdieras el dominio de ti mismo, las manos temblarían, la cabeza se inclinaría a un lado y a otro y los ojos parpadearían, como les ha sucedido a varios de mis hombres. Es terrible tratar de hacer que un hombre en semejante estado cumpla con su deber empleando para ello palabras de aliento y amenazas, pero hasta ahora lo he conseguido y cada vez que ha sido necesario actuar rápidamente los hombres estaban preparados.

Si los rusos se hubieran visto sometidos a una fracción del fuego graneado que ha caído sobre nosotros durante las últimas veinticuatro horas, la totalidad del VII Ejército de la Unión Soviética hubiera huido hacia sus estepas, presa del pánico. La superioridad en material y efectivos humanos es tan abrumadora que resulta inconcebible que podamos soportarla, pero la soportamos.

Hasta ahora he temido que o resistimos o nos hundimos, pero ahora ya no hay ninguna posibilidad de elegir: resistiremos. Todo el batallón ha sufrido una sola baja mortal (murió en un hospital de campaña) y hemos tenido por término medio un herido cada dos días. Generalmente las heridas no han sido graves. No he perdido a ninguno de mis hombres, ni siquiera por haber resultado heridos, aunque nuestros alojamientos distan mucho de ser seguros.

Un par de hombres han perdido la cabeza y otro par van camino de perderla, pero se debe al exceso de guardias y patrullas y la consiguiente falta de sueño, y no a causa de la ansiedad. Estamos cansados y, aparte de aviones de caza, cañones y material antitanques, necesitamos hombres, muchos hombres que se encargaran al menos del trabajo manual y de montar guardia para que nosotros pudiéramos descansar de vez en cuando. Sé que

pronto nos relevarán y nos llevarán a retaguardia para que descansemos y espero tener luego unos días de permiso. Pero al mismo tiempo estoy muy preocupado por los que se queden aquí. No porque tema que nos derroten, sino porque, mientras que los rusos relevar a sus hombres cuatro veces, nosotros sólo podemos relevarlos una vez, y siempre tenemos que hacer frente a fuerzas que han descansado. Mi querido hermano, ¿qué hace Suecia por nosotros? ¿Y ayudarán Inglaterra y Estados Unidos? Escíbeme pronto y dímelo. Tengo hambre de noticias.

Tuyo,

Lassie

Banderas a media asta

Un grupo de finlandeses que patrullaban por la otra orilla de la bahía de Viipuri encontró a un soldado ruso que se había perdido y llevaba horas andando sin rumbo fijo por el hielo. Su aspecto era lamentable: medio congelado, barba enmarañada, la ropa hecha jirones. Al ver a los finlandeses, alzó rápidamente los brazos en señal de rendición.

—¡No disparéis! Soy un capitalista ruso.

Nunca descubrí si esta historia era cierta. La publicaron todos los periódicos finlandeses y proporcionó a la gente una de las pocas oportunidades de reír en aquellos últimos y tristes días. A principios de marzo el comunicado oficial finlandés anunció que los rusos estaban combatiendo en las afueras de Viipuri, lo cual significaba que habían atravesado las defensas de la Línea Mannerheim. El personal de prensa finlandés entró en la sala con el rostro blanco y crispado. La señorita Helsinkius, la joven que solía organizar nuestros viajes, tenía los ojos llenos de lágrimas. Ninguno de nosotros sabía cuántas bajas habían sufrido los finlandeses y, por tanto, se hacían conjeturas sobre si podrían continuar luchando después de la caída de Viipuri.

La situación era extraordinaria. En todos los demás frentes los avances rusos habían sido detenidos en algunos de los combates más espectaculares de la historia; en el frente de la «cintura» de Finlandia, los intentos rusos de atravesar el golfo de Botnia y cortar Finlandia por la mitad habían sufrido derrotas aplastantes y habían causado unos ochenta y cinco mil muertos; en el frente ártico, los rusos bajaron por la Gran Carretera del Ártico hasta el centro de Finlandia, pero fueron obligados a detenerse tras penetrar sólo ciento diez kilómetros; en el frente del norte del lago Ladoga la ofensiva rusa cuyo

objetivo era flanquear la Línea Mannerheim había fracasado.

Pero lo que había ocurrido en el istmo de Carelia era otra historia. Aunque los finlandeses habían logrado vencer a los rusos en todas las ocasiones en las que la estrategia y las tácticas habían entrado en juego, en el frente del istmo —el único sector de Finlandia donde tenía lugar una auténtica guerra de trincheras— sólo contaban dos cosas: los hombres y las armas. Oleada tras oleada de rusos habían caído ante el fuego de los finlandeses, pero siempre había más que ocupaban su lugar. El ejército finlandés contaba sólo con trescientos mil hombres en total y no había podido enviar al istmo más de la mitad de esta cifra, por lo que tampoco había podido arriesgar a sus hombres en contraataques a gran escala; y los rusos, gracias a su tremenda superioridad numérica, habían conseguido avanzar.

Pero aparte de los jefes del ejército, los políticos y un puñado de personas de la Oficina de Prensa, la mayoría de los finlandeses poca idea tenían de cuál era la verdadera situación. Los periódicos finlandeses estaban llenos de noticias sobre las victorias en el norte y los comunicados oficiales sobre la batalla del istmo eran tan breves que resultaba imposible sacar conclusiones de ellos. Los finlandeses sabían que no podrían seguir luchando indefinidamente contra fuerzas abrumadoras, pero la mayoría de ellos se aferraban a una fe profunda e inquebrantable en que algún acontecimiento imprevisto los salvaría de la destrucción final. La moral era alta y combativa y en todas partes se oía la frase: «Los rusos sólo vencerán cuando hayan muerto todos los finlandeses».

Esta determinación apasionada era en gran parte fruto del desprecio innato por los rusos. Los orgullosos y competentes finlandeses los consideraban una horda incivilizada. Una noche paseé por Helsinki en un trineo conducido por un enorme finlandés de bigotes caídos. Llevaba prendida en el abrigo una medalla grande que había ganado luchando contra los rusos en 1918. Pasamos por delante de la vieja iglesia ortodoxa griega, con sus cúpulas bulbosas reluciendo como diamantes a la luz de la luna; cruzamos luego el sector bombardeado, donde los restos carbonizados de las casas que yacían bajo una capa de hielo presentaban un contraste horripilante. Una bomba había destruido las ventanas de la legación rusa, que había sido abandonada, y las

cortinas ondeaban bajo el aire nocturno como centenares de blancos brazos fantasmales.

—¿Qué animal es el que más se parece al ser humano? —preguntó el conductor del trineo. La respuesta era tan obvia que no me dio la oportunidad de contestar—. ¡El ruso! —exclamó, y le dio un ataque de risa que resonó en toda la calle.

Con este pensamiento común en mente los finlandeses estaban decididos a luchar hasta el final; cuando el 8 de marzo se publicó el siguiente párrafo, sin ningún comentario, el público se lo tomó a broma:

Según información que obra en poder del Gobierno finlandés, se cree que la Unión Soviética tiene previsto presentar a Finlandia exigencias de carácter más trascendental que las que presentó el pasado otoño. Sin embargo, de momento no se conocen detalles relativos a estas exigencias.

Unas cuantas personas se quedaron desconcertadas, luego llegaron a la conclusión optimista de que las enormes pérdidas que sufrían los rusos comenzaban a hacer mella; que trataban de entablar conversaciones en un esfuerzo por firmar un acuerdo de paz que les permitiera salir airosos de la situación.

Pero en la sala de prensa se oía otro cantar. Se recibían constantemente llamadas de toda Europa en busca de información. «¿Es verdad que los finlandeses han perdido una tercera parte de su ejército? ¿Se han iniciado conversaciones de paz? ¿Qué condiciones se están debatiendo? ¿Pueden verificar si Suecia actúa de mediador?»

No podíamos verificar nada. Atrapados en Helsinki, nosotros mismos no sabíamos qué estaba pasando. Cada periodista tenía su propia teoría. Algunos afirmaban que la toma de Viipuri no tenía ninguna importancia estratégica y que los rusos aún tenían mucho camino por delante; otros decían que los finlandeses ya habían sido derrotados; y otros sostenían que lucharían hasta el final. Ed Beattie se mostraba pesimista. La lista de guerras en las que había estado era larga y lamentable: Abisinia, China y Polonia.

—A los finlandeses les iba bien hasta que llegué yo —comentó en tono triste—. Pero la fiesta se acabó.

En Helsinki había tan poca información que decidí ir a Estocolmo y ver si encontraba allí material para un artículo. Eddie Ward también se iba, así que viajamos juntos en tren hasta Vaasa y luego atravesamos el golfo de Botnia en avión. Tanto si se estaban celebrando negociaciones como si no, los bombarderos rusos seguían tan activos como siempre. El viaje duró casi treinta y seis horas; de nuevo ciudades en llamas, esperas interminables, breves silbidos de la locomotora que hacían que todo el mundo bajase del tren y buscara refugio en el bosque.

Había un francés en el tren, un individuo bastante tímido que extravió los billetes, perdió el equipaje y preguntó al mozo una docena de veces, con voz atribulada y nerviosa, a qué hora llegaríamos. Parecía tan desorientado que nos dio lástima. Hasta que embarcamos en el avión en Vaasa no supimos que se trataba del coronel de La Roque, el dinámico líder de la Croix-de-Feu, el movimiento fascista francés.

Llegamos a Estocolmo el 11 de marzo. Aquel mismo día los finlandeses reconocieron en un comunicado que se estaban celebrando negociaciones de paz en Moscú y que Suecia hacía de mediador. Eso fue todo. No se dieron detalles y el vestíbulo del Grand Hotel se llenó de periodistas que andaban en busca de alguna «pista» sobre las negociaciones. Aquella noche Gordon Young, de Reuters, nos invitó a Eddie y a mí a cenar con él y con Eljas Erkko, el embajador finlandés en Suecia. Erkko se mostró evasivo pero cordial; nos invitó a champán y no nos hizo ninguna confidencia. Le dijimos que tal vez volveríamos a Helsinki al cabo de uno o dos días, y como era imposible encontrar plazas en el avión sin reservarlas varios días antes, se brindó a conseguírnoslas si le avisábamos con una hora de antelación.

Al día siguiente corrieron más rumores de paz. Me encontré con un periodista danés —no sé cómo se llamaba— que me dijo que estaba seguro de que en Moscú habían llegado a un acuerdo, pero que no había logrado obtener confirmación oficial de ello. Dijo que Suecia, intimidada por Alemania, se había negado a permitir que tropas procedentes de Inglaterra y Francia pasaran por su territorio y había obligado a los finlandeses a ceder. Eddie y yo habíamos decidido regresar a Helsinki aquella noche y llamamos a Erkko para que nos consiguiese plazas en el avión. Sin esperar respuesta, sólo como

último comentario, Eddie le preguntó:

—¿Es verdad que en Moscú han llegado a un acuerdo?

Con gran sorpresa nuestra, Erkkó contestó que sí. (Nunca descubrí por qué lo reconoció ante Eddie, toda vez que se pasó el resto de la velada negándolo enfáticamente.)

Eddie tenía ahora una primicia mundial. Envió a Londres un telegrama que se leyó en el noticiario de las seis de la BBC: la primera noticia semioficial del fin de la guerra ruso-finlandesa. Llegamos al aeródromo de Estocolmo hacia las siete —una hora después— y oímos hablar de ello en la sala de espera. Uno de los pasajeros, un coronel finlandés, hizo algunos comentarios que reflejaban su enfado. Se volvió hacia Eddie y dijo:

—¿Ha oído la noticia que da la BBC? Ese individuo, me parece que se llama Ward Price, debe de estar loco. ¡Paz! No habrá paz hasta que los rusos hayan retirado el último soldado de Finlandia. ¡Nunca antes!

Eddie dijo que estaba de acuerdo y se alejó rápidamente.

Cuando despegamos del aeródromo las luces de Estocolmo brillaban como diamantes sobre la nieve y nos preguntamos qué precio había pagado Suecia para que siguieran brillando. El viaje fue triste. Al parecer, Eddie y yo éramos los únicos pasajeros que sabíamos qué nos encontraríamos al llegar y eso parecía empeorar las cosas. Miré los rostros que tenía a mi alrededor, rostros recios, confiados, y no me atreví a pensar qué nos depararía el día siguiente. El piloto era el mismo que me había llevado a Turku dos meses antes. Tomó las precauciones de costumbre: envió un telegrama para averiguar si tenía vía libre, sobrevoló en círculo el aeródromo y lanzó sus bengalas. De hecho, todo fue igual, con la excepción de que el viaje fue ligeramente más peligroso porque habían quitado seis o siete asientos y el suelo estaba lleno de cajas con una indicación que decía: «Explosivos. Segunda clase».

Llegamos a Turku hacia la medianoche y al día siguiente por la mañana fuimos a Helsinki en autobús. Aunque era el 12 de marzo, el día en que se anunció el acuerdo de paz, la gente aún no sabía lo que le esperaba. Los titulares de la prensa matutina de Turku indicaban el número de aviones rusos que habían sido derribados el día anterior. Lo único que hacía referencia a las negociaciones era un pequeño recuadro en un ángulo de la primera página que

anunciaba que algunas emisoras de radio extranjeras daban la noticia de que en Moscú se había encontrado una solución. Y alrededor había un gran signo de interrogación.

No parecía atraer mucha atención. El autobús estaba lleno de trabajadoras agrícolas y peones camineros que llevaban capas blancas sobre la ropa y leían los periódicos con indiferencia; al parecer, no encontraban nada fuera de lo corriente en ellos. Nos detuvimos en un pueblo para tomar café y el conductor nos dijo que si sonaba la sirena de alarma subiéramos al autobús cuanto antes para reanudar el viaje antes de que la policía nos parase y no obligara a entrar en un refugio.

Nos detuvimos ante el hotel Kämp a las once, justo en el momento en que la radio anunciaba que se había firmado la paz. Pero los finlandeses no comprendieron que habían sido derrotados hasta que una hora después el ministro de Asuntos Exteriores, Väinö Tanner, se dirigió al país.

La conmoción fue tremenda. Nadie había imaginado siquiera que estuviesen cerca de la capitulación; y, de hecho, muchos creían que eran los rusos quienes habían sido obligados a llegar a un acuerdo. La gente que había en la calle parecía totalmente aturdida. Las finlandesas que se encontraban en la sala de prensa rompieron a llorar y los hombres apartaron la mirada. Ninguno de los periodistas sabía qué hacer. Expresar conmiseración no hubiera servido de nada. Me sentía tan abatida que bajé al restaurante, que estaba medio vacío, y me senté en un rincón. Entraron varios militares y ocuparon la mesa de al lado. Tenían la última edición del periódico matutino que había publicado la noticia del acuerdo de paz. Empezaron a leerlo en silencio, luego uno de ellos hizo una bola con el periódico y la tiró al suelo con ira. Nadie dijo nada. Siguieron sentados mirando al vacío. Salí del hotel y eché a andar calle abajo. Las banderas finlandesas ondeaban a media asta.

A primera hora de la tarde grupos de trabajadores empezaron a reemplazar las bombillas de los faroles y a quitar los tabloncillos de madera que protegían los escaparates. Por lo demás, poco había cambiado en Helsinki. Cuando surge una crisis nacional uno piensa que se notará en la cara de una ciudad, pero nunca ocurre así. Guerra o paz, paz o guerra, la vida se las arregla para seguir de forma más o menos normal. La gente llenaba los comercios, los

restaurantes, los cines, como siempre. El único contraste verdadero estaba en la sala de prensa. Unos días antes había sido el escenario de una gran confusión, ahora estaba casi desierta. En la pizarra donde solía anunciarse la hora en que se daría a conocer el comunicado oficial no había nada escrito, pero un papel clavado con tachuelas sobre ella decía:

SE DARÁN NOTICIAS SOBRE LOS BOMBARDEOS A LAS VEINTITRÉS HORAS.

Nadie se tomó la molestia de quitarlo.

Veinticuatro horas después, con las banderas todavía ondeando a media asta, el ruido sordo de los motores de los camiones y el tintineo de los trineos resonaron en muchos kilómetros de carreteras rurales. Había empezado la evacuación de cuatrocientas mil personas.

La ciudad portuaria de Hanko, a unos ciento treinta kilómetros de Helsinki, fue el primer territorio finlandés en caer bajo la hoz y el martillo. Fui allí en coche con Frank Hayne y Eddie Ward. Las calles estaban llenas de bomberos, agricultores, artilleros, comerciantes y policías que se habían ofrecido para ayudar en la evacuación; por todas partes se veían camiones y trineos del ejército cargados hasta los topes de muebles y enseres domésticos.

Pasamos varias horas deambulando y soportando una temperatura de veintiséis grados bajo cero. Hanko había sido muy bombardeada, por lo que el espectáculo era horrible y, manzana tras manzana, vimos enormes cavernas donde antes se alzaban casas. La última vez que había visitado la ciudad, dos meses antes, en la calle principal ardían diez edificios que habían sido alcanzados por bombas incendiarias. Esta vez no había incendios ni se oían sirenas de alarma; sólo el lúgubre gemido del viento al atravesar casas cuyas ventanas se habían quedado sin cristales; sólo comercios cuyo techo se había hundido y ruinas carbonizadas bajo una gruesa capa de hielo y nieve.

En medio de este panorama desolador se estaba llevando a cabo la evacuación. De una casa con un cráter de bomba a tres metros escasos y la fachada emnegrecida por la explosión salían dos soldados con mesas y sillas

sobre la espalda; de otra tres niños de corta edad sacaban utensilios de cocina y los cargaban cuidadosamente en un trineo pequeño; de una tercera casa un anciano sacaba a rastras un colchón sobre el que había lámparas y vajilla. Enfrente de las casas las aceras estaban llenas de tocadores, máquinas de coser, bicicletas, cuadros y estufas que esperaban el momento de que los cargaran en los camiones.

Hablamos con muchas personas y pudimos comprobar que el dolor ya había dado paso a la amargura y el resentimiento. ¿Por qué había firmado la paz Finlandia? Según el mariscal Mannerheim, los finlandeses sólo habían tenido quince mil bajas mortales y «después de dieciséis semanas de lucha sangrienta, sin descansar de día ni de noche, nuestro ejército sigue invicto».

¿Qué había pasado? ¿Por qué Finlandia no había continuado la lucha? En su última orden del día, el mariscal Mannerheim había dicho:

No estábamos preparados para la guerra con una gran potencia. Mientras nuestros bravos soldados defendían nuestras fronteras teníamos que hacer tremendos esfuerzos por proveernos de lo que carecíamos. Teníamos que construir líneas defensivas donde no había ninguna. Teníamos que tratar de obtener ayuda, que nunca llegó. Teníamos que encontrar armas y pertrechos en unos momentos en que todas las naciones se estaban armando febrilmente contra la tempestad que azota el mundo. Vuestros heroicas hazañas han despertado la admiración del mundo, pero después de tres meses y medio de guerra todavía estamos casi solos. No hemos obtenido más ayuda extranjera que dos batallones reforzados dotados de artillería y aviones para nuestros frentes, donde nuestros propios hombres, que luchan día y noche sin ninguna posibilidad de ser relevados, han tenido que responder a los ataques de fuerzas enemigas siempre de fresco, forzando sus facultades físicas y morales más allá de todos los límites. [...] Por desgracia, las valiosas promesas de ayuda que nos habían hecho las potencias occidentales *no pudieron cumplirse cuando nuestros vecinos (Suecia y Noruega), preocupados por su propia seguridad, denegaron el permiso de paso para tropas.* (La cursiva es mía.)

Allí estaba: la mano maestra de Alemania. Pero la gente se preguntaba por qué Finlandia se había metido en una guerra desesperada para acabar capitulando, todavía invicta, ante unas condiciones aún más drásticas que las que se habían presentado al principio. No sólo en Hanko, también en Helsinki se oían comentarios llenos de amargura: «Nuestros políticos nos han traicionado. Así no se puede vivir. Habría sido mucho mejor luchar hasta el final...».

Las personas a las que estaban evacuando expresaban sentimientos aún más contundentes. Eddie y yo hablamos con un soldado que empujaba una bicicleta a través de la nieve y el chófer finlandés-norteamericano de Frank tradujo sus comentarios. Nos dijo que trabajaba de mecánico en un garaje y que había vivido siempre en Hanko. Añadió que al enterarse del acuerdo de paz se había negado a creérselo. Incluso ahora era una pesadilla.

—Si era necesario hacer concesiones en otros sentidos, pues muy bien. Pero debería haberse obligado a los rusos a luchar por Hanko..., palmo a palmo.

Cerca de la comisaría de policía hablamos con una mujer y su hija que regentaban una pequeña pensión. Acababan de inscribirse en un registro para que un camión evacuase sus pertenencias.

—Cuando llegue no sé adónde iremos. No tenemos parientes ni otras perspectivas de ganarnos la vida.

La madre movió la cabeza con gesto triste.

—Quizá esté mal decirlo, pero casi me haría feliz volver a oír las sirenas.

Pero comprobamos que lo que peor llevaba la gente era entregar sus casas a los rusos porque temían que no las cuidarían como era debido. Hablamos con tres enfermeras que se encontraban en la esquina y la primera nos dijo que no sería tan malo si fuera cualquier otra nación la que iba a ocupar Hanko, pero, por más que lo intentara, le resultaba imposible ver a los rusos como seres humanos. La segunda dijo que pensaba igual.

—Al menos, en mi casa no encontrarán nada más que cuatro paredes y un techo. Hasta los grifos de bronce me he llevado.

—Sí —dijo la tercera—. Pero es una lástima que tengamos que dejarles nuestra torre de agua.

Señaló la vieja torre de ladrillo, un viejo y famoso edificio en el centro de la ciudad.

—Oh, no se preocupe por eso. Estoy segura de que después de uno o dos días la habrán dejado fuera de servicio.

Un anciano, obrero de fábrica, se unió al grupo justo antes de que nos fuéramos.

—En Hanko nos han caído encima muchas bombas desde el 30 de

noviembre —dijo—, pero la peor de todas las bombas ha sido esta paz.
Todas asintieron con la cabeza.

Richard Busvine, del *Times* de Chicago, Eddie y yo nos fuimos de Helsinki al cabo de unos días. Una vez más, vivimos la rara experiencia que suponía pasar de un ambiente bélico a otro. Tomamos un avión a Estocolmo, un tren a Malmö, otro avión a Londres. En Malmö, la sala de espera del aeródromo estaba llena a rebosar. De pronto, un hombre gritó:

—¡Por favor, formen dos colas! Los pasajeros a Berlín, a la izquierda. Los pasajeros a Londres, a la derecha.

La gente formó dos grupos que se fulminaban con la mirada. Luego salieron en fila india y embarcaron en sus aviones respectivos. Los motores rugieron. Primero un avión desapareció entre bruma gris, luego el otro.

—¿Quién dijo «los dos nunca se encontrarán»? —preguntó Richard.

—Un poco inoportuno, eso —dijo Eddie—. Me gustaría que esa gente se quedara en su propio y p... país.

—A ti y a otros cien millones de personas —dijo Richard en tono agrio.

Octava parte
La caída de Francia

La primavera es tiempo de Hitler

Londres era un lugar agradable aquella última semana de marzo y aquella primera semana de abril. El sol bañaba las flores y el aire era cálido y dulce. Paseando por St. James's Park, pensé que daba gusto ver hierba verde otra vez. Me empapé de la escena que tenía a mi alrededor: los niños rollizos, de mejillas sonrosadas, y sus niñeras; las dos ancianas sentadas en un banco con sus botines y sus voluminosos sombreros como un dibujo de George Belcher; el hombre del traje oscuro de raya diplomática, sombrero gris, polainas cortas y paraguas bien enrollado que andaba con pasos enérgicos en dirección a Whitehall. Delante de mí dos señores de edad muy avanzada conversaban seriamente. Al pasar por su lado, oí que uno de ellos se quejaba en tono indignado de que estuvieran derribando tantas casas antiguas para construir casas modernas en su lugar.

Sonreí. Con el mundo en el umbral de una lucha titánica, con centenares de miles de casas que pronto se vendrían abajo, estas protestas en tono menor resultaban casi cómicas. Era el tipo de conversación que uno esperaba oír en boca de dos señores muy ancianos paseando por St. James's Park. La primera vez que estuve en Londres ese curioso distanciamiento llamado «insularidad inglesa» solía dejarme perpleja y alarmada. Ahora encontraba algo extrañamente reconfortante en el ambiente plácido, sereno. Te daba la impresión de que pasara lo que pasase, Londres siempre permanecería en pie. Todo en Londres era tan lento, metódico y deliberado. La vida cotidiana parecía tan determinada como los movimientos reglamentados de la naturaleza. Hasta en las enormes casas y los pesados autobuses había un aire

de estabilidad. Recordé el comentario de Martha: «Si alguna vez se acaba el mundo y sólo queda un ser humano, por fuerza será un inglés». Tenía la sensación de que Martha estaba en lo cierto.

Debajo de este aire de serenidad todo el mundo sabía que la gran prueba llegaría pronto. Pero la mayoría de la gente no estaba dispuesta a permitir que ello le preocupara antes de tiempo; los comercios y los restaurantes estaban abarrotados y las debutantes seguían trasnochando en The Nut House.

Freda había cerrado su casa y se había ido a vivir con Anne O'Neill en Montagu Square. Como el marido de Anne, Shane, estaba sirviendo en un regimiento en el norte de Irlanda y sus dos hijos se encontraban en el campo, la mitad de la casa se hallaba cerrada, pero el ambiente distaba mucho de ser triste. Alegre y bonita, Anne se negaba a dejar que los problemas de llevar una casa en tiempos de guerra le amargaran la vida y todas las tardes docenas de personas iban a tomar el té en su casa. Cierta día su doncella irlandesa, Lily, que llevaba muchos años con ella, se quejó del desorden que reinaba en la casa y de que los sirvientes no daban golpe.

—Lo malo es que se están aprovechando de la situación. Todos saben lo joven y tonta que es la señora.

Anne era joven, pero no tenía ni un pelo de tonta y no se inmutó. El 35 de Montagu Square siguió siendo un lugar tan alegre y desorganizado como siempre. Finlandia parecía un lugar muy lejano. No me levantaba hasta el mediodía y pasaba el resto del día de compras. La vida era tranquila, aquella última semana de la guerra «aburrída». Ni siquiera los titulares de prensa eran alarmantes: 1 de abril: «Los aliados refuerzan el bloqueo»; 2 de abril: «Los efectos de la guerra se hacen sentir entre los trabajadores alemanes»; 3 de abril: «Los nazis acusan a Noruega de violación de la neutralidad»; 4 de abril: «Reynaud dice: Nada de paz “falsa”»; 5 de abril: «Chamberlain dice: Hitler ha perdido el tren»; 6 de abril: «Halifax envía notas a Noruega y Suecia: “No teman a los matones nazis”»; 7 de abril: «Los enviados británicos planean reforzar el bloqueo comercial de Alemania».

Un día de aquella semana fui a recoger unos libros que había dejado al cuidado de la señora Sullivan y me llevé una sorpresa al encontrarla asustada. Normalmente no se alteraba ante la inminencia de un desastre. Su orondo

rostro se iluminó al verme.

—Dios mío, debió de pasar usted mucho frío en Finlandia. Me daban escalofríos al leer la prensa. Cuando Sullivan vino a casa de permiso le dije: «Pobre señorita Cowles, cómo temblaba en esta casa sin calefacción central. Creo que nunca volveremos a verla. Eso es lo malo de los norteamericanos», le dije, «que viven en esas casas con la calefacción a tope y nunca comen nada y son todo piel y huesos». Mi marido dijo: «A ver, de haber estado yo, no habría sentido ni pizca de frío». Qué cara, ¿verdad? Y dígame, señorita, ¿qué clase de gente son los finlandeses? ¿De qué color son?

Se llevó un chasco cuando le dije que eran gente normal y corriente como ella.

—Pues yo me figuraba que eran de color rojo como los esquimales. Bien, menos mal que eliminaron a tantos rusos. En este barrio vivía una mujer rusa. No sé qué habrá sido de ella, pero nunca me cayó muy bien. Tenía esas costumbres extranjeras. Ya sabe usted, no bañarse nunca. Una vez me estafó tres chelines. A partir de entonces siempre he pensado que los rusos, mejor muertos que vivos.

La señora Sullivan subió a buscar los libros. Los bajó dentro de una caja de cartón.

—Cómo disfrutó mi marido leyéndolos —dijo—. Le gustó especialmente aquel libro de Lloyd George..., me parece que se titula *La crisis mundial*, ¿no es así? ¿Se acuerda usted de aquellas manzanas, señorita? Lástima que no pueda bajar a visitarle otra vez. A lo mejor nos daría algunas más. Pero, Henry, el del pub, dice que sería mejor que volvieran a tenerle pronto en el Gobierno o pasará algo terrible. Dice que no le gustó aquel comentario que Chamberlain hizo ayer..., que Hitler había perdido el tren. Dice que los trenes pasan muy a menudo, no lo olvide nunca.

Nadie lo olvidó durante mucho tiempo. Cuatro días después, cuando Hitler atacó, recordé las palabras de la señora Sullivan. Aquella noche escribí en mi diario de guerra por primera y única vez. Uno o dos días después de la declaración de guerra Anne y yo fuimos a Smythson de Bond Street y nos compramos sendos cuadernos grandes, encuadernados en piel y con páginas de bordes dorados, decididas a llevar un diario. Exceptuando el 9 de abril, el

mío sigue virgen. He aquí lo que dice:

Hoy los alemanes han invadido Dinamarca y Noruega. Supongo que a estas alturas debería estar acostumbrada a estos momentos terribles, pero todavía siento escalofríos. A las 10 Esmond Harmsworth llamó a Anne para darle la noticia de que Oslo había sido bombardeada; a las 11 Seymour nos mandó una cesta de huevos de chorlito; a las 12 Poppy Thursby y Bridget Parsons se presentaron inesperadamente y se los comieron.

Pusimos la radio y nos enteramos de que los alemanes ya habían efectuado muchos desembarcos en diversos puntos de la costa noruega. Poppy estaba algo belicosa.

—¿Qué le ha pasado a nuestra marina? Eso es lo que quiero saber. Anne, ¿no puedes llamar a Esmond y averiguarlo?

—Cariño, ya sabes lo pesimista que es. Me dirá que está en el fondo del océano.

—Pero si no tenemos marina —insistió Poppy—, ¿qué *tenemos*?

—A Chamberlain —dijo Bridget.

—En serio —dijo Poppy—. Sabes que nuestro ejército da risa. Todavía hacen la instrucción con escobas y cosas así. Pero la marina es otra cosa. Si Hitler, con sus insignificantes barcos, puede pasearse por donde se le antoja, ¿qué pasa con nosotros?

—¡Estamos derrotados! —contestó Anne alegremente.

Poppy insistió en que llamase a alguien y tratara de obtener noticias. Telefoneé a Webb Miller, pero me dijo que todas las comunicaciones con Escandinavia estaban cortadas y no llegaba nada.

Anne y yo almorzamos con Maureen y Oliver Stanley. Deduje que, Noruega sí o Noruega no, se creía que la invasión de Holanda era inminente. El embajador holandés telefoneó a Maureen durante el almuerzo y dijo que la tensión era muy grande en el país y que se habían tomado todas las precauciones; pero, de momento, no había ninguna novedad.

A primera hora de la tarde vinieron Eddie Ward y Richard Busvine a tomar unos cócteles. Venían directamente del consulado sueco, donde habían tratado de obtener visados para ir a Suecia, pero, como dijo Richard, era hacer castillos en el aire porque ¿cómo diablos se podía ir a Suecia? Les aconsejé que no fueran. Desde el punto de vista de las noticias, parece más sensato esperar hasta que se produzca la invasión de Holanda o Rumanía que actuar de forma precipitada y encontrarse atrapado en Suecia hasta el final de la guerra, o, para el caso, en un campo de internamiento alemán.

Aquella noche cené con Tommy Thompson, que estaba indignado con los países neutrales porque siempre trataban de beneficiarse por partida doble, siempre se negaban a aliarse con Gran Bretaña hasta que era demasiado tarde. El Gobierno suplicó a los noruegos que cerraran algunos de sus puertos y aeródromos unas horas antes del ataque alemán, pero no lo hicieron. Y hoy, por supuesto, todos los puertos y aeródromos están en poder de los alemanes. Dijo que los norteamericanos aprendimos hace mucho tiempo que «la unión hace la fuerza». ¿Por qué no se enteran de ello en Europa? ¿Por qué? (En vez de ello, parecen mirar directamente el dentado del pobre y viejo caballo regalado. Antes de cenar llamé a Freda, que tiene una cocinera noruega; dijo que tenía la cocina llena de noruegos que gemían, se retorcían las manos y exclamaban: «¡Lo malo de los británicos es que siempre llegan demasiado tarde!».)

El jefe de los camareros se acercó a nuestra mesa —cenábamos en Scott's— y nos dijo que acababa de oír que las tropas británicas ya habían embarcado con destino a Noruega. Me pregunto si es verdad. También nos dijo que el encargado de Scott's, —un danés que tenía familia en Copenhague— se había puesto a llorar al enterarse de la invasión. «No es hombre de lágrima fácil», dijo el camarero. «Vivimos días terribles.» Sí, pensé, y vendrán días peores.

Aquí terminaba mi diario. Pero no necesito notas para recordar las semanas siguientes. La guerra había empezado de verdad. Durante seis meses las potencias aliadas habían bloqueado Alemania con el objeto de obligarla a arremeter contra unas defensas que creían inexpugnables.

Pero lo de Noruega fue una sorpresa. El Servicio de Inteligencia británico sabía que Alemania había estado ensayando maniobras de embarque a gran escala; pero los ejercicios habían empezado durante la guerra de Finlandia y se creyó que habían cumplido su propósito cuando Escandinavia hizo caso de la advertencia nazi y denegó el permiso de paso a las tropas aliadas.

La primera reacción del Gobierno fue optimista. Chamberlain dijo que el paso que habían dado los alemanes era una «acción temeraria»; Churchill dijo: «Es un gran disparate estratégico y un error político como el que cometió Napoleón al invadir España».

Pero esta era una nueva clase de guerra. Fue la primera guerra «quintacolumnista» total de la historia. La traición regaló a los alemanes el 70 por ciento de su victoria; documentos y órdenes falsificados prohibieron a los noruegos disparar contra barcos alemanes. De hecho, los colaboracionistas noruegos estaban tan bien organizados que gran número de ciudades y puertos cayeron en poder del enemigo durante las primeras horas. Cuando las tropas británicas desembarcaron, sus posiciones ya eran imposibles de defender desde el punto de vista estratégico. El día 2 de mayo, Chamberlain tuvo la triste tarea de anunciar ante la Cámara de los Comunes que Noruega estaba perdida y que Gran Bretaña había emprendido la retirada.

La campaña de Noruega tuvo tremendas repercusiones. En primer lugar, hizo que la gente fuera consciente de la existencia de colaboracionistas y se percatara del aspecto revolucionario del nazismo; en segundo lugar, hizo que los británicos se dieran cuenta de que sus islas no eran inconquistables; en

tercer lugar, provocó la caída del Gobierno de Chamberlain y el retorno de Winston Churchill a cargos de gran responsabilidad.

Ahora se vio que Churchill había tenido razón en la mayoría de los asuntos en los que Chamberlain se había equivocado. Resulta curioso que en la ocasión en particular que propició su vuelta al poder su opinión había sido tan errónea como la de los demás. En el debate de la Cámara de los Comunes, Churchill, en su calidad de Primer Lord del Almirantazgo, asumió plenamente la culpa del fiasco de Noruega. Pero Lloyd George, en un ataque devastador contra el Gobierno («El mundo entero sabe que nos encontramos en la peor posición estratégica en que jamás se haya visto este país»), replicó a la asunción de toda la responsabilidad por parte de Churchill diciendo ásperamente que esperaba que el Primer Lord «no se permitiera a sí mismo convertirse en un refugio antiaéreo que impidiera que las esquiras alcanzaran a sus colegas».

La explosión hizo saltar a Chamberlain del poder. El país había perdido progresivamente la confianza en el primer ministro desde el fatídico día de la ocupación alemana de Praga; ahora su desafortunada afirmación de que Hitler había «perdido el tren» estaba en boca de todo el mundo. Cuando la oposición pidió una votación y la cámara procedió a celebrarla, los diputados conservadores hicieron caso omiso (por primera vez) del jefe de disciplina, Margesson, y los resultados fueron los siguientes:

A favor de la disolución del Parlamento... 281

En contra de la disolución del Parlamento... 200

El Gobierno tenía una mayoría de 81, demasiado exigua para que el primer ministro continuara en el cargo. Chamberlain invitó a la oposición a unirse al Gobierno, pero la invitación fue rechazada. El 10 de mayo, el día en que Alemania invadió Holanda y Bélgica, Chamberlain dimitió y Winston Churchill se convirtió en primer ministro.

En aquel momento no me encontraba en Londres. El 2 de mayo, el día en que el Gobierno anunció la retirada de Noruega, volé a Roma. Justo antes de irme vi a Churchill en casa de Maureen Stanley. A pesar de las noticias

descorazonadoras que llegaban, se le veía muy animado. Cuando le dije que me iba a Roma y le pregunté si pensaba que los italianos entrarían en guerra, negó con la cabeza.

—No lo sé. Ciertamente espero que no. Aprecio mucho a los italianos. Pero si entran —y al decir esto sus ojos centellearon—, de una cosa estoy seguro: no hará falta ir a Pompeya para ver las ruinas.

Luces de bengala que arden por ambos extremos

No había vuelto a ver a John Whitaker desde la noche que habíamos pasado con un alemán de los Sudetes que nos apuntaba con una metralleta en la frontera austro-checa, hacía casi un año y medio. Ahora estábamos sentados en la terraza de un café de la parte alta de la Via Veneto tomando un helado de fresa. El día era soleado, el viento soplaba suavemente entre los árboles y los dos pensábamos que el mundo debería haber sido un lugar muy agradable.

—Pero no lo es —dijo John enfáticamente—. ¿Por qué fracasaron tan estrepitosamente los británicos en Noruega? El efecto ha sido desastroso aquí. En especial si pensamos en el optimismo que al principio manaba de Londres. La gente de aquí que está en contra de los alemanes lo tienen más difícil ahora. Gente que estaba resentida con el Duce por haberla atado a los nazis empieza a decir que quizá el viejo diablo hizo bien después de todo. Ningún italiano quiere estar en el bando de los vencidos. No creo que vayan a entrar en guerra ahora mismo, pero a Mussolini no hay quien lo pare y puede suceder cualquier cosa. En los últimos días la temperatura ha subido diez grados.

Era el 4 de mayo, cinco semanas antes de que Italia entrase en guerra. La tensión ya era palpable. La indiferencia perezosa del anterior mes de agosto había desaparecido; ahora todo el mundo leía ávidamente la prensa, tenía los oídos pegados a la radio, hablaba, gesticulaba, protestaba, discutía y gemía.

El aumento de la influencia nazi era perceptible. Los alemanes estaban en todas partes: el personal de la embajada ya superaba las ochenta personas; había funcionarios nazis, expertos militares, toda suerte de técnicos y una afluencia incesante de turistas. Se los veía bailar en los restaurantes de los

hoteles de noche y deambular por las calles con una guía Baedeker en la mano durante el día. Grandes carteles de la oficina italiana de turismo anunciaban viajes a precio reducido a Alemania; los periódicos publicaban despachos virulentos firmados por la *Deutsche Nachrichten Büro*; los cafés estaban bien surtidos de ejemplares del *Völkischer Beobachter* y el *Berliner Tageblatt*. Me sorprendió comprobar que los alemanes habían reemplazado a gran número de camareras, porteros y peluqueros en los hoteles. Cada dos por tres se oían rumores de que la Gestapo ya había empezado a actuar por su cuenta.

Superpuesta al clima de aprensión había una alegría artificial. Era la temporada alta en Roma y la febril sucesión de actos sociales me hizo pensar en los agitados días del verano anterior a la guerra en Londres. Me quedé asombrada al descubrir que los ociosos caballeros y las elegantes damas de la sociedad romana, a los que solía tacharse de decadentes, se oponían ferozmente (aunque de forma inconsecuente) a la corriente proalemana. Se negaban a tener nada que ver con los alemanes. Su mayor motivo de orgullo era que ningún alemán había cruzado jamás el umbral del elegantísimo club de golf. Se desvivían por agasajar a los miembros de las embajadas británica y francesa y profesaban sus opiniones antinazis con peligrosa franqueza. Despreciaban incluso a la bella princesa de Bismarck, esposa del consejero de la embajada alemana. Se rumoreaba que los nazis la habían enviado a Roma para que descongelase a los aristócratas más fríos, sin que las prisas le hicieran olvidarse del conde Ciano. (En el caso de Ciano, sin embargo, el Gobierno francés se les había adelantado al enviar a una bonita actriz de cine de diecinueve años que ya monopolizaba la atención del yerno del Duce.)

Tenía muchos amigos en Roma y todos ellos preguntaron ansiosamente si creía que Estados Unidos iba a participar en la guerra. Muchos estaban desesperados.

—Ya somos vasallos de los alemanes. Pase lo que pase, estamos condenados. Nos vemos atrapados entre la espada y la pared.

Un hombre sugirió con toda seriedad que tratara de conseguir una entrevista con Mussolini y aprovechara la ocasión para pegarle un tiro.

—Toda la nación italiana se lo agradecerá —dijo.

—Sí —asentí—. Y me regalarán un arpa.

A pesar del pesimismo general, algunos diplomáticos franceses y británicos creían que Ciano era en el fondo partidario de los aliados y se aferraban a la esperanza de que pudiese impedir que Mussolini apoyara plenamente a los alemanes. Siempre tuve mis dudas al respecto. Había oído demasiado a menudo, de fuentes fidedignas, que Ciano era el único hombre en quien confiaba Mussolini. Esto significaba que entre ellos no había graves diferencias de opinión. Además, Ciano parecía un peso demasiado ligero para sostener una opinión independiente; me daba la impresión de que lo único que hacía era representar un papel y obedecía las instrucciones de mantener relaciones amistosas con los diplomáticos británicos y franceses con el fin de que Mussolini pudiera regatear mejor con los alemanes. Sin embargo, en esta ocasión en concreto, tuve pocas oportunidades de juzgar basándome en mi experiencia personal. El primer día que fui al club de golf vi a Ciano y Alfieri almorzando juntos. Me miraron una vez, luego procuraron mirar en la dirección contraria. Después pregunté a Benedetto Cappo Mazzo, el jefe de la Oficina de Prensa Extranjera (al que había conocido en la embajada italiana en Washington) qué pasaba.

—No les gustó el último artículo que escribiste —repuso—. Dijiste que el pueblo italiano no estaba con el Duce y que no quería luchar.

—Ya, pero es verdad, ¿no?

—Lo que importa es que lo *dijiste*. Aparte de eso, piensan que eres peligrosa. Eres demasiado proaliados.

Durante la semana siguiente debí de encontrarme con Ciano media docena de veces en el club de golf, pero en todas las ocasiones se esforzó tanto en fingir que no me veía que empecé a sentirme como Mata Hari.

Sin embargo, sí hablé con su principal ayudante, Filippo Anfuso, un hombrecillo moreno y nervudo que era uno de los expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Me tocó sentarme a su lado en un almuerzo. Me miró con expresión recelosa, luego soltó un discurso violento a favor de los alemanes. Le pregunté si había leído lo que el emperador romano Claudio había escrito acerca de los germanos y contestó fríamente:

—El mundo moderno no tiene nada que ver con el mundo antiguo. Eso es lo que parece que no entienden las democracias. A sus débiles estadistas les

gusta imaginar que los italianos son hostiles a los alemanes en secreto. Puedo asegurarle que ocurre lo contrario. Tenemos las mismas ideas, la misma filosofía, el mismo propósito. De hecho, nos complementamos a la perfección. Ellos no tienen lo que tenemos nosotros; y nosotros no tenemos lo que tienen ellos —(¡Ya lo creo!, pensé.)—. No le quepa la menor duda —continuó—. Los alemanes son nuestros aliados. Prácticamente ya estamos en guerra.

Le pregunté cuál creía que sería la posición de Italia si Alemania ganaba la guerra y replicó:

—En Europa hay espacio suficiente para dos grandes potencias.

Asentí con la cabeza.

—Sólo falta saber cuáles son.

Tras decir esto, se volvió hacia la persona que tenía al otro lado y la conversación terminó.

Sólo vi a otro alto cargo italiano durante mi estancia de diez días, el mariscal del aire Italo Balbo. Estuvo veinticuatro horas en Roma para conferenciar con Mussolini. Corrían muchos rumores en el sentido de que se oponía a la alianza del Eje, y creo que estaban justificados. Un amigo me dijo que Balbo había aconsejado a Mussolini que no juzgara la capacidad de resistencia de los aliados basándose exclusivamente en el fiasco de Noruega; creía que Inglaterra y Francia, con la ayuda de Estados Unidos, forzosamente acabarían ganando gracias a su superioridad en lo tocante a reservas y material de guerra. Mi amigo dijo que aunque el propio Balbo estaba preocupado a causa de la campaña de Noruega, le había impresionado mucho el debate que el día anterior (8 de mayo) había tenido lugar en la Cámara de los Comunes.

—¡Hay que reconocérselo! —exclamó—. Cuando se equivocan dan la cara y admiten que se han equivocado. ¡Eso es lo que admiro de los ingleses!

Me topé con Italo Balbo en el vestíbulo del hotel Excelsior justo cuando se disponía a coger el avión que debía llevarle de vuelta a África. Le encontré tan animado e impetuoso como siempre.

—¿Por qué no te vienes a Libia conmigo? Ahora mismo. Quizá podríamos hacer aquel viajecito en avión sobre el desierto. ¿O es que todavía te da miedo mi barba? Algún día me la afeitaré, pero entonces no me reconocerías. Dirías:

¿quién es ese hombre tan raro? Pero quizá ya lo dices, de todos modos.

Se rió a carcajadas con su propio chiste. Justo en aquel momento varios amigos le interrumpieron para pedirle que se diera prisa. Me preguntó adónde iría después de Roma y cuando respondí que a Inglaterra parpadeó ligeramente y susurró:

—*Bonne chance! Bonne chance!*

Fue la última vez que le vi.

Dediqué gran parte de mi estancia en Roma a hablar con expertos en economía y agregados navales y militares, en un intento de hacerme una idea de la fuerza bélica potencial de Italia. Los rumores crecían día tras día. Cuando el príncipe Felipe de Hesse-Kassel llegó a Roma inesperadamente, las especulaciones fueron en aumento. El príncipe Felipe era alemán y estaba casado con la princesa Mafalda, hija del rey de Italia. Era un nazi fanático y Hitler le había confiado el papel de intermediario entre él y Mussolini.

Había conocido al príncipe Felipe el verano anterior, cuando me encontraba pasando unos días en casa de Mona Williams en Capri. Era un alemán de mediana edad, imperturbable, de trato agradable y devoto apasionado de Hitler. Sobrino del antiguo káiser, era el único miembro de la numerosa estirpe de los Hesse que había abrazado el nazismo y, según deduje, se le consideraba la oveja negra de la familia. Se había afiliado al partido antes de que Hitler subiera al poder y en 1933, a modo de recompensa, había sido nombrado gobernador de la provincia prusiana de Hesse-Nassau.

Todas las mañanas se presentaba en casa de Mona para ir a nadar. Era un hombre amable y sencillo que disfrutaba mucho utilizando el potente telescopio de la terraza para observar las embarcaciones pequeñas que atravesaban el puerto; a los turistas les gustaba remar alrededor de la isla y a menudo el príncipe pillaba a alguna pareja abrazándose apasionadamente, lo cual le producía un inmenso regocijo.

Sólo una vez conversó sobre Alemania conmigo. Cuando hablaba de Hitler se le iluminaban los ojos y elogiaba con elocuencia la extraordinaria personalidad del Führer, su carácter alegre, su talante amistoso, su dulzura y ¡su sentido del humor! Me dijo que no cabía duda de que Hitler y Mussolini eran los dos hombres más grandes que jamás viera el mundo. Cuando

Mussolini viajó a Alemania para firmar los acuerdos de Múnich, el príncipe Felipe se desplazó a la frontera para recibirle. Dijo que en cuanto Hitler subió al tren, los dos dictadores se pusieron a estudiar conjuntamente el problema checo y cinco minutos después ya lo habían resuelto.

—Eso es lo que me gusta —comentó el príncipe Felipe con entusiasmo—. Los hombres que saben lo que quieren.

Añadió que si bien los dos dictadores compartían muchas cualidades dinámicas, eran radicalmente distintos en lo que se refería al carácter. Mientras que Hitler era sociable, Mussolini era un solitario; mientras que a Hitler le gustaba tener invitados en casa, Mussolini raramente recibía a alguien excepto en su despacho; mientras que Hitler confiaba en todo el mundo, Mussolini no se fiaba de nadie.

—Por supuesto —dijo el príncipe Felipe—, ninguno de ellos lo haría bien en el país del otro. Imagínese confiar en alguien en Italia. ¡Antes de que transcurriera una semana dejaría de estar en el poder!

Era evidente que ahora, en esta primavera cargada de ansiedad, el príncipe Felipe ejercía una vez más sus funciones. Leí con interés la noticia de su llegada, pero como yo era decididamente una *persona non grata*, no esperaba verle. Sin embargo, un día, al volver al hotel, encontré un mensaje que me pedía que fuera al palacio a las seis para tomar unos cócteles. Di por sentado que se trataba de una fiesta, pero cuando llegué vi que no había más invitados. El príncipe me esperaba en la calzada para coches y me saludó efusivamente; luego me llevó al salón y me preparó un cóctel.

—Me han dicho que pasó el invierno en Finlandia —dijo. (Me pregunté por qué sería que los alemanes siempre parecían estar enterados de todo)—. Hábleme de ello. Admiro mucho a los finlandeses.

Durante los diez minutos siguientes me hizo un sinfín de preguntas y de vez en cuando interrumpía el interrogatorio para alabar la valerosa resistencia de Mannerheim. En medio de la conversación su esposa, la princesa Mafalda, entró en el salón.

—Justamente estaba hablando de Finlandia —explicó el príncipe—. Le decía a Virginia que en Berlín lamentamos mucho no poder ayudar a los finlandeses. Pero, como es natural, nuestro pacto con Rusia nos impidió

intervenir.

—Pero, querido —dijo la princesa Mafalda—, me dijiste que *sí* intervinisteis. Me dijiste que persuadisteis a los finlandeses para que firmasen el tratado de paz prometiéndoles que les arreglaríais las cosas más adelante.

El príncipe Felipe se sonrojó.

—¡De ninguna manera! Estás totalmente equivocada. Nos era de todo punto imposible intervenir. No tuvimos absolutamente nada que ver con ello.

—Pero, querido, dijiste que...

El príncipe Felipe la miró con expresión severa. La princesa se quedó callada y al cabo de unos minutos abandonó el salón.

Seguimos bebiendo nuestros cócteles y hablando de cosas intrascendentes. Parecía extraño que yo fuera la única invitada y, llena de curiosidad, me pregunté qué estaría pensando el príncipe Felipe. De pronto, volvió al asunto de la guerra. Sus ojos brillaban con deleite.

—El verano pasado le dije que Hitler era un genio. Pues bien, ahora estoy aún más convencido de ello. ¿Sabe usted que él mismo planeó las campañas de Polonia y Noruega? Creo que es el hombre más grande de todos los tiempos. Ningún otro hombre ha tomado dos capitales en un solo día. ¡Oslo y Copenhague en el plazo de doce horas! Debió de ser toda una sorpresa para los británicos, ¿verdad?

Contesté que sí. Entonces dijo:

—Por supuesto, la guerra de verdad aún no ha empezado. Cuando empiece, habrá destrucción en una escala sin precedentes. La mitad de Europa será destruida. Lo más triste es que es del todo innecesario. Podría evitarse si Gran Bretaña entrara en razón. Naturalmente, ello llevaría aparejada una pequeña pérdida de prestigio, pero Gran Bretaña debe librarse de sus anticuadas ideas y darse cuenta de que el mundo está cambiando. Quiero mucho a los ingleses. Al fin y al cabo, por mis venas corre sangre inglesa, pues mi abuela era la reina Victoria, pero sé lo tozudos que son a veces. Parece horroroso que causen todos estos sufrimientos al mundo. Puedo asegurarle que Hitler lo siente en el alma. Entré en Varsovia con él y cuando vio la devastación la cara se le puso blanca, literalmente blanca. Nunca lo olvidaré. Se volvió hacia mí y dijo: «¡Qué malvada fue esta gente al

oponernos resistencia y obligarnos a tomar semejantes medidas!»). —(Ni siquiera Goebbels podría haber inventado algo mejor, pensé.) El príncipe Felipe siguió hablando—: No tengo muchas esperanzas de que Inglaterra recobre el juicio por impulso propio, pero, por supuesto, Estados Unidos podría obligarla a hacerlo.

De modo que ése era el propósito de la fiesta.

—¿Cómo? —pregunté, fascinada.

—Muy sencillo. Lo único que tiene que hacer Estados Unidos es decirles a Inglaterra y Francia, lisa y llanamente, que no va a prestarles ninguna ayuda; si adopta una postura lo bastante firme, no tendrán más remedio que avenirse a razones. Ustedes los escritores norteamericanos deberían ejercer su influencia con este propósito. Es trágico pensar en todas las cosas bellas que se están destruyendo en Europa.

—Pero ¿quién las ha destruido? Desde luego no han sido los polacos, los daneses ni los noruegos.

—Pero ¿no lo comprende? En todas estas ocasiones Inglaterra no nos dejó otra salida.

—En tal caso, ¿cree realmente que Hitler estaría dispuesto a firmar un acuerdo de paz? Yo diría que a estas alturas el odio sería demasiado intenso.

—En absoluto. Estoy seguro de que sí estaría dispuesto. Hitler es tan astuto como práctico. De hecho, es el hombre más práctico que he conocido en mi vida. Jamás permitiría que el resentimiento o la ira influyesen en su decisión.

—Pues lo cierto es que no es así como el mundo ve a Hitler. Si alguien ha creado una impresión de mal genio e inestabilidad, ese alguien es él.

El príncipe Felipe sonrió.

—Oh, eso es sólo la manera de ser de los alemanes. A los alemanes nos gusta un poco de dramatismo. Es una característica nuestra, del mismo modo que es una característica de los ingleses ser excesivamente reservados.

Durante los meses siguientes pensé con frecuencia en esta extraordinaria conversación. Tras la destrucción de Francia, Hitler anunció que «la guerra en el oeste» había terminado. Estoy segura de que pensaba que conseguiría persuadir a Inglaterra para que firmase la paz: el inconveniente era, por

supuesto, aquella «pequeña pérdida de prestigio».

Durante la mañana del 10 de mayo el ejército alemán lanzó el ataque contra el oeste que se esperaba desde hacía mucho tiempo. Había estado levantada hasta las dos de la madrugada trabajando en el artículo para el *Sunday Times* con el fin de mandarlo por teléfono a Londres a primera hora de la tarde. Había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a escribirlo. Con todas las corrientes variables que había en Roma, con todas las contingencias interdependientes, con la probabilidad de un ataque tanto en los Balcanes como en el frente occidental, resultaba difícil predecir el siguiente paso que darían los italianos. Finalmente empecé el artículo así:

No cabe duda de que en la primavera de 1940 los ejércitos alemán, francés y británico se verán enzarzados en una lucha tan decisiva cuyo resultado afectará a muchas generaciones futuras. El papel que desempeñará Italia es impredecible. Pero, a juzgar por la vulnerabilidad italiana, hay muchísimos motivos para creer que Mussolini no renunciará a su actual estado de neutralidad agresiva, a menos que los alemanes obtengan una victoria importante en el frente occidental. Italia no está dispuesta a ayudar a Alemania si tiene que pagar un precio muy alto por ello; no puede permitirse interpretar un papel activo en la guerra hasta que calcule que una victoria alemana se hará realidad antes de que transcurran tres meses.

A las ocho de la mañana siguiente sonó el teléfono y John Whitaker dijo:

—Ya puedes romper tu artículo, cariño. Nadie quiere leer cosas sobre los italianos ahora. Hitler ha invadido Holanda y Bélgica.

Quedé con John para cenar y decidí irme a París al día siguiente. Me levanté y empecé a vestirme. Me estaba peinando cuando la camarera me trajo los zapatos. Era una mujer gorda, de mediana edad, y me sorprendió ver que parecía como si hubiera estado llorando. Cerró la puerta, miró cautelosamente a su alrededor, descolgó el teléfono (por si había una grabadora) y dijo en voz baja:

—¿Ha oído las noticias?

Ahora bien, yo no hablaba italiano y ella no hablaba inglés, de modo que no tuvimos mucha conversación. Pero la entendí cuando dijo:

—*È terribile. Il povero Belgio. Terribile. Odio i Tedeschi. È sempre lo stesso. È terribile.*

Su pobre y orondo rostro aparecía crispado por la pena.

No era la única. En toda Roma aquella mañana se veía a gente que leía el periódico con expresión de tristeza. Durante meses todo el mundo se había preparado para eso, pero, a pesar de ello, la conmoción fue muy grande. De una forma u otra parecía traer a la memoria los terribles días de 1914 con renovada violencia y el horror de la repetición hacía que fuese aún peor. Muchos italianos recordaban muy bien la última vez y sintieron una fuerte corriente de simpatía por sus antiguos aliados. Cuando entré en una tienda de la Piazza di Spagna para cancelar un encargo que había hecho, las lágrimas afloraron a los ojos de la propietaria.

—Si va usted a París, Mademoiselle, dígales a los franceses que no *todos* nosotros somos enemigos suyos.

Y al cabo de un rato, cuando fui a hacerme unas fotos para el pasaporte, el fotógrafo movió la cabeza de lado a lado y dijo en tono indignado:

—Esos alemanes...

Me pasé la mayor parte de la tarde intentando obtener los visados que necesitaba. El día era espléndido y cogí un coche tirado por un caballo para ir al consulado francés. Mientras recorríamos calles tortuosas y cruzábamos el Campo di Fiori, con su resplandeciente profusión de flores primaverales, resultaba difícil pensar que en aquel mismo momento tronaban los cañones y corría la sangre. Pero en el consulado la guerra estaba más cerca. Las dependencias consulares se hallaban abarrotadas de personas cansadas y ansiosas que trataban de volver a Francia. Pensé que había visto rostros angustiados como aquéllos con mucha frecuencia y que pronto no quedaría en Europa nadie que supiera sonreír.

Aquella noche John y yo cenamos con «Taffy» Rodd, el subagregado naval británico, y George Labouchère, segundo secretario de la embajada británica, en el piso con vistas a los montes Albanos que éste último ocupaba cerca de la Via Nomentana. No habíamos tenido ninguna noticia en toda la tarde y hacia las nueve de la noche pusimos la radio e intentamos sintonizar con Londres. Pareció que en la habitación entraban todas las lenguas excepto la inglesa;

luego oímos de pronto una voz que decía:

—Hitler ha escogido un momento en que, tal vez, le pareció que este país se hallaba en medio de una crisis política. Ha contado con que nuestras dificultades internas le ayudarían. Ha juzgado erróneamente la mentalidad de este pueblo.

Era Chamberlain. Dijo a continuación que después del debate parlamentario de los días 7 y 8 de mayo (el debate en torno a Noruega), no le cabía ninguna duda

de que debían tomarse algunas medidas nuevas y drásticas para devolver la confianza a la Cámara de los Comunes y continuar la guerra con el vigor y la energía esenciales para alcanzar la victoria. Era obvio que la esencial unidad podía conseguirse bajo otro primer ministro. En tales circunstancias, mi obligación era evidente. He pedido una audiencia con el rey esta noche y he presentado mi dimisión.

El rey ha confiado ahora a mi amigo y colega (hizo aquí una ligera pausa y John susurró: «¿Lord Halifax?»), mi amigo y colega, Winston Churchill, la tarea de formar nuevo gobierno...

Nos pusimos a gritar de alegría y John exclamó:

—Vaya, vaya, ahora todo el mundo empezará a hacer carrera.

Estábamos tan contentos que después de cenar decidimos celebrarlo. «Taffy» Rodd, buen conocedor de Italia, nos llevó a un café situado en una fascinante *piazza* pequeña de una parte poco conocida de Roma. Había un acordeonista y un violinista que nos ofrecieron todas nuestras melodías favoritas; nos bebimos una jarra de vino y cantamos a pleno pulmón.

No teníamos ganas de irnos a dormir, así que cuando volvimos al coche subimos al Janículo, la cima más alta de la capital. La noche era maravillosa. Había tantas estrellas que el cielo parecía una araña de luces grande y espléndida. Al oeste se veía el perfil oscuro del Vaticano; al este, las luces rutilantes de las Siete Colinas de Roma. El cielo y la tierra parecían ser lo mismo; las estrellas eran luces y las luces eran estrellas, brillando todas ellas a través de una sola extensión de oscuridad.

Alrededor de la medianoche emprendimos el regreso. Las calles estaban desiertas y el ruido del coche rompía la quietud. Al doblar una curva vimos a un grupo de hombres en la esquina. Y unos bloques más allá había otro grupo.

Luego, otro más.

—Me pregunto qué sucede —dijo «Taffy».

John sacó medio cuerpo por la ventanilla.

—Parecen *squadristi*..., los luchadores callejeros de los viejos tiempos.

—Quizá se produzca un golpe de Estado —dije, esperanzada—. Quizá somos testigos de una segunda marcha sobre Roma.

Entramos en la Piazza Barberini y subimos por la Via Veneto en dirección a mi hotel. Vimos centenares de grandes carteles blancos pegados en los edificios. Cuando llegamos a mi hotel —el Regina— encontramos dos de ellos a cada lado de la puerta. George tradujo los encabezamientos: «¡Inglaterra ha perdido el tren!». A continuación había un ataque virulento que tachaba a los británicos de todo, desde cobardes hasta degenerados.

Los leímos con indignación:

—De modo que esto es lo que se traían entre manos los *squadristi* —dijo John.

George alzó una mano y palpó uno de los carteles.

—Sí. Todavía están húmedos.

Justo en aquel momento unos gritos desahogados rasgaron el aire:

—*Ingesi! Ingesi!*

La pandilla de luchadores callejeros fascistas que había pegado los carteles se hallaba al acecho a la vuelta de la esquina. Evidentemente creyeron que tratábamos de arrancar los carteles y avanzaron hacia nosotros agitando los puños y gritando. Debían de ser unos cincuenta.

Cayeron sobre George, «Taffy» y John y empezaron a pegarles. El ruido era espantoso. El propietario del hotel salió en pijama a la calle e intentó restaurar el orden, pero fue derribado inmediatamente. George tenía el rostro ensangrentado y un empujón lo lanzó contra mí, y el propietario del hotel, que ya se había levantado, consiguió meternos a los dos en el interior y echar los cerrojos.

—Pase lo que pase, no abran la puerta —dijo, presa de la excitación—. Voy a telefonar a la policía.

Le desobedecí enseguida. A juzgar por el ruido que llegaba de la calle, el alboroto iba en aumento y me imaginé a John y a «Taffy» yaciendo en un

charco de sangre. Sabía que si abría la puerta entrarían todos en tropel, pero pensé que al menos podía servir como maniobra de distracción. Dado que yo misma no corría ningún peligro, pues era improbable que golpearan a una mujer, le dije a George que se escondiera, fui hasta la puerta y corrí los gruesos cerrojos. Retrocedí luego hasta quedar a bastante distancia de ella y al cabo de un segundo entró la chusma. En aquel mismo momento el gerente salió corriendo de su despacho.

—¿Qué ha hecho? —me preguntó a voz en grito.

Inmediatamente lo tumbaron por segunda vez.

«Taffy» y John entraron arrastrados por la multitud; aparte de algunos cortes y magulladuras, parecían haber salido bien parados. Pero saltaba a la vista que la sangre de George era lo que quería la chusma, que pedía a gritos el «*altro inglese*». Me quedé consternada al ver que George asomaba la cabeza por un rincón.

—¡Allí está!

Fueron unos instantes terribles. «Taffy» y George eran reacios a emprenderla a puñetazos con la pandilla porque temían provocar un «incidente internacional» en un momento tan crítico, a la vez que John no sentía ningún deseo de perder su empleo de corresponsal permanente del *Chicago Daily News* en Roma. Al parecer me tocaba a mí hacer algo. Pero, como no hablaba italiano, poco era lo que podía hacer. Decidí recurrir al patetismo.

—*Messieurs, s'il vous plaît. Il est mon mari. Mon mari* —dije, con la esperanza de que la palabra italiana que significaba «marido» empezase por eme.

Saqué un pañuelo y el jefe del grupo titubeó. Replicó con un torrente de palabras italianas que no entendí.

—*Mon mari...*

Se volvió y musitó algo a sus seguidores, que comenzaron a hablar todos a la vez. De repente, un recién llegado se abrió paso a empujones entre la gente. Era un italiano moreno, nervudo y bajito que vestía un traje negro, calzaba botas de montar y empuñaba un látigo. Se puso a hablar con voz enfática mientras señalaba a George y agitaba el látigo. El jefe vaciló y dijo algo en un tono que me indujo a pensar que estaba protestando.

—Dígale que salga, pues —gruñó el recién llegado.

Los demás corearon la orden y empezaron a agitar los puños. El jefe parecía intranquilo.

—*S'il vous plaît, monsieur...* —imploré—. *Mon mari...*

El hombre del látigo estaba indignado.

—Sacadle a rastras a la calle.

Algunos gritaron «*Si, si!*» y comenzaron a avanzar; los demás —incluido el jefe— gritaron «*No, no!*» y los hicieron retroceder a empujones. En un abrir y cerrar de ojos, la multitud se había dividido en dos grupos y al cabo de un minuto ya se estaban atizando de lo lindo. Fue exactamente igual que una comedia de Mack Sennett; una enloquecida *mélange* de brazos y piernas, cuerpos que se tambaleaban y chocaban con el mostrador de recepción y sillas y mesas que se estrellaban contra el suelo.

—Ésta es nuestra oportunidad —dijo John—. Vamos. Larguémonos de aquí.

Los cuatro echamos a correr hasta el ascensor, apretamos el botón y subimos al quinto piso. Los ecos del pandemónium se oían de un extremo a otro del hotel, pero poco a poco fueron apagándose, lo cual parecía indicar que los nuestros habían ganado. El gerente, que llevaba un parche grande en la frente, subió y dijo que se habían ido del hotel. George telefoneó a Sir Noel Charles, el embajador británico, para dar parte del incidente y media hora después llegó el embajador para llevarles a casa en su automóvil.

Me fui a la cama y no me enteré del final de la historia hasta la mañana siguiente. Cuando John y los tres ingleses salieron a la calle, la chusma, que les estaba esperando a la vuelta de la esquina, se les acercó corriendo una vez más y les rodeó. Durante más de una hora estuvieron insultándoles, zarandeándoles y empujándoles y negándose a dejar que se fueran, pero nadie se atrevió a pegarles, evidentemente intimidados por la placa con las letras C.D. que llevaba el coche de Sir Noel para indicar su pertenencia al cuerpo diplomático. Era obvio que la policía, que había brillado por su ausencia durante todo el altercado, tenía órdenes de no intervenir. Pasaron dos policías, pero se negaron a ayudar; al cabo de un rato pasaron otros y, finalmente, dispersaron a la multitud a pesar de muchas muestras de indignación.

Abandoné Roma con destino a París al día siguiente. Intenté cobrar un cheque en un banco de la Piazza Colonna, pero me dijeron que ya no aceptaban el dinero inglés. Volví andando al hotel por la Via delle Muratte y pasé por delante de la fuente de Trevi. Una antigua tradición invita a los viajeros que se van de Roma a lanzar una moneda al agua para tener la seguridad de que volverán. Pasé de largo con el monedero cerrado herméticamente.

Dios es inglés

Veinticuatro horas después de llegar a París me encontré casualmente con Fruity Metcalfe, edecán del duque de Windsor.

—¡Lo han hecho! —dijo.

—¿Quién ha hecho qué?

—Los alemanes han cruzado el Mosa por tres puntos y han penetrado en Francia por Sedán.

—¿Y eso qué significa?

—¡Santo Dios, cualquier cosa! Es posible que estén en París dentro de una quincena. O incluso antes.

Miré a Fruity fijamente, incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír. Durante nueve meses Inglaterra y Francia se habían preparado para este ataque; durante nueve meses habían bloqueado a Alemania con el propósito de obligarla a destruirse a sí misma lanzándose contra el acero y el hormigón invencibles de la Línea Maginot. Hasta le habían enviado una invitación protocolaria:

—Vamos, Hitler —dijo el general Ironside, comandante en jefe del Estado Mayor Imperial británico—, estamos preparados para recibirlos.

De hecho, la invulnerabilidad de las fortificaciones belgas y francesas se consideraba tan indiscutible que algunos empezaban a expresar el temor de que Alemania no atacase y la guerra «aburrida» durara años y años. Cuando finalmente se produjo el ataque, pese a ser brutal y salvaje, la gente se sintió aliviada y dijo:

—Por fin tenemos el final de la guerra a la vista.

—Sabe Dios que el Mosa parecía suficientemente formidable —prosiguió Fruity—. Un río caudaloso, ancho, arremolinado. Hace sólo una semana me

encontraba en la orilla del Mosa, cerca de Mezières, y un oficial francés dijo: «éste es un obstáculo que no pasarán por alto». ¿Y qué ocurrió? Pues que sencillamente marcharon hasta él, instalaron pontones y lo cruzaron como si fuera un estanque con patos. Esto no es una guerra, es una carrera. Decir que es una guerra relámpago es quedarse corto. De nada sirve. Ni siquiera puedes clavar un mapa en la pared, y mucho menos clavar los alfileres, antes de que todo haya terminado. Hace sólo cuatro días el duque se pasó dos horas recorriendo las tiendas en busca de un mapa de Holanda. Esta mañana, al quitarlo, dijo: «¿Qué país toca ahora, Fruity?». Supongo que esta noche quitaremos el de Bélgica y pondremos el de Francia.

Pensé que el alarmismo de Fruity era exagerado y me tomé sus palabras con escepticismo. Con todo, lo de Sedán no auguraba nada bueno. La última vez que los alemanes habían penetrado por Sedán había sido en 1870... y aquella vez habían llegado hasta París. Pensé en aquel poema de Chesterton en el cual la anciana de Flandes dice:

Graneros bajos y pardos con techos de paja y remendados y destartalados
donde yo tenía siete hijos hasta hoy...
Un montoncito de heno tu espuela ha esparcido...
Esto no es París. Has errado el camino.

Tú, mirando fijamente tu espada, la encuentras quebradiza,
sorprendido ante la sorpresa que era tu plan,
quien, zarandeando y rompiendo barreras no poco,
nunca más encuentras la puerta de la muerte de Sedán.

La puerta de la muerte. La habían encontrado otra vez. ¿Seguía conduciendo a París? En este maravilloso día primaveral era imposible pensarlo siquiera. Quizá era el silencio inusitado, pero París parecía tan magníficamente altivo que era imposible imaginárselo en el trance de ser saqueado. Mucha gente, temiendo posibles ataques aéreos, ya se había ido y en los bulevares había muy poco tráfico; las tiendas y los restaurantes estaban medio vacíos y hasta el Ritz había perdido su acérrima clientela de mujeres tocadas con sombreros extravagantes. En mi hotel, que quedaba cerca de la Place Vendôme, no había nadie excepto el portero, el gato y yo.

El aspecto desierto, de primera hora de la mañana del domingo, daba a la capital una belleza fresca; había una suavidad nueva en el viento que soplaba entre los árboles, la grácil línea de las largas avenidas y el maravilloso gris azulado de las casas a orillas del Sena. De vez en cuando las sirenas rompían el silencio, pero nunca aparecían aviones y nadie se tomaba la molestia de buscar refugio; todo el mundo hacía exactamente lo que le decían que no hiciese y sacaba la cabeza por las ventanas y miraba al cielo.

Pero a pesar de la tranquilidad, había una corriente subterránea de aprensión. La gente parecía muy dispuesta a creer que los alemanes eran invencibles. Cuando me trajo el periódico de la mañana, el portero añadió noticias de su propia cosecha: que los alemanes no hacían prisioneros y, en vez de ello, mataban indiscriminadamente a todo el mundo, y que toda Holanda había quedado reducida a cenizas. Contaba historias disparatadas sobre paracaidistas: que eran tantos que tapaban el sol y que descendían en paracaídas disparando las metralletas y arrojando bombas.

No era el único que hablaba de los paracaidistas. Parecía haber historias sobre ellos en boca de todo el mundo. Se oía decir que del cielo caían no sólo monjas y curas, sino también compañías enteras de ballet. Cuando fui a visitar a la baronesa el martes por la tarde, una amiga irrumpió en el piso con la noticia de que una de ellas (no sé cuál) acababa de aterrizar en los Campos Elíseos. Salimos apresuradamente al balcón: la avenida estaba llena de grupos de personas con los ojos clavados en el cielo. Nunca supe si la noticia era cierta o no, pero Alexander Werth, en *The Last Days of Paris* (Los últimos días de París), afirma que fue sólo un globo de observación que se posó en la Place de la Madeleine. La baronesa estaba indignadísima.

—Ya es una desgracia —dijo— que los *boches* invadan tu país, pero cuando descienden de los cielos como hermanas de la caridad, de la *caridad*, es vergonzoso, ¡los muy cerdos!

Al salir del domicilio de la baronesa, bajé andando por los Campos Elíseos, crucé el Faubourg St. Honoré y me detuve en la embajada británica para ver a Sir Charles Mendl. La Fuerza Expedicionaria Británica tenía una regla que excluía a las mujeres corresponsales del frente y le pregunté a Charles si, en su opinión, había alguna posibilidad de soslayarla. Dijo que le

parecía difícil conseguirlo en París y me aconsejó que lo intentase en Londres.

Charles no estaba nada contento con la situación.

—Los aviones y cañones alemanes son terribles —dijo—. Pero, aun así, creo que no son tan peligrosos como la moral de los franceses. Si aguanta, estoy convencido de que todo irá bien, pero si no...

Conocía a Charles Mendl desde hacía más de cuatro años. Era uno de los primeros amigos que tuve en Europa y nunca pasaba por París sin ir a verle. Era una de las personas más sabias que conocía y los veinticinco años que llevaba en Francia le habían dado una profunda comprensión de su gente; muchas veces había hecho predicciones contrarias a las creencias que predominaban en el momento e invariablemente dichas predicciones se habían visto corroboradas. Había dudado de su opinión sobre Francia cuando lo de Múnich y luego se había visto que tenía razón: pero yo no había aprendido la lección y ahora volvía a dudar de él. Los políticos franceses podían ser derrotistas, pero sin duda el ejército francés no lo era: todo el mundo sabía que los franceses luchaban como tigres en su propio suelo. Era una de las cosas que te enseñaban de niña. Le dije que, en mi opinión, sus temores no se verían confirmados y contestó:

—Eso espero, pero pienso que esta gente no es igual que hace veinte años.

Seguí el consejo de Charles y decidí viajar a Londres al día siguiente. Cuando volvía al hotel me tropecé con Euan Butler. No le había visto desde la noche en que Robert y Lucy habían montado en los ponis de la Herradura de Oro, el club nocturno de Berlín. Al estallar la guerra, había dejado su empleo de corresponsal del *Times* para alistarse en el ejército. Ahora se hallaba adscrito al cuartel general y había venido a París por asuntos oficiales. Tenía que volver al frente por la mañana, así que decidimos celebrar nuestro encuentro y nos fuimos a cenar a Le Bœuf Sur le Toit. En el restaurante había sólo unas cuantas personas y todas ellas miraron con curiosidad los pantalones a cuadros escoceses que llevaba Euan (servía en un regimiento escocés) y algunas sonrieron un poco. El ambiente no era muy alegre, pero cenamos bien y Euan se mostró muy animado. Era la única persona realmente optimista que vi durante las cuarenta y ocho horas que pasé en la ciudad. Al preguntarle si las historias sobre paracaidistas eran ciertas, repuso que creía que los

alemanes habían lanzado algunos hombres detrás de las líneas francesas, pero, desde luego, no iban vestidos de monja ni de obispo. Agregó que alguien había comentado burlonamente que los franceses tendrían que avisar a los alemanes que si descendían disfrazados de bailarinas, podían contar con que serían violados por la tropa. Dijo que en el Ministerio de Guerra francés la moral era excelente y que nadie estaba preocupado a causa de los últimos partes que se habían recibido. Cuanto más avanzaran los alemanes, más probabilidades habría de que se vieran aislados al producirse el contraataque.

¡Por supuesto! ¿Cómo no había caído en ello yo misma? Me fui a la cama muchísimo más tranquila y al día siguiente, cuando partí con destino a Londres, ya había recuperado plenamente el optimismo. Ni siquiera me alarmó el comunicado francés, que confirmó lo que me había dicho Fruity y reconoció lacónicamente que «entre Namur y Mezières las tropas alemanas cruzaron el río por tres puntos». Mientras el autobús traqueteaba por las calles de París camino de Le Bourget, no me imaginaba que volvería a ver la capital cuatro semanas más tarde, exactamente veinticuatro horas antes de que el ejército alemán subiese con gran estruendo por los Campos Elíseos.

En Londres todo el mundo tenía fe en el contraataque francés que nunca llegó. Los franceses, decía la gente, eran unos improvisadores maravillosos. La guerra móvil era algo nuevo para ellos, les había pillado por sorpresa, pero no cabía ninguna duda de que se recuperarían y cuando atacasen lo harían con una fuerza terrible. Día tras día la gente cogía el periódico de la mañana contando con leer la noticia de que la gran ofensiva había empezado; pero el comunicado informaba solamente de nuevos avances alemanes. Entonces, el 28 de mayo, el rey Leopoldo de Bélgica se rindió inesperadamente.

Aquella misma noche cené con un oficial del estado mayor británico que acababa de regresar del frente. Cuando le dije que intentaba volver a Francia, respondió:

—Averigua por qué los franceses no quieren luchar. Averigua por qué no quieren permanecer en sus puestos; por qué no quieren entablar batalla con el enemigo; por qué ni tan sólo quieren contraatacar.

Al preguntarle si la respuesta no estaba en la aplastante superioridad de Alemania, negó con la cabeza. En la última guerra, dijo, los ejércitos británico y francés hicieron frente a un fuego mucho más mortífero que el que se había visto en la guerra de ahora. El tonelaje de explosivos que lanzaba la artillería era infinitamente mayor que el que los alemanes podían arrojar desde el aire. También refutó lo que se decía en el sentido de que los cañones antitanques franceses eran demasiado ligeros y sus proyectiles no podían penetrar en el blindaje de los tanques pesados alemanes. (Los expertos afirmaban que el cañón antitanque normal, que disparaba proyectiles de 1 kilo y del que los franceses estaban bien dotados, era lo bastante potente para inutilizar los tanques más pesados.)

Le pregunté qué pensaba acerca de las probabilidades que tenía la Fuerza Expedicionaria Británica, ahora que el rey Leopoldo se había rendido, y replicó de modo terminante:

—Cero. No tiene ninguna probabilidad. Podemos darla por perdida. Suerte tendremos si logramos recuperar diez mil hombres.

Horas antes, en la Cámara de los Comunes, Churchill había hecho alusión al mismo desastre al decir:

Mientras tanto, la situación de los ejércitos británicos y franceses, que en estos momentos libran una durísima batalla y se ven acosados por tres lados y desde el aire, es evidentemente gravísima. La rendición del ejército belga de esta manera aumenta de forma apreciable el peligro en que se encuentran... Espero hacer ante la Cámara una declaración sobre la situación general cuando sea posible conocer y medir el resultado de la intensa lucha que tiene lugar en estos momentos. Esto no será, quizá, hasta comienzos de la próxima semana. Mientras tanto, la Cámara debe prepararse para recibir pésimas noticias. Sólo me queda añadir que nada de lo que suceda en esta batalla puede en modo alguno relevarnos de nuestra obligación de defender la causa mundial con la que nos hemos comprometido; y tampoco debería destruir nuestra confianza en nuestra capacidad de avanzar, como en ocasiones anteriores de nuestra historia, a través del desastre y a través del dolor hasta alcanzar la derrota definitiva de nuestros enemigos.

A pesar de esta advertencia, el público en general parecía no ser consciente de la gravedad de la situación. La gobernanta de Anne O'Neill, la señora Kinch, tenía dos sobrinos en la Fuerza Expedicionaria Británica, pero su único comentario fue:

—Las cosas parecían igual de malas en la última guerra. Al final todo irá bien.

Para la gente enterada, sin embargo, la siguiente semana fue muy mala. El jueves, 30 de mayo, empezó el intento de evacuación. Dos días después fui a Mereworth con Anne para pasar el fin de semana con Esmond Harmsworth. Los alemanes habían llegado a los puertos del canal de la Mancha y, aunque la casa se encontraba a más de sesenta kilómetros de la costa, el suelo se estremecía de vez en cuando a causa de la lejana explosión de las bombas. Loelia Westminster se encontraba con nosotros, callada y deprimida; faltaba ya poco para que terminase el fin de semana cuando por primera vez nos dijo que su hermano estaba entre los hombres de la Fuerza Expedicionaria Británica. Debió de ser una experiencia desagradable para ella, ya que durante todo el día oíamos cazas y bombarderos que iban camino de la batalla. Nos sentábamos en la terraza para verlos pasar, las alas plateadas casi indistinguibles sobre el cielo. Los que se iban siempre parecían ser más que los que volvían y empezamos a contarlos, morbosamente.

El milagro de la evacuación ya es historia. Todo el mundo sabe que centenares de pequeños veleros, pesqueros, dragaminas y otras embarcaciones cruzaron el Canal y trajeron a más de doscientos setenta mil hombres de las playas de Dunkerque. Anne y yo bajamos en coche hasta Dover y vimos desembarcar a parte de las tropas. Centenares de soldados sucios y cansados desfilaron por los muelles. Algunos llevaban armas y demás pertrechos, otros no llevaban nada; algunos iban de uniforme y otros vestían una extraña mezcla de jerséis y pantalones. La mayoría estaban muy animados y saludaban con la mano a la multitud que se apretujaba contra las barreras para aclamarles. Los soldados ingleses sonreían tímidamente y se contaban chistes; los soldados franceses lanzaban besos a las muchachas. Regresé a Londres en tren y durante todo el trayecto vi ondear banderas británicas.

El hermano de Loelia Westminster, Lord Sysonby, estuvo entre los últimos que volvieron. Unos días después almorcé en casa de Loelia y encontré a su hermano allí. Me moría de ganas de que me hablara de la batalla, pero, como a la mayoría de los ingleses, a Lord Sysonby le encantaba quitarle importancia a las cosas y me resultó difícil hacerme una idea general de lo sucedido

basándome en lo poco que me contó. Dijo que su regimiento luchaba a lado de una unidad belga. La noticia de la rendición del rey Leopoldo creó una situación extremadamente delicada. A los ingleses les pareció que sería de mal gusto sacar a colación el asunto, pero, como ansiaban saber qué iba a ocurrir, finalmente recurrieron a las alusiones veladas.

—¿Es probable...? Esto... ¿suponéis...? Esto... ¿os largaréis pronto?

Los belgas les miraron con expresión enojada y declararon que, con rey o sin rey, lucharían hasta el final.

A continuación describió los refugiados que encontraron en la carretera y habló de los miles de tanques, camiones y cañones de campaña que fue necesario abandonar en los campos. Dijo que estaban evacuando a los habitantes de muchos pueblos y ciudades, pero que la evacuación más extraña que vio fue la de un monasterio trapense francés. Debido a que los trapenses hacían voto de silencio, toda la operación tuvo que llevarse a cabo por medio de señas y gestos frenéticos.

Aunque su unidad en particular había librado uno de los últimos combates para cubrir la retirada, minimizó el papel que habían desempeñado. Al preguntarle si se había encontrado cara a cara con los alemanes, contestó:

—Sólo una vez. Salieron en gran número de detrás de una colina y su aspecto era extraordinario. Llevaban unos uniformes de lo más peculiares. Una especie de pantalones grises y corbatas raras. Parecían alumnos de Eton.

Basil Dufferin, que también asistía al almuerzo, hizo un intento desacertado de bromear.

—¿Y corrían igual de rápido?

—¡Sí, gracias a Dios!

Ahora bien, de no haber tenido en cuenta que Lord Sysonby era inglés, uno habría podido pensar que toda la retirada desde Flandes hasta Dunkerque fue una sucesión de episodios divertidísimos y que su propio papel en particular fue el de observador imparcial. Pero, como era inglés, no me llevé una sorpresa cuando, al cabo de varias semanas, leí en el *Times* que se le había concedido la Orden de Servicios Distinguidos.

Mientras tanto, seguía intentando ir a Francia. Al fracasar la Fuerza Expedicionaria Británica, solicité permiso para entrar en la zona del ejército francés. El Ministerio de Información francés me dijo que era imposible acreditarme oficialmente, pero que sin duda podrían organizarme una «gira» por el frente. Pasaron varios días, sin embargo, sin tener noticias tuyas. Finalmente, la mañana del lunes 10 de junio me llamaron del ministerio y me aconsejaron que fuera a París y resolviera allí los últimos detalles. El cónsul francés puso en mi visado un sello que decía «Válido por un mes»; fue cuatro días antes de que los alemanes ocupasen la capital.

En aquel momento no pareció una imprudencia, toda vez que la prensa británica persistía en su optimismo. Aunque el general Weygand había hecho un llamamiento desesperado en su orden del día del domingo, 24 horas antes («Hemos llegado al último cuarto de hora. Manteneos firmes»), los titulares del *Daily Telegraph* del lunes decían: «Los franceses frenan la ofensiva alemana. La defensa más fuerte de la historia. Los prisioneros nazis hablan de un serio revés. Los ataques del Aisne detenidos por completo».

También en primera plana aparecía el siguiente despacho:

De nuestro corresponsal.

París, domingo.

París nunca será de Hitler intacto, según un portavoz del gobierno francés hoy. Cuando le pregunté si, en el peor de los casos, los franceses declararían París «ciudad abierta» en un esfuerzo por preservar la ciudad más bella del mundo, el portavoz contestó: «Nunca. Estamos seguros de que las hordas mecanizadas de Hitler jamás llegarán a París. Pero si llegaran tan lejos, puede usted decirles a sus compatriotas que defenderemos cada piedra, cada terrón de tierra, cada farola, cada edificio, porque preferiríamos que nuestra ciudad fuera arrasada a que cayese en manos de los alemanes».

Ante la disyuntiva de escoger entre correr la suerte de Varsovia y la de Rotterdam, los franceses —fieles a las mejores tradiciones de una nación que nunca ha pedido cuartel— han decidido que preferirían que su ciudad, con sus mejores tesoros artísticos, fuera destruida a cualquier tipo de capitulación ante los invasores. Si el ejército sin rostro quiere París, tendrá que luchar por ella.

A propósito, está el hecho de que contra una gran ciudad los tanques son totalmente impotentes. Los cadáveres alemanes se amontonarán en la periferia antes de que un solo nazi entre en un gran montón de ruinas.

Daba la impresión de que París resistiría durante un tiempo. Mis

probabilidades de ir allí, sin embargo, parecían escasas, toda vez que aquella noche los italianos entraron en guerra, los alemanes cruzaron el Sena por un punto situado a unos cincuenta kilómetros al sudeste de Rouen y el señor Rogers de la Cook's Travel Bureau me dijo por teléfono que se habían suspendido todos los vuelos. Aquel día, no obstante, almorcé con Baba y Fruity Metcalfe. Lord Halifax estaba presente e hizo un comentario que me infundió ánimos: «No tengo ningún motivo para ser optimista, pero creo que a partir de ahora las cosas mejorarán».

Tal vez, me dije, lo conseguiré después de todo. En efecto, a las nueve y media de la mañana siguiente el señor Rogers llamó para decirme que iba a salir un avión y preguntarme si podía presentarme en las oficinas de Imperial Airways en veinte minutos. Aún no me había levantado. Llamé a todos los timbres de la casa, llené una maleta de prisa y corriendo, me puse un vestido y salí disparada. Lo conseguí. Media hora después me encontraba en un autobús camino de Croydon.

Hasta entonces no había tenido la oportunidad de echar un vistazo a los periódicos. En el *Telegraph* leí:

Mientras el ejército francés se prepara para resistir con la espalda contra la pared ante las puertas de París y gran número de ciudadanos de la capital francesa se dirigen al sur, el enemigo ha redoblado sus esfuerzos a unos sesenta kilómetros al norte y se ha seguido combatiendo encarnizadamente durante todo el día.

Resistir con la espalda contra la pared ante las puertas de París. El sitio podía durar días.

Las últimas veinticuatro horas de París

Había alrededor de una docena de pasajeros en el avión y ninguno de ellos sabía dónde íbamos a aterrizar, sólo que sería «en algún lugar de Francia». Cruzamos el canal de la Mancha, volamos muy bajo sobre Guernsey y aún más bajo al llegar a la costa francesa. A veces daba la impresión de que sólo por poco no rozábamos los tejados de las casas de labranza.

Volábamos en zigzag y a veces el morro del aparato apuntaba primero en una dirección y luego en otra. Después de aproximadamente una hora y media comenzamos a volar en círculo alrededor de un aeródromo grande. En el suelo había cráteres abiertos por las bombas y dos de los hangares habían sido destruidos. De los edificios salía gente que gesticulaba y nos señalaba.

El campo había sido convertido en un aeródromo militar y cuando aterrizamos nos rodearon numerosos trabajadores vestidos con monos azules que nos miraban con curiosidad, como si acabáramos de llegar de Marte. Pregunté a uno de ellos dónde estábamos y replicó que en Tours. No alcanzaba a imaginar por qué todos nos miraban de forma tan extraña hasta que alguien me dijo que el nuestro era el primer avión que había llegado desde hacía cuarenta y ocho horas; si estábamos allí era sólo porque el piloto había discutido con la compañía hasta que finalmente había logrado que le permitieran arriesgarse a volar a Francia.

Desde luego, nadie nos esperaba. Tras aguardar un largo rato en el aeródromo llegó un autobús que nos condujo a un patio pequeño que había detrás de la estación. Nos dijeron que no podríamos apearnos del autobús hasta que llegara el inspector de aduanas y al inspector de aduanas no se le

encontraba por ninguna parte. Nos pasamos cinco horas sentados en el autobús mientras numerosos funcionarios franceses, todos ellos muy agitados, revoloteaban alrededor nuestro y criticaban la situación. Suplicamos que nos dieran permiso para ir a un restaurante, pero las autoridades se mantuvieron en sus trece: se produjo un fuerte altercado entre las autoridades y uno de los pasajeros, un anciano que estaba empeñado en ir al lavabo de caballeros. Finalmente le permitieron ir bajo custodia.

La mayoría de los pasajeros eran ingleses. Dos de ellos se quedarían en Tours; tres intentaban llegar a Marsella y desde allí viajar al norte de África; tres, a Burdeos; la última, una mujer joven, a Suiza para reunirse con su marido, que estaba en la legación británica. Aparte de mí, la única persona que iba a París era un hombrecillo gordo y excitable, de cabellos negros que pedían a gritos un buen corte, y rostro amarillo y grasiento. Hablaba inglés con acento extranjero y me pregunté cuál sería su nacionalidad. Se le veía terriblemente nervioso y no paraba de preguntar el horario de los trenes con destino a París. Cuando una de las autoridades se encogió de hombros y dijo secamente que ni pensar en ir a París, que a París ya no iba nadie, pareció que el hombrecillo iba a romper a llorar de un momento a otro.

—*Debo* ir a París. Sin duda hay alguna forma de...

Me apresuré a ponerme de su parte.

—Yo también debo ir a París —dije con firmeza.

—*Je crois que c'est impossible. C'est très dangereux.*

—No me importa si es o no es peligroso —dijo el hombrecillo jadeando—. ¿Funcionan los trenes? Lo único que quiero saber es si funcionan los trenes.

El funcionario se encogió de hombros y se alejó.

—No se preocupe —dije—. Iremos a París de algún modo. Si los trenes no funcionan, quizá podamos alquilar un coche.

—Sí, sí —gimió.

Su orondo rostro era más grasiento que nunca y el hombrecillo sacó un pañuelo para secarse la frente.

A las cinco llegó el inspector de aduanas e inspeccionó nuestro equipaje. Uno de los funcionarios de Air France estaba con él y cuando le hicimos

preguntas sobre los trenes contestó, como si fuera la cosa más natural del mundo:

—¿París? *Certainement!* Cada veinte minutos sale un tren.

El hombrecillo y yo nos fuimos corriendo a la estación.

El espectáculo era extraordinario. Rebosante de humanidad, parecía una estación como las que se ven en la India, con gente que se daba codazos y empujones, dormía y hasta comía en el andén. Todo el mundo llevaba docenas de sacos y fardos y centenares de personas estaban sentadas esperando los trenes.

El hombrecillo se abrió paso hasta uno de los despachos de billetes y pidió información. Le dijeron que el tren no llegaría hasta las ocho. Compramos los billetes y nos fuimos a comer algo a un café que había en la acera de enfrente.

Fue la primera oportunidad que tuve de fijarme bien en la escena que me rodeaba. Camiones y coches cargados hasta los topes de enseres domésticos y cosas por el estilo atravesaban la ciudad. Había refugiados en todas partes: deambulando por las calles y entrando en restaurantes y cafés, sólo para tener donde sentarse. Al principio el dueño del café se negó a dejarnos entrar, pero al final logramos persuadirle de que realmente queríamos *comprar* algo.

El hombrecillo (nunca supe cómo se llamaba) me dijo que era egipcio y había venido a pasar unos meses en Francia. Era funcionario del Gobierno egipcio —subsecretario de Estado para Obras Públicas— y acababa de pasar unos días en Londres para atender unos asuntos oficiales. Debido a la suspensión de todos los vuelos no había podido regresar a Francia hasta ahora. Había dejado en París a sus dos hijos de corta edad y más de dos mil libras en efectivo que había sacado del banco y escondido en la casa.

—El dinero no me importa —decía una y otra vez—. Pero mis hijos. Tienen una niñera que los cuida, pero no sabrá qué hacer. Dios sabe qué será de ellos si no consigo llegar a París.

Intenté tranquilizarle, pero estaba tan nervioso que no podía quedarse quieto. Cada diez minutos cruzaba corriendo la calle para preguntar una vez más a qué hora llegaría el tren. Finalmente dijo que sería mejor esperar en la estación para tener la seguridad de que no se nos escapara, de modo que

cargamos con el equipaje, nos abrimos paso a empujones entre el gentío y nos sentamos en el andén, donde tuvimos que soportar las corrientes de aire.

Estuvimos sentados allí durante exactamente seis horas porque el tren que debía llegar a las ocho no llegó hasta la medianoche. El hombrecillo había hecho bien al insistir en que nos sentáramos cerca de la vía, toda vez que al llegar el tren se armó un barullo tremendo y una oleada de centenares de personas se abalanzó sobre él. Nos metimos en un compartimento tan abarrotado de gente que apenas podíamos respirar. Sin embargo, la congestión duró poco. Tras recorrer alrededor de treinta kilómetros el tren se detuvo en una estación y todo el mundo se apeó para coger un tren con destino a Burdeos. Durante el resto del viaje en el tren había únicamente tres pasajeros: el egipcio, yo y un francés de mediana edad que regresaba a París para ocuparse de una tienda que poseía en el Barrio Latino.

Fue un viaje extraño con el tren vacío circulando con gran estruendo por las vías, el viento entrando por las ventanillas y la terrible quietud de la campiña sumida en la oscuridad. El francés era pesimista y dijo que pensaba que la situación era desesperada.

—Puede que lleguemos a París y nos encontremos con que los alemanes ya están allí.

—¡Tonterías! —dije—. No pueden atravesar las defensas de la ciudad de la noche a la mañana. Si tienen que luchar calle por calle para tomarla, no será fácil. Las cosas siempre parecen mucho peores de lo que son. Probablemente cuando lleguemos nos encontraremos con que todo es más normal que en Tours.

No lo decía para dar ánimos al egipcio, sino porque realmente lo creía. Recordé las noticias alarmantes que había oído antes de ir a España; recordé que las tropas de Franco habían llegado hasta las mismísimas puertas de Madrid y que la capital había resistido durante más de dos años. La confusión que reinaba en Tours no había sido tranquilizadora, pero la experiencia me había enseñado que a menudo, cuanto más cerca del frente, mayor tranquilidad hay. Aún no me había dado cuenta de que lo que veía era el comienzo de la caída de Francia.

Ciertamente, no estaba preparada para la escena que nos recibió al entrar

el tren en la estación de Austerlitz en París. Eran aproximadamente las cinco de la mañana y justo empezaba a amanecer. La estación estaba casi desierta y no había ningún encargado de recoger los billetes. De hecho, no había señales de vida: ni un mozo de estación, ni un taxi, ni un vendedor de periódicos: nada. Pero al salir a la calle, la cosa cambió. Las grandes puertas de hierro de la estación tenían echado el pestillo y ante ellas se agolpaba una ingente multitud que gritaba y chillaba. Era un inmenso mar de rostros. Todo el mundo iba cargado con sacos y fardos, incluso jaulas y toda suerte de animales domésticos. Un pelotón de gendarmes se había encaramado a la reja de hierro y les pedía a gritos que se fueran:

—¡No saldrán más trenes de París! ¡El último tren ya ha salido! Márchense a casa, les digo, no saldrán más trenes de París.

—¡Abrid las puertas! ¡Abrid las puertas! —respondía la muchedumbre, también a gritos.

Una voz de hombre se alzó por encima del tumulto.

—¡Si no quieren hacer funcionar los trenes para nosotros, nosotros mismos los haremos funcionar!

Los policías, cansados y exasperados, no paraban de replicar que era inútil, pero no parecía servir de nada. De todos lados iba llegando más y más gente que cruzaba la plaza.

—Bien —dijo el comerciante francés—, ¿qué me dicen? ¿Es esto lo que se esperaban? Me parece que no tenemos ninguna probabilidad de encontrar un taxi.

Nos abrimos paso como pudimos entre el gentío y echamos a andar calle abajo. Un taxi se detuvo junto a la acera y de él se apearon nueve personas. Nos acercamos al taxista, le preguntamos si estaba libre y dijo que sí con la cabeza. En aquel momento no me di cuenta de que había sido un gran golpe de suerte, pero más adelante descubrí que, al parecer, en todo París no circulaba ningún otro taxi.

El francés dijo que vivía a sólo una o dos travesías de allí y que prefería ir andando. El egipcio y yo subimos al taxi y, justo en el momento en que nos poníamos en marcha, una chica francesa golpeó la ventanilla y nos preguntó si podíamos llevarla. El egipcio me pidió que le dejase en determinado sitio; al

despedirnos, le di mi nombre y le dije que si podía hacer algo por él, me lo dijese. Luego le pregunté a la chica adónde quería que la llevara. Era joven y bonita e iba bien arreglada. Me miró, sonrió y dijo:

—A ninguna parte. Simplemente me apetecía dar un paseo.

Y no cabe duda de que dio un paseo muy largo, porque nos pasamos cerca de dos horas dando vueltas por París. Primero fui al Ritz y llamé al timbre de la puerta. Después de cinco o diez minutos apareció el portero, abrió la puerta cautelosamente y me dijo que el hotel estaba cerrado.

—Se han ido todos —dijo.

Le rogué que me diera una habitación, pero se limitó a decir:

—No, no, el hotel está cerrado. Se han ido todos.

Luego cerró dando un portazo.

Seguidamente fui al hotel Vendôme, que quedaba a unas manzanas de allí. Me dijeron lo mismo. Empezó entonces una larga peregrinación por toda la ciudad. Debí de probar suerte en quince hoteles. Algunos porteros me dieron con la puerta en las narices, otros me echaron una bronca, y aún otros se negaron a contestar. Al preguntarles si sabían de alguno que estuviera abierto, me miraban con expresión malhumorada y negaban con la cabeza. Durante todo el rato la muchacha francesa permaneció sentada en el taxi, fumando un cigarrillo y contemplando con interés lo que sucedía.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Es que *todo el mundo* se ha ido de París?

—Oh, no, Mademoiselle. Es curioso, ¿verdad? No ha habido ninguna evacuación oficial. Los únicos que se van son los que tienen miedo a las bombas. Creen que los alemanes bombardearán París.

—¿Y tú? ¿No piensas irte?

—Oh, no, no a menos que los alemanes se acerquen más. Me iré antes de que lleguen los *boches*. Pero aún falta mucho tiempo para eso.

—¿Me estás diciendo que toda esta gente se va solamente porque está asustada? Sin duda los *boches* deben de estar muy cerca.

—Oh, no, Mademoiselle, de veras que es sólo a causa de las bombas. Si hubiera algún peligro real, el Gobierno nos habría dicho que nos fuéramos.

—¿Tienes familia en París?

—No, estoy completamente sola. Pero he vivido aquí toda la vida. Soy parisina.

—¿Trabajas? ¿Tienes un empleo?

—No, Mademoiselle.

De pronto, caí en la cuenta: resultaba obvio que era una *cocotte*.

—Pero si se trata sólo de que la gente está asustada, ¿por qué todos los hoteles han cerrado?

—Las bombas, Mademoiselle. Únicamente las bombas.

El taxista asintió con la cabeza, complacido, corroborando la teoría de la muchacha. A mí me pareció extraordinario. A pesar de todas las noticias que hablaban de «resistir con la espalda contra la pared ante las puertas de París», nada en la capital hacía pensar en una ciudad preparada para defenderse. ¿Dónde estaban las barricadas? ¿Dónde estaban las tropas? ¿Dónde estaban los cañones? A decir verdad, ¿dónde estaba algo o alguien? Hasta ahora sólo había visto una docena de porteros de hotel, tres gendarmes y una multitud de civiles aterrorizados que trataban de huir.

Finalmente desistí de seguir buscando habitación en un hotel y decidí recurrir a alguno de mis amigos. Le dije al taxista que me llevara al Quai de Bethune, donde vivía Knickerbocker. Las puertas estaban cerradas, pero después de llamar al timbre durante diez minutos se oyó un zumbido y entré en el patio.

—*Qui est là?* —preguntó la portera desde el otro lado de la ventana.

—¿El señor Knickerbocker está en casa?

—No, no. Se fue de París hace tres o cuatro días.

Por primera vez empecé a sentirme preocupada. Si Knickerbocker se había ido, las cosas debían de estar feas. Me fui a la Place Madeleine, donde se alojaba Eddie Ward, pero también él se había ido. Entonces subí hasta los Campos Elíseos, para probar suerte en el piso de la baronesa, pero encontré las puertas cerradas con llave y la casa vacía.

Me quedé en medio de la calle sin saber qué hacer. La chica seguía sentada cómodamente en el taxi, dando caladas a un cigarrillo; el taxista, un hombre de mediana edad que lucía un enorme bigote, parecía pensar que conmigo tenía trabajo para toda la mañana. Únicamente llevaba cien francos

en moneda francesa y me había gastado noventa en el billete de tren para París. Sólo tenía moneda inglesa para pagarle y me pregunté qué pasaría. Al otro lado de la calle estaba la Rue de Berri. Recordé vagamente que un día, en Finlandia, Walter Kerr había comentado que algunos periodistas solían reunirse allí, en el hotel Lancaster, para echar unas partidas de póquer. Decidí hablar con el portero y ver si podía darme alguna noticia.

—¿El señor Kerr se hospeda aquí?

—*Oui, mademoiselle.*

Me quedé tan atónita que apenas pude dar crédito a mis oídos.

—Tengo que hablar con él inmediatamente.

El portero arguyó que Walter aún no estaba despierto, pero finalmente le persuadí para que lo llamara por el teléfono interior.

—¿Quién es? —preguntó una voz somnolienta.

—Soy Virginia Cowles. ¿Puedes prestarme doscientos francos para pagar el taxi? Me he quedado sin dinero.

—¿Qué diablos haces aquí? ¿Has venido por la ocupación?

—¡Dios mío! ¡No! Sólo estaré aquí uno o dos días.

—Escucha —dijo Walter—. O tú te has vuelto loca o el que está loco soy yo. Ahora mismo les diré que bajen el dinero y dentro de una hora nos encontramos para desayunar. ¿Bastarán doscientos francos?

Le di todo el dinero al taxista, le dije que llevase a la chica a donde quisiera ir y que volviese al mediodía por si le necesitaba. Pero evidentemente alguien le hizo una oferta mejor, porque se fue a toda pastilla por los Campos Elíseos y nunca volví a ver a ninguno de los dos.

El martes 11 de junio los ingleses y los norteamericanos abrieron el periódico de la mañana y leyeron: «Los alemanes, a menos de treinta kilómetros de París». Me pregunté cuántos de ellos se imaginaban cómo estaba París. Nadie había visto jamás París en semejante estado; sólo un puñado de extranjeros pueden contar que vieron la ciudad más alegre del mundo sumida en el silencio y abandonada, con los bulevares vacíos, los cafés cerrados, las persianas bajadas, cortadas las comunicaciones por teléfono y telégrafo, un

París tan silencioso que, literalmente, apenas se movía un gato.

Me sentía aturdida. No tenía nada de raro que a las cinco o las seis de la mañana las persianas estuvieran echadas y que en las calles no hubiera ni un alma. Pero ahora eran las diez de la mañana. Cuando Walter Kerr y yo subimos en coche por los Campos Elíseos el sol brillaba entre los castaños como siempre en el mes de mayo, pero eso era lo único que me recordaba al París que conocía. Habían desaparecido las multitudes bulliciosas, el fragante aroma del tabaco, el agua que manaba de los surtidores y sólo quedaba un extenso espacio vacío. El nuestro era el único automóvil que había en toda la avenida. El silencio era tan grande que el chasquido de nuestros neumáticos resonaba con fuerza.

Seguía sin salir del asombro que me había producido enterarme de que París no iba a ser defendida. Sin duda lo mismo les había ocurrido a muchas otras personas, ya que hasta aquella mañana no se pegaron en las paredes carteles que declaraban la capital «ciudad abierta»: el primer aviso que se dio a los habitantes de París. Pensé en la pequeña *cocotte* y me pregunté qué diría cuando los leyera. No entendía por qué el Gobierno no se había esforzado por aconsejar a los civiles sobre lo que debían hacer, pero Walter dijo que su comportamiento había sido vergonzoso desde el primer momento. Los funcionarios habían declarado con firmeza que se quedarían en París, luego, el lunes, habían huido precipitadamente sin decir palabra. Aparte del hecho de que la policía se había hecho cargo de los comercios y de que a los hombres en edad militar, que no habían sido movilizados, se les había aconsejado que se fueran, nada se había dicho a los ciudadanos.

Subimos en coche por los Campos Elíseos hasta el Arco de Triunfo. La llama eterna seguía ardiendo y tres gendarmes velaban en solitario. Bajamos luego por la Avenue Marceau, cruzamos el Pont de l'Alma y pasamos por los Inválidos, donde una flota de quinientos o seiscientos taxis se encontraba alineada, a la espera, evidentemente, de una evacuación de papeles y documentos a última hora. Pasamos por la École Militaire. También aquí había hombres que acarreaban cajas de expedientes y las cargaban en furgonetas.

Atajamos por algunas de las calles laterales del Barrio Latino y vimos que en sus partes más pobres estaban repletas de gente.

Vendedores con carros de fruta y verdura atendían a la clientela como de costumbre y las amas de casa regateaban con la persistencia de siempre. Eran las personas demasiado pobres para irse de París. Volvimos a los bulevares principales y una vez más las únicas señales de vida eran algunos grupos cargados con sacos y fardos que se iban de la capital andando y, de vez en cuando, algún automóvil que salía a toda velocidad de una calle lateral, dando bandazos bajo el peso de los enseres domésticos amontonados en el techo.

Walter hizo un gesto apesadumbrado con la cabeza.

—Ésta es una mañana que nunca olvidaremos.

—Sí. Supongo que es lo que llaman ver cómo se hace la historia... o se deshace. Pero desearía haberme perdido este capítulo en particular.

No quería recordar París de aquella manera. Era como ver morir a una persona querida; como ver una cara irreconocible a causa de alguna enfermedad. Con sólo otras veinticuatro horas de vida, los latidos del corazón de la capital ya eran tan débiles que apenas se oían.

—No podrás salir de aquí antes de que lleguen los alemanes —dijo Walter—. No hay forma alguna de salir. Es imposible encontrar un coche en toda la ciudad. Te prestaría el mío, pero sólo me quedan tres o cuatro litros de gasolina y no llegarías muy lejos. De todos modos, puede que lleguen de un momento a otro. Sabe Dios que no hay forma de detenerlos.

—¿Quieres decir que nadie lucha contra ellos?

—Bueno, escucha. ¿Oyes disparos de cañón? Los alemanes no pueden estar a más de veinte minutos en coche y ¿oyes disparos de cañón, aunque sea de uno solo?

Me pasé el resto del día aguzando el oído, pero no se oían disparos de cañón; sólo un silencio de muerte. Cuando Walter y yo bajamos en coche hasta la Place de la Concorde, vimos a un grupo de soldados —alrededor de media docena— cruzando lenta y pesadamente la plaza. Sus caras estaban sucias y sus uniformes aparecían cubiertos de barro endurecido. Dos de ellos cojeaban, un tercero llevaba la cabeza vendada, un cuarto se había quitado las botas y las sujetaba en la mano. Era obvio que se trataba de rezagados o desertores que se habían extraviado y volvían a casa. Pero no había nadie que pudiera fijarse en ellos. Nadie tenía tiempo para soldados ahora.

Walter era el corresponsal permanente del *Herald Tribune* en París y uno de la media docena de periodistas norteamericanos que se habían quedado en la capital para ver la ocupación alemana. Todos los demás se habían ido tres días antes. Al parecer, también yo iba a ver la ocupación, me gustase o no, y empecé a pensar cómo volvería luego a Inglaterra.

—Dado que Italia está en guerra, tu única esperanza será viajar pasando por Rusia, Oriente y Estados Unidos. O quizá podrías pasar por Noruega y Suecia hasta Finlandia y embarcar en Petsamo para atravesar el Mar del Norte.

Ninguna de aquellas posibilidades me atraía especialmente. Me vi a mí misma viajando durante el resto de la guerra.

—Pero ¿me estás diciendo que no *sabías* en qué te metías? —persistió Walter—. Los periodistas que estamos en París hemos sabido desde el martes que la ciudad no sería defendida.

Contesté que llevaba veinticuatro horas sin ver un periódico, pero que hasta entonces la prensa inglesa no había publicado nada que hiciera pensar que París sería declarada ciudad abierta. Al contrario, había publicado despachos que afirmaban que sería defendida hasta quemar el último cartucho. Aún tenía conmigo el *Daily Express* del día anterior y le enseñé el reportaje de la British United Press fechado el martes en París:

Las autoridades militares se han hecho cargo hoy del control de París. Se han instalado barricadas en todas las carreteras que conducen a la ciudad y se estaban haciendo preparativos para defenderla calle por calle si era necesario. Se oyeron aviones durante toda la noche y antiaéreos a intervalos. De vez en cuando se oye artillería más pesada en el norte.

Mientras tanto, continúa el éxodo de civiles. Durante toda la noche, mujeres, niños y ancianos partieron hacia el sur y continúan haciéndolo hoy. Pero París se niega a ser presa del pánico. Las tiendas abren como de costumbre; incluso todavía hay joyas expuestas en los escaparates. El espíritu de Francia aparece ejemplificado hoy en *Le Matin*. Dice: «Hace dos mil años se destruyeron los puentes y se incendiaron los barrios periféricos de la ciudad con el fin de contener al enemigo. Así pues, nada nuevo hay bajo el sol. En las peores crisis París permanece insumiso. París no se somete nunca».

Walter reconoció que no daba muchos indicios de cómo estaban las cosas.

—Pero ¿qué piensan los parisinos? —pregunté—. ¿Quieren ver cómo entregan su ciudad sin luchar?

—No lo sé. La mayoría tienen tanto miedo que resulta difícil saber qué piensan. No saben qué pasa, pobres. Y aunque lo supieran, no podrían hacer gran cosa al respecto. En estos momentos, no me siento capaz de hablar del asunto con ninguno. Durante las últimas veinticuatro horas he huido de ellos como de la peste y sólo he tenido trato con los periodistas. Es demasiado espantoso para hablar de ello.

A mí me pasaba lo mismo que a Walter. Lo último que quería hacer era sacar el asunto a colación. De hecho, la única conversación que sostuve fue con uno de los hombres de un garaje que quedaba cerca del Lancaster. Mientras esperaba a Walter decidí averiguar hasta qué punto estaba mal la situación en lo que se refería a encontrar un coche. Entré en el garaje y pregunté si tenían algún coche en venta o en alquiler. El propietario del garaje era un hombre corpulento y me fulminó con la mirada.

—Óigame, si hubiera un coche en París, *un solo* coche, lo tendría yo. De hecho, si fuera posible robar un coche, lo tendría yo. Hasta sería capaz de matar a alguien para hacerme con un coche. En vez de ello, tengo que quedarme aquí y ver cómo los cochinos *boches* entran en París.

Pronunció la palabra «*boches*» entre dientes, luego escupió violentamente en el suelo.

Walter y yo llegamos a la conclusión de que la embajada norteamericana era mi única esperanza. El embajador, William Bullitt, y el personal se quedarían durante la ocupación y la bandera de las barras y las estrellas todavía ondeaba de modo tranquilizador en el mástil. Al detenernos delante del edificio, un anciano que estaba dando vueltas por el patio se nos acercó corriendo y nos suplicó que le ayudáramos a salir de París. Hablaba inglés con marcado acento extranjero y nos dijo que era alemán de origen judío, el jefe de una organización antinazi.

—Si me encuentran aquí, me fusilarán.

Estaba tan agitado que apenas le salían las palabras. Le dijimos que tampoco nosotros encontrábamos la manera de salir de París y le preguntamos si la embajada no podía ayudarle, pero negó con la cabeza y dijo que lo había

intentado todo. Se fue con los hombros encorvados, presa de la desesperación. Walter dijo que la embajada se había visto asediada por centenares de personas como él y que había ayudado a tantos como había podido.

—Pero ese pobre diablo lo tiene muy difícil. Antinazi o no, nadie querrá llevar a un alemán por miedo a que resulte ser un quintacolumnista.

Walter y yo entramos en la embajada y hablamos primero con el coronel Fuller, el agregado militar. No estuvo muy cordial y lo comprendí perfectamente: las mujeres periodistas con problemas para volver a casa representaban el colmo de los colmos. Dijo que haría todo lo posible, pero no nos dio muchas esperanzas. Seguidamente hablamos con el secretario del embajador, que se mostró más simpático, pero no más optimista.

Bajamos los escalones de mármol blanco.

—No sirve de nada seguir preocupándome —dije—. Aquí estoy y aquí tendré que quedarme.

Justo en aquel momento se oyó una voz:

—Hola, Walter.

Era Henry Cassidy, de la Associated Press. Hablaron de la situación, luego Walter le informó del aprieto en que me encontraba.

—Oh, me parece que puedo echarle una mano —dijo Henry alegremente—. Tom Healy, el corresponsal del *Daily Mirror* de Londres, acaba de llegar a París. Le ha ocurrido como a ti, tampoco sabía lo que estaba pasando. Había estado viajando por la frontera franco-italiana, llevaba un par de días sin recibir noticias y vino a parar aquí por casualidad. Tiene un Chrysler de dos plazas y si no ha prometido ya llevar a otra persona, estoy seguro de que te llevará con mucho gusto.

La ansiedad de la hora siguiente, mientras Cassidy trataba de localizar a Tom, pareció interminable. Finalmente, a la una, mandó un mensaje que decía que Tom pensaba salir a última hora de la tarde y me llevaría con él.

—Suponiendo que para entonces los alemanes no hayan llegado ya —dijo Walter en tono sombrío.

Me pasé las dos horas siguientes mecanografiando mi artículo en la redacción del *Herald Tribune*. Walter escribió un despacho y le prometí que me encargaría de enviarlo desde Tours. Cerca de la redacción había un

pequeño bistró que estaba abierto e intentamos comer algo allí, pero lo único que tenían era café. En París había comida en abundancia, dijeron, pero no había furgonetas ni camiones para repartirla. Walter tenía algunas galletas por las que me sentí agradecida; exceptuando una taza de té el día anterior y un café por la mañana, llevaba casi cuarenta y ocho horas sin probar bocado.

Me fui de París alrededor de las cinco de la tarde. Cuando entré en el hotel Lancaster a recoger el equipaje, el portero, que estaba sentado detrás del mostrador de recepción con aire abatido, dijo:

—¿Usted también se va?

El tono de su voz era casi de reproche y súbitamente me sentí culpable, como si no tuviera derecho a irme.

—Su país es ahora la única esperanza que nos queda —añadió con amargura—. A los norteamericanos siempre les ha encantado París. Tal vez ahora nos ayudarán.

Menuda esperanza, pensé. Durante los últimos nueve meses Estados Unidos había contemplado la invasión de ocho países. La tierra de la libertad había enviado muchas simpatías, pero poco más. «¿Cómo afecta a nuestros intereses?», se había preguntado Estados Unidos mientras en Europa corría la sangre.

De repente surgió en mí una sensación de rabia. ¿Qué le pasaba a mi país para permanecer indiferente ante la destrucción del mundo civilizado, su mundo?

El coche de Tom Healy salió de París y se dirigió al sur. Pasamos junto a las orillas del Sena y vimos el reflejo de los maravillosos edificios gris azulados en el agua. Ninguno de los dos miró atrás.

El principio del fin

Intente pensar en millones de personas. Intente pensar en el ruido y la confusión, en el fuerte olor a gasolina, en el chirriar de los engranajes de los automóviles, en los gritos, los lamentos, las imprecaciones, las lágrimas. Intente pensar en un sol abrasador y, bajo él, una larga columna de seres humanos dirigiéndose al sur desde París, y tendrá una idea del gigantesco éxodo de civiles que precedía al avance de los alemanes.

No era la primera vez que veía refugiados. Los había visto andar lentamente por los caminos de España y Checoslovaquia; cruzar desordenadamente la frontera entre Polonia y Rumanía, recorrer con pasos cansinos los senderos helados de Finlandia. Pero nunca había visto algo semejante a lo de ahora. Era la primera evacuación *mecanizada* de la historia. Algunos iban en carros, algunos a pie y algunos en bicicleta, pero la mayoría iban en coche.

Aquellos coches que daban bandazos, rechinaban y petardeaban representaban un Arca de Noé formada por vehículos. Habían echado mano de cualquier cosa que tuviera cuatro ruedas y un motor, sin tener en cuenta su estado de decrepitud; había taxis, camiones de reparto de hielo, camionetas de reparto de pan, furgonetas de las perfumerías, coches deportivos y autobuses de París, todos ellos repletos de seres humanos. Incluso vi un coche fúnebre cargado de niños. Avanzaban despacio por las carreteras, en columnas de dos o tres en fondo, a veces atajando a través de los campos y a veces con dos ruedas a cada lado de la cuneta. Tom y yo alcanzamos la columna a cosa de kilómetro y medio de París, en la carretera que iba de la capital a Dourdan y Chartres y durante las tres horas siguientes recorrimos tan sólo unos catorce kilómetros.

Vimos cosas terribles. A lo largo de todo el camino vimos coches que se habían quedado sin gasolina o averiado y habían sido abandonados en los campos que bordeaban la carretera. Ancianos que estaban demasiado cansados o enfermos para seguir andando yacían en el suelo bajo la luz despiadada del sol. Vimos a una anciana recostada en la cuneta y rodeada de familiares que trataban de hacerle beber un poco de vino. A menudo el avance se detenía por culpa de algún coche que se paraba bruscamente y no quería ponerse en marcha otra vez. Un vehículo se quedó sin gasolina a mitad de una cuesta. Era una camioneta de reparto de pan y la conducía una mujer. Todo el mundo se puso a gritar y a pegar bocinazos, mientras la mujer, en medio de la calzada y rodeada de sus cuatro hijos, suplicaba que alguien le diese un poco de gasolina. Pero a nadie le sobraba la gasolina. Finalmente, tres hombres se aparearon de un camión y, a pesar de las protestas angustiadas de la mujer, empujaron el vehículo hasta la cuneta, donde cayó con gran estrépito. El eje trasero se rompió y los enseres domésticos apilados en el techo se desparramaron por el suelo. La mujer empezó a insultarles a grito pelado, luego se echó al suelo y prorrumpió en sollozos. La procesión arrancó una vez más.

En aquel mundo de terror, pánico y confusión, costaba creer que aquéllos eran los ciudadanos de París, unos ciudadanos cuyos antepasados habían luchado como jabatos por su libertad y tomado la Bastilla sin más armas que sus propias manos. Por primera vez empecé a comprender qué le había pasado a Francia. La moral era cuestión de fe: fe en tu causa, fe en tu meta, pero, sobre todo, fe en tus líderes. ¿Cómo podían aquellas personas tener fe en unos líderes que las habían abandonado, unos líderes que no les habían dado ninguna orientación, ninguna información, ningún aliento; que no habían tomado ninguna medida para su evacuación ni habían hecho ningún llamamiento a quedarse y luchar por París hasta el final? Si aquellos líderes eran un ejemplo, no tenía nada de extraño que Francia estuviese condenada. El aparato se había averiado por todas partes. El dique había empezado a desmoronarse y la histeria, que al principio era sólo un hilillo, se había convertido en un torrente.

Hasta las carreteras militares se habían visto invadidas por civiles

aterrorizados. Tom estaba acreditado oficialmente como corresponsal de guerra, así que desvió el coche hacia una de las carreteras militares. Aunque en la entrada había una patrulla de gendarmes que nos pidieron las credenciales, en los cruces no había nadie que impidiera que los refugiados se metieran en la carretera y cerca de un kilómetro y medio más adelante encontramos una vez más coches conducidos por civiles que formaban una columna de dos o tres en fondo. Al llegar a cierto punto, vimos una unidad de artillería que se dirigía al sudeste de París, donde estaba el nuevo frente, y había tenido que detenerse porque un camión de mudanzas se había parado allí y cortaba la carretera. El chófer, con el rostro chorreando sudor, le daba a la manivela tratando de hacer que el camión arrancara de nuevo mientras los soldados chillaban y le maldecían. Uno de ellos andaba de un lado para otro, hecho una furia y diciendo:

—Cochinos civiles. Cochinos, cochinos civiles.

Al final el camión arrancó y los artilleros siguieron su camino. En otro momento, una procesión de ambulancias, con las campanillas sonando frenéticamente, se vio detenida por la congestión en las afueras de un pueblo durante más de una hora. Los conductores soltaban tacos a voz en grito, pero sin que ello surtiera mucho efecto; me pregunté qué les estaría pasando a los pobres diablos que iban dentro.

Las únicas unidades militares que encontraban suficiente espacio libre eran los tanques. Una vez, al mirar atrás, vimos que nos seguían dos poderosos y estruendosos monstruos de quince toneladas. Iban a más de sesenta kilómetros por hora, lo cual tenía un efecto notable. Al verlos venir, la gente se desviaba hacia la cuneta. Pasaron por nuestro lado con sus grandes orugas removiendo la tierra y lanzándola al aire como un surtidor. Varios camiones les seguían a gran velocidad y detrás de los camiones vimos una hilera de soldados en moto con ametralladoras en los sidecares. Todos parecían tener la moral muy alta: en uno de los tanques alguien había escrito alegremente con tiza «*La Petite Marie*» y los camiones y los cañones estaban adornados con flores. Dos motoristas nos preguntaron a gritos si teníamos cigarrillos. Tom me dijo que les arrojara un par de paquetes. Se alegraron tanto que nos hicieron señas para que les siguiéramos, nos escoltaron hasta la mitad del convoy,

donde nos dejaron bien instalados entre dos tanques tras pasar junto a la larga fila de vehículos civiles. Durante los diez o quince minutos siguientes fuimos a más de sesenta kilómetros por hora. Por desgracia, unos trece o catorce kilómetros carretera abajo, los motoristas nos dijeron adiós con la mano, nos lanzaron besos y una vez más nos encontramos atrapados en la lenta procesión de evacuados.

Ya eran casi las nueve y habíamos recorrido poco más de treinta kilómetros.

—Me pregunto si lo conseguiremos —dijo Tom, consultando el reloj.

Al salir de París a las cinco ya se sabía que los alemanes estaban rodeando la capital para cortar las carreteras en la retaguardia. Tom tenía un mapa del ejército y decidimos probar suerte y utilizar los caminos que atravesaban los campos. Algunos eran poco más que senderos, pero al menos podíamos hacer un promedio de quince o veinte kilómetros por hora, lo cual suponía una gran mejora. Empezaba a estar tan oscuro que resultaba difícil ver y en dos ocasiones estuvimos a punto de atropellar a gente que no llevaba luces en la bicicleta. De pronto, un fogonazo iluminó el cielo y oímos un ruido sordo a lo lejos. Eran los primeros cañonazos que había oído en todo el día.

—Algo se nos está acercando sigilosamente —dijo Tom—. A pesar de eso, creo que si seguimos así, todo irá bien.

Recorrimos otros ocho o nueve kilómetros por el tortuoso camino. Era un alivio encontrarse en campo abierto, lejos del asfixiante olor a gasolina, pero el camino estaba tan oscuro que conducir exigía un gran esfuerzo. Tom llevaba algunas provisiones en la parte de atrás del coche y decidimos hacer un alto para comer algo. Tom era partidario de buscar un pajar donde pudiéramos recostarnos, pero el terreno siguió siendo yermo y rocoso a lo largo de varios kilómetros. Al final vimos los contornos de un grupo de árboles bajo la oscuridad. Nos pareció que era lo mejor que podríamos encontrar y nos acercamos al borde del camino. El coche dio un violento bandazo y cayó en una zanja de cerca de dos metros de profundidad. Sólo las ruedas del lado derecho seguían aferradas al camino. El lado izquierdo del vehículo se apoyaba en la tierra. Quedamos suspendidos en un ángulo tan agudo que nos costó abrir la portezuela, pero finalmente logramos salir.

Los cañonazos parecían ahora más fuertes y la frecuencia de los fogonazos en el cielo era mayor.

—Con *boches* o sin *boches* —dijo Tom—, parece que estaremos aquí bastante tiempo. Vamos a buscar un sitio donde comer, luego intentaremos encontrar a alguien que nos eche una mano.

Pero también en este caso nos quedamos con las ganas. El campo estaba empapado y en él sólo había un triste pajar, también empapado. Volvimos al camino y nos pasamos diez o quince minutos andando de un lado para otro y preguntándonos si aparecería alguien por allí. Empezaba a hacer frío y comencé a tiritar. Después de maldecir el tráfico durante horas resultaba ligeramente irónico encontrarnos con que ahora anhelábamos ver a un ser humano.

Finalmente, Tom echó a andar hacia el último pueblo por el que habíamos pasado, que distaba varios kilómetros, y yo subí al coche (lo cual fue como deslizarse por un tobogán) en busca de un poco de calor. La noche era espléndida. El cielo estaba despejado y sembrado de estrellas y el único ruido que rompía el silencio era el tronar espasmódico de los cañones. Me pregunté hasta dónde habrían llegado los alemanes. Pensé que resultaba curioso que probablemente en Estados Unidos estuvieran más informados que nosotros sobre lo que estaba pasando.

Era casi medianoche cuando volvió Tom. Había probado en una docena de casas de labranza, pero todo el mundo se había acostado ya. Al final (con la ayuda de un billete de cien francos) había obtenido de un agricultor la promesa de que vendría con un tiro de caballos al amanecer y nos sacaría de allí.

Eso significaba que tendríamos que esperar siete preciosas horas, pero fue lo mejor que pudo conseguir. Como era ciudadana norteamericana, no corría ningún peligro, pero si Tom caía en poder de los alemanes, se pasaría el resto de la guerra en un campo de internamiento. A pesar de ello, estaba la mar de tranquilo y, con la característica flema británica, comentó:

—Bien, no hay nada que podamos hacer. Anda, vamos a comer, que tengo hambre.

Nos sentamos a la vera del camino y bebimos vino y comimos pan con queso; luego sacamos todos los abrigos y jerséis que pudimos encontrar, nos

envolvimos con ellos y subimos al coche otra vez. La inclinación resultaba tan incómoda que sólo pude dormir a trompicones, convencida de que de un momento a otro me despertaría el ruido de un tanque alemán. Por suerte, mis temores no se vieron confirmados. El agricultor cumplió su promesa y poco después de las cinco apareció con dos caballos gordos y blancos que sacaron el coche de la cuneta tan fácilmente como si se tratara de un cochecito de niños. Una vez más nos pusimos en marcha.

Nos detuvimos en el pueblo más próximo —no recuerdo el nombre— para tomar café. Lo primero que vimos al llegar fue a media docena de soldados británicos alineados en la calle empedrada y llena de esquinas y un cabo que les estaba echando una bronca por alguna infracción que habían cometido. Eran hombres altos y fornidos que parecían sacados de las páginas de la revista humorística *Punch*. Cuando el cabo les ordenó que se retiraran, sonrieron tímidamente e hicieron algunos comentarios jocosos a sus espaldas. Tom le preguntó a uno de ellos dónde se alojaban los oficiales y yo entré en el café para tratar de limpiarme un poco la ropa. A pesar de lo temprano de la hora, en el interior había mucha actividad. Había varias personas sentadas y una radio puesta a todo volumen. En aquel momento el locutor decía algo sobre la «heroica resistencia de nuestras tropas». Un viejo hizo un gesto de incredulidad y musitó unas palabras que no entendí. La mujer que estaba con él replicó en tono enojado y su áspera voz retumbó en todo el local:

—*Ne dites pas ça. Il faut espérer.*

Al preguntarle a la camarera si tenían café, me miró con una leve expresión de sorpresa y repuso que los refugiados habían pasado por el pueblo como un enjambre de langostas.

—Han saqueado toda la comarca —dijo.

Me llevó algún tiempo volver a estar aseada y, al salir, encontré a Tom esperándome con dos oficiales que lucían los distintivos del Real Cuerpo de Ingenieros. Nos invitaron a desayunar y nos acompañaron hasta el comedor de oficiales. Parecían saber tan poco como nosotros; nos dijeron que acababan de recibir órdenes de trasladarse a una nueva posición. La mayoría de ellos habían estado en Francia durante los últimos cinco o seis meses y ansiaban tener noticias de Inglaterra. Nos hicieron muchas preguntas. Los franceses

podían estar bajos de moral, pero no había ninguna señal de desmoralización entre aquellos oficiales.

—Ustedes no creen que en Inglaterra la gente esté desanimada por culpa de este contratiempo, ¿verdad?

«¡Contratiempo!» Ésta sí que es buena, pensé. Cuando volvimos a subir al coche se apiñaron todos alrededor nuestro y uno de ellos dijo:

—Bueno, hasta la vista. Nos vemos en Colonia la próxima Navidad.

Hicimos los siguientes ciento sesenta kilómetros hasta Tours en unas cinco horas. Ya habíamos aprendido el truco y en ningún momento salimos de los caminos rurales. Estaban llenos de baches, pero en ellos había pocos refugiados. Sólo cuando llegamos a unos quince kilómetros de Tours y tuvimos que tomar de nuevo la carretera principal nos encontramos una vez más en medio de una nutrida masa de fugitivos. Por si fuera poco, el radiador del coche de Tom empezó a perder agua. El agua hervía y salían nubes de vapor de la parte delantera del vehículo. Tardamos casi una hora en entrar en la ciudad. El gran puente sobre el Loira parecía una larga y delgada corteza de pan cubierta de hormigas.

Finalmente, a la una y media, con el coche dando boqueadas y sufriendo convulsiones, nos detuvimos enfrente del Hôtel de l'Univers. La primera persona que vi fue Knickerbocker, que justo en aquel momento salía a la calle.

—¡Dios mío! ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Siempre me haces la misma pregunta.

—Pero ¿de dónde venís?

—De París.

—¡París! Pero si hace horas que los alemanes entraron en París. ¿Cuándo salisteis?

Se lo dije.

—Estaban en el Bois de Boulogne anoche. Debisteis de cruzaros con ellos al salir. Lo más probable es que sencillamente no los reconocierais —añadió sonriendo—. De noche todos los soldados son grises.

Tours era un auténtico manicomio. El alto mando francés había anunciado que

el río Loira sería la siguiente línea de defensa y circulaban rumores disparatados de todo tipo: primero, que la aviación alemana había amenazado con borrar la ciudad del mapa; y, segundo, que unidades motorizadas alemanas habían llegado a Le Mans, que quedaba a sólo unos cincuenta kilómetros, y probablemente sus atronadoras motos recorrerían las calles de Tours de un momento a otro. El Gobierno ya se había ido a Burdeos y los refugiados que habían llegado a Tours empujados por el pánico ahora trataban de salir de la ciudad empujados por un pánico aún mayor. Me encontré con Eddie Ward, de la BBC, y me dijo que Press Wireless, el único medio de comunicación con el mundo exterior (los cables destinados a Inglaterra se enviaban a través de Estados Unidos y costaban ocho peniques por palabra), seguía funcionando y que él y el personal de la agencia Reuters se quedarían otro día. Como era mi única oportunidad de mandar un artículo, decidí quedarme también. Eddie dijo que los de Reuters probablemente podrían proporcionarme una cama y me ofreció una plaza en su coche para ir a Burdeos por la mañana.

Se especulaba mucho sobre la conversación que Winston Churchill había sostenido con Reynaud y Weygand tres días antes; se creía que había pedido a los franceses que, si sucedía lo peor, continuaran la guerra desde el norte de África. Aunque en Londres se había anunciado que se había alcanzado un completo acuerdo «sobre las medidas que debían tomarse para responder a los cambios de la situación bélica», la mayoría de los periodistas se mostraban pesimistas sobre las perspectivas de que Francia siguiera luchando. Los funcionarios franceses parecían estar sumidos en un estado de derrumbamiento moral; incluso la censura parecía haber dejado de funcionar, si bien de esto último no se quejaba nadie. Hasta ese momento los despachos habían sido censurados con tanta rigidez que resultaba imposible informar acerca de la situación. Ahora, de forma totalmente repentina, todo el mundo podía decir lo que le viniese en gana. Escribí un artículo largo en el que hablaba del caos y la confusión que había visto durante el viaje de París a Tours y no me suprimieron ni una sola palabra. Gordon Waterfield envió un reportaje en el que decía que Francia se veía amenazada con una derrota parecida a la que había sufrido en 1870 y al día siguiente Harold King mandó un cable todavía más pesimista. Gordon me dijo más adelante que cuando estos despachos

llegaron a Londres los censores se llevaron una sorpresa tan grande que los retuvieron durante mucho tiempo mientras consultaban con las autoridades superiores para saber si era realmente cierto que Francia se encontraba en semejantes apuros.

Eddie me llevó en coche a la oficina central de Reuters, un edificio grande y bonito que estaba a un kilómetro y medio del centro de la ciudad. La agencia había alquilado la casa para un periodo de seis meses por la suma de cuarenta mil francos y sólo la ocupó durante exactamente cuarenta y ocho horas. Pasar la noche allí me pareció un extraño paréntesis. De repente me vi transportada de un mundo de suciedad e incomodidades a un dormitorio de película de Hollywood decorado con espejos y algodón estampado, una alfombra blanca y mullida y un teléfono de color verde claro. Aquella noche ocho personas nos sentamos alrededor de una mesa con velas encendidas y cubiertos de plata reluciente. Comimos sopa de tortuga, tournedós con salsa *béarnaise*, verdura fresca y un maravilloso pastel de cerezas. El mundo podía estar patas arriba, pero resultaba difícil darse cuenta de ello.

Del gobierno de la casa se encargaba una encantadora pareja de mediana edad: el portero y su esposa. La mujer, llenita y maternal, era también rígida y desafiante; no estaba dispuesta a permitir que las malas noticias la alarmaran y se aferraba ferozmente a la creencia de que Francia acabaría rehaciéndose.

—Si hubiera más gente como ella —dijo Eddie—, las cosas no terminarían mal. Pero, por desgracia, no la hay.

Pasé la tarde escribiendo el artículo para el *Sunday Times*. Hacia las siete se oyó en toda la ciudad la alarma antiaérea y al cabo de unos minutos oí el zumbido de los bombarderos. Intenté hacer como si no los oyese y seguí dándole a la máquina de escribir. Súbitamente oí un grito en la sala de estar. Bajé corriendo y encontré a los hijos de los porteros —de ocho y nueve años— pegando saltos de alegría y chillando: «*Nous avons vu les boches!*». Luego se asomaron los dos a la ventana y señalaron el cielo. Haciendo un esfuerzo, distinguí unas manchitas que volaban en círculo sobre la ciudad y pensé que ojalá fuese capaz de entusiasarme tanto ante un bombardeo; a pesar de todo lo que decían sobre proteger a los niños de los terrores de los bombardeos, parecían ser los únicos que realmente se lo pasaban bien.

Me sorprendió que su madre no les ordenara que se metieran en algún refugio, pero luego me enteré de que la mujer despreciaba a la gente que se ponía a cubierto. Cuando al día siguiente por la mañana volvieron los aviones alemanes, varias bombas cayeron cerca de nosotros y la casa tembló violentamente. Eddie y yo bajamos a la cocina. La mujer nos miró con expresión interrogativa.

—Ustedes no temen a los *boches*, ¿verdad?

—Oh, no —respondió Eddie con voz débil—. Sólo quería saber si podría servirme otra taza de café.

—Oh, desde luego. —El rostro de la mujer se iluminó—. No me gusta ver gente que tenga miedo a los *boches*. Son todos unos matones asquerosos y cobardes. Mi marido estuvo en la última guerra y dijo que siempre que tenían que habérselas con fuerzas que les igualaban en número daban media vuelta y ponían los pies en polvorosa. Todos son iguales. No hay nada que temer.

—Nada —asentí, pese a que mi corazón seguía latiendo con fuerza. Eddie me miró con mala cara.

Poco después del almuerzo salimos con destino a Burdeos. Éramos seis: Gordon Waterfield, Harold King, Courtenay Young, Joan Slocombe (la bonita hija de diecinueve años de George Slocombe, del *Sunday Express*), Eddie y yo. Gordon tenía un coche deportivo Ford y Eddie, un Citroën con matrícula de la RAF que había encontrado en alguna parte entre Bruselas y Tours. Habían tenido la buena idea de comprar un montón de cosas y nos pasamos más de media hora cargando los coches de mantas, sacos de dormir, utensilios de cocina y provisiones, amén de máquinas de escribir, equipaje, carpetas, una tienda de campaña y una canoa plegable.

Momentos antes de partir, Courtenay Young y yo bajamos corriendo a la oficina de Press Wireless para enviar un último despacho. Cuando volvíamos a los coches oí que alguien me llamaba, miré a mi alrededor y vi al egipcio bajito con el que había viajado a París. El pelo le caía sobre la cara, llevaba la ropa manchada de barro seco y parecía más agitado que nunca. Lo había pasado fatal. Había encontrado la casa vacía y ni rastro de sus hijos; aún no había averiguado qué había sido de ellos. Hacía sólo veinticuatro horas que había salido de París y, de hecho, había presenciado la entrada de los

alemanes en la ciudad por la puerta de Aubervilliers. Unidades de motoristas habían pasado a menos de doscientos metros de donde se encontraba él. Dijo que la ocupación había conmocionado a mucha gente y que las escenas de desesperación eran increíbles. Hombres y mujeres lloraban a cara descubierta en la calle.

—Algunos casi se volvieron locos —dijo con voz entrecortada—. Ví cómo una mujer sacaba un revólver, mataba a su perro y luego pegaba fuego a su casa.

El egipcio iba camino de Burdeos. Tenía tanta prisa que no pudo entretenerse para contarme más cosas y nunca supe cómo se las había ingeniado para escapar de París.

Dolorosa separación en Burdeos

¿Seguiste creyendo en mí? Cuando todo iba bien
sí; pero yo te fui fiel cuando no todo iba bien.
Y, cuando la tentación tocó tu ciudadela,
tu flaqueza venció otra vez, y olvidaste...

Olvidaste tu Ser y tu libertad y tus amigos,
hasta el interés; ahora nuestro pregonado
resplandor
deviene sonrojo, cuando la larga historia
termina
en dolorosa separación en Burdeos.

Robert Vansittart

Viajamos a Burdeos por caminos poco trillados. Al pensar ahora en él, recuerdo castillos majestuosos, ríos de frescas aguas, cañadas boscosas, vino, sol y flores. Las carreteras principales estaban llenas de terror y sufrimiento, de olor a gasolina y ruido de ruedas de cañones, pero los caminos rurales pertenecían a otro mundo. Encontramos amas de casa que cotilleaban en las tortuosas calles de los pueblos y campesinos que trabajaban en los campos tan pacíficamente como siempre lo habían hecho. Sus vidas parecían tan ajenas a la confusión que las rodeaba que incluso empezamos a preguntarnos si sabían que el país estaba en guerra.

Ciertamente, pocos parecían saber que las cosas estuvieran tan mal. Al hablar con ellos, la mayoría se encogía de hombros y decía que les llegaban tan pocas noticias que era imposible juzgar la situación. Muchos ni siquiera se habían enterado de que los alemanes habían ocupado París veinticuatro horas

antes. (El comunicado francés nunca anunció la entrada de los alemanes y se limitó a declarar que las tropas francesas se habían replegado a ambos lados de la capital «de acuerdo con los planes del mando francés, cuyo propósito era evitar la devastación que la defensa de París hubiera llevado aparejada». No había ninguna otra alusión a París.) O bien la gente del campo no había oído el comunicado o no había entendido lo que significaba. En todo caso, no parecía muy alarmada. La duda más honda que oímos expresar fue la de un viejo agricultor que se inclinó sobre una valla, sujetando su horca con una mano, para hablar con Eddie y conmigo. Dijo que el asunto no le olía nada bien, se rascó la cabeza y preguntó con voz grave:

—¿Tan seguros estamos de que vamos a ganar?

Pasamos aquella noche en un campo cerca de un arroyo en las afueras de un pueblo muy pequeño. Plantamos la tienda y sacamos las mantas, las provisiones y los utensilios de cocina. Cenamos *pâté de foie gras*, galantina de pollo, sardinas, encurtidos, cebollas, pan, queso y vino. Nos echamos en la hierba y pasamos horas hablando de Francia. De pronto, Harold King dijo:

—Es curioso que ya hablemos de Francia en pasado.

—Bueno, ¿para qué vamos a engañarnos? —dijo Eddie—. Francia es pasado. Y está acabada. ¡Dios mío, pensad en los alemanes bebiéndose este vino!

A la mañana siguiente bajamos paseando hasta el pueblo, que quedaba a menos de un kilómetro. Consistía en una docena escasa de casas agrupadas alrededor de una vieja iglesia, una gasolinera, un café y una tienda atestada de cosas que estaba haciendo su agosto vendiendo de todo, desde cintas hasta vino.

A las once las campanas de la iglesia comenzaron a repicar llamando a misa mayor y madres y niños, todos ellos endomingados, con los zapatos bien lustrados, empezaron a congregarse en el patio de la iglesia. Entramos en el café, donde había media docena de parroquianos. Pedimos *vin du pays* y un niño nos trajo una jarra de Vouvray. Sin duda resultaba una escena extraña y pacífica para un domingo que pasará a la historia como el día en que cayó el gobierno Reynaud y la República Francesa entró en la última fase de su derrumbamiento. La gente que teníamos alrededor hablaba de la guerra. Estaba

perpleja a causa de lo sucedido en París, toda vez que había pensado que la capital sería defendida hasta el final. Uno de los presentes dijo en tono esperanzado:

—A lo mejor todo esto es un truco para engañar a los alemanes.

Otra, una mujer de cara ancha y manos toscas y enrojecidas, dijo:

—Bueno, París no es importante. Es una ciudad como cualquier otra.

Como la mayoría de los franceses amaba París tanto como a sus propios pueblos, el comentario de la mujer se nos antojó extraordinario. Lo comprendimos al descubrir que era una refugiada belga procedente de Lieja. Al preguntarle qué opinaba del rey Leopoldo, alzó las manos, indignada, y dijo:

—*Cochon.*

El personaje más pintoresco del pueblo era la propietaria del café, una anciana de setenta y ocho años. Daba la impresión de haber salido de una novela de Flaubert; llevaba un vestido negro de falda voluminosa y un gorrito blanco en la cabeza. Su rostro era moreno y lleno de arrugas y se iluminaba cuando algo le parecía divertido. Saltaba a la vista que era la matriarca del lugar, porque sus paisanos la escuchaban respetuosamente y cuando quería que hicieran algo se apresuraban a complacerla. Se alegró tanto de vernos que insistió en servirnos personalmente. Nos rondaba sin parar musitando:

—Los bravos, bravos ingleses. Juntos obligaremos a los *boches* a retirarse. ¿Eh? ¿A que sí?

Exigía siempre una respuesta y cuando se la dábamos movía la cabeza afirmativamente con inmensa satisfacción.

Seguidamente dijo que no se sentía deprimida a causa de las noticias que llegaban de París. Los *boches* la habían fastidiado durante toda la vida, pero al final todo salía bien. Se acordaba de la guerra de 1870, porque a la sazón tenía ocho años. Sus hijos habían luchado en la guerra de 1914 y ahora sus nietos estaban en el frente.

—Esta guerra es la más dura —dijo, y suspiró—. Pero como sería mejor morir que vivir bajo Hitler, no debemos rendirnos jamás. ¿Eh? ¿A que sí?

Asentimos con la cabeza.

—*Bon!* Ahora ustedes, bravos ingleses, beberán un poco más de vino, ¿a

que sí?

Los bravos ingleses bebieron un poco más de vino. De hecho, si finalmente partimos para Burdeos fue sólo porque la radio portátil de Gordon Waterfield nos informó de que el Consejo de Ministros francés volvería a reunirse aquella tarde y haría una declaración importante por la noche. Nos fuimos a regañadientes. Puede que el mariscal Pétain tenga hoy la mayor parte de Francia en el bolsillo, pero estoy dispuesta a apostar que nuestro pueblecito continúa siendo obstinadamente contrario a Hitler... y lo será mientras a la anciana propietaria del café le quede un soplo de vida en el cuerpo.

En la última etapa del viaje a Burdeos pasamos por un gran número de ciudades y pueblos llenos de refugiados. Dondequiera que encontráramos refugiados, encontrábamos pánico también. Goebbels no podría haber dado con un método más eficaz para propagar la alarma y el desaliento; pero hasta aquel mismo día, 16 de junio, el Gobierno francés no tomó ninguna medida para impedirlo y por primera vez pidió a la población que se quedara donde estaba.

En Burdeos vimos lo que ya habíamos visto en Tours: cafés y hoteles llenos hasta los topes, coches que avanzaban con dificultad bajo el peso de los enseres domésticos apilados en el techo; gente que asediaba el consulado español en busca de visados; más rumores sobre amenazas de la aviación alemana; más cuentos acerca de la inminente llegada de unidades de tanques y motoristas alemanes; más gente furiosa, desorientada y abatida. Oímos decir que el Consejo de Ministros seguía debatiendo si Francia debía capitular o continuar la guerra desde el norte de África. Se decía que Reynaud, Mandel, Marin, Monnet y Delbos eran partidarios de seguir luchando, pero que el grupo encabezado por Pétain y Laval ejercía fuertes presiones a favor de la rendición. El rostro sombrío y siniestro de Laval era muy visible en el restaurante del hotel Splendide; se le veía con un grupo de amigos, la cabeza inclinada sobre la mesa, discutiendo y gesticulando con vehemencia. Knickerbocker se acercó para hablar con él y durante la conversación dijo:

—Hagan lo que hagan, no se rindan. Si continúan luchando, estoy seguro de que Estados Unidos les respaldará con toda su fuerza y al final vencerán. Pero si se dan por vencidos ahora, están acabados.

Laval sonrió.

—Quizá —dijo—. Pero no estoy seguro. Verá usted, creo que Francia no es el objetivo principal de Alemania. Creo que su *verdadero* objetivo es la Rusia soviética.

Lo dijo en un momento en que el ejército alemán avanzaba a través de Francia, las ciudades eran bombardeadas y la gente, presa de la confusión, huía de un extremo del país al otro.

Laval no era el único: muchos franceses, en su mayor parte reaccionarios de derechas, razonaban de forma parecida. Cuando volví de Italia a Inglaterra cuatro días después del comienzo de la invasión alemana, hablé con un francés que era miembro de la Misión Económica francesa en Londres. Ya se mostró pesimista con respecto a las probabilidades de una victoria francesa.

—Dentro de unas semanas —dijo—, Francia tendrá que tomar una de las decisiones más difíciles de su historia. Tendrá que escoger entre ser totalmente aniquilada por los alemanes o firmar un acuerdo de paz y verse reducida a la condición de potencia de tercera.

Era la primera vez que oía mencionar un acuerdo de paz y recuerdo que me quedé atónita.

—Pero es que ni siquiera serían una potencia de tercera —dije—. No serían más que una provincia alemana.

—Oh, no —replicó—, no se puede destruir a Francia. A Inglaterra, sí, pero no a Francia. Siempre habrá un *bloc* de franceses en el continente y algún día volverán a levantarse y recuperarán su poder de antaño exactamente igual que han hecho los alemanes.

La conversación con el francés me dejó tan alarmada que la repetí a un amigo que tenía en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico. No le dio mucha importancia porque creía que sólo un grupo pequeño y desdeñable de derrotistas crónicos albergaba semejantes sentimientos. Pero era el mismo tipo de razonamiento que estaba ganando terreno en Burdeos aquel domingo:

—Corta por lo sano y procura hacer el mejor trato que puedas.

Ése era el argumento que aducían los partidarios de la paz. En un esfuerzo desesperado por persuadir al Gobierno francés para que siguiera resistiendo, ya fuera desde la misma Francia o desde su imperio de ultramar, el Gobierno

británico se brindó a firmar un acta de unión entre los dos países. El embajador británico hizo llegar un borrador al Gobierno francés a primera hora de la tarde de aquel aciago domingo. He aquí lo que decía:

En este momento sumamente fatídico de la historia del mundo moderno, el Gobierno del Reino Unido y la República Francesa hacen esta declaración de unión indisoluble y resolución inflexible en su defensa común de la justicia y la libertad contra la sujeción a un sistema que somete al género humano a una vida de robots y esclavos.

Los dos Gobiernos declaran que Francia y Gran Bretaña ya no serán dos, sino una Unión Franco-Británica. La Constitución de la Unión dispondrá la creación de órganos conjuntos para las políticas de defensa, asuntos exteriores, finanzas y economía. Todos los ciudadanos de Francia gozarán inmediatamente de la ciudadanía de Gran Bretaña. Todos los súbditos británicos se convertirán en ciudadanos de Francia.

Ambos países compartirán la responsabilidad de reparar la devastación causada por la guerra dondequiera que se produzca en sus territorios, y los recursos de ambos se aplicarán a partes iguales a ese propósito.

Durante la guerra habrá un solo Gabinete de Guerra y todas las fuerzas de Gran Bretaña y Francia, ya sea en tierra, en el mar o en el aire, serán puestas bajo su dirección. Gobernará desde donde mejor pueda hacerlo. Los dos Parlamentos serán asociados formalmente.

Las naciones del imperio británico ya están formando nuevos ejércitos. Francia conservará las fuerzas de que dispone en tierra, mar y aire.

La Unión apela a Estados Unidos a fortalecer los recursos económicos de los aliados y a aportar su poderosa ayuda material a la causa común. La Unión concentrará toda su energía contra el poderío del enemigo, sin importar dónde se libre la batalla, y de este modo venceremos.

Los líderes de Francia rechazaron el ofrecimiento. No tenían mucha fe en su causa ni en la Tercera República. Aquella noche le tocó a Georges Mandel, fiel e implacable enemigo del nazismo, anunciar ante media docena de periodistas, en una triste y sucia sala de la Prefectura, que Reynaud había dimitido y que Pétain era el nuevo presidente del Gobierno..., el presidente de la paz. Nunca le olvidaré allí de pie, pequeño y blanco, la cabeza alta y la voz firme, pronunciando las palabras que tanto había luchado por no tener que pronunciar, palabras que anunciaban el fin de Francia. Como todo el mundo conocía su inquebrantable oposición a la capitulación, uno de los periodistas franceses le preguntó si pensaba irse.

—Oh, no, me quedaré aquí —repuso. Luego, con una sonrisa irónica, agregó—: Justamente empiezo a conocer un poco Burdeos.

(Al día siguiente Mandel fue detenido por ser el líder del partido «prorrevuelta», pero no tardó en ser puesto en libertad gracias a la insistencia de Herriot y del presidente de la República, Lebrun. Exigió que el mariscal Pétain pidiera disculpas por escrito y se rumoreaba que como el primer borrador del mariscal no le gustó, dijo con voz severa: «Esto no está nada bien. Dictaré una carta de disculpa *como es debido*». El mariscal accedió y escribió las profusas y rastreras frases que le dictó Mandel.)

¿Qué había ocurrido con el recio espíritu de Francia? ¿Qué había causado aquel derrumbamiento moral total y absoluto? Se han dado innumerables explicaciones contradictorias; dejo la respuesta a los expertos. Pero de una cosa estoy segura: si los franceses hubieran tenido líderes con convicciones e integridad, el desastre nunca se hubiera producido. Reynaud, profeta sincero y atinado, carecía de la personalidad fuerte que es necesaria para ganarse a la población. Su debilidad se hizo manifiesta cuando acabó tirando la toalla y cediendo ante Pétain. ¿Hubiera dimitido Churchill? Si los líderes no hubiesen perdido la fe en su causa, el pueblo no hubiera perdido la fe en sus líderes. Los tanques alemanes tal vez hubiesen penetrado en las defensas del país, pero París habría sido defendido calle por calle; las ciudades tal vez hubieran sido bombardeadas, pero no se habría producido ninguna avalancha de refugiados histéricos que propagaban la desesperación como si fuera una enfermedad contagiosa; el gobierno tal vez se hubiese visto obligado a huir al extranjero, pero la flota francesa estaría luchando ahora al lado de la de Inglaterra.

En lugar de ello, el pueblo francés fue traicionado y abandonado. No fue informado de lo que estaba sucediendo ni se le dio ninguna orientación. Creo que Gordon Waterfield lo ha resumido todo en el siguiente párrafo de su libro *What Happened to France*:

Considero que se puede demostrar que a los que gobernaban Francia en aquellos momentos tan difíciles les corresponde el 90 por ciento de la responsabilidad [...]. El Gobierno repetía una y otra vez que resistiría hasta el fin. «París», dijo, «está preparado para defenderse», y al cabo de cinco días la declararon ciudad abierta. «Lucharemos desde el norte de África si es necesario», proclamó, y cinco días después se pidieron a los alemanes las condiciones para un armisticio. «No aceptaremos un armisticio deshonesto», y dio a Hitler un cheque en blanco. No sólo no estaban capacitados para gobernar, sino que, además, engañaron al pueblo. Son los fiscales del proceso de Riom

quienes deberían estar sentados en el banquillo.

Zarpamos rumbo a Inglaterra al día siguiente en un carguero británico. Fuimos en coche hasta Le Verdon, puerto situado en el estuario de Gironda, a unos noventa kilómetros de Burdeos, donde se encontraba fondeado nuestro barco. Hubo a última hora una rebatiña entre los periodistas para librarse de sus francos; corrieron todos a las tiendas para comprar lo que pudieran y casi todos volvieron con frascos de perfume para sus novias.

El cambio de Gobierno se anunció brevemente en los periódicos de la mañana, pero el ciudadano medio francés aún no había entendido lo que significaba. Hasta el mediodía no anunció Pétain por radio que Francia se hallaba en el trance de pedir un armisticio a los alemanes. Eddie Ward, Knickerbocker, Ed Angly y yo estábamos sentados en un pequeño café del muelle en la Pointe de Grave, a menos de dos kilómetros de Le Verdon. Era un día maravilloso. Ante nosotros un centenar de barcos se encontraban anclados en el puerto; la arena blanca relucía bajo el sol y los altos pinos parecían espléndidos centinelas. Nuestra camarera, una muchacha gordita y risueña, nos llenó los vasos de vino y tomó nota de lo que queríamos. En la cocina había una radio encendida. De pronto, la camarera oyó la voz de Pétain diciendo: «Con el corazón entristecido he de decir que debemos dejar de luchar. Me he puesto en comunicación con nuestro adversario para preguntarle si está dispuesto a firmar con nosotros, como entre soldados después de la lucha y con honor, un medio de poner fin a las hostilidades...».

La camarera volvió llorando a lágrima viva y con voz entrecortada dijo:

—No podemos vivir bajo los *boches*. No podemos. No es posible.

Ed intentó consolarla, pero durante el resto de la comida nos sirvió con los ojos enrojecidos y sollozando.

La embarcación auxiliar no apareció hasta las cuatro de la tarde. A última hora alguien hizo saber que nadie podía llevar más de una pieza de equipaje; se produjo una conmoción frenética mientras la gente trataba de decidir lo que era más importante. Cuando finalmente nos fuimos, el muelle estaba lleno de cestas, sacos y cajas..., sin contar una larga hilera de coches que fue necesario abandonar. Entre ellos se encontraban el valeroso Chrysler de Tom Healy, el

Ford de Gordon y el Citroën de Eddie.

Estuvimos en el puerto más de veinticuatro horas. Cada hora las embarcaciones auxiliares traían más pasajeros hasta que, al final, en nuestro pequeño carguero de nueve mil toneladas, el *Madura*, que normalmente llevaba ciento ochenta pasajeros, se apretujaban más de mil seiscientas personas..., la habitual tripulación completa del *Queen Mary*. Había banqueros, funcionarios, ministros, esposas, niños, soldados, enfermeras, hombres de negocios, mujeres inválidas, coroneles jubilados, tías solteras y cincuenta o sesenta periodistas. Aunque la mayoría de los pasajeros eran ingleses, había varios centenares de franceses: muchos de ellos subieron a bordo llorando compulsivamente por tener que separarse de sus parientes y no saber con certeza si alguna vez volverían a ver su país natal. Allí en el puerto, bajo los rayos del sol y con el apacible contorno de la costa francesa visible a lo lejos, resultaba difícil aceptar que Francia se había acabado.

Sin embargo, la mayoría de la gente tenía poco tiempo para meditar sobre lo que ello significaba, ya que lo más urgente era encontrar un lugar para dormir: desde hacía un buen rato no quedaba libre ninguna litera, mesa o tumbona. Todo el mundo se apresuró a reclamar para sí un espacio en cubierta y en los pasillos. No tardó en haber tanta gente que ya no quedaba un solo espacio sin ocupar. Pierre Comert, jefe de la Oficina de Prensa Extranjera en Francia, se montó una cama encima de la mesa de ping-pong. En las cubiertas inferiores había un destacamento de infantería de marina cuya misión era mantener el orden entre los marineros indios (propensos a dejarse llevar por el pánico en caso de peligro); un grupo de artilleros de la marina que estaban trasladando desde África; treinta o cuarenta enfermeras y conductores de ambulancia; y cierto número de soldados británicos heridos.

El barco estaba tan abarrotado que si hubiera sido alcanzado por una bomba o un torpedo, hubiera habido pocos supervivientes. Era difícil decidir dónde dormir porque, si bien era preferible abajo en caso de que bombardearan el barco, era más prudente arriba en caso de que lo torpedearan. Eddie, Gordon Waterfield y yo lo echamos a cara o cruz y extendimos las mantas en la cubierta superior; poco después pensamos que quizá no habíamos hecho lo más acertado cuando un bombardero alemán

surgió de las nubes y lanzó un ataque contra el puerto. Nuestro barco iba armado y enseguida se oyó el tableteo de las ametralladoras de popa. Vimos bombas que caían a lo lejos y levantaban columnas de agua que parecían géiseres. Luego tres cazas franceses pasaron rugiendo y más adelante oímos decir que el bombardero alemán había sido derribado. No sé si los acontecimientos de los últimos días habían adormecido la sensibilidad de todos, pero mientras sucedía todo esto la gente se mostró indiferente y, de hecho, algunos pasajeros permanecieron en las tumbonas de cubierta y siguieron leyendo sus novelas tan tranquilos, como si estuvieran en un crucero por los Mares del Sur. Por la noche, cuando aún estábamos fondeados en el puerto, hubo otra alarma de bombardeo, pero no oímos ninguna bomba y al cabo de unos minutos sonó la sirena que indicaba que había pasado el peligro. Al día siguiente la radio alemana afirmó que nos habían hundido.

Salimos de Le Verdon a primera hora de la tarde del 18 de junio. Navegábamos en paralelo con otro carguero que llevaba refugiados, separados sólo por unos centenares de metros y escoltados por un destructor, una mota pequeña pero tranquilizadora a lo lejos. El capitán pidió voluntarios para hacer guardia y avisar si aparecían submarinos y la mayoría de los periodistas se apuntaron. Cada uno de ellos hizo guardia durante una hora seguida, pero el único incidente digno de mención tuvo lugar cuando Bil Stoneman, del *Chicago Daily News*, avistó una flotilla de pesqueros españoles. Por lo demás, la tranquilidad reinó durante todo el viaje y el capitán nos dijo que la única ocasión en que habían disparado fue cuando cometieron un error e hicieron volar en pedazos una ballena ante la costa occidental de África.

Los pasajeros que ya estaban en el barco cuando subimos nosotros habían tenido un viaje fatigoso, por no decir algo peor. Estaban mezclados con los refugiados —ninguno de nosotros descubrió cuáles eran—, pero alguien nos dijo que habían embarcado en África creyendo que el viaje hasta Inglaterra duraría dos semanas y ya llevaban casi dos meses a bordo. Al llegar a Suez, encontraron el Mediterráneo cerrado a los barcos británicos y se vieron obligados a volver a Ciudad del Cabo. Permanecieron una semana en el puerto mientras neutralizaban el campo magnético del barco para evitar las minas, luego emprendieron una vez más el viaje. Al acercarse al canal de la Mancha,

recibieron un SOS para que hicieran escala en Burdeos y sacaran a los refugiados.

Aunque el capitán no había podido cargar raciones extras desde Ciudad del Cabo, el chef se las ingenió para servir dos comidas diarias a cada uno de los mil seiscientos pasajeros; para desayunar, una taza de té y una rebanada de pan, y para cenar, un pedazo de carne, un poco de arroz y una patata. La tripulación nativa recibía una ración más copiosa y compartió gustosamente parte de ella con Knickerbocker y Ed Angly a cambio de una generosa lluvia de monedas. Nos quedaban algunas provisiones de nuestro viaje de Tours a Burdeos. No había entre ellas nada que fuera muy práctico, pero sí abundancia de caviar y *pâté de foie gras* que devoramos ávidamente para desayunar.

Durante las treinta y seis horas de viaje la radio captó noticias de forma intermitente y uno de los periodistas las escribió a máquina y luego las clavó en el tablero de anuncios. Corrían por el barco rumores de todo tipo sobre las exigencias de los alemanes y las respuestas de los franceses. Pero la única cuestión que estaba en boca de todos era el destino de la marina de guerra francesa. Los pasajeros franceses hablaban de ello con vehemencia.

—No deben entregarla jamás a los alemanes; si no pueden entregarla a Gran Bretaña, es mejor que la hundan.

Pero pasara lo que pasase, una cosa era segura: Inglaterra seguía luchando. La misma tarde en que nuestro barco zarpaba del puerto de Le Verdon y la costa francesa se desvanecía a lo lejos, Churchill decía en la Cámara de los Comunes:

Lo que el general Weygand llamó «la Batalla de Francia» ha terminado. Me imagino que la Batalla de Inglaterra está a punto de comenzar. De esta batalla depende la supervivencia de la civilización cristiana. De ella dependen la vida de los británicos y la continuidad durante muchos años de nuestras instituciones y nuestro imperio. Muy pronto caerán sobre nosotros toda la furia y toda la fuerza del enemigo. Hitler sabe que tendrá que derrotarnos en esta isla o perderá la guerra. Si somos capaces de hacerle frente, toda Europa podrá ser libre y la vida del mundo podrá avanzar hacia amplias y soleadas tierras altas. Pero si fracasamos, entonces el mundo entero, incluido Estados Unidos, incluido todo lo que hemos conocido y amado, se hundirá en el abismo de una nueva Edad de las Tinieblas, que será más siniestra y tal vez más prolongada por obra de las luces de una ciencia pervertida. Preparémonos, pues, para cumplir con nuestras obligaciones y comportémonos de tal modo que, aunque el imperio británico y su

Comunidad de Naciones duren mil años, los hombres digan: «Ésa fue su mejor hora».

Sí, Inglaterra continuaba luchando y los ingleses ya empezaban a vivir «su mejor hora» con aquella imperturbabilidad apacible e inquebrantable tan característica en ellos. Al desembarcar en Falmouth, un grupo de mujeres de mediana edad y aire maternal nos ofreció limonada y bocadillos, y nos colmó de mimos mientras decían que debíamos de haberlo pasado muy mal.

—Ahora ya han vuelto a Inglaterra, sanos y salvos —dijo una de ellas—, y todo irá bien.

Sí, Inglaterra era otro mundo. Otra voluntaria me entregó una tarjeta de emigración en la que aparecía estampada la palabra «Refugiado».

—Yo no soy una refugiada —protesté—. Soy una periodista norteamericana.

—Todas las personas —dijo con firmeza— que no son inglesas son refugiados.

Asentí con la cabeza. Firmé la tarjeta. Le pedí su opinión sobre cómo iban las cosas.

—Van mejorando, en general. Al menos no queda nadie que pueda decepcionarnos.

No lo dijo con sarcasmo, ni con amargura, ni en tono de reproche, sino en tono alegre, más bien complacido.

Gracias a Dios por esa exasperante insularidad inglesa, pensé.

Novena parte
Inglaterra continúa luchando

Ninguna hora fue mejor que ésta

Los ingleses serán considerados los más valiosos aliados del mundo mientras podamos esperar de sus líderes y de las amplias masas del pueblo esa implacabilidad y esa dureza que están decididas a llevar a un final victorioso cualquier lucha que hayan empezado una vez sin reparar en el tiempo ni en los sacrificios...

Adolf Hitler, *Mi lucha*

Los agricultores cargaban sus escopetas de caza. Los soldados cerraban con barricadas las carreteras. Los operarios desmontaban las señales de circulación. Los habitantes de los pueblos patrullaban por los caminos. Un aluvión de ciudadanos se alistaban como voluntarios en el Ejército Territorial, los cuerpos de bomberos, los servicios de ambulancias. Los ojos se alzaban hacia el cielo mientras la nación esperaba el momento en que la fuerza aérea alemana atacaría con toda la furia de su poderío. Inglaterra continuaba luchando.

Ocho Estados soberanos de Europa yacían bajo la dominación de Alemania, desarmados, humillados, vencidos; otros eran sus vasallos. Desde Stavanger hasta Brest, puertos y aeródromos se encontraban en poder de la aviación nazi. Inglaterra, el último baluarte de la civilización europea, estaba sola. Su marina de guerra combatía en el Mar del Norte, el Atlántico y el Mediterráneo, y en el Lejano Oriente se cernía la amenaza de una nueva agresión. Sus cañones, tanques y camiones estaban desparramados por toda Flandes y en las playas de Dunkerque. Su fuerza aérea representaba sólo una

tercera parte de la de Alemania. ¿Se vería obligada a negociar un acuerdo de paz? Su respuesta ya la habían dado las palabras de Winston Churchill:

Seguiremos luchando hasta el fin [...]. Defenderemos nuestra Isla, cueste lo que cueste; lucharemos en las playas, lucharemos en los aeródromos, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en los montes. Jamás nos rendiremos, e incluso si, aunque no lo creo ni por un momento, esta Isla o gran parte de ella se viera subyugada y reducida a la inanición, nuestro imperio allende los mares, armado y protegido por la Flota Británica, continuaría la lucha hasta que —cuando así lo disponga Dios— el nuevo mundo, con todo su poderío y toda su fuerza, acuda a salvar y liberar al viejo mundo.

Desde niña había admirado a Inglaterra. Los primeros libros que recuerdo haber leído eran cuentos ilustrados sobre los caballeros de la Mesa Redonda, Alfredo el Grande, Ricardo Corazón de León, Robin Hood y Drake. Inglaterra me parecía un país maravilloso donde todos los hombres eran muy valientes y vestían espléndidos y bellos ropajes. En lugar de disminuir, mi admiración aumentó con el paso del tiempo, y durante los últimos años se había agudizado con una comprensión más honda de lo que había significado su larga y persistente lucha por la libertad; por la seguridad que había traído a los mares; por la ley y la justicia que había llevado hasta los rincones más apartados de la tierra; por el razonamiento y el juicio compasivo que había dado a su pueblo.

Pero nunca la admiré más que durante aquellos peligrosos días de junio y julio. Por primera vez comprendí qué significaba la máxima que decía: «Inglaterra nunca reconoce la derrota». Ni una sola vez oí que alguien hablara de rendición. Al contrario, como decía la señora Sullivan: «Después de todos los quebraderos de cabeza que nos ha dado Hitler, lo menos que podemos hacer ahora es ganar».

Aunque los líderes británicos eran muy conscientes de lo precaria que era la situación, nunca flaquearon. No había en Inglaterra ningún «Partido de la Paz» con el que hubiera que bregar. Y en lo que se refería a la gente normal y corriente, no sólo aceptaba la nueva situación, sino que, de hecho, se sentía alentada por ella. Durante todo el viaje de regreso de Francia me había preguntado cuál sería la reacción. Estaba preparada para encontrar valentía, pero ver que el público en general incluso parecía estimulado por el

derrumbamiento de su último aliado resultaba tan sorprendente que sólo cabía calificarlo de «típicamente inglés». «Ahora volvemos a estar todos juntos», decían.

Psicológicamente, la explicación se debía en parte al hecho de que los ingleses siempre han pensado que los extranjeros son raros e imprevisibles y les consolaba saber que sus compatriotas sin duda alguna demostrarían ser más dignos de confianza; y en parte a que las mujeres experimentaban una curiosa sensación de alivio al ver que sus hijos y sus maridos ya no iban a combatir en el Continente. En el transcurso de los siglos numerosos soldados británicos habían perdido la vida en suelo extranjero. Habían sido enterrados en Crimea, en África, en la India —en casi todos los países de Europa—, pero ahora los ingleses se encontraban ante la insólita perspectiva de hacer la guerra en su propia tierra.

Más que impresionada, me sentía estupefacta. No sólo entendía la máxima «Inglaterra nunca reconoce la derrota», sino que también comprendía por qué Inglaterra nunca había sido derrotada. El 29 de junio hablé por la BBC a Estados Unidos:

Los rumores que corren por Estados Unidos de que Inglaterra se verá obligada a negociar un acuerdo —lo cual significa rendirse— son infundados y falsos. Toda persona que conozca Inglaterra sabe hasta qué punto son falsos. El carácter anglosajón es *duro*. Los ingleses se enorgullecen de ser ingleses. Han sido la raza más poderosa de Europa durante más de trescientos años y creen en sí mismos con apasionada convicción. Durante toda la historia de Inglaterra los regimientos de la guardia real han luchado hasta la muerte. Cuando un inglés dice: «Es mejor morir que vivir bajo Hitler», prestad atención a sus palabras. Lo dice en serio.

Al inglés normal y corriente le hubiera asombrado saber que alguien hacía conjeturas sobre la determinación británica, o, para el caso, sobre las probabilidades de sobrevivir que tenía Gran Bretaña. Incluso al entregar mi guión a la BBC me sentí ligeramente avergonzada. Aunque los ingleses sabían que serían bombardeados, bloqueados y sitiados, su insularidad, que tenía sus raíces en casi mil años de independencia, les estaba resultando útil; tenían la certeza de que su isla no podía ser invadida. Sabían que hubo un tiempo en que Inglaterra tenía pocos barcos y que los que tenía eran pequeños y, a pesar de

ello, había derrotado a la Armada Invencible española; sabían que Napoleón, con todos sus ejércitos y todo su poderío, nunca había logrado cruzar el Canal. Tenían una fe inquebrantable en su marina de guerra y ninguna pulla les complacía más que el hecho de que Hitler fuese hombre de tierra y no supiese nada acerca del mar.

Así pues, no tenía nada de extraño que el ofrecimiento de paz que Hitler hizo el 19 de julio cayera en oídos sordos: «No veo ninguna razón por la cual esta guerra deba continuar. Me entristece pensar en los sacrificios que exigirá [...]. Quizá Churchill debería por una vez creerme cuando vaticino que un gran imperio será destruido, un imperio que nunca fue mi intención destruir o siquiera perjudicar. Sin embargo, me hago cargo de que esta lucha, si continúa, sólo puede terminar con el aniquilamiento total de uno de los dos adversarios. Puede que Churchill piense que será Alemania. Yo sé que será Inglaterra».

La respuesta de Inglaterra fue:

—¿Ah, sí?

Aunque la situación era mucho más amenazadora que en tiempos de Napoleón, presentaba un paralelismo tan extraordinario que rebusqué entre mis libros uno de Paul Frischauer titulado *England's Years of Danger* (Los años peligrosos de Inglaterra). Se trataba de una recopilación de cartas y documentos del largo periodo en el que Inglaterra vivió bajo la amenaza de una invasión napoleónica. Volví a leerlo, fascinada. La historia se estaba repitiendo de forma casi exacta. Napoleón, que, al igual que Hitler, tenía todo el continente a sus pies, también al igual que Hitler hizo ofrecimientos de paz. Fueron asimismo rechazados. Aunque Inglaterra luchaba sola, su marina de guerra empezó a lanzar audaces ataques en un intento de bloquear los puertos controlados por los franceses. Napoleón, dolorosamente sorprendido al ver que la isla solitaria le desafiaba, escribió en una carta al almirante Decrès en junio de 1805 (exactamente ciento treinta y cinco años antes):

Quando Inglaterra se dé cuenta de la seriedad de la partida que está jugando se verá obligada a levantar el bloqueo de Brest. Realmente no sé qué medidas preventivas *puede* tomar para protegerse del terrible peligro que se cierne sobre ella. Cuán necia es una nación que no tiene ejército ni fortificaciones pero corre el riesgo de ser invadida por una fuerza de cien mil hombres escogidos. Ésa es la pieza maestra de nuestra flotilla.

Cuesta dinero; pero necesitamos únicamente seis horas para ser dueños del mar, e Inglaterra deja de existir.

Al cabo de unos meses Napoleón ordenó al almirante Villeneuve, que se encontraba en Cádiz, que zarpase inmediatamente con destino a Brest y despejara el canal de la Mancha para que lo cruzase su vasta flotilla de embarcaciones de fondo plano en las que soldados, artillería y caballos ya se hallaban instalados. La orden de Napoleón decía así:

Boulogne, 22 de agosto de 1805

Almirante: Confío en que ya habréis llegado a Brest. Zarpad enseguida. No perdáis ni un minuto y zarpad con las escuadras hacia el canal de la Mancha. Inglaterra es nuestra. Estamos preparados. Todo está a bordo. Bastará con que lleguéis en el plazo de veinticuatro horas y el objetivo se habrá cumplido en su totalidad.

El pobre almirante, sin embargo, no pudo salir de Cádiz porque la fuerza inglesa que le esperaba fuera del puerto era demasiado poderosa. Una vez más se aplazó la invasión. ¿Y cómo reaccionaron los ingleses? Confiando en el poderío de su Flota y del Ejército Territorial de la época, se tomaron a broma los intentos de invasión. La prensa publicó caricaturas de Napoleón (del tipo «Has perdido el tren»). Frischauer reproduce la siguiente parodia que salió en un periódico londinense. Se escribió en forma de Proclamación que debía redactarse después de la entrada victoriosa de Napoleón en Londres. Se utilizó para el calendario de la Revolución francesa:

11 de termidor
Palacio de San Jaime

Habitantes de Londres, ¡tranquilizaos! El Héroe, el Pacificador, ya está entre vosotros. Su moderación y su misericordia os son de sobra conocidas. Le es grato devolver la paz y la libertad a todo el género humano.

No se pondrá ningún obstáculo a las medidas que los soldados franceses sean requeridos a ejecutar.

¡A los Soldados Franceses!

¡Soldados! Bonaparte os ha conducido a las costas y la Capital de esta orgullosa Isla. Londres, la segunda Cartago, es entregada al pillaje durante tres días.

12, 13, 14 de termidor

¡Londres saqueada! Forzadas las puertas de casas particulares. Bandas de soldados borrachos arrancan a esposas e hijas de los brazos de esposos y padres. Parece que un centenar de lugares distintos están en llamas. Abiertas por la fuerza las puertas de las iglesias y robada su vajilla de plata, los bancos y los altares convertidos en cuadras, asesinados cuatro obispos.

15 de termidor

Las casas de la nobleza principal y la pequeña nobleza expropiadas y puestas a disposición de los generales franceses.

16 de termidor

Insurrecciones en diferentes partes de la capital. Cañones emplazados en todas las avenidas principales. Los lores Nelson, St. Vincent y Duncan, los señores Addington, Pitt, Sheridan, Grey y veinte Pares y Comunes, sentenciados a ser fusilados. La sentencia cumplida inmediatamente en Hyde Park.

Se ha ordenado dividir la Isla en departamentos. El nombre de Londres cambiado por el de Bonapartópolis, y el del país pasará a ser La France Insulaire.

Hitlerópolis: he aquí una idea que tampoco prosperó. Una vez más la gente se preparaba para una invasión. Y se preparaba con cierto grado de humor mezclado con su determinación, porque a todo el mundo le parecía sumamente cómica la perspectiva de que hombres disfrazados de obispos y coadjutores bajaran del cielo armados con metralletas; sin embargo, nadie estaba dispuesto a correr riesgos. Bajé en coche hasta la costa, donde los habitantes de los pueblos bloqueaban las carreteras con vetustos carros y automóviles; donde los agricultores sembraban sus campos de obstáculos contra los transportes de tropa; donde voluntarios del Ejército Territorial patrullaban por las carreteras rurales en busca de paracaidistas. Anne O'Neill, Margaret Douglas-Home y yo pasamos un fin de semana en casa de unos amigos que vivían cerca de la costa. Una noche circulábamos por un camino solitario cuando dos hombres salieron inesperadamente de entre los arbustos agitando un farol y nos ordenaron a gritos que nos detuviéramos. Metieron sus fusiles por la ventanilla, nos iluminaron la cara con el farol y nos preguntaron cómo nos llamábamos y adónde íbamos. Después de hacernos más preguntas, uno de ellos dijo:

—Creo que podemos dejar que se vayan. No parecen paracaidistas.

—Bueno —dijo el otro en tono escéptico—. Toda precaución es poca. A

juzgar por lo que he oído decir, les gusta lanzarse vestidos con falda.

Nos apresuramos a irnos antes de que sus dudas fueran en aumento.

Los habitantes del campo no eran los únicos que se preparaban para una emergencia. En todas las ciudades, así grandes como pequeñas, miles de hombres se alistaron voluntariamente en el Ejército Territorial. En Osterley Park, Tom Wintringham, con el respaldo de Edward Hulton, del *Picture Post*, organizó clases para instruir a los hombres en tácticas guerrilleras. Mineros asturianos que habían tomado parte en la guerra de España enseñaban a dignos secretarios de ayuntamiento y corredores de Bolsa a arrastrarse boca abajo sobre la hierba, a lanzar granadas y «cócteles molotov», a apuñalar, estrangular y pegar tiros. Un día fui allí con Eddie Ward. Un hombrecillo de modales delicados, jefe de vendedores en unos grandes almacenes, interrumpió súbitamente al instructor, un oficial jubilado del ejército británico:

—Perdóneme, señor, quizá pueda decirme cuál es la manera más rápida y económica de matar a un grupo numeroso de prisioneros.

El instructor se quedó desconcertado.

—En Inglaterra no matamos a los prisioneros.

El hombrecillo persistió.

—Podría surgir una emergencia. Podría resultar difícil vigilarles, ya sabe, por tener que atender asuntos más urgentes.

El instructor, todavía receloso, recomendó mordazmente la bayoneta y el hombrecillo asintió con la cabeza, inmensamente satisfecho.

No cabía ninguna duda: Inglaterra empezaba a ser «consciente de la guerra».

Per ardua ad astra

Un espléndido día de agosto, Knickerbocker y yo fuimos en coche por la costa desde Dover hasta Southampton. Desde hacía más de una hora se estaba librando un combate aéreo y, aunque podíamos oír los motores, los aviones volaban tan alto y el sol brillaba con tanta intensidad que sólo de vez en cuando vislumbrábamos las diminutas alas plateadas, que parecían pececillos nadando velozmente en las aguas cristalinas de un arroyo. El combate continuaba cuando llegamos a la tranquila ciudad de Hastings, que en 1066 había sido escenario de una gran batalla cuando los invasores normandos llegaron a Inglaterra. Nos pareció que sería interesante visitar el campo de batalla. Vimos tres hombres sentados en una valla con los ojos alzados hacia el cielo y les preguntamos por dónde se iba al campo de marras.

—¿La batalla de 1066? —repitió uno de ellos—. Nunca he oído hablar de ella.

—¡Míralo, míralo! —exclamó el otro, muy excitado—. Se le ha pegado a la cola. ¡Ah! ¡Mira cómo lo persigue!

Saltaba a la vista que a ninguno de los dos le interesaba la batalla de Hastings, de modo que seguimos adelante. Al cabo de unos instantes, Knick dijo en tono reflexivo:

—¿Crees que dentro de mil años algún joven prometedor escribirá un libro con el título de *1940 y todo eso*?

La pregunta me sobresaltó, pero una cosa era indudable: harían falta muchas páginas para describir «*todo eso*». Desde el 8 de agosto la gran armada aérea de Alemania luchaba contra los cazas de la Real Fuerza Aérea en un intento titánico de acabar con la resistencia británica, arrasarse luego la isla y sellar su condena con una invasión. La apacible ciudad de Dover, a sólo

unos treinta kilómetros de la base alemana más próxima, se había convertido repentinamente en el centro de las noticias del mundo por la feroz y terrible batalla que tenía lugar sobre la costa.

Centenares de periodistas y cámaras cruzaban el vestíbulo del Grand Hotel, un establecimiento provinciano que se encontraba en la zona portuaria y hasta entonces había vivido principalmente de los turistas que iban camino de Francia para pasar unas vacaciones con tarifa especial. Había visto los mismos periodistas en hoteles de Praga, Berlín, Varsovia, Helsinki y París, pero esta vez era diferente; ésa era la última parada. A partir de ahora no habría otros hoteles adonde ir.

Por lo demás, el ambiente era el mismo que los periodistas siempre traían consigo: excitación, confusión, actividad. Aunque muchos habitantes de la ciudad habían sido evacuados y la playa era una larga y vacía extensión de arena protegida por alambradas que impedían el paso a los peatones, las calles estaban abarrotadas de soldados, marineros y encargados de la barrera de globos estáticos y de la defensa civil contra ataques aéreos. El pabellón de patinaje sobre ruedas que había en una plazoleta al lado del hotel estaba lleno hasta los topes de clientes y la alegre música del gramófono se oía en el paseo marítimo exactamente igual que antes de la guerra.

Cuando sonaban las alarmas se izaba una bandera roja en el castillo de Dover, que se alzaba en una colina sobre el nivel mar. Se veía a los comerciantes echar el cerrojo a sus tiendas, a los transeúntes correr hacia los refugios, a los vigilantes contra ataques aéreos ocupar sus puestos en las calles: las mismas escenas que todo el mundo había visto tan a menudo, sólo que esta vez eran ligeramente extrañas porque tenían lugar en Inglaterra. Luego se oía a lo lejos el ruido de los motores, que iba aumentando hasta que el zumbido se convertía en un terrible estruendo que hacía pensar en el fragor de unas cataratas, y empezaba la batalla.

Algunos de nosotros solíamos subir a Shakespeare Cliff, que quedaba a poco más de un kilómetro de la ciudad, para contemplar el espectáculo desde allí. El marco era majestuoso. Ante ti se extendían las aguas azules del canal de la Mancha y a lo lejos distinguías el contorno borroso de la costa francesa. Abajo, muy abajo, veías las casas de la ciudad refulgiendo bajo el sol y las

embarcaciones pequeñas y los pesqueros de arrastre fondeados en el puerto; en la colina del otro extremo los imponentes torreones del castillo se proyectaban hacia el cielo; y, encima de todo esto, veinte o treinta enormes globos estáticos flotaban en el aire y se agitaban un poco como ballenas respirando dificultosamente.

Te echabas en la hierba crecida con el viento acariciándote suavemente el cuerpo y contemplabas los centenares de aviones plateados que surcaban los cielos como nubes de mosquitos. A tu alrededor, los cañones antiaéreos se estremecían y tosían y acuchillaban el firmamento con nubecillas blancas. Veías el destello de las alas y las largas columnas blancas que salían de los tubos de escape; oías el gemido de los motores y el tableteo de las ametralladoras. Sabías que el destino de la civilización se estaba decidiendo a más de cuatro mil metros sobre tu cabeza, en un mundo hecho de sol, viento y cielo. Lo sabías, pero aun así resultaba difícil comprenderlo.

A veces los aviones volaban más bajo y se retorcían, giraban, arremetían y descendían en picado con un ruido quejumbroso que hacía que se te cayera el estómago a los pies; a veces los veías precipitarse hacia tierra convertidos en una masa en llamas que como último testamento dejaba una larga mancha negra en el cielo. Muchos caían en el mar y podías ver a lo lejos cómo las embarcaciones de salvamento zarpaban rápidamente para rescatar a los supervivientes. A menudo, cuando un avión alemán era derribado, los artilleros gritaban y aplaudían desde sus posiciones en los acantilados. Nadie sentía más respeto por los pilotos de caza que ellos.

—¡Dios mío! —exclamó uno—. ¡Hay que ver a estos chicos para creer en lo duros que son!

Hacía sólo unas semanas que Knickerbocker y yo habíamos ido en coche hasta el aeródromo donde el escuadrón 601 tenía su base. Vimos cómo despegaban los Hurricanes y, veloces como balas, en un momento se convertían en manchas diminutas a lo lejos. Habían recibido la orden de salir al encuentro de un grupo de bombarderos alemanes que se acercaba a la costa cerca de Brighton, pero en esta ocasión en particular resultó ser una falsa alarma, porque los atacantes se retiraron y los Hurricanes pronto volvieron a aterrizar en el aeródromo.

Mientras los cazas volaban en círculo para tomar tierra, el aviador que nos estaba enseñando el aeródromo —un chico de diecinueve años, alto y moreno— me preguntó si me gustaría hablar con uno de los pilotos. Anduvo hasta un avión aparcado cerca del hangar, encendió la radio y me dijo que pidiera que me conectasen con X n.º 1.

—Pero ¿qué tengo que decir?

—Diga sencillamente X n.º 1, estás haciendo un aterrizaje desastroso. Repítalo dos veces de manera muy clara.

Cumplí la orden diligentemente y me quedé esperando la respuesta. La recibí:

—Dígale al controlador que se vaya al carajo.

Mi instructor rió a carcajadas. Cuando X n.º 1 cruzó el campo a grandes zancadas hasta nosotros, mi instructor le saludó afectuosamente y dijo:

—Quiero presentarte a esta señora. Acabas de hablar con ella por radio.

—Vaya por Dios —farfulló X n.º 1—. No tenía ni idea... Espero que...

Era un joven terriblemente tímido y ya se había puesto muy colorado. Lucía una condecoración de la fuerza aérea y, según me dijeron, había derribado once aviones, pero no tuve ocasión de conocer más detalles, porque se esfumó rápidamente y no volvimos a verle durante el resto de la tarde.

El escuadrón estaba dividido en tres turnos: «Preparado», que era capaz de despegar en el espacio de unos segundos; «Disponibilidad avanzada», que tenía un margen de diez minutos; y «Disponible», en el plazo de una o dos horas después de recibir aviso. Los pilotos del primer turno se alojaban en cabañas pequeñas al borde del campo y el oficial que mandaba el grupo nos enseñó las instalaciones y nos presentó a varios de ellos. Se les veía animados y llenos de entusiasmo y lucían las condecoraciones que habían ganado durante la retirada de Dunkerque. Se mostraban sumamente modestos al hablar de sus hazañas y, de haberles dicho que pensabas que eran unos chicos maravillosos, hubieran sentido muchísima vergüenza. De hecho, cuando Winston Churchill dijo en un discurso: «Nunca en el campo de los conflictos humanos tantos han debido tanto a tan pocos», se dijo que uno de ellos, azorado, había comentado: «Me parece que se refiere a las facturas del comedor».

En el grupo había dos polacos que acababan de incorporarse al escuadrón y aún no habían recibido su bautismo de fuego. Como sólo sabían algunas palabras en inglés, Knickerbocker se dirigió a ellos en alemán, lengua que hablaban con soltura.

—Si no le importa —dijo uno de ellos, en tono de suave reproche—, preferimos hablar en inglés.

Aunque la conversación resultó casi ininteligible, me acordé de los pilotos polacos a los que en Rumanía había visto suplicar que les diesen otra oportunidad de atacar a los alemanes y no hizo falta que me dijeran lo que sentían.

Terminamos la jornada tomando el té en un jardín situado detrás de una vieja casa de labranza que estaba junto al campo. Al agricultor le daba miedo vivir tan cerca del aeródromo y se había ido, y un grupo de pilotos había ocupado la casa. Estaban tan contentos de vivir en ella que parecían niños. Se esforzaron de modo especial durante el té y entraban y salían de la cocina para asegurarse de que todo se hiciese como era debido. Nos trajeron bandejas con pasteles y emparedados y se disculparon mil veces por haberles pillado en un día de tan poco movimiento. Habían despegado una sola vez cuando lo normal era entablar batalla cuatro o cinco veces cada día. Me sorprendió muchísimo lo jóvenes que eran, chiquillos de cabellos rubios y mejillas sonrosadas que parecían haber hecho novillos. Les estuve mirando fijamente, como si fueran un poco irreales: eran los hombres que estaban salvando a Inglaterra. Cada vez que despegaban era para luchar a muerte: o morían ellos o moría el enemigo. Justo en aquel momento uno de los pilotos interrumpió mis pensamientos:

—Deberían visitar uno de nuestros escuadrones de bombardeo un día. — Su voz adquirió un tono de admiración—. Esos chicos sí que son duros, *realmente* duros.

Por una vez no se me ocurrió ningún comentario.

Aproximadamente una semana después, Knick y yo seguimos su consejo y visitamos una base de bombarderos en Lincolnshire. Aunque fue hace casi un

año, en unos momentos en que la inferioridad numérica de Inglaterra en el aire todavía era muy grande, la intensidad de los bombarderos británicos quintuplicaba la de los contraataques alemanes. El 15 de agosto las cifras oficiales calculaban que la Real Fuerza Aérea había arrojado más de treinta mil bombas contra Alemania en comparación con las siete mil que los alemanes habían lanzado contra Inglaterra. Desde la invasión de Holanda, tres meses y medio antes, sólo habían pasado dos noches sin que se atacasen objetivos enemigos.

En el aeródromo, bajo la luz del crepúsculo, Knick yo vimos cómo seis bombarderos gigantescos y cargados hasta los topes despegaban y emprendían el largo viaje que para entonces ya conocían tan bien. El espectáculo fue dramático: los motores calentándose, los destellos de las luces intermitentes cruzando el campo y, de pronto, el rugido de los aviones que, uno tras otro, bajaban por la pista y desaparecían bajo la luz incierta. El radiotelegrafista de tierra no tardó en hablar con los pilotos para verificar el buen funcionamiento de los aparatos: «¿Me oyes? ¿Me oyes?». Y de alguna parte sumida en la oscuridad, a muchos kilómetros de distancia, llegó la respuesta: «¡Bien! ¡Bien!».

Los bombarderos se dirigían a unas refinerías de petróleo del Ruhr. Cada uno de los aviones llevaba una tripulación de seis hombres: dos pilotos, dos artilleros, un navegante y un radiotelegrafista que también era artillero. Una o dos horas antes de emprender el vuelo tuvo lugar la sesión informativa. El comandante del escuadrón llamó a sus pilotos para indicarles sus objetivos: objetivos primarios, objetivos secundarios y, finalmente, órdenes terminantes de volver a la base con las bombas si no lograban localizar sus objetivos.

—Por supuesto —dijo el comandante—, si alguno de vosotros sobrevuela por casualidad el aeródromo de Schiphol (Ámsterdam) y todavía lleva las bombas a bordo...

Todos rieron. La broma acerca de Schiphol era una de las favoritas. Durante los diez o quince minutos siguientes los pilotos hicieron preguntas y comprobaron las posiciones en sus mapas. Formaban un grupo de hombres duros, entusiasmados y campechanos. Este escuadrón en particular había hecho un promedio de más de cien vuelos mensuales a Alemania durante los

últimos cinco meses.

Al verles con la cabeza inclinada sobre los mapas, trazando sus objetivos, recordé la anécdota que me había contado alguien sobre la visita que Sir Archibald Sinclair, el ministro del Aire, había hecho a un escuadrón de bombarderos durante una sesión informativa. Sir Archibald tenía grandes deseos de dirigir unas cuantas palabras a los pilotos, de modo que el oficial que mandaba el escuadrón le llevó a una habitación donde, según explicó al ministro, los hombres estaban estudiando sus instrucciones. Encontró a los pilotos inclinados ante una mesa y riendo a carcajadas. En el centro de la mesa había un paquete enorme. Al quitar el primer envoltorio, apareció otro paquete. Al desenvolverlo, apareció un tercer paquete. En este último había un gato muerto. Los hombres habían puesto mucho cuidado en arreglarlo de forma que pareciese una extraña y temible bomba. En el interior habían garabateado toda suerte de chistes verdes y pensaban arrojarlo sobre Berlín con una nota que decía: «Con amor y besos de la Fuerza Aérea». Tenían la esperanza, huelga decirlo, de que algún sesudo ciudadano alemán lo llevara de prisa y corriendo a un laboratorio para someterlo a una concienzuda inspección científica.

Knick y yo nos quedamos en el aeródromo hasta altas horas de la madrugada esperando el regreso de nuestros bombarderos. Allí sentada hora tras hora, preguntándome si volverían todos, empecé a comprender la tensión de aquellos viajes largos y agotadores que a esas alturas ya se habían convertido en algo normal. Me los imaginé sobrevolando el mar, milla tras milla, a través de la niebla y el viento, y me maravillé de la capacidad humana de soportarlo noche tras noche. El silencio que reinaba en la sala de control de operaciones parecía incrementar el dramatismo. Varios hombres estaban inclinados sobre mapas enormes y tomaban nota de velocidades y posiciones; el comandante del escuadrón se hallaba sentado ante su mesa, trabajando; el radiotelegrafista estaba atento por si llegaba algún mensaje. El único ruido era el silbido del hervidor que un ordenanza había puesto sobre una estufa improvisada.

Los pilotos tenían instrucciones de no ponerse en contacto con sus bases hasta que llegaran a la última etapa del viaje de vuelta para evitar que los

alemanes descubriesen su posición. Hacia las dos de la madrugada se recibió un mensaje del primer avión; luego, de una en una, fueron llegando las señales hasta que todos quedaron anotados con tiza en la pizarra. Al cabo de aproximadamente media hora el zumbido de un motor perforó la oscuridad. Salimos corriendo y vimos que las luces del campo de aviación lanzaban destellos. El bombardero voló en círculo durante varios minutos y finalmente descendió e hizo un aterrizaje perfecto.

Cinco de los bombarderos llegaron con intervalos de menos de tres cuartos de hora entre ellos, pero faltaba el sexto. El comandante del escuadrón empezó a pasear nerviosamente de un lado a otro, toda vez que al aparato no le quedaba mucho combustible. Pasó una hora, luego dos y luego tres. Ya parecía improbable que regresara, pero de repente el cuartel general informó de que un bombardero se encontraba no muy lejos de la costa inglesa y media hora después oímos el zumbido característico de un motor Wellington.

El piloto entró en la sala de control quitándose el casco y desabrochándose la chaqueta de cuero forrada de pieles. Tenía las mejillas enrojecidas y parecía avergonzado. Explicó que había rebasado el objetivo y luego se había perdido. De pronto había descubierto que en vez de alcanzar la costa de Inglaterra se encontraba sobrevolando Holanda. Le quedaba tan poco combustible que no había tenido más remedio que descargar las bombas en el mar y finalmente había llegado a la base cuando sólo le quedaba poco más de cuatro litros de combustible. El comandante le preguntó si la culpa había sido del navegante, pero el chico negó enfáticamente con la cabeza:

—Oh, no, señor, asumo toda la responsabilidad.

Se fue sin dejar de balbucir disculpas y el comandante nos dijo:

—Me parece que intenta disimular algún error del navegante. Es uno de mis mejores pilotos y el navegante ya nos había causado problemas. ¡Pero no lo admitiría nunca!

Al regresar a la base, cada una de las tripulaciones era interrogada por un oficial de inteligencia que se encargaba de determinar con exactitud qué resultados se habían obtenido y qué observaciones se habían hecho. Exceptuando un piloto que había tenido que retirarse debido a una avería de la ametralladora de cola, todos habían bombardeado su objetivo primario

Dieron parte de haber encontrado fuego antiaéreo muy intenso. Uno de los aparatos había sido alcanzado varias veces y tenía un ala rota y agujeros en el depósito de combustible de la derecha. El piloto era un joven alegre, con unos bigotazos que le habían granjeado el mote de «Hank el Manillar». Había hecho más de treinta viajes a Alemania e inspeccionó los desperfectos con el aire despreocupado de un veterano. Dijo que le parecía haber oído un ruido, pero no estaba del todo seguro.

Cuando terminaron los interrogatorios nos fuimos al comedor y dimos buena cuenta de un desayuno pantagruélico a base de huevos con tocino y judías en salsa de tomate. Estaban todos tan animados que nadie hubiera dicho que acababan de regresar de un viaje agotador sobre territorio enemigo. Uno de los pilotos, uno que había hecho su primera incursión pocos días antes, me dijo, entre bocado y bocado de tostada, que lo que más le sorprendió fue el espectáculo que los alemanes habían montado para ellos. Dijo que los cañones antiaéreos disparaban tantas andanadas que casi tuvo la sensación de que asistía a los festejos del día del Imperio.

—Al ver que se tomaban tantas molestias exclusivamente por nosotros, me sentí muy importante —dijo con una sonrisa burlona.

Era un punto de vista que no se me había ocurrido.

El Mando de Bombarderos y el Mando de Cazas no eran los únicos grupos de la Fuerza Aérea que atacaban al enemigo. Todos los días, al amanecer, los hidroaviones Sunderland fuertemente armados del Mando Costero salían de sus tranquilos puertos y se internaban en las nieblas del Atlántico. Su trabajo consistía en ayudar a la marina a proteger las grandes y vitales rutas marítimas de las islas británicas. A veces lo único que hacían era patrullar en solitario durante unas horas; otras veces hacían de todo, desde señalar la posición de los barcos enemigos y atacar a los submarinos hasta rescatar a las víctimas de éstos, proteger a los barcos que navegaban con rumbo a Inglaterra y entablar combate con los aviones enemigos.

Un fin de semana visité la base de operaciones de un escuadrón australiano. Durante los seis meses anteriores, este escuadrón en particular

había establecido una marca asombrosa al volar un total de kilómetros equivalente a un viaje de ida de la tierra a la luna y la mitad del viaje de vuelta. Le pregunté a uno de los oficiales si tenía alguna probabilidad de acompañarles en uno de sus vuelos y gracias a que alguien cometió un error que para mí fue un golpe de suerte (y que causó muchísima indignación en el Ministerio del Aire) me reclutaron en calidad de piloto extra y me llevaron con ellos en una patrulla de trece horas y más de dos mil setecientos kilómetros.

Había dos oficiales —un piloto y un copiloto— y una tripulación de seis hombres. Los oficiales eran hombres duros y experimentados con un largo historial de vuelo en su haber. Me pareció que les hizo mucha gracia la expresión de perplejidad de los tripulantes al verme subir a bordo.

—Lo único que espero es que no se aburra usted —me dijo uno de ellos en tono ansioso—. Un barco fue torpedeado frente a la costa de Irlanda hace unas horas y Jim (uno de los otros pilotos) ha ido a recoger a los supervivientes, así que puede que también nosotros encontremos un poco de diversión.

Salimos a las seis de la mañana y volamos a una velocidad de casi doscientos cincuenta kilómetros por hora. No tardamos en encontrarnos en alta mar sin nada por encima y por debajo salvo una extensión de color azul intenso y el centelleo del sol sobre las olas. Todo el mundo tenía mucho que hacer. Se cargó el dispositivo portabombas y los artilleros ocuparon sus puestos y empezaron a otear el horizonte en busca de submarinos enemigos. El copiloto se sentó ante los mandos dobles al lado del piloto; detrás de ellos el primer mecánico se hallaba sentado ante su mesa calculando las temperaturas y las presiones del motor, mientras el navegante, inclinado sobre sus mapas, calculaba la velocidad y la posición y el radiotelegrafista permanecía atento por si se recibía algún mensaje.

El nuestro era un hidroavión de dos cubiertas construido enteramente de metal. Llevaba combustible suficiente para unos mil seiscientos kilómetros y estaba armado con ametralladoras en proa y en popa, a babor y a estribor. (El piloto me dijo que las naves de este tipo escupían fuego desde tantos ángulos que los alemanes los llamaban *Fliegende Stachelschwein*: puercos espines voladores.) También estaba dotado de cámaras para las misiones de

reconocimiento, bengalas con paracaídas para los amerizajes nocturnos, una lancha de goma plegable que se hinchaba al entrar en contacto con el agua y una jaula con palomas mensajeras. Uno de los artilleros me dijo que últimamente la tranquilidad había sido tan grande que a las palomas les había dado por poner huevos para matar el aburrimiento. Pero el artilugio más indispensable de toda la nave era un piloto automático al que llamaban «George». George era un invento concebido para los vuelos a larga distancia; mantenía el rumbo de manera tan perfecta que el piloto no tenía que usar los mandos durante muchas horas seguidas.

No llevábamos mucho tiempo en el aire cuando el radiotelegrafista captó un mensaje del hidroavión que había salido a recoger a los supervivientes del barco torpedeado. El mensaje decía que se habían avistado dos aviones enemigos. Sin embargo, resultó evidente que no ansiaban entrar en combate, ya que al cabo de unos minutos llegó un segundo mensaje que decía que el enemigo «no estaba a la vista». Durante las cuatro horas siguientes lo único que vimos fue un pequeño pesquero de arrastre español. Centenares de gaviotas seguían su estela, lo cual, según el piloto, era la única forma segura de saber si era o no un pesquero «de verdad».

A las diez y media desayunamos: huevos con tocino, fruta, café, tostadas y mermelada. El artillero de proa, que era también un experto en mecánica, desempeñaba un tercer papel: el de cocinero.

—Si las patatas tienen un fuerte sabor a combustible —dijo el piloto—, es señal de que ha estado muy ocupado.

Era un hombre bajito, bonachón y bromista que se enorgullecía de haber aprendido a cocinar en las regiones agrestes de Australia. Comentó que resultaba bastante difícil dar de comer a diez personas con una cocina tan reducida, pero que, por otra parte, no estábamos en el Ritz. Le pregunté si le gustaba patrullar por el Atlántico y me contestó que le gustaba más después de «soltarles un soplamocos a los alemanes». Añadió que sospechaba que nuestro hidroavión estaba maldito porque era el único del escuadrón que aún no había entrado en combate.

Poco después de almorzar pensé que íbamos a tener un poco de movimiento. El copiloto llevaba los mandos y el piloto y yo estábamos

apurando nuestras tazas de té cuando de repente el aparato cambió de rumbo. El piloto se levantó de un salto y se acercó a una ventanilla. Nos estábamos ladeando mucho y vimos que en el mar había una larga mancha de combustible. El piloto dijo entre dientes «submarino» y subió apresuradamente a la cabina de mando.

Al cabo de un segundo un ruido que parecía una bocina antigua resonó en toda la nave: la señal de «zafarrancho de combate». Desde la cocina nos llegó un ruido de cacharros y el cocinero salió corriendo hacia la ametralladora de proa. Estábamos virando lentamente como un pájaro gigantesco a punto de lanzarse sobre su presa. De pronto todo terminó. Sonó la señal que indicaba el cese de la alarma, el hidroavión ganó altura y enderezó el rumbo. El cocinero volvió a sus platos con cara de niño decepcionado.

—Restos de algún naufragio de hace tiempo —gruñó—. Pensé que esta vez íbamos a lanzar unas cuantas.

No era el único que se había llevado un chasco. El primer mecánico hizo un gesto de contrariedad con la cabeza.

—Lo malo es que en un día tan despejado los alemanes nos ven venir de muy lejos. Siempre es fatal para pescar, este tiempo.

El copiloto se disculpó por la falta de diversión y dijo que, para compensarla, me pondría en la torreta de la ametralladora de cola. La torreta era un cubículo redondo de vidrio que colgaba sobre el mar. De pronto me encontré encerrada en ella, con el viento penetrando en ella por las aspilleras y silbando de forma alarmante, y, debajo de mí, nada excepto una escalofriante caída al mar.

—¡Déjenme salir! —grité.

—¿Qué pasa? —preguntó el copiloto con una sonrisa burlona cuando volví a la cabina—. Estábamos pensando en reclutarla como artillera permanente de cola.

Al copiloto se le ocurrió entonces la idea de organizar unos breves ejercicios de tiro. Los tripulantes se pusieron los cascos, que estaban dotados de cables y micrófonos que les permitían comunicarse desde todos los puntos de la nave. El copiloto cogió entonces la radio y con un realismo aterrador dijo que nos atacaba el enemigo.

—¡Los tenemos pegados a la cola! ¡Se están lanzando en picado a estribor!
¡Y ahí vienen dos más! ¡A babor!

Después de hacer prácticas de movimiento con las ametralladoras, arrojaron unos blancos y los artilleros dispararon ráfagas cortas.

Pronto terminó todo, pero dos artilleros olvidaron desconectar sus micrófonos. De repente el piloto oyó que uno de ellos decía:

—Me pregunto cuánto tardarán en permitirnos *a nosotros* traer a una de nuestras nenas a bordo.

El piloto dijo:

—Aconsejo a quien está hablando, sea quien sea, que se quite el casco.

Se oyó un chasquido agudo, luego se hizo el silencio.

No hubo más incidentes aquella tarde y estuvimos patrullando horas y horas con sólo el mar y el cielo extendiéndose interminablemente ante nosotros. Amerizamos en el puerto justo cuando comenzaba a anochecer.

La continuación de la historia es triste. El pequeño cocinero australiano que anhelaba «soltarles un soplamocos a los alemanes» partió en un vuelo con destino a Gibraltar. Su hidroavión avisto y atacó a un Dornier 18 y lo puso en fuga, pero el cocinero, que interpretaba su papel de artillero de proa, resultó herido de gravedad y murió a las pocas horas.

Me sentí como si hubiera perdido a un viejo amigo.

Ay, el puente de Londres no se ha derrumbado

Anne seguía recibiendo en casa y todas las tardes se presentaba alguien a tomar el té. Había tanta paz en aquella casa, con vistas a los verdes árboles que había en el centro de la plaza recoleta, que la guerra parecía estar muy lejos. Habías contemplado los combates aéreos desde los altos acantilados de la costa y sabías que la Batalla de Inglaterra seguía librándose hora tras hora; aun así, en Londres resultaba difícil pensar en ello.

Londres conservaba su secular aire de tranquilidad. No se debía a que su aspecto no hubiera cambiado; hacía sólo un año el tráfico era denso en sus calles, los hoteles estaban llenos de visitantes extranjeros y en el salón de baile del palacio de Buckingham relucían más diamantes que en cualquier otro salón del mundo. Ahora las calles estaban semidesiertas, sacos terreros y alambradas protegían las entradas de los edificios del Gobierno, en los parques había muchos cañones antiaéreos y soldados, y hasta las guerreras escarlatas y los morriones negros de la guardia real habían dado paso a los cascos de acero y los uniformes caquis.

Pero, a pesar de la transición, la capital sólo había perdido un poco de su plácido encanto. A mí todavía me parecía maravilloso estar allí. La vida era más sencilla que antes, con menos ceremonia: incluso veías mujeres paseando por Bond Street vestidas con pantalones y jerséis, a veces con un sombrero de ala ancha y un perro pequinés. La gente almorzaba y cenaba fuera de casa pagando cada cual lo suyo, llenaba los restaurantes al aire libre e iba al cine, al fútbol y a las carreras. De vez en cuando sonaban las sirenas, pero sólo unos cuantos bombarderos alemanes lograron atravesar las defensas de la

capital durante el verano y la gente raras veces se tomaba la molestia de ir a los refugios.

El primer sábado de septiembre por la tarde Anne y yo fuimos en coche a Mereworth, a unos sesenta kilómetros al sur de Londres, para pasar el fin de semana con Esmond Harmsworth. El día era cálido y soleado y tomamos el té en el jardín. De pronto oímos un zumbido de aviones. Al principio no vimos nada, pero el zumbido no tardó en convertirse en un tremendo rugido, como el retumbar lejano de unas cataratas gigantescas. Echados sobre el césped, con los ojos vueltos hacia el cielo, distinguimos unas manchitas blancas que parecían nubes de insectos y se movían en dirección norte-oeste, rumbo a la capital. Algunas de ellas —los bombarderos— volaban en formación regular, mientras que las otras —los cazas— revoloteaban a su alrededor para protegerlos.

Uno de los huéspedes de Esmond, un señor de edad avanzada, corto de vista y duro de oído, se negaba a creerlo. El mundo era para él un lugar pacífico y estaba decidido a que continuara siéndolo. Incluso cuando el fuego de la artillería antiaérea estalló en el firmamento, insistió en que se trataba simplemente de los cañones del campo de tiro. Durante la hora siguiente Anne y yo contamos más de ciento cincuenta aviones. No encontraban ninguna resistencia y eran tantos que nos dimos cuenta de que probablemente ya habrían atravesado las defensas.

—Pobre Londres —dijo Anne.

—¡Tonterías! —exclamó el señor de edad avanzada—. Han trasnochado demasiado. Será mejor que se vayan a descansar.

Era el sábado 7 de septiembre, la fecha en que dieron comienzo los salvajes ataques nocturnos contra Londres. Desde las cinco de la tarde hasta altas horas de la madrugada, una lluvia de bombas cayó sobre la capital en el más furioso bombardeo aéreo que hasta entonces había visto el mundo. Mientras tenía lugar, la radio alemana daba parte del mismo cada hora. El locutor, dijo con voz muy excitada:

Caen bombas por doquier y los incendios van en aumento. Espesas nubes de humo se extienden sobre los tejados de la mayor ciudad del mundo. El ruido de las explosiones llega hasta los aviones alemanes. Los esfuerzos de los cañones antiaéreos británicos

son inútiles.

Constantemente van llegando nuevas oleadas de aviones mientras una sección de los aviones alemanes, los que ya han descargado sus bombas, emprende el vuelo de retorno a sus bases. El corazón del imperio británico es entregado al ataque de la Fuerza Aérea Alemana.

Los alemanes hicieron blanco en edificaciones portuarias, fábricas, comunicaciones ferroviarias, fábricas de gas y centrales eléctricas. Pero los incendios más espectaculares se produjeron en los depósitos de mercancías. Toneladas de lana, tabaco, caucho y azúcar por valor de millones de libras ardieron durante toda la noche y alimentaron el incendio más aterrador que Londres había visto desde otro mes de septiembre, el de 1666. Incluso donde estábamos nosotros, a unos sesenta kilómetros de distancia, un resplandor rosa llenaba el cielo.

La comunicación telefónica ordinaria con Londres estaba cortada, pero Esmond disponía de una línea privada con su periódico, el *Sunday Dispatch*. El director tenía pocas noticias nuevas excepto que el cielo estaba más rojo que nunca, que seguían llegando aviones, que seguían cayendo bombas y que si el periódico conseguía entrar en prensa, nadie se llevaría una sorpresa mayor que la suya. Hasta el señor de edad avanzada se mostraba pensativo. A las nueve pusimos la radio y oímos al locutor de la BBC leyendo con voz apagada el comunicado del Ministerio del Aire:

A última hora de esta tarde aviones enemigos atravesaron en gran número la costa de Kent y se acercaron a la región de Londres. Encontraron fuerte resistencia por parte de nuestros cazas y cañones antiaéreos, pero algunos lograron llegar a la zona industrial del este de Londres. A consecuencia de estos ataques se produjeron incendios entre los objetivos industriales de la zona. El alumbrado y otros servicios públicos sufrieron daños y se registraron algunos trastornos en las comunicaciones. Los muelles también han sido atacados.

Desde luego, el comunicado no nos dijo mucho. Resultó tan evasivo que después de oírlo nuestra aprensión era mayor que antes. Todavía oíamos ruido de motores sobre nosotros. Esmond dijo que antes de la guerra Mereworth se encontraba en la ruta directa de los pilotos civiles alemanes que iban de Berlín a Londres pasando por Holanda. Era evidente que ahora seguían la

misma ruta. El zumbido de los aviones se oyó durante toda la noche y empezamos a preguntarnos si quedaría algo de la capital.

Poco después de acostarnos oímos una explosión muy fuerte cuando una bomba de más de cuatrocientos cincuenta kilos cayó a unos cuatrocientos metros de nosotros. Mereworth, una casa sólida construida en el siglo XVIII, sufrió una violenta sacudida. Al cabo de un momento nos encontramos en el pasillo preguntándonos unos a otros qué había ocurrido. El señor de edad avanzada no había salido de su habitación. Entramos en ella y lo encontramos sentado en la cama leyendo, con las ventanas abiertas y todas las luces encendidas. Nos apresuramos a apagarlas, le reprendimos con indignación, luego bajamos y salimos a la terraza. Se oían cañones a lo lejos y el resplandor rosa parecía cada vez más intenso. Entramos en la sala de estar y encendimos la radio con la esperanza de oír alguna noticia, pero lo único que oímos fue una serie de melodías hawaianas transmitidas desde Estados Unidos. Anne nos levantó el ánimo a todos diciendo que la cúpula de la casa probablemente parecía un gasómetro enorme al verla desde el aire y que sin duda los alemanes la tomarían por un objetivo militar. Con este pensamiento bien metido en la cabeza, nos fuimos todos a acostar, llenos de pesimismo.

Por la mañana nos enteramos de que Londres seguía en pie. Sin embargo, kilómetros de casas habían resultado destruidos en el East End y miles de personas se habían quedado sin hogar. Pensaba volver a Londres por la tarde y había quedado con un amigo en que pasaría por Brentwood para tomar el té con él. Para llegar allí, tenía que ir hasta Gravesend, que distaba unos veinticuatro kilómetros, y cruzar el Támesis; aunque parecía dudoso que las carreteras estuvieran transitables, me puse en marcha alrededor de las tres de la tarde.

La campiña presentaba un aspecto tan apacible que costaba creer que hubiera pasado algo fuera de lo normal. Vi la primera señal al llegar al transbordador; grandes nubes de humo negro se elevaban de los muelles de Woolwich y descendían sobre el Támesis. Sin embargo, nadie parecía desconcertado, porque la escena de domingo por la tarde era tan tranquila como siempre: los dos hombres del transbordador tomaban el sol perezosamente; uno de los trabajadores portuarios leía el periódico de la

mañana; y el revisor se quejaba de que los alemanes armaban mucho ruido y no le habían dejado pegar ojo en toda la noche. Por el tono de aburrimiento de su voz se podría haber pensado que las molestias no las había causado nada que fuera más desacostumbrado que los maullidos de un gato en el patio de atrás.

Durante el viaje de Tilbury a Brentwood, otros veinticuatro kilómetros más o menos, vi alrededor de media docena de edificios destruidos y tuve que desviarme varias veces al llegar a sitios donde había caído alguna bomba; pero, aunque pareciese extraño, la zona en general parecía no haber sufrido daños. Al llegar al hotel vi que mi amigo, oficial de un regimiento de artillería, estaba muy animado. Le hablé del incendio de los depósitos de mercancías, pero desechó el comentario con un gesto de la mano e insistió en que el principal objetivo de los alemanes no eran los muelles, sino propagar la alarma y el desaliento destruyendo todos los bares y pubs. Los bombarderos habían vuelto por la tarde, pero los cazas británicos aún estaban en condiciones de hacerles frente. Mi amigo acababa de volver de un aeródromo donde tenía su base un escuadrón de cazas y dijo que muchos de los pilotos que volvían a la base hacían la «pirueta de la victoria», que era la señal de que habían derribado un aparato enemigo. Un caza hizo tres piruetas y el personal de tierra prorrumpió en vítores.

Salí para Londres, que quedaba a unos treinta kilómetros, a las siete y media. De haber caído en la cuenta de que el bombardeo de la noche anterior iba a repetirse, habría procurado llegar a casa antes de que sonaran las sirenas, pero su lúgubre sonido se oyó pocos minutos después de ponerme en marcha. Empezaba a anochecer, así que pisé el acelerador para aprovechar al máximo la luz. Aunque en aquel momento cruzaba uno de los barrios residenciales más congestionados de las afueras de Londres (Stratford, a cosa de kilómetro y medio de East Ham), las calles se estaban quedando vacías; la gente corría en todas las direcciones en busca de un refugio, los autobuses y los camiones se detenían y había largas colas de tranvías parados y vacíos. Pronto se hizo un silencio que no auguraba nada bueno y el mío era prácticamente el único coche que circulaba por la carretera.

Dos soldados que tenían problemas para volver a su unidad me hicieron

señas y detuve el coche para recogerlos. Era difícil conducir casi a oscuras y el silencio resultaba opresivo. De pronto, a unos centenares de metros de nosotros se oyó un silbido horripilante seguido de una explosión ensordecedora. Una bomba había caído en medio de la calle y provocado una lluvia de cristales rotos y cascotes de las casas situadas a uno y otro lado. Sonaron los silbatos y casi de inmediato llegaron vigilantes antiaéreos y policías auxiliares. Estaba demasiado oscuro para ver qué daños habían sufrido las casas, pero la calle se encontraba cubierta de cascotes.

La policía nos dijo que tuviéramos cuidado y nos desvió a otra carretera. No tardamos en oír una sirena de ambulancia. Ante nosotros el cielo se había iluminado y presentaba un resplandor rojo y oímos que caían más bombas en medio de la oscuridad. Cerramos todas las ventanillas para evitar que algún fragmento de metralla nos hiriese (justo lo que no hay que hacer en estos casos) y seguimos nuestro camino. Los dos soldados guardaban silencio. Estaba tan oscuro que no podía verles muy bien; no eran más que figuras en la parte de atrás del automóvil. De vez en cuando uno de ellos farfullaba que los alemanes «se las pagarían», pero eso era todo. Su destino era el puente de Londres y, por alguna razón, con el ruido de las bombas y los cañonazos y el cielo teñido de rojo intenso, no pude por menos que pensar en la antigua canción infantil *London Bridge is Falling Down* (El puente de Londres se está derrumbando). Evidentemente los dos soldados también pensaron en ella, porque uno le dijo al otro:

—Te apuesto lo que quieras a que el viejo puente *no* se ha derrumbado.

Y tenía razón: dos o tres kilómetros más adelante apareció ante nosotros, macizo e imponente como siempre.

Atravesé luego el corazón de la City, que parecía tan fantasmagórica y desierta como un camposanto. Me detuve para preguntarle el camino a un vigilante antiaéreo y me pidió que llevase a dos de sus hombres hasta Piccadilly. No habían podido cambiarse de ropa desde hacía cuarenta y ocho horas y acababan de salir de un edificio donde habían rescatado a cinco personas de las ruinas.

—Tres mujeres y dos criaturas —me dijo en tono pesaroso uno de ellos; luego añadió casi entre dientes—: Los alemanes pagarán un precio muy alto

cuando termine la guerra.

Finalmente llegué a Montagu Square y encontré a los señores Kinch (el portero y su esposa) cenando tranquilamente en la cocina. Oíamos pasar los aviones y cada dos por tres la casa temblaba y las ventanas vibraban cuando caía una bomba en las inmediaciones. Les pregunté si no tenían miedo y la señora Kinch contestó:

—Oh, no. ¿De qué nos serviría tener miedo?

Desde luego, no había forma alguna de responder a su comentario. Tenía la sensación de que el desastre era inminente, pero pensé que si ellos podían aguantarlo, yo debía ser capaz de aguantarlo y me acosté con la esperanza de que la muerte, si llegaba, fuese instantánea.

El día siguiente amaneció con el cielo azul e inocente. De no haber visto los enormes cráteres y las ruinas, tal vez habría pensado que todo había sido una pesadilla. El tráfico era normal, los comercios estaban llenos, las ancianas tomaban el sol en el parque y los soldados y sus novias paseaban cogidos del brazo por Piccadilly. Fui a almorzar al restaurante Berkeley y lo encontré tan ruidoso y abarrotado como de costumbre. De pronto se oyó una explosión y el comedor se estremeció. Una bomba de explosión retardada acababa de estallar a varias manzanas del establecimiento. Una muchacha bonita que lucía un coqueto sombrero se volvió hacia el joven oficial subalterno que la acompañaba y dijo, con una voz que se oyó en todo el restaurante:

—¿Se te ha caído algo?

Puedes escribir acerca de los fogonazos cegadores y el largo silbido de las bombas; acerca del estruendo de las casas que se desmoronan, un estruendo que recuerda el ruido que hacen las olas al romper en la playa. Puedes escribir acerca del rojo resplandor de las llamas que atraviesan la negrura de la noche, acerca de los haces de luz de los reflectores mezclándose con las estrellas y las bengalas en el firmamento. Puedes escribir acerca de estas cosas, pero es improbable que lo que escribas logre transmitir la amalgama de sensaciones que se experimenta en el momento de verlas y oírlas. El ruido de los aviones era lo peor: un ruido desigual, un zumbido como el de la fresa del dentista. A

veces llegaba a ser tan fuerte que contenías la respiración y te preguntabas con angustia si las compuertas de la bodega de bombas se abrirían y soltarían su carga. En cierta ocasión Vincent Sheean calló en mitad de una frase y alzó los ojos con expresión furibunda.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada. Sólo estoy esperando a que esa cabrona salga de la bodega.

Me pareció la mejor manera de describirlo.

Todo el mundo me pedía que comparase los bombardeos de Londres con los de Barcelona y Helsinki y me decían:

—Probablemente estás tan acostumbrada a estas cosas que no te afectan en absoluto.

Pues no, no lo estaba. Era mucho peor que todo lo que había visto antes. Había visto bombardeos que duraban quince o veinte minutos y luego *terminaban*. Los de ahora duraban toda la noche y no había en Londres ningún lugar donde pudieras sentirte a salvo. La vida estaba patas arriba y todo el mundo tuvo que hacer grandes esfuerzos por adaptarse a una situación totalmente nueva. Las conversaciones giraban en torno a un solo tema: dónde y cuándo dormir. La situación de los ricos no era mejor que la de los pobres, porque en Londres no había un solo refugio (incluido el del palacio de Buckingham) lo bastante profundo para resistir un impacto directo. Cada cual tenía su propia teoría al respecto: algunos preferían el sótano, otros decían que el último piso de la casa era más seguro porque te librabas de verte atrapado bajo una montaña de escombros; algunos recomendaban una trinchera estrecha en el jardín de atrás; también había quienes insistían en que lo mejor era olvidarse de todo y morir cómodamente en la cama. (Lord y Lady Camrose tuvieron la primera discusión de su vida conyugal. Lord Camrose decía que, dado que había un refugio a sólo unos metros de la casa, era absurdo no utilizarlo; Lady Camrose decía que cualquier concesión, por nimia que fuese, suponía una victoria moral para los alemanes. Me parece que ganó Lady Camrose.)

Durante las primeras noches los servicios de autobuses, tranvías y taxis dejaron de funcionar. En toda la ciudad había gente que no tenía ningún medio de volver a casa. Me encontré casualmente con Eddie Ward, de la BBC, y le

pregunté dónde se alojaba.

—En ninguna parte. Sencillamente duermo en el lugar donde como, sea cual sea.

Lo mismo hacían muchos otros. Desaparecieron los convencionalismos y todo el mundo estaba dispuesto a compartir habitación allí donde encontrasen una cama. Unos cuantos que tenían coche propio se veían asediados por desconocidos que pedían que les llevaran. Nadie quería estar solo, sin embargo, y oías a señoritas respetables que decían a sus acompañantes:

—No me iré a casa a menos que prometas que te quedarás a pasar la noche.

Los vestíbulos de los hoteles presentaban un extraño espectáculo: aparte de los clientes ocasionales que dormían en los sillones, a muchos huéspedes permanentes les daba miedo permanecer en los pisos altos y bajaban colchones y almohadas para instalarse dondequiera que hallasen un sitio libre. Iban de un lado a otro luciendo curiosos atuendos: ropa de playa, pantalones de sport, trajes para los refugios antiaéreos y algunas mujeres sencillamente no se cambiaban y arrastraban por el suelo la cola del vestido de noche. Muchas se sentaban en sus camas improvisadas y hacían calceta mientras se oían en el vestíbulo los sonos de la orquesta de baile y la gente iba y venía. Una vez tropecé con la hermana del rey Zog de Albania, que dormía plácidamente delante de la puerta del restaurante del Ritz.

Al cabo de unos días se reforzaron las defensas de Londres. Trajeron a la capital todos los cañones antiaéreos disponibles y durante toda la noche se los oía vomitar fuego y rugir en un crescendo ensordecedor. La primera noche de la barrera de la artillería me encontraba cenando con un grupo en el hotel Dorchester, a pocos metros de las baterías de Hyde Park; las ventanas vibraban y por una vez hasta el lamento del saxofón se perdió. En un momento dado una bomba incendiaria cayó en la calzada. Alguien descorrió la cortina y vimos que la ventana estaba en llamas. La orquesta se puso a tocar más fuerte y las parejas siguieron bailando. Vincent Sheean dijo que recordaba tanto la escena de la película *Idiot's Delight* que se sintió cohibido.

Aquella noche en particular Seymour Berry nos llevó a Anne y a mí a casa en coche. En Hyde Park había muchos incendios y oímos que una mujer decía

entre sollozos:

—Ahora nos vamos a quedar sin Hyde Park. Con lo que a mí me gustaba.

En el exterior se veían luces centelleando en el cielo y el ruido era tremendo. Anne y yo estábamos asustadas, pero Seymour, que era capitán en un regimiento antiaéreo, parecía pensar que el sonido de los cañones era maravilloso e insistió en pasar por Park Lane a unos ocho kilómetros por hora y empaparse plenamente del esplendor del momento.

—¡Date prisa, so idiota! —exclamamos, exasperadas.

—Vamos, vamos, callaos las dos. No hay ningún motivo para alarmarse. Tratad de pensar en algún chico de diecinueve años volando ahí arriba en la oscuridad y el doble de asustado que vosotras y...

—¡Oh, cierra el pico! —dijo Anne.

Finalmente llegamos a casa y a partir de entonces procuré utilizar siempre mi propio coche.

La gente aceptaba las situaciones extrañas en que se encontraba no sólo con serenidad, sino también con mucho humor. La noche en que el fuego arrasó los grandes almacenes John Lewis, varios de nosotros nos encontrábamos inmovilizados en el hotel Claridge's, a pocas manzanas de distancia. El incendio iluminaba gran parte del cielo y los alemanes se pasaron toda la noche machacando la zona iluminada. Yo estaba cenando con Basil Dufferin. Hacia las once intentamos irnos. Tenía el coche aparcado en la esquina y apenas habíamos dado unos pasos cuando sonó un silbato.

—¡Agáchense! —gritó un vigilante antiaéreo desde la otra acera.

Basil era militar, pero la rapidez con que obedecí la orden le dejó en mal lugar. Por suerte, la bomba no estalló. Insistí en que volviéramos al hotel. En medio del vestíbulo, un militar alto que llevaba gafas discutía con su esposa sobre si salían o no. Ella decía que era peligroso y él respondía que no dijese tonterías; al final, el militar salió solo. Volvió al cabo de cinco minutos. Parecía un fantasma, respiraba con dificultad y se dejó caer pesadamente en una silla. La mujer se puso a abanicarle con una revista y el camarero le sirvió una copa de coñac. En el momento en que doblaba la esquina había caído una bomba y la onda expansiva le había lanzado al otro lado de la calle. Tras dar dos volteretas en el aire, había aterrizado en la acera de enfrente, ileso de

puro milagro.

En el vestíbulo había cada vez más gente. Docenas de personas bajaban por la escalera cargadas con su ropa de cama. Todo el mundo hablaba con todo el mundo, alguien encargó una ronda de copas y al ver semejante alegría generalizada, casi parecía que se estuviera celebrando un baile de disfraces divertido (aunque un tanto raro). Finalmente entró un vigilante antiaéreo que aconsejó que nadie se moviera de un lado del hotel porque en Davies Street había caído una bomba de explosión retardada que podía estallar de un momento a otro. Minutos después vimos que una dama entrada en años bajaba por la escalera. Llevaba un abrigo largo y negro, un sombrero del mismo color y gafas ahumadas. La reconocimos: era la reina Guillermina de Holanda. Iba con tres damas de compañía y cuando cruzó el vestíbulo el silencio descendió sobre los presentes. Había algo muy gallardo en la figura de la anciana; parecía una mujer dura. Era evidente que si no se lo hubieran ordenado, nada la habría inducido a ir a un refugio.

Entretanto, los amigos de Anne habían dado a Montagu Square el nombre de «Rincón del Infierno». Alrededor de su casa habían caído muchas bombas, pero Anne se negaba tozudamente a irse.

—Si me fuera —decía—, ¿dónde tomaríamos el té por la tarde?

Era un factor que había que tener muy en cuenta. Todas las noches el matrimonio Kinch cogía las mantas y se iba a dormir a un refugio que estaba a pocos metros de la casa, pero, como en el caso de un impacto directo, el refugio no ofrecía mayor seguridad, Anne y yo preferíamos la comodidad de nuestras propias camas. Sin embargo, finalmente nos acobardamos cuando la casa de enfrente resultó destruida. El espectáculo era macabro. Fragmentos de piedra y de muebles habían ido a parar al otro lado de la calle y el viento agitaba una falda de color rojo, una blusa y una media que habían quedado colgadas en las copas de los árboles delante de nuestra ventana. Durante todo el día los trabajadores estuvieron retirando escombros para poder sacar los siete cadáveres que yacían debajo de las ruinas. La única persona que se salvó fue la doncella que dormía en el último piso; cayó junto con el resto del edificio y sólo sufrió algunos cortes y magulladuras.

Anne cerró la casa, envió los muebles a un almacén y se mudó a un hotel.

Se fue a pasar unos días de descanso en el campo, pero incluso allí un haz de bombas cayó a ambos lados de la casa. La doncella entró corriendo en la habitación de Anne.

—El señor Harmsworth (el anfitrión de Anne) está enterrado bajo un metro de cascotes.

Anne, que a estas alturas ya era una mujer curtida y fértil en recursos, replicó:

—Hagas lo que hagas, no enciendas las luces. Tendremos que buscarle a oscuras.

Resultó que todo había sido un malentendido y que Harmsworth no estaba debajo de las ruinas.

—Pero si alguna vez lo estoy —dijo mordazmente—, lo menos que podéis hacer es buscarme con una linterna.

Mientras tanto, me fui a pasar unos días con Freda Casa Maury en St. John's Wood. Freda se había mudado a una casita de paredes blancas y mesas con superficie de cristal. Había un cañón móvil en la calle y cuando disparaba la onda expansiva hacía que las cortinas se separasen de la ventana, las lámparas de brazos oscilasen y los floreros se estrellaran invariablemente contra el suelo. Que una potente pieza de artillería de campaña disparase desde el umbral de tu domicilio resultaba tan grotesco que parecía cómico. El ruido era tan fuerte que tenías que conversar a grito pelado. La primera noche que pasé allí, Vernon, el mayordomo, subió corriendo al piso de arriba a las cuatro de la madrugada y gritó:

—¡Hay una mina de tierra en la colina! ¡Salgan lo más deprisa que puedan!

Cinco minutos después estábamos apretujados en el coche de Freda —Vernon, la cocinera y yo, todos más o menos vestidos— descendiendo la colina a toda velocidad. Vernon tenía los nervios de punta desde hacía algún tiempo y Freda sospechaba que lo había soñado, pero al día siguiente descubrimos que era verdad. Una mina de tierra con paracaídas había descendido y, por una feliz casualidad, se había posado suavemente en un plantío de verduras sin hacer explosión. Un amigo fue a echar un vistazo y luego me dijo que un oficial y un grupo de soldados la habían visto y, creyendo que se trataba de un desembarco de paracaidistas, habían salido a su encuentro

revólver en mano.

—¡Alto! —gritó el mayor en tono feroz—. ¿Quién vive?

Al ver lo que era, salió disparado cuesta abajo. Le conté la anécdota a Basil Dufferin y él se la contó a un oficial de cierta edad en el Bucks Club. No le hizo ninguna gracia. No es extraño. Era el mayor de marras.

Todo el mundo había vivido experiencias parecidas. Creo que entre los ocho millones de habitantes de Londres no había nadie que no hubiera oído de cerca el silbido de una bomba. Miles de ellos murieron, miles resultaron heridos y otros miles se vieron reducidos a la indigencia. Si no me he ocupado detenidamente de los horrores de la terrible prueba no ha sido por falta de sentimientos. Dejo a la imaginación del lector el terror de la oscuridad, el aullido de las sirenas de las ambulancias y los lamentos de los heridos. Es imposible hacer una descripción detallada del horror y el sufrimiento. Sin embargo, fue de este horror de donde se alzó Inglaterra para alcanzar su segunda gran victoria. Los cazas británicos habían superado la parte más difícil de los ataques diurnos; ahora el espíritu británico se alzaba para superar la parte más difícil de los ataques nocturnos. Era el mismo espíritu que había enviado a los británicos a conquistar los mares y explorar todas las partes del mundo; el mismo que una y otra vez había expulsado a los enemigos de Inglaterra de sus costas y había colocado a la isla al frente del mayor imperio que el mundo ha conocido.

No hubo aquí una grieta en el dique como la que había habido en Francia. Hasta el eslabón más débil de la cadena era digno de confianza. Desde las más elevadas hasta las más humildes, todas las personas desempeñaron su papel. Vigilantes antiaéreos, policías, unidades de bomberos, médicos, enfermeras, telefonistas, camioneros, tipógrafos de prensa, trabajadores industriales, funcionarios y otros centenares de ciudadanos hicieron su trabajo sin flaquear y lograron que la enorme organización de la capital no se detuviera. La coordinación entre el Gobierno y el pueblo fue un magnífico homenaje a la solidaridad y la eficiencia de la democracia inglesa.

Freda trabajaba todo el día en sus clubes Feathers, que ahora estaban repletos de gente que había perdido su hogar por culpa de los bombardeos. Servía cinco o seis comidas al día, ayudaba a centenares de damnificados a

readaptarse y a encontrar una nueva vivienda. Por la noche volvía a casa muy afectada por las cosas que había visto.

—Cuando ves lo maravillosos que pueden ser los seres humanos, cuesta entender que en el mundo pueda haber tanto horror.

Yo pensaba que Freda también era maravillosa, pero era lo último que se le habría ocurrido a ella: a todo el mundo le impresionaba el coraje que había a su alrededor, pero nadie parecía pensar que en ellos mismos hubiese algo extraordinario. A veces el grado de autodominio que ellos consideraban lo más natural del mundo te llenaba de perplejidad. Recuerdo la noche en que cayó una bomba en una colina cerca de casa. La explosión levantó nubes de polvo y humo en la oscuridad y Vernon se puso un casco de acero y cruzó corriendo la calle. Volvió al cabo de unos minutos con un portero y su esposa, un soldado y un perro. La onda expansiva había derribado las puertas de la casa, destrozado los muebles y arrancado el revoque de las paredes. Habían conseguido salir con sólo unos cuantos rasguños y contusiones. Vernon los llevó a la cocina y les ofreció un poco de té. La esposa del portero estaba pálida y asustada. Nunca olvidaré lo que su marido le dijo en tono severo:

—No pongas esa cara de susto, Elizabeth. No ha sido nada. No es propio de ti perder la serenidad.

Lo dijo como si la pobre mujer estuviera sufriendo un ataque de histeria en vez de estar sentada sin decir nada en un rincón.

El soldado tenía un permiso de veinticuatro horas y había venido a visitar a sus amigos. Yo no entendía por qué estaba tan contento hasta que me dijo que nunca le habían bombardeado. Ahora podría contar algo interesante cuando volviera «al frente».

El East End era la parte de Londres que más había sufrido, pero ni siquiera allí flaqueaba la moral. Una tarde fui a visitarla con Eddie Ward. Recorrimos en coche muchos kilómetros y vimos las ruinas de numerosos depósitos de mercancías, cerca de los muelles, y cruzamos zonas congestionadas donde las explosiones habían destruido centenares de casas de trabajadores. Eran cerca de las cinco de la tarde y la gente se dirigía apresuradamente a los refugios antes de que anocheciese. Nos detuvimos en un punto especialmente desolado. Las casas del otro extremo de la calle habían quedado reducidas a montones

de cascotes y las de la acera de enfrente habían sido arrasadas. Pasaron dos chicas cargadas con almohadas y mantas y les pregunté si los aviones seguían bombardeando aquella parte del East End en particular. Una de ellas contestó:

—¡Todas las noches, maldita sea! ¿No sabes que somos la primera línea?

Rieron las dos y se fueron a hacerse la cama en un refugio que había debajo de un montón de escombros ¿Qué probabilidades tenía Hitler de quebrantar la moral de personas como ellas?

La gente tardó poco en reorganizar su vida. El *Daily Express* puso en marcha una campaña con el lema «No des la lata con las bombas»; los comercios colgaron letreros que decían: «Abrimos como siempre» (el de una barbería que había junto a las ruinas de un edificio decía: «Afeitado apurado») y Florence Desmond cantaba con acento melancólico:

Tengo un piso acogedor,
hay un sitio para tu sombrero;
llevo un negligé de chifón rosa,
¡si sabré yo lo que me hago!
Y si no basta con eso,
tengo el refugio más hondo de la ciudad...

Los colchones desaparecieron del vestíbulo de los hoteles; tranvías, autobuses y taxis volvían a funcionar; se mejoraron las condiciones en los refugios; se proporcionaron hogares a quienes había perdido el suyo, y la vida cotidiana discurría ahora de una manera nueva. En las calles ya no había grupos de curiosos alrededor de los cráteres; había pasado la novedad.

Una noche, Lord Londonderry salió del hotel Dorchester. En la calle reinaba una tranquilidad desacostumbrada. Preguntó al portero si había sonado la alarma.

—Sí, Milord.

—¿Ha caído alguna bomba?

—No, Milord. De hecho, si se me permite decirlo, hasta ahora el espectáculo ha sido *muy* flojo.

Pueblo de Inglaterra, *salaam*.

Fin de semana de invasión

El viernes 13 de septiembre tuvo lugar la apertura del «Fin de semana de invasión». Había luna llena y marea alta. Los puertos de la otra orilla del canal de la Mancha estaban llenos de soldados alemanes y barcazas de fondo plano para transportar tropas; era la última oportunidad que tenía Hitler de emprender una invasión antes de que empezasen las tempestades equinocciales. La marina de guerra británica dobló sus patrullas de vigilancia, el ejército aprestó sus cañones y la fuerza aérea machacó las bases enemigas. Inglaterra estaba a la espera.

Aquel mismo viernes Knickerbocker y yo bajamos en coche hasta Dover. Salimos de Londres alrededor de las once de la mañana. Aunque ya había pasado casi una semana desde el comienzo de los bombardeos nocturnos, nos llevamos una sorpresa al ver que las carreteras principales habían sufrido pocos daños. Al pasar por los congestionados barrios residenciales de las afueras, sólo dos veces tuvimos que dar un rodeo. Vimos varias casas sin paredes que parecían decorados de teatro; trabajadores que barrían los cristales rotos enfrente de los comercios; un grupo de gente que miraba con curiosidad el fondo de un cráter en mitad de la calle. Pero eso fue todo. Después de los terribles bombardeos de las noches anteriores, resultaba extraño que los desperfectos fueran relativamente tan escasos.

Pronto nos hallamos en la carretera principal, en pleno campo abierto. Encontramos poco tráfico hasta que llegamos a Maidstone; pero desde allí hasta Dover —un trecho de unos sesenta y cinco kilómetros— el ambiente era militar. Camiones y motos del ejército, autocamiones de la fuerza aérea y tanques ligeros pasaban por nuestro lado a toda velocidad. ¿Se oiría en la misma carretera el ruido de las cadenas de las divisiones blindadas alemanas

como en su momento se habían oído en tantas otras carreteras? Contemplamos los pequeños campos verdes que se extendían a ambos lados y nos preguntamos si pronto habría hombres que darían la vida por defenderlos palmo a palmo; si algún día los maestros de escuela llevarían a sus alumnos —tal vez a aquella pequeña colina que se divisaba a lo lejos— para que viesen un monumento que señalaba el lugar donde se había librado una de las grandes batallas de 1940.

En estas cosas pensábamos aquella luminosa mañana de septiembre. De pronto Knick dijo:

—¿Crees que algún día correremos como locos por la carretera de Norfolk, Virginia, o por la de Portland, Maine, o por la de Los Ángeles o por la de Chicago, para informar acerca de una invasión?

—Puede que tú sí, pero yo iré en la dirección contraria.

—Pues *podría* suceder. Con las flotas británica y francesa en poder de Alemania; con un Japón hostil; con América del Sur y Canadá bajo el Eje, es exactamente lo que *pasaría*. ¿Puedes imaginar cómo sería? ¿Puedes ver las columnas mecanizadas nazis avanzando por nuestras largas y rectas carreteras? ¿Puedes ver a los quintacolumnistas sabotando las centrales eléctricas y cortando los hilos del teléfono? ¿Puedes ver las columnas de evacuados saliendo de Nueva York y Chicago? ¿Y los aviones descendiendo en picado para bombardearlos y ametrallarlos? ¿Puedes ver las escenas de pánico? Ha ocurrido en todas partes, ¿por qué no iba a ocurrir en Estados Unidos? ¡Dios mío, creo que empezaré así mi gira de conferencias! ¿Qué te parece?

—Pues que evitará que el público se duerma...

Hicimos un alto en Canterbury para almorzar. La guerra parecía aquí muy lejana. El contorno de la gran catedral te transportaba a otro siglo, y hasta la comida parecía fuera de lugar en una Inglaterra asediada y atribulada. Comimos langosta con mayonesa, pollo asado, ensalada de verduras y helado. En la lista de helados había un «Knickerbocker Glory». Knick, encantado, preguntó a la camarera cómo se les había ocurrido ponerle aquel nombre.

—Oh, pues no lo sé. Nos gusta poner nombres raros a nuestros dulces.

Knick pagó la cuenta con un billete de cinco libras, lo cual requería firmar

en el dorso. A la camarera no le hizo gracia; miró a Knick con cara de enfado, pensando sin duda que era un desacertado intento norteamericano de hacerse el gracioso.

En los últimos veinticinco kilómetros hasta Dover vimos gran número de barricadas y blocaos camuflados. Los campos que flanqueaban la carretera estaban llenos de estacas de hierro, rollos de alambre y hasta carros viejos, todo ello para impedir el aterrizaje de aviones alemanes. Vimos un avión alemán que había aterrizado por error: un amasijo de acero con una esvástica más doblada que nunca. Parecía un Messerschmitt 109, pero, como no entiendo de aviones, pregunté al soldado que vigilaba los restos.

—No lo sé, señorita —replicó en tono de aburrimiento—. Los hay de tantos tipos esparcidos por los alrededores. Resulta un poco confuso.

Hice un gesto comprensivo con la cabeza y volví a subir al coche. Recordé el comentario que había hecho algún periodista norteamericano:

—No exageremos. En Kent los aviones no te llegan hasta las rodillas: sólo hasta los tobillos.

A unos cuantos kilómetros de Dover comenzaba la zona prohibida. Una patrulla de carretera nos detuvo y les enseñamos nuestros papeles. Había inscrito mi coche en el registro de la policía varias semanas antes y llevaba en el parabrisas una franja amarilla con un número de la Defensa Costera que nos permitió entrar en la ciudad. Desde la cima de una colina vimos el recio contorno del castillo en el acantilado, las casas soñolientas a sus pies y, más allá, las aguas azules del canal de la Mancha. Visto desde lejos todo parecía igual que siempre, pero cuando llegamos a la zona portuaria descubrimos que la animación de antes había dado paso a un clima sombrío, melancólico. El Grand Hotel, donde nos habíamos alojado unas semanas antes, se hallaba en ruinas. La mitad de sus entrañas estaban desparramadas por la plaza y el pabellón de patinaje que había al lado tenía el cielo por único techo. Los soldados que se encargaban de la barrera de globos todavía se alojaban en una casa en la acera de enfrente. Las ventanas habían saltado, pero las paredes y el tejado continuaban en su sitio.

Paseábamos por la plaza cuando se nos acercó un coche en el que iban O'Dowd Gallagher, del *Daily Express*, y H.A. Flower, del *Daily Telegraph*.

Nos dijeron que hacía sólo unos días que había tenido lugar el bombardeo y que milagrosamente sólo habían muerto dos personas. Un par de soldados que se encontraban cerca de nosotros nos dijeron que los cadáveres aún estaban debajo de las ruinas. Justo entonces surgió de las nubes un bombardero que volaba a unos trescientos metros de altura. Alzamos los ojos, sobresaltados, pero uno de los soldados dijo:

—Oh, es un Wellington.

Seguimos hablando. De repente vi que cuatro manchitas negras se desprendían del avión. Parecían un racimo de uva y por un momento dio la impresión de que quedaban colgadas en el aire.

—¡Bombas! —gritó uno de los soldados—. ¡Cuerpo a tierra!

Nos echamos al suelo, boca abajo. Escondí la cabeza entre los brazos y esperé. Pareció interminable. Luego la tierra tembló violentamente: una, dos, tres, cuatro. Nos levantamos con la ropa cubierta de barro. Las bombas habían caído en la playa y en el agua a unos cuarenta o cincuenta metros. Y, sí, el avión era un Wellington..., pero un Wellington que evidentemente los alemanes habían capturado en Francia.

Intentamos reanudar la conversación, pero dos veces más un bombardero solitario surgió de las nubes y dos veces más tuvimos que ponernos a cubierto, en esta ocasión en un pequeño refugio de ladrillo construido en medio del prado comunal. Nunca olvidaré que una chica gorda, de pelo negro y rizado, una que había estado tonteando con los soldados en la plaza, me echó el aliento en el cuello y, respirando con dificultad, dijo:

—Dios, una cosa así te fastidia la digestión.

Ciertamente había fastidiado la mía. Decidí que ya estaba bien de Dover Square. Los hombres subieron a mi coche y nos fuimos a Shakespeare Cliff, desde donde tres semanas antes habíamos contemplado las grandes batallas aéreas que se estaban librando sobre a la costa. Encontramos a Arthur Mencken, el fotógrafo que trabajaba para *Life*, tomando fotos del puerto. Soplaban un viento muy fuerte y las aguas del Canal aparecían llenas de pequeñas motas blancas. La costa francesa se veía con más claridad que nunca y con la ayuda de los prismáticos distinguí el faro que había cerca de Calais, el campanario de la iglesia de Boulogne-sur-Mer y el monumento alto y

estilizado que se había erigido al finalizar la última guerra en memoria de la famosa Patrulla de Dover.

—¡Ojalá pudiéramos ver algunas de las barcas para la invasión! —exclamó Knick—. Haríamos un reportaje pistonudo...

—Lo sé —dijo Arthur—. Avance informativo: Desde las imponentes rocas blancas de Dover hoy he visto cómo la inmensa flotilla alemana levaba anclas y se disponía a zarpar para lanzar su mortal carga en la otra orilla del estrecho...

—Un momento —dijo Knick, mirando con sus prismáticos—. ¿Quién es ese hombre gordo que se ve allí, ese que lleva tantas medallas?

—¡Dios mío! —exclamó O'Dowd—. ¿Y el hombrecillo moreno y jorobado que está a su lado?

—¡Sí! —dijo Arthur—. ¿Y el del bigote torcido?

—No puede ser Charlie Chaplin, ¿verdad? —dijo Knick.

Era obvio que las bombas habían surtido su efecto.

Fueron cuarenta y ocho horas extrañas para tratarse de un fin de semana que probablemente pasará a la historia como el fin de semana en que Hitler no invadió Inglaterra. Entre los expertos navales y militares con los que hablamos había división de opiniones acerca de la probabilidad de que se llevase a cabo el intento, pero todos coincidían en pensar que el envío de embarcaciones de fondo plano a la otra orilla del Canal iría precedido de intensos bombardeos aéreos y terrestres; luego, de forma simultánea, se haría un esfuerzo por lanzar paracaidistas varios kilómetros tierra adentro para atacar en la retaguardia y establecer finalmente contacto con las fuerzas transportadas por mar.

El ambiente era raro. Knick y yo nos instalamos en una casa de campo que nos había dejado un amigo y estaba sólo unos cinco kilómetros de la costa. Después de los bombardeos de Londres el silencio resultaba casi opresivo: no se oían alarmas, ni zumbidos de aviones ni cañonazos. Exceptuando algún bombardero ocasional o algunas bombas que de manera fortuita caían en Dover, los únicos castillos de fuegos artificiales eran los del espectáculo que

la RAF ofrecía cada noche. Cuando el viento era propicio, se oían las explosiones de las bombas que caían en la otra orilla del Canal. Una noche subimos en coche hasta el paseo marítimo y vimos que los estallidos de metralla y el resplandor rojo de las bengalas con paracaídas iluminaban el firmamento.

Aunque el ejército dormía con las botas puestas y todas las noches la población civil se acostaba preparada para oír las campanas de las iglesias anunciando que había llegado la hora, nadie temía el resultado final. Cuando hablabas de ello con los habitantes del lugar se echaban a reír y decían: «Que lo intente». En la campiña resonaba el ruido de los camiones y las motos y los campos estaban llenos de patrullas militares, pero la gente hacía vida normal como si la guerra estuviese muy lejos. De un momento a otro sus granjas y el patio trasero de sus casas podían convertirse en campos de batalla y, a pesar de ello, se veía a los niños jugando en las carreteras polvorientas y a los agricultores labrando tranquilamente sus campos. Algunos pensaban que podía suceder; otros, que no sucedería; y otros más nunca pensaban en ello. Cuando al día siguiente me trajo el desayuno, la doncella me hizo algunas preguntas sobre los bombardeos de Londres.

—Deben de dar mucho miedo —dijo—. ¿Han venido aquí para descansar?

Mientras tanto, Goebbels hacía saber a sus compatriotas que los ingleses temblaban de miedo, del mismo modo que en 1803 el *Moniteur* de París publicaba despachos de reporteros quintacolumnistas, calculados para agradar:

Correspondencia de Londres, 13 de octubre: Los habitantes acomodados de Dover y las costas vecinas temen tanto a los franceses que han abandonado precipitadamente sus moradas y se han retirado a Canterbury o a Londres. Están de acuerdo en que la estación del año y las noches largas serán sumamente favorables a los designios de los enemigos...

La opinión general en Londres es que la expedición tendrá lugar entre ahora y mediados de noviembre.

Correspondencia de Londres, 18 de octubre: Gran número de trabajadores se hallan ocupados en este momento en construir en el río Lea esclusas por medio de las cuales se podría inundar parte de Essex, si fuese necesario.

De la Correspondencia de Dover: La alarma y la consternación ante los rumores de una visita procedente de la otra orilla del mar, con la cual nos vemos amenazados,

aumentan aquí de día en día.

... Cuando se encendieron hogueras en Boulogne, en honor de la llegada del primer cónsul allí, la población de la costa inglesa entre Sandgate y Folkestone se asustó y huyó al interior.

Un convoy de cien barcos que llegó a Torquay procedente de América fue confundido con la Flota Francesa y cundió el pánico.

El domingo, tanto por la mañana como por la tarde, el fuerte rugido de los aviones llenó el aire; era aquel ruido grave y gutural que significaba volumen; de vez en cuando se oía el lamento de un motor que se lanzaba en picado y el tableteo de las ametralladoras, pero las nubes bajas no nos dejaban ver nada. Ni siquiera desde Shakespeare Cliff se divisaba alguna grieta en la tupida cortina gris. De hecho, el único avión que vimos fue un bombardero en misión de hostigamiento. Fue por la tarde, cuando subimos al castillo de Dover para hablar con uno de los oficiales de inteligencia. El hombre al que queríamos ver no estaba, pero un capitán de cierta edad nos preguntó si podía hacer algo por nosotros. Al oír el nombre de Knickerbocker, le miró con expresión de enojo.

—Usted es el hombre que dice que los alemanes van a tratar de invadirnos por aquí.

—Es lo que opinan en Londres.

—Pues si pagamos a nuestros políticos para que piensen eso, sería mejor cambiar a toda la pandilla. ¿Invasión? ¡Tonterías! Los alemanes no llegarán aquí a no ser que decidamos construir un puente para ellos. Es un gran farol que se ha marcado Hitler.

Estábamos en un pequeño promontorio que sobresalía del acantilado y teníamos la larga extensión del Canal a nuestros pies. Apenas acababa el capitán de pronunciar sus últimas palabras cuando un bombardero alemán surgió de las nubes y arrojó un haz de bombas que parecieron pasar silbando a poca distancia de nuestras narices. Tres de ellas cayeron en el agua y la cuarta alcanzó el extremo del muelle, a cosa de un kilómetro y medio.

—Me parece que *farol* no es exactamente la palabra más indicada —dijo Knick.

El capitán carraspeó, pero no hizo ningún comentario.

Farol o no, nadie estaba dispuesto a arriesgarse y a lo largo de kilómetros detrás de la costa ciudades y pueblos estaban repletos de tropas. Las tres noches que pasamos allí Knick y yo cenamos con oficiales de los Queen's Westminsters, que se alojaban a poca distancia de donde estábamos nosotros. Tom Mitford era el ayudante del regimiento y persuadió a la propietaria del pub de al lado para que nos dejase preparar allí nuestra propia cena. Knick y yo nos pasábamos horas comprando todo tipo de latas de conservas, desde judías en salsa de tomate y ensalada de verduras hasta cebollas en vinagre y peras de California. Los chicos traían huevos y mantequilla y, con la confianza que todos los hombres parecen tener en sus habilidades culinarias, se metían en la cocina y se brindaban a preparar la tortilla y calentar las judías. Resultaba extraño ver que los jóvenes con los que habías cenado y bailado eran ahora soldados de un regimiento de tropas de asalto que esperaban el momento de responder a la invasión nazi. Parecían tomárselo como una situación cómica, y cuando uno de ellos dijo que tenía sus dudas sobre si los alemanes llegarían alguna vez a intentarlo, Anthony Winn contestó alegremente:

—Pues si no lo intentan, presentaré mi dimisión antes de que hordas de civiles que se han quedado sin hogar por culpa de los bombardeos empiecen a acusarnos de cobardía.

El lunes llegó la orden de que podían quitarse las botas al acostarse. Las cosas se estaban calmando. Knick y yo volvimos a Londres mientras el «fin de semana de invasión» se desvanecía pacíficamente detrás de nosotros. ¿Qué había pasado? En aquellos momentos era difícil sacar conclusiones, pero ahora, a la luz de los últimos acontecimientos, la respuesta es más obvia. El domingo que pasamos deambulando por las calles de Dover y comprando latas de judías y ensalada de verduras era el 15 de septiembre: el día más grande de la historia de la Real Fuerza Aérea. Refiriéndose a los combates que se libraron aquel día, el primer ministro dijo en la Cámara de los Comunes que habían sido «los más gloriosos y fructíferos de todos los combates a gran escala que hasta el momento han librado los cazas de la Real Fuerza Aérea». El enemigo perdió ciento ochenta y cinco aviones.

Fue el último golpazo que recibieron los alemanes. Cuando el día 15 por

la noche se hizo el recuento, se comprobó que los alemanes habían perdido mil ochocientos treinta y cinco aviones, más de las tres cuartas partes del número total de aviones que perdieron durante los tres meses de intensivos ataques diurnos.

Aquel día memorable cambió el curso la batalla. La fuerza aérea nazi había sido derrotada y Alemania no había conseguido alcanzar la superioridad aplastante que era esencial para llevar a cabo una invasión victoriosa. Según *La Batalla de Inglaterra*, el folleto que publicó el Ministerio del Aire, el fracaso de Alemania en su intento de destruir los efectivos del Mando de Cazas británico significó:

... la derrota de la fuerza aérea alemana misma, la derrota de un plan estratégico trazado con esmero, la derrota de lo que más anhelaba Hitler: la invasión de esta isla. La Luftwaffe, que, como dijo Goebbels en la víspera de la batalla, había «preparado la derrota final del último enemigo: Inglaterra», hizo todo lo posible y pagó un precio muy alto por el intento. Se sabe que entre el 8 de agosto y el 31 de octubre, 2.375 aviones alemanes fueron destruidos de día. Esta cifra no incluye los que se perdieron de noche ni los que, como vieron miles de personas, regresaron como pudieron a sus bases francesas, con las alas y el fuselaje llenos de agujeros, sin los alerones, los motores echando humo y perdiendo glicol, el tren de aterrizaje colgando: los restos en retirada de una armada vencida y en desorden. Esta triste procesión de los vencidos no se observaría una sola vez sino muchas veces durante aquellos días del verano y el otoño de 1940. Fue en verdad una gran liberación.

Abandonamos con pesar la paz de la costa inglesa y una vez más volvimos a Londres y los bombardeos. Durante el viaje Knick dijo:

—He estado pensando en lo que aquel capitán de cara avinagrada dijo en el castillo. No me cayó muy bien, pero empiezo a pensar que tenía razón. Hitler necesita *realmente* un puente.

Sólo unidos venceremos

Aquí en la West End Farm, a unos cincuenta kilómetros de Londres, los problemas más apremiantes del día consisten en evitar que los patos pillen resfriados, que los cerdos contraigan la fiebre porcina y que las vacas mordisqueen las ramas de los melocotoneros. Éste es el lugar en el que viven Maureen y Oliver Stanley y en el que me instalé hace unos meses para escribir este libro. La vida de Maureen ha cambiado mucho durante el último año: *The Spectator* y *Harper's Bazaar* han sido reemplazados por *The Feathered World* (El mundo de las aves) y *The Egg* (El huevo); los embajadores que llaman por teléfono tienen que esperar mientras Maureen y el factótum discuten acerca de un pienso nuevo para las gallinas; y todos sabemos que lo más prudente es tratar con la mayor deferencia al subastador y a la lechera del lugar.

El domicilio de Maureen en el 58 de Romney Street, Londres, fue destruido durante el primer mes de bombardeos; al cabo de poco se mudó aquí y se dedicó a la agricultura. De vez en cuando viaja al norte para dar alguna conferencia por encargo del Ministerio de Agricultura o el Ministerio de Información. Hace unas semanas vi lo siguiente en su calendario: 25 de marzo: cuatro de los cerdos más gordos van al mercado; Maureen habla en el Queen's Hall. (Comentario de Oliver: «Asegúrate de no hacerte un lío con las dos cosas».)

Hay tranquilidad aquí en el campo. Durante la noche se oye pasar los aviones alemanes, pero por el momento en este vecindario en particular sólo ha caído una bomba. Cayó en unos pastos cerca de la casa. Duff Cooper pasaba el fin de semana con nosotros y los chismosos del pueblo insistían en que por ese motivo los alemanes arrojaron la bomba. Por la mañana salí a ver el cráter y me encontré con que cuatro vacas lo estaban contemplando con ojos

melancólicos. Las vacas no entienden estas cosas.

Durante el invierno he ido a Londres una vez a la semana para trabajar en la biblioteca. Las calles están más desiertas ahora y hay muchas cavernas nuevas donde antes se alzaban casas, pero el espíritu es tan firme como siempre. El otro día fui a ver a la señora Sullivan. Llevaba un brazo en cabestrillo y tenía una pierna muy hinchada a causa del reumatismo (nunca había podido cumplir con sus obligaciones de vigilante antiaéreo), pero su moral seguía siendo inquebrantable. Al pedirle su opinión sobre cuánto duraría la guerra, replicó que terminaría este año.

—¿Por qué?

—Oh, esos alemanes siempre hacen lo mismo. Empiezan a lo grande, pero mi marido dice que al final todo queda siempre en agua de borrajas. Además, con ese sinvergüenza, el tal Hitler, ¿adónde creen que irán a parar si no es al arroyo? Pero, oiga, señorita, la que han armado con esos bombardeos, ¿eh? ¡Nos han atizado fuerte! Le dije a mi marido que era como si alguien estuviese sentado allí arriba disparando bodeques con una cerbatana. Yo me iba a dormir con la ropa puesta. No quería encontrarme en la calle como otras, en camisón y nada más. Y no me importa decirle que aquellas sirenas hicieron que me parase a pensar en la buena vida que me había dado hasta entonces. Pero supongo que el truco consiste en acostumbrarse a las cosas. Como dice mi marido, nunca oirás la bomba que caiga sobre ti, así que ¿para qué preocuparse?

Me miró, sonriendo de oreja a oreja, y noté que me embargaba una sensación cálida y agradable.

Aquella mañana regresé a la granja. Lo recuerdo muy bien porque al pasar por el pueblo de Datchet y enfilarse la carretera rural que llevaba a Windsor, vi el gran castillo con su imponente belleza en lo alto de la colina. Las torres grises surgían de una densa niebla a ras del suelo y parecían flotar en el aire. Había pasado por allí muchas veces y había visto el castillo a todas horas del día; al mediodía, alzándose audazmente sobre un luminoso cielo azul; al caer la noche, con sus impresionantes contornos suavizados por la luz que iba

apagándose; a primera hora de la mañana, reluciendo con un esplendor que en cierta ocasión hizo que Samuel Pepys dijese que era «el castillo más romántico del mundo». Pero nunca lo había visto tan hermoso como aquella mañana en particular.

Mientras avanzaba por la carretera serpenteante y veía extenderse ante mí el estrecho curso del Támesis atravesando los campos y el parque de Windsor protegido por sus grandes y nudosos robles, pensé en el largo espacio de historia humana que abarcaba el castillo. El gran catastro de 1086 menciona un castillo en una colina y era aquí donde Guillermo I el Conquistador tenía su corte. Eduardo III edificó la Torre Redonda con el fin de instalar en ella la Mesa Redonda para los caballeros de la Orden de la Jarretera; Enrique VIII y Eduardo VI acabaron de construir la capilla de San Jorge; Carlos I construyó el puente levadizo y Carlos II plantó los árboles del parque. De este castillo salió el rey Juan sin Tierra para firmar la Carta Magna; fue aquí donde la reina Isabel I pasó su infancia, cazando en los bosques en compañía de «medio centenar de damas montadas en jacas»; fue en este lugar donde la reina Victoria se aposentó y se granjeó el sobrenombre de «la viuda de Windsor».

Las murallas del castillo han contemplado cerca de mil años de historia, durante los cuales ningún invasor ha logrado poner los pies en las playas de Inglaterra. Durante este largo periodo han visto cómo la nación hacía frente a muchos cambios violentos y salía con vida de gran número de guerras peligrosas. Pero ahora, en el año 1941 de Nuestro Señor, surgen de las nieblas de abril para ser testigos de los momentos más peligrosos de todos.

No sólo está en juego la existencia de Inglaterra, sino que también lo está todo lo que ha ganado en el transcurso de los siglos. En su victoria tienen depositadas sus esperanzas gente de todas las partes del mundo. He visto a algunos de ellos y ahora desfilan por mi mente en una larga y vívida procesión: los soldados andrajosos que combatían en las montañas cerca de Madrid; las mujeres que lloraban en las calles de Praga; los trágicos refugiados que cruzaban las fronteras de Polonia; las patrullas finlandesas que se deslizaban por los bosques helados del Ártico; la terrible avalancha de seres humanos que atascaba las carreteras de París a Tours.

Aunque las consecuencias llegarán mucho más lejos que las de cualquier

conflicto anterior, lo que sucede ahora no es nada nuevo. A lo largo de toda la historia han surgido tiranos que han intentado aplacar su sed de poder esclavizando a sus semejantes. A lo largo de toda la historia ha habido hombres que han luchado para que su cuello se librara del yugo. Con las enseñanzas de Cristo llegó el primer gran concepto de la santidad de la vida del individuo. Sobre este concepto se han echado los cimientos de nuestra civilización. Las piedras se han añadido con sangre, sudor e inspiración. Al igual que el propio castillo de Windsor, la estructura ha sido complementada y reconstruida en el transcurso de los años y el esplendor de cada añadidura ha señalado nuestro progreso.

Pero el progreso no es inevitable. Hemos progresado porque hemos hecho frente y derrotado a todo lo que amenazaba nuestro concepto de la vida. Ahora nos encontramos ante la amenaza de un salvaje retroceso. Los tiranos de nuestro tiempo han tomado su credo de la era de la barbarie. Matan, saquean y torturan; niegan al hombre el derecho de reivindicar su alma.

Aunque estos preceptos repugnan a la inmensa mayoría de las personas civilizadas, la ciencia ha proporcionado a los opresores armas tan formidables que en el supuesto de que acabaran triunfando la resistencia humana sería destruida con terrible firmeza.

Los ferrocarriles, las carreteras, las máquinas y la radio: desempeñan su papel en la consabida pauta de corrupción, devastación y subyugación. Vastos ejércitos son puestos en movimiento, vastas comunidades son destruidas y vastas regiones son subyugadas. Si Napoleón hubiera poseído la maquinaria de nuestro tiempo para llevar a cabo sus conquistas, quizá la historia habría sido diferente. En vez de ello, las naciones a las que derrotó se alzaron de nuevo y, encabezadas por Gran Bretaña, acabaron destruyéndole a él. Ahora no se alza ningún país. Cuando se lleva a cabo una conquista, ésta es total y lo único que viene después es la noche tenebrosa.

¿Cómo es posible que hayan sucedido estas cosas? Hace poco más de veinte años el mundo celebraba la firma del Armisticio. Acababa de terminar victoriosamente la que tenía que ser la última guerra de la historia. «Aquella noche de noviembre», escribió Winston Churchill, «los tres hombres que regían los destinos de Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia parecían ser

los amos del mundo. [...] Juntos habían alcanzado su meta. La victoria absoluta e incomparable estaba en sus manos. ¿Qué harían con ella?»

Los tres hombres pusieron los cimientos del primer tribunal de justicia internacional de la historia de la civilización. La gente había sufrido mucho y la paz era más valiosa que nunca. Dos decenios más adelante, la estructura se encontraba en ruinas y la concordia había abandonado la tierra una vez más. La parte del derrumbamiento que he visto yo es pequeña en comparación con el conjunto, pero creo que se debió menos a la negligencia que a la incapacidad de comprender cómo debía preservarse. Uno tras otro, todos nosotros preferimos la conveniencia del momento a la pauta duradera del futuro. Aunque nuestro pacifismo proporcionó un arma potente a los dictadores y finalmente aceleró el estallido de la más terrible de todas las guerras, nuestro apego ilimitado a la paz no debería ser objeto de desprecio ahora. Fue en sí mismo un avance tremendo. Si, cuando renazca la paz, nuestra devoción a ella puede fortalecerse con el conocimiento de lo que hay que hacer para conservarla y defenderla desde la infancia, hay muchísima esperanza para el futuro.

¿Dónde fallamos? Hoy día la metáfora es tan sencilla que hasta un niño puede entenderla. El mundo era nuestra aldea y nosotros éramos la gente que había luchado desesperadamente para limpiar nuestra comunidad de bandidos. Al terminar la lucha con nuestra victoria, nos deshicimos alegremente de las armas, convencidos de haber resuelto la cuestión de una vez para siempre. El hecho mismo de que estuviéramos desarmados atrajo a más bandidos. Aun así, los superábamos en número; de haber actuado de forma inmediata y unida, los habríamos destruido con poco esfuerzo antes de que fuesen demasiado fuertes. En vez de ello, horrorizados ante la perspectiva de más derramamiento de sangre, cerramos las puertas con llave y atrancamos las ventanas, y todos nosotros confiamos en que, aunque atacaran a su vecino, aunque le despojaran de sus bienes, a nosotros no nos pasaría nada. No comprendimos que la desgracia de nuestro vecino era también nuestra desgracia; que todos éramos parte del conjunto; que cuando doblan las campanas doblan por nosotros.

Incluso ahora, parece que nosotros, el pueblo de Estados Unidos, no lo comprendemos. Ya pesa sobre nosotros una grave responsabilidad ante la

historia. De las tres grandes potencias a las que pertenecía la victoria de 1918, fuimos los primeros en no cumplir con nuestras obligaciones. Fuimos los primeros en abandonar al conjunto. Debido a que nuestra casa quedaba lejos del centro de la comunidad, nos sentíamos más seguros que nuestros vecinos. Una tras otra sus casas han sido destruidas. Ahora, además del nuestro, sólo queda un baluarte desde el que se pueda oponer resistencia a ellos. Todavía vivimos en las afueras de la aldea, pero cuando ésta haya desaparecido, aun cuando nuestro techo y nuestras paredes sigan en su sitio, no nos atreveremos a andar por los jardines y los campos o, para el caso, ni siquiera a llevar nuestros cerdos al mercado, por miedo a ser atacados. Nuestros aislacionistas siguen diciéndonos en susurros que cerremos los ojos ante la lucha que tiene lugar en la aldea; aun cuando a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos se les niegue toda libertad de acción, sin campos que trabajar o en los que jugar, nos aconsejan que pensemos exclusivamente en la preservación de nuestra vida y nuestras propiedades. Pero es improbable que consigamos esto siquiera. Las otras casas de la aldea han quedado reducidas a cenizas; ¿por qué iba la nuestra a librarse de correr la misma suerte?

El 15 de marzo, cuatro días después de la firma de la Ley de Préstamos y Arriendos, el presidente Roosevelt dijo en un discurso:

Las fuerzas nazis no pretenden sólo que se modifiquen los mapas coloniales y las fronteras europeas de poca importancia. Pretenden sin disimulo destruir todos los sistemas colectivos de Gobierno en todos los continentes, incluido el nuestro; pretenden instaurar sistemas de Gobierno basados en la regimentación de todos los seres humanos por parte de un puñado de gobernantes individuales que se adueñaron del poder utilizando la fuerza. [...]

Ya no cabe la menor duda. El pueblo norteamericano reconoce la suprema gravedad de la situación actual. Por esta razón ha exigido y obtenido una política de ayuda total, inmediata y sin reservas para Gran Bretaña, para Grecia, para China, y para todos los Gobiernos en el exilio cuyos países se encuentran ocupados temporalmente por los agresores.

No nos engañemos. No estamos prestando «ayuda total» a Gran Bretaña. No podemos comprar la victoria con nuestros talonarios de cheques. Si, por fin, hemos comprendido que el progreso del mundo es indivisible y que lo que está en juego no es sólo el futuro de la civilización europea, sino también el

futuro de nuestra propia civilización, ¿por qué nuestros barcos no están combatiendo en el Atlántico? ¿Por qué nuestros soldados y aviadores no están defendiendo nuestro modo de vida? El patrimonio que recibimos de nuestros antepasados fue fruto del sudor de sus esfuerzos; dominaron los poderosos ríos y bosques, abrieron los caminos que llevan al oeste y pusieron fin a la anarquía en las latitudes desiertas del continente. Derramaron su sangre para instaurar el principio de justicia e igualdad que nosotros consideramos lo más natural del mundo. Hicieron su guerra más feroz por el concepto que ha hecho de nosotros la democracia más poderosa que el mundo ha conocido: «Unidos venceremos, divididos seremos vencidos».

Hoy día, en un horizonte más amplio, sigue vigente el mismo principio. Divididos seremos vencidos. Unidos —y solamente unidos— venceremos. Con convicción desesperada, digo: recuperemos la virilidad de nuestros antepasados y alcémonos ahora, antes de que sea demasiado tarde, para declarar la guerra a las fuerzas nazis que amenazan nuestro modo de vida. Alcémonos ahora con todo nuestro esplendor y luchemos codo a codo con Gran Bretaña hasta alcanzar una victoria tan total que la libertad resuene en los siglos venideros con una fuerza a la que ningún hombre pueda desafiar.

Notas

[1] En 2011 Siddharth Metha Ediciones publicó *Desde la trincheras*, que recoge los capítulos del libro referidos a la guerra civil española, con un valioso prólogo de la hija de Virginia Cowles, Harriet Crawley, y notas de Carlos García Santa Cecilia. (N. de M.B.)

[2] Del prólogo a *Desde las trincheras, op. cit.*, pág. 27. (N. de M.B.)

[3] Entrevista al autor en *Fresh Air*, 28 de marzo de 2016. (N. de M.B.)

[4] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[5] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[6] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[7] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[8] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[9] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[10] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[11] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[12] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[13] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[14] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[15] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[16] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[17] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[18] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[19] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[20] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[21] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[22] En castellano en el original. (*N. del T.*)

[23] *Beaver* significa «castor» en inglés. (*N. del T.*)

Complicarse la vida

Virginia Cowles

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Looking for Trouble*

Ilustración de la portada: El actor Ralph Michael y Virginia Cowles en una imagen tomada en junio de 1946. © Fox Photos/Getty Images

Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

© Virginia Cowles, 1941. Todos los derechos reservados

Del prólogo: © Miquel Berga, 2018

De la traducción: © Jordi Beltrán Ferrer, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-9066-551-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltalldellibre.com

TIEMPO DE MEMORIA

Virginia Cowles

COMPLICARSE LA VIDA

Una reportera en zona de conflicto (1937-1941)

PRÓLOGO DE MIQUEL BERGA

TUSQUETS
EDITORES

